



**El último
reducto**

LA MEJOR NOVELA DE
LA DOCTORA SCARPETTA

**Patricia
Cornwell**



Lectulandia

Es Navidad, y la forense Kay Scarpetta acaba de perder a su amante, Benton Wesley. El último caso de la detective sigue abierto, pues no se ha conseguido esclarecer la autoría de una serie de asesinatos, achacados al mafioso Chandonne. Una conspiración lleva la situación a límites insospechados, hasta el punto de que Scarpetta puede ser procesada por asesinato. Por otra parte, los indicios apuntan a una posible relación entre los crímenes y la muerte de Benton.

Lectulandia

Patricia Cornwell

El último reducto

Kay Scarpetta 11

ePub r1.0

Enhiure 09.11.13

Título original: *The last precinct*

Patricia Cornwell, 2000

Traducción: Nora Watson

Editor digital: Enhiure

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Linda Fairstein,
abogada, novelista, mentora,
mejor amiga.
(Esta novela es para ti).*

Prólogo

DESPUÉS DEL HECHO

El frío anochecer entrega sus pálidos colores a una oscuridad completa, y agradezco que los cortinados de mi dormitorio sean lo suficientemente gruesos como para absorber hasta la menor insinuación de mi silueta mientras yo me muevo de aquí para allá poniendo la ropa en las valijas. La vida no podría ser más anormal de lo que es en este momento.

—Quiero un trago. —Anuncio al abrir un cajón de la cómoda—. Quiero encender el fuego, beber una copa y preparar una pasta. Fideos anchos verdes y amarillos, marrones, salchichas. *Le pappardelle del cantunzein*. Siempre he querido tomarme un año sabático, viajar a Italia, aprender italiano en serio. Hablarlo. No saber solamente los nombres de los alimentos y de los platos de comida. O quizás, a Francia. Iré a Francia. Tal vez iré ahora mismo. —Agrego con una mezcla de furia y de impotencia—. Podría vivir en París. Fácilmente.—Es mi manera de rechazar Virginia y a todos los que viven en ella.

El capitán de la Policía de Richmond Pete Marino domina mi dormitorio como un grueso faro, sus manos gigantescas metidas en los bolsillos del jean. No se ofrece a ayudarme a poner la ropa en el portatrajes y los bolsos de lona que están abiertos sobre la cama, pues me conoce lo suficientemente bien como para ni siquiera pensarlo. Puede que Marino tenga el aspecto de un campesino ignorante, que hable como un campesino inculto y actúe como un campesino ignorante, pero en realidad es un hombre inteligente, sensible y muy perspicaz. En este preciso instante, por ejemplo, él evalúa un hecho sencillo: menos de veinticuatro horas antes, un hombre llamado Jean-Baptiste Chandonne avanzó por entre la nieve, debajo de una luna llena, y entró en mi casa. Yo ya conocía bien el *modus operandi* de Chandonne, así que puedo imaginar perfectamente lo que él me habría hecho si hubiera tenido oportunidad. Pero no he podido someterme a imágenes anatómicamente correctas de mi propio cuerpo magullado y muerto y nadie está en mejores condiciones que yo de describir una cosa así. Soy patóloga forense recibida además de abogada, y jefa de médicos forenses de Virginia. Practiqué la autopsia de dos mujeres que Chandonne recientemente mató aquí, en Virginia, y revisé los casos de otras siete personas que él asesinó en París.

Baste con recordar lo que les hizo a esas víctimas: golpearlas salvajemente,

morderles los pechos, las manos y los pies y jugar con su sangre. No siempre utiliza la misma arma. Anoche, lo que empuñaba era un martillo cincelador, una herramienta especial usada en albañilería y que se parece mucho a un zapapico. Sé muy bien lo que esa herramienta puede hacerle a un cuerpo humano porque Chandonne usó una —supongo que la misma— con Diane Bray, su segunda víctima de Richmond, la mujer policía que él asesinó hace dos días, el jueves.

—¿Qué día es hoy? —le pregunto al capitán Marino—. ¿Es sábado?

—Sí, sábado.

—Dieciocho de diciembre. Falta una semana para Navidad. Felices vacaciones.

—Abro el cierre de un bolsillo lateral del portatrajes.

—Sí, dieciocho de diciembre.

Él me observa como si yo fuera alguien capaz de entrar en cualquier momento en la irracionalidad, y sus ojos inyectados en sangre reflejan un tedio que invade mi casa. La desconfianza es palpable en el aire y yo la siento en la boca como polvo. La huelo como si fuera ozono. Percibo su humedad. El ruido de los neumáticos sobre la calle mojada, los pasos, las voces y la conversación de la radio son sonidos tremendamente disonantes para mí mientras las fuerzas del orden siguen ocupando mi propiedad. Me siento violada. Cada centímetro de mi casa ha sido expuesto, cada faceta de mi vida ha quedado desnuda. Es como si yo fuera un cuerpo desnudo sobre una de mis mesas de acero de la morgue. De modo que Marino sabe que no debe ofrecerse a ayudarme a empacar las valijas. Sí, sabe perfectamente que es mejor que ni siquiera se le cruce por la cabeza la idea de tocar nada: ni un zapato, una media, un cepillo para pelo, un frasco de champú, ni el objeto más pequeño. La policía me pidió que abandonara esta casa sólida de piedra soñada por mí, que hice edificar en un tranquilo y vigilado vecindario del West End. Estoy segura de que Jean-Baptiste Chandonne. —Le Loup-Garou o el Hombre Lobo, como a él le gusta llamarse— recibe un tratamiento mucho mejor que yo. La ley provee a las personas como él de todos los derechos humanos imaginables: comodidad, confidencialidad, vivienda, comida, bebida y asistencia médica gratuita en el pabellón forense del hospital de la Facultad de Medicina de Virginia, al que yo pertenezco.

Hace por lo menos veinticuatro horas que Marino no se baña ni se acuesta y, cuando paso junto a él, percibo el desagradable olor corporal de Chandonne y siento náuseas, un ardor quemante en el estómago que me bloquea el cerebro y me cubre con un sudor frío. Me enderezo y hago una inspiración profunda para eliminar esa alucinación olfatoria y de pronto, más allá de las ventanas, me llama la atención un automóvil que reduce la marcha. He llegado a reconocer la más sutil pausa en el tráfico y sé cuándo se transformará en un auto que estaciona frente a casa. Es un ritmo que he escuchado durante horas. La gente mira hacia casa como papando moscas. Los vecinos estiran el cuello para curiosear y se detienen en medio de la

calle. Yo me aturdo con una extraña mezcla de emociones; de pronto me siento confundida y al momento siguiente me lleno de miedo. Paso del agotamiento a la manía, de la depresión a la tranquilidad y, debajo de todo eso, a una gran excitación, como si mi sangre estuviera repleta de gas.

La puerta de un auto se cierra frente a casa.

—¿Y ahora, qué? —me quejo—. ¿Quién es esta vez? ¿El FBI? —Abro otro cajón—. Marino, estoy harta —digo y le hago un gesto con la mano—. Sácalos de mi casa, a todos. Ahora. —La furia resplandece como un espejismo sobre una superficie de alquitrán caliente—. Ya es bastante que estén en mi jardín. —Arrojo un par de medias en el bolso de lona—. Ya es bastante que estén aquí. —Otro par de medias—. Pueden volver cuando yo me haya ido. —Arrojo otro par, que se desvía y me agacho para recogerlo—. Al menos pueden permitirme caminar por mi propia casa. —Otro par—. Y dejar que me vaya en paz y sin violar mi intimidad. —Vuelvo a poner un par en el cajón—. ¿Por qué demonios están en la cocina? —Cambio de idea y saco las medias que acabo de guardar—. ¿Por qué están en mi estudio? Les dije que él no entró allí.

—Tenemos que echar un vistazo a todo, Doc —es lo único que se le ocurre decir a Marino.

Se sienta a los pies de mi cama, y eso también está mal. Quiero decirle que salga de mi cama y de mi cuarto. Es todo lo que puedo hacer para no ordenarle que salga de mi casa y, posiblemente, de mi vida. No importa cuánto tiempo hace que lo conozco o cuánto hemos trabajado juntos.

—¿Cómo está tu codo, Doc? —Pregunta e indica el yeso que inmoviliza mi brazo izquierdo como el caño de una cocina.

—Está fracturado y me duele como el demonio —respondo y cierro el cajón demasiado fuerte.

—¿Estás tomando tu medicina?

—Sobreviviré.

Él observa cada uno de mis movimientos.

—Tienes que tomar eso que te dieron.

De pronto, nuestros roles se han invertido. Yo actúo como un policía rudo y él se muestra lógico y calmo como la médica-abogada que se supone que soy yo. Me acerco de nuevo al placard revestido en madera de cedro y comienzo a sacar blusas y a extenderlas sobre el portatrajes, asegurándome de que los botones superiores están cerrados y alisando la seda y el algodón con la mano derecha. El codo izquierdo me late y me duele como un dolor de muelas y siento que la piel transpira y me pica adentro del yeso. Pasé casi todo el día en el hospital, no porque el hecho de enyesar un miembro fracturado sea un procedimiento muy largo sino porque los médicos insistieron en revisarme con mucha atención para estar seguros de que no tenía otras lesiones. Yo me cansé de explicarles que, cuando salí corriendo de casa, me caí en los

escalones del frente y me fracturé el codo y nada más. Jean-Baptiste Chandonne nunca tuvo oportunidad de tocarme siquiera. Yo me alejé y estoy bien. Se los repetí durante cada radiografía. Los médicos del hospital me tuvieron en observación hasta última hora de la tarde, mientras los detectives no hacían más que entrar en la sala de examen y salir de ella. Se llevaron mi ropa. Mi sobrina Lucy tuvo que traerme algo para ponerme encima. Y no he dormido nada.

La campanilla del teléfono horada el aire. Levanto la extensión que tengo junto a la cama.

—Doctora Scarpetta. —Anuncio en el teléfono y mi propia voz que pronuncia mi nombre me recuerda los llamados en mitad de la noche cuando contesto el teléfono y algún detective me da una muy mala noticia acerca de una escena del crimen que hay en alguna parte. El hecho de escuchar mis palabras formales hace que aparezca en mi memoria la imagen que hasta ese momento he eludido: mi cuerpo destrozado tendido sobre mi cama, sangre por toda la habitación, y mi médico forense asistente que recibe el llamado y la expresión de su cara cuando la policía—. Probablemente Marino —le informa que he sido asesinada y que alguien, sólo Dios sabe quién, debe acudir a la escena del crimen. Se me ocurre que nadie de mi oficina es capaz de responder a ese llamado. Yo he contribuido a que en Virginia se diseñe el mejor plan para casos de desastre que en cualquier otro estado del país. Podemos manejar un importante accidente aéreo o una bomba que explota en el coliseo o una inundación, pero ¿qué haríamos si algo me sucediera a mí? Supongo que traer un patólogo forense de una jurisdicción cercana, quizá Washington. El problema es que conozco a casi todos los patólogos forenses de la Costa Este y me daría mucha pena que cualquiera de ellos tuviera que lidiar con mi cadáver. Es muy difícil trabajar en un caso cuando se conoce bien a la víctima. Estos pensamientos revolotean por mi cabeza como pájaros asustados mientras Lucy me pregunta por teléfono si necesito algo y yo le aseguro que estoy muy bien, lo cual es perfectamente ridículo.

—Bueno, no puedes estar bien —contesta ella.

—Estoy empacando —le digo—. Marino está conmigo y estoy empacando —repito y mis ojos se fijan en Marino. Su atención se va centrando en distintas partes del cuarto y de pronto caigo en la cuenta de que él nunca había estado en mi dormitorio. No quiero ni imaginar sus fantasías. Lo conozco desde hace muchos años y siempre supe que su respeto hacia mí está fuertemente entretejido con inseguridad y atracción sexual. Es un hombre corpulento con barriga de bebedor de cerveza, tiene una cara grande de expresión malhumorada y su pelo carece de color y poco a poco ha ido emigrando de su cabeza a otras partes de su cuerpo. Escucho a mi sobrina por teléfono mientras la mirada de Marino recorre mis espacios privados: mi cómoda, mi placard, los cajones abiertos, lo que estoy poniendo en mi equipaje y mis pechos. Cuando Lucy llevó al hospital zapatillas, medias y un conjunto deportivo, no se

acordó de incluir un corpiño, y lo más que pude hacer cuando llegué a casa fue cubrirme con un viejo y voluminoso guardapolvo que suelo usar cuando realizo algunas tareas hogareñas.

—Supongo que ellos tampoco quieren que tú estés allí. —La voz de Lucy resuena a través de la línea.

Es una larga historia, pero mi sobrina es agente del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego o ATF y, cuando la policía apareció, enseguida la sacaron de mi propiedad. Quizás un poco de conocimiento es algo peligroso y ellos tuvieron miedo de que una importante agente federal se metiera en la investigación. No lo sé, pero lo cierto es que ella se siente culpable porque no estuvo aquí anoche para mí, cuando casi me asesinaron, y ahora tampoco me acompaña. Yo le aseguro que no la culpo para nada. Tampoco puedo dejar de preguntarme lo diferente que habría sido mi vida si ella hubiera estado aquí conmigo cuando Chandonne se presentó, en lugar de ocuparse de su novia. Tal vez Chandonne se habría dado cuenta de que yo no estaba sola y se habría mantenido alejado, o lo habría sorprendido ver a otra persona en la casa y habría huido, o habría postergado su plan de asesinarme hasta el día siguiente o la noche siguiente o Navidad o el nuevo milenio.

Me paseo por el cuarto mientras escucho las jadeantes explicaciones y comentarios de Lucy por el teléfono inalámbrico y observo mi reflejo al pasar frente al espejo de cuerpo entero. Mi pelo corto y rubio está alborotado, mis ojos azules están vidriosos y fruncidos por el agotamiento y el estrés y mi frente es una mezcla de entrecejo fruncido y algo muy próximo a las lágrimas. El guardapolvo está sucio y manchado y yo estoy muy pálida. Siento la imperiosa necesidad de beber algo y de fumar y esas ganas son casi intolerables, como si el hecho de casi haber sido asesinada me transformara instantáneamente en una drogadicta. Imagino estar sola en mi propia casa. Nada ha sucedido. Disfruto del fuego en la chimenea, un cigarrillo, una copa de vino francés, tal vez un Bordeaux, porque un Bordeaux es menos complicado que un Borgoña. El Bordeaux es como un espléndido y viejo amigo al que ya no tenemos que descubrir. Rechazo la fantasía con un hecho; no importa lo que Lucy hizo o dejó de hacer. Chandonne habría venido en otro momento a matarme, y siento que un tremendo juicio me ha estado esperando durante toda la vida, marcando mi puerta como el Ángel de la Muerte. Extrañamente, todavía estoy aquí.

1

Por su voz, sé que Lucy está asustada. Y es muy poco frecuente que mi brillante sobrina, piloto de helicópteros, obsesionada con el estado físico y agente de un ente federal de aplicación de la ley tenga miedo.

—Me siento muy mal —sigue repitiendo por teléfono mientras Marino conserva su posición sobre mi cama y yo sigo paseándome por el cuarto.

—No deberías —le digo—. La policía no quiere que haya nadie aquí y, créeme, tampoco tú lo deseas. Supongo que estás con Jo y eso es bueno. —Le digo esto como si hiciera alguna diferencia para mí, como si no me molestara que no esté aquí y yo no la haya visto en todo el día. Sí me importa. Sí me molesta. Pero es mi viejo hábito de proporcionarles una escapatoria a las personas. No me gusta ser rechazada, en especial por Lucy Farinelli, a quien he criado como una hija.

Ella vacila un momento antes de contestar:

—En realidad, estoy en el centro, en el Jefferson.

Trato de encontrarle sentido a lo que Lucy acaba de decirme. El Jefferson es el hotel más lujoso de la ciudad y, ante todo, no entiendo por qué necesitaba ir a un hotel, y mucho menos a uno tan elegante y caro. Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos, pero las obligo a retroceder, carraspeo y me trago el dolor.

—Oh —es lo único que atino a decir—. Bueno, me parece bien. Supongo que Jo está contigo en el hotel.

—No, está con su familia. Mira, acabo de llegar y tengo una habitación para ti. ¿Qué te parece si paso a buscarte?

—No me parece que un hotel sea una buena idea en este preciso momento.

Ella pensó en mí y quiere tenerme cerca. Me siento un poco mejor. —Anna me pidió que me quedara en su casa. En vista de lo sucedido, creo que lo mejor será que acepte su invitación. También te invitó a ti, pero supongo que ya estás instalada en el hotel.

—¿Cómo lo supo Anna? —Pregunta Lucy—. ¿Se enteró por los informativos?

Puesto que el ataque contra mi vida se produjo bien tarde, no aparecerá en los diarios hasta mañana por la mañana. Pero supongo que ha habido una catarata de noticias por la radio y la televisión. Ahora que lo pienso, no sé cómo se enteró Anna. Lucy dice que ella necesita estar un momento tranquila, pero que tratará de ir a verme esta noche más tarde. Cortamos la comunicación.

—Lo último que necesitas es que los medios de difusión se enteren de que te alojas en un hotel. Estarían escondidos detrás de cada arbusto —dice Marino con el

entrecejo fruncido y expresión torva—. ¿Dónde se aloja Lucy?

Le repito lo que Lucy me dijo y casi desearía no haber hablado con ella. En definitiva, lo que consiguió ese llamado es hacerme sentir peor. Atrapada. Es así como me siento, atrapada, como si estuviera adentro de una campana de buceo a mil metros debajo del nivel del mar, totalmente aislada, mareada, como si el mundo que me rodea de pronto me resultara irreconocible y surreal. Estoy como aturdida, pero con cada nervio hecho un fuego.

—¿El Jefferson? —dice Marino—. ¡Bromeas! ¿Acaso ganó la lotería o algo por el estilo? ¿No le preocupa la posibilidad de que los medios también la encuentren a ella? ¿Qué carajo está pensando?

Yo sigo preparando el equipaje. No puedo responder a sus preguntas. Estoy tan harta de preguntas.

—Y no está en casa de Jo. Caramba. —Prosigue—, eso es muy interesante. Nunca pensé que esa relación duraría. —Bosteza ruidosamente y se frota la cara sin afeitarse mientras me observa colgar trajes en el respaldo de una silla y sacar más ropa para la oficina. Para darle crédito a Marino, él ha intentado estar de un humor parejo, incluso mostrarse considerado desde que volví a casa del hospital. Una conducta decente es difícil para él incluso en las mejores circunstancias, que por cierto no son las actuales. Está agotado, privado de sueño y alimentado por cafeína y comida basura, y yo no le permito fumar dentro de casa. Era sólo cuestión de tiempo antes de que su autocontrol comenzara a desgastarse y volviera a su rudeza y su fanfarronería. Soy testigo de esa metamorfosis y, curiosamente, siento alivio. Necesito desesperadamente cosas que me resulten familiares, no importa si son desagradables. Marino se pone a hablar de lo que Lucy hizo anoche cuando detuvo el auto frente a casa y nos vio a Jean-Baptiste Chandonne y a mí en el jardín nevado del frente de casa.

—No es que yo la culpe por querer volarle los sesos a ese degenerado —dice Marino—. Pero en ese momento es cuando empieza a tallar el entrenamiento que uno ha recibido. No importa si se trata de la tía o el hijo de uno, es preciso hacer aquello para lo que ha sido entrenado, y ella no lo hizo. Ya lo creo que no. Lo que hizo fue ponerse como un basilisco.

—Yo te he visto ponerte como un basilisco bastantes veces —le recordé.

—Bueno, mi opinión personal es que ellos nunca deberían haberle encomendado esa misión encubierta en Miami. —Lucy está asignada a la oficina de campo de Miami y está aquí para las vacaciones, entre otros motivos—. A veces la gente se acerca demasiado a los tipos malos y comienza a identificarse con ellos. Lucy tiene una gran propensión a matar. Se ha convertido en una persona de gatillo fácil, Doc.

—Eso no es justo. —Me doy cuenta de que he puesto demasiados zapatos en la valija—. Dime qué habrías hecho tú si hubieras sido el primero en llegar a casa en

lugar de ella. —Interrumpo lo que estoy haciendo y lo miro.

—Al menos me tomaría una fracción de segundo para evaluar la situación antes de entrar allí y poner una pistola en la cabeza de ese imbécil. Mierda. El tipo estaba tan furioso que ni siquiera veía lo que estaba haciendo. Vociferaba como loco porque tenía en los ojos esa sustancia química que le arrojaste. A esa altura él no estaba armado. No iba a lastimar a nadie. Eso fue evidente enseguida. Y también era evidente que tú estabas herida. Así que, si hubiera sido yo, habría llamado una ambulancia, y a Lucy ni siquiera se le ocurrió hacer eso. Lucy es un imponderable, Doc. Y, no, yo no quería que ella estuviera en la casa, con todo lo que estaba sucediendo. Por eso la entrevistamos en la comisaría, recibimos su declaración en terreno neutral para que se calmara un poco.

—Pues una sala de interrogatorios no me parece precisamente un lugar neutral —contesto.

—Bueno, estar dentro de la casa donde a su tía Kay casi la liquidaron no es tampoco un lugar neutral.

Yo no estoy en desacuerdo con él, pero el sarcasmo le está envenenando el tono de voz. Comienza a caerme mal.

—Sea como fuere, tengo que decirte que no me parece nada bien que en este momento esté sola en un hotel. —Agrega Marino, se vuelve a frotar la cara y, no importa lo que diga en sentido contrario, él quiere muchísimo a mi sobrina y haría cualquier cosa por ella. La conoce desde que ella tenía diez años, y él le presentó el mundo de los camiones y los motores grandes y las armas de fuego y una serie de cosas que son consideradas interesantes sólo para los hombres y ahora él censura el hecho de que formen parte de la vida de Lucy—. Creo que, después de dejarte en lo de Anna, iré a ver si está bien. Aunque a nadie le importen mis malos presentimientos —dice, haciendo un salto hacia atrás en el pensamiento—. Como Jay Talley. Por supuesto, no es asunto mío. Ese ególatra hijo de puta.

—Él esperó conmigo todo el tiempo en el hospital. —Defiendo a Jay una vez más y desvío los celos evidentes de Marino. Jay es el enlace entre el ATF e Interpol. No lo conozco muy bien, pero me acosté con él en París hace cuatro días—. Y estuve allí trece o catorce horas. —Prosigo mientras Marino prácticamente pone los ojos en blanco—. No llamo a eso ser ególatra.

—¡Cielos! —exclama Marino—, ¿dónde escuchaste ese cuento de hadas? —En sus ojos arde el resentimiento. Desprecia a Jay desde el momento mismo en que lo vio por primera vez en Francia.

—No puedo creerlo. ¿Él te hizo creer que estuvo en el hospital todo ese tiempo? ¡Él no te esperó! Ésa es una mentira total. Te llevó allá en su maldito corcel blanco y volvió enseguida aquí. Entonces llamó para ver cuándo estarías lista para que te dieran de alta y corrió de vuelta al hospital a recogerte.

—Lo cual me parece muy sensato. —Yo no doy mi brazo a torcer—. No tenía sentido que se quedara allá sentado sin hacer nada. Y él nunca dijo que había estado allí todo el tiempo. Yo lo di por sentado.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Porque él deja que creas algo que no es verdad y a ti eso no te molesta? Eso, para mí, es una falla caracterológica. Se llama mentira... ¿Qué? —Abruptamente cambia de tono. Alguien está junto a mi puerta.

Una policía uniformada cuya placa reza M.I. Calloway entra en mi dormitorio.

—Lo siento, capitán —le dice a Marino—. No sabía que usted había vuelto. — Bueno, ahora lo sabe— respondió él con tono severo. —¿Doctora Scarpetta?— Los ojos de la mujer, abiertos de par en par, parecen un par de pelotas de ping-pong que saltan alternativamente hacia Marino y hacia mí. —Tengo que preguntarle acerca del frasco. El frasco con una sustancia química, la formulina...

—Formalina —la corrijo.

—Correcto —dice ella—.Quiero decir, ¿exactamente dónde estaba ese frasco cuando usted lo tomó?

Marino no se mueve y parece tan cómodo allí como si se hubiera pasado la vida sentado a los pies de mi cama. Comienza a tantearse en busca de cigarrillos.—En la mesa ratona del living —le respondo a Calloway—. Ya se lo dije a todo el mundo.

—Está bien, señora, pero ¿exactamente en qué lugar? Esa mesa ratona es bastante grande. Lamento tener que molestarla con todo esto, pero estamos tratando de reconstruir cómo pasaron las cosas, porque más tarde le resultará más difícil recordarlo.

Después de sacudir el paquete, Marino lograr sacar un Lucky Strike. — ¿Calloway?— dice, sin siquiera mirarla. —¿Desde cuándo es usted detective? No creo recordar que pertenezca al Escuadrón A. —Marino es el jefe de la unidad de crímenes violentos del Departamento de Policía de Richmond, conocido como Escuadrón A.

—Pasa que no estamos seguros del lugar exacto donde estaba ese frasco, capitán. —Las mejillas de Calloway son un fuego.

Es bastante probable que los policías hayan dado por sentado que sería menos molesto para mí que quien viniera a interrogarme fuera una mujer policía. Quizá sus camaradas la hicieron venir aquí por esa razón o, tal vez, a ella le encomendaron esa misión simplemente porque ninguno de los demás quería tener nada que ver conmigo.

—Cuando se entra en el living y se enfrenta la mesa ratona, es en la esquina de la mesa que le queda más cerca —le digo. He pasado por esto muchas veces. Nada es claro. Lo que ocurrió es algo borroso, algo así como una vuelta irreal de la realidad.

—¿Y ése es aproximadamente el lugar donde usted se encontraba parada cuando le arrojó la sustancia química? —me pregunta Calloway.

—No. Yo estaba del otro lado del sofá. Cerca de la puerta corrediza de vidrio. Él

me perseguía y es allí donde yo terminé —le explico.

—¿Y después de eso usted corrió directamente hacia afuera...? —Calloway escribe algo en su pequeño anotador.

—Primero pasé por el comedor —la interrumpo—. Donde estaba mi pistola, donde por causalidad la dejé más temprano, sobre la mesa del comedor Reconozco que no era un buen lugar para dejarla. —Mi mente vaga sin rumbo fijo, como si sufriera de un intenso jet lag—. Accioné la alarma y salí por la puerta del frente. Con mi arma, la Glock. Pero me resbalé en el hielo y me fracturé el codo. No pude deslizar hacia atrás la corredera, no con una sola mano.

Ella también anota ese hecho. Mi relato es cansado y repetitivo. Si tengo que contarle una vez más perderé los estribos, y ningún policía de este planeta me ha visto jamás perder los estribos.

—¿O sea que no la disparó? —Levanta la vista, me mira y se moja los labios.

—No, no pude amartillarla.

—¿O sea que nunca intentó dispararla?

—No sé qué quiere decir usted con eso de «intentar». No pude amartillarla.

—¿Pero trató de hacerlo?

—¿Necesita un traductor o algo por el estilo? —Salta Marino. La forma amenazadora con que mira a M.I. Calloway me recuerda a los puntos rojos que deja un arma con láser sobre una persona antes de disparar la bala.—El arma no estaba amartillada y ella no la disparó, ¿entendido? —repite con lentitud y rudeza—. ¿Cuántos proyectiles tenías en el cargador? —me pregunta—. ¿Dieciocho? Es una Glock Diecisiete, lleva dieciocho balas en el cargador y una en la recámara, ¿no es así?

—No lo sé —le digo—. Probablemente no dieciocho. No, decididamente no dieciocho. Es difícil insertar tantos proyectiles porque el resorte es muy duro, me refiero al resorte del cargador.

—Correcto, correcto. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que disparaste esa arma? —me pregunta entonces.

—La última vez que fui al polígono de tiro. Por lo menos hace algunos meses.

—Tú siempre limpias el arma después de ir al polígono, ¿no es así, Doc? —Es una afirmación, no una pregunta. Marino conoce bien mis hábitos y mis rutinas.

—Sí.—Estoy de pie en el medio de mi dormitorio y parpadeo. Me duele la cabeza y la luz me hiere los ojos.

—¿Usted miró el arma, Calloway? Quiero decir, la examinó, ¿verdad? —Marino vuelve a ponerla en su mira láser—. ¿Cuál es el problema, entonces? —La palmea como si ella fuera una verdadera lata y bastante estúpida—. Dígame qué encontré.

Ella vacila. Intuyo que no quiere dar ninguna información frente a mí. La pregunta de Marino flota en el aire como una nube bien cargada a punto de dejar caer

su humedad. Decido llevar dos faldas, una color azul Marino, la otra gris, y las cuelgo en el respaldo de la silla.

—En el cargador hay catorce proyectiles —le dice Calloway con tono militar robótico—. No había uno en la recámara. El arma no estaba amartillada y parece limpia.

—Bueno, bueno. Entonces no estaba amartillada y ella no la disparó. *Y era una noche oscura y tormentosa y tres indios se encontraban sentados alrededor de una fogata.* ¿Vamos a seguir dando vueltas o podemos adelantar un poco?

—Marino transpira y su olor corporal se eleva junto con su calor.

—Mira, no hay nada nuevo que agregar —digo, de pronto al borde de las lágrimas, helada, temblando e impregnada de nuevo con el espantoso hedor de Chandonne.

—¿Y por qué tenía usted en su casa ese frasco? ¿Y exactamente qué contenía? ¿Era eso que usa en la morgue, verdad? —Calloway cambia de posición para estar fuera de la línea de visión de Marino.

—Formalina. Una dilución al diez por ciento de formaldehído, conocida como formalina —digo—. En la morgue se la utiliza para fijar tejidos, sí. Secciones de órganos. Piel, en este caso.

Yo arrojé una sustancia química cáustica a los ojos de otro ser humano. Lo mutilé. Es posible que le haya provocado una ceguera permanente. Me lo imagino atado a una cama en la sala-prisión del noveno piso del hospital de la Facultad de Medicina de Virginia. Yo salvé mi vida y ese hecho no me da ninguna satisfacción. Me siento destruida.

—De modo que usted tenía tejidos humanos en su casa. La piel. Un tatuaje. ¿Perteneían a ese cuerpo no identificado del puerto? ¿El que estaba en el contenedor de carga? —El sonido de la voz de Calloway, el de su lapicera, de las hojas de su anotador, me recuerda a los reporteros—. No quisiera ser insistente pero ¿por qué tenía una cosa así en su casa?

Paso a explicarle que nos costó muchísimo identificar ese cuerpo que apareció en el puerto. Lo único que teníamos era un tatuaje, y la semana anterior había ido en mi auto a Petersburg para mostrárselo a un experto en tatuajes. Después vine directamente a casa, razón por la cual el tatuaje, en un frasco con formalina, estaba anoche en mi living.

—Por lo general, nunca tengo una cosa así en casa. —Agrego.

—¿Lo tuvo en su casa durante una semana? —Pregunta ella con expresión dubitativa.

—Estaban pasando muchas cosas. Kim Luong fue asesinada. Mi sobrina estuvo a punto de morir en un tiroteo en Miami. A mí me enviaron a Lyon, Francia. Interpol quería verme, quería hablarme acerca de siete mujeres que él —me refiero a

Chandonne— probablemente había asesinado en París y existía la sospecha de que el muerto que estaba en el contenedor de carga podría ser Thomas Chandonne, el hermano, el hermano del asesino, ambos hijos del cabecilla del cartel criminal que la mitad de las fuerzas del orden del universo trataban de pescar. Entonces la subjefa de policía Diane Bray fue asesinada. ¿Debería yo haber devuelto el tatuaje a la morgue? —me late la cabeza por el dolor—. Sí, por cierto que sí. Pero estaba preocupada por otras cosas y sencillamente lo olvidé. —Dije.

—Sencillamente lo olvidó —repite la agente Calloway mientras Marino escucha con furia creciente, tratando de dejarla hacer su tarea y, al mismo tiempo, despreciándola—. Doctora Scarpetta, ¿tiene algunas otras partes de un cadáver en su casa? —Pregunta entonces Calloway.

Un dolor intenso me perfora el ojo derecho. Estoy a punto de tener una jaqueca.

—¿Qué clase de pregunta es ésta? —La voz de Marino sube otro decibel.

—No quisiera que nos topáramos con alguna otra cosa como fluidos corporales o sustancias químicas o...

—No, no. —Sacudo la cabeza y centro mi atención en una pila de pantalones y remeras cuidadosamente doblados—. Sólo portaobjetos.

—¿Portaobjetos?

—Para histología —explico vagamente.

—¿Para qué?

—Calloway, ya terminó con su tarea. —Las palabras de Marino son como un mazazo cuando él se levanta de la cama.

—Yo sólo quería asegurarme de que no tenemos que preocuparnos por ningún otro riesgo —le dice ella, y sus mejillas encendidas y el brillo de sus ojos contradicen su actitud de subordinación. Ella detesta a Marino, igual que mucha otra gente.

—El único peligro que tiene que preocuparle es el que está mirando en este momento —salta Marino—. ¿Qué tal si le permite un poco de privacidad a la Doc, un descanso de tantas preguntas boludas?

Calloway es una mujer poco atractiva y carente de mentón, con caderas gruesas y hombros estrechos, y todo su cuerpo se tensa con la furia y la vergüenza. Gira sobre los talones, se aleja de mi dormitorio y sus pisadas son absorbidas por la alfombra persa que cubre el pasillo.

—¿Qué se ha creído? ¿Que coleccionas trofeos o algo por el estilo? —me dice Marino—. ¿Que te traes a casa «recuerdos» como el maldito Jeffrey Dahmer? Por Dios.

—Yo ya no tolero esto. —Digo y meto remeras perfectamente dobladas en el bolso de lona.

—Tendrás que aguantarlo, Doc. Pero, por hoy, basta. —Y con aspecto cansado vuelve a sentarse a los pies de mi cama.

—Mantén a tus detectives lejos de mí —le advierto—. No quiero ver a ningún otro policía. No soy yo la que ha hecho algo malo.

—Sí ellos llegan a tener algo más, lo harán a través de mí. Ésta es mi investigación, aunque las personas como Calloway todavía no se hayan dado cuenta. Pero no tienes por qué preocuparte conmigo. Es como aquello de «saque un número» en la tienda de comida; es tanta la gente que insiste en querer hablar contigo. Pongo pantalones sobre las remeras y después invierto el orden y pongo las camisas encima para que no se arruguen.

—Por supuesto, no son tantas como las personas que quieren hablar con él. —Se refiere a Chandonne—. Todos esos especialistas en perfiles psicológicos y psiquiatras forenses y los medios de difusión y la mierda. —Marino prácticamente recorre la lista de Quién es Quién.

Yo dejo de empacar. No pienso empezar con la ropa interior mientras Marino me mira. Me niego a revisar los artículos de tocador teniéndolo a él de testigo.

—Necesito estar sola algunos minutos —le digo.

Él se queda mirándome, su cara roja del color intenso del vino. Hasta su pelada está roja y su aspecto es desprolijo con sus jeans y un buzo, su barriga como la de una embarazada de nueve meses, sus botas enormes y sucias. Me parece ver cómo funciona su mente. Él no quiere dejarme sola y parece estar sopesando preocupaciones que no quiere compartir conmigo. Un pensamiento paranoico surge en mi mente como humo negro: Marino no confía en mí. Tal vez piensa que tengo tendencias suicidas.

—Marino, por favor. ¿Puedes salir de aquí, quedarte junto a la puerta y mantener a todos lejos de mi cuarto mientras yo termino con esto? Ve a mi auto y tráeme mi estuche para escenas de crimen. Si me llegan a llamar por algo... bueno, debo tenerlo. Las llaves están en un cajón de la cocina, el de arriba a la derecha, donde guardo todas mis llaves. Por favor. Y, a propósito, necesito mi auto. Supongo que me lo llevaré, así que puedes dejar el estuche para escenas de crimen adentro. —Un verdadero remolino de confusión.

Él vacila.

—No puedes llevarte el auto.

—¡Maldición! —salto yo—. No me digas que también tienen que revisar a fondo mi auto. Esto es una locura.

—Mira, la primera vez que sonó tu alarma fue anoche, porque alguien trató de entrar en tu garaje.

—¿Cómo «alguien»? —Le retruco mientras el dolor de mi jaqueca me quema los oídos y enturbia mi visión—. Sabemos exactamente quién fue. Él forzó la cerradura de la puerta del garaje porque quería que la alarma sonara. Quería que se presentara la policía. Así no parecería extraño que la policía viniera un poco más tarde porque

un vecino supuestamente informó de la presencia de un merodeador en mi propiedad.

El que regresó fue Jean-Baptiste Chandonne, en el papel de policía. No puedo creer que me haya engañado.

—Todavía no tenemos todas las respuestas —dice Marino.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me crees?

—Necesitas ir a lo de Anna y dormir.

—Él ni siquiera tocó mi auto —le aseguro—. Tampoco entró nunca en el garaje. No quiero que nadie toque mi auto. Quiero llevármelo esta noche. Deja el estuche de escenas del crimen en el baúl. —No esta noche.

Marino se va y cierra la puerta. Yo necesito desesperadamente un trago para superar las punzadas eléctricas que siento en mi sistema nervioso central. ¿Qué hacer? ¿Salir hacia el bar y decirles a los policías que se salgan de mi camino mientras yo busco la botella de whisky? El hecho de saber que lo más probable es que el alcohol no haga nada para eliminar mi dolor de cabeza no tiene efecto sobre mí. Me siento tan mal en mi propia piel que en este momento no me importa qué es bueno o qué es malo para mí. En el cuarto de baño reviso más cajones y dejo caer varios lápices de labios en el piso, que ruedan entre el inodoro y la bañera. Me siento muy inestable cuando me agacho para recogerlos, tanteando con torpeza con el brazo derecho, lo cual me resulta mucho más difícil porque soy zurda. Me detengo para examinar los perfumes prolijamente dispuestos sobre el lavatorio y con suavidad tomo el pequeño frasco dorado de Hermès 24 Faubourg, que siento frío en mi mano. Lo acerco a mi nariz y la fragancia picante y erótica que a Benton Wesley le encantaba llena mis ojos de lágrimas y mi corazón tiene la sensación de que fatalmente se saldrá de ritmo. Hace más de un año que no uso ese perfume; ni una sola vez me lo puse desde que Benton fue asesinado. Ahora yo he sido asesinada, le digo mentalmente. Y todavía estoy aquí, Benton, y todavía estoy aquí. Tú eras un especialista en perfiles psicológicos del FBI, un experto en diseccionar la psiquis de monstruos e interpretar y predecir sus conductas. Te habrías dado cuenta de que esto estaba por suceder, ¿verdad que sí? No sólo lo habrías adivinado sino que lo habrías impedido. ¿Por qué no estabas aquí, Benton? Contigo, yo estaría a salvo.

Me doy cuenta de que alguien llama a la puerta de mi dormitorio. —Un minuto— grito, carraspeo y me seco los ojos. Me salpico agua fría sobre la cara y pongo el perfume Hermès en el bolso de lona. Me acerco a la puerta esperando ver a Marino. En cambio, Jay Talley entra ataviado con un uniforme de batalla del ATF y la barba crecida de un día, que hace que su belleza oscura se vuelva un poco siniestra. Es uno de los hombres más apuestos que conozco, tiene un cuerpo exquisitamente esculpido y la sensualidad le brota por todos los poros como almizcle.

—Quería ver cómo estabas antes de que te fueras. —Sus ojos perforan los míos. Parecen palparme y explorarme como sus manos y su boca lo hicieron en Francia

hace cuatro días.

—¿Qué puedo decirte? —Lo hago pasar a mi dormitorio y de pronto me cohíbe el aspecto que tengo. No quiero que él me vea así—. Tengo que abandonar mi propia casa. Ya es casi Navidad. Me duele el brazo y tengo un espantoso dolor de cabeza. Fuera de eso, estoy bien.

—Te llevaré en el auto a casa de la doctora Zenner. Me gustaría hacerlo, Kay.

Vagamente me doy cuenta de que él sabe dónde pasaré la noche. Marino prometió que mi paradero sería secreto. Jay cierra la puerta y me toma la mano, y lo único que yo puedo pensar es que él no me esperó en el hospital y ahora quiere llevarme a otro lado.

—Déjame que te ayude. Tú me importas mucho —me dice.

—Anoche yo no parecía importarle mucho a nadie —respondo mientras recuerdo que, cuando él me trajo a casa del hospital y yo le agradecí por haberme esperado, Jay en ningún momento dio a entender que no se había quedado todo el tiempo en el hospital—. Tú y todo tu EIE estaban allá afuera y el hijo de puta sencillamente se presentó en la puerta del frente de casa. —Prosigo—. Tú volaste aquí desde París para conducir un maldito Ente Internacional de Emergencias en tu gran cacería de este tipo, y qué broma. Qué película tan mala: todos esos policías importantes con sus equipos y sus rifles de asalto, y el monstruo camina como si nada hasta la puerta del frente de casa.

La mirada de Jay ha comenzado a merodear por distintas áreas de mi cuerpo como si fueran lugares recreativos que él tiene derecho de visitar de nuevo. Me choca y me asquea que él pueda pensar en mi cuerpo en un momento como éste. En París, creí que me estaba enamorando de él. Mientras estoy aquí de pie con él en mi dormitorio, y a él abiertamente le interesa lo que hay debajo de mi viejo guardapolvo, me doy cuenta de que no lo amo en absoluto.

—Estás trastornada. Dios, ¿por qué no habrías de estarlo? Me preocupas. Estoy aquí por ti. —Trata de tocarme, pero yo me alejo.

—Tuvimos una tarde. —Le he dicho esto antes, pero ahora lo digo en serio.— Algunas horas. Un encuentro, Jay.

—¿Una equivocación? —El dolor afila su voz y en sus ojos brilla una furia oscura.

—No trates de convertir una tarde en una vida, en algo de significado permanente. No existe. Lo siento. Por el amor de Dios. —Mi indignación aumenta—. No quieras nada de mí en este momento. —Me alejo de él y gesticulo con mi brazo sano—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué demonios estás haciendo?

Él levanta una mano, baja la cabeza y esquiva mis golpes, reconociendo su error. Yo no estoy muy segura de que sea sincero.

—No sé qué estoy haciendo. Supongo que me porté como un tonto. No es que

quiera algo. Sí, estoy hecho un tonto por lo mucho que te ame uses esto en mi contra, por favor. —Me mira con intensidad y abre la puerta—. Estoy aquí por ti Kay. *Je t'aime*. —Me doy cuenta de que Jay tiene una manera de despedirse que me hace sentir que tal vez no vuelva a verlo nunca. Un pánico atávico vibra en lo más profundo de mi psiquis y resisto la tentación de llamarlo, de disculparme, de prometerle que muy pronto cenaremos o tomaremos una copa juntos Cierro los ojos y me froto las sienes, y por un instante me recuesto contra el pilar de la cama. Me digo que en este momento no sé qué estoy haciendo y que no debería hacer nada.

Marino está en el pasillo con un cigarrillo en la comisura de la boca, y siento que él trata de leer lo que me ocurre y lo que puede haber sucedido mientras Jay estaba conmigo en el dormitorio con la puerta cerrada. Me quedo mirando instante el pasillo vacío, con la esperanza de que Jay reaparezca y, al mismo tiempo, temiendo que eso suceda. Marino toma mis bolsos y los policías callan cuando yo me acerco. Evitan mirarme mientras se mueven por el living de casa, y se oye el crujido de sus cintos y el ruido de los equipos que están manipulando. Un investigador toma fotografías de la mesa ratona y el destello del flash produce una luz blanca Otra persona graba un video mientras un técnico de escenas del crimen instala una fuente alternativa de luz llamada Luma-Lite capaz de detectar huellas dactilares, drogas y fluidos corporales no visibles al ojo desnudo En mi oficina del centro hay una Luma-Lite que habitualmente utilizo sobre cadáveres en las escenas del crimen y en la morgue. El hecho de ver ahora una dentro de mi casa me produce una sensación indescriptible.

Un polvo oscuro mancha los muebles y las paredes, y han quitado la alfombra persa, dejando al descubierto un antiguo piso de roble francés. Sobre el piso hay una lámpara de mesa desenchufada. El sofá tiene cráteres donde solían estar los almohadones y el aire es aceitoso y picante por el olor residual de la formalina. Junto al living y cerca de la puerta del frente está el comedor y, a través de la puerta abierta veo una bolsa de papel marrón sellada con cinta amarilla de pruebas, que tiene un marbete con la fecha, una firma de iniciales y la leyenda «ropa de Scarpetta». Adentro están los pantalones, el suéter, las medias, los zapatos, el corpiño y la bombacha que yo usaba anoche y que me sacaron en el hospital. Esa bolsa, además de otras pruebas, linternas y equipos están sobre mi mesa roja favorita de comedor, de Jarrah Wood, que ahora parece una mesa de trabajo. Los policías han colgado sus chaquetas sobre las sillas y por todas partes hay huellas mojadas y sucias de pisadas. Tengo la boca seca y siento las articulaciones débiles por la vergüenza y la furia.

—¡Eh, Marino! —ladra un policía—. Righter te está buscando.

Buford Righter es el abogado del estado. Miro por todos lados en busca de Jay, pero no lo encuentro.

—Dile que saque número y se ponga en la cola para esperarme —dice Marino, sin abandonar su alusión de la rotisería.

Enciende un cigarrillo cuando yo abro la puerta del frente y el aire helado me muerde la cara y hace que de mis ojos broten lágrimas.

—¿Tomaste mi estuche para escenas del crimen? —le pregunto.

—Está en mi pickup —dice, con el tono de un marido condescendiente al que le piden que busque la cartera de su esposa.

—¿Para qué quiere verte Righter? —quiero saber.

—No son más que un puñado de voyeurs —farfulla él.

La pickup de Marino está en la calle, frente a casa, y dos enormes neumáticos han dejado una huella en mi jardín cubierto de nieve. Buford Righter y yo hemos trabajado juntos en muchos casos a lo largo de los años y me molesta que no me haya preguntado personalmente si podía venir a casa. En realidad, tampoco se ha puesto en contacto conmigo para averiguar cómo estoy y decirme que se alegra de que siga con vida.

—Si quieres saberlo, creo que la gente sólo quiere ver tu casa —dice Marino—. Así que ponen como excusa que necesitan verificar esto o aquello.

La nieve derretida se me mete en los zapatos cuando camino por el sendero.

—No tienes idea de la cantidad de gente que me pregunta cómo es tu casa. Cualquiera diría que eres Lady Di o alguien por el estilo. Además, Righter siempre mete la nariz en todo, no puede soportar que prescindan de él. En su opinión, éste es el caso más sensacionalista desde Jack el Destripador. Y Righter nos está volviendo locos.

Los destellos de los flashes explotan de pronto y yo casi me resbalo. Maldigo en voz alta. Los fotógrafos lograron superar el portón de entrada del barrio cerrado custodiado por un guardia. Tres de ellos corren hacia mí en medio de una tormenta de flashes mientras yo lucho con un brazo por subirme a la butaca delantera de la pickup.

—¡Eh! —le grita Marino a la persona que tiene más cerca, una mujer—. ¡Hija de puta! —Él pega un salto trata de bloquearle la cámara y ella cae sentada sobre la calle resbalosa, con su equipo diseminado por el suelo.

—¡Imbécil de porquería! —le grita ella.

—¡Sube al auto! ¡Vamos, sube! —me grita Marino.

—¡Hijo de puta!

Mi corazón golpea contra las costillas.

—¡Te voy a iniciar juicio, hijo de puta!

Más flashes y a mí se me engancha el saco en la puerta y tengo que abrirla de nuevo y después cerrarla mientras Marino arroja mis bolsos en la parte de atrás y salta al asiento del conductor y el motor zumba como un yate. La fotógrafa trata de subir y se me ocurre que yo tendría que asegurarme de que no está herida.

—Deberíamos ver si está herida —digo y miro por la ventanilla.

—Diablos, no. Ni loco. —La pickup pega un salto hacia adelante, colea un poco y después acelera.

—¿Quiénes son esas personas? —Siento en el cuerpo una descarga de adrenalina. Una serie de puntos azules flotan delante de mis ojos.

—Imbéciles, eso es lo que son. —Toma el radiotransmisor—. Unidad nueve. —Anuncia.

—Unidad nueve —dice el despachador.

—Yo no necesito que nadie me tome fotografías a mí y a mi casa... —Levanto la voz. Cada célula de mi cuerpo se enciende para protestar por esa injusticia.

—Diez cinco unidad tres veinte, pídele que me llame a mi celular. —Marino sostiene el micrófono contra la boca. La unidad tres veinte lo llama enseguida y el teléfono celular empieza a vibrar como un enorme insecto. Marino lo toma y dice—: De alguna manera los medios de difusión entraron en el vecindario. Fotógrafos. Creo que deben de haber estacionado en algún lugar de Windsor Farms, pasaron el portón a pie por ese sector con pasto detrás de la garita del guardia. Envía unidades para que verifiquen si hay automóviles estacionados en una zona prohibida y, si es así, llévenselos a remolque. Si llegan a pisar la propiedad de la Doc, arréstenlos. —Termina la comunicación y cierra el celular como si él fuera el Capitán Kirk que acaba de ordenar al *Enterprise* que ataque.

Nos detenemos en la garita del guardia y Joe sale. Es un hombre mayor que siempre viste con orgullo su uniforme Pinkerton marrón y es muy agradable, cortés y protector, pero yo no quisiera tener que depender de él o de sus colegas para algo importante. No debería sorprenderme nada el que Chandonne haya entrado en mi vecindario ni que ahora lo hayan hecho los medios de difusión. En la cara arrugada y floja de Joe aparece una expresión de intranquilidad cuando advierte que yo estoy sentada en el interior de la pickup.

—Oiga —le dice Marino por la ventanilla abierta—, ¿cómo entraron los fotógrafos?

—¿Qué? —Joe enseguida adopta una actitud de protección: entrecierra los ojos mientras mira fijo la calle vacía y patinosa y los vapores de sodio forman auras amarillas en lo alto de los postes.

—Llegaron hasta el frente de la casa de la Doc. Por lo menos tres.

—No pasaron por aquí. —Declara Joe. Entra en la garita y toma el teléfono.

Seguimos adelante.

—No es mucho lo que podemos hacer en ese sentido, Doc —me dice Marino—. Más te vale enterrar la cabeza en la arena, porque por todas partes habrá fotógrafos y toda esa mierda.

Por la ventanilla observo hermosas casas estilo georgiano que brillan con espíritu festivo.

—La mala noticia es que tu riesgo de seguridad acaba de subir otro kilómetro y medio. —Marino me sermonea, me dice lo que yo ya sé y no tengo interés en escuchar en este momento—. Porque ahora la mitad del mundo quiere ver tu casa grande y lujosa y sabe exactamente dónde vives. El problema y lo que me preocupa muchísimo, es que esta clase de cosas hace que otras alimañas salgan de la madriguera. Les da ideas. Empiezan a imaginarte como una víctima y eso los excita, como esos tarados que asisten a los juicios orales en busca de casos de violación.

Marino detiene el vehículo en la intersección de Canterbury Road con la calle West Cary, y la luz de unos faros nos barre cuando un sedán compacto de color oscuro gira y aparece frente a nosotros. Reconozco la cara angosta e insípida de Buford Righter que mira la pickup de Marino. Righter y Marino bajan sus respectivas ventanillas.

—¿Se va...? —Righter comienza a decir algo cuando su mirada pasa frente a Marino y aterriza con sorpresa en mí. Tengo la desagradable sensación de que yo soy la última persona que desea ver—. Lamento el problema —me dice Righter con incomodidad, como si lo que me está pasando no fuera más que un problema, algo inconveniente o desagradable.

—Sí, nos vamos. —Marino le da una pitada al cigarrillo, nada dispuesto a hacer que la conversación sea más fácil. Ya ha expresado su opinión acerca de la presencia de Righter en mi casa: era innecesaria. Incluso si para ese tipo era realmente importante ver con sus propios ojos la escena del crimen, ¿entonces por qué no lo hizo cuando yo estaba en el hospital?

Righter se cierra más el cuello del sobretodo y la luz de los faroles de la calle se refleja en sus anteojos. Él asiente y me dice:

—Cuídate. Me alegra que estés bien. —Por lo visto ha decidido acusar recibo de mi «problema».—Esto es realmente difícil para todos nosotros. —Un pensamiento se le cruza por la cabeza antes de ser expresado en palabras. Lo que iba a decir desaparece, es borrado del registro—. Ya nos hablaremos —le promete a Marino.

Las ventanillas suben y partimos.

—Dame un cigarrillo —le digo a Marino—. Doy por sentado que él no vino hoy a casa más temprano —digo después.

—Bueno, en realidad si lo hizo. A eso de las diez de la mañana. —Me ofrece el paquete de Lucky Strikes sin filtro y una llama brota del encendedor que me acerca.

Siento que mi furia crece, tengo la nuca caliente y la presión en mi cabeza es casi intolerable. El miedo me revuelve las entrañas como una bestia ambulante. Me vuelvo mala y oprimo el encendedor del tablero de instrumentos, dejando a Marino con el brazo extendido y la llama de su Bic ardiendo.

—Gracias por decírmelo —es mi respuesta mordaz—. ¿Puedo preguntarte quién demonios más ha estado en casa? ¿Y cuántas veces? ¿Y durante cuánto tiempo se

quedaron y qué tocaron?

—Epa, no te desquites conmigo —me advierte.

Conozco el tono. Está a punto de perder la paciencia conmigo y con mi problema. Somos como sistemas climáticos a punto de chocar, y yo no quiero eso. Lo último que necesito en este momento es una guerra con Marino. Toco la punta del cigarrillo con las espirales color anaranjado vivo e inhalo, y ese gusto a tabaco me mareo. Avanzamos varios minutos en total silencio y, cuando finalmente hablo, me siento atontada, mi cerebro afiebrado se pone vidrioso como la calle, y la depresión es un dolor pesado que se extiende hacia mis costillas.

—Sé que haces lo que es preciso hacer, y lo aprecio. —Me obligo a pronunciar esas palabras—. Aunque no lo demuestre.

—No hace falta que expliques nada. —Le da una pitada a su cigarrillo y los dos exhalamos nubes de humo hacia nuestras ventanillas parcialmente abiertas—. Sé exactamente cómo te sientes. —Agrega.

—No lo creo posible.—El resentimiento me sube por la garganta como bilis. —Ni siquiera yo lo sé.

—Entiendo mucho más de lo que tú crees —dice él—. Algún día lo comprenderás, Doc. Ahora no creo que puedas verlo y te juro que nada mejorará en los próximos días y semanas. Así son las cosas. Todavía no te das cuenta del verdadero daño. No sabes cuántas veces lo he visto yo, me refiero a lo que les sucede a las personas que son convertidas en víctimas.

Yo no quería oír ni una sola palabra más sobre el tema.—Es una suerte que hayas decidido ir adonde vas —dice—. Es exactamente lo que ordenó el médico, en más de un sentido.

—Yo no voy a lo de Anna porque me lo haya ordenado un médico. —Contesté con fastidio— sino porque ella es mi amiga.

—Mira tú eres una víctima y más vale que lo enfrentes. Y necesitas ayuda, precisamente para enfrentarlo. No importa si eres médica-abogada-jefe india. —Marino se niega a callarse, en parte porque busca pelea. Quiere descargar en mí su furia. Lo veo venir y la furia me sube por mi cuello y me calienta las raíces del pelo.

—Ser víctima es el gran ecualizador. —Prosigue Marino, la autoridad mundial en ese campo.

Yo digo, muy lentamente: —Yo no soy una víctima—. Mi voz fluctúa en los bordes como fuego. —Hay una diferencia entre ser convertida en víctima y ser una víctima. Yo no soy para nada una exhibición de trastornos del carácter—. Mi tono se endurece. —Yo no me he transformado en lo que él quería transformarme—. Desde luego, me refiero a Chandonne. —Aunque él se hubiera salido con la suya, yo no sería lo que él trató de proyectar en mí. Solamente estaría muerta. No habría cambiado ni sería algo menos de lo que soy. Solamente estaría muerta.

Siento que Marino se recluye en sí mismo en su espacio del otro lado de su pickup enorme y viril. No entiende lo que yo quiero decir ni lo que siento y probablemente jamás lo entenderá. Reacciona como si yo lo hubiera abofeteado y le hubiera propinado un puntapié en la entrepierna.

—Yo hablo de la realidad —me retruca—. Uno de nosotros debe hacerlo.

—La realidad es que estoy viva.

—Sí. Un maldito milagro.

—Debería haber sabido que harías esto. —Hablo ahora con serenidad y frialdad. —Era tan previsible. La gente culpa a la presa y no al depredador, critica al herido y no al desgraciado que lo hirió. —Tiemblo en la oscuridad—. Maldito seas, Marino.

—¡Todavía no puedo creer que le hayas abierto la puerta! —grita él. Lo que me sucedió a mí hace que él se sienta impotente.

—¿Y dónde estaban ustedes? —le recuerdo una vez más ese hecho desagradable—. Lo lógico habría sido que al menos uno o dos de ustedes siguiera vigilando mi propiedad. Puesto que te preocupaba tanto la idea de que Chandonne viniera tras de mí.

—Te llamé por teléfono, ¿recuerdas? —Marino me ataca desde otro frente—. Dijiste que estabas bien. Yo te dije que no hicieras nada, que nosotros habíamos averiguado dónde se escondía ese hijo de puta, que sabíamos que merodeaba por alguna parte, probablemente en busca de otra mujer para golpearla y matarla. ¿Y qué hiciste tú? ¡Sencillamente abrir la puerta cuando alguien te toca el timbre! ¡Y a la medianoche!

Yo pensé que esa persona era un policía. Él dijo que era policía.

—¿Por qué? —Ahora Marino grita a voz en cuello y golpea el volante del vehículo como si fuera una criatura en plena pataleta—. ¿Eh? ¿Por qué? ¡Maldita seas, dímelo!

Hacía días que sabíamos quién era el asesino, que era ese monstruo, tanto física como espiritualmente, llamado Chandonne. Sabíamos que era francés y también dónde vivía en París su familia dedicada al delito. La persona que estaba del otro lado de mi puerta de calle ni siquiera tenía rastros de acento francés.

«Policía».

«Yo no llamé a la policía», dije a través de la puerta.

«Señora, recibimos un llamado en el que se nos informaba que en su propiedad había una persona sospechosa. ¿Se encuentra usted bien?».

No tenía acento francés. Jamás esperé que él hablara sin acento. No se me ocurrió nunca, ni una sola vez. Si yo fuera a revivir lo ocurrido anoche, tampoco se me ocurriría. La policía acababa de venir a casa cuando sonó la alarma. No me pareció nada sospechoso que regresaran. Equivocadamente di por sentado que vigilaban mi casa con mucha atención. Todo sucedió tan rápido. Abrí la puerta y la luz del porche

estaba apagada y de pronto percibí ese olor a perro sucio y mojado en medio de la noche oscura y helada.

Marino me palmea la espalda con fuerza y dice: —Hola ¿Hay alguien en casa?

—¡No me toques! —digo, sobresaltada, y jadeo y me alejo de él y el vehículo vira bruscamente. El silencio que sigue hace que en el aire flote una pesadez como la que hay a treinta metros de profundidad en el agua, y una serie de imágenes espantosas se cuelan en mis pensamientos más negros. La ceniza olvidada de mi cigarrillo es tan larga que no logro dejarla a tiempo en el cenicero. Me la cepillo de la falda.

—Puedes doblar en el centro comercial Stonypoint, si quieres —le digo a Marino—. Es un camino más rápido.

La imponente casa estilo renacimiento griego de la doctora Anna Zenner se yergue, iluminada, hacia la noche, en la margen sur del río James. Su mansión, como la llaman sus vecinos, tiene inmensas columnas corintias y es un ejemplo local de la creencia de Thomas Jefferson y George Washington en el sentido de que la arquitectura de la nueva nación debería expresar la majestuosidad y la dignidad del mundo antiguo. Anna pertenece a ese mundo antiguo, es una alemana de primer orden. Creo que es alemana. Ahora que lo pienso, no recuerdo que me haya dicho nunca dónde nació.

Luces festivas parpadean en los árboles y en las muchas ventanas de la casa de Anna arden velas que me recuerdan las Navidades en Miami, cuando yo era chica. En las raras ocasiones en que la leucemia de mi padre entraba en remisión, a él le encantaba llevarnos de paseo en el auto a Coral Cables para quedarnos maravillados frente a casas que él llamaba villas, como si, de alguna manera, su habilidad para mostrarnos esos lugares lo convirtiera en parte de ese mundo. Recuerdo haber fantaseado con las personas privilegiadas que vivían dentro de esas casas, con sus paredes elegantes y sus Bentley y sus banquetes de carne o camarones siete días a la semana. Nadie que vivía así podía ser pobre o enfermo o considerado una basura por personas que no les tenían simpatía a los italianos ni a los católicos ni a los inmigrantes de apellido Scarpetta.

Es un apellido nada frecuente, de cuyo linaje no es mucho lo que sé. Los Scarpetta viven en este país desde hace dos generaciones, o al menos eso alega mi madre, pero yo no sé quiénes son esos otros Scarpetta. Nunca los conocí. Me dijeron que nuestro apellido se remonta a Verona, que mis antepasados eran granjeros y trabajadores de ferrocarril. De hecho sé que tengo sólo una hermana menor llamada Dorothy. Estuvo casada poco tiempo con un brasileño que la doblaba en edad y quien supuestamente es el padre de Lucy. Digo supuestamente porque cuando se trata de Dorothy, sólo un estudio de ADN me convencería de con quién estaba en la cama en el momento en que mi sobrina fue concebida. El cuarto matrimonio de mi hermana fue con un Farinelli y, después de eso, Lucy dejó de cambiarse de apellido. Por lo que sé, con excepción de mi madre, soy la única Scarpetta que queda.

Marino frena delante de los enormes portones negros de hierro y su brazo grande se extiende para oprimir un botón del intercomunicador. Se oye un zumbido electrónico y un fuerte clic, y los portones se abren lentamente como las alas de un cuervo. No sé por qué Anna abandonó su tierra natal para instalarse en Virginia y por

qué nunca se casó. Tampoco le pregunté por qué instaló su práctica psiquiátrica en esta modesta ciudad sureña, cuando podía haber elegido cualquier otro lugar. No sé por qué, de pronto, me hago tantas preguntas sobre su vida. Los pensamientos son una cosa bien extraña. Con mucho cuidado me bajo de la pickup de Marino hacia baldosas de granito. Es como si yo estuviera teniendo problemas de software. Toda clase de archivos se abren y cierran en forma espontánea, y los mensajes del sistema titilan. No estoy segura de cuál es la edad exacta de Anna, sólo que tiene alrededor de setenta y cinco años. Por lo que sé, nunca me dijo dónde hizo sus estudios de medicina y de psiquiatría. Durante años hemos compartido opiniones e información, pero rara vez hablamos de nuestros puntos vulnerables y nuestras intimidades.

De pronto me molesta mucho saber tan poco sobre Anna y me siento avergonzada al ascender por sus escalones prolijamente barridos, de a uno por vez, mientras deslizo mi mano sana por la helada barandilla de hierro. Ella abre la puerta de calle y su rostro se suaviza. Observa el yeso de mi brazo y el cabestrillo y me mira a los ojos.

—Kay, me alegra tanto verte —dice y me da la bienvenida como siempre lo hace.

—¿Cómo le va, doctora Zenner? —Anuncia Marino. Su entusiasmo es excesivo cuando hace todo lo posible por demostrar lo popular y encantador que él es y lo poco que yo le importo—. ¡Qué bien huele! ¡No me diga que de nuevo me está cocinando algo!

—No esta noche, capitán. —Anna no tiene ningún interés en él ni en su bravata. Me besa en las dos mejillas y su abrazo es muy suave para no lastimar mi herida, pero yo siento su corazón en el leve roce de sus dedos. Marino apoya mi bolso en el foyer, sobre una espléndida alfombra de seda que hay debajo de una araña de cristal que brilla como el hielo que se forma en el espacio.

—Puede llevarse un poco de sopa —le dice a Marino—. Hay más que suficiente. Es muy sana y no engorda.

—Si no engorda, está contra mi religión. Ya me voy —dice él y evita mirarme.

—¿Dónde está Lucy? —Anna me ayuda con mi abrigo y yo me esfuerzo por pasar la manga sobre el yeso y entonces me doy cuenta de que todavía llevo puesto mi viejo guardapolvo—. No tienes ningún autógrafo en el yeso —me dice, porque nadie ha firmado mi yeso y nadie lo hará jamás. Anna tiene un sentido del humor muy especial y elitista. Puede ser muy divertida con apenas un dejo de sonrisa en la cara, y si alguien no es bastante atento o rápido, puede perderse completamente el chiste.

—Su casa no es demasiado linda, así que ella está en el Jefferson. —Comenta Marino con ironía.

Anna abre el placard del hall para colgar mi abrigo. Mi energía nerviosa comienza a disiparse rápidamente. La depresión me oprime el pecho e incrementa la presión alrededor de mi corazón. Marino sigue fingiendo que yo no existo.

—Desde luego, ella podría hospedarse aquí. Siempre es bienvenida y tendría mucho gusto en verla —me dice Anna. Su acento alemán no se ha suavizado a lo largo de décadas. Todavía representa para ella un esfuerzo terrible hacer que un pensamiento pase de su cerebro a su lengua. Siempre pensé que Anna prefería el alemán, pero habla inglés porque no le queda otra opción.

Por una puerta entreabierta veo irse a Marino.

—¿Por qué te mudaste aquí, Anna? —Ahora hablo en *non sequiturs*.

—¿Aquí? ¿Te refieres a esta casa? —Pregunta y me observa con atención.

—No, a Richmond. ¿Por qué a Richmond?

—Eso es fácil. Por amor —dice lisa y llanamente sin demostrar ninguna clase de afecto.

La temperatura ha descendido a medida que la noche se ha vuelto más profunda y los pies grandes de Marino metidos en un par de botas hacen crujir la nieve compacta.

—¿Cuál amor? —le pregunto.

—El que sentí hacia una persona que demostró ser una pérdida de tiempo.

Marino golpea el estribo para quitarse la nieve de los zapatos antes de trepar a su vehículo que se sacude y cuyo motor retumba como los intestinos de un enorme barco y de cuyo caño de escape brota humo. Intuye que yo lo estoy mirando y simula no darse cuenta o que no le importa mientras cierra la portezuela y pone primera. Los neumáticos escupen nieve cuando el vehículo se aleja. Anna cierra la puerta de calle mientras yo me quedo de pie junto a ella, perdida en una vorágine de pensamientos y sentimientos.

—Tengo que instalarle —me dice, me toca un brazo y me hace señas de que la siga.

Yo vuelvo en mí.

—Marino está enojado conmigo.

—Si él no estuviera enojado por algo o no se mostrara grosero, yo pensaría que está enfermo.

—Está enojado conmigo porque casi me asesinaron. —Mi voz suena muy cansada—. Todos están enojados conmigo.

—Lo que estás es agotada. —Se detiene un momento en el hall de entrada para oír lo que yo le digo.

—¿Se supone que debo disculparme porque alguien trató de matarme? —La protesta brota de mis labios—. ¿Acaso yo lo provoqué? ¿Hice algo mal? Bueno, de modo que abrí la puerta. Mi conducta no fue perfecta, pero ahora estoy aquí, ¿no? Estoy viva, ¿no? Todos estamos con vida y bien, ¿no es verdad? ¿Por qué todo el mundo está enojado conmigo?

—No todo el mundo —responde Anna—. ¿Por qué es mi culpa?

—¿Crees que es tu culpa? —me observa con una expresión que sólo es posible describir como radiológica. Anna es capaz de verme hasta los huesos—. Desde luego que no —contesto—. Sé que no es mi culpa. Ella le pone traba a la puerta, después activa la alarma y me lleva a la cocina. Trato de recordar cuándo comí algo por última vez o qué día de la semana es. Hasta que lo descubro: es sábado. Ya son varias las veces que lo pregunté. Han pasado veinte horas desde que estuve a punto de morir. La mesa está tendida para dos personas y una enorme cacerola con sopa se calienta al fuego. Huelo pan recién horneado y de pronto siento náuseas y un hambre terrible al mismo tiempo y, a pesar de todo esto, registro un detalle. Si Anna esperaba a Lucy, ¿entonces por qué la mesa no está tendida para tres?

—¿Cuándo volverá Lucy a Miami? —Anna parece leerme el pensamiento mientras levanta la tapa de la cacerola y revuelve su contenido con una cuchara larga de madera—. ¿Qué quieres beber? ¿Whisky? —Sí, algo bien fuerte.

Le quita el corcho a una botella de whisky de malta marca Glenmorangie Sherry Wood Finish y vierte su precioso líquido rosado sobre hielo en dos vasos de cristal tallado.

—No sé cuándo Lucy regresará allá. En realidad, no tengo la menor idea. —Comienzo a llenarle todos los espacios vacíos.—El ATF estuvo involucrado en una redada en Miami que salió muy, muy mal. Hubo un tiroteo y Lucy...

—Sí, sí, Kay. Sé esa parte. —Anna me pasa mi bebida. Puede sonar impaciente incluso cuando se siente muy calma—. Salió en todos los medios. Y yo te llamé, ¿recuerdas? Y hablamos de Lucy. —Sí, tienes razón— farfulto.

Anna ocupa la silla que está frente a mí, apoya los codos en la mesa y se inclina hacia adelante para continuar con la conversación. Es una mujer sorprendentemente intensa y en excelente estado físico, es alta y de cuerpo firme, en el que los años no han hecho mella. Su conjunto deportivo azul contribuye a que sus ojos tengan la misma tonalidad asombrosa de los girasoles, y lleva su pelo plateado peinado hacia atrás en una prolija cola de caballo, sostenido por una banda de terciopelo negro. No tengo pruebas de que se haya hecho un lifting o algún otro trabajo cosmético, pero sospecho que la medicina moderna tiene bastante que ver con su aspecto. Anna podría pasar con toda facilidad por una mujer de poco más de cincuenta años.

—Supongo que Lucy vino a quedarse contigo mientras se investiga el incidente. —Comenta—. Ya me imagino los trámites burocráticos.

La redada había salido terriblemente mal. Lucy mató a dos miembros de un cartel internacional de contrabando de armas que ahora creemos está relacionado con la familia delincuente Chandonne. Accidentalmente, ella hirió ajo, una agente de la DEA que en ese momento era su amante. Burocracia no es precisamente la palabra más indicada para describirlo.

—Pero no estoy muy segura de saber todo lo referente a Jo —le digo a Anna—.

Su compañera del ATDAI.

—No sé qué es el ATDAI.

—Es el Área de Tráfico de Drogas de Alta Intensidad. Un escuadrón formado por diferentes instituciones encargadas de imponer el cumplimiento de la ley, como el ATF, la DEA, el FBI, Miami-Dade —le digo—. Cuando la redada salió mal, hace dos semanas, Jo recibió un disparo en la pierna. Después resultó que la bala había sido disparada por el arma de Lucy.

Anna me escucha y bebe sorbos de whisky.

—Así que Lucy accidentalmente le disparó a Jo y entonces, por supuesto, lo que sale a relucir es la relación personal que tenían. —Continúo—. La cual ha sufrido mucha presión. Si quieres que te diga la verdad, no sé bien cómo están ahora las cosas entre ellas. Pero Lucy está aquí. Supongo que se quedará para las fiestas y, después, ¿quién puede saberlo?

—Yo no sabía que ella y Janet habían roto. —Comenta Anna.

—Sí, hace bastante tiempo.

—Lo lamento. —La noticia de veras la afecta—. Janet me gustaba muchísimo.

Bajo la vista y miro mi sopa. Ha pasado mucho tiempo desde que Janet era un tema frecuente de conversación. Lucy nunca dice nada con respecto a ella. Me doy cuenta de que extraño mucho a Janet y sigo pensando que tenía una influencia muy madura y estabilizadora sobre mi sobrina. Si debo ser sincera, en realidad Jo no me gusta. Aunque no estoy segura del por qué. Quizá. —Pienso mientras tomo mi vaso—, tal vez se deba sólo a que ella no es Janet.

—¿Y Jo está en Richmond? —Anna quiere saber más de la historia.

—Irónicamente, ella es de aquí, aunque no fue así como Jo y Lucy terminaron juntas. Se conocieron en Miami por el trabajo. Supongo que Jo tendrá que quedarse un buen tiempo en Richmond en casa de sus padres, hasta que se recupere del todo. No me preguntes cómo terminará la historia. Sus padres son cristianos fundamentalistas y no alientan precisamente el estilo de vida de su hija.

—Lucy nunca elige nada sencillo —dice Anna, y tiene razón—. Tiroteos y más tiroteos. ¿Qué les pasa a ellos y a toda la gente que no hace más que disparar armas de fuego? Gracias a Dios que no volvió a matar a nadie.

El peso que siento en el pecho me oprime aún más y mi sangre parece haberse transformado en un metal pesado.

—¿Qué problema tiene con matar? —Insiste Anna—. Lo que pasó esta vez me preocupa, si debo creer en lo que he oído por televisión.

—Como yo no he encendido el televisor, no sé qué es lo que dicen. —Bebo mi whisky y de nuevo siento ganas de fumar. Son tantas las veces que en la vida he abandonado ese vicio.

—Ella casi mató a ese francés, Jean-Baptiste Chandonne. Lo apuntaba con su

arma, pero tú se lo impediste. —La mirada de Anna me perfora el cráneo y sondea mis secretos—. Dímelo tú.

Le describo entonces lo que sucedió. Lucy había ido a la Facultad de Medicina de Virginia para traer a Jo a casa del hospital, y cuando después de la medianoche detuvieron el auto Frente a casa, Chandonne y yo estábamos en el jardín del frente. La Lucy que evoco en mi memoria me parece una persona extraña y violenta que no conozco, y su rostro me resulta irreconocible, distorsionado por la furia cuando apuntó a ese hombre con su pistola, el dedo en el gatillo, y yo le rogué que no disparara. Ella le gritaba, le lanzaba imprecaciones cuando yo le grité: «¡No, no, Lucy, no!». Chandonne sufría un dolor espantoso, estaba ciego y se frotaba nieve en sus ojos quemados con una sustancia química, aullaba y suplicaba que alguien lo ayudara. En ese momento, Anna interrumpe mi relato.

—¿Él hablaba en francés? —Pregunta.

Esa pregunta me toma desprevenida. Trato de recordar.

—Creo que sí.

—Entonces tú entiendes francés.

De nuevo me quedo un momento callada.

—Bueno, lo estudié en la secundaria. Sólo sé que eso creí cuando me gritaba que lo ayudara. Yo parecía entender lo que él decía.

—¿Trataste de ayudarlo?

—Traté de salvarle la vida al tratar de impedir que Lucy lo matara. —Pero eso lo hiciste por Lucy, no por él. En realidad no tratabas de salvarle la vida. Lo que querías era impedir que Lucy se arruinara la suya.

Los pensamientos chocan entre sí y se neutralizan mutuamente. Yo no contesto.

—Ella quería matarlo. —Continúa Anna—. Ésa era claramente su intención. Yo asiento, aparto la vista y revivo ese momento. *Lucy, Lucy*. Repetidamente grité su nombre para tratar de quebrar el ataque homicida que ella sufría. *Lucy*. Me arrastré hacia ella en ese jardín cubierto de nieve. *Lucy, baja el arma. Lucy, tú no quieres hacer eso. Por favor. Baja el arma*. Chandonne rodaba y se retorció, emitiendo los horribles sonidos de un animal herido, y Lucy estaba de rodillas, en posición de combate, la pistola sacudiéndose en sus dos manos cuando ella le apuntó a la cabeza. Entonces una serie de pies y de piernas aparecieron alrededor de nosotros. Agentes del ATF y policías con uniforme oscuro de combate empuñando rifles y pistolas llenaron mi jardín. Ninguno de ellos sabía qué hacer mientras yo le suplicaba a mi sobrina que no matara a Chandonne a sangre fría. Ya hubo demasiadas muertes, le rogué a Lucy y logré acercarme a centímetros de ella, con mi brazo derecho fracturado e inservible. No hagas eso. *Por favor, no lo hagas*. Te amamos.

—¿Estás completamente segura de que la intención de Lucy era matarlo, aun cuando no era en defensa propia? —Pregunta de nuevo Anna—. Sí —respondo—.

Estoy segura.—Entonces ¿podría pensarse que, quizá, no era necesario que ella matara a esos hombres en Miami?

—Eso fue algo totalmente diferente, Anna —contesto—. Y tampoco puedo culpar a Lucy por la forma en que reaccionó cuando lo vio frente a mi casa... cuando nos vio a él y a mí tirados sobre la nieve, a menos de tres metros el uno del otro. Ella estaba enterada de los otros casos ocurridos aquí, de los asesinatos de Kim Luong y de Diane Bray. Sabía perfectamente bien por qué él había venido a casa, qué tenía planeado para mí. ¿Cómo te habrías sentido tú en el lugar de Lucy?

—No puedo imaginármelo.

—Es así —respondo—. No creo que nadie pueda imaginar una cosa así hasta que sucede. Sé que si yo hubiera sido la que llegó allá en auto y Lucy fuera la que estaba en el jardín, y él hubiera tratado de matarla, entonces... —Callo, analizo la situación y no logro completar el pensamiento.

—Tú lo habrías matado. —Termina de decir Anna lo que sin duda sospechaba que iba a decir yo.

—Bueno, es posible que sí.

—¿Aunque él no fuera en ese momento una amenaza? Sentía unos dolores terribles, estaba ciego e indefenso.

—Es difícil saber si la otra persona está indefensa, Anna. ¿Qué podía saber yo, allá afuera en la nieve y en la oscuridad, con un brazo roto y aterrorizada?

—Ah. Pero sabías lo suficiente como para convencer a Lucy de que no lo matara. —Anna se levanta y la observo tomar un cucharón de un soporte de hierro negro para cacerolas y sartenes suspendido en lo alto y con él llena enormes boles de cerámica, y el vapor se eleva en una serie de nubes aromáticas. Pone la sopa sobre la mesa y me da tiempo para pensar en lo que ella acaba de decirme—. ¿Alguna vez pensaste que tu vida se parece mucho a uno de tus certificados de defunción más complicados? —dice entonces Anna—. «Debido a, debido a, debido a.» —Hace movimientos con las manos, como dirigiendo su propia orquesta de énfasis—. Donde ahora te encuentras «se debe» a esto y aquello, que a su vez «se debe» a lo de más allá, y así sucesivamente, y todo se remonta a la herida original: la muerte de tu padre.

Trato de recordar qué cosas le conté a ella de mi pasado.—Eres quien eres en la vida porque desde muy joven te convertiste en estudiosa de la muerte. —Continúa—. Viviste la mayor parte de tu infancia con un padre que se moría.

La sopa es de pollo y de verduras y detecto también hojas de laurel y jerez. No estoy segura de poder comer. Anna se pone manoplas y saca panecillos del horno. Sirve ese pan caliente en platos pequeños, junto con manteca y miel.

—Tu karma parece ser volver a la escena, por así decirlo, una y otra vez. —Analiza—. La escena de la muerte de tu padre, de esa pérdida original. Como si, de alguna manera, pudieras deshacerla. Pero lo único que consigues es repetirla. Es el

patrón más antiguo de la naturaleza humana. Yo lo veo a diario.

—Esto no tiene que ver con mi padre —digo y tomo la cuchara—. Tampoco tiene que ver con mi infancia y, si quieres que te diga la verdad, lo último que me importa en este momento es mi infancia.

—Es acerca de no sentir. —Aparta la silla de la mesa y vuelve a sentarse—. Acerca de aprender a no sentir porque sentir era insoportablemente doloroso. —La sopa está demasiado caliente y ella la revuelve con una cuchara pesada de plata grabada—. Cuando eras chica, no podías vivir con esa amenaza permanente de muerte en tu casa, con todo ese miedo, esa pena, esa furia. Así que te cerraste.

—A veces es preciso hacerlo.

—Nunca es bueno cerrarse —dice ella y sacude la cabeza—. A veces es la única manera de sobrevivir. —Discrepo con ella—. Cerrarse representa una negación. Cuando se niega el pasado, seguramente se lo repite. Tú eres una prueba viviente de ello. Tu vida ha sido una pérdida tras otra desde aquella pérdida original. Irónicamente, convertiste la pérdida en una profesión: eres la médica que escucha a los muertos, la médica que se sienta junto a la cabecera del muerto. Tu divorcio de Tony. La muerte de Mark. Después, el año pasado, el asesinato de Benton. Luego Lucy participa en un tiroteo y casi la pierdes. Y ahora, finalmente, tú. Ese hombre terrible se aparece en tu casa y casi te perdiste a ti misma. Pérdidas y más pérdidas.

El dolor por el asesinato de Benton lo siento como sorprendentemente reciente. Temo que siempre será así, que nunca podré escapar de ese vacío, del eco de los cuartos vacíos en mi alma y la angustia en mi corazón. De nuevo siento furia al pensar en los policías que invaden mi casa y, sin proponérselo, tocan cosas que pertenecían a Benton, pasan rozando sus pinturas, dejan huellas barrosas sobre la fina alfombra del comedor que un año él me regaló para Navidad. Nadie lo sabe. A nadie le importa.

—Si un patrón como éste no se detiene. —Comenta Anna—, adquiere una energía increíble y lo absorbe todo hacia su agujero negro.

Le digo que mi vida no es un agujero negro. No niego que existe un patrón; tendría que ser muy densa para no verlo. Pero en un punto discrepo absolutamente.

—Me molesta muchísimo que des a entender que yo lo atraje a mi puerta —le digo, refiriéndome de nuevo a Chandonne, cuyo nombre casi no tolero pronunciar—. Que, de alguna manera, yo puse todo en movimiento para traer a un asesino a mi casa. Si eso es lo que te oigo decir. Si eso es lo que estás diciendo.—Es lo que quiero saber —dice ella y le pone manteca a un panecillo—. Es lo que te estoy preguntando, Kay.

—Anna, ¿cómo se te ocurre pensar siquiera que yo buscaba mi propio asesinato?

—Porque no serías la primera ni la última persona que hace una cosa así. Es algo no consciente.

—No yo. Ni subconsciente ni inconscientemente. —Afirmo—. Hay en esto mucho de autorrealización de deseos. Tú. Luego Lucy. Ella casi se convirtió en lo que trata de erradicar. Ten cuidado con respecto a quién eliges como enemigo, porque lo más probable es que te conviertas en esa persona. —Anna arroja al aire esa cita de Nietzsche. Saca a relucir palabras que me ha oído decir a mí en el pasado.

—Yo no lo hice venir a mi casa —repito lentamente y con vehemencia. Sigo evitando pronunciar el nombre de Chandonne porque no quiero darle a él el poder de ser para mí una persona real.

—¿Cómo supo él dónde vives? —Anna continúa con su interrogatorio.

—Por desgracia, ha salido en las noticias muchas veces a lo largo de los años. —Conjeturo—. Ignoro cómo lo supo.

—¿Qué? ¿Piensas que él fue a la biblioteca y buscó tu dirección en un microfilm? ¿Este ser tan espantosamente deformado que rara vez se mostraba a la luz del día? ¿Esa criatura anómala, con la cara y todo el cuerpo cubierto de pelos fue a una biblioteca pública? —Deja que ese absurdo flote un momento sobre nosotros.

—Ignoro cómo lo supo —repito—. El lugar donde se escondía no queda lejos de mi casa. —Comienzo a fastidiarme—. No me culpes a mí. Nadie tiene derecho de culparme a mí por lo que él hizo. ¿Por qué me culpas tú?

—Nosotros creamos nuestros mundos. Destruimos nuestros mundos. Es así de simple, Kay —me responde.

—No puedo creer que por un minuto hayas pensado que yo quería que él me persiguiera. Justamente yo. —Por mi mente aparece fugazmente la imagen de Kim Luong. Recuerdo cómo sus huesos faciales fracturados crujían debajo de mis dedos cubiertos con guantes de látex. Recuerdo el fuerte olor dulzón de sangre coagulada en esa tienda caliente y encerrada en la que Chandonne arrastró su cuerpo agonizante para poder dar rienda suelta a su lujuria desatada, y golpearla, morderla y untar todo con su sangre.—Esas mujeres tampoco hicieron nada para que él les hiciera eso —digo, con emoción.

—Yo no conocí a esas mujeres —dice Anna—. Así que no puedo hablar de lo que hicieron o no hicieron.

Por mi mente aparece fugazmente la imagen de Diane Bray, con su belleza arrogante herida, destruida y crudamente exhibida sobre el colchón desnudo del interior de su dormitorio. Cuando terminamos con ella estaba completamente irreconocible: él parecía haberla odiado incluso más que a Kim Luong; más que a las mujeres que creemos él asesinó en París antes de venir a Richmond. Le pregunto a Anna en voz alta si Chandonne se reconoció en Bray y si eso habrá excitado al nivel más alto su odio hacia sí mismo. Diane Bray era astuta y helada. Era una mujer cruel y abusaba del poder en la misma medida en que respiraba el aire.

—Tú tenías toda la razón del mundo para odiarla —es la respuesta de Anna. Eso

frena mi actividad mental. No contesto enseguida. Trato de recordar si alguna vez dije que odiaba a alguien o, peor aún, si de hecho realmente me he sentido culpable por ello. Odiar a otra persona está mal. El odio es un crimen del espíritu que conduce a los crímenes de la carne. El odio es lo que trae tantos pacientes a mi puerta. Le digo a Anna que yo no odiaba a Diane Bray, aunque ella haya convertido en su misión dominarme y casi tuvo éxito en lograr que me echaran de mi trabajo. Bray era una mujer patológicamente celosa y ambiciosa—. Pero no —le digo a Anna—, yo no odié a Diane Bray. Terminó diciendo que ella era una mala persona, pero que no se merecía lo que él le hizo. Y, por cierto, ella no se lo buscó.

—¿No lo crees? —Anna pone todo en tela de juicio—. ¿No crees que él le hizo, simbólicamente, lo que ella te estaba haciendo a ti? Obsesión. Meterse con violencia en tu vida cuando tú eras vulnerable. Atacar, degradar, destruir: una propensión a dominar que la excitaba, quizás incluso sexualmente. ¿Qué es lo que me has dicho tantas veces? Que las personas mueren de la manera en que han vivido.

—Es cierto en muchas personas. —¿Y ella?

—¿Simbólicamente, como tú dices? —contesto—. Tal vez. —¿Y tú, Kay? ¿Casi moriste de la forma en que viviste?— Yo no morí, Anna.

—Pero estuviste a punto de hacerlo —repite ella—. Y antes de que él se presentara a tu puerta, casi te habías dado por vencida. Casi dejaste de vivir cuando Benton murió.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Qué crees que te podría haber pasado a ti si Diane Bray no hubiera muerto? —Pregunta entonces Anna.

Bray dirigía el departamento de policía de Richmond y tenía engañadas a las personas importantes. En muy poco tiempo se había forjado un nombre en toda Virginia e, irónicamente, al parecer, su narcisismo y su hambre de poder y reconocimiento puede haber sido lo que atrajo a Chandonne hacia ella. Me pregunto si él la habrá estado acechando primero. Me pregunto si me acechó a mí, y supongo que la respuesta a las dos preguntas es que sin duda lo hizo.

—¿Te parece que seguirías siendo jefa de médicos forenses si Diane Bray estuviera viva? —Anna me mira fijo.

—Yo no le habría permitido ganar. —Pruebo la sopa y mi estómago se agita—. Por diabólica que ella haya sido, yo no se lo permitiría. Mi vida depende de mí. Jamás dependió de ella. Mi vida es mía para ser feliz o para arruinarla. —Quizá te alegres que esté muerta— dice Anna.

—El mundo está mejor sin ella. —Aparto de mí el individual y todo lo que tiene encima—. Ésa es la verdad. El mundo está mejor sin personas como ella. El mundo estaría mejor sin él.

—¿Estaría mejor sin Chandonne? Asiento.

—Entonces, después de todo, ¿quizá desearías que Lucy lo hubiera matado? — Sugiere en voz baja. Anna tiene una manera de exigir la verdad sin mostrarse agresiva ni censora.

—No. —Sacudo la cabeza—. No, yo no le desearía eso a nadie. No puedo comer. Lamento que te hayas tomado tanto trabajo. Espero no estar por enfermarme.

—Por ahora ya hemos hablado bastante. —De pronto Anna es la progenitora que decide que es hora de irse a la cama—. Mañana es domingo, un buen día para quedarse en casa, no moverse demasiado y descansar. Yo estoy despejando mi agenda, cancelando todos mis compromisos para el lunes. Y después cancelaré los del martes y miércoles y el resto de la semana, si resulta necesario.

Trato de objetar, pero ella no quiere ni oírme.

—Lo bueno de tener mi edad es que puedo hacer lo que se me dé la gana. —Agrega—. Estoy de turno para las emergencias, pero eso es todo. Y, en este momento, tú eres mi emergencia más importante, Kay.

—Yo no soy una emergencia —digo y me levanto de la mesa.

Anna me ayuda con mi equipaje y me conduce por un largo pasillo que lleva al ala oeste de su mansión majestuosa. El cuarto de huéspedes donde me quedaré por un período indeterminado está dominado por una enorme cama de madera de tejo que, como casi todos los muebles de su casa, es dorado pálido Biedermeier. Su decoración es sencilla, de líneas simples, pero con cúmulos de edredones y almohadas de plumas y pesados cortinados que, como cascadas de seda color champaña, caen sobre el piso de madera dura y revelan la verdadera naturaleza de mi anfitriona. La motivación de Anna en la vida es proporcionarles comodidad a los otros, sanarlos, desterrar la pena y celebrar la belleza pura.

—¿Qué más necesitas? —Pregunta y cuelga mi ropa.

Yo la ayudo a guardar otras cosas en los cajones de la cómoda y descubro que una vez más estoy temblando.

—¿Necesitas tomar algo para dormir? —Alinea mis zapatos en el piso del placard.

Tomar Ativan o algún otro sedante es una proposición tentadora que resisto. — Siempre he tenido miedo de convertirlo en un hábito— respondo vagamente. —Ya ves cómo soy con los cigarrillos. No se puede confiar en mí. Anna me mira.

—Es muy importante que duermas, Kay. Es lo que mejor puede alejarte de la depresión.

Yo no estoy segura de entender lo que dice, pero sé cuál es su intención. Estoy deprimida. Lo más probable es que me deprima, y la falta de sueño no hace más que empeorar las cosas. A lo largo de toda mi vida, el insomnio ha estallado como la artritis, y cuando me convertí en médica tuve que resistir el hábito fácil de permitirme disfrutar de mi propia tienda de golosinas. Las drogas recetadas siempre han estado

allí, pero yo siempre me he mantenido lejos de ellas.

Anna se va y yo me siento en la cama con las luces apagadas, la vista fija en la oscuridad, a medias convencida de que, cuando llegue la mañana, descubriré que lo ocurrido no es más que otra de mis pesadillas, otro horror que se asomó de las capas más profundas de mi ser cuando yo no estaba del todo consciente. Mi voz racional me sondea como el haz de una linterna, pero no disipa nada. No puedo iluminar ningún significado del hecho de casi haber sido mutilada y asesinada ni la manera en que eso afectará el resto de mi vida. Me resulta imposible sentirlo. No puedo encontrarle sentido. «Dios, ayúdame». Me pongo de lado y cierro los ojos. Ahora me acuesto para dormir, es algo que mi madre solía rezar conmigo, pero yo siempre pensé que esas palabras eran en realidad más para mi padre, en su lecho de enfermo en el otro extremo del hall. A veces, cuando mi madre salía de mi cuarto, yo insertaba el pronombre masculino en esos versos. «Si él muriera antes de despertar, ruego al Señor que se lleve su alma», y entonces terminaba durmiéndome entre llantos.

A la mañana siguiente despierto al oír voces en la casa y tengo la inquietante sensación de que el teléfono ha sonado durante toda la noche. No estoy segura de si lo soñé o no. Por un momento espantoso no tengo la menor idea de dónde estoy, hasta que lo recuerdo con una desagradable oleada llena de miedo. Me voy incorporando con dificultad y permanezco inmóvil un momento. Por entre las cortinas cerradas veo que el cielo está nublado y gris.

Tomó una bata de toalla que cuelga de la parte de atrás de la puerta del cuarto de baño y me pongo un par de medias antes de aventurarme a salir y ver quién más está en la casa. Espero que la visita sea Lucy, y así es. Ella y Anna están en la cocina. Pequeños copos de nieve descienden frente a las ventanas que dan al patio de atrás y sobre la superficie color peltre del río. Los árboles desnudos que parecen grabados con trazos oscuros contra el gris del día se mueven apenas con el viento, y el humo de leña encendida asciende de la chimenea de la casa del vecino más cercano. Lucy lleva puesto un conjunto de gimnasia algo desteñido de cuando tomó clases de computación y robótica en el MIT. Da la sensación de que se ha peinado su pelo corto y cobrizo con los dedos; su aspecto es algo sombrío y tiene los ojos irritados y vidriosos que yo suelo asociar con demasiado alcohol la noche anterior.

—¿Acabas de llegar? —Le pregunto y la abrazo.

—En realidad, llegué anoche —contesta y me aprieta fuerte—. No pude resistir esa tentación. Pensé darme una vuelta por aquí y pasar la noche conversando. Pero dormías profundamente. Es mi culpa por llegar aquí tan tarde.

—Oh, no —digo y me siento interiormente vacía—. Deberías haberme despertado. ¿Por qué no lo hiciste?

—De ninguna manera. ¿Cómo está tu brazo?

—Ya no me duele tanto. —Lo cual no es del todo cierto—. ¿Te fuiste del Jefferson?

—No, sigo allí. —Me resulta imposible descifrar el significado de la expresión de Lucy. Se deja caer al piso y se saca los pantalones de gimnasia, debajo de los cuales tiene calzas stretch de colores vivos.

—Me temo que tu sobrina es una mala influencia —dice Anna—. Trajo una agradable botella de Veuve Cliquot y nos quedamos charlando hasta demasiado tarde. Yo no quise que a esa hora volviera manejando al centro de la ciudad.

Siento una punzada de dolor o, quizá, de celos.

—¿Champaña? ¿Celebramos algo? —Pregunto.

Anna se encoge de hombros. Está preocupada. Intuyo que por su cabeza desfilan pensamientos sombríos que no quiere precisar delante de mí y me pregunto si el teléfono habrá sonado realmente anoche. Lucy abre el cierre de su chaqueta, debajo de la cual hay un top ajustado de nylon azul y negro que le calza como un guante a su cuerpo atlético.

—Sí, una celebración —dice Lucy con amargura—. El ATF me anunció que yo estaba de licencia administrativa.

No puedo creer que yo haya oído bien. Una licencia administrativa es más o menos como estar suspendida. Es el primer paso antes de ser despedida de ese puesto. Miro a Anna en busca de alguna señal de que ella ya estaba enterada de esta novedad, pero ella parece casi tan sorprendida como yo.

—Me pusieron en la playa —es la jerga del ATF para indicar suspensión—. Para la semana que viene recibiré una carta en la que se citarán todas mis transgresiones. —La actitud de Lucy es indiferente, pero la conozco demasiado para que me engañe. A lo largo de los últimos meses y años, lo único que he visto brotar de ella es la furia, y allí está de nuevo ahora, fundida debajo de sus muchas y complejas capas—. Me darán todas las razones por las que deberían despedirme y, también, la oportunidad de apelar esa decisión. A menos que yo decida mandar todo al diablo e irme de allí. Cosa que podría hacer. No los necesito.

—¿Por qué? ¿Qué demonios sucedió? No será por culpa de él. —Me refiero a Chandonne.

Con raras excepciones, cuando un agente ha participado de un tiroteo o de algún otro incidente crítico, lo rutinario es que sus pares le brinden apoyo y se lo reasigne a una tarea menos estresante, como por ejemplo la investigación de incendios intencionales en lugar del trabajo encubierto que Lucy estaba haciendo en Miami. Si el individuo resulta ser emocionalmente incapaz de enfrentar esa situación, hasta es posible que le concedan una licencia post-traumática. Pero una licencia administrativa es algo completamente diferente. Lisa y llanamente, es un castigo.

Lucy levanta la cabeza y me mira desde su asiento en el piso, las piernas extendidas, las manos apoyadas detrás de la espalda.

—Es aquello de «maldita si lo haces, maldita si no lo haces» —me retruca—. Si yo le hubiera disparado, tendría un castigo terrible. No le disparé y tengo un castigo terrible.

—Estuviste en un tiroteo en Miami y, muy poco tiempo después, viniste a Richmond y casi le disparaste a otra persona —dice Anna, y es verdad. No importa si esa «otra persona» es un asesino serial que se metió en mi casa. Lucy tiene una historia de recurrir a la fuerza que mancha incluso el incidente de Miami. Su pasado atribulado pesa con fuerza en la cocina de Anna como un frente de baja presión.

—Soy la primera en reconocerlo —contesta Lucy—. Todos queríamos hacerlo

pedazos. ¿No crees que Marino también lo deseaba? —me mira a los ojos—. ¿No crees que cada policía, cada agente que se presentó en tu casa no quena apretar el gatillo? Ellos creen que yo soy algo así como un aventurero mercenario, una persona psicótica a la que la excita matar a la gente. Al menos, eso es lo que han estado dando a entender.

—Necesitas un descanso —dice Anna sin vueltas—. Quizá se trata de eso y no de otra cosa.

—No, no se trata de eso. Vamos, si uno de esos tipos hubiera hecho lo que yo hice en Miami, habría sido un héroe. Si uno de esos tipos hubiera estado a punto de matar a Chandonne, los personajes de D.C. aplaudirían su control y no lo castigarían por «casi» hacer algo. ¿Cómo se puede castigar a alguien por «casi» hacer algo? De hecho, ¿cómo se puede probar siquiera que alguien «casi» hizo algo?

—Bueno, ellos tendrán que probarlo. —Le dice la abogada, la investigadora que hay en mí. Al mismo tiempo es una manera de recordarme que Chandonne casi me hizo algo. En realidad no lo hizo, no importa cuál fuera su intención, y su eventual defensor legal le dará mucha importancia a ese hecho.

—Ellos pueden hacer lo que se les antoje —responde Lucy, cuyo dolor e indignación crecen—. Pueden despedirme. O llevarme de vuelta y estacionar mi trasero frente a un escritorio en un pequeño cuarto sin ventanas de alguna parte de Dakota del Sur o Alaska. O enterrarme en algún departamento insignificante como el de audiovisuales.

—Kay, todavía no bebiste tu café —dice Anna, en un intento de hacer desaparecer la creciente tensión.

—Quizás ése es mi problema. A lo mejor por eso nada tiene sentido esta mañana. —Me acerco a la cafetera que está cerca de la piletta—. ¿Alguien más quiere café?

La respuesta es negativa. Me sirvo una taza mientras Lucy comienza a hacer una serie de ejercicios de elongación y siempre me maravilla verla moverse, con fluidez y armonía. Después de haber empezado la vida gordita y de movimientos lentos, Lucy se pasó años decidida a convertir su cuerpo en una máquina que responde a todo lo que ella le exige, más o menos como los helicópteros que pilotea. Tal vez es su sangre brasileña la que le agrega ese fuego oscuro a su belleza, pero Lucy es electrizante. La gente la mira con atención dondequiera que ella vaya, y la reacción de Lucy es, en el mejor de los casos, encogerse de hombros. —No sé cómo puedes salir a correr con un tiempo como éste—. Le dice Anna.

—El dolor me gusta. —Lucy se pone la riñonera, en cuyo interior hay una pistola.

—Tenemos que hablar más de esto, ver qué vas a hacer. —La cafeína defibrila los latidos lentos de mi corazón y me despeja la cabeza.

—Después de correr voy a trabajar mi cuerpo en el gimnasio. —Nos dice Lucy—. Así que estaré ausente bastante tiempo.

—Dolor y más dolor —musita Anna.

Cuando miro a mi sobrina, lo único que puedo pensar es qué extraordinaria que es y qué injusta ha sido la vida con ella. Jamás conoció a su padre biológico, y entonces apareció Benton y fue el padre que ella nunca tuvo, y también a él lo perdió. Su madre es una mujer egocéntrica que se muestra demasiado competitiva con Lucy como para amarla; si es que mi hermana Dorothy es capaz de amar a alguien, algo que realmente yo no creo. Lucy es, posiblemente, la persona más inteligente y complicada que conozco. Eso no le ha granjeado demasiados admiradores. Siempre ha sido irrefrenable y, al observarla salir corriendo de la cocina como una atleta olímpica, armada y peligrosa, la recuerdo cuando, a los cuatro años y medio, empezó el primer grado escolar y sacó una mala nota en conducta.

«¿Cómo se puede sacar una mala nota en conducta?», le pregunté a Dorothy cuando me llamó por teléfono, hecha una furia, para quejarse del terrible trabajo que le daba ser la madre de Lucy.

«Ella habla todo el tiempo e interrumpe a los otros alumnos y siempre levanta la mano para responder a las preguntas. —Dijo Dorothy—. ¿Sabes qué escribió su maestra en su tarjeta de calificaciones? ¡Déjame que te lo lea! *Lucy no trabaja ni juega bien con los otros alumnos. Le encanta lucirse y ser una sabelotodo y constantemente desarma cosas, como el afilador de lápices y los pomos de las puertas*».

Lucy es gay. Eso es algo muy injusto porque es algo que no se puede eliminar con el paso de los años ni recurriendo a la fuerza de voluntad. La homosexualidad es injusta porque engendra injusticia. Por esa razón, me dio mucha pena enterarme de esta parte de la vida de mi sobrina. Daría cualquier cosa para que ella no sufriera. Y me obligo a reconocer que, hasta ahora, me las he ingeniado para pasar por alto lo obvio. El ATF no va a mostrarse generoso ni a perdonar, y lo más probable es que Lucy lo haya sabido desde hace bastante. En D.C. nadie tomará en cuenta sus logros sino que la mirarán a través de la lente deformante del prejuicio y los celos.

—Va a ser una cacería de brujas —digo, una vez que Lucy ha salido de la casa.

Anna casca un huevo sobre un bol.

—Quieren librarse de ella, Anna.

Anna deja caer las cascaras en la pileta, abre la heladera, saca un cartón de leche y se fija en la fecha de vencimiento.

—Hay quienes la consideran una heroína —dice.

—Las fuerzas del orden apenas si toleran a las mujeres. No las aplauden y castigan a las que se convierten en heroínas. Ése es el secreto sucio del que nadie parece querer hablar —digo.

Anna bate vigorosamente los huevos con un tenedor.

—Es también nuestra historia. —Continúo—. Estudiamos en la Facultad de

Medicina en una época en que teníamos que disculparnos por ocupar el espacio de los varones. En algunos casos, fuimos esquivadas, saboteadas. En mi primer año de facultad tuve otras tres compañeras mujeres. ¿Cuántas tuviste? —En Viena era diferente.

—¿En Viena? —mis pensamientos se evaporan—. Sí, donde me formé —me informa.

—Ah. —De nuevo siento culpa cuando me entero de otro detalle que yo ignoraba acerca de mi buena amiga.

—Cuando vine aquí, todo lo que dices acerca de cómo son las cosas para las mujeres era exactamente así. —Anna tiene los labios apretados cuando vierte esa mezcla de huevos en una sartén de hierro fundido—. Recuerdo cómo era cuando me mudé a Virginia. Cómo me trataron. —Créeme, lo sé bien.

—Me refiero a lo que sucedía treinta años antes de lo que experimentas tú Kay. Te aseguro que no sabes bien cómo era.

Los huevos despiden humo y burbujan. Me recuesto contra la mesada, bebo el café y deseo haber estado despierta cuando Lucy llegó anoche, necesitando hablar conmigo. Tuve que enterarme de sus novedades de esta manera, casi al pasar. —¿Habló ella contigo?— Le pregunto a Anna. —¿Acerca de lo que nos dijo hace un momento?

Anna mueve los huevos en la sartén.

—Ahora que lo pienso, creo que se apareció con la botella de champaña porque quería contártelo a ti. Diría que era un efecto bastante poco apropiado, considerando el tenor de sus noticias. —Saca muffins de la tostadora—. Resulta fácil imaginar que los psiquiatras mantienen conversaciones muy profundas con todo el mundo, cuando, en realidad, las personas rara vez me revelan sus sentimientos auténticos, incluso cuando me pagan por hora. —Lleva nuestros platos a la mesa—. Por lo general me dicen lo que piensan. Ése es el problema. La gente piensa demasiado.

—No se muestran demasiado directos. —De nuevo me preocupa lo del ATF cuando Anna y yo nos sentamos a la mesa, una frente a la otra.—El ataque de ellos será encubierto, como el FBI. Y, a decir verdad, el FBI se la sacó de encima por la misma razón. Ella era una estrella en ascenso, la maga de la computación, piloto de helicópteros, el primer miembro del sexo femenino del Equipo de Rescate de Rehenes. —Voy recorriendo el currículum de Lucy mientras la expresión de Anna se va haciendo cada vez más escéptica. Ambas sabemos que es innecesario que yo lo haga. Anna conoce a Lucy desde chica.—Entonces apareció lo de su homosexualidad. Pues bien, ella se fue del FBI para entrar en el ATF, y de nuevo estamos en las mismas. La historia no hace más que repetirse una y otra vez. ¿Por qué me miras así?

—Porque te estás destruyendo con los problemas de Lucy cuando los tuyos casi

tienen la altura del Monte Blanco.

Mi atención se dirige a la ventana. Un grajo azul picotea del comedero aletea, y semillas de girasol caen y cubren la tierra nevada como perdigones. Una serie de débiles rayos de luz brotan de esa mañana nublada. Nerviosamente hago girar mi taza de café sobre la mesa. El codo me late mientras comemos. Cualesquiera sean mis problemas, me niego a hablar de ellos, como si expresarlos verbalmente de alguna manera les confiriera vida... como si ya no la tuvieran Anna no me presiona. Nos quedamos calladas. Los cubiertos tintinean contra la porcelana y la nieve se vuelve más densa y cubre los arbustos y los árboles y revolotea sobre el río. Vuelvo a mi cuarto y me doy un prolongado baño de inmersión bien caliente, con el yeso apoyado al costado de la bañera. Me visto con dificultad y me doy cuenta de que no es muy probable que alguna vez domine la técnica de atarme los cordones de las zapatillas con una sola mano, cuando suena el timbre de la puerta de calle. Momentos después, Anna llama a mi puerta y me pregunta si estoy visible.

Pensamientos negros desfilan por mi mente como nubes de tormenta. No espero a nadie.

—¿Quién es? —Pregunto.

—Buford Righter —contesta ella.

Siempre correcto, siempre cortés, Righter es siempre el perfecto caballero que le enseñaron a ser en la zona llena de harás del condado de Carolina donde están sus raíces. Nadie lo quiere. Nadie lo odia. No le temen ni lo respetan. Righter no tiene fuego interior. No puedo recordarlo mostrándose exaltado o impulsivo, por cruel o despiadado que fuera el caso. Lo que es aún peor, se muestra aprensivo cuando se trata de los detalles que yo presento en el foro, y prefiere enfocarse en puntos legales y no en las trágicas complicaciones que la violación de esas leyes trae como resultado.

La forma en que esquivo la morgue ha hecho que no esté tan versado en las ciencias médicas y forenses como debería. De hecho, es el único abogado que conozco al que no parece importarle estipular la causa de una muerte. En otras palabras, deja que los registros escritos hablen por el médico forense en el juzgado. Esto es una parodia grotesca. Para mí, constituye negligencia profesional. Cuando el médico forense no está en la sala del juzgado, entonces, en cierto sentido, tampoco lo está el cuerpo, y los jurados no imaginan a la víctima ni a todo lo que le pasó en el proceso de morir de muerte violenta. Las palabras clínicas de los protocolos sencillamente no evocan el terror ni el sufrimiento y, por esta razón, por lo general es la defensa, y no la acusación, la que quiere estipular la causa de muerte.

—Buford, ¿cómo estás? —Extiendo la mano y él observa mi yeso y el cabestrillo y, más abajo, los cordones sueltos de mis zapatillas y los faldones de mi camisa de afuera. Siempre me ha visto de traje y en un ambiente que tiene que ver con mi rango profesional, y su frente se arruga en una expresión que se supone revela compasión y comprensión, la humildad y la preocupación de aquellos elegidos por Dios para dirigirnos a nosotros, los seres de menor importancia. Su tipo abunda entre las primeras familias de Virginia; personas privilegiadas y evasivas que han refinado la habilidad de disfrazar su elitismo y arrogancia bajo un aura de opresión, como si les resultara difícil ser ellos mismos.

—La pregunta es ¿cómo estás tú? —dice y toma asiento en el atractivo living ovalado de Anna, con su cielo raso abovedado y su vista al río.

—Realmente no sé cómo contestarte eso, Buford —digo y elijo una mecedora—. Cada vez que alguien me lo pregunta, mi mente vuelve a butearse. —Anna debe de haber encendido el fuego de la chimenea y se ha ido, y tengo la inquietante sensación de que su ausencia se debe a algo más que al hecho de ser cortés y discreta.

—No me extraña. No sé cómo puedes siquiera funcionar después de lo que te

sucedió. —Righter habla con un acento virginiano meloso—. Lamento caer así, de repente, Kay, pero ha sucedido algo inesperado. Qué lugar tan lindo es éste, ¿verdad? —dice y continúa observando lo que lo rodea—. ¿Ella hizo construir esta casa o ya estaba aquí?

Yo no lo sabía ni me importaba.

—Tengo entendido que ustedes dos tienen una relación muy cercana. —Agrega.

No sé si ha decidido hablar de temas triviales o si trata de sonsacar información.

—Ella ha sido una muy buena amiga mía —respondo.

—Sé que te admira mucho. O sea que, en mi opinión, no podrías estar en mejores manos.

Me cae mal que dé a entender que estoy en las manos de alguien, como si yo fuera una paciente en una sala hospitalaria, y así se lo digo.

—Ah, caramba. —Continúa haciendo un escrutinio visual de los óleos que cuelgan sobre las paredes color rosa pálido, los cristales, las esculturas y los muebles europeos—. ¿De modo que no tienes una relación profesional con ella? ¿Nunca la tuviste?

—No literalmente —contesto con fastidio—. Nunca pedí turno para consultarla.

—¿Alguna vez te recetó medicamentos? —Continúa con su interrogatorio—. No que yo recuerde.

—Bueno, no puedo creer que ya casi estemos en Navidad. —Righter suspira y su atención se aleja ahora del río y se centra en mí.

Para utilizar un término de Lucy, tiene un aspecto ridículo con sus pantalones verdes de tela pesada metidos dentro de botas de goma de suela gruesa y con forro de vellón. Usa un suéter de lana tipo Burberry abotonado hasta la barbilla, como si no pudiera decidir si ese día escalaría una montaña o jugaría al golf en Escocia.

—Bueno —dice—, te diré por qué estoy aquí. Marino me llamó hace un par de horas. Se han producido novedades inesperadas en el caso Chandonne.

Enseguida siento una puñalada de traición. Marino no me dijo nada. Ni siquiera se molestó en averiguar cómo estoy esta mañana.

—Trataré de resumírtelo. —Righter cruza las piernas y con lentitud apoya las manos en las rodillas, y en sus manos brillan, con la luz de la lámpara, una alianza matrimonial y un anillo de la Universidad de Virginia—. Kay, estoy seguro de que sabes que la noticia de lo que ocurrió en tu casa y la subsiguiente detención de Chandonne ha sido transmitida por todas partes. No me cabe duda de que viste los informativos y, por lo tanto, puedes apreciar la magnitud de lo que estoy por decirte.

El miedo es un sentimiento fascinante. Lo he estudiado sin cesar y con frecuencia le digo a la gente que la mejor manera de ver cómo funciona es recordar la reacción de otro conductor frente al que ha detenido el automóvil y casi chocado con él. El pánico enseguida se transforma en furia y la otra persona se apoya en la bocina, hace

gestos obscenos o, en la actualidad, saca una pistola y le dispara. Yo paso por toda esa progresión y siento cómo el miedo se convierte en furia.

—Yo no he seguido las noticias deliberadamente y por cierto no apreciaré la magnitud de lo que me digas —respondo—. Jamás aprecié sentir que violaban mi privacidad.

—Los asesinatos de Kim Luong y de Diane Bray despertaron mucha atención, pero nada como esto: el intento de matarte a ti. —Continúa—. Supongo que, entonces, no has visto el Washington Post esta mañana. Yo me quedo mirándolo, ardiendo de furia.

—En primera plana hay una foto de Chandonne al ser llevado en una camilla al sector de Emergencias del hospital, sus hombros peludos asomando por encima de las sábanas como una suerte de perro de pelo largo. Por supuesto, su cara estaba cubierta de vendajes, pero igual se podía adivinar lo grotesco que él es. Y ya puedes imaginar lo que publicó la prensa sensacionalista. Un hombre lobo en Richmond, la Bella y la Bestia y esa clase de cosas.—El desdén se insinúa en los bordes de su voz, como si el sensacionalismo fuera obsceno, y de pronto se me impone mentalmente la imagen de él haciéndole el amor a su esposa. Lo imagino haciéndolo con las medias puestas. Sospecho que él consideraría que el sexo es algo sucio y humillante. He oído rumores. Se dice que, en el baño de hombres, jamás usa los mingitorios ni los inodoros frente a nadie. Que compulsivamente se lava las manos. Todo esto pasa por mi mente mientras sigue sentado con tanta corrección y revela lo que me ha producido la exposición pública de Chandonne.

—¿Sabes si en alguna parte se han mostrado fotografías de mi casa? —Tengo que preguntar—. Cuando anoche salí de casa, allí había fotógrafos.

—Bueno, lo que sí sé es que esta mañana sobrevolaron la zona varios helicópteros. Alguien me lo dijo —contesta, y enseguida sospecho que él ha regresado a casa y presenciado eso personalmente—. Tomando fotografías aéreas. —Por la ventana observa la nieve que cae—. Supongo que el clima ha puesto punto final a esa actividad. El portón del guardia ha impedido el paso de bastantes automóviles. La prensa, los curiosos. Inesperadamente, resultó ser muy bueno que te alojaras en casa de la doctora Zenner. Es extraño cómo suceden las cosas. —Hace una pausa y vuelve a mirar hacia el río. Una bandada de gansos de Canadá vuela en círculos, como aguardando instrucciones de la torre de control—. Normalmente, lo que yo te recomendaría es que no volvieras a tu casa hasta después del juicio...

—¿Hasta después del juicio? —Lo interrumpo.

—Bueno, eso sería si el juicio se lleva a cabo aquí —dice como puente para la siguiente revelación, que yo automáticamente doy por sentado es una referencia a un cambio de jurisdicción.

—Lo que me dices es que es probable que el juicio se realice fuera de Richmond.

—Acoto—. ¿Y qué quieres decir con eso de «normalmente»?

—A eso voy. Marino recibió un llamado de la oficina del fiscal de distrito de Manhattan.

—¿Esta mañana? ¿Ésa es la novedad? —Estoy desconcertada—. ¿Qué tiene que ver Nueva York con todo lo demás?

—Esto sucedió hace pocas horas. —Continúa—. Llamó la jefa de la división Crímenes Sexuales, una mujer llamada Jaime Berger. Quizá has oído hablar de ella. De hecho, no me sorprendería nada que ustedes dos se conocieran.

—No la conozco personalmente —respondo—, pero he oído hablar de ella.

—El viernes 5 de diciembre, hace dos años. —Prosigue Righter—, se encontró el cuerpo de una mujer negra de veintiocho años en Nueva York, en un departamento del sector de la Segunda Avenida y la calle Setenta y Siete, del Upper East Side. Al parecer, se trataba de una meteoróloga de televisión; presentaba los pronósticos del tiempo en la CNBC. ¿Oíste hablar de ese caso?

Contra mi voluntad, comienzo a hacer conexiones.

—Cuando ella no se presentó en el estudio del canal temprano esa mañana, la mañana del 5 de diciembre, y tampoco contestaba el teléfono, alguien fue a verla. La víctima. —Righter extrae un pequeño anotador con tapas de cuero del bolsillo de atrás del pantalón y hojea sus páginas— se llamaba Susan Pless. Pues bien, su cuerpo estaba en el dormitorio, sobre la alfombra que había junto a la cama. Le habían arrancado la ropa de la cintura para arriba y estaba tan golpeada y magullada que parecía haber estado en un avión que se estrelló en tierra. —Me mira—. Y esto del accidente de aviación es una cita. Supuestamente es así como Berger se lo describió a Marino. ¿Cómo lo solías describir tú? ¿Recuerdas el caso de los adolescentes borrachos que corrían carreras en una pickup y uno de ellos decide viajar con medio cuerpo fuera de la ventanilla y tiene la mala suerte de encontrarse con un árbol?

—Sí —contesto mientras asimilo lo que me está diciendo—. La cara se le hundió por el enorme impacto, tal como a veces sucede cuando un avión se precipita a tierra o en aquellos casos en que una persona salta o cae desde gran altura y aterriza de cara. ¿Hace dos años? —mis pensamientos giran con rapidez—. ¿Cómo es posible?

—No entraré en los detalles macabros. —Pasa más páginas de su libreta—. Pero había también marcas de mordeduras, incluyendo en manos y pies, y muchos pelos largos, pálidos y extraños adheridos a la sangre que, en un principio, se pensó pertenecían a un animal. Tal vez a un gato de Angora de pelo largo o algo por el estilo. —Levanta la vista y me mira—. Veo que ya captas lo que quiero decir.

Todo el tiempo dimos por sentado que el viaje de Chandonne a Richmond era el primero que hacía a los Estados Unidos. No tenemos ninguna razón lógica para suponerlo, más allá de nuestra descripción de él como una suerte de Quasimodo que se pasó la vida escondido en el sótano de la casa de su poderosa familia en París.

También pensamos que él navegó a Richmond desde Antwerp al mismo tiempo en que lo hacía el cuerpo de su hermano muerto. ¿También nos equivocamos en eso? Se lo pregunto a Righter.

—De todos modos, ya sabes cuál era la conjetura de Interpol. —Comenta—. Que él viajó a bordo del Sirius con un alias —recuerdo—, un hombre de nombre Pascal que inmediatamente fue llevado al aeropuerto cuando el barco llegó al puerto de Richmond a principios de diciembre. Supuestamente, una emergencia familiar exigía que tomara un vuelo de regreso a Europa. —Repito la información que Jay Talley me dio cuando estuve en Interpol en Lyon la semana pasada—. Pero en realidad nadie lo vio subir al avión, así que se pensó que Pascal era en realidad Chandonne y nunca voló a ninguna parte sino que se quedó aquí y comenzó a matar gente. Pero si este individuo entra y sale de los Estados Unidos muy campante, es imposible saber cuánto hace que está en el país o cuándo llegó. Al diablo con nuestras teorías.

—Bueno, supongo que muchas terminarán siendo revisadas antes de que todo esto llegue a su fin. Y con esto no quiero faltarle al respeto a Interpol o a ninguna persona. —Righter descruza las piernas y parece extrañamente complacido.

—¿Lo han localizado? Me refiero a ese tal Pascal.

Righter no lo sabe, pero conjetura que quienquiera sea el verdadero Pascal —suponiendo que exista—, lo más probable es que sea una manzana podrida más involucrada con el cartel criminal de la familia Chandonne.

—Otro tipo con un alias, hasta es posible que sea un socio del hombre muerto que había en el contenedor de carga —dice Righter—. Supongo que el hermano, Thomas Chandonne, que sabemos con seguridad que estaba involucrado con los negocios de la familia.

—Doy por sentado que Berger se enteró de que Chandonne fue detenido, supo de sus homicidios y se puso en contacto con nosotros —digo.

—Así es, reconoció el modus operandi. Dice que en ningún momento olvidó el caso de Susan Pless. Berger tiene un apuro terrible por comparar el ADN. Al parecer, obtuvo líquido espermático y tienen un perfil de él, lo tienen desde hace dos años.

—De modo que el semen del caso de Susan fue analizado. —Reflexiono sobre este hecho, con cierta sorpresa, porque los laboratorios recargados de trabajo y con poco apoyo financiero no suelen realizar las pruebas de ADN hasta que existe un sospechoso con quién compararlas, en especial si no existe un banco de datos muy completo para realizar un perfil y, con suerte, encontrar una coincidencia. En 1977 todavía no existían bancos de datos en Nueva York. ¿Significa esto que originalmente tenían un sospechoso?— Pregunto.

—Creo que sí tenían un sospechoso que finalmente no llenó los requisitos —contesta Righter—. Lo único que sé es que obtuvieron un perfil y que nosotros estamos enviando el ADN de Chandonne a la oficina del forense. De hecho, la

muestra ya está en camino. Tenemos que saber si existe una coincidencia antes de que Chandonne comparezca ante un juez aquí, en Richmond. La buena noticia es que nos han dado algunos días adicionales debido al estado clínico de Chandonne, por las quemaduras que tiene en los ojos por una sustancia química. —Dice esto como si yo no tuviera nada que ver con el hecho.—Es algo así como la oportunidad de la que siempre hablas, ese breve período en el que es preciso salvar a alguien que ha estado en un accidente terrible o algo así. Ésta es nuestra oportunidad. Haremos que se comparen los ADN para ver si Chandonne es, en realidad, la persona que mató a esa mujer en Nueva York hace dos años.

Righter tiene la fastidiosa costumbre de repetir cosas que yo he dicho, como si ese hecho le permitiera ignorar las cosas que realmente son importantes.

—¿Y qué me dices de las marcas de mordeduras? —Pregunto—. ¿Hubo alguna información al respecto? Chandonne tiene una dentadura muy especial.

—¿Sabes una cosa, Kay? —dice—. En realidad no entré en esa clase de detalles.

Por supuesto que no lo hizo. Lo presiono para obtener la verdad, la verdadera razón por la que vino a verme esta mañana.

—¿Y qué pasa si el ADN señala a Chandonne? ¿Por qué quieres saberlo antes de que comparezca aquí frente a un juzgado? —Es una pregunta retórica, porque yo creo saber la razón—. Tú no quieres que comparezca aquí. Te propones derivarlo a Nueva York y permitir que primero lo juzguen allá.

Él evita mi mirada.

—¿Puedes decirme por qué, Buford? —Continúo y me convengo cada vez más de que eso es exactamente lo que él ha decidido—. ¿Para poder lavarte las manos en este caso? ¿Enviarlo a la isla Riker y, así, librarte de él? ¿Y no dar justicia a los casos que hay aquí? Seamos sinceros, Buford; si ellos lo condenan por homicidio en primer grado en Manhattan, tú no te tomarás el trabajo de juzgarlo aquí, ¿no es verdad?

Me dirige una de sus miradas sinceras, y me sorprende diciendo:

—Todos en la comunidad siempre te han respetado mucho.

—¿Me han respetado? —Una señal de alarma me recorre el cuerpo como agua helada—. ¿Así, en el pasado? ¿Ya no?

—Lo que quiero decir es que entiendo lo que sientes... que tú y esas pobres otras mujeres se merecen que él sea castigado con toda la fuerza de...

—De modo que supongo que el muy hijo de puta sale impune con lo que intentó hacerme a mí. —Lo interrumpo con furia, debajo de lo cual hay dolor. El dolor del rechazo. El dolor del abandono—. Supongo que sale impune con lo que les hizo a esas otras pobres mujeres, como dices tú. ¿Estoy en lo cierto?

—En Nueva York tienen pena de muerte —contesta.

—¡Por el amor de Dios! —exclamo, indignada. Lo miro fijo con intensidad y vehemencia, como el foco de la lupa que yo solía usar en los experimentos infantiles

para quemar papel y hojas secas—. ¿Y cuándo la han aplicado? —Él sabe que la respuesta es «nunca». Nadie recibe nunca la inyección en Manhattan.

—Y tampoco hay garantías de que la apliquen en Virginia —responde Righter—. El acusado no es ciudadano norteamericano. Sufre una enfermedad rarísima o deformidad o lo que sea. Ni siquiera estamos seguros de que hable inglés.

—Ciertamente me habló en inglés cuando vino a casa.

—Por lo que sabemos, hasta es posible que salga libre por insania.

—Supongo que eso depende de la habilidad del fiscal, Buford.

Righter piensa un momento. Aprieta la mandíbula. Parece la parodia hollywoodiense de un contador. —Todo abotonado, con la ropa ajustada y esos anteojos diminutos—, que acaba de percibir un olor ofensivo.

—¿Hablaste con Berger? —Le pregunto—. Sin duda lo hiciste. No podrías haber venido aquí por tu cuenta. Ustedes dos han hecho un trato.

—Bueno, sí, conferenciamos. Hay mucha presión, Kay. Eso tienes que apreciarlo. En primer lugar, el tipo es francés. ¿Tienes idea de cuál sería la reacción de los franceses si tratáramos de ejecutar a uno de sus hijos nativos aquí, en Virginia?

—Cielo Santo —exclamo—. Esto no tiene que ver con la pena capital. Tiene que ver con el castigo y punto. Ya sabes qué pienso de la pena de muerte, Buford. Estoy en contra de ella. Y me opongo cada vez más a medida que pasan los años. Pero deben responsabilizarlo a él por lo que hizo aquí en Virginia, maldito sea.

Righter no dice nada y de nuevo se pone a mirar por la ventana.

—De modo que Berger y tú convinieron que, si el ADN coincide, Manhattan puede ocuparse de Chandonne. —Le digo.

—Piénsalo. Es lo mejor que cabe esperar en términos de cambio de jurisdicción, por así decirlo. —Una vez más, Righter me mira—. Y sabes bien que el caso no podría juzgarse nunca aquí en Richmond con toda esa publicidad y todo eso. Lo más probable es que nos mandarían a algún juzgado rural a un millón de kilómetros de aquí. ¿Y cómo te gustaría tener que pasar por eso durante semanas, posiblemente meses?

—Es verdad. —Me pongo de pie y muevo los leños de la chimenea con el atizador, el calor se aprieta contra mi cara y una serie de chispas estallan y suben por la chimenea como una bandada de estorninos fantasmales—. ¡No vayan a causarnos molestias! —Lanzo un golpe con el brazo sano, como si tratara de matar el fuego. Me siento de nuevo, con la cara enrojecida y de pronto al borde de las lágrimas. Sé todo lo relativo al síndrome de estrés post-traumático y acepto el hecho de que lo estoy padeciendo. Me siento ansiosa y me sobresalto con facilidad. Hace un momento encendí la radio en una emisora de música clásica local y Pachelbel me abrumó con pena y comencé a sollozar. Conozco los síntomas. Trago fuerte y me sobrepongo. Righter me observa en silencio con una mirada cansada de pesadosa nobleza, como si

fuera Robert E. Lee recordando una batalla perdida.

—¿Qué me pasará a mí? —Pregunto—. ¿O sigo adelante con mi vida como si nunca hubiera trabajado en esos homicidios espantosos, como si nunca les hubiera practicado la autopsia a sus víctimas o tratado de escapar cuando él entró en mi casa por la fuerza? ¿Cuál será mi papel, Buford, suponiendo que lo juzguen en Nueva York?

—Eso dependerá de Berger —contesta él.

—Almuerzos gratis.—Es un término que yo uso cuando me refiero a víctimas que nunca recibieron justicia. En el escenario que Righter sugiere, yo, por ejemplo, sería un almuerzo gratis porque Chandonne nunca sería juzgado en Nueva York por lo que trató de hacerme a mí en Richmond. Lo que es todavía peor, sólo recibiría una palmada en la mano por los asesinatos que cometió aquí. —Acabas de arrojar toda esta ciudad a los lobos—. Le digo.

Él entiende el doble *entendre* en el mismo momento que yo. Lo veo en sus ojos. Richmond ya ha sido arrojado a un lobo, Chandonne, cuyo *modus operandi* cuando empezó a matar en Francia era dejar notas firmadas *El Hombre Lobo*. Ahora, la justicia para las víctimas de esta ciudad estará en manos de extraños o, más exactamente, no habrá justicia. Cualquier cosa puede pasar. Cualquier cosa ocurrirá.

—¿Y si Francia quiere extraditarlo? —Desafío a Righter—. ¿Y si Nueva York lo permite?

—Podríamos seguir citando indefinidamente todas las posibilidades —dice él.

Yo lo miro con evidente desprecio.

—No te tomes esto personalmente, Kay —dice Righter y me lanza de nuevo esa mirada piadosa y triste—. No conviertas esto en tu guerra personal. Sólo queremos que el hijo de puta no siga matando. No importa lo que suceda después.

Yo me levanto de la silla.

—Bueno, sí que importa. Importa muchísimo —le digo—. Eres un cobarde, Buford. —Le doy la espalda y salgo de la habitación.

Minutos después, desde el otro lado de la puerta cerrada en mi ala de la casa, oigo que Anna acompaña a Righter a la puerta de calle. Es evidente que él se quedó el tiempo suficiente para hablar con ella, y me pregunto qué habrá dicho de mí. Me siento en el borde de la cama sintiéndome completamente perdida. No puedo recordar haberme sentido nunca tan sola, tan asustada, y me alivia oír que Anna se acerca por el hall. Llama con suavidad a mi puerta.

—Pasa —digo con voz vacilante.

Ella se queda parada junto a la puerta abierta y me mira. Me siento una criatura, indefensa, tonta.

—Insulté a Righter —le digo—. No importa si lo que le dije era cierto. Lo llamé cobarde.

—Él opina que en este momento estás muy inestable —responde—. Le preocupas. También es *ein Mann ohne Rückgrat*, un hombre sin columna vertebral, como decimos en el lugar de donde vengo. —Sonríe un poco.

—Anna, yo no soy inestable.

—¿Por qué estamos aquí cuando podríamos estar disfrutando el fuego? —
Pregunta.

Por lo visto, se propone hablar conmigo.—Está bien —digo—, tú ganas.

Nunca fui paciente de Anna. De hecho, nunca me he sometido a ninguna clase de psicoterapia, lo cual no quiere decir que no la haya necesitado. Sí que lo necesitaba. No sé de nadie que no pueda sacar provecho de un buen consejo. Sucede, sencillamente, que soy muy reservada y no confío con facilidad en la gente, y por muy buenos motivos. No existe tal cosa como una discreción absoluta. Soy médica y conozco a otros médicos. Los médicos hablan entre sí y con su familia y amigos. Cuentan secretos que, por el juramento hipocrático, nunca deberían revelar ni siquiera a una sola persona. Anna apaga las lámparas. La mañana está nublada y tan oscura como el anochecer, y las paredes pintadas de rosa se apoderan de la luz del fuego y convierten el living en un lugar irresistiblemente calentito y acogedor. De pronto me siento incómoda. Anna ha preparado el escenario para que yo me dé a conocer. Elijo sentarme en la mecedora y ella acerca una otomana y se sienta en el borde, frente a mí, como un enorme pajaraco instalado en su nido. —No saldrás de esto si te quedas callada.—Es brutalmente directa. La pena se me sube a la garganta y trato de tragarla.

—Estás traumatizada. —Continúa Anna—. Kay, no estás hecha de acero. Ni siquiera tú eres capaz de soportar tanto y seguir adelante como si nada hubiera sucedido. Te llamé tantas veces después de la muerte de Benton y nunca encontraste tiempo para mí. ¿Por qué? Porque no querías hablar.

Esta vez no puedo esconder mis emociones. Las lágrimas ruedan por mi cara y caen sobre mis rodillas como sangre.

—Cuando mis pacientes no enfrentan sus problemas, siempre les digo que ya llegará su día del juicio final, en que tendrán que dar cuenta de sus actos. —Anna se inclina hacia adelante y pronuncia con vehemencia las palabras que dispara contra mi corazón—. Éste es ese día para ti. —Me mira fijo y me señala con un dedo—. Ahora hablarás conmigo, Kay Scarpetta.

Con la vista nublada miro mis rodillas. Los pantalones están moteados con las lágrimas y enseguida pienso, tontamente, que las gotas son perfectamente redondas porque cayeron en un ángulo de noventa grados.

—Nunca podré alejarme de eso —digo en voz muy baja y con desesperación.

—¿Alejarte de qué? —Esto ha concitado el interés de Anna.

—De lo que hago. Todo me recuerda a algo de mi trabajo. Y yo no hablo de eso.

—Quiero que hables de eso ahora —me dice.

—Es una tontería.

Ella aguarda, el pescador paciente, sabiendo que yo tiro del anzuelo. De pronto lo

tomo. Le doy a Anna ejemplos que me resultan vergonzosos si no ridículos. Le digo que jamás tomo jugo de tomate ni V8 ni Bloody Marys con hielo porque cuando el hielo comienza a derretirse parece sangre coagulada que se separa del suero. Dejé de comer hígado cuando estaba en la Facultad de Medicina, y la sola idea de pensar en un órgano como algo para mi paladar me resulta impensable. Recuerdo cierta mañana en la isla Hilton Head, cuando Benton y yo caminábamos por la playa y el agua, en bajar, había dejado zonas de arena gris rizada que se parecían notablemente al revestimiento interior del estómago. Mis pensamientos se repliegan y dan vueltas a voluntad, y por primera vez en años aparece un viaje a Francia. En una de las raras ocasiones en que Benton y yo realmente nos alejamos de nuestro trabajo, hicimos una recorrida por los Grands Vins de Bourgogne y fuimos recibidos en los dominios de Drouhin y Dugat y probamos los vinos de cascos de Chambertin, Montrachet, Musigni y Vosne-Romanée.

—Recuerdo haberme emocionado terriblemente —digo y comparto recuerdos que ignoraba que tenía—. La luz de comienzos de la primavera que iba cambiando sobre las laderas y el aspecto nudoso de los viñedos podados en invierno, todos como levantando las manos y ofreciéndonos lo mejor que tienen: su esencia. Y con frecuencia nosotros no rozamos siquiera su carácter. No nos tomamos el tiempo necesario para descubrir la armonía en esos tonos sutiles, la sinfonía que los vinos finos ejecutan en nuestra lengua si se los permitimos. —Callo. Anna aguarda en silencio a que yo vuelva a hablar—. Como cuando a mí sólo se me pregunta por mis casos. —Continúo—. Sólo me preguntan acerca de los horrores que veo, cuando en mí hay tantas otras cosas.

—Te sientes sola. —Comenta Anna—. Y no entendida. Tal vez tan deshumanizada como tus pacientes muertos.

No le contesto sino que sigo con mis analogías y describo la vez que Benton y yo recorrimos en tren casi toda Francia durante varias semanas y terminamos en Bordeaux, y los tejados iban poniéndose más rojos a medida que nos dirigíamos al sur. El primer toque de la primavera relucía en los árboles con un verde irreal, y las venas y las arterias más grandes de agua se dirigían al mar, tal como todos los vasos sanguíneos del cuerpo comienzan y terminan en el corazón.

—Todo el tiempo me maravilla la simetría de la naturaleza, la forma en que los arroyos y tributarios del aire se parecen al sistema circulatorio, y las rocas me recuerdan viejos huesos esparcidos —digo—. Y el cerebro empieza siendo liso y con el tiempo se llena de circunvoluciones y hendeduras, tal como las montañas se vuelven distintas a lo largo de miles de años. Todos estamos sometidos a la misma ley de la física. Y, al mismo tiempo, no lo estamos. El cerebro, por ejemplo, no se parece nada a la función que cumple. En un examen superficial, es tan poco interesante como un hongo.

Anna asiente. Me pregunta si yo compartí algunos de esos pensamientos con Benton. Le contesto que no. Ella quiere saber por qué no tuve ganas de compartir con él, mi amante, lo que parecen ser percepciones inofensivas, y yo le digo que necesito pensarlo un minuto. Que no estoy segura de la respuesta.

—No —me aguijonea—, no pienses. Sólo siéntelo.

Yo reflexiono.

—No. Siéntelo, Kay. Siéntelo —dice y se pone la mano sobre el corazón.

—Necesito pensar. Llegué al lugar en que estoy en la vida por pensar —es mi respuesta defensiva, que brota de ese extraño espacio en el que acabo de estar. Ahora me encuentro de nuevo en su living y entiendo todo lo que me ha ocurrido.

—Has llegado al lugar en que estás en la vida por lo que sabes. Y saber es percibir. El pensamiento es la manera en que procesamos lo que percibimos, y pensar con frecuencia enmascara la verdad. ¿Por qué no compartiste con Benton tu faceta más poética?

—Porque en realidad no reconozco en mí esa faceta. Es una faceta inservible. Por ejemplo, comparar a un cerebro con un hongo frente a un juzgado no nos llevaría a ninguna parte —respondo.

—Ah —dice Anna y vuelve a asentir—. En los juzgados tú haces analogías todo el tiempo. Ésa es la razón por la que eres tan buena testigo. Evocas imágenes para que la persona común y corriente pueda entender. ¿Por qué no le hiciste a Benton las asociaciones que ahora me haces a mí?

Dejo de mecarme y cambio de posición el brazo enyesado. Me aparto de Anna y miro hacia el río, y de pronto me siento tan evasiva como Buford Righter. Docenas de gansos de Canadá se han congregado alrededor de un viejo sicómoro. Se sientan en el pasto como calabazas oscuras y de cuello largo y aletean y picotean en busca de comida.

—No quiero atravesar ese espejo —le digo—. No es sólo que no quise decírselo a Benton. No quiero decírselo a nadie. Sencillamente, no quiero decirlo. Y al no repetir involuntariamente imágenes y asociaciones, yo no...

Anna vuelve a asentir.

—Al no reconocerlas, no invitas a tu imaginación a participar en tu trabajo. — Termina mi pensamiento.

—Tengo que ser clínica, objetiva. Tú, más que nadie, deberías entenderlo.

Ella me observa un momento antes de responder.

—¿Es eso? ¿O podría ser que lo que haces es evitar el sufrimiento intolerable que sentirías si permitieras que tu imaginación se viera involucrada en tus casos? —Se inclina más hacia mí, apoya los codos en las rodillas y gesticula—. ¿Qué pasaría si, por ejemplo —hace una pausa para aumentar el efecto dramático de sus palabras— pudieras tomar los hechos de la ciencia y de la medicina y utilizar tu imaginación

para reconstruir en detalle los últimos minutos de la vida de Diane Bray? ¿Si pudieras conjurarla como las secuencias de una película y observar el momento en que ella es atacada, ver su hemorragia, ver cómo fue mordida y golpeada? ¿Verla morir?

—Eso sería abominablemente atroz. —Logro decir con dificultad.

—Qué fuerza tendría el que un jurado pudiera ver una película como ésa —dice Anna.

Una serie de impulsos nerviosos hierven debajo de mi piel como miles de peces diminutos.

—Pero si atravesaras ese espejo, como tú lo llamas. —Continúa—, ¿adónde terminaría todo? —Levanta las dos manos—. Ah, tal vez no terminaría, y entonces te verías obligada a ver la escena de la muerte de Benton.

Cierro los ojos y la resisto. «No. Por favor, Dios, no me hagas ver eso». Una imagen fugaz de Benton en la oscuridad, un arma apuntándolo y el chasquido metálico cuando le ponen las esposas. Sin duda lo hostigan, se burlan de él: «Señor FBI, usted que es tan vivo, ¿qué va a hacer ahora, señor encargado de perfiles? ¿Puede leemos el pensamiento, predecir qué haremos, meterse en nuestra cabeza?». Seguro que él no les contestó. No les preguntaría nada cuando lo metieron en un pequeño local de almacén cerca de la Universidad de Pennsylvania que había cerrado a las cinco de esa tarde. Benton iba a morir. Lo iban a torturar y a hostigar, y ésa es la parte en que él se centraría: cómo evitar el dolor y la degradación que sabía que le infligirían si tenían tiempo. Oscuridad y un fósforo que se encendía. Su cara, que oscilaba con la luz de esa pequeña llama que tiembla con cada movimiento del aire mientras esos dos psicópatas se desplazan en ese inmundo almacén paquistaní al que le prendieron fuego después de matar a Benton.

Abro los párpados. Anna me está hablando. Un sudor frío va bajando por mis costados como pequeños insectos.

—Lo siento. ¿Qué me decías?

—Que es muy, pero muy penoso. —Su cara se llena de compasión—. No puedo ni imaginarlo.

Benton entra en mi mente. Lleva puestos sus pantalones favoritos color caqui y zapatillas. Zapatillas Saucony. Saucony era la única marca que él usaba y yo solía acusarlo de ser maniático con respecto a las cosas que realmente le gustaban. También usaba el viejo buzo de la Universidad de Virginia que Lucy le regaló, color azul oscuro con letras color anaranjado vivo y que, a lo largo de los años, quedó suave y desteñido. Él le cortó las mangas porque eran demasiado cortas y a mí siempre me gustó el aspecto de Benton con ese viejo buzo gastado, su pelo plateado, su perfil neto y los misterios que se ocultaban detrás de sus ojos oscuros de mirada intensa. Sus manos se curvan apenas sobre los apoyabrazos de la silla. Tiene los dedos de un pianista, largos y delgados y expresivos cuando habla, y siempre suaves

y delicados cuando me tocan, cosa que sucede cada vez con menos frecuencia. Le digo todo esto a Anna en voz baja, hablando en tiempo presente acerca de un hombre que murió hace más de un año.

—¿Qué secretos crees que él no te contó? —Pregunta Anna—. ¿Qué misterios viste en sus ojos?

—Dios mío. En su mayor parte, con respecto a su trabajo. —Me tiembla la voz y mi corazón escapa muerto de miedo—. Se guardaba muchos detalles. Detalles con respecto a lo que veía en ciertos casos, cosas que tenía la sensación de que eran tan terribles que nadie debería estar expuesto a ellos.

—¿Ni siquiera tú? ¿Hay algo que no has visto?

—El dolor de esas personas —digo en voz baja—. No es necesario que vea el terror que sienten. Ni que oiga sus gritos.

—Pero puedes reconstruir todo eso.

—No es lo mismo. No, para nada. A muchos de los asesinos con los que Benton se enfrentaba les gustaba fotografiar, grabar y en algunos casos, grabar en video lo que les hacían a sus víctimas. Benton estaba obligado a mirar, a escuchar. Yo siempre lo sabía. Cuando llegaba a casa estaba gris. No hablaba mucho durante la cena, no comía mucho y, esas noches, bebía más que de costumbre.

—Pero no te contaba...

—No, nunca. —Le interrumpo—. Jamás. Ése era su Cementerio Indio y a nadie se le permitía hollarlo. Yo solía dar clases en una escuela de investigación de muertes en San Luis. Eso fue al principio de mi carrera, antes de mudarme aquí, cuando todavía era subjefa en Miami. Yo daba una clase sobre asfixia por inmersión y decidí que, puesto que ya estaba allí, asistiría toda la semana al seminario. Cierta tarde, un psiquiatra forense dio una clase sobre homicidio sexual y mostró diapositivas de las víctimas cuando estaban vivas. Una mujer estaba atada a una silla y su atacante le había atado una cuerda muy apretada sobre uno de los pechos e insertado agujas en el pezón. Todavía puedo verle los ojos: eran pozos oscuros llenos de infierno, y tenía la boca abierta de par en par mientras gritaba. Y también vi grabaciones en video. —Continúo con voz monocorde—. Una mujer, secuestrada, atada, torturada y a punto de recibir un disparo en la cabeza. No hace más que gemir y pedir por su madre. Suplica, llora. Creo que estaba en un sótano; la escena era oscura y tenía mucho grano. Después, el sonido de un disparo. Luego, silencio.

Anna no dice nada. Los leños chisporrotean en el hogar. —Yo era la única mujer en una habitación donde había como sesenta policías—. Agregó.

—Entonces es incluso peor, porque las víctimas eran mujeres y tú eras la única mujer presente —dice Anna.

Me lleno de furia al recordar la manera en que algunos de los hombres miraban las diapositivas y los videos.

—La mutilación sexual excitaba a algunos de ellos —digo—. Lo veía en sus caras, lo intuía. Lo mismo se aplica a varios especialistas en perfiles, los colegas de Benton en la unidad. Describían la manera en que Bundy violaba a una mujer desde atrás mientras la estrangulaba y a ella se le salían los ojos hacia afuera, lo mismo que la lengua. Y él tenía un orgasmo en el momento en que ella moría. Y esos hombres con los que Benton trabajaba lo disfrutaban un poco demasiado. ¿Tienes idea de lo que es eso? —La miro de nuevo con expresión casi filosa—. Ver un cuerpo muerto, ver fotografías y videos de alguien que es torturado, de alguien que sufre y está aterrado, y darse cuenta de las personas que nos rodean secretamente lo están disfrutando, les resulta eróticamente excitante. —¿Crees que a Benton también le ocurría eso?— Pregunta Anna. —No. Él tenía que presenciar esas cosas todas las semanas, quizás a diario.

No, no le resultaban espectáculos eróticos. Él tenía que escuchar sus gritos. —Comienzo a divagar—. Tenía que oírlas llorar y suplicar. Esas pobres personas no sabían. Y, aunque lo hubieran sabido, no habrían podido evitarlo. —¿No sabían? ¿Qué era lo que no sabían?

—Que lo que más excita a los sádicos sexuales es el llanto, las súplicas, el miedo —contesto.

—¿Crees que Benton lloró o suplicó cuando sus asesinos lo secuestraron y lo llevaron a ese edificio sombrío? —Pregunta Anna, muy cerca de anotarse un punto.

—Yo he visto el informe de su autopsia. —Me meto en mi escondite clínico.—En él no hay nada que me diga con seguridad qué sucedió antes de su muerte. El fuego quemó gran parte de su cuerpo. Era tanto el tejido quemado que, por ejemplo, no era posible comprobar si todavía tenía presión sanguínea cuando lo cortaron.

—Tenía también una herida de bala en la cabeza, ¿no? —Pregunta Anna—. Sí.

—¿Qué crees que pasó primero?

Me quedo mirándola, muda. No he reconstruido lo que condujo a su muerte. Nunca pude animarme a hacerlo.

—Visualízalo, Kay —me dice Anna—. Tú lo sabes, ¿verdad? Has trabajado demasiadas muertes como para no saber qué sucedió.

Mi mente está a oscuras, tan a oscuras como el interior de ese almacén de Filadelfia.

—Él hizo algo, ¿no es así? —Insiste ella y se inclina hacia mí, sobre el borde mismo de la otomana—. Él ganó, ¿verdad?

—¿Ganó? —Carraspeo—. ¡Ganó! —exclamo—. ¿Le cortaron la cara, se la arrancaron, lo quemaron y tú dices que ganó?

Anna espera hasta que yo haga la conexión. Cuando no le digo nada más, se pone de pie y se acerca al fuego de la chimenea, y en el camino me roza apenas un hombro. Arroja otro leño, me mira y dice:

—Kay, deja que te lo pregunte. ¿Por qué le dispararon después del hecho?

Yo me froto los ojos y suspiro.

—Cortarle la cara fue parte del modus operandi —Continúa—. Lo que a Newton Joyce le gustaba hacerles a sus víctimas. —Se refiere al malévolo compañero de la malévola Carrie Grethen, una pareja de psicópatas que hacía que Bonnie y Clyde parecieran una tira cómica del sábado por la mañana de mi juventud—. Les extirpaban las caras y las almacenaban en la heladera como souvenirs. Y como la cara de Joyce era tan fea y con tantas cicatrices por el acné. —Prosigue Anna—, él robó lo que tanto envidiaba: la belleza. ¿Sí?

—Sí, supongo que sí. Tanto como podemos creer en cualquier otra teoría acerca de por qué la gente hace lo que hace.

—Y era importante que Joyce se hiciera cargo de la extirpación y la hiciera con mucho cuidado para no dañar los rostros. Que es la razón por la que no les disparaba a sus víctimas y, por cierto, no en la cabeza. No quería correr el riesgo de dañar la cara, el cuero cabelludo. Y disparar es algo demasiado fácil. —Anna se encoge de hombros—. Y rápido. Quizá misericordioso. Es mucho mejor recibir un disparo en lugar de que a uno le corten el cuello. Entonces, ¿por qué Newtonjoyce y Carrie Grethen le dispararon a Benton?

Anna está de pie junto a mí. Yo levanto la vista y la miro.

—Él les dijo algo —respondo por último, lentamente—. Tiene que haberlo hecho.

—Sí —dice Anna y vuelve a sentarse—. Sí, sí. —Me alienta con sus manos, como si dirigiera el tráfico y le indicara que avanzara en el siguiente cruce—. ¿Qué, qué sucede? Dímelo, Kay.

Le contesto que no sé qué les dijo Benton a Newtonjoyce y Carrie Grethen. Pero dijo algo o hizo algo que llevó a que uno o el otro perdiera el control del juego. Fue un impulso, una reacción involuntaria el que uno de ellos pusiera el cañón del arma contra la cabeza de Benton y apretara el gatillo. ¡Bum!, y la diversión terminó. Benton no sintió nada, no supo nada después de eso. No importa qué le hicieron después, nada importaba. Él estaba muerto o agonizando. Inconsciente. Benton nunca sintió el cuchillo. Tal vez no lo vio nunca.

—Tú conocías tan bien a Benton —dice Anna—. Conocías a sus asesinos o, al menos, conocías a Carrie Grethen. Tuviste algunas experiencias con ella en el pasado. ¿Qué crees que dijo Benton y a quién se lo dijo? ¿Quién le disparó? —Yo no puedo... — Sí que puedes. La miro.

—¿Quién perdió el control?

Me presiona mucho más de lo que yo siempre creí poder soportar.—Ella lo hizo. —Extraigo esto desde el fondo de mi ser. —Carrie lo hizo. Porque era algo personal. Carrie había estado rondando a Benton desde hacía mucho, desde el principio, cuando ella estaba en Quantico, en el Centro de Investigaciones en Informática o CU.

—Donde ella también conoció a Lucy hace años, quizá tantos como diez. —Sí, Benton la conocía, conocía a Carrie, posiblemente la conocía tan bien como es posible conocer a alguien con una mente tan viperina como la de ella.

—Agrego.

—¿Qué fue lo que él le dijo? —Anna tiene los ojos fijos en mí.

—Probablemente algo acerca de Lucy —digo—. Algo acerca de Lucy que sería un insulto para Carrie. Él insultó a Carrie, se mofó de ella con algo relativo a Lucy, eso es lo que creo.—Existe una conexión directa entre mi subconsciente y mi lengua. Ni siquiera necesito pensar.

—Carrie y Lucy eran amantes en Quantico. —Anna añade otra pieza al rompecabezas.

—Las dos trabajaban en la computadora de inteligencia artificial del CIL.

—Lucy era una interna, apenas una adolescente, una criatura, y Carrie la sedujo. Trabajaban juntas en el sistema de computación. Yo le conseguí a Lucy ese empleo.

—Agrego con amargura—. Yo lo hice. Yo, su tía poderosa y llena de influencias.

—No era precisamente lo que tú querías que sucediera, ¿no? —sugiere Anna.

—Carrie la usó...

—¿Convirtió a Lucy en homosexual?

—No, yo no diría tanto —digo—. No se hace homosexual a nadie. —¿Hizo que Benton muriera? ¿Eso sí podrías decirlo?— No lo sé, Anna.

—Un pasado explosivo, una historia personal. Sí. Benton dijo algo sobre Lucy y Carrie perdió el control y le disparó así como así —resume Anna—. Él no murió como ellos tenían planeado —dice con voz triunfal—. Nada de eso.

Me hamaco suavemente y observo la mañana gris que se ha puesto muy ventosa. Las ráfagas azotan las ramas rotas y las enredaderas del jardín de atrás de Anna, y me recuerda el árbol enojado que arroja manzanas a Dorothy en *El mago de Oz*. Entonces Anna se pone de pie sin aviso previo, como si tuviera un compromiso. Me deja para ocuparse de otros asuntos en el interior de su casa. Ya hablamos suficiente por el momento. Decido retirarme a la cocina, y es allí donde Lucy me encuentra alrededor del mediodía, después de su sesión de gimnasia. Yo estaba abriendo una lata de tomates cuando ella entró, y sobre el fuego hervía lo que eran los primeros pasos de una salsa marinara.

—¿Necesitas ayuda? —Mira las cebollas, los pimientos y los champiñones que hay sobre la tabla de picar—. No es nada fácil manejarse con una mano sola. —Acercas un taburete— le digo. —Supongo que te impresiona lo bien que me las arreglo sola —digo mientras termino de abrir la lata sin ayuda, y ella sonrío al desplazar un taburete del bar del otro lado de la mesada y se sienta. Todavía lleva puesta la ropa de gimnasia y tiene una luz especial en los ojos que me recuerda al río que se apodera del sol muy temprano por la mañana. Sostengo una cebolla con dos

dedos de mi inmovilizada mano izquierda y comienzo a cortarla.

—¿Recuerdas nuestro juego? —Acomodo las rodajas de cebolla y empiezo a picarlas—. Cuando tenías diez años. ¿O ha pasado demasiado tiempo como para que lo recuerdes? Yo no lo olvidaré nunca —digo, con un tono que tiene como finalidad recordarle a Lucy la mocosa insoportable que era de chiquita—. Apuesto a que no tienes idea de cuántas veces yo debería haberte puesto en licencia administrativa si hubiera tenido oportunidad de hacerlo. —Me atrevo a presionarla con esa verdad dolorosa. Tal vez me siento audaz por haber hablado con Anna a calzón quitado, lo cual me dejó nerviosa y, al mismo tiempo, estimulada.

—No fue tan espantoso. —Los ojos de Lucy bailotean porque a ella le encanta oír que era un pequeño demonio cuando era chica y venía a quedarse conmigo.

Dejo caer varios puñados de cebollas picadas en la salsa y la revuelvo.

—El suero de la verdad. ¿Recuerdas ese juego? —Le pregunto—. Yo llegaba a casa, por lo general del trabajo, y por la expresión de tu cara me daba cuenta de que habías estado en algo. Así que te sentaba en esa silla roja y grande del living, ¿recuerdas? Estaba junto a la chimenea de mi vieja casa en Windsor Farms. Te llevaba un vaso de jugo de frutas y te decía que era el suero de la verdad. Y entonces tú lo bebías y confesabas.

—Como la vez que formateé tu computadora cuando estabas ausente —dice.

Lucy y ríe a carcajadas.

—Tenías diez años y formateaste el disco rígido de mi computadora. Casi me da un infarto —recuerdo.

—Bueno, pero primero hice un backup de todos tus archivos. Lo único que quería era hacerte pasar un mal rato.

—Estuve a punto de mandarte de vuelta a tu casa. —Me seco las yemas de los dedos de la mano izquierda con un repasador de toalla, cuidando que el yeso no quede con olor a cebollas y, de pronto, siento una oleada de tristeza. Realmente no recuerdo por qué Lucy vino a quedarse en casa en su primera visita a Richmond, pero yo no era precisamente una maravilla en cuanto a educar a criaturas, era nueva en mi trabajo y estaba sometida a una gran presión. Había cierto estado de crisis con Dorothy. Tal vez era que se había hecho humo para casarse una vez más o quizá yo era muy incauta. Lucy me adoraba y yo no estaba acostumbrada a ser objeto de tanta veneración. Cada vez que la visitaba en Miami, ella me seguía por toda la casa, adonde yo fuera, y tenazmente se movía con mis pies como una pelota de fútbol.

—No ibas a enviarme de vuelta a casa. —Lucy me desafía, pero yo percibo duda en sus ojos. El miedo de no ser querida es un hecho en su vida.

—Sólo porque no me sentía adecuada para cuidarte —respondo y me recuesto contra la piletta—. No porque no quisiera a la ratita traviesa que eras en aquel momento. —De nuevo se echa a reír—. Pero no, no te habría mandado a tu casa. Las

dos habríamos quedado destruidas. Yo no podía hacerlo. —Sacudo la cabeza—. Gracias a Dios por nuestro pequeño juego. Era la única manera que tenía de descubrir qué te rondaba por la cabeza o qué travesura habías hecho mientras yo estaba en el trabajo o en alguna otra parte. De modo que, ¿necesito servirte un vaso de jugo o una copa de vino, o seguirás así y me contarás qué te ocurre? Yo no nací ayer, Lucy. Tú no te alojas en un hotel porque sí. Te sucede algo. —Yo no sería la primera mujer a la que abandonan— dice. —Serías la mejor mujer abandonada— respondo. —¿Recuerdas a Teun McGovern?

—La recordaré durante el resto de mi vida. —Teun McGovern era la supervisora ATF de Lucy en Filadelfia, una mujer extraordinaria que se portó maravillosamente bien conmigo cuando mataron a Benton—. Por favor, no me digas que algo le ocurrió a Teun —digo, preocupada.

—Ella renunció hace unos seis meses —dice Lucy—. Parece que el ATF quería que se mudara a Los Ángeles y fuera la AEC de esa división de campo. El peor puesto del mundo. Nadie quiere ir a Los Ángeles.

Un AEC es un agente especial a cargo, y en los organismos federales de aplicación de la ley son pocas las mujeres que terminan dirigiendo la totalidad de las divisiones de campo. Lucy pasa a decirme que la respuesta de McGovern fue renunciar y abrir algo así como una agencia privada de investigaciones.

—Último Intento, se llama —dice ella y comienza a animarse cada vez más—. Un nombre perfecto, ¿no te parece? Con base en Nueva York. Teun recluta a investigadores de incendios intencionales, desactivadores de bombas, policías, abogados, toda clase de gente y, en menos de seis meses, ya tiene clientes. Un poco se ha transformado en una suerte de sociedad secreta. Y comienza a hacerse conocida. Cuando hay un verdadero problema, llame a Último Intento, un lugar al que se acude cuando ya no queda a quién recurrir.

Revuelvo la salsa de tomate que está sobre el fuego.

—Es evidente que te has mantenido en contacto con Teun desde que abandonaste Filadelfia. —Agrego algunas cucharaditas de té de aceite de oliva—. Maldición. Supongo que esto estará bien, pero no para el aderezo de la ensalada. —Levanto la botella y frunzo el entrecejo—. Si se presiona el aceite de oliva sin sacarle los carozos, es como exprimir naranjas con la corteza puesta, y entonces recibimos lo que nos merecemos.

—¿Por qué no creo que a Anna le fascine lo italiano? —Comenta Lucy.

—Tendremos que educarla. Toma la lista de almacén. —Inclino la cabeza hacia un anotador y una lapicera que están junto al teléfono—. Primero que nada, aceite de oliva extra virgen al estilo italiano: con las aceitunas descarozadas antes de someterlas a presión. Mission Olives Supremo es una buena marca, si se la consigue. No es para nada amargo.

Lucy toma nota.

—Teun y yo nos hemos mantenido en contacto —me informa.

—¿Tienes algo que ver con lo que ella está haciendo? —Sé que es hacia allí donde se encamina la conversación.

—Podría decirse que sí.

—Ajo aplastado. En el sector refrigerado, en pequeños frascos. Voy a ser perezosa. —Tomo un bol de carne magra picada a la que le he quitado la grasa y he cocinado—. No es buen momento para que yo me ponga a aplastar ajo. —Pongo la carne en la cacerola con la salsa—. ¿Hasta qué punto estás involucrada? —Me acerco a la heladera y abro algunos cajones. Tal como lo imaginaba, Anna no tiene hierbas frescas.

Lucy suspira.

—Por Dios, tía Kay. No estoy segura de que quieras saberlo.

Hasta hace poco, mi sobrina y yo no hemos hablado mucho y nunca en profundidad. A lo largo del último año es poco lo que nos hemos visto. Ella se mudó a Miami y las dos nos recluimos después de la muerte de Benton. Yo trato de leer las historias que se ocultan en los ojos de Lucy y enseguida empiezo a barajar posibilidades. Siento recelo con respecto a su relación con McGovern y lo mismo me ocurrió el año pasado, cuando a todos nos llamaron a acudir a una catastrófica escena de incendio intencional en Warrenton, Virginia, un homicidio disfrazado de incendio, que resultó ser el primero de varios manipulados por Carne Grethen.

—Orégano, albahaca y perejil frescos —sigo dictando la lista de almacén—. Y un trozo pequeño de Parmesano Reggiano. Lucy, dime la verdad. —Busco especias. McGovern tiene más o menos mi edad y es soliera; o al menos lo era la última vez que la vi. Cierro la puerta de una alacena y enfrento a mi sobrina—. ¿Tú y Teun están en pareja?

—No lo estábamos.

—¿No lo estaban?

—¿Qué me dices de ti y de Jay? —dice Lucy sin rencor.

—Él no trabaja para mí —contesto—. Y yo, por cierto no trabajo para él. Tampoco quiero hablar de Jay. Hablábamos de ti.

—Detesto que me desestimes, tía Kay —dice en voz baja.

—Yo no te desestimo —digo en son de disculpa—. Sólo me preocupo cuando la relación que tienes con las personas con que trabajas se vuelve demasiado personal. Soy una convencida de que deben existir límites.

—Tú trabajaste con Benton. —Señala una de mis excepciones a las reglas.

Pongo la cuchara a un costado de la cacerola.

—En la vida he hecho muchas cosas que no te aconsejo que hagas. Y, precisamente, te aconsejo que no las hagas porque yo fui la primera en cometer esa

equivocación.

—¿Alguna vez tuviste un segundo empleo? —Lucy estira la parte inferior de la espalda y gira los hombros. Yo frunzo el entrecejo.

—¿Dos empleos al mismo tiempo? No que recuerde.

—Está bien. Llegó el momento del suero de la verdad. Yo he cometido ese delito y soy la mayor patrocinadora y accionista de Último Intento. Ahí la tienes. Toda la verdad. Y vas a escucharla.

—Vayamos a sentarnos —digo, me acerco a la mesa y apartamos las sillas.

—Todo empezó por accidente —dice Lucy—. Hace un par de años yo inventé un buscador para mi propio uso. Mientras tanto, no hacía más que oír hablar de la fortuna que la gente amasaba en tecnología de Internet. Así que me dije, qué demonios, y lo vendí por tres cuartos de un millón de dólares.

No fue ninguna sorpresa para mí. Las posibilidades de Lucy de ganar dinero sólo estaban limitadas por la profesión que eligió.

—Después tuve otra idea cuando decomisamos una serie de computadoras durante una redada. —Continúa—. Yo estaba ayudando a recuperar e-mails borrados y eso me hizo pensar en lo vulnerables que somos todos al tener los fantasmas de nuestras comunicaciones electrónicas conjuradas para acosarnos. Así que encontré una manera de desmodular los e-mail. De triturarlos, figurativamente hablando. Ahora hay una serie de paquetes de software que lo hacen. Lo cierto es que yo gané muchísimo dinero con esa idea.

Mi siguiente pregunta no tienen nada de diplomática. ¿Está enterado el ATF de que Lucy inventó tecnología que podría frustrar los intentos de los organismos de aplicación de la ley por recuperar los e-mails de los tipos malos? Lucy contesta que alguien iba a aparecerse con esa tecnología y que también era importante proteger la privacidad de las personas respetuosas de la ley. El ATF no sabe nada de sus actividades empresariales ni de que ella ha estado invirtiendo en invenciones y acciones de Internet. Hasta este momento, sólo su asesor financiero y Teun McGovern conocen el hecho de que Lucy es una multimillonaria que posee su propio helicóptero.

—De modo que es así como Teun pudo empezar su propio negocio en una ciudad tan prohibitivamente cara como Nueva York.

—Exactamente —dice Lucy—. Y ésa es la razón por la que no voy a pelear contra el ATF o, al menos, una de las buenas razones. Si yo presentara pelea, entonces lo más probable es que saldría a relucir la verdad acerca de lo que he estado haciendo en mi tiempo libre. Asuntos Internos, la Oficina del Inspector General, todos se pondrían a investigar. Y encontrarían más clavos para meter en mi reputación mientras me cuelgan en su cruz burocrática. ¿Por qué demonios habría de hacerme eso a mí misma?

—Si no luchas contra la injusticia, entonces otros la padecerán, Lucy. Y es posible que esas personas no tengan millones de dólares, un helicóptero y una compañía en Nueva York como respaldo cuando tratan de empezar una nueva vida.

—Exactamente ése es el objetivo de Último Intento —contesta ella—. Luchar contra la injusticia. Yo lucharé a mi manera.

—Legalmente, el hecho de que tengas un segundo trabajo no tiene nada que ver con el caso que, aparentemente, el ATF tiene contra ti, Lucy —dice la abogada que hay en mí.

—Ganar dinero en una actividad paralela supuestamente habla de mi veracidad, ¿no?

—¿El ATF te ha acusado de falta de veracidad? ¿Te han llamado deshonesto?

—Bueno, no. Ellos no aducirán eso. Pero lo cierto es, tía Kay, que yo violé las reglas. No se supone que uno deba ganar dinero de otra fuente mientras está empleado en el ATF, el FBI o cualquier otro organismo federal de aplicación de la ley. Yo no estoy de acuerdo con esa prohibición. No es justa. Los policías sí pueden tener otro empleo. Nosotros, no. Quizá siempre supe que mis días con los federales estaban contados. —Se pone de pie—. Así que me ocupé de mi futuro. Tal vez, en el fondo, estaba harta de todo. No quiero pasar el resto de mi vida recibiendo órdenes de otras personas.

—Si no quieres seguir perteneciendo al ATF procura que sea por tu decisión, no por la de ellos.

—Es mi decisión —dice, un poco enojada—. Supongo que será mejor que me vaya.

La tomo del brazo y la acompaño a la puerta.

—Gracias —le digo—. Es muy importante para mí que me lo hayas contado.

—Voy a enseñarte a pilotear un helicóptero —dice ella y se pone el abrigo—. Me parece bien —digo—. Hoy he estado en muchos espacios aéreos desconocidos. Supongo que un poco más no importa.

Durante años, el chiste grosero ha sido que los virginianos van a Nueva York en busca de arte y los neoyorquinos vienen a Virginia en busca de basura. El intendente Giuliani casi inició otra guerra civil cuando, durante su muy publicitada guerra con Jim Gilmor, el gobernador de Virginia en aquella época, habló del derecho que tenía Manhattan de embargar megatonnes de la basura del norte a nuestras tierras de relleno sureñas. Sólo puedo imaginar cuál será la reacción cuando se sepa que ahora tenemos que ir a Nueva York también en busca de justicia.

Durante todo el tiempo que he sido jefa de médicos forenses de Virginia, Jaime Berger ha sido la cabeza de la unidad de Crímenes Sexuales para la oficina del fiscal de distrito de Manhattan. Aunque no nos conocemos personalmente, con frecuencia se nos menciona juntas. Se dice que yo soy la patóloga forense mujer más famosa del país y que ella es la más famosa fiscal mujer. Hasta ahora, la única reacción que podría tener frente a eso es que yo no quiero ser famosa y que no confío en la gente que lo es, y que lo del sexo femenino está de más. Nadie habla de hombres exitosos en términos de un médico, un presidente o un director general del sexo masculino.

A lo largo de los últimos días, he pasado horas en la computadora de Anna buscando a Berger en Internet. Resistí quedar impresionada, pero no puedo evitarlo. Yo no sabía, por ejemplo, que se hizo acreedora a una beca Rhodes ni que, después de que Clinton fue elegido, fue preseleccionada para el cargo de procuradora general y, según la revista Time, fue un alivio para ella que finalmente nombraran a Janet Reno. Berger no quería tener que dejar de procesar casos. Supuestamente, por la misma razón ha declinado nombramientos de juez y otras ofertas muy interesantes de estudios jurídicos privados. Y es tan admirada por sus pares, que establecieron una beca de servicios públicos en su nombre en Harvard, donde ella pasó sus años de estudiante universitaria. Curiosamente, es muy poco lo que se dice de su vida personal, salvo que juega al tenis y que lo hace extremadamente bien, por supuesto. Hace gimnasia con un personal trainer, tres mañanas por semana en un club atlético de Nueva York, y corre entre cinco y seis kilómetros por día. Su restaurante favorito es Primóla. Me cae muy bien el hecho de que le guste la comida italiana.

Ahora es miércoles, temprano por la tarde, y Lucy y yo hacemos compras para Navidad. Yo he picoteado y comprado tanto como mi estómago puede tolerar, mientras mi mente está envenenada con preocupaciones, el brazo me pica terriblemente dentro de su capullo de yeso y la apremiante necesidad que siento de fumar un cigarrillo se acerca bastante a la lujuria. Lucy está en alguna parte del

Centro Comercial Regency ocupándose de su propia lista y yo busco un lugar donde pueda evadir esa multitud arremolinada. Miles de personas han esperado hasta tres días antes de la Navidad para encontrar regalos especiales para las personas más importantes de su vida. Las voces y el movimiento constante se combinan en una suerte de rugido permanente que impide pensar y tener una conversación normal, y la música festiva envasada me pone los nervios de punta. Estoy frente a las puertas de vidrio de Sea Dream Leather, de espaldas a una serie de personas discordantes quienes, como dedos torpes sobre el teclado de un piano, se apuran, se detienen y fuerzan las cosas sin alegría. Después de apretar el teléfono celular contra mi oído, cedo a una nueva adicción. Reviso mi contestador por décima vez en el día. Se ha convertido en mi fugaz y secreta conexión con mi existencia anterior. Oír mis mensajes es la única manera en que puedo regresar a casa.

Hay cuatro llamados. Rose, mi secretaria, llamó para ver cómo estoy. Mi madre dejó una larga queja de la vida. El servicio al cliente de AT&T trató de ponerse en contacto conmigo con respecto a una cuestión de facturación, y Jack Fielding, mi adjunto, necesita hablar conmigo. Lo llamo enseguida.

—Casi no la oigo. —Su voz estridente suena en uno de mis oídos, mientras con la mano me cubro el otro. En segundo plano, uno de sus hijos llora—. No estoy en un buen lugar para hablar. —Le digo—. Yo tampoco. Mi ex está aquí. Bendito sea Dios. —¿Qué sucede?— Le digo. —Una fiscal de Nueva York acaba de llamarme.

Sobresaltada, me obligo a sonar calma, casi indiferente, cuando le pregunto el nombre de esa persona. Me dice que una tal Jaime Berger se comunicó con él a su casa hace varias horas. Quería saber si él había asistido a las autopsias que yo practiqué sobre Kim Luong y Diane Bray.

—Eso es interesante. —Comento—. ¿No era que tu número no figuraba en guía? —Righter se lo dio— me informa.

La paranoia hace su aparición y siento la herida de la traición. ¿Righter le dio el número de Jack y no el mío?

—¿Por qué no le dijo que me llamara a mí? —Pregunto. Jack calla un momento mientras otro chico se suma al coro de su casa.

—No lo sé. Le dije que yo no asistía oficialmente, que usted practicaba las autopsias. Que yo no figuro en los protocolos como testigo. Le dije que realmente debería hablar con usted.

—¿Qué contestó ella cuando le dijiste eso? —Pregunto.

—Empezó a hacerme preguntas. Es evidente que tiene copias de los informes.

Righter una vez más. Las copias del informe inicial del médico forense relativo a la investigación y los protocolos de la autopsia van a la oficina del fiscal del estado. Me siento mareada. Ahora parece que dos fiscales me han despreciado, y el miedo y la perplejidad se apoderan de mí como un ejército de hormigas feroces, que trastocan

mi mundo interior y clavan sus agujones en mi psiquis. Lo que está sucediendo es extraño y cruel. Va más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado en mis peores momentos. La voz de Jack suena distante a través de una estática que parece una proyección del caos de mi mente. Alcanzo a entender que Berger estuvo muy fría y sonaba como si hablara por el teléfono de un automóvil. Y, después, algo sobre fiscales especiales.

—Creí que sólo se los hacía intervenir para el presidente o Waco o lo que fuera —dice él cuando su celular de pronto funciona bien y grita—. Supongo que a su ex esposa: —¿No puedes llevarlos a la otra habitación? ¡Estoy hablando por teléfono! Dios mío —me dice a mí—, nunca tenga hijos.

—¿Qué quieres decir con fiscal especial? —Pregunto—. ¿Cuál fiscal especial?
Jack hace una pausa.

—Estoy dando por sentado que la traerán aquí para el juicio porque Righter no quiere hacerlo —me contesta con repentina nerviosidad. De hecho, suena evasivo.

—Parecería que tienen un caso en Nueva York. —Procuró cuidar mucho lo que digo—. Por eso ella está involucrada, al menos así me dijeron.

—¿Se refiere a un caso como el nuestro?

—Sí, hace dos años.

—¿En serio? Para mí es una novedad. De acuerdo. Ella no me dijo nada de eso. Sólo quería saber todo lo referente a los de aquí —me dice Jack.

—Hasta ahora, ¿cuántos para la mañana? —Pregunto acerca del número de nuestros casos para mañana.

—Hasta el momento, cinco. Incluyendo uno que va a resultar bastante difícil. Joven blanco del sexo masculino. —Tal vez hispano—, que fue encontrado en el interior de la habitación de un motel. Parece que el cuarto fue incendiado. No tenía ninguna identificación, pero sí una aguja clavada en un brazo, así que no sabemos si fue por una sobredosis de drogas o por inhalar humo.

—No hablemos de esto por teléfono celular. —Lo interrumpo y miro en todas direcciones—. Lo hablaremos por la mañana. Yo me ocuparé de él.

Sigue una pausa prolongada y sorprendida, seguida por:

—¿Está segura? Porque yo...

—Estoy segura, Jack. —Yo no he estado en la oficina toda esta semana—. Nos veremos, entonces.

Se supone que debo encontrarme con Lucy frente a Waldenbooks a las siete y media y me aventuro a salir hacia ese gentío agitado. Tan pronto me detengo en el lugar convenido advierto la presencia de un hombre conocido, grandote, de expresión amarga, que sube por la escalera mecánica. Marino muerde en ese momento un *pretzel* blando y se lame los dedos mientras mira fijo a la muchacha adolescente que está un escalón más arriba que él y cuyos jeans y suéter ajustados no deja en el

misterio a sus curvas, hendeduras y prominencias y, aun a esta distancia, me doy cuenta de que Marino traza mentalmente un mapa de sus rutas e imagina lo que sería viajar por ellas.

Lo observo ser llevado por escalones de acero atestados de gente, muy concentrado con su pretzel, que mastica con la boca abierta. Usa jeans azules abolsados y desteñidos debajo de su panza hinchada, y sus manos grandes, que parecen guantes de béisbol, asoman de las mangas de un rompevientos NASCAR rojo. Una gorra NASCAR cubre su cabeza prematuramente calva, y lleva puestos unos ridículos anteojos con armazón de acero de tamaño Elvis. Su cara carnosa tiene una expresión de descontento y el aspecto flojo e inflamado de la disipación crónica, y me sorprende darme cuenta de lo mal que se siente en su propio cuerpo, de lo mucho que lucha contra ese cuerpo que ahora lo vence con una venganza. Marino me recuerda a alguien que trata muy mal a su automóvil: lo conduce a toda velocidad forzando el motor, deja que se oxide y se destartale, y después lo odia con violencia. Imagino a Marino bajando el capó con un golpe y pateando los neumáticos.

Trabajamos juntos en nuestro primer caso, poco después de mi traslado de Miami a Virginia, y él se mostró hosco y condescendiente desde el primer momento. Yo estaba segura de que, al aceptar el cargo de jefe de médicos forenses de Virginia había cometido el error más grande de mi vida. En Miami, me había granjeado el respeto de la policía y de la comunidad médica y científica. La prensa me trató razonablemente bien y disfruté de cierta fama, lo cual me dio confianza y seguridad en mí misma. Ser mujer no me pareció una contra en ese sentido hasta que conocí a Peter Rocco Marino, hijo de italianos trabajadores de Nueva Jersey, ex policía de Nueva York, ahora divorciado de la novia de su infancia, padre de un hijo del que nunca habla.

Él es como la luz dura y cruel de los vestidores. Yo me sentía relativamente cómoda conmigo misma hasta que vi mi reflejo en él. En este minuto estoy lo suficientemente perturbada como para aceptar que los defectos que él ve en mí son probablemente ciertos. Él me ve contra el vidrio del frente del negocio, cuando yo vuelvo a poner el celular en mi cartera, las bolsas de compras junto a los pies, y lo saludo con la mano. Se toma su tiempo para maniobrar su cuerpo abultado entre la gente preocupada que en este momento no piensa en asesinos ni juicios ni fiscales neoyorquinos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, como si yo estuviera violando una propiedad.

—Comprando tu regalo de Navidad. —Le contesto. Él toma otro bocado del *pretzel*. Al parecer, es lo único que ha comprado—. ¿Y tú? —Le pregunto.

—Vine a sentarme sobre las rodillas de Papá Noel y a que me sacaran una fotografía.

—No permitas que yo te lo impida.

—Me comuniqué con Lucy y ella me dijo en qué lugar de este zoológico era más probable que te encontrara. Se me ocurrió que tal vez necesitabas que alguien te llevara los bolsos, puesto que ahora no tienes el uso de las dos manos. ¿Cómo piensas practicar autopsias con eso? —Pregunta e indica mi yeso.

Yo sé por qué está aquí. Detecto el rumor lejano de información que se dirige hacia mí como una avalancha. Suspiro. Lenta pero seguramente me estoy rindiendo al hecho de que mi vida sólo va a empeorar.

—Muy bien, Marino, ¿ahora, qué? —Le pregunto—. ¿Qué sucedió ahora? —Doc, mañana aparecerá en los periódicos—. Se inclina para tomar mis bolsas. —Righter me llamó hace un rato. El ADN coincide. Parece que el Hombre Lobo mató a esa mujer en Nueva York hace dos años. Y, aparentemente, el muy tarado decidió que no se va a oponer a que lo extraditen a la Gran Manzana. Es una extraña coincidencia el que el hijo de puta haya decidido irse de la ciudad el mismo día del servicio religioso en homenaje a Bray—. ¿Cuál servicio? —Pregunto.—El que se realizará en Saint Bridget.

Yo tampoco sabía que Bray era católica y que solía concurrir a la iglesia de la que soy feligresa. Una sensación extraña me sube por la espina dorsal. No importa qué lugar en el mundo ocupó yo, parecería que la misión de Bray fuera siempre irrumpir en él y eclipsarme. El hecho de que incluso lo haya intentado en mi propia iglesia me recuerda lo despiadada y arrogante que ella era.

—De modo que Chandonne es sacado de Richmond el mismo día en que se supone que despedimos a la última mujer que él liquidó. —Marino sigue hablando, mientras observa a cada comprador que pasa junto a él—. No pienses ni por un momento que se trata de una coincidencia accidental. En cada movimiento que él hace, la prensa siempre está presente. De modo que eclipsará a Bray, le robará su brillo, porque los medios se interesarán mucho más en lo que él está haciendo que en quién va a presentar sus respetos a una de sus víctimas. Si es que alguien va a presentarle sus respetos. Sé que yo no iré, no después de todo lo que ella hizo para alegrarme la vida. Ah, y sí, Berger ya está en viaje hacia aquí. Vemos a Lucy en el mismo momento en que un grupo de muchachos turbulentos lo hacen. Tienen los peinados de moda y jeans que prácticamente se les caen de sus delgadas caderas. Hacen movimientos exagerados dedicados a mi sobrina, quien usa calzas negras, botas del ejército y una vieja campera de vuelo que rescató de una tienda de ropa vieja en alguna parte. Marino les lanza a los admiradores una mirada capaz de matar si el hecho de mirar con furia en el corazón pudiera penetrar la piel y perforar órganos vitales. Los muchachos agitan las manos y saltan sobre imponentes zapatillas de cuero para básquet, y me recuerdan a cachorritos que todavía no han crecido lo suficiente para armonizar con el tamaño de sus patas.

Marino bufó. Lucy se echó a reír con demasiada jovialidad para alguien a punto

de ser despedida de su trabajo, por muy millonaria que sea. Afuera, en la playa de estacionamiento, el aire es húmedo y muy frío. Los faros brillan en la oscuridad y por donde miro veo automóviles y personas apuradas. Halos plateados brillan de los faroles y los conductores avanzan en círculos con sus vehículos, buscando lugares para estacionar que estén cerca de la entrada del centro comercial, como si tener que caminar treinta metros fuera lo peor que le puede pasar a una persona.

—Detesto esta época del año. Ojalá fuera judía. —Comenta Lucy irónicamente, como si ella compartiera la alusión que hizo Marino más temprano con respecto a la identidad étnica de Berger.

—¿Berger era fiscal de distrito cuando entraste en la policía en Nueva York? —Le pregunto a Marino cuando él coloca mis paquetes en el interior del viejo Suburban verde de Lucy.

—Yo acababa de empezar. —Cierra la compuerta trasera—. Nunca la conocí.

—¿Qué oíste decir acerca de ella? —Pregunto.

—Bueno, que era realmente atractiva y tenía tetas grandes.

—Marino, qué evolucionado que eres. —Comenta Lucy.

—Epa —dice él y levanta la cabeza—. No me pregunten algo si no quieren oír la respuesta.

Observo su cuerpo grandote avanzar por entre una confusión de faros, compradores y sombras. El cielo está lechoso a la luz de una luna imperfecta y la nieve cae en copos lentos y pequeños. Lucy retrocede el auto y se pone en la fila junto con otros vehículos. Colgando de la cadena de la llave del auto hay un medallón de plata grabado con el logo de Whirly-Girls, un nombre aparentemente frívolo para una asociación internacional muy seria de mujeres pilotos de helicópteros. Lucy, que por lo general no pertenece a ninguna asociación, es un miembro vehemente de ésta, y yo agradezco que, a pesar de que todo ha salido mal, al menos tengo su regalo de Navidad metido en uno de mis bolsos. Hace algunos meses, yo conspiré con los dueños de la Joyería Schwarzchild para que le hicieran a Lucy un collar Whirly-Girls de oro. El momento es perfecto, en especial a la luz de las últimas revelaciones de mi sobrina con respecto a sus planes en la vida.

—¿Exactamente qué harás con tu propio helicóptero? ¿De veras te vas a comprar uno? —Pregunto. En parte, quiero apartar la conversación de Nueva York y de Berger. Todavía estoy irritada por lo que Jack me dijo por teléfono, y una sombra ha caído sobre mi psiquis. Otra cosa me molesta y no sé bien qué es.

—Sí, me voy a comprar un Bell cuatro-cero-siete. —Lucy zambulle el auto en un flujo interminable de luces traseras rojas que avanza lentamente por Parham Road—. ¿Qué planeo hacer con él? Pues volarlo. Y utilizarlo en el negocio.

—¿Qué más puedes decirme acerca de ese nuevo negocio?

—Bueno, Teun está viviendo en Nueva York, de modo que es allí donde estará mi

nueva oficina central.

—Hablame más de Teun. —La instigo—. ¿Tiene familia? ¿Dónde pasará la Navidad?

Lucy mantiene la vista fija hacia adelante cuando conduce, siempre el piloto serio y responsable.

—Déjame que retroceda y que te cuente una pequeña historia, tía Kay. Cuando ella se enteró del tiroteo en Miami, se puso en contacto conmigo. Entonces, la otra semana, fui a Nueva York y lo pasé bastante mal.

Qué bien lo recuerdo. Lucy se hizo humo y yo entré en pánico. Logré seguirle la pista hasta un teléfono de Greenwich Village, que resultó ser un bar sobre el Hudson, un escondrijo favorito del Village. Lucy estaba trastornada y bebía mucho. Pensé que estaba enojada y herida por sus problemas con Jo. Ahora la historia cambia justo delante de mis ojos. Lucy está financieramente involucrada con Teun McGovern desde el último verano, pero no fue sino después del incidente ocurrido en Nueva York la semana pasada que Lucy decidió cambiar por completo su vida.

—Anna me preguntó si quería que llamara a alguien —explica Lucy—. Yo no estaba de humor para regresar a mi hotel.

—¿Anna?

—Una ex policía. Es la dueña del bar.

—Ah, claro.

—Reconozco que me sentía bastante vapuleada, y le dije a Anna que llamara a Teun —dice Lucy—. Lo siguiente que recuerdo es ver a Teun entrando en el bar. Me llenó de café y estuvimos hablando toda la noche. Más que nada de mi situación personal con Jo, con el ATF, con todo. Yo no he sido feliz. —Lucy me mira—. Creo que hace mucho, mucho tiempo que estoy lista para un cambio. Esa noche tomé la decisión. O sea que ya lo había decidido antes de que sucediera esta otra cosa. —«Esta otra cosa» se refiere al hecho de que Chandonne haya querido matarme—. Gracias a Dios que Teun estaba allí para mí. —Lucy no se refiere al bar sino a que McGovern haya aparecido en su vida en general, y yo siento que la felicidad comienza a irradiarse desde lo más profundo de Lucy. La psicología común y corriente dicta que otras personas y otros trabajos no pueden hacernos felices. Que es uno el que tiene que conquistar la propia felicidad. Esto no es del todo cierto. McGovern y Último Intento parecen haber logrado que Lucy sea feliz.

—¿O sea que ya habías estado involucrada con Último Intento desde hacía un tiempo? —La aliento a continuar con el relato—. ¿Desde el verano pasado? ¿Fue entonces cuando se te ocurrió la idea?

—Todo comenzó como una broma en los viejos tiempos, en Filadelfia, cuando a Teun y a mí nos volvían locas los burócratas lobotomizados, la gente que se interponía en nuestro camino, el hecho de ver cómo las víctimas inocentes

terminaban aplastadas por el sistema. Entonces se nos ocurrió esta organización de fantasía que yo bauticé Último Intento. Decíamos: «¿Adónde se va cuando ya no hay dónde ir?». —Su sonrisa es forzada e intuyo que en el tono optimista de sus noticias están a punto de aparecer algunas nubes. Lucy me va a decir algo que yo no quiero oír—. Como te darás cuenta, tengo que mudarme a Nueva York —dice—. Y pronto.

Righter ha entregado el caso a Nueva York y, ahora, Lucy se muda a Nueva York. Enciendo la calefacción del auto y me aprieto más el abrigo.

—Creo que Teun me encontró un departamento en el Upper East Side.

Quizá a unos cinco minutos de carrera del parque. Sobre la Sesenta y Siete y Lexington —dice.

—Qué rápido. —Comento—. Y cerca de donde Susan Pless fue asesinada. —Agrego, como si fuera una señal ominosa—. ¿Por qué en esa parte de la ciudad? ¿Queda cerca de la oficina de Teun?

—A pocas cuadras. Ella está a un par de puertas de la comisaría diecinueve y, al parecer, conoce a un puñado de policías que trabajan en esa zona.

—¿Y Teun nunca oyó hablar de Susan Pless, de ese homicidio? Qué extraño pensar que terminó a varias calles de allí. —La negatividad se apodera de mí, y no puedo evitarlo.

—Ella está enterada de ese homicidio porque hablamos de lo que te sucede a ti —contesta Lucy—. Antes de eso, jamás supo del caso. Y tampoco yo. Supongo que la preocupación de nuestro vecindario es el Violador del East Side, que, en realidad, es algo en lo que sí hemos estado involucradas. Hace cinco años que se vienen produciendo esas violaciones. Siempre es el mismo hombre; le gustan las rubias de entre treinta y cuarenta años. Por lo general han bebido unas copas, acaban de salir de un bar y él se abalanza sobre ellas cuando van camino a su departamento. Es el primer ADN de Fulano de Nueva York. Tenemos su ADN pero no su identidad. —Todos los caminos parecen conducir a Jaime Berger. El caso del Violador del East Side sin duda tendría prioridad para su oficina—. Me voy a teñir el pelo de rubio y a comenzar a regresar a casa tarde de los bares —dice Lucy, y yo la creo muy capaz de hacerlo.

Quiero decirle a Lucy que la dirección que ha elegido es emocionante y que me alegro mucho por ella, pero las palabras no me salen. Lucy ha vivido en muchos lugares que no quedan cerca de Richmond, pero, por alguna razón, esta vez tengo la sensación de que realmente se está yendo de casa para siempre, que ya es una mujer adulta. De pronto me convierto en mi madre: critico, señalo la parte negativa, los contra, levanto la alfombra en busca de ese lugar que se me pasó por alto cuando limpié la casa, reviso mi libreta de calificaciones llena de sobresalientes y comento que es una pena que yo no tenga amigas, y que cuando pruebo lo que cocino siempre me parece que le falta algo.

—¿Qué harás con tu helicóptero? ¿Lo tendrás allá? —me oigo preguntarle a mi sobrina—. Me parece que será todo un problema.

—Probablemente lo tendré en Teterboro.

—De modo que tendrás que viajar a Nueva Jersey cuando quieras volar.

—No queda tan lejos.

—El costo de vivir allí. Y tú y Teun... —machaco.

—¿Qué pasa con Teun y yo? —La voz de Lucy ya no es la misma—. ¿Por qué sigues machacando con eso? —Ahora hay en ella furia—. Yo ya no trabajo para ella. Teun ya no es mi supervisora del ATF No tiene nada de malo que seamos amigas.

Mis huellas dactilares están por toda la escena del crimen de su decepción, de su herida. Aún peor, en mi voz aparecen ecos de Dorothy. Me avergüenzo de mí misma, estoy realmente avergonzada.

—Lucy, lo siento.—Extiendo el brazo y le tomo la mano con las puntas de los dedos que asoman de mi yeso. —No quiero que te vayas. Sé que soy egoísta, muy egoísta. Lo siento.

—Yo no te abandono. Vendré a cada rato. Esto queda a sólo dos horas de helicóptero. Está todo bien. —Me mira—. ¿Por qué no te vienes a trabajar con nosotras, tía Kay? —Me doy cuenta de que no se trata de un pensamiento nuevo. Obviamente, ella y McGovern han hablado mucho de mí, incluyendo mi papel posible en la compañía de las dos. Esto me produce una sensación extraña. Me he negado a pensar en mi futuro y, de pronto, se aparece delante de mí como una enorme pantalla en blanco. Si bien mentalmente sé que la forma en que he vivido pertenece ya al pasado, todavía no he aceptado esta verdad en mi corazón—. ¿Por qué no buscas la manera de trabajar para ti, en lugar de permitir que el estado te diga qué hacer? —Continúa Lucy—. ¿Alguna vez lo has pensado en serio?

—Siempre fue un plan para más adelante —respondo.

—Pues bien, el más adelante es ahora —me dice—. El siglo XX termina dentro de exactamente nueve días.

Es casi medianoche. Estoy frente a la chimenea encendida, sentada en la mecedora tallada a mano que es el único indicio rústico de la casa de Anna. Ella ha ubicado su silla en un ángulo especial para poder mirarme, pero yo no tengo que mirarla a ella si llego a descubrir en mí alguna prueba psicológica que me impresiona. Últimamente he aprendido que nunca sé lo que puedo descubrir durante mis conversaciones con Anna, como si yo estuviera en una escena del crimen que investigo por primera vez. Las luces del living están apagadas, el fuego de la chimenea agoniza. La incandescencia se transmite a las brasas que respiran tonalidades anaranjadas cuando le hablo a Anna de una noche de sábado en noviembre, hace poco más de un año, en la que Benton se mostró extrañamente odioso conmigo.

—Cuando dices «extrañamente», ¿qué es lo que quieres decir? —Pregunta Anna con su tono firme pero sereno.

—Él estaba acostumbrado a mis peregrinaciones tarde por la noche, cuando yo no lograba asentarme o cuando me quedaba trabajando hasta tarde. La noche en cuestión él se quedó dormido mientras leía en la cama. Nada fuera de lo común, y era la señal de que entonces yo podía tener mi propio tiempo. Anhele el silencio, la soledad absoluta cuando el resto del mundo está sumido en la inconsciencia y no necesita nada de mí.

—¿Siempre sentiste esa necesidad?

—Sí, siempre —respondo—. En esos momentos estoy realmente viva. Me sumerjo dentro de mí misma cuando estoy absolutamente sola. Necesito ese tiempo. Debo tenerlo.

—¿Qué sucedió la noche que mencionas? —Pregunta ella.

—Me levanté, le saqué el libro y apagué la luz —contesto.

—¿Qué estaba leyendo?

Su pregunta me toma de sorpresa. Tengo que pensar. No lo recuerdo con claridad, pero me parece que Benton leía algo sobre Jamestown, el primer asentamiento inglés permanente en Norteamérica, que queda a menos de una hora de viaje en auto al este de Richmond. A él le interesaba mucho la historia y en la universidad se había licenciado tanto en psicología como en historia. Además, su curiosidad con respecto a Jamestown se despertó cuando los arqueólogos comenzaron a excavar aquí y allá y descubrieron el fuerte original. Lentamente lo voy recordando: el libro que Benton leía en la cama era una colección de relatos, muchos de ellos escritos por John Smith. No recuerdo el título, le digo a Anna. Supongo que el libro está todavía en algún

lugar de mi casa, y la perspectiva de toparme con él uno de estos días me causa dolor. Continúo con mi relato.

—Salí del dormitorio, cerré la puerta con mucha suavidad y por el hall fui a mi estudio —digo—. Como sabes, cuando practico autopsias tomo secciones de cada órgano y, a veces, también de las heridas. Ese tejido va al laboratorio de histología, donde se los convierte en portaobjetos que yo debo revisar. Nunca consigo ponerme al día con los microdictados y rutinariamente me llevo a casa las carpetas con los portaobjetos y, desde luego, la policía me hizo preguntas al respecto. Es raro, pero mis actividades normales parecen mundanas y más allá de toda duda, hasta que son inspeccionadas por otros. Es entonces cuando me doy cuenta de que no vivo con las demás personas.

—¿Por qué crees que la policía te interrogó acerca de los portaobjetos que podías tener en tu casa? —Pregunta Anna.

—Porque querían saberlo todo. —Vuelvo a mi historia sobre Benton y le describo que yo estaba en mi estudio, inclinada sobre el microscopio, concentrada en neuronas teñidas con metales pesados, que parecían un enjambre de criaturas color púrpura y dorado, con un solo ojo y con tentáculos. Sentí una presencia detrás de mí y, al volverme, vi a Benton de pie junto a la puerta abierta, su cara con una expresión extraña y amenazadora.

«¿No puedes dormir?», me preguntó con un tono desagradable y sarcástico que no parecía suyo. Yo aparté la silla de mi poderoso microscopio Nikon. «Si pudieras enseñarle a eso a coger, no me necesitarías para nada», dijo, y sus ojos me miraron con la furia intensa de las células que yo estaba mirando. Cubierto solamente con los pantalones del pijama, Benton estaba pálido con la luz parcial procedente de la lámpara del escritorio, su pecho estaba cubierto de sudor, su pelo plateado aplastado contra la frente. Le pregunté qué demonios le pasaba y él me ordenó que volviera a la cama.

En ese punto, Anna me interrumpe.

—¿No pasó nada antes de esto? ¿Ninguna señal de lo que se veía venir? —Ella también conocía a Benton. Ése no era Benton; era un extraterrestre que había invadido el cuerpo de Benton.

—No, nada —respondo. Lentamente comienzo a mecarme. Se oye el crujido de las brasas de madera.—En ese momento, él último lugar en el que deseaba estar con él era la cama. Tal vez era la estrella del FBI en cuanto a realizar perfiles psicológicos de las personas, pero por mucha habilidad que tuviera al entender a otros, podía ser tan frío y poco comunicativo como una roca. Yo no tenía ninguna intención de pasarme la noche a oscuras con los ojos abiertos mientras él estaba acostado de espaldas a mí, mudo y respirando con fuerza. Pero él no era ni violento ni cruel. Jamás me había hablado de esa manera insultante. Si algo había entre nosotros, Anna,

era respeto mutuo. Siempre nos tratábamos el uno al otro con respeto.

—¿Y te dijo cuál era el problema? —Insiste Anna.

Yo sonrío con amargura.

—Cuando hizo ese comentario crudo acerca de enseñarle a mi microscopio a coger, eso me dio la pista. —Benton y yo nos sentíamos muy cómodos en mi casa, a pesar de lo cual él nunca dejó de sentirse un invitado. Es mi casa y todo lo que lo rodeaba era mío. El último año de su vida, él se sentía desilusionado con su carrera y, mirándolo ahora retrospectivamente, estaba cansado, sin un objetivo fijo y tenía miedo de envejecer. Todo eso fue erosionando nuestra intimidad. La parte sexual de nuestra relación se convirtió en un aeropuerto abandonado que parecía normal desde lejos, pero no tenía a nadie en la torre de control. No había aterrizajes ni despegues, sólo un contacto rápido y precario porque pensábamos que debíamos hacerlo y, supongo, un poco por hábito y accesibilidad.

—Cuando tenían relaciones sexuales, ¿por lo general quién las iniciaba? —Pregunta Anna.

—Bueno, él. Más por desesperación que por deseo. Quizás incluso por frustración. Sí, frustración. —Decido.

Anna me observa, su cara en sombras que se hacen más profundas a medida que el fuego se extingue. Tiene los codos apoyados en los apoyabrazos, el mentón sobre su dedo índice en lo que se ha convertido en la pose que yo asocio con nuestro tiempo juntas estas últimas noches. Su living se ha transformado en un confesionario oscuro en el que yo puedo ser emocionalmente una recién nacida y estar desnuda y no sentir vergüenza. No considero a esas sesiones nuestras como psicoterapia sino, más bien, como un sacerdocio de amistad que es sagrado y seguro. Le he comenzado a contar a otro ser humano cómo es ser yo.

—Retrocedamos al momento en que él se enojó tanto —dice Anna—. ¿Puedes recordar exactamente cuándo sucedió?

—Pocas semanas antes de que lo asesinaran. —Hablo con calma, hipnotizada por las brasas que parecen la piel resplandeciente de un cocodrilo—. Benton sabía de mi necesidad de espacio. Incluso en las noches en que hacíamos el amor, no era raro que yo esperara a que él se quedara dormido para levantarme con el cuidado de una adúltera e ir a mi estudio del otro lado del hall. Y él se mostraba comprensivo con esas infidelidades mías. —Intuyo que Anna sonrío en la oscuridad—. Rara vez se quejaba cuando tanteaba mi lado de la cama y se encontraba con un lugar vacío —explico—. Benton aceptaba mi necesidad de estar a solas, o eso parecía. Yo nunca supe cuánto lo herían mis hábitos nocturnos hasta esa noche en que irrumpió en mi estudio.

—¿Eran realmente hábitos nocturnos? —Pregunta Anna—. ¿O una actitud de distanciamiento?

—Yo no me considero distante.

—¿Te consideras una persona que se conecta con los otros?

Me analizo, busco en mi interior una verdad que siempre he temido.

—¿Te conectaste con Benton? —Prosigue Anna—. Empecemos con él. Benton fue tu relación más significativa. Y, por cierto, la más prolongada.

—¿Si yo me conecté con él? —Sostengo la pregunta como una pelota que estoy a punto de servir, no demasiado segura del ángulo, la rotación o la fuerza con que lo haré—. Sí y no. Benton era uno de los hombres más excelentes y bondadosos que conozco. Sensible. Profundo e inteligente. Podía hablar con él de cualquier cosa.

—¿Pero lo hacías? Tengo la impresión de que no —dice Anna.

Suspiro.

—No estoy segura de haber hablado alguna vez con alguien de cualquier cosa.

—Tal vez Benton era un interlocutor seguro, protector. —Sugiere ella.

—Quizá —respondo—. Sé que había lugares profundos en mí a los que él nunca llegó. Y yo no quería que lo hiciera, no quería que nuestra relación fuera así de intensa, de íntima. Supongo que la manera en que empezó nuestra relación puede ser parte de la explicación. Él estaba casado. Siempre regresaba a casa con su esposa, a Connie. Y eso siguió durante años. Estábamos en lados opuestos de un muro, separados, y sólo nos tocábamos cuando lográbamos escabullimos. Dios, es algo que yo no volvería a hacer con nadie, no importa quién.

—¿Culpa?

—Por supuesto —contesto—. Todo buen católico siente culpa. Al principio me sentía terriblemente culpable. Nunca he sido una persona capaz de romper las reglas. Yo no soy como Lucy o, más bien debería decir que ella no es como yo: no tiene ningún problema en violarlas. Diablos, si a mí ni siquiera me hacen boletas por infracciones de tránsito, Anna.

En ese momento ella se inclina hacia adelante y levanta una mano. Es su señal que indica que acabo de decir algo importante.

—Reglas —dice—. ¿Qué son las reglas?

—¿Una definición? ¿Quieres una definición de la palabra «regla»?

—¿Qué son las reglas para ti? Sí, quiero tu definición.

—El bien y el mal —contesto—. Lo que es legal versus lo que es ilegal. Moral versus inmoral. Humano versus inhumano.

—¿Acostarse con una persona casada es inmoral, inhumano, está mal?

—Al menos es estúpido. Pero, sí, está mal. No es un error fatal o un pecado imperdonable o ilegal, pero sí deshonesto. Sí, decididamente deshonesto. Una ley violada, sí.

—Entonces reconoces que eres capaz de algo deshonesto.

—Reconozco que soy capaz de hacer algo estúpido.

—Pero ¿deshonesto? —Anna no me permite eludir la cuestión.

—Todos son capaces de algo. Mi aventura con Benton fue deshonesto. Indirectamente yo mentí porque oculté lo que estaba haciendo. Les presenté un frente a los demás, incluyendo a Connie, que era falso. Sencillamente falso. ¿O sea que soy capaz de engaño, de mentiras? Evidentemente, sí. —La confesión me deprime muchísimo.

—¿Y qué me dices del homicidio? ¿Cuál es la regla de los homicidios? ¿Está mal? ¿Es inmoral? ¿Siempre está mal matar? Tú has matado —dice Anna.

—En defensa propia.—En este punto me siento fuerte y segura. —Sólo cuando no me quedaba más remedio porque la otra persona iba a matarme a mí o a alguien más.

—¿Cometiste un pecado? «No matarás».

—Absolutamente no. —Ahora comienzo a sentirme frustrada.—Es fácil. Es fácil abrir juicio sobre asuntos que uno ve desde el punto de vista distante de la moralidad y el idealismo. Es diferente cuando nos enfrentamos a un asesino que aprieta el cuello de otra persona con un cuchillo o que empuña una pistola para matarnos. El pecado sería no hacer nada, permitir que una persona inocente muera, que uno muera. Yo no siento ningún remordimiento. —Le digo a Anna.

—¿Qué es lo que sientes?

Cierro un momento los ojos.

—Asco. No puedo pensar en esas muertes sin sentir repugnancia. Lo que hice no estaba mal. No tenía otra opción. Pero tampoco diría que estuvo bien, si entiendes la diferencia. Cuando Temple Gault se desangraba frente a mí y me suplicaba que lo ayudara, realmente no hay palabras para expresar cómo me sentía y cómo me siento ahora al recordarlo.

—Eso fue en el túnel de un subterráneo de Nueva York. ¿Hace cuatro o cinco años? —Pregunta, y yo asiento con una inclinación de cabeza—. El ex cómplice de Carrie Grethen. En cierto sentido, Gault era su mentor, ¿no es así? —Una vez más, asiento—. Interesante —dice—. Tú mataste al socio de Carrie y, después, ella mató al tuyo. ¿Existirá alguna relación?

—No tengo idea. Jamás lo pensé así. —La sola idea me estremece. Nunca se me ocurrió y ahora me resulta tan obvio.

—En tu opinión, ¿Gault merecía morir? —Pregunta entonces Anna.

—Algunas personas dirían que él perdió el derecho de habitar este mundo y todos estaremos mejor ahora que él se ha ido. Pero, por Dios, yo no habría elegido ser la que cumplía esa sentencia, Anna. Nunca, jamás. La sangre le salía a chorros por entre los dedos de la mano. Vi miedo en sus ojos, terror, pánico, toda maldad desaparecida. En ese momento era sólo un ser humano que moría. Y yo lo había causado. Y él lloraba y me suplicaba que detuviera la hemorragia. —Dejo de hamacarme. Siento

que toda la atención de Anna está centrada en mí—. Sí —digo por último—. Sí, fue terrible. Realmente terrible. A veces sueño con él. Porque lo maté, él formará para siempre parte de mí. Ése es el precio que debo pagar.

—¿Y Jean-Baptiste Chandonne?

—Yo ya no quiero lastimar a nadie —digo y me quedo mirando el fuego agonizante.

—¿Él al menos está vivo?

—Eso no me consuela. ¿Cómo podría? Las personas como él nunca dejan de herir a otros, incluso después de que los encierran en un calabozo. El mal perdura. Ésa es la cuestión. Yo no quiero que los maten, pero tengo plena conciencia del daño que hacen mientras están con vida. Es algo que no tiene salida, se mire por donde se mire. —Le digo a Anna.

Anna no dice nada. Su método es ofrecer silencios más que opiniones. La pena me pulsa en el pecho y el corazón me late en un *staccato* de miedo.

—Supongo que me habrían castigado si yo mataba a Chandonne. —Agrego—. Y no me cabe duda de que me castigarán porque no lo hice.

—Tú no pudiste salvarle la vida a Benton. —La voz de Anna llena el espacio que hay entre las dos. Sacudo la cabeza y los ojos se me llenan de lágrimas—. ¿Acaso sientes también que deberías haber podido defenderlo? —Pregunta. Yo trago y espasmos de esa tremenda pérdida me roban la capacidad de hablar—. ¿Le fallaste, Kay? ¿Y, quizás, ahora tu penitencia es erradicar otros monstruos? ¿Hacerlo por Benton, porque dejaste que los monstruos lo asesinaran? ¿Y tú no lo salvaste?

Mi impotencia y mi furia estallan.

—Fue él el que no se salvó, maldito sea. Benton buscó que lo asesinaran, como un perro o un gato desaparecen para morir, porque le había llegado su hora. ¡Dios! Benton siempre se quejaba de las arrugas, la carne flácida y los dolores, incluso durante los primeros años de nuestra relación. Como sabes, era mayor que yo. Tal vez la vejez lo amenazaba más por esa razón. No lo sé. Pero cuando llegó a los cuarenta y pico de años, no podía mirarse al espejo sin sacudir la cabeza y decir: «No quiero envejecer, Kay». Eso es lo que decía.

—Recuerdo una tarde en que nos bañábamos juntos y él se quejaba de su cuerpo.

—A nadie le gusta llegar a viejo. —Le dije finalmente—. Pero yo de veras no lo quiero, hasta el punto en que no creo poder sobrevivir a eso —fue su respuesta.

—Todos tenemos que sobrevivir a eso. Es egoísta no hacerlo, Benton. —Le dije.

—Y, además, hemos sobrevivido a ser jóvenes, ¿no es así?

—¡Ja! Él pensó que era una ironía de mi parte, y no lo era para nada. Le pregunté cuántos días de su juventud se perdieron esperando el mañana. Porque, de alguna manera, pensaba que el mañana sería mejor. Él lo pensó un momento mientras se acercaba más a mí en la bañera y comenzaba a acariciarme y a jugar conmigo

debajo de la cubierta humeante de agua caliente con olor a lavanda. Sabía exactamente qué hacer en aquella época en que nuestras células brotaban instantáneamente a la vida con el menor contacto. Por aquel entonces, cuando todo estaba bien.

—Sí. —Dijo— es verdad. Siempre he esperado el mañana, pensando que sería mejor. Eso es sobrevivir, Kay. Si uno no pensara que mañana o el año próximo o el año después de ése sería mejor, ¿para qué preocuparse?

Me detengo un momento y me hamaco. Le digo a Anna:

—Bueno, él dejó de preocuparse. Benton murió porque ya no creía que lo que tenía por delante era mejor que el pasado. No importa si fue otra persona la que tomó su vida. La decisión fue de Benton. —Mis lágrimas se han secado y me siento vacía por dentro, derrotada y furiosa. Una débil luz me roza la cara cuando miro fijo el resplandor crepuscular del fuego—. Maldito seas, Benton —murmuro hacia las brasas humeantes—. Maldito seas por haberte dado por vencido.

—¿Por eso te acostaste con Jay Talley? —Pregunta Anna—. ¿Para joder a Benton? ¿Para vengarte de él por haberte dejado, por morir?

—Si fue así, no fue consciente.

—¿Qué sientes?

Trato de sentir.

—Me siento muerta. Después de que Benton fue asesinado... —Lo pienso un momento—. Sí, muerta. —Decido—. Me sentí muerta. No podía sentir nada. Pienso que me acosté con Jay...

—No lo que piensas. Lo que sientes —me recuerda ella con suavidad.

—Sí. De eso se trataba. De querer sentir, querer desesperadamente sentir algo, lo que fuera. —Le digo.

—¿El hecho de hacer el amor con Jay te ayudó a sentir algo, lo que fuera?

—Creo que me hizo sentirme vulgar —respondo.

—No lo que piensas —me recuerda una vez más.

—Sentí hambre, lujuria, furia, ego, libertad. Oh, sí, libertad.

—¿Libertad de la muerte de Benton o, quizá, de Benton? Él era un poco reprimido, ¿no? Era seguro. Tenía un super yo muy poderoso. Benton Wesley era un hombre que hacía las cosas como era debido. ¿Cómo era el sexo con él? ¿Era «correcto»? —quiere saber Anna.

—Era considerado —dijo—. Suave y sensible.

—Ah. Considerado. Bueno, sobre eso sí se puede decir algo —dice Anna con un dejo de ironía que hace que yo preste atención a lo que acabo de revelar.

—Nunca fue suficientemente hambriento, nunca puramente erótico. —Ahora ya me muestro más abierta con el tema—. Tengo que reconocer que muchas veces yo pensaba mientras hacíamos el amor. Ya es suficientemente malo pensar mientras

hablo contigo, Anna, pero no se debería pensar cuando se hace el amor. No debería haber pensamientos; sólo un placer intolerable.

—¿Te gusta tener relaciones sexuales?

Me echo a reír, sorprendida. Nadie me ha preguntado jamás eso.

—Oh, sí, pero varía. He tenido muy buen sexo, buen sexo, sexo común y corriente, sexo aburrido, mal sexo. El sexo es como una criatura rara. Ni siquiera estoy segura de lo que pienso del sexo. Pero espero no haber tenido el *premier grana cru* del sexo. —Me refiero al vino Burdeos superior. El sexo se parece bastante al vino y, si he de decir la verdad, mis encuentros con amantes por lo general terminan en la sección *village* del viñedo: bastante común y de precio modesto; nada especial, realmente—. No creo haber tenido todavía mi mejor relación sexual, la armonía sexual más profunda y erótica con otra persona. Todavía no, para nada. Divago, hablo de manera entrecortada como si tratara de entender y discutiera conmigo misma acerca de si quiero entender. —No lo sé. Bueno, supongo que me Pregunto qué importancia debería tener, cuál es su verdadera importancia.

—Considerando la manera en que te ganas la vida, Kay, deberías conocer la importancia del sexo. Representa poder. Es la vida y la muerte —dice Anna.

—Desde luego, en lo que ves, hablamos sobre todo del poder que se ha abusado terriblemente. Chandonne es un buen ejemplo de ello. Obtiene gratificación sexual del hecho de dominar, de causar sufrimiento, de jugar a ser Dios y decidir quién vive, quién muere y de qué manera. —Desde luego.

—El poder sexual lo excita. Como a la mayoría de las personas —dice Anna.—Es el mayor afrodisíaco. —Coincido con ella—. Si las personas son sinceras en ese sentido.

—Diane Bray es otro ejemplo. Una mujer hermosa y provocativa que usaba su atractivo sexual para dominar y controlar a otros. Al menos, ésa es la impresión que tengo —dice Anna.

—Es la impresión que daba —respondo.

—¿Crees que se sentía sexualmente atraída hacia ti? —me pregunta Anna. Lo evaluó clínicamente. Incómoda con la idea, la aparto de mí y la estudio como si fuera un órgano que estoy disecando.

—Eso en ningún momento se me cruzó por la cabeza. —Decido—. Así que probablemente no estaba allí, porque de lo contrario yo habría recibido las señales. —Anna no me contesta—. Posiblemente —digo con ambigüedad. Anna no se traga el anzuelo.

—¿No me dijiste que ella había intentado usar a Marino para conocerte? —me recuerda—. ¿Que quería almorzar contigo, alternar socialmente contigo, conocerte, y trató de arreglar eso por intermedio de Marino?

—Eso fue lo que Marino me dijo —contesto.

—¿Porque posiblemente se sentía sexualmente atraída hacia ti? Ésa habría sido la manera más flagrante de dominarte, ¿no es así? Sí, no sólo arruinaba tu carrera sino que en el proceso usaba tu cuerpo y, por consiguiente, se apropiaba de todos los aspectos de tu existencia. ¿No es eso lo que Chandonne y los de su calaña hacen? También ellos tienen que sentir atracción. Sucede sólo que ellos lo actúan de manera diferente que el resto de nosotros. Y sabemos lo que le hiciste cuando él trató de actuar su atracción hacia ti. Ése fue su gran error, ¿no? Él te miró con lujuria y tú lo cegaste. Al menos temporalmente. —Anna hace una pausa, el mentón apoyado en un dedo, la mirada fija en mí.

Ahora yo la miro a los ojos. De nuevo tengo esa sensación. Casi la describiría como una advertencia, pero me resulta imposible ponerle un nombre.

—¿Qué habrías hecho si Diane Bray hubiera tratado de expresar abiertamente la atracción sexual que sentía hacia ti, si te lo confesara? ¿Si ella se te hubiera insinuado? —Anna sigue hurgando.

—Tengo maneras de desviar avances no deseados —respondo—. ¿También por parte de mujeres? —De cualquiera.

—Eso quiere decir que algunas mujeres sí se te han insinuado. —Sí, cada tanto, a lo largo de los años.—Es una pregunta obvia con una respuesta obvia. Yo no vivo en una cueva. —Sí, he estado cerca de personas que mostraron un interés en mí que yo no podía corresponder— digo.

—¿No podías o no querías?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Y qué sientes cuando la persona que te desea es una mujer? ¿ES diferente de cuando es un hombre?

—¿Estás tratando de averiguar si soy homofóbica, Anna?

—¿Lo eres?

Lo pienso. Llego hasta lo más profundo que puedo para ver si me siento incómoda con la homosexualidad. Siempre me he apresurado a asegurarle a Lucy que yo no tengo ningún problema con las relaciones entre personas del mismo sexo, más allá de los problemas que traen.

—Estoy bien con ese tema. —Le contesto a Anna—. De veras. Sencillamente no es mi preferencia. No es mi elección.

—¿La gente elige?

—En cierto sentido. —De esto estoy segura—. Y lo digo porque soy una convencida de que la gente siente muchas atracciones que no son aquellas con las que se sentiría más cómoda, de modo que no las llevan a la práctica. Puedo entender a Lucy. La he visto con sus amantes y, de alguna manera, envidio la relación cercana que tiene con ellas, porque aunque les resulta difícil ir contra la mayoría, también tienen la ventaja de las amistades especiales que las mujeres son capaces de

mantener. ES más difícil que hombres y mujeres sean amigos del alma, amigo íntimos. Hasta allí lo admito. Pero creo que la diferencia significativa entre Lucy y yo es que yo no espero ser la amiga del alma de un hombre y a ella, en cambio, los hombres la intimidan. Y una intimidación auténtica no puede darse sin un equilibrio de poder entre los individuos. Así que, puesto que no me siento intimidada ni dominada por los hombres, los elijo en un sentido físico. —Anna no dice nada—. Hasta allí entiendo el tema. —Agrego—. No todo se puede explicar. Lucy y sus atracciones y necesidades es algo que no es posible explicar de manera completa. Tampoco las mías.

—¿Realmente no crees que puedas ser amiga del alma de un hombre? ¿Será posible, entonces, que tus expectativas sean demasiado bajas?

—ES muy posible. —Casi me echo a reír—. Si alguien tiene expectativas bajas merezco ser yo, después de todas las relaciones que he arruinado. —Agrego.

—¿Nunca te sentiste atraída hacia una mujer? —Anna llega finalmente adonde quería.

—Algunas mujeres son muy convincentes —reconozco—. Recuerdo haberme enamorado de mis maestras cuando era chica y adolescente.

—¿Por «enamorado» te refieres a sentimientos de orden sexual?

—Esos «enamoramientos» incluyen sentimientos sexuales, por inocentes e ingenuos que sean. Muchas mujeres se enamoran de sus maestras, en especial si asisten a un colegio parroquial y sus enseñantes son exclusivamente del sexo femenino.

—Monjas.

Sonrío.

—Sí. Imagínate enamorarse de una monja.

—También imagino que las monjas se enamoran unas de otras. —Comenta Anna.

Una nube oscura de incertidumbre y zozobra me invade y una advertencia llama desde el fondo de mi conciencia. No sé por qué Anna se centra tanto en el sexo, en particular en las relaciones homosexuales, y de pronto se me ocurre que a lo mejor ella es lesbiana y ésa es la razón por la que nunca se casó; o quizá me está probando para ver cómo reaccionaría yo si, después de todos estos años, ella me contara la verdad sobre sí misma. Me duele pensar que, por miedo, tal vez me haya ocultado ese detalle de tanta importancia.

—Me dijiste que te mudaste a Richmond por amor. —Ahora me toca a mí indagar—. Y que esa persona resultó ser un perdedero de tiempo. ¿Por qué no volviste a Alemania? ¿Por qué te quedaste en Richmond, Anna?

—Estudié en la Facultad de Medicina de Viena y soy austríaca, no alemana —me dice—. Pasé mi infancia en Schloss, un castillo, que perteneció a la familia desde hace cientos de años. Está ubicado cerca de Linz, sobre el río Danubio, y durante la

guerra, los nazis vivieron en la casa con nosotros. Mi madre, mi padre, dos hermanas mayores y un hermano menor. Y, desde las ventanas, yo podía ver el humo del crematorio de Mauthausen, a dieciséis kilómetros de distancia, un famoso campo de concentración, una enorme cantera en la que a los prisioneros los obligaban a extraer granito y a transportar enormes bloques cien escalones más arriba. Y si vacilaban, eran castigados o arrojados al abismo. Judíos, republicanos españoles, rusos, homosexuales.

Día tras día, nubes oscuras de muerte manchaban el horizonte y yo pescaba a mi padre con la mirada perdida en la distancia y suspirando cuando creía que nadie lo miraba. Sentí su vergüenza y su profundo dolor. Porque no podíamos hacer nada con respecto a lo que estaba ocurriendo, era fácil caer en la negación. La mayoría de los austríacos negaban lo que estaba sucediendo en nuestro precioso país. Para mí, eso era imperdonable pero no podía remediarse. Mi padre tenía mucho dinero e influencias, pero ir en contra de los nazis era terminar en un campo de concentración o ser ejecutado en el lugar. Todavía puedo oír las risas y el entrecuchar de copas en mi casa, como si esos monstruos fueran nuestros mejores amigos. Uno de ellos comenzó a venir a mi dormitorio por las noches. Yo tenía diecisiete años. Esto siguió durante dos años. Yo nunca dije una palabra porque sabía que mi padre no podía hacer nada, y sospecho que él sabía lo que estaba pasando. Sí, de eso estoy segura. Me preocupaba la posibilidad de que lo mismo les estuviera sucediendo a mis hermanas, y creo que así era. Después de la guerra terminé mi educación y conocí a un norteamericano que estudiaba música en Viena. Era un excelente violinista, muy gallardo e ingenioso, y vine con él a los Estados Unidos. Sobre todo, porque ya no podía seguir viviendo en Austria. No podía vivir con aquello que mi familia había elegido pasar por alto. Incluso ahora, cuando veo la campiña de mi patria, esa imagen está manchada con aquel humo oscuro y ominoso. Lo veo siempre en mi mente. Siempre.

El living de Anna está helado y las escasas brasas que quedan en la chimenea parecen docenas de ojos irregulares que brillan en la oscuridad.

—¿Qué fue del músico norteamericano? —Le pregunto.

—Supongo que la realidad se impuso. —Su voz tiene un dejo de tristeza—. Una cosa era que se enamorara de una joven psiquiatra austríaca en una de las ciudades más hermosas y románticas del mundo, y otra muy distinta era traerla de vuelta a Virginia, la antigua capital de la Confederación, donde por todas partes la gente sigue teniendo banderas confederadas. Yo inicié mi residencia en el hospital de la Facultad de Medicina de Virginia y James tocó durante varios años en la sinfónica de Richmond. Después se mudó a Washington y nos separamos. Agradezco que no nos hayamos casado. Al menos no tuve esa complicación; ni ésta ni la de hijos.

—¿Y tu familia? —Pregunto.

—Mis hermanas están muertas. Tengo un hermano en Viena. Al igual que mi padre, él se dedica a las actividades bancarias. Deberíamos ir a dormir un poco, Kay —dice Anna.

Me estremezco cuando me deslizo entre las sábanas; doblo las piernas y pongo una almohada debajo de mi brazo roto. Hablar con Anna ha logrado inquietarme un poco. Percibo sensaciones fantasmas en partes mías hace mucho desaparecidas, y tengo el alma pesada por el peso adicional de la historia que ella ha contado acerca de su propia vida. Desde luego, Anna no le contaría su pasado a muchas personas. Una asociación con los nazis es un estigma terrible, incluso ahora, y pensar en ese hecho me lleva a pintar su comportamiento y su estilo de vida en una tela muy diferente. No importa que Anna no haya tenido elección acerca de quién vivía en la casa de su familia, como tampoco la tuvo con respecto a con quién tenía relaciones sexuales a los diecisiete años. Nadie la perdonaría si se supiera.

—Dios mío —murmuro, la vista fija en el cielo raso del cuarto de huéspedes de Anna—. Dios mío.

Me levanto, avanzo por el pasillo oscuro, paso de nuevo por el living y entro en el ala este de la casa. El dormitorio principal está al fondo del pasillo, la puerta de Anna está abierta, y un rayo de luz de luna se cuele por las ventanas y delinea con suavidad su forma debajo de las cobijas.

—¿Anna? —Pregunto en voz baja—. ¿Estás despierta?

Ella se mueve y después se sienta. Casi no puedo verle la cara a medida que me le acerco. Su pelo blanco le llega a los hombros. Parece de cien años de edad.

—¿Está todo bien? —Pregunta medio dormida y con un dejo de alarma.

—Lo siento —le digo—. No sabes cuánto lo siento. Anna, he sido una pésima amiga.

—Has sido la amiga en la que más confié. —Busca mi mano, me la oprime y siento sus huesos pequeños y frágiles debajo de su piel suave y suelta, como si de pronto se hubiera transformado en anciana y vulnerable, no en el titán que siempre imaginé. Tal vez se debe a que ahora conozco su historia.

—Has sufrido tanto, y llevado ese peso tan sola. —Le susurro—. Lamento no haber estado allí para ti. Lo siento muchísimo. —Le repito. Me agacho y la abrazo con torpeza, con el yeso y todo, y la beso en la mejilla.

Incluso en mis momentos de más agobio y distracción, aprecio mucho el lugar donde trabajo. Siempre tengo conciencia de que el sistema de médicos forenses que encabezo es, probablemente, el mejor del país, si no del mundo, y que el Instituto de Ciencia y Medicina Forense que codirijo es la academia más completa de su tema. Y yo puedo hacer todo esto en uno de los establecimientos forenses más avanzados que conozco.

Nuestro nuevo edificio de cuarenta mil metros cuadrados y un valor de treinta millones de dólares se llama Biotech II y es el centro del Parque de Investigación en Biotecnología, que ha transformado el centro de Richmond al reemplazar tiendas y departamentos abandonados y otros edificios clausurados con elegantes construcciones de ladrillo y vidrio. Biotech ha reclamado una ciudad que siguió siendo atacada mucho después de que los agresores del norte hicieron el último disparo.

Cuando me mudé allí a fines de los ochenta, Richmond estaba ubicada al tope de la lista de ciudades con la tasa de homicidios más alta per cápita de los Estados Unidos. Los comercios se trasladaron a los condados cercanos. Virtualmente nadie iba al centro cuando oscurecía. Eso ya no sucede. Notablemente, Richmond va camino de convertirse en una ciudad de ciencia y cultura, y confieso que nunca creí que eso fuera posible. También confieso que cuando recién me mudé detestaba Richmond, por razones más profundas que la actitud desagradable de Marino hacia mí o lo mucho que extrañaba Miami.

Creo que las ciudades tienen personalidades; adquieren la energía de las personas que las ocupan y las dirigen. Durante su peor época, Richmond era pertinaz e intolerante, y se comportaba con la arrogancia herida de una persona venida a menos que tiene que recibir órdenes de boca de las mismas personas a las que antes dominaba o, en algunos casos, poseía. Existía una enloquecida exclusividad que hacía que la gente como yo se sintiera sola y menospreciada. En todo esto detecté rastros de viejas heridas e indignidades, tal como las encuentro en los cuerpos. Descubrí una tristeza espiritual en la niebla luctuosa que, durante los meses de verano, flota como humo de batalla sobre los pantanos y los interminables conjuntos de pinos y se desplaza sobre el río cubriendo las heridas de pilas de ladrillos y fundiciones y campos de prisioneros que quedaron de esa espantosa guerra. Sentí compasión. No renuncié a Richmond. Esta mañana lucho con la creciente sensación de que Richmond ha renunciado a mí.

Las partes superiores de los edificios de la línea de edificación del centro de la ciudad han desaparecido entre las nubes y el aire está preñado de nieve. Miro por la ventana de mi oficina, entretenida con los grandes copos que pasan mientras los teléfonos suenan y la gente camina por el corredor. Me preocupa la posibilidad de que el estado y el gobierno de la ciudad cierren sus puertas. Esto no puede suceder en el primer día de mi regreso.

—¿Rose? —Llamo a mi secretaria que está en la oficina contigua—. ¿Estás al día con el clima?

—Nieva —contesta ella.

—Eso ya lo veo. Todavía no están cerrando nada, ¿no? —Busco mi taza de café y en silencio me maravillo con la implacable tormenta blanca que se abate sobre nuestra ciudad. Estas tormentas por lo general se producen al oeste de Charlottesville y al norte de Fredericksburg, dejando afuera a Richmond. La explicación que siempre he oído es que el río James calienta lo suficiente el aire como para reemplazar la nieve con lluvias heladas que, al igual que las tropas de Grant, paralizan la tierra.

—Una acumulación de posiblemente veinte centímetros. Que disminuirá por la tarde, con temperaturas mínimas de alrededor de cinco grados bajo cero. —Rose debe de haber entrado en los pronósticos meteorológicos de Internet—. Las temperaturas bajo cero continuarán durante los próximos días. Parece que vamos a tener una Navidad blanca. ¿No es fantástico? —Rose, ¿qué vas a hacer en Navidad?— No demasiado —fue su respuesta.

Recorro con la vista carpetas con casos y certificados de defunción y empujo papeles con mensajes telefónicos y memos por correo e internos, de oficina a oficina. No puedo ver siquiera la superficie de mi escritorio y no sé por dónde empezar.

—¿Veinte centímetros? Declararán emergencia nacional. —Comento—. Tenemos que averiguar si algo más cierra, además de las escuelas. ¿Qué tengo en mi agenda que ya no se haya cancelado?

Rose está cansada de hablar a los gritos desde el cuarto de al lado. Entra en mi oficina, muy elegante con un traje de pantalones grises y suéter blanco de cuello alto, su pelo entrecano recogido atrás. Rara vez está sin mi agenda de gran tamaño y la abre. Desliza el dedo por lo que está escrito para hoy y espía por encima de sus anteojos para leer.

—Lo obvio es que ahora tenemos seis casos y ni siquiera son las ocho de la mañana —me informa—. Se espera su presencia en el juzgado, pero tengo la sensación de que eso no ocurrirá. —¿Cuál causa?

—Veamos. Mayo Brown. No me parece recordarlo.

—Una exhumación —recuerdo—. Un homicidio con veneno. —La carpeta está sobre mi escritorio, en alguna parte. Empiezo a buscarla y siento que los músculos del cuello y de los hombros se tensan. La última vez que vi a Buford Righter en mi

oficia fue precisamente por esta causa, que estaba destinada a crear confusión en el juzgado, incluso después de que yo pasé cuatro horas explicándole el efecto de dilución de los niveles de drogas cuando el cuerpo ha sido embalsamado. Le machaqué que no existe ningún método satisfactorio para cuantificar la tasa de degradación en los tejidos embalsamados. Repasé los informes de toxicología y preparé a Righter para la defensa de la dilución. El fluido del embalsamamiento desaloja la sangre y diluye los niveles de drogas. De modo que si el nivel de codeína del difunto está en el extremo inferior del rango de dosis letal, entonces, antes del embalsamamiento el nivel sólo podría haber sido más alto. Le expliqué detalladamente que en eso debía concentrarse porque la defensa iba a enturbiar las aguas con heroína versus codeína.

Nos encontramos sentados frente a la mesa ovalada de mi sala privada de reuniones, con todos los papeles desplegados delante. Righter tiende a resoplar mucho cuando está confundido, frustrado o sólo fastidiado. No hizo más que tomar informes, fruncir el entrecejo y volver a ponerlos en su lugar, todo el tiempo resoplando como una ballena que sale a la superficie.

—Esto es chino básico —repitió—. ¿Cómo demonios quieres que el jurado entienda cosas como que la 6-mono-acetilmorfina es un marcador de la heroína y, puesto que no fue detectada, eso no significa necesariamente que la heroína no estaba presente, pero si estaba presente, entonces significaría que la heroína también lo estaba?

Le dije que ése era precisamente el punto en el que él no quería centrarse. Le aconsejé que se mantuviera en lo de la dilución: que el nivel debía haber sido más alto antes de que la persona fuera embalsamada. La morfina es un metabolito de la heroína. La morfina es también un metabolito de la codeína, y cuando la codeína se metaboliza en la sangre tenemos niveles muy bajos de morfina. En este caso no podemos saber nada definitivo, salvo que no tenemos ningún marcador para la heroína, y sí tenemos niveles de codeína y de morfina, lo cual indica que el hombre tomó algo. —Voluntariamente o a la fuerza— antes de morir. Le describí todo el escenario. Y era una dosis mucho más elevada de la que se indica ahora, debido al embalsamamiento, le insistí. Pero ¿estos resultados prueban que la esposa del hombre lo envenenó con Tylenol 3, por ejemplo? No. Volví a insistirle que no echara a perder todo con lo de la 6-mono-acetilmorfina.

Me doy cuenta de que estoy obsesionada. Estoy sentada frente a mi escritorio y repaso pilas de trabajo atrasado mientras me angustio pensando todo el trabajo que me tomé preparando a Righter para otra causa y prometiéndole que yo estaría allí para él, como siempre lo he estado. Es una pena que él no parezca dispuesto a devolverme el favor. Yo no lo puedo aceptar y comienzo a sentir mucho resentimiento también contra Jaime Berger.

—Bueno, verifica con los juzgados. —Le digo a Rose—. Y, a propósito, esta mañana a él lo han dado de alta en el hospital de la Facultad de Medicina de Virginia. —Me resisto a pronunciar el nombre de Jean-Baptiste Chandonne—. Puedes esperar la habitual avalancha de llamados telefónicos de los medios de difusión.

—Por los informativos me enteré de que la fiscal de Nueva York está en la ciudad —dice Rose mientras hojea mi agenda. No quiere mirarme a los ojos—. ¿No sería fantástico que quedara sepultada bajo la nieve?

Me pongo de pie, me quito el guardapolvo y lo cuelgo en el respaldo de la silla.

—Supongo que no hemos tenido noticias de ella.

—No, no ha llamado aquí, al menos no para usted. —Mi secretaria insinúa que sabe que Berger le ha seguido la pista a Jack o a alguien cercano a mí.

Yo soy muy hábil para llenarme de trabajo y derivar en otra persona la investigación de una zona que yo prefiero evitar.

—Para apurar un poco las cosas —digo antes de que Rose pueda lanzarme una de sus miradas acusadoras—, nos saltaremos la reunión de equipo. Tenemos que sacar esos cuerpos de aquí antes de que el tiempo empeore.

Hace diez años que Rose es mi secretaria. Es algo así como la madre de mi oficina. Me conoce mejor que nadie, pero no abusa de su posición empujándome en direcciones hacia las cuales no deseo ir. La curiosidad con respecto a Jaime Berger flota en la superficie de los pensamientos de Rose. Puedo ver la pregunta en sus ojos, pero no me la hará. Ella sabe de sobra qué siento yo con el hecho de que la causa se juzgue en Nueva York en lugar de aquí, y que yo no quiero hablar de ese tema.

—Creo que el doctor Chong y el doctor Fielding ya están en la morgue —dice—. Todavía no vi al doctor Forbes.

Se me ocurre que, aunque la causa Mayo Brown se presente hoy. —Aunque los tribunales no hayan cerrado por la nieve—, Righter no me llamará. Estipularé mi informe y, en el mejor de los casos, hará que el toxicólogo preste testimonio. De ninguna manera Righter se enfrentará a mí después de que lo llamé cobarde, en especial puesto que la acusación es cierta y parte de él debe de saberlo. Ya encontrará la manera de eludirme durante el resto de su vida, y ese pensamiento desagradable me lleva a hacerme otra pregunta cuando cruzo el hall: ¿qué presagia todo esto para mí?

Empujo la puerta que da al baño de damas y hago la transición desde ambientes con revestimiento de madera y alfombras a una serie de cuartos para cambiarse y, finalmente, a un mundo de riesgos biológicos, desolación y ataques violentos contra los sentidos. En el camino uno va dejando los zapatos y la ropa exterior y almacenándolos en armarios de color verde. Tengo siempre un par especial de zapatillas Nike cerca de la puerta que conduce al interior de la sala de autopsias. No están destinadas a caminar nunca más por la tierra de los vivos y, cuando llega el momento de librarme de ellas, las quemo. Con cierta torpeza pongo el saco del traje,

los pantalones y la blusa blanca de seda en perchas, y siento que el codo izquierdo me late. Con dificultad me introduzco en un traje Mega Shield de cuerpo entero que tiene paneles frontales y mangas resistentes a los virus, costuras selladas y un cuello bien cerrado y alto. Me pongo las fundas para zapatos y, luego, un gorro y barbijos quirúrgicos. El último toque es una capucha con visor para proteger mis ojos de salpicaduras que pueden transportar amenazas tan serias como la hepatitis o el VIH.

Las puertas de acero inoxidable se abren en forma automática y mis pies producen sonidos de papel sobre el piso vinílico de color tostado de la sala de autopsias de riesgo biológico con terminación epoxi. Médicos de bata azul se mueven sobre cinco mesas lustrosas de acero inoxidable sujetas a piletas de acero y se oye el sonido de agua que corre y de mangueras que aspiran. Las radiografías sujetas a negatoscopios parecen una galería en blanco y negro de sombras con forma de órganos y huesos opacos y diminutos y brillantes fragmentos de balas que, como trozos metálicos sueltos en máquinas voladoras, rompen o perforan órganos, interrumpen funciones vitales. Colgados de clips en el interior de gabinetes de seguridad están las tarjetas de ADN que han sido manchadas con sangre. Tienen el curioso aspecto de diminutas banderas japonesas mientras se secan con aire debajo de un capuchón. Desde monitores de circuito cerrado de televisión montados en rincones se oye el rugido de motores de vehículos en la dársena de entrada, una suerte de funeraria cuya finalidad es traer o retirar cadáveres. Éste es mi teatro. Es aquí donde actúo. Por desagradables que puedan resultarle a la persona común y corriente los olores, espectáculos y sonidos mórbidos que vienen a mi encuentro, de pronto siento un inmenso alivio y mi estado de ánimo mejora ostensiblemente cuando los médicos levantan la vista, me miran y con una inclinación de cabeza me desean un buen día. Estoy en mi elemento. Estoy en casa.

Un hedor ácido y ahumado flota por esa sala larga de cielo raso alto, y yo miro el cuerpo esbelto, desnudo y ennegrecido que descansa sobre la camilla cubierta con una sábana que acaban de traer. A solas, frío y en silencio, ese hombre muerto espera su turno. Me espera a mí. Yo soy la última persona a la que le hablará en un idioma que importa. El nombre que hay en la etiqueta anudada a un dedo del pie y escrita con marcador permanente es Fulano de Tal, escrito con faltas de ortografía. Abro un paquete de guantes de látex y me alegra poder estirar uno sobre el yeso que, además, está protegido por la manga a prueba de fluidos. No tengo puesto el cabestrillo y por un tiempo me veré obligada a hacer las autopsias únicamente con la mano derecha. Aunque ser zurda en un mundo de diestros tiene sus dificultades, presenta también algunas ventajas. Muchos de nosotros somos ambidextros o, al menos, razonablemente funcionales con las dos manos. Mis huesos fracturados y doloridos me recuerdan que no todo está bien en mi mundo, a pesar de la tenacidad con que trabajo y a pesar de lo mucho que me concentro.

Lentamente rodeo a mi paciente, me inclino sobre él, observo. Una jeringa sigue incrustada en el hueco de su brazo derecho y una serie de ampollas por quemaduras de segundo grado aparecen en el torso. Tienen bordes de color rojo intenso y su piel presenta manchas negras por el hollín que tiene en el interior de la nariz y la boca. Eso me dice que estaba vivo cuando el incendio estalló. Tenía que estar respirando para inhalar humo. Debía de tener presión arterial para que un fluido le llenara las heridas y se formaran esas ampollas con bordes rojos. Las circunstancias de un incendio intencional y de la aguja clavada en el brazo podrían sugerir suicidio. Pero en el muslo superior derecho tiene una magulladura hinchada del tamaño de una mandarina, y tiene color carmesí. La palpo. Está dura como una roca y parece reciente. ¿Cómo sucedió? La aguja está en el brazo derecho, lo cual sugiere que, si él mismo se inyectó, casi con toda seguridad es zurdo; sin embargo, su brazo derecho es más musculoso que el izquierdo, por lo que se podría deducir que es diestro. ¿Por qué está desnudo?

—¿Todavía no tenemos una identificación? —Le pregunto en voz alta a Jack Fielding.

—No, no hay ninguna información adicional. —Le pone una cuchilla nueva al escalpelo.—El detective debería estar aquí.

—¿Lo encontraron sin ropa?

—Sí.

Deslizo mis dedos enguantados por el pelo grueso y lleno de hollín del muerto para ver de qué color es. No tendré certeza hasta que lo lave, pero su cuerpo y el vello púbico son oscuros. Tiene la cara afeitada, pómulos altos, nariz delgada y barbilla cuadrada. Las quemaduras de su frente y barbilla tendrán que cubrirse con maquillaje de funeraria antes de que podamos hacer circular una fotografía suya para tratar de identificarlo. Tiene el rigor mortis bien instalado, los brazos extendidos a los costados, los dedos de las manos levemente curvados. El livor mortis, o la sangre que se deposita en algunas regiones del cuerpo debido a la gravedad, también está instalado y hace que los costados de las piernas y las nalgas tengan un color rojo intenso, y la parte posterior decolorada allí donde estuvieron apoyadas contra la pared o el piso después de la muerte. Lo sostengo inclinado hacia un costado en busca de heridas en la espalda y encuentro abrasiones lineales paralelas sobre la escápula. Marcas de haber sido arrastrado. Hay una quemadura entre los omóplatos y otra en la base de la nuca. Adherido a una de las quemaduras hay un fragmento de un material que parece plástico, angosto, de unos cinco centímetros de largo, blanco con escritura pequeña azul, tal como se puede encontrar en la parte posterior del paquete de un producto alimenticio. Extraigo ese fragmento con pinzas y lo acerco a la lámpara de cirugía. El papel se parece más a un plástico delgado y flexible que asocio a la envoltura de caramelos o bocadillos. Logro rescatar las palabras *este producto* y 9-4

EST, un número de teléfono gratuito y parte de una dirección de página web. Pongo el fragmento en una bolsa para pruebas.

—¿Jack? —Lo llamo y empiezo a tomar formularios en blanco y diagramas corporales y a colocarlos en una tablilla con sujetador.

—No puedo creer que vaya a trabajar con ese maldito yeso puesto. —Él cruza la sala de autopsias y sus imponentes bíceps luchan contra las mangas cortas de su bata quirúrgica. Mi asistente puede ser famoso por su cuerpo, pero ninguna cantidad de levantamiento de pesas o comidas con alto valor proteico pueden impedirle perder el pelo. Es extraño, pero en las últimas semanas su pelo castaño ha empezado a caerse frente a nuestros ojos, a colgar de su ropa y a flotar por el aire como si mudara de plumas.

Frunce el entrecejo al ver la etiqueta con faltas de ortografía.

—El tipo del servicio de traslado de cadáveres debe de ser asiático.

—¿Quién es el detective? —Pregunto.

—Stanfield. No lo conozco. Procure no pincharse el guante o su yeso se convertirá en un riesgo biológico durante las próximas semanas —dice e indica mi yeso cubierto de látex—. De hecho, ¿qué haría, ahora que lo pienso?

—Me lo cortaría y me pondría otro.

—Así que deberíamos tener aquí yesos descartables.

—De todos modos tengo ganas de sacármelo. El patrón de las quemaduras de este hombre no tiene sentido para mí —le digo—. ¿Sabemos a qué distancia del fuego estaba el cuerpo?

—A unos tres metros de la cama. Me dijeron que la cama es lo único que se quemó, y sólo en forma parcial. El tipo estaba desnudo, sentado en el piso, con la espalda contra la pared.

—Me pregunto por qué sólo la parte superior de su cuerpo se quemó. —Señalo las discretas quemaduras del tamaño de dólares de plata—. Los brazos, el pecho. Una aquí en el hombro izquierdo. Y éstas en la cara. Y tiene varias quemaduras en la espalda, que no deberían estar si la tenía apoyada en la pared. ¿Qué puedes decirme de las marcas de arrastre?

—Tengo entendido que, cuando los bomberos llegaron allí, arrastraron el cuerpo hacia la playa de estacionamiento. Una cosa es segura, él debe de haber estado inconsciente e incapacitado cuando el fuego se inició —dice Jack—. No imagino por qué otra razón una persona se quedaría sentada quemándose y respirando humo. Y en esta época del año. —Mi «segundo al mando» está sumido en una nube de cansancio y agotamiento que me lleva a sospechar que pasó una muy mala noche. Me pregunto si él y su ex esposa tuvieron otra de sus explosiones—. Todos se están matando. Esa mujer de allá —dice y señala el cuerpo que está en la mesa número uno, junto a la cual el doctor Chong toma fotografías desde una escalera de mano—. Muerta en el

piso de la cocina, una almohada, una manta. El vecino oyó un disparo. La madre la encontró. Hay una nota. Y, en la mesa número dos una muerte por accidente automovilístico, que la policía estatal sospecha que es un suicidio. La mujer tiene heridas múltiples. Se estrelló contra un árbol.

—¿Trajeron su ropa?

—Sí.

—Tomemos radiografías de sus pies y que el laboratorio revise las suelas de sus zapatos para comprobar si estaba frenando o acelerando cuando chocó contra el árbol.

—Oscurezco distintas zonas del diagrama corporal indicando la presencia de hollín.

—Y tenemos, además, un enfermo conocido de diabetes con una historia de sobredosis. —Jack continúa recitando nuestra lista de invitados de la mañana.

—Fue encontrado afuera, en el patio. La pregunta es si se tratará de drogas, alcohol o exposición excesiva.

—O una combinación de esas cosas.

—Correcto. Y entiendo lo que quiere decir con respecto a las quemaduras. —Se agacha un poco para observar, parpadea con frecuencia y eso me recuerda que usa lentes de contacto.—Es extraño que todas tengan más o menos el mismo tamaño. ¿Quiere que la ayude con esto?

—Gracias. Me arreglaré. ¿Cómo estás tú? —Pregunto y levanto la vista de la tablilla con sujetador.

Sus ojos están cansados y su postura adolescente parece también fatigada.

—Quizá podamos tomar un café en algún momento —dice—. Uno de estos días. Ahora yo debería preguntarle cómo está usted.

Le palmeo la espalda para hacerle saber que estoy bien.

—Tan bien como puede esperarse, Jack. —Agrego.

Comienzo el examen externo de Fulano de Tal con un KRPF, un kit de recuperación de pruebas físicas, algo decididamente desagradable que incluye limpiar orificios con un hisopo, cortar uñas y arrancar pelos de la cabeza y vello del cuerpo y del pubis. Empleamos esto mismo con todos los cuerpos en que existe alguna razón para sospechar algo distinto de una muerte natural, y siempre lo hago cuando un cuerpo aparece desnudo, a menos que exista una razón aceptable para que la persona no esté vestida cuando muere, por ejemplo si está en la bañera o en una mesa de operaciones. En general, no paso por alto las indignidades de mis pacientes. No puedo hacerlo. A veces la prueba más importante acecha en los orificios más sombríos y delicados o cuelga debajo de las uñas o en el pelo. Al violar las partes más privadas de este hombre descubro algunos desgarros cicatrizados en el esfínter anal. Tiene abrasiones en las comisuras de la boca. Y fibras adheridas a la lengua y a la parte interior de las mejillas.

Le reviso cada centímetro del cuerpo con una lupa y la historia que me cuenta se

vuelve cada vez más sospechosa. En los codos y las rodillas tiene leves abrasiones que están cubiertas con suciedad y fibras, que yo recojo apretándolos con el dorso adhesivo de Post-its, que después sello dentro de bolsas plásticas. Por encima de las prominencias óseas de las dos muñecas hay abrasiones secas de color marrón rojizo en la forma de circunferencias incompletas y diminutos flecos de piel. Extraigo sangre de las venas ilíacas y humor vítreo de los ojos, y los tubos de ensayo suben por el montacargas al laboratorio de toxicología del segundo piso para que allí realicen con urgencia pruebas de alcohol y de monóxido de carbono. A las diez y media desplazo hacia atrás los tejidos de la incisión en Y de pronto advierto que un hombre alto y de edad avanzada se dirige hacia mí. Tiene un rostro ancho y cansado y mantiene cierta distancia de mi mesa. En la mano lleva una bolsa de papel madera como las que dan en los almacenes, con la parte superior doblada y sellada con cinta adhesiva roja de pruebas. En ese momento por mi mente veo la imagen fugaz de mi ropa metida en una bolsa sobre la mesa Jarrah Wood del comedor de casa.

—El detective Stanfield, supongo. —Levanto un colgajo de piel y lo libero de las costillas con pequeños y rápidos golpes del escalpelo.

—Buen día —dice, y reacciona un poco al mirar el cadáver—. Bueno, supongo que no para él.

Stanfield no se ha tomado el trabajo de ponerse ropa de protección sobre su traje de tela de punto de espina que le queda mal. No usa guantes ni fundas para los zapatos. Mira mi abultado brazo izquierdo y se abstiene de preguntarme cómo me lo quebré, lo cual me dice que ya lo sabe. Recuerdo que mi vida ha sido divulgada en todos los medios de difusión, que me niego a ver o a leer. Anna más o menos me ha acusado de ser cobarde, en la medida en que a una psiquiatra se le permite acusar a otra persona, y en realidad ella nunca utilizaría la palabra «cobarde». «Negación» es más un término suyo. A mí no me imponía. Me mantengo alejada de los periódicos y no miro ni escucho nada de lo que se dice de mí.

—Lamento haber tardado tanto, pero los caminos están hechos un desastre —dice Stanfield—. Espero que tenga cadenas en la ruedas, porque yo no las tenía y me empantané. Tuve que hacer que un remolque me sacara y, después, me pusiera cadenas, y ésa es la razón por la que no estaba aquí más temprano. ¿Encontró algo?

—Su nivel de monóxido de carbono es del setenta y dos por ciento. —Una forma de referirse al monóxido de carbono—. ¿Ve el color cereza de la sangre? Es típico de los niveles elevados de monóxido de carbono. —Tomo pinzas para costillas del carro de cirugía.—El nivel de alcohol es cero.

—¿Así que lo que lo mató fue el fuego?

—Sabemos que tenía una aguja clavada en el brazo, pero el envenenamiento por monóxido de carbono fue la causa de su muerte. Me temo que eso no nos dice mucho —digo y comienzo a cortar costillas.—El examen anal mostró pruebas de actividad

homosexual, y en algún momento anterior a su muerte le ataron las muñecas. También parece que fue amordazado. —Señalo las abrasiones en las muñecas y las comisuras de la boca. Stanfield las mira con los ojos abiertos de par en par—. Las abrasiones de las muñecas no tenían costras. —Continúo—. En otras palabras, no parecen viejas. Y porque tiene fibras adentro de la boca, se puede tener la casi total seguridad de que fue amordazado durante o alrededor de la hora de su muerte. —Sostengo una lupa sobre la fosa anticubital o hueco del brazo, y le muestro a Stanfield dos diminutos puntos rojos—. Son marcas recientes de inyecciones —explico—. Pero lo interesante es que no tiene marcas anteriores de agujas que sugieran una historia de abuso de drogas. Haré una prueba con un trozo de hígado en busca de triaditis, una inflamación leve del sistema estructural de apoyo del conducto, arteria y venas biliares. Y veremos cuál es el informe de toxicología.

—Supongo que podría tener sida.—Esto es lo más importante para el detective Stanfield.

—Le haremos la prueba del VIH —contesto.

Stanfield retrocede otro paso cuando yo extraigo el tórax óseo de forma triangular. Es para que lo estudie Laura Turkel, un préstamo de la Base Militar Fort Lee de Peterburg. Es una mujer muy atenta y oficiosa que casi me saluda cada vez que aparece de pronto en el extremo de la mesa. La Turca, como todo el mundo la llama, siempre se refiere a mí como «la jefa». Supongo que, para ella, jefa es un rango y doctora no lo es.

—¿Lista para que yo abra el cráneo, jefa? —Su pregunta es un anuncio que no requiere respuesta. La Turca es como muchas de las mujeres militares que recibimos aquí: recia, ansiosa, rápida para eclipsar a los hombres quienes, con frecuencia, son los más remilgados.—Esa señora en la que está trabajando el doctor Chong —dice la Turca mientras enchufa la sierra Stryker en un cable aéreo sujeto a un riel— tiene un testamento y hasta escribió su propio obituario. Tiene todos sus papeles de seguros en orden, todo. Junto con su alianza matrimonial los puso en una carpeta que dejó sobre la mesa de la cocina antes de recostarse sobre la manta y pegarse un tiro en la cabeza. ¿Se lo imagina? Realmente, muy, muy triste.

—Sí, es muy triste. —Los órganos son un bloque brillante cuando los levanto en *masse* y los pongo sobre la tabla de corte—. Si va a quedarse aquí, realmente debería ponerse el atuendo adecuado de protección. —Le digo a Stanfield—. ¿Nadie le mostró dónde están las cosas en el vestuario?

Él se queda mirando los puños de mis mangas ensangrentadas, las salpicaduras de sangre que tengo en la delantera de la bata.

—Señora, si no le importa, me gustaría repasar los hechos que sí conozco —dice—. ¿Podría sentarme un minuto? Después, necesito regresar antes de que el tiempo empeore. Pronto necesitará el trineo de Papá Noel para llegar a alguna parte.

La Turca toma un escalpelo y realiza una incisión alrededor de la parte posterior de la cabeza, de oreja a oreja. Aparta el cuero cabelludo y lo desplaza hacia adelante, y la cara se afloja y se colapsa en una protesta trágica antes de que quede al revés, como una media usada. La parte superior del cráneo tiene un brillo blanco y yo lo observo bien. No hay hematomas, hendiduras ni fracturas. El zumbido de la sierra eléctrica suena como un híbrido de una sierra para madera y el tomo de un dentista cuando me saco los guantes y los dejo caer en un recipiente para basura con riesgo biológico. Le hago señas a Stanfield de que me siga a la larga mesada que ocupa todo el largo de la pared opuesta a las mesas de autopsias. Una vez allí, cada uno se instala en una silla.

—Tengo que ser sincero con usted, señora. —Comienza a decir Stanfield con un movimiento lento y negativo de la cabeza—. No tenemos idea de por dónde empezar en este caso. Lo único que puedo decirle en este momento es que este hombre —e indica el cuerpo que está sobre la mesa— se registró ayer a las tres de la tarde en el Motel y Camping Fort James.

—¿Exactamente dónde queda ese motel?

—En la ruta Cinco Oeste, a no más de diez minutos de William and Mary.

—¿Usted habló con el empleado de ese motel, el Fort James?

—Sí, con la señora que estaba en la oficina. —Abre un enorme sobre de papel manila y extrae un puñado de fotografías Polaroid.—Ella se llama Bev Kiffin. —Me lo deletrea y se pone anteojos de lectura que saca de un bolsillo interior del saco. Las manos le tiemblan un poco al hojear un anotador—. Dijo que el hombre joven entró y pidió el especial de dieciséis cero siete.

—¿Cómo dijo? —Apoyo el bolígrafo en las notas que estoy tomando—. Ciento sesenta dólares con setenta centavos. De lunes a viernes. O sea, cinco noches. Dieciséis cero siete. La tarifa habitual es de cuarenta y seis dólares la noche, un precio demasiado alto para un lugar como ése, si me lo pregunta. Pero ya sabe cómo los fuman en pipa a los turistas.

—¿Dieciséis cero siete? ¿Como la fecha en que se fundó Jamestown? —Parece raro oír una referencia a Jamestown. Yo se lo mencioné a Anna anoche cuando le hablaba de Benton.

Stanfield asiente con vehemencia.

—Sí, como Jamestown. Dieciséis cero siete. Ése es el precio comercial, o por lo menos así lo llaman. El precio para la semana de negocios. Y, permítame agregar, señora, que no es un motel muy agradable, para nada, señora. Más bien yo lo llamaría una bolsa de pulgas.

—¿Tiene una historia de crímenes?

—No, en absoluto, señora. Ninguna historia de crímenes que sepamos, para nada.

—Sólo zaparrastroso.

—Sí, sólo zaparrastroso —dice y asiente con entusiasmo. El detective Stanfield tiene una manera muy especial de hablar con énfasis, como si estuviera acostumbrado a enseñar a un chico un poco lento de entendederas, que necesita que le repitan o que enfaticen las palabras importantes. Dispone con prolijidad las fotografías en línea sobre la mesada y yo las miro.

—¿Usted las tomó? —Supongo.

—Sí, señora, las tomé yo.

Haciendo juego con su persona, lo que ha captado en la película es enfático y preciso: la puerta del motel con el número 14, una vista de la habitación a través de la puerta abierta, la cama chamuscada, el daño causado por el fuego en las cortinas y las paredes. Hay una única cómoda y un sector para colgar ropa que es nada más que un barral en un hueco en la pared justo al lado de la puerta. Advierto que el colchón sobre la cama tiene restos de una funda y de sábanas blancas, pero nada más. Le pregunto a Stanfield si envió la ropa de cama al laboratorio para la prueba de aceleradores. Me contesta que sobre la cama no había nada, nada para someter a análisis salvo los sectores quemados del colchón, que él colocó dentro de una lata de aluminio para pintura bien sellada. «Según lo indican los procedimientos», son sus palabras exactas, las palabras de alguien muy nuevo en el trabajo de detective. Pero está de acuerdo conmigo en que es extraño que faltara la ropa de cama.

—¿Estaban sobre la cama cuando él se registró? —Pregunto.

—La señora Kiffin dice que ella no lo acompañó a la habitación, pero que está segura que la cama estaba correctamente tendida porque ella misma limpió el cuarto hace varios días, cuando el huésped anterior se retiró —contesta, y está bien. Al menos se le ocurrió hacer esa pregunta.

—¿Y qué me dice de equipaje? —es mi siguiente pregunta—. ¿La víctima tenía valijas?

—No encontré ningún equipaje.

—¿Y los bomberos llegaron allá cuándo?

—Los llamaron a las cinco y veintidós de la tarde.

—¿Quién hizo el llamado? —Estoy tomando notas.

—Una persona anónima que pasaba por allí. Vio el humo y llamó desde el teléfono del auto. En esta época del año el motel no suele estar muy ocupado, según dice la señora Kiffin. Asegura que tres cuartas partes de las habitaciones estaban ayer vacías, tomando en cuenta que casi estamos en Navidad y el tiempo estaba espantoso y todo eso. Al observar la cama se ve que el fuego no iba a propagarse a ninguna parte. —Toca varias fotografías con un dedo grueso y tosco—. Prácticamente ya se había apagado cuando llegaron los bomberos. Lo único que tuvieron que utilizar son los extintores de fuego; no hizo falta que emplearan las mangueras, lo cual es una suerte para nosotros. En esa foto de allí se ve la ropa del hombre.

Me muestra la fotografía de una pila oscura de ropa sobre el piso, un poco más allá de la puerta abierta del baño. Veo pantalones, una camiseta, un saco y zapatos. Miro después las fotografías tomadas en el interior del cuarto de baño. Sobre el lavatorio hay un balde de plástico para hielo, vasos plásticos cubiertos con celofán y una pequeña pastilla de jabón todavía envuelta. Stanfield mete la mano en un bolsillo en busca de un pequeño cortaplumas, abre una hoja y corta la cinta adhesiva para pruebas que sella la bolsa de papel que trajo. —Su ropa— me explica. —O, al menos, supongo que es la suya.

—Aguárdeme un momento. —Le digo. Me levanto y cubro una camilla con una sábana limpia, me pongo guantes nuevos y le pregunto a Stanfield si se recuperó una billetera o algún otro efecto personal. Me contesta que no. Percibo olor a orina cuando saco la ropa de la bolsa, procurando que, si llega a caer alguna microprueba, sea sobre la sábana. Examinó slips negros y pantalones negros Armani de cachemira, ambas cosas saturadas de orina.

—Se mojó en los pantalones. —Le digo a Stanfield.

Él sacude la cabeza, se encoge de hombros y una expresión de duda brilla en sus ojos... quizá de duda cargada de miedo. Nada de esto parece tener sentido, pero lo que estoy pensando es claro. Es posible que este hombre se haya registrado solo en el motel, pero que en determinado momento otra persona haya entrado en el cuadro, y me pregunto si la víctima perdió el control de su vejiga porque se sentía aterrorizado.

—¿La mujer de la oficina del motel, la señora Kiffin, recuerda al hombre vestido con esto cuando se registró? —Pregunto mientras doy vuelta los bolsillos para ver si hay algo en ellos. No lo hay.

—Eso no se lo pregunté —responde Stanfield—. De modo que no tiene nada en los bolsillos. Eso sí que es bastante raro.

—¿Nadie más los revisó en la escena del crimen?

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, yo no fui la persona que guardó la ropa en bolsas. Otro policía lo hizo, pero estoy seguro de que nadie revisó los bolsillos o, al menos, no se encontraron efectos personales o yo lo sabría y los tendría conmigo —dice.

—Bien. ¿Qué tal si llama ya mismo a la señora Kiffin y le pregunta si recuerda si el hombre usaba esta ropa cuando se registró? —Cortésmente le digo a Stanfield que haga su trabajo—. ¿Y qué me dice de un auto? ¿Sabemos cómo llegó al motel?

—Hasta el momento no apareció ningún automóvil.

—La forma en que estaba vestido no armoniza con un motel, detective Stanfield. —Dibujó los pantalones en un formulario con diagrama de ropa.

El saco negro y la camiseta negra, y también el cinturón, los zapatos y las medias tienen etiquetas de diseñadores caros, y esto me hace pensar en Jean-Baptiste Chandonne, cuyo pelo de bebé se encontró en todo el cuerpo en descomposición de

Thomas cuando apareció en el puerto de Richmond un poco antes este mes. Le comento a Stanfield esa similitud de la ropa. A continuación le explico que la teoría prevaleciente es que Jean-Baptiste asesinó a su hermano Thomas, probablemente en Antwerp, Bélgica, y cambió de ropa con él antes de despachar el cuerpo en el interior de un contenedor de carga dirigido a Richmond.

—¿Porque usted encontró todos esos pelos acerca de los cuales leí en el periódico? —Stanfield está tratando de entender lo que le resultaría difícil incluso al investigador más experimentado que ya lo ha visto todo.

—Eso y los hallazgos microscópicos relacionados con las diatomeas. —Algas— compatibles con una zona del Sena cerca de la casa de los Chandonne en la isla San Luis, en París. —Continúo. Stanfield está completamente confundido.

—Mire, todo lo que puedo decirle, detective Stanfield, es que este hombre —me refiero a Jean-Baptiste Chandonne— padece un trastorno congénito muy poco frecuente y que se supone que se ha bañado en el Sena, tal vez con la esperanza de curarse. Tenemos razones para creer que la ropa que cubría el cuerpo de su hermano originalmente era de Jean-Baptiste. ¿Tiene sentido? —Ahora dibujo un cinturón y, por la perforación, me doy cuenta dónde iba la hebilla.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad —responde Stanfield—, no oigo hablar de otra cosa que de ese caso extraño y ese tipo que es un hombre lobo. Quiero decir, señora, que realmente es de lo único de que se habla si uno enciende el televisor o lee los diarios, y supongo que eso ya lo sabe. Ah, y a propósito, realmente lamento lo que usted tuvo que pasar y, para serle franco, no imagino cómo puede estar ahora aquí y tener la cabeza despejada para pensar. ¡Dios Todopoderoso! —Sacude la cabeza—. Mi mujer dijo que si un tipo así se presentara en la puerta de casa, él no necesitaría hacerle nada porque ella moriría instantáneamente de un infarto.

Percibo un atisbo de recelo con respecto a mí. Se está preguntando si yo soy completamente racional en este momento, si no estaré proyectando. Si, de alguna manera, todo lo que experimento no estará teñido por Jean-Baptiste Chandonne. Saco el diagrama de la ropa de la tablilla con sujetador y la pongo junto con el resto de los papeles de Fulano de Tal, mientras Stanfield marca un número que lee en su anotador. Lo observo insertar un dedo en su oreja libre y entrecerrar los ojos como si el hecho de que la Turca esté abriendo otro cráneo pudiera lastimarle los ojos. No logro oír lo que Stanfield dice. Él corta la comunicación, se acerca de nuevo a mí y lee el display de video de su pager.

—Bueno, tenemos noticias buenas y noticias malas. —Anuncia—. La dama, la señora Kiffin, lo recuerda muy bien vestido con un traje oscuro. Ésa es la buena noticia. La mala es que también recuerda que él tenía una llave en la mano, una de esas con control remoto que muchos automóviles nuevos y lujosos tienen.

—Pero no hay ningún auto —digo.

—No, señora, ningún auto. Tampoco ninguna llave —dice—. Da la impresión de que, para que le sucediera lo que le sucedió, tuvo que tener ayuda. ¿Le parece que quizás alguien lo drogó y después trató de quemarlo para ocultar las pruebas?

—Creo que deberíamos considerar seriamente la posibilidad de homicidio. Debemos tomarle las huellas y después ver si coinciden con las de alguien en SA1HD.

El Sistema Automatizado de Identificación de Huellas Dactilares permite escanear huellas dactilares a una computadora y compararlas con las de una base de datos que puede tener un enlace de un estado a otro. Si este hombre muerto tiene antecedentes criminales en este país, o si sus huellas están en la base de datos por alguna otra razón, lo más probable es que encontremos una coincidencia. Meto las manos en un par de guantes nuevos y hago lo posible por cubrir el yeso que tengo alrededor de la palma y el dedo pulgar de la mano izquierda. Tomarle las huellas dactilares a un cadáver requiere una herramienta sencilla llamada cuchara. No es otra cosa que un implemento metálico curvo con la forma de un tubo hueco cortado por la mitad a lo largo. Una tira de papel blanco está enhebrada por ranuras en la cuchara, para que la superficie del papel tenga la curva necesaria para recoger el contorno de dedos que ya no son flexibles ni obedecen a la voluntad de su dueño. Con cada huella, la tira se adelanta hasta el siguiente cuadrado vacío. El procedimiento no es complicado. No exige gran inteligencia. Pero cuando le digo a Stanfield dónde están las cucharas, él frunce el entrecejo como si yo le hubiera hablado en un idioma extranjero. Le pregunto si alguna vez le tomó las huellas a un cadáver. Reconoce que no.

—Aguarde un momento. —Le digo, me acerco al teléfono y marco el número de la extensión para el laboratorio de huellas dactilares. Nadie contesta. Lo intento con el conmutador. Me dicen que todos se han ido por el día debido al mal tiempo. De un cajón saco una cuchara y una almohadilla entintada. La Turca limpia las manos del muerto y yo le entinto los dedos y los oprimo, de a uno, contra la tira de papel curvada—. Lo que puedo hacer, si usted no tiene objeción. —Le digo a Stanfield—, es ver si la ciudad de Richmond puede ingresar estas huellas en el AFIS para hacer que las cosas comiencen a moverse. —Oprimo un pulgar dentro de la cuchara mientras Stanfield observa con una expresión desagradable en la cara. Es una de esas personas que detesta la morgue y quiere salir corriendo de ella lo antes posible.—En este momento no parece haber nadie en los laboratorios para ayudarnos, y cuanto antes podamos descubrir quién es este individuo, mejor será —explico—. Me gustaría enviar las huellas y otra información a Interpol por si este hombre tiene conexiones internacionales.

—De acuerdo —dice Stanfield, vuelve a asentir y consulta su reloj.

—¿Alguna vez tuvo contacto con Interpol? —Le pregunto.

—No, señora. Son algo así como espías, ¿no?

Marco el número del pager de Marino para ver si él puede ayudarme. Cae por la morgue unos cuarenta y cinco minutos más tarde. A esa altura, Stanfield ya se ha ido un buen rato antes y la Turca introduce los órganos seccionados de Fulano de Tal dentro de una bolsa de plástico grueso que pondrá dentro de la cavidad del cadáver antes de coser la incisión en Y.

—Hola, Turca. —La saluda Marino cuando transpone las puertas abiertas de acero—. ¿De nuevo congelando las sobras?

Ella lo mira con una ceja levantada y una sonrisa cómplice. A Marino le gusta la Turca. Le gusta tanto que se muestra grosero con ella en cada oportunidad que tiene. La Turca no se parece nada a la imagen que uno podría tener de ella a partir de su apodo. Es pequeña, con una belleza limpia y cutis cremoso, y lleva su larga cabellera rubia peinada en una cola de caballo. Enhebra una aguja de sutura calibre doce con grueso hilo blanco encerado mientras Marino sigue fastidiándola.

—Te juro —dice él—, que si alguna vez me corto, no acudiré a ti para que me cosas, Turca.—Ella sonrío, hunde la aguja grande y angulada en los tejidos y hace pasar el hilo.

Marino parece agotado; tiene los ojos inyectados en sangre y la cara un poco hinchada. A pesar de sus pullas, está de muy mal humor.

—¿Anoche olvidaste acostarte? —Le pregunto.

—Más o menos. Es una larga historia. —Él trata de no prestarme atención, mira a la Turca y está inquieto y un poco distraído. Yo me desato la bata y me saco la capucha con visor, el barbijo y el gorro de cirugía.

—Trata de que tus hombres ingresen esto lo antes posible en la computadora. —Le digo, con tono muy formal y no especialmente amistoso. Él me oculta secretos y su arrogancia y su actitud adolescente me fastidian—. Tenemos una situación difícil aquí, Marino.

Su atención se aparta de la Turca y se centra en mí. Se pone serio y abandona su pose infantil.

—¿Qué tal si me dices qué ocurre mientras yo me fumo un cigarrillo? —me dice y me mira a los ojos por primera vez en días.

El mío es un edificio en el que está prohibido fumar, lo cual no ha impedido que distintas personas encumbradas hayan encendido cigarrillos dentro de sus respectivas oficinas si están con gente que no les dirá nada al respecto. En la morgue, no importa de quién se trate, yo no permito que se fume y punto. No es que a nuestra clientela le moleste tener que inhalar humo de segunda mano, pero mi preocupación es para los vivos, quienes no deberían hacer en la morgue nada que significara tener contacto mano-boca. Nada de comer, beber ni fumar, y tampoco alenté que se usara goma de mascar o se chuparan caramelos y pastillas. El lugar especial para fumar son dos

sillas junto a un cenicero de pie cerca de las máquinas expendedoras de agua, en el patio. En esta época del año no es un lugar precisamente cálido y acogedor para sentarse, pero es privado. El condado de la ciudad de James no es la jurisdicción de Marino, pero necesito hablarle de la ropa.

—Es una sensación que tengo. —Termino diciéndole. Él sacude la ceniza del cigarrillo en el cenicero, las piernas extendidas en la silla plástica. Los dos podemos ver nuestro aliento.

—Sí, bueno, a mí tampoco me gusta —contesta él—. Lo cierto es que puede ser una coincidencia, Doc. Pero otro hecho es que la familia Chandonne es una mierda. Lo que no sabemos es qué demonios van a hacer ahora que el patito feo de su hijo está prisionero en los Estados Unidos por homicidio... ahora que él consiguió atraer tanta atención hacia su papá Padrino y todo lo demás. Son gente mala capaz de cualquier cosa, si me lo preguntas. Créeme, apenas comienzo a darme cuenta de lo realmente malos que son. —Y añade, crípticamente—: No me gusta la gentuza, Doc. De ninguna manera. Cuando yo venía para acá, ellos manejaban todo. —Su mirada se vuelve dura al decirlo—. Mierda, probablemente siguen haciéndolo. La única diferencia es que ya no hay reglas, ya no hay respeto. No sé qué carajo hacía este tipo cerca de Jamestown, pero una cosa es segura: no era un recorrido turístico. Y Chandonne está en el hospital, a sólo noventa y cinco kilómetros. Algo está pasando.

—Marino, informemos enseguida de esto a Interpol —digo. Le toca a la policía informar todo lo referente a individuos a Interpol y para hacerlo Marino tendrá que ponerse en contacto con el enlace en la policía estatal, quienes pasarán la información a la central de Washington. Le pediremos a la Interpol que haga circular una notificación con respecto a nuestro caso y que realice una búsqueda en su completísima base de datos de inteligencia criminal de su Secretariado General en Lyon. Estas notificaciones tienen diferentes códigos cromáticos: el código rojo es para un arresto inmediato con probable extradición; el azul es para alguien buscado pero cuya identidad no está del todo clara; el verde es una advertencia con respecto a alguien que probablemente cometa delitos como los habituales abusadores de chicos y pornógrafos; el amarillo es para las personas desaparecidas y el negro es para los cadáveres no identificados, que es bastante probable que sean fugitivos y también llevan el código rojo. Mi caso será el segundo código negro de este año, después del primero, hace pocas semanas, cuando el cuerpo en descomposición de Thomas Chandonne fue descubierto en un contenedor de carga del puerto de Richmond.

—Muy bien, nos tiraremos un lance con Interpol y les enviaremos la impresión de las huellas y tu informe de autopsia —dice Marino y hace una anotación mental al respecto—. Lo haré en cuanto salga de aquí. Sólo espero que Stanfield no crea que me estoy metiendo en sus asuntos. —Lo dice más como una advertencia. A Marino le importa un cuerno meterse en los asuntos de Stanfield: lo que no quiere es entrar en

una pelea con él.

—Stanfield no tiene ninguna pista, Marino.

—Una lástima, porque el condado de la ciudad de James tiene excelentes policías —contesta Marino—. El problema es que el cuñado de Stanfield es el diputado Matthew Dinwiddie, razón por la cual Stanfield recibe siempre un tratamiento especial y se dedica a trabajar en homicidios tanto como Winnie-the-Pooh. Pero supongo que tenía eso en su lista de deseos y Dinwit —que es como yo lo llamo— debe de haber engatusado al jefe.

—Ve qué puedes hacer. —Le digo a Marino.

Él enciende otro cigarrillo, recorre el patio con la mirada y sus pensamientos me resultan palpables. Yo lucho para no fumar. El deseo es terrible y me odio por haber reanudado ese hábito. De alguna manera, siempre pienso que puedo fumar sólo un cigarrillo, y siempre me equivoco. Marino y yo compartimos un silencio incómodo. Por último, saco a relucir el tema del caso Chandonne y le cuento lo que Righter me dijo el domingo.

—¿Me vas a decir qué está pasando? —Le pregunto a Marino—. Supongo que él fue dado de alta del hospital esta mañana temprano, y doy por sentado que tú estabas allí. E imagino que conociste a Berger. Le da una pitada al cigarrillo y se toma su tiempo.

—Sí, Doc, yo estaba allí. Es un asqueroso zoológico. —Sus palabras se elevan por el aire junto con el humo—. Hasta había reporteros de Europa. —Me mira y yo intuyo que hay algo que no me va a decir, y eso me deprime—. Si quieres que te diga lo que pienso, deberían meter a tarados como él en el Triángulo de las Bermudas y no permitir que nadie hable de ellos ni les saquen fotografías. —Continúa Marino—. No está bien, excepto que, en este caso, al menos el tipo es tan feo que lo más probable es que haya producido problemas técnicos, que se hayan roto algunas cámaras de precio muy alto. Lo sacaron sujeto a suficientes cadenas como para anclar a un maldito barco de guerra y lo condujeron como si estuviera completamente ciego. El tipo tenía vendajes sobre los ojos y simuló estar muy dolorido.

—¿Hablaste con él? —Esto es lo que realmente quiero saber.

—No era mi espectáculo —fue la respuesta extraña de Marino, quien perdió la mirada más allá del patio y apretó las mandíbulas—. Se dice que es posible que tengan que practicarle un trasplante de córnea. Mierda. Aquí tenemos toda la gente que ni siquiera puede darse el lujo de comprarse anteojos, y a ese animal peludo le van a poner córneas nuevas. Y supongo que los contribuyentes le financiarán su cirugía correctiva, tal como les estamos pagando a todos esos médicos y enfermeras y sólo Dios sabe a quiénes más que lo cuidan. —Apaga el cigarrillo en el cenicero—. Supongo que será mejor que me vaya. —De mala gana se pone de pie—. Lucy y yo nos vamos a tomar una cerveza más tarde. Ella dice que tiene noticias importantes

que darme. —Dejaré que ella te las diga— respondo. Él me mira de reojo.

—¿De modo que me vas a dejar colgado? Empiezo a decir que él es quien tiene que hablar.

—¿Ni siquiera me vas a dar una pista? Quiero decir, ¿Son buenas o malas noticias? No me digas que está embarazada. —Agrega con ironía mientras me sostiene abierta la puerta y salimos del patio.

Dentro de la sala de autopsias, la Turca está manguereando mi estación de trabajo, y el agua cachetea y las rejas de acero producen un ruido metálico cuando ella le pasa la esponja a la mesa. Cuando me ve, me grita por encima de todo ese bochinche que Rose está tratando de comunicarse conmigo. Me acerco al teléfono.

—Los tribunales están cerrados —me dice Rose—. Pero en la oficina de Righter me dijeron que él igual planea acordar su testimonio. De modo que no se preocupe.

—Qué impresionante. —¿Cómo era que Anna lo llamaba? *Ein Mann* algo. Alguien sin espina dorsal.

—Y la llamaron del banco. Un hombre llamado Greenwood quiere que se comunique con él. —Mi secretaria me da un número.

Cada vez que me llaman del banco, yo me pongo paranoica. Pienso que mis inversiones se han ido al tacho o que he girado en descubierto porque la computadora anda mal o hay alguna clase de problema. Llamo al señor Greenwood en la división banca privada.

—Lo lamento muchísimo —dice con frialdad—. El mensaje fue un error. Un malentendido, doctora Scarpetta. Siento mucho haberla molestado.

—De modo que nadie quiere hablar conmigo y no hay ningún problema.—Estoy perpleja. He tratado con Greenwood durante años y él se porta como si no me conociera.

—Fue un error —repite con el mismo tono distante—. Una vez más, me disculpo. Que tenga buen día.

Paso las siguientes horas frente a mi escritorio, dictando el informe de la autopsia de Fulano de Tal, devolviendo llamados telefónicos e inicialando papeles. Abandono la oficina a última hora de la tarde y enfilo hacia el oeste.

Los rayos del sol se filtran por entre las nubes rotas y ráfagas de viento voltean las hojas secas al suelo como pájaros perezosos. Ha dejado de nevar, la temperatura sube y el mundo gotea y chisporrotea con los sonidos húmedos del tráfico.

Conduzco el Lincoln Navigator plateado de Anna hacia el Three Chopt Road, mientras por la radio los informativos no hacen más que hablar del traslado de Jean-Baptiste Chandonne fuera de la ciudad. Se mencionan mucho sus ojos vendados y sus quemaduras químicas. La historia de que yo lo mutilé para salvarme la vida ha cobrado bastante energía. Los periodistas descubrieron su ángulo. La justicia es ciega. La doctora Scarpetta ha aplicado el clásico castigo corporal.

—Cegar a alguien, ¿qué les parece? —dice un invitado por la radio—. ¿Quién era ese tipo en Shakespeare? ¿Recuerdan, al que le arrancaron los ojos? ¿El Rey Lear? ¿Vieron esa película? El viejo rey tuvo que ponerse huevos crudos en las cuencas de los ojos o algo así, para calmar el dolor. Realmente obsceno.

La vereda que conduce a las puertas dobles marrones de St. Bridget está fangosa con la sal y la nieve derretida, y hay como veinte autos en el estacionamiento. Es tal cual lo predijo Marino: la policía no está en todo su esplendor, y tampoco la prensa. Tal vez el clima es lo que ha mantenido alejado al gentío de la antigua iglesia gótica de ladrillos o, más probablemente, es el muerto mismo. Yo, por ejemplo, no estoy aquí por respeto o afecto o incluso una sensación de pérdida. Me desabotono el abrigo y entro en el atrio y trato de eludir la incómoda verdad: yo no podía soportar a Diane Bray y he venido aquí sólo en cumplimiento del deber. Ella era una oficial de policía. Yo la conocía. Fue mi paciente.

Hay una gran fotografía de ella sobre una mesa, justo en el interior del atrio, y me sorprende ver su belleza altiva y abstraída en sí misma, el brillo cruel y helado de sus ojos que ninguna cámara podría ocultar, no importa cuál fuera el ángulo de toma, la luz o la habilidad del fotógrafo. Diane Bray me odiaba por razones que todavía no logro comprender del todo. Estaba realmente obsesionada conmigo y con mi poder. Supongo que yo no me veía a mí misma en la forma en que ella lo hacía, y fui lenta en darme cuenta cuando ella empezó con sus agresiones, su increíblemente intensa guerra contra mí que culminó con sus aspiraciones de ser nombrada a integrar el gabinete.

Bray lo tenía todo pensado. Procuraría transferir la división de médicos forenses del departamento de salud al de seguridad pública, para poder entonces, si todo salía según sus planes, maniobrar de alguna manera al gobernador para que la nombrara secretaria de seguridad pública. Una vez conseguido ese objetivo, yo respondería políticamente a ella y Bray hasta podía tener el placer de echarme. ¿Por qué? Sigo buscando una motivación razonable y no encuentro ninguna que me satisfaga por completo. Yo nunca había oído hablar siquiera de ella hasta que el año pasado entró a formar parte del Departamento de Policía de Richmond. Pero ella sí sabía de mí y se mudó a mi ciudad con planes y esquemas para lentamente ir desacreditándome a través de una serie de acciones, calumnias y obstrucciones profesionales y humillaciones antes de terminar arruinándome la carrera y la vida. Supongo que, en sus fantasías, el objetivo final de sus maquinaciones a sangre fría habría sido lograr que yo renunciara a mi cargo sumida en el oprobio, me suicidara y dejara una nota diciendo que era culpa de ella. En cambio, yo sigo aquí y ella no. El hecho de que haya sido yo la que me ocupara de sus restos cruelmente mutilados es una ironía que supera cualquier imaginación.

Un grupo de policías con uniforme de gala conversan y, cerca de la puerta del santuario, el jefe Rodney Harris está con el padre O'Connor. Hay también civiles, personas con ropa fina que no me resultan conocidas y por su actitud intuyo que no son de aquí. Tomo un boletín de servicios y espero a poder hablar con el jefe Harris y con mi sacerdote.

—Sí, sí, lo entiendo —dice el padre O'Connor. Su aspecto es sereno en su túnica larga color crema y tiene los dedos entrelazados a la altura de la cintura. Con un poco de culpa me doy cuenta de que no lo veo desde la Pascua.

—Bueno, padre, no puedo hacerlo. Ésa es la parte que me resulta imposible aceptar —responde Harris, con su pelo escaso peinado hacia atrás con fijador y su cara flácida y poco atractiva. Es un hombre de baja estatura con un cuerpo blando genéticamente condicionado a la gordura. Harris no es hombre agradable y le caen muy mal las mujeres poderosas. Nunca entendí por qué contrató a Diane Bray y sólo puedo imaginar que no fue por las razones adecuadas.

—No siempre entendemos la voluntad de Dios —dice el padre O'Connor, y en ese momento me ve—. Doctora Scarpetta. —Sonríe y me toma la mano con las dos suyas—. Qué bueno que vino. Usted ha estado en mis pensamientos y en mis oraciones. —La presión de sus dedos y el brillo de sus ojos me hacen saber que entiende lo que me ha sucedido y le importa—. ¿Cómo está su brazo? Ojalá pudiera venir a verme en algún momento.

—Gracias, padre —digo y le tiendo la mano al jefe—. Sé que éste es un momento difícil para su departamento. —Le digo—, y para usted personalmente. —Sí, muy, muy penoso— dice y se pone a mirar a las demás personas presentes mientras me

estrecha su mano con brusquedad e indiferencia.

La última vez que vi a Harris fue en casa de Bray, cuando él entró y se enfrentó a la visión estremecedora de su cadáver. Ese momento siempre se interpondrá entre él y yo. Harris nunca debería haber ido a la escena del crimen.

No había ninguna razón valedera para que él viera a su vicejefa en semejante estado de degradación y yo siempre le tendré rencor por esa razón. Siento una aversión especial hacia las personas que tratan las escenas del crimen con indiferencia y falta de respeto y el hecho de que Harris se presentara en la de Bray no era más que una exhibición de poder y de voyeurismo, y él sabe que yo lo sé. Entro en el santuario y siento su mirada en mi nuca. La música del órgano resuena en sus interiores y la gente comienza a ocupar su lugar en los bancos. Imágenes de santos y escenas de la crucifixión refulgen en los vitrales coloridos, y las cruces de mármol y bronce brillan. Tomo asiento en un banco junto al pasillo central y un momento después comienza la procesión y los desconocidos elegantemente vestidos que vi antes entran con el sacerdote. Un joven lleva la cruz, y un hombre de traje negro transporta la urna con esmalte dorado y rojo que contiene los restos cremados de Diane Bray. Una pareja de personas mayores se toma de la mano y se seca las lágrimas de la cara.

El padre O'Connor nos da a todos la bienvenida y así me entero de que los padres y los dos hermanos de Bray están aquí. Han venido desde el norte: Nueva York, Delaware y Washington D.C., y amaban mucho a Diane. El servicio es sencillo y no demasiado largo. El padre O'Connor rocía aguas bautismales sobre la urna. Nadie fuera del jefe Harris ofrece reflexiones o panegíricos, y lo que él tiene que decir es pomposo y formal.

Abrazó con entusiasmo una profesión cuyo objetivo es ayudar a los demás. — Está de pie, muy tenso detrás del púlpito y lee sus notas—. Sabiendo, todos los días, que se estaba exponiendo a un riesgo, pues ésa es la vida de un policía. Aprendemos a mirar de frente a la muerte y a no temerla. Sabemos qué es estar solo e incluso ser odiado, a pesar de lo cual no tenemos miedo. Sabemos lo que es ser un pararrayos del mal para todos los habitantes de este planeta.

Se oyen crujidos de madera cuando la gente se mueve en los bancos. El padre O'Connor sonrío bondadosamente, la cabeza inclinada hacia un lado mientras escucha. Yo dejé de oír a Harris. Nunca he asistido a un servicio religioso tan estéril y hueco, y me repliego hacia dentro. La liturgia, las aclamaciones el evangelio, los cantos y oraciones no llevan en sí ni música ni pasión para mí, porque Diane Bray no amaba a nadie, ni siquiera sí misma. Su vida rapaz y tramposa casi no ha dejado marcas. Todos salimos en silencio a la noche oscura para buscar nuestros autos y escapar de allí. Yo camino enérgicamente con la cabeza inclinada, tal como lo hago cuando deseo evitar a los otros. Tengo conciencia de sonidos, de una presencia, y giro

la cabeza en el momento en que abro la puerta del auto. Alguien está detrás de mí.

—¿Doctora Scarpetta? —Las facciones refinadas de la mujer están acentuadas por el resplandor desparejo de los faroles de la calle; tiene los ojos en sombras y usa un tapado largo de visón. Un atisbo de reconocimiento refulge en la oscuridad—. No sabía que usted estaría aquí, pero me alegro mucho de verla —agrega. Percibo su acento neoyorquino y me siento sacudida incluso antes de caer en la cuenta de quién es—. Soy Jaime Berger —dice y me tiende una mano enguantada—. Tenemos que hablar.

—¿Usted asistió al servicio? —Son las primeras palabras que brotan de mi boca. Yo no la vi adentro. Soy lo suficientemente paranoica como para imaginar que Jaime Berger jamás entró en la iglesia sino que se quedó en el estacionamiento esperándome—. ¿Usted conoce a Diane Bray? —Le pregunto.

—La estoy conociendo ahora. —Berger se sube el cuello del abrigo y su aliento se eleva en pequeñas nubes. Consulta su reloj y oprime una perilla. El cuadrante luminiscente se vuelve color verde pálido—. Supongo que usted no volverá ahora a su oficina.

—Bueno, no planeaba hacerlo, pero puedo ir si es preciso —digo sin entusiasmo. Ella quiere hablar de los homicidios de Kim Luong y Diane Bray. Por supuesto, también le interesa el cadáver no identificado del puerto, el que todos suponemos es de Thomas, el hermano de Chandonne. Pero si esa causa llega alguna vez a los tribunales, agrega, no será a los de este país. Ésa es su manera de decirme que Thomas Chandonne es otro almuerzo gratis. Jean-Baptiste asesinó a su hermano y salió impune. Subo al asiento del conductor del Navigator.

—¿Le gusta mucho su automóvil? —dice y me parece una pregunta absurda e inapropiada en un momento como éste. Ya me siento investigada. Enseguida me doy cuenta de que Berger no hace nada, no pregunta nada sin una razón. Observa con atención el lujoso auto sport que Anna me presta mientras me sigue estando prohibido usar mi sedan.

—Es prestado. Tal vez será mejor que me siga, señora Berger —digo—. Hay algunas zonas de la ciudad en las que no le gustaría perderse cuando oscurece.

—Me preguntaba si usted no podría localizar a Pete Marino. —Señala la llave con control remoto de su propio vehículo, un Mercedes ML430 blanco, con chapas de Nueva York y con los faros que se encienden cuando las cerraduras de las puertas se abren—. Creo que sería bueno que los tres habláramos un poco.

Enciendo el motor y me estremezco en la oscuridad. La noche está húmeda y de los árboles caen gotas de agua heladas. El frío se cuela dentro de mi yeso, encuentra su camino hacia las hendiduras de mi codo fracturado, se apodera de lugares muy sensibles donde viven las terminaciones nerviosas y la médula, que empiezan a quejarse con profundas punzadas. Marco el número del pager de Marino y me doy

cuenta de que no conozco el número del teléfono del automóvil de Anna. Trato de encontrar el teléfono celular en mi bolso mientras conduzco el volante con las yemas de los dedos de mi brazo fracturado y mantengo la vista fija en los faros de Berger por el espejo retrovisor. Marino me llama bastantes dice y se pone a mirar a las minutos más tarde. Le cuento lo sucedido y él reacciona con su típica actitud cínica, debajo de la cual detecto excitación, quizá furia, tal vez otra cosa.

—Sí, bueno, yo no creo en coincidencias —dice—. ¿Tú fuiste por casualidad al servicio religioso de Bray y Berger por casualidad estaba allí? ¿Por qué demonios asistió ella, en primer lugar?

—No tengo idea de por qué —respondo—. Pero si yo fuera nueva en la ciudad y no conociera a los personajes involucrados, querría ver a quiénes Bray les importaba lo suficiente como para presentarse. Y, también, quiénes no lo hicieron. —Trato de mostrarme lógica—. ¿Ella no te dijo que iría? ¿Qué pasó cuando anoche te encontraste con ella? —Pregunto sin disimulo. Quiero saber qué ocurrió en ese encuentro.

—No dijo nada en ese sentido —responde él—. Tenía otras cosas en mente.

—¿Como por ejemplo, cuáles? ¿O hay secretos que me ocultas? —Añado con tono significativo.

Él se queda callado un buen rato.

—Mira, Doc —dice por último—, éste no es mi caso. Es un caso que pertenece a Nueva York y yo sólo hago lo que se me dice. Si tú quieres saber algo, pregúntaselo a ella, porque es así como ella lo quiere.—El resentimiento endurece su tono. —Y yo estoy en el medio de Mosby Court y tengo otras cosas que hacer además de pegar un salto cada vez que ella chasquea los dedos.

Mosby Court no es el vecindario residencial principesco que su nombre sugiere sino uno de los siete proyectos de alojamientos de bajo alquiler de la ciudad. Todos se llaman *courts* y cuatro llevan el nombre de virginianos famosos: un actor, un educador, el próspero dueño de una tabaquería, un héroe de la Guerra Civil. Espero que Marino no esté en Mosby Court porque se ha producido allí otro tiroteo.

—No me estarás trayendo más trabajo, ¿no? —Le pregunto.

—Otro homicidio de poca importancia.

No me río al oír ese código prejuiciado: esa etiqueta cínica para un joven negro muerto por muchos disparos, probablemente en la calle, probablemente por drogas, probablemente vestido con ropa deportiva cara y zapatillas de básquet, y nadie vio nada.

—Me reuniré contigo en el patio —dice Marino, malhumorado—. Dentro de cinco a diez minutos.

La nieve ha cesado por completo y la temperatura permanece lo suficientemente cálida como para impedir que la ciudad vuelva a quedar bloqueada por el aguanieve

congelada. El centro está adornado para las fiestas, la línea de edificación se encuentra bordeada por luces blancas, algunas de las cuales están quemadas. Frente al James Center, muchas personas se han detenido para contemplar un reno esculpido con luz y, en la calle Nueve, el capitolio resplandece como un huevo por entre las ramas desnudas de añosos árboles, y la mansión amarillo pálido que tiene al lado está iluminada con velas en todas las ventanas. Alcanzo a divisar parejas con ropa de etiqueta que bajan de automóviles en el estacionamiento y recuerdo, con pánico, que esta noche es la fiesta de Navidad que el gobernador ofrece a las autoridades estatales. Yo envié mi RSVP hace más de un mes, confirmando mi asistencia. Dios mío. El gobernador Mike Mitchell y su esposa Edith se darán cuenta de que no estoy allí, y el impulso de virar hacia los terrenos del capitolio es tan intenso que pongo la señal de giro. Y, con la misma rapidez, la saco. No puedo ir, ni siquiera por quince minutos. ¿Qué haría con Jaime Berger? ¿Llevarla conmigo? ¿Presentársela a todos? Sonrío y sacudo la cabeza en la oscuridad mientras imagino las miradas con las que me toparía, y fantaseo con lo que sucedería si la prensa se enterara.

Después de trabajar para el gobierno durante toda mi carrera, nunca subestimo el potencial para lo mundano. El número de teléfono de la mansión del gobernador figura en guía, y el servicio de informes se puede marcar en forma automática por cincuenta centavos adicionales. Por el momento, tengo en línea a un funcionario de la unidad ejecutiva de protección y, antes de tener tiempo de explicarle que sencillamente quiero dejar un mensaje, me dice que aguarde un momento. Se oye una señal de tono a intervalos regulares, y me pregunto si los llamados a la mansión están siendo grabados. Del otro lado de la calle Broad, una parte más vieja y deprimente de la ciudad cede lugar al nuevo imperio de ladrillo y cristales de Biotech, donde está mi oficina. Miro por el espejo retrovisor en busca del SUV de Berger. Ella me sigue y sus labios se mueven. Está hablando por teléfono y eso me produce una sensación inquietante al verla pronunciar palabras que yo no puedo oír.

—¿Kay? —La voz del gobernador Mitchell suena de pronto por el teléfono manos libres del auto de Anna.

Mi propia voz suena sorprendida cuando me apresuro a decirle que no era mi intención molestarlo y que lamento terriblemente no poder asistir esta noche a su fiesta. Él no me contesta enseguida y su vacilación es su manera de hacerme saber que cometo una equivocación al no ir a su fiesta. Mitchell es un hombre que entiende las oportunidades y sabe cómo sacarles partido. Para él, que yo desperdicie una posibilidad de pasar, aunque sólo sea un momento, con él y otros líderes poderosos del estado es una verdadera tontería, en especial ahora. Sí, precisamente ahora.

—La fiscal de Nueva York está en la ciudad —digo, aunque sin necesidad—. En este momento voy a reunirme con ella, gobernador. Confío en que entenderá.

—Creo que también sería una buena idea que usted y yo nos reuniéramos. —Se

muestra firme—. Pensaba hacer un aparte con usted.

Tengo la sensación de pisar sobre vidrios rotos y me da miedo mirar y descubrir que mis pies sangran.

—Cuando a usted le parezca conveniente, gobernador Mitchell —es mi respuesta respetuosa.

—¿Por qué no pasa por la mansión camino de regreso a casa?

—Lo más probable es que esté libre dentro de alrededor de dos horas. —Le digo.

—La veré entonces, Kay. Salude de mi parte a la señora Berger. —Continúa—. Cuando yo era procurador general, tuvimos una causa que involucraba a la oficina de ella. Ya se lo contaré en algún momento.

Cerca de la calle Cuatro, el patio cerrado donde los cuerpos son recibidos Parece un iglú gris y cuadrado anexo a un costado de mi edificio. Subo por la rampa, freno junto a la inmensa puerta del garaje y, con gran frustración, me doy cuenta de que no tengo cómo entrar en él. El control remoto está en mi auto, el cual está en el interior de mi garaje en la casa de la que me han exiliado. Marco el número del asistente de la morgue que se encuentra allí fuera del horario de trabajo.

—¿Arnold? —Pregunto cuando él contesta después del sexto llamado—. ¿Podrías abrirme la puerta que da al patio?

—Sí, claro, señora. —Por la voz, parece atontado y confuso, como si yo acabara de despertarlo—. Lo haré enseguida, señora. ¿Su control remoto no funciona?

Trato de ser paciente con él. Arnold es una de esas personas abrumadas por la inercia. Él lucha contra la gravedad, y la gravedad triunfa. Constantemente tengo que recordarme que no tiene sentido enojarme con él. Personas muy motivadas no luchan por su empleo. Berger ha detenido su auto detrás de mí y Marino detrás de ella, y todos aguardamos a que la puerta se abra y nos permita entrar en el reino de los muertos. Suena mi teléfono celular.

—Bueno, esto sí que no es nada acogedor —me dice al oído la voz de Marino.

—Al parecer, ella y el gobernador se conocen. —Veo que una furgoneta oscura gira hacia la rampa detrás del Crown Victoria azul medianoche de Marino. La puerta del patio comienza a elevarse en medio de quejosos crujidos.

—Bueno, bueno. ¿No creerás que él tiene algo que ver con el hecho de que el Hombre Lobo nos abandone y se vaya a la Gran Manzana, no?

—Ya no sé qué pensar. —Confieso. El patio es lo suficientemente grande como para recibirnos a todos; los tres nos apeamos al mismo tiempo y el zumbido de los motores y el ruido de las puertas que se cierran es amplificado por el concreto. El aire helado sacude de nuevo mi codo fracturado y me sorprende Ver a Marino de traje y corbata.—Estás muy lindo. —Comento secamente. Él enciende un cigarrillo, su mirada fija en la figura cubierta de visón de Berger cuando ella se inclina dentro de su Mercedes para recoger sus pertenencias del asiento de atrás. Dos hombres de

abrigos oscuros y largos abren la compuerta de cola de la furgoneta, revelando así la camilla que hay en su interior y su ominosa carga.

—Créase o no —me dice Marino—, yo iba a pasar por el servicio de Bray, sólo porque sí, hasta que ese tipo decide ser asesinado. —Indica el cadáver que está en la parte de atrás de la furgoneta—. Resulta ser un caso un poco más complicado de lo que pensamos al principio. —Berger enfila hacia nosotros, las manos llenas de libros, de archivos acordeón y de un portafolios de cuero.

—Parece que vino preparada. —Marino la mira fijo con cara inexpresiva. El aluminio cruje cuando las patas de la camilla se abren. La compuerta de cola de la furgoneta se cierra con un golpe.

—Realmente aprecio mucho que los dos se reúnan conmigo con tan poco tiempo de anticipación —dice Berger.

En el resplandor del patio iluminado, noto las líneas finas en su cara y cuello, los leves huecos en sus mejillas que traicionan su edad. A primera vista o cuando está maquillada para la cámara, podría pasar por treinta y cinco, pero sospecho que es algunos años mayor que yo, más cerca de los cincuenta. Sus facciones angulares, su pelo oscuro corto y su dentadura perfecta se unen en un retrato familiar, y yo la relaciono con el experto que he visto en un programa de televisión sobre temas jurídicos. Empieza a parecerse a las fotografías que encontré en Internet cuando utilicé un buscador para encontrarla a ella en el ciberespacio para poder prepararme para esta invasión de lo que parece una galaxia extraterrestre.

Marino no se ofrece a llevarle nada. No le presta atención, lo mismo que hace conmigo cuando se siente resentido o celoso. Abro la puerta que conduce al interior mientras los asistentes empujan la camilla hacia nosotros, y reconozco a los dos hombres, pero no recuerdo sus nombres. Uno de ellos mira fijo a Berger con expresión de asombro.

—Usted es la señora que aparece por televisión —dice—. Por Dios. La señora jueza.

—Me temo que no. Yo no soy juez —dice Berger, los mira a los ojos y sonrío.

—¿Usted no es la señora jueza? ¿Me lo jura? —La camilla transpone la puerta—. Supongo que lo quiere en la cámara refrigeradora —me dice uno de los hombres.

—Sí —contesto—. Ya saben dónde entregarlo. Arnold está adentro, en alguna parte.

—Sí, señora, ya sé qué hacer. —Ninguno de los asistentes hace indicación alguna de que yo podría haber terminado la semana pasada en su furgoneta como otra entrega, si mi destino no hubiera sido diferente. Por lo que he observado, la gente que trabaja para las funerarias o para los servicios de traslado de cadáveres no se impresionan ni estremecen por casi nada. Me doy cuenta de que a estos tipos les impresiona más la fama de Berger que el hecho de que su jefa local de médicos

forenses tenga suerte de estar viva y en estos días no tiene muy buena imagen a los ojos del público—. ¿Está preparada para la Navidad? —Me pregunta uno de ellos.

—Nunca lo estoy —contesto—. Espero que ustedes lo pasen muy bien. —Sí, mucho mejor de lo que lo pasará él— responde señalando el cuerpo que está dentro de la bolsa, que ellos llevan hacia la oficina de la morgue, donde deben escribir una etiqueta que el cadáver llevará atada a un dedo del pie y firmar la entrada del nuevo paciente. Empujo los botones que abren varios juegos de puertas de acero inoxidable mientras caminamos por pisos desinfectados, pasamos por refrigeradoras y por las salas donde se practican las autopsias. Los aparatos desodorantes de tamaño industrial resultan imponentes y Marino habla acerca del caso de Mosby Court. Berger no le pregunta nada al respecto, pero él parece pensar que ella desea conocer todos los detalles. O quizás ahora él lo hace para lucirse.

—Estaba tirado en la calle y tenía sangre en la cabeza. Me pregunto si tal vez no habrá sido atropellado por un auto. —Nos informa. Yo abro las puertas que conducen al silencio del ala administrativa mientras él sigue dándole a Berger todos los detalles de un caso que ni siquiera ha conversado conmigo todavía. Los hago pasar a mi sala privada de reuniones y nos quitamos los abrigos. Berger usa pantalones oscuros de lana y un suéter grueso negro que no acentúa sus amplios pechos pero que tampoco los oculta. Tiene el cuerpo esbelto y firme de una atleta y sus botas Vibram gastadas me sugieren que está dispuesta a ir a cualquier parte y a hacer cualquier cosa que su trabajo le exija. Aparta una silla y comienza a disponer sobre la mesa de madera el portafolios, las carpetas y los libros.

—El tipo tiene quemaduras aquí y aquí. —Marino señala su mejilla izquierda y la parte izquierda del cuello y del bolsillo interior del saco saca una serie de fotografías Polaroid. Tiene el buen tino de pasármelas a mí primero.

—¿Por qué un hombre atropellado por un auto que se dio a la fuga habría de tener quemaduras? —Mi pregunta es en realidad una refutación, y comienzo a tener una sensación inquietante.

—Si fue empujado hacia afuera mientras el auto se movía, o si se quemó con el caño de escape. —Sugiere Marino, no muy seguro y sin que en realidad le importe. Tiene otros asuntos en mente.

—No es muy probable —digo con tono ominoso.

—Mierda —dice Marino, y comienza a comprender cuando me mira a los ojos—. Yo nunca lo vi; ya estaba en una bolsa cuando llegué allá. Maldición, me quedé con lo que los tipos de la escena me dijeron. Mierda —repite, mira a Berger y su cara se oscurece por una creciente vergüenza e irritación—. Ya habían metido el cuerpo en una bolsa cuando llegué. Y todos eran unos tontos rematados.

El hombre que aparece en las fotografías Polaroid es de piel clara, tiene facciones agradables y pelo corto y crespo teñido del color amarillo de la yema de huevo. Un

pequeño aro de oro le perfora la oreja izquierda. Enseguida sé que sus quemaduras no fueron hechas por un caño de escape, que le dejaría quemaduras de forma elíptica, y éstas son perfectamente redondas, del tamaño de dólares de plata y ampolladas. Estaba vivo cuando se las hicieron. Miro un momento a Marino. Él finalmente entiende y sacude la cabeza. —¿Tenemos una identificación?— Le pregunto.

—No, ni idea de quién es. —Se alisa hacia atrás el pelo que, a esta altura de su vida es apenas un fleco gris sujeto con gel en la parte superior de su amplia pelada. Quedaría mucho mejor si sencillamente se afeitara toda la cabeza.—En la zona, nadie dice haberlo visto antes y ninguno de mis hombres cree que tenga el aspecto de las personas que solemos ver allá, en la calle.

—Ahora necesito ver ese cuerpo —digo y me pongo de pie. Marino aparta su silla. Berger me observa con sus penetrantes ojos azules. Ha dejado de desplegar sus papeles.

—¿Le importa si la acompaño? —Pregunta.

Me importa, pero ella ya está aquí. Es una profesional. Sería impensablemente descortés de mi parte dar a entender que ella podría no actuar como tal o sugerir que no confío en ella. Voy a mi oficina a buscar mi guardapolvo.

—Supongo que no hay manera de saber si es posible que este hombre fuera gay. Imagino que no es una zona en la que los gays circulan o habitan. —Le digo a Marino cuando salimos de la sala de reuniones—. ¿Qué puedes decirme de varones dedicados a la prostitución en Mosby Court?

—Ahora que lo mencionas, el tipo tiene ese aspecto —contesta Marino—. Uno de los policías dijo que era una especie de chico lindo, del tipo de los que se cuidan bien el físico. Usaba un aro. Sin embargo, como te dije, yo no he visto el cuerpo.

—Pues a mí me parece que usted gana el premio de los estereotipos. —Le comenta Berger—. Y yo pensé que mis hombres eran un desastre.

—¿Ah, sí? ¿Qué hombres? —Marino está a un milímetro de mostrarse sarcástico con ella.

—Los de mi oficina —dice ella con tono indiferente—. La escuadra de investigación.

—¿Ah, sí? ¿Usted tiene su propia policía personal? Qué maravilla. ¿Cuántos son?

—Alrededor de cincuenta.

—¿Trabajan en su edificio? —Oigo el tono de Marino. Berger le va a dar el susto de su vida.

—Sí.—Ella no lo dice con condescendencia ni arrogancia, sino que sencillamente informa de los hechos.

Marino se adelanta y dice, mirando hacia atrás:

—Vaya, eso sí que es algo.

Los asistentes del servicio de traslado de cadáveres están en la oficina charlando

con Arnold. Él parece compungido cuando yo aparezco, como si lo hubiera pescado en algo que no debería estar haciendo. Pero bueno, él es sencillamente Arnold, un hombre tímido y callado. Como una polilla que comienza a tomar el color de lo que la rodea, está pálido y tiene un tono gris insalubre en la piel, y una alergia crónica hace que sus ojos siempre estén llorosos y con bordes rojos. El segundo Fulano de Tal del día está en el medio de pasillo, dentro de una bolsa de plástico color borgoña con cierre automático y en la que está bordado el nombre del servicio de traslado, Whitkin y Hermanos. De pronto recuerdo el nombre de los asistentes. Por supuesto, son los hermanos Whitkin.

—Yo me ocuparé de él. —Les hago saber a los hermanos que no necesitan llevar el cuerpo a la cámara refrigeradora ni transferirlo a otra camilla.

—A nosotros no nos importa hacerlo —dicen enseguida con bastantes nervios, como si yo estuviera dando a entender que estaban remoloneando.

—Está bien. Primero tengo que pasar un tiempo con él —digo y empujo la camilla por puertas dobles de acero y les entrego a todos guantes y fundas para los zapatos. Me lleva un momento hacer todo lo necesario para registrar a Fulano de Tal en el libro de autopsias, asignarle un número y fotografiarlo. Huelo a orina.

La sala de autopsias está limpia y brillante y sin los que por lo general se ven y se oyen allí. Ese silencio es un alivio. Después de todos estos años, el constante ruido de agua que corre a piletas de acero, de sierras eléctricas Stryker, del acero que golpea contra acero, sigue haciéndome sentir tensa y cansada. La morgue puede ser sorprendentemente ruidosa. Los muertos se hacen oír con sus demandas y sus colores macabros, y este nuevo paciente se me va a resistir. Ya me doy cuenta. Su rigor mortis es completo y no me permitirá desvestirlo o abrirle las mandíbulas para ver su lengua o sus dientes, no sin un gran esfuerzo de mi parte. Descorro el cierre de la bolsa y huelo a orina. Acerco la lámpara quirúrgica, le palpo la cabeza y no siento ninguna fractura. La sangre extendida en su mandíbula y las gotas que hay en la parte de adelante del saco indican que estaba de pie cuando comenzó a sangrar. Dirijo la luz hacia las fosas nasales.

—Le sangró la nariz. —Les informo a Marino y a Berger—. Hasta ahora, no encuentro ninguna lesión en su cabeza.

Comienzo a examinarle las quemaduras con una lupa y Berger se me acerca para observar. Advierto fibras y suciedad adheridas a la piel con ampollas y descubro abrasiones en las comisuras de la boca y en el interior de las mejillas. Levanto las mangas de su conjunto rojo de gimnasia y le observo las muñecas. Las marcas de ligaduras han dejado hendiduras pronunciadas en la piel y, cuando abro el cierre de la campera, encuentro dos quemaduras centradas en el ombligo y en la tetilla izquierda. Berger está ahora tan cerca que su bata me roza.

—Hace demasiado frío como para salir nada más que con el conjunto deportivo,

sin camiseta ni nada debajo. —Le señalo a Marino—. ¿En la escena le revisaron los bolsillos?

—Nos pareció mejor esperar a hacerlo donde se viera mejor —responde.

Deslizo las manos en el interior de los bolsillos de los pantalones y la campera y no encuentro nada. Bajo los pantalones y veo que los shorts azules están saturados con orina, y el olor a amoníaco le envía una señal de alerta a mi psiquis y el vello de mi cuerpo se para como centinela. Los muertos rara vez me asustan. Este hombre sí lo hace. Reviso el bolsillo interior de la pretina y extraigo una llave de acero en la que está grabado «No duplicar» y que lleva escrito con marcador indeleble el número 233.

—¿Quizá un hotel o una casa? —me pregunto en voz alta al poner la llave dentro de una bolsa plástica transparente y experimento más sentimientos paranoicos—. Tal vez la casilla de un armario. —Doscientos treinta y tres era el número de la casilla postal de mi familia en Miami cuando yo era chica. No iría tan lejos como para asegurar que 233 es mi número de suerte, pero es uno que frecuentemente uso para contraseñas y candados de combinaciones en armarios, porque no es un número previsible y me resulta fácil recordarlo.

—¿Algo que, hasta ahora, puede sugerir qué fue lo que lo mató? —me pregunta Berger.

—No todavía. ¿Todavía no hemos tenido suerte con AFIS o con Interpol? —Le pregunto a Marino.

—No, no hubo suerte. Así que, quienquiera sea tu hombre del motel, no figura en AFIS. Todavía no he recibido noticias de Interpol, lo cual tampoco es necesariamente una buena noticia. Cuando se encuentran resultados, por lo general se sabe en el lapso de una hora —contesta él.

—Tomémosle las huellas dactilares a este tipo e ingresémoslas en AFIS lo antes posible. —Trato de no sonar ansiosa. Con una lupa reviso las manos, palmas y dorsos, en busca de micropruebas que podrían desaparecer cuando le tomo las huellas. Le corto las uñas de la mano y pongo los recortes en un sobre que etiqueto y dejo sobre la mesada con los comienzos del papeleo. Después, le entinto las yemas de los dedos y Marino me ayuda con la cuchara. Tomo dos juegos de huellas. Berger está callada y abiertamente curiosa durante todo este procedimiento, y su escrutinio es como el calor de una lámpara de gran intensidad. Ella observa cada movimiento mío, escucha cada una de mis preguntas e indicaciones. Yo no me concentro en ella, pero siento su atención y, en lo más profundo de mi conciencia, sé que esa mujer está haciendo evaluaciones que tal vez no me gusten. Tomo la sábana que rodea el cuerpo, subo el cierre de la bolsa y les hago señas a Marino y a Berger de que me sigan mientras yo llevo la camilla hacia la cámara refrigeradora que hay junto a una pared y abro la puerta de acero inoxidable. El hedor a muerte explota hacia afuera. Esta noche

nuestros residentes son pocos, sólo seis, y reviso las etiquetas que hay en los cierres de las bolsas en busca del Fulano de Tal del motel. Cuando lo encuentro, descubro su cara y señalo sus quemaduras y las abrasiones que tiene en las comisuras de la boca y alrededor de las muñecas.

—Dios —dice Marino—. ¿Qué demonios es esto? ¿Un asesino serial que se lo pasa atando a la gente y torturándola con un secador de pelo?

—Tenemos que informarle esto enseguida a Stanfield. —Le respondo, porque es evidente que la muerte del Fulano de Tal del motel puede estar relacionada con el cuerpo arrojado en Mosby Court. Miro a Marino y le leo el pensamiento—. Ya lo sé. —Él no hace ningún intento de disimular el disgusto que le produce decirle algo a Stanfield—. Tenemos que decírselo, Marino. —Agrego.

Nos alejamos de la cámara refrigeradora y él se dirige al teléfono «manos limpias».

—¿Usted puede encontrar el camino de vuelta a la sala de reuniones? —Le pregunto a Berger.

—Sí, por supuesto.—Ella tiene un aspecto desconcertado cuando una serie de pensamientos distantes se reflejan en sus ojos.

—Enseguida iré para allá —le digo—. Lamento la interrupción.

Ella se detiene un poco junto a la puerta y se desata la bata quirúrgica.

—Es extraño, pero hace un par de meses tuve el caso de una mujer torturada con una pistola de calor. Las quemaduras se parecían bastante a las de estos dos casos. —Se agacha para sacarse las fundas de los zapatos y las deja caer después en el tacho de basura.—Estaba amordazada, atada y tenía esas marcas redondas de quemaduras en la cara y los pechos.

—¿Detuvieron a la persona que lo hizo? —me apresuro a preguntar, nada feliz frente a ese paralelo.

—Un obrero de la construcción que trabajaba en el edificio de departamentos de ella —responde y frunce un poco el entrecejo—. La pistola de calor era para desprender pintura vieja. Un verdadero tarado, un perdedor, entró por la fuerza en su departamento a eso de las tres de la madrugada, violó a la mujer, la estranguló y todo lo demás y, cuando salió varias horas más tarde, le habían robado el camión. Bienvenido a Nueva York. Así que el tipo llama a la policía y lo siguiente es que viaja en un patrullero policial, con un bolso de lona sobre las rodillas, dando una declaración acerca de su camión robado, cuando, al mismo tiempo, la casera de la víctima entra en el departamento, encuentra el cuerpo de la mujer, se pone a gritar histéricamente y llama al 911. El asesino está allí, sentado en el patrullero de la policía, cuando los detectives llegan, y él trata de huir. Una pista. Y resulta que el muy tarado tiene una cuerda para colgar ropa y una pistola de calor en el bolso de lona.

- ¿Los medios hicieron mucho barullo con el caso? —Pregunto.
- Sólo localmente. *The Times*, la prensa sensacionalista.
- Esperemos que eso no le haya dado ideas a otra persona —contestó.

Se supone que debo enfrentar sin miedo ni vacilación cualquier espectáculo, cualquier imagen, cualquier olor. No se me permite reaccionar al horror de la manera en que lo hace la gente normal. Es mi tarea reconstruir el dolor sin sentirlo vicariamente, conjurar el terror sin dejar que me siga a casa. Se supone que debo sumergirme en el arte sádico de Jean-Baptiste Chandonne sin imaginar que su siguiente trabajo de mutilación estaba dedicado a mí.

Él es uno de los pocos asesinos que conozco que se parece a lo que hace: es el clásico monstruo. Pero no salió de las páginas de Mary Shelley: Chandonne es real. Es repugnante; su cara está formada por dos mitades mal ensambladas: un ojo más bajo que el otro, los dientes demasiado espaciados, pequeños y puntiagudos como los de un animal. Todo su cuerpo está cubierto de pelo fino y largo, no pigmentado, como el de un bebé, pero lo que más me perturba son sus ojos. Vi el infierno en esa mirada, una lujuria que parecía encender el aire cuando se abrió camino dentro de mi casa y cerró la puerta detrás de él con una patada. Su maligna intuición e inteligencia son palpables y, si bien me resisto a sentir aunque sólo sea un aliento de merced para él, sé que el sufrimiento que Chandonne les provoca a los demás es una proyección de su propia desdicha, una recreación pasajera de la pesadilla que él soporta con cada latido de su detestable corazón.

Encontré a Berger en mi sala de reuniones y ahora me acompaña por el pasillo mientras le explico que Chandonne sufre de un trastorno nada común llamado hipertriosis congénita, que sólo la padece una persona en mil millones, si hemos de confiar en las estadísticas. Antes de él, yo sólo me había topado con un solo caso similar de este cruel trastorno genético, cuando era médica residente en Miami, hacía una rotación en pediatría, y una mujer mejicana dio a luz a una de las peores deformidades de la vida humana que he visto jamás. La bebé estaba cubierta con pelo largo y gris que sólo dejaba al descubierto sus membranas mucosas, las palmas de las manos y las plantas de los pies. Largos penachos asomaban de sus fosas nasales y sus oídos, y tenía tres pezones. Los hipertriosicos pueden ser extremadamente sensibles a la luz y padecer anomalías en los dientes y los genitales. Pueden tener dedos adicionales en las manos y los pies. Varios siglos antes, estas detestables personas eran vendidas a ferias de entretenimientos o cortes reales. A algunas se las acusaba de ser hombres lobos.

—¿O sea que usted cree que es significativo que él muerda las palmas de las manos y los pies de sus víctimas? —Pregunta Berger. Tiene una voz fuerte y bien

modulada. Casi me animaría a decir que es una voz televisiva: grave y refinada, capaz de atraer la atención—. ¿Tal vez porque ésas son las únicas partes de su cuerpo que no están cubiertas de pelo? Bueno, no lo sé —dice—. Pero tengo que suponer que existe cierta asociación sexual, como la de la gente, por ejemplo, para quienes los pies son un fetiche. Pero nunca he visto un caso en el que alguien muerda manos y pies.

Enciendo las luces de la oficina de adelante y paso una llave electrónica sobre la cerradura de la bóveda a prueba de incendios que nosotros llamamos salón de pruebas, donde tanto la puerta como las paredes están reforzadas con acero y un sistema de computación registra el código de quienquiera entra, la fecha y el tiempo que se queda en su interior. Rara vez tenemos allí muchos efectos personales. Por lo general, la policía se lleva esos objetos a un recinto especial o se los devolvemos a las familias. Mi razón para haber hecho construir esta habitación es que me enfrento a la realidad de que ninguna oficina es inmune a las filtraciones y necesito un lugar seguro para almacenar casos sumamente delicados. Contra la pared de atrás hay pesados gabinetes de acero y yo abro con la llave uno de ellos y extraigo dos carpetas gruesas selladas con cinta autoadhesiva gruesa que he inicialado para que nadie pueda ver su contenido sin que yo me entere. Anoto los números de los casos de Kim Luong y Diane Bray en el libro de registros que hay junto a la impresora que acaba de escribir mi código y la hora. Berger y yo seguimos hablando cuando regresamos por el pasillo a la sala de reuniones donde Marino nos aguarda, impaciente y tenso.

—¿Por qué no hizo que un especialista en perfiles estudie estos casos? —me pregunta Berger cuando transponemos la puerta.

Deposito las carpetas sobre la mesa y miro a Marino. A él le corresponde responder esa pregunta. No es responsabilidad mía enviar casos a los especialistas en perfiles psicológicos.

—¿Un perfil? ¿Para qué? —Le contesta a Berger, de una manera que sólo puede describirse como polémica—. El objetivo de trazar un perfil psicológico es averiguar qué clase de degenerado lo hizo. Y eso ya lo sabemos.

—¿Pero y el porqué? ¿El significado, la emoción, el simbolismo? Esa clase de análisis. Me gustaría oír lo que un especialista en perfiles tiene que decir. —Berger no le presta ninguna atención a Marino—. Sobre todo en lo referente a las manos y los pies. Es bien extraño. —Sigue enfocada en ese detalle.

—Si me lo pregunta a mí, opino que la mayoría de esos perfiles son puro humo y espejos. —Marino sigue perorando—. No es que piense que no hay algunos tipos que tienen ese don, pero la —mayoría son puras mentiras. Cuando nos topamos con una alimaña como Chandonne, a quien se le da por morder manos y pies, no hace falta ningún especialista en perfiles del FBI para pensar que quizás esas partes corporales tienen algún significado para él. Como, por ejemplo, que tiene alguna chifladura con

sus propias manos y sus propios pies o, en este caso, es todo lo contrario. Ésas son las únicas partes en que él no tiene pelo, salvo adentro de la boca y, quizás, en el culo.

—Puedo entender que destruya lo que él odia en sí mismo, que mutile esas partes de los cuerpos de sus víctimas, como por ejemplo su cara.—Ella no piensa dejarse torear por Marino. —Pero no sé. Las manos y los pies. Tiene que haber algo más en ello—. Berger desaira a Marino con cada gesto y cada inflexión.

—Sí, pero su parte favorita del pollo es la carne blanca. —Insiste Marino. Él y Berger se tratan como amantes que se han convertido en enemigos—. Ésa es la cuestión. Mujeres con tetas grandes. Tiene eso de la madre cuando elige víctimas con determinados tipos de cuerpo. Tampoco hace falta un especialista en perfiles del FBI para unir los puntos.

Yo no digo nada, pero le lanzo a Marino una mirada que ya le dice bastante. Se está portando como un imbécil, al parecer tan decidido a darle batalla a esta mujer que no se da cuenta de que lo está haciendo frente a mí. Sabe muy bien que Benton tenía un auténtico don basado en la ciencia y una importante base de datos que el FBI ha construido estudiando y entrevistando a miles de transgresores violentos. Además, no me caen nada bien las referencias al tipo de cuerpo que tenían las víctimas, puesto que Chandonne también eligió el mío.

—¿Sabe una cosa? No me gusta nada la palabra «teta» —dice Berger como al pasar, como si le estuviera diciendo a un camarero que no le sirva salsa béarnaise. Mira a Marino—. ¿Sabe qué es una teta, capitán?

Por una vez, Marino está sin palabras.

—Por ejemplo —dice ella y sigue revisando los papeles, y la energía de sus manos traiciona su furia—, un merengue grande y de forma cónica. O una planta compuesta llamada barbaja. Estoy hablando de palabras, palabras que pueden ofender o que pueden emplearse para ofender. Pelotas, por ejemplo, puede ser un término usado en distintos deportes: tenis, fútbol. O referirse al cerebro muy limitado que está entre las piernas de los hombres que hablan de tetas. —Lo mira y hace una pausa—. Ahora que hemos cruzado la barrera del lenguaje, ¿podemos seguir? —Gira la cabeza y se dirige a mí.

La cara de Marino es del color de la remolacha.

—¿Usted ya tiene copias de los informes de autopsia? —Ya sé la respuesta, pero igual se lo pregunto.

—Sí, los he leído muchas veces —responde.

Le quito la cinta adhesiva a las carpetas y las empujo hacia ella mientras Marino hace sonar sus nudillos y evita nuestras miradas. Berger extrae fotografías color de un sobre.

—¿Qué pueden decirme ustedes? —Nos pregunta.

—Kim Luong. —Marino empieza con un tono técnico que me recuerda al de M.I.

Calloway después de que él insistió en humillarla. Marino está que arde de furia—. Treinta años, asiática, trabajaba medio día en un minimercado llamado Quik Cary. Se supone que Chandonne esperó hasta que allí no hubiera nadie más que ella. Esto sucedió por la noche.

—El jueves 9 de diciembre —dice Berger mientras mira una fotografía de la escena del crimen que muestra el cuerpo mutilado y semidesnudo de Luong.

—Sí. La alarma contra ladrones sonó a las diecinueve y dieciséis —dice. Yo me pregunto de qué hablaron Marino y Berger anoche, si no era de esto. Supongo que ella se reunió con él para repasar los aspectos investigativos de los casos, pero parece claro que los dos no han hablado del homicidio de Luong ni del de Bray.

Berger frunce el entrecejo y mira otra fotografía.

—¿A las siete y dieciséis de la tarde? ¿Es la hora en que él entró en la tienda o la del momento en que salió después del homicidio?

—Es la hora en que se fue. Salió por una puerta de atrás que siempre estaba armada con un sistema separado de alarmas. Así que entró en la tienda un poco más temprano que eso, por la puerta del frente, probablemente cuando oscureció. Tenía un arma, entró y le disparó a ella, que estaba sentada detrás del mostrador. Después puso en la puerta el cartel de «cerrado», le echó llave a la puerta y arrastró a la mujer hacia el cuarto de depósito, para poder así hacerle esto. —Marino es lacónico y se porta bien, pero debajo de todo esto hay una mezcla explosiva de química que estoy empezando a reconocer. Quiere impresionar y desestimar a Jaime Berger y acostarse con ella, y todo esto tiene que ver con sus dolorosas heridas de soledad e inseguridad y con sus frustraciones conmigo. Mientras lo observo esforzarse por ocultar su incomodidad y vergüenza detrás de una pared de indiferencia, yo siento pena. Si tan sólo Marino no hiciera todo lo posible para ser desdichado. Si tan sólo no provocara momentos difíciles como éste.

—¿Ella estaba viva cuando él comenzó a golpearla y a morderla? —Berger me lo pregunta a mí y lentamente sigue mirando más fotografías.

—Sí —contesto.

—¿Basándose en...?

—En las heridas de la cara había suficiente respuesta de tejidos como para sugerir que estaba viva cuando él comenzó a golpearla. Lo que no podemos saber es si estaba o no consciente. O, mejor dicho, cuánto tiempo estuvo consciente —respondo.

—Tengo videos de las escenas —dice Marino con una voz que indica que está aburrido.

—Yo lo quiero todo —dice Berger.

—Por lo menos, filmé las escenas de Luong y de Diane Bray. No la del hermano Thomas. No hicimos un video de él en el contenedor de carga, lo cual, probablemente, es una suerte. —Marino reprime un bostezo y su actitud se vuelve

cada vez más ridícula y lamentable.

—¿Usted fue a todas las escenas? —me pregunta Berger—. Así es.

Ella mira otra fotografía.

—De ninguna manera volveré a comer queso azul, no después de estar un tiempo junto al camarada Thomas. —Ahora, la hostilidad de Marino está más a ñor de piel.

—¿Sabes, Marino? Yo estaba por preparar café —le digo—. ¿Te importaría?

—¿Si me importaría qué? —La obstinación lo mantiene pegado a la silla.

—Si no te importa poner agua al fuego. —Lo miro de una manera en la que no cabe ninguna duda de que quiero que me deje un momento a solas con Berger.

—No estoy seguro de saber cómo funciona tu máquina —dice, con una excusa estúpida.

—Estoy convencida de que lo descubrirás —contesto.

—Veo que ustedes han hablado ya bastante —es mi comentario irónico cuando Marino ya está en el hall y no puede oírnos.

—Tuvimos oportunidad de conversar esta mañana, muy temprano. —Berger me mira.—En el hospital, antes de que a Chandonne lo sacaran de allí.

—Yo le sugeriría, señora Berger, que si usted piensa quedarse un tiempo por aquí, sería bueno que le dijera a Marino que se mantuviera concentrado en la misión. Él parece estar librando una batalla con usted que eclipsa todo lo demás y que no tiene mucho sentido.

Ella sigue estudiando las fotografías con cara inexpresiva.

—Dios, si es como si un animal las hubiera atacado. Igual que a Susan Pless, mi caso. Éstas podrían ser fotos de su cuerpo. Ya casi estoy por creer en hombres lobo. Desde luego, en el folklore hay una teoría de que la noción de hombres lobo podría haber estado basada en personas reales que padecían hipertrichosis. —No estoy segura de si ella está tratando de demostrarme cuánto ha investigado o si lo dice para desviar mi atención de lo que acabo de decir de Marino. Me mira a los ojos—. Aprecio sus palabras de consejo con respecto a él. Sé que hace muchísimo que ustedes trabajan juntos, de modo que él no puede ser tan malo.

—No lo es. No hay detective mejor que él.

—Y, a ver, déjeme adivinar. Era odioso cuando usted lo conoció.

—Sigue siéndolo —contesto.

Berger sonrío.

—Marino y yo tenemos algunos temas que todavía no hemos solucionado. Es evidente que no está acostumbrado a fiscales que le dicen cómo seguirá una causa. En Nueva York las cosas son un poco distintas —me recuerda—. Por ejemplo, los policías no pueden arrestar a un acusado en un caso de homicidio sin la aprobación del fiscal de distrito. Allí, nosotros manejamos los casos y, francamente. —Toma un informe de laboratorio—, como resultado funcionan mucho mejor. A Marino le

parece necesario estar a cargo de todo y, además, trata siempre de protegerla demasiado a usted. Y siente celos de cualquiera que aparece en su vida —resume y hojea los informes—. Nadie tenía alcohol en el cuerpo, salvo Diane Bray. Punto cero tres. Da la impresión de que ella hubiera bebido una o dos cervezas y comido pizza antes de que el asesino se presentara a su puerta. —Mueve las fotografías sobre la mesa—. Creo que nunca he visto a nadie tan golpeado. Furia, una furia increíble. Y lujuria. Si es que se lo puede llamar así. No creo que exista una palabra que describa lo que él sentía en ese momento.

—La palabra es «maldad».

—Supongo que por un tiempo no sabremos los resultados con respecto a otras drogas.

—Haremos las pruebas de las habituales. Pero llevará semanas. —Le digo.

Ella despliega más fotografías y las va disponiendo como si jugara un solitario.

—¿Qué siente al pensar que podría haberle hecho esto a usted?

—No pienso en eso —respondo.

—¿Y en qué piensa?

—En lo que las heridas me dicen.

—¿O sea?

Tomo la fotografía de Kim Luong: una mujer joven y maravillosa, según todos los comentarios, que trabajaba para poder pagarse los estudios de enfermería.

—El patrón de la sangre. —Describo—. Casi cada centímetro de su piel expuesta está manchada con remolinos sanguinolentos, parte del ritual de Chandonne. Él les hizo dáctilopintura en el cuerpo.

—Cuando ya estaban muertas.

—Supuestamente, sí. En esta fotografía —digo y le muestro una—, se ve la herida de bala en la parte de adelante del cuello. Le dio en la carótida y en la médula espinal. Ella debía de haber estado paralizada del cuello para abajo cuando él la arrastró hacia el cuarto de depósito.

—Y perdiendo sangre. Debido al corte de la carótida.

—Por supuesto. Se ve el patrón de salpicaduras de sangre arterial sobre los estantes que están cerca de lugar por donde él la arrastró. —Me inclino más hacia ella y se lo muestro en varias fotografías—. Grandes curvas de sangre que se van marcando más abajo y haciéndose más débiles a medida que él la arrastraba por la tienda.

—¿Ella estaba consciente? —Berger está cada vez más fascinada y su actitud es algo morbosa.

—La lesión en su médula espinal no fue inmediatamente fatal.

—¿Cuánto puede haber sobrevivido con semejante pérdida de sangre?

—Minutos.—Encuentro una fotografía de la autopsia que muestra la médula

espinal después de haber sido extirpada del cuerpo y se encuentra centrada sobre una toalla verde, junto con una regla blanca de plástico a modo de escala. La médula, lisa y cremosa, presenta magulladuras de violento color azul púrpura y está parcialmente seccionada en una zona correlativa con la herida de bala que entró por el cuello de Luong entre el quinto y el sexto disco cervical. —Debe de haber quedado paralizada en forma instantánea— explico, —pero la magulladura significa que tenía tensión arterial, que su corazón todavía bombeaba, y eso lo sabemos también por las salpicaduras de sangre arterial que hay en la escena. De modo que, sí, probablemente estaba consciente cuando él la arrastró por los pies por el pasillo hacia el cuarto de depósito. Lo que no puedo decir es cuánto tiempo estuvo consciente.

—¿O sea que ella pudo haberse dado cuenta de lo que él le estaba haciendo y ver su propia sangre brotar a chorros del cuello mientras se moría desangrada? —La expresión de la cara de Berger es intensa, su energía tiene un voltaje muy alto que le brilla en los ojos.

—Una vez más, depende del tiempo que haya estado consciente. —Le digo—. Pero ¿no cabe la posibilidad de que hubiera estado consciente durante todo el tiempo en que él la arrastraba hacia el depósito? —Sí, claro.

—¿Ella podía hablar o gritar? —Tal vez no haya podido hacer nada.

—Pero, puesto que nadie la oyó gritar, ¿eso no significaría que estaba inconsciente?

—No necesariamente —respondo—. Cuando una ha recibido un disparo en el cuello, tiene hemorragia y es arrastrada...

—Sobre todo, arrastrada por alguien con el aspecto de Chandonne. —Sí. Podría estar demasiado aterrada para gritar. Además, él podría haberle dicho que se callara la boca.

—Bien. —Berger parece complacida—. ¿Cómo sabe que la arrastraron por los pies?

—Por el patrón de sangre que dejó su pelo largo y las huellas de sangre de los dedos de su mano por encima de la cabeza. —Le describo—. Si una está paralizada y la arrastran por los tobillos, por ejemplo, los brazos se abren.

—¿El impulso automático no sería llevarse las manos al cuello y tratar de impedir la hemorragia? —Pregunta Berger—. Y ella no puede hacerlo: está paralizada y consciente, viéndose morir y anticipando qué le hará él a continuación. —Hace una pausa para darle mayor impacto a sus palabras. Berger tiene en mente al jurado, y ya me doy cuenta de que no fue por accidente que se granjeó la increíble reputación que tiene.—Esas mujeres realmente sufrieron. —Agrega en voz baja.

—Ya lo creo que sí. —Tengo la blusa húmeda y de nuevo siento frío—. ¿Usted pensó que recibiría el mismo tratamiento? —Me mira, y en sus ojos advierto un desafío, como retándome a que explore todo lo que me pasó por la mente cuando

Chandonne entró en casa por la fuerza y trató de arrojarme el saco sobre la cabeza—. ¿No recuerda nada de lo que pensó? —Insiste—. ¿Qué sintió? O todo sucedió tan rápido que...

—Sí, rápido. —La interrumpo—. Sucedió muy rápido. —Regreso mentalmente a esa situación—. Rápido y no parecía terminar nunca. Nuestros relojes internos dejan de funcionar cuando entramos en pánico y luchamos por salvar la vida. Esto no es un hecho médico sino una observación personal. —Agrego, mientras avanzo a tientas por entre recuerdos que no son completos.

—Diez minutos pueden haberle parecido horas a Kim Luong. —Decide Berger—. Chandonne probablemente estuvo sólo minutos cuando la corrió por el living de su casa. ¿Cuánto tiempo le pareció? —Está completamente concentrada en ese hecho, cautivada por lo que me pasó.

—Me pareció... —mucho por describirlo. No tengo ningún punto de referencia—. Fue como un aleteo... —Mi voz se pierde mientras fijo la vista en la nada, no parpadeo, transpiro y me siento helada.

—¿Como un aleteo? —Berger parece incrédula—. ¿Podría explicarme qué quiere decir con un aleteo?

—Como distorsiones de la realidad, como ondas en el agua provocadas por el viento, como el aspecto que toma un charco cuando el viento sopla por él, como si todos los sentidos de pronto se vuelven tan agudos mientras el instinto animal de supervivencia anula el cerebro. Se oye moverse el aire. Se lo ve moverse. Todo parece en cámara lenta, que cae sobre sí mismo, e interminable. Se ve todo, cada detalle de lo que está sucediendo, y se advierte...

—¿Se advierte? —Insiste Berger.

—Sí, se advierte —digo—. Se advierte el pelo de sus manos que se iluminan como un monofilamento, como una línea de pescar, casi translúcidos. Se advierte que él parece casi feliz.

—¿Feliz? ¿Qué quiere decir? —me pregunta Berger—. ¿Sonreía?

—Yo lo describiría de manera diferente. No tanto una sonrisa como el gozo primitivo, la lujuria, el hambre desesperada que se ve en los ojos de un animal a punto de comer carne cruda fresca. —Respiro hondo y enfoco la vista en la pared interior de mi sala de reuniones, más concretamente en un calendario allí colgado con una escena nevada de Navidad. Berger permanece rígida en su asiento, las manos inmóviles sobre la superficie de la mesa.—El problema no es lo que uno observa sino lo que uno recuerda. —Continúo, un poco más lúcidamente—. Creo que la fuerte impresión de ese momento provoca un «error en el disco» y uno no puede recordar con la misma intensa atención a los detalles. Quizás eso es también la supervivencia. Tal vez necesitamos olvidar algunas cosas para no pasarnos la vida reviviéndolas. El olvido es parte de la curación. Como la jogger de Central Park que fue atacada por

una banda, violada, golpeada y dejada por muerta. ¿Por qué habría de querer recordar? Y sé que usted conoce bien ese caso. —Agrego con cierta ironía. Desde luego, era un caso de Berger.

La fiscal de distrito adjunta Berger se mueve en su silla.

—Pero usted sí recuerda. —Señala en voz baja—. Y usted había visto lo que Chandonne les hace a sus víctimas. «Severas laceraciones en la cara». —Comienza a leer en voz alta parte del informe de la autopsia de Luong—. «Fracturas conminutas masivas en el hueso parietal derecho... fractura del hueso frontal derecho... que se extiende por la línea media... hematoma subdural bilateral, rotura de tejido cerebral debajo, con hemorragia subaracnoide... fracturas que desplazaron la tabla interna de la calota... fracturas en forma de cascara de huevo... coágulos...».

—Los coágulos sugieren un tiempo de supervivencia de por lo menos seis minutos desde el momento en que se infligió la lesión. —Vuelvo a mi papel de intérprete de los muertos.

—Un tiempo bastante prolongado. —Comenta Berger, y la imagino haciendo que un jurado permanezca sentado y en silencio durante seis minutos para demostrarles cuánto duran esos seis minutos.

—El aplastamiento de huesos faciales y aquí —digo y toco algunos sectores de una fotografía— las hendiduras y desgarros de la piel provocados por una especie de herramienta que dejó una marca de heridas redondas y lineales.

—Golpes con una pistola.

—En este caso, el caso Luong, sí. En el caso de Bray, en cambio, utilizó un tipo especial de martillo.

—Un martillo cincelador.

—Veo que ha hecho sus deberes.

—Sí, es un hábito curioso que tengo —dice ella.

—Premeditación. —Continúo—. Él llevó esas armas a las escenas en lugar de usar cualquier cosa que encontrara cuando llegó allá. Y esta foto. —Elijo otra de horror— muestra magulladuras de golpes con el puño cerrado. De modo que también usó los puños para golpearla y, desde este ángulo, vemos su suéter y corpiño tirados allá, sobre el piso. Al parecer, se los arrancó con las manos.

—¿En qué se basa para decirlo?

—Bajo una lupa se ve que las fibras están arrancadas y no cortadas —contesto.

Berger mira fijo un diagrama corporal.

—No creo haber visto jamás tantas marcas de mordeduras infligidas por un ser humano. Estaba enloquecido. ¿Existe algún motivo para sospechar que puede haber estado bajo el efecto de drogas cuando cometió estos homicidios?

—No tengo cómo saberlo.

—¿Y cuando usted se topó con él? —Pregunta—. ¿Cuándo él la atacó el sábado,

poco después de la medianoche? Y tengo entendido que llevaba encima el mismo tipo de martillo extraño. Un martillo cincelador.

—Enloquecido es una buena manera de describirlo. Pero yo no tengo ninguna razón para saber si estaba o no drogado. —Callo un minuto—. Sí, tenía el martillo cincelador cuando trató de atacarme.

—¿Trató? Digamos las cosas como son. —Me mira a los ojos—. Él la atacó, no fue que intentó hacerlo. Él la atacó y usted escapó. ¿Pudo ver bien el martillo?

—Una buena pregunta. Era una suerte de herramienta. Sé cómo es el aspecto de un martillo cincelador.

—¿Qué es lo que sí recuerda? El aleteo. —Se refiere a mi extraña descripción.— Esos minutos interminables, el pelo de sus manos que captaban la luz como monofilamentos.

Veo mentalmente un mango en espiral.

—Vi el mango. —Le digo como mejor puedo—. Lo recuerdo. Es tan poco frecuente. Un martillo cincelador tiene un mango que parece un resorte grueso y negro.

—¿Está segura? ¿Eso fue lo que vio cuando él corrió detrás de usted? —Me presiona.

—Estoy vagamente segura.

—Sería de gran utilidad para nosotros que estuviera algo más que vagamente segura —responde.

—Vi la punta. Era como un pico grande y negro. Cuando él lo levantó para golpearme. Sí. Estoy segura. Él empuñaba un martillo cincelador. —Me vuelvo desafiante.—Eso es exactamente lo que tenía.

—En Emergencias le tomaron a Chandonne una muestra de sangre —me informa Berger—. Dio negativo para drogas y alcohol.

Esta mujer me está probando. Ella ya sabía que Chandonne había salido negativo por drogas y alcohol, a pesar de lo cual se abstuvo de informármelo durante el tiempo suficiente para oír mis impresiones. Quiere ver si yo puedo ser objetiva cuando hablo de mi propio caso. Quiere comprobar si yo puedo limitarme a los hechos. Oigo a Marino en el hall. Se acerca con tres tazas de telgopor con café humeante, las pone sobre la mesa y empuja una hacia mí, la que tiene café negro.

—No sé cómo lo toma usted, pero le puse crema. —Le dice a Berger con tono nada cortés—. Y el que suscribe lo toma lleno de crema y azúcar porque no quiero hacer nada que me prive de los nutrientes que necesito.

—¿Cómo sería de grave el efecto de la formalina en los ojos? —me pregunta Berger.

—Depende de la rapidez con que se enjuaga los ojos —es mi respuesta objetiva, como si su pregunta fuera teórica y no una alusión al hecho de que yo haya mutilado

a otro ser humano.

—Tiene que ser terriblemente doloroso. Es un ácido, ¿no? He visto lo que les hace a los tejidos: los convierte en goma. —Comenta.

—No literalmente.

—Por supuesto que no literalmente. —Coincide ella conmigo con un atisbo de sonrisa que sugiere que, si me es posible, no debería tomarme las cosas tan a pecho.

—Si se suspende un tejido en formalina durante un período prolongado, o se lo inyecta, por ejemplo en un embalsamamiento —explico—, entonces sí, fija el tejido, lo preserva indefinidamente.

Pero a Berger le interesa poco el aspecto científico de la formalina. Ni siquiera estoy segura de que le interese el grado en que esa sustancia química pueda haberle producido un daño permanente a Chandonne. Tengo la sensación de que ahora está más enfocada en qué siento yo por haberle causado dolor y una posible invalidez. Ella no me lo pregunta: se limita a mirarme. Comienzo a sentir el peso de esas miradas. Sus ojos son como manos experimentadas que palpan en busca de cualquier anomalía o sensibilidad.

—¿Tenemos idea de a quién tomará como abogado? —Marino nos recuerda que también está presente.

Berger bebe un sorbo de café.

—Ésa es la pregunta de los seis millones de dólares.

—De modo que no tienen idea —dice Marino con recelo.

—Bueno, sí, tengo idea. Será alguien que decididamente no le gusta.

—Ah —retruca él—. Eso es fácil de prever. No conozco ningún abogado defensor que me guste.

—Al menos, ése será mi problema —dice ella—, no el suyo. —Berger vuelve a poner a Marino en su lugar.

Yo también me encrespo ante esas palabras.

—Mire. —Le digo—, juzgarlo en Nueva York no es algo que me haga sentir feliz.

—Entiendo lo que siente.

—Realmente lo dudo.

—Bueno, he hablado con su amigo el señor Righter lo suficiente como para decirle con exactitud qué ocurriría si a *monsieur* Chandonne se lo juzgara aquí, en Virginia. —Ahora se muestra fría, la experta, y un poco sardónica.—El juzgado anularía el cargo de asumir una falsa identidad y reduciría la acusación de intento de homicidio al de violación de domicilio con la intención de cometer homicidio. —Hace una pausa para ver cómo reacciono yo.—En realidad, él nunca la tocó. Ése es el problema.

—De hecho, habría sido algo más que un problema si él lo hubiera hecho —

respondo yo y me niego a demostrar que ella realmente comienza a fastidiarme.

—Puede que él haya levantado ese martillo para golpearla, pero lo cierto es que nunca lo hizo. —Sus ojos me miran fijo—. Por lo cual me alegro.

—Ya sabe lo que dicen, que los derechos de una persona se honran sólo cuando se los viola —digo y levanto mi taza de café.

—Righter habría presentado la moción de que todos los cargos se combinaban en un solo juicio, doctora Scarpetta. Entonces, ¿cuál habría sido su papel? ¿El de testigo experta? ¿De testigo del hecho? ¿O víctima? El conflicto es obvio. O bien usted presta testimonio como médica forense y se deja completamente de lado el ataque de que fue objeto, o usted es sencillamente una víctima que sobrevivió y otra persona presta testimonio. O peor aún —hace una pausa para conferirle más efecto a sus palabras—. Righter estipula los informes suyos, doctora Scarpetta. Por lo que tengo entendido, él parece haberlo tomado como un hábito.

—Ese tipo es un verdadero tarado —dice Marino—. Pero la Doc tiene razón. Chandonne debería pagar por lo que trató de hacerle a ella. Y seguramente debe pagar por lo que les hizo a esas otras dos mujeres. Habría que condenarlo a muerte. Al menos en este estado, lo freiríamos.

—No si la doctora Scarpetta estuviera algo desacreditada como testigo, capitán. Un buen abogado defensor se apresuraría a pintarla como una mujer conflictuada y agregaría mucha tinta al agua.

—No importa. Todo esto es puro blablá, ¿no? —dice Marino—. A él no lo juzgarán aquí y yo no me chupo el dedo. Nunca lo juzgarán aquí. Ustedes lo encerrarán y nosotros, los pueblerinos, nunca tendremos nuestro día en un juzgado.

—¿Qué hacía Chandonne en Nueva York hace dos años? —Pregunto—. ¿Tiene alguna idea al respecto?

—Bueno —dice Marino como si él conociera detalles que todavía no compartió conmigo—. Ésa es otra historia.

—¿Podría ser que su familia tuviera conexiones de cartel con mi ciudad? —Sugiere Berger.

—Demonios, lo más probable es que tengan un departamento penthouse. —Le retruca Marino.

—¿Y Richmond? —Prosigue Berger—. ¿Acaso Richmond no es un punto intermedio de escala entre Nueva York y Miami a lo largo del corredor de drogas de la 1-95?

—Sí, claro —responde Marino—. Antes de que el Proyecto Exilio se pusiera en ejecución y amenazara a esas alimañas con quedar detenidas en una prisión federal si se las pescaba con armas o drogas. Sí, Richmond solía ser un lugar famoso para hacer negocios. De modo que si el cartel de Chandonne está en Miami. —Y eso ya lo sabemos, basándonos en el trabajo encubierto que Lucy hacía allá—, y si existe una

conexión grande en Nueva York, entonces no resulta sorprendente que las armas y las drogas del cartel terminen también en Richmond.

—¿En qué lugar? —Pregunta ella—. Tal vez todavía están.

—Supongo que esto mantendrá al ATF atareado por un tiempo —digo.

—Ajá —dice Marino.

Se produce una pausa. Luego, Berger dice:

—Bueno, ahora que sacaron a relucir ese tema. —Su actitud me dice que está a punto de darme noticias que no me gustarán nada—. Parece que el ATF tiene un pequeño problema, lo mismo que el FBI y la policía francesa. Como es evidente, la esperanza era utilizar el arresto de Chandonne como una oportunidad para obtener permisos para registrar la casa de su familia en París y, quizás, encontrar entonces pruebas que podrían contribuir a destruir el cartel. Pero nos está costando bastante ubicar a Jean-Baptiste dentro de la casa familiar. De hecho, no tenemos nada que pruebe quién es él. Ningún registro de conductor, ningún pasaporte o partida de nacimiento, ningún registro de que este hombre tan extraño exista siquiera. Sólo su ADN, que es tan parecido al ADN del hombre que ustedes encontraron en el puerto, que podemos dar por sentado que existe cierto parentesco entre ambos, que probablemente son hermanos. Pero necesito algo más tangible que eso si me propongo tener al jurado de mi parte.

—Y de ninguna manera su familia se presentará para reclamar al hombre lobo —dice Marino—. Ésa es la razón por la que no existe ningún registro de él en primer lugar. Los poderosos Chandonne no quieren que el mundo sepa que tienen un hijo que es un monstruo peludo y se ha convertido en asesino serial.—Esperen un minuto. —Los hago callar—. ¿Acaso él mismo no se identificó cuando lo arrestaron? ¿De dónde sacamos el nombre de Jean-Baptiste Chandonne, si no fue de sus labios?

—Sí, lo supimos por él. —Marino se frota la cara con las manos—. Mierda. Muéstrole el video. —Le dice de pronto a Berger. Yo no tengo idea de a qué video se refieren, y a Berger no le hace demasiada gracia que él lo haya mencionado—. La Doc tiene derecho a saber —dice Marino.

—Lo que tenemos aquí es un nuevo giro de un acusado que tiene un perfil de ADN pero ninguna identidad. —Berger elude el tema que Marino ha tratado de imponer por la fuerza.

«¿Cuál video? —Pienso, mientras mi paranoia aumenta—. ¿Cuál video?».

—¿Lo trajo? —De pronto Marino mira a Berger con abierta hostilidad y los dos se trenzan con miradas llenas de furia. La cara de Marino se ensombrece. Le quita el portafolios a Berger y lo desliza hacia él, como si planeara servirse de lo que contiene. Berger le pone la mano encima y lo mira con indignación.

—¡Capitán! —Le advierte, en un tono que presagia toda clase de problemas para él. Marino retira la mano y su cara se enrojece de furia. Berger abre el portafolios y

me presta total atención—. Mi intención era, desde luego, mostrarle esta grabación — dice, midiendo sus palabras—. Sólo que no pensaba hacerlo precisamente en este minuto, pero podemos hacerlo.—Está muy controlada, pero me doy cuenta de que está muy enojada cuando saca un videocasete de un sobre de papel manila. Se pone de pie y lo inserta en el VCR. —¿Alguien sabe cómo hacer funcionar esta cosa?

Enciendo el televisor y le entrego a Berger el control remoto. —Doctora Scarpetta— ella ignora por completo la presencia de Marino. —Antes de que entremos en esto, permítame que la ponga en antecedentes de cómo funciona la oficina del fiscal de distrito en Manhattan. Como ya mencioné, hacemos una serie de cosas de manera muy diferente de lo que ustedes están acostumbrados a hacer aquí, en Virginia. Confiaba en poder explicarle todo esto antes de que se viera obligada a ver lo que está a punto de presenciar. ¿Está familiarizada con nuestro sistema de guardias para homicidios?

—No —respondo y siento que mis nervios comienzan a tensarse.

—Veinticuatro horas por día, siete días por semana, un asistente del fiscal de distrito está de guardia por si se produce un homicidio o los policías localizan a un acusado. En Manhattan, los policías no pueden arrestar a un acusado sin el permiso de la oficina del fiscal de distrito, como ya le expliqué. Esto es para asegurar que todo. —Las órdenes de allanamiento, por ejemplo— esté ejecutado de la manera correcta. Es algo habitual que el fiscal o su asistente vaya a la escena del crimen y, si se produce una situación en la que un acusado es arrestado, si éste está dispuesto a ser interrogado por el asistente, así lo hacemos. Capitán Marino —dice ella, dispensándole una atención fría—, usted empezó en el Departamento de Policía de Nueva York, pero es posible que eso haya sido antes de que todo esto se implementara.

—Es la primera vez que lo oigo —farfulla él, todavía con la cara peligrosamente roja.

—¿Y qué me dice de una querrela vertical?

—Suena como un acto sexual —es la respuesta de Marino.

Berger simula no haberlo oído.

—Fue idea de Morgenthau —me dice.

Hace casi veinte años que Robert Morgenthau es el fiscal de distrito de Manhattan. Ya casi es una leyenda. Es evidente que a Berger le encanta trabajar con él. Algo se agita dentro de mí. ¿Envidia, quizá? No, más precisamente anhelo.

Estoy cansada. Experimento una creciente sensación de impotencia. No tengo a nadie fuera de Marino, quien no es precisamente una persona innovadora ni esclarecida. Marino no es una leyenda y, en este momento, no me fascina nada trabajar con él o siquiera tenerlo cerca.

—El querellante tiene la causa desde el principio. —Berger comienza a explicar

la querrela vertical—, de modo que no tenemos que perder tiempo con tres o cuatro personas que ya entrevistaron a nuestros testigos o a la víctima. Si una causa es' mía, por ejemplo, yo puedo literalmente empezar mi tarea en la escena del crimen y terminarla en el juzgado. Este sistema posee una pureza indiscutible. Si tengo suerte, interrogo al acusado antes de que él contrate a un abogado... es obvio que ningún abogado defensor aceptará que su cliente hable conmigo. —Oprime el botón PLAY del control remoto—. Afortunadamente, yo estuve en contacto con Chandonne antes de que él contratara a un abogado. Lo entrevisté varias veces en el hospital a partir de la inhumana hora de las tres de esta mañana.

Decir que esto es un golpe para mí sería minimizar mucho mi reacción frente a esta última revelación de Berger. No puede ser posible que Jean-Baptiste Chandonne haya querido hablar con nadie.

—Veo que esto la sorprende.—El comentario de Berger me parece retórico, como si necesitara dejar algo establecido.

—Se podría decir que sí. —Le contesto.

—Quizá no pensó que su atacante era capaz de caminar, hablar, mascar goma, beber una Pepsi. Tal vez a usted no le pareció del todo humano. —Sugiere—. Es posible que usted piense que él es realmente un hombre lobo.

De hecho, yo no lo vi cuando me habló coherentemente del otro lado de la puerta de calle de casa. «Policía. ¿Está todo bien allí adentro?». Después de eso, fue un monstruo. Sí, un monstruo. Un monstruo que me perseguía con una herramienta metálica negra que parecía procedente de la Torre de Londres. Entonces se puso a gruñir y a gritar y sonó mucho como su aspecto físico, que es horrible, deforme, aterrador. El de una bestia.

Berger sonrío con un poco de cansancio.

—Ahora está a punto de ver nuestro desafío, doctora Scarpetta. Chandonne no está loco. No es un ser sobrenatural. Y no queremos que los jurados le den un trato especial sólo porque padece un lamentable trastorno médico. Pero yo también quiero que lo vean ahora, antes de que se haya lavado y se haya puesto un traje de tres piezas. Creo que los jurados tienen que apreciar cabalmente el terror que les infundía a sus víctimas, ¿no le parece? —Su mirada roza mis ojos.—Eso podría ayudarlos a darse cuenta de que nadie en su sano juicio podría haberlo invitado a su casa.

—¿Por qué? ¿Acaso él dice que yo lo invité? —De pronto, tengo la boca seca.

—Él dice muchas cosas —contesta Berger.

—La mayor cantidad de mentiras de porquería que puedas imaginar —dice Marino, asqueado—. Pero eso lo supe desde el principio. Llego a su habitación anoche, bien tarde, ¿sí? Le digo que la señora Berger quiere entrevistarlo, y entonces él me pregunta qué pinta tiene ella. Yo le sigo un poco la corriente y le contesto: «Bueno, John, se lo diré de esta manera. A muchos tipos les cuesta mucho

concentrarse cuando ella está cerca, ¿entiende lo que quiero decir?».

«John. —Pienso, aturdida—. Marino lo llama John».

—Probando, uno, dos, tres cuatro, cinco, uno, dos, tres, cuatro, cinco —dice una voz en la grabación, y una pared de bloques de concreto llena la pantalla. La cámara comienza a enfocar una mesa desnuda y una silla. En segundo plano suena la campanilla de un teléfono.

—Él quiere saber si ella tiene buen cuerpo y, señora Berger, espero que me disculpe por haberme referido a su cuerpo. —La voz de Marino está llena de sarcasmo. Todavía está furioso con ella por razones que no entiendo del todo—. Pero yo me limito a repetir las palabras de ese asqueroso de mierda. De modo que le digo: «Caramba, no estaría bien que yo hiciera ningún comentario al respecto, pero, como dije, los tipos no pueden ni pensar cuando ella está cerca».

Sé perfectamente que eso no fue lo que Marino dijo. De hecho, dudo que Chandonne haya preguntado qué aspecto tenía Berger. Lo más probable es que esa sugerencia del atractivo sexual de ella proviniera de Marino, para obligar a Chandonne a hablar con ella. Y, cuando recuerdo el comentario grosero y falto de tino que Marino hizo de Berger, cuando anoche caminábamos hacia el auto de Lucy, siento una oleada de resentimiento y de furia. Estoy harta de él y de su machismo. Estoy harta del chauvinismo y de la grosería de los hombres.

—¿Qué demonios es esto? —Tengo ganas de manguerearlo con agua fría—. ¿Es preciso que en toda maldita conversación entren partes del cuerpo femenino? ¿Te parece que podrás, Marino, enfocarte en este caso sin obsesionarte con el tamaño de los pechos de una mujer?

—Probando, uno, dos, tres, cuatro, cinco. —Suena la voz del camarógrafo de nuevo en la cinta. El teléfono deja de sonar. Se oye ruido de pisadas y murmullo de voces—. Lo vamos a sentar en esa silla, junto a la mesa. —Reconozco la voz de Marino en la grabación y, en segundo plano, alguien llama a una puerta.

—La cuestión es que Chandonne habló. —Berger me está mirando, palpándome de nuevo con los ojos, descubriendo mis debilidades, mis puntos dolorosos—. Me habló mucho.

—Para lo que sirve. —Marino mira con furia la pantalla del televisor. De modo que es eso. Es posible que Marino haya inducido a Chandonne a hablarle a Berger, pero lo cierto es que Marino quería que Chandonne le hablara a él.

La cámara está fija y sólo veo lo que está directamente en su campo visual. La barriga de Marino aparece en el cuadro cuando él acerca una silla de madera y alguien de traje azul oscuro y corbata rojo intenso ayuda a Marino a llevar a Jean-Baptiste Chandonne a su silla. Chandonne usa una bata de hospital azul de mangas cortas y pelos largos y pálidos le cuelgan de los brazos en marañas enruladas y suaves del color de la miel clara. El pelo se extiende del cuello en V de la bata y le trepa por

el cuello en rulos largos y repulsivos. Él se sienta y su cabeza entra en el cuadro, envuelta en gasa desde la mitad de la frente hasta la punta de la nariz. Directamente alrededor de las vendas, tiene la cara afeitada y es blanca como la leche, como si nunca hubiera visto el sol.

—¿Puedo tomar mi Pepsi, por favor? —Pregunta Chandonne. Ni siquiera está esposado.

—¿La quiere abierta? —Le pregunta Marino.

No hay respuesta. Berger pasa frente a la cámara y noto que usa un traje color chocolate con hombreras. Se sienta frente a Chandonne. Le veo sólo la nuca y los hombros.

—¿Quiere otra, John? —Le pregunta Marino al hombre que trató de asesinarme.

—Dentro de un minuto. ¿Puedo fumar? —dice Chandonne.

Su voz es suave y con mucho acento francés. Chandonne se muestra cortés y calmo. Miro fijo la pantalla del televisor y mi concentración oscila. De nuevo experimento disturbios eléctricos, estrés postraumático, mis nervios saltan como agua que cae sobre grasa caliente y empiezo a tener un fuerte dolor de cabeza. El brazo de manga azul oscura con puño blanco entra en el cuadro y pone frente a Chandonne una bebida y un paquete de cigarrillos Camel, y reconozco el vaso alto de papel de color azul y blanco como perteneciente a la cafetería del hospital. Una silla es llevada hacia atrás y el brazo de manga azul le enciende un cigarrillo a Chandonne.

—Señor Chandonne. —La voz de Berger parece tranquila y a cargo de la situación, como si todos los días les hablara a asesinos seriales mutantes.—Empezaré por presentarme. Soy Jaime Berger, una fiscal de la oficina del fiscal de distrito del condado de Nueva York. En Manhattan.

Chandonne levanta una mano para tocarse apenas los vendajes. El dorso de los dedos está cubierto con vello rubio, casi albino, pelo prácticamente incoloro. Tiene alrededor de un centímetro y medio de largo, como si hace poco se hubiera afeitado el dorso de las manos. Por mi mente desfilan imágenes fugaces de esas manos tratando de tocarme. Tiene las uñas largas y sucias y, por primera vez, diviso el contorno de músculos poderosos, no gruesos y abultados como los de los hombres que trabajan obsesivamente en el gimnasio sino acordonados y duros, el hábitat físico de alguien que, como un animal salvaje, usa su cuerpo para alimentarse, para pelear y para huir: para sobrevivir. Su fuerza parece contradecir nuestra conjetura de que ha llevado una existencia más bien sedentaria e inútil, escondido en el *hotel particulier* de su familia, como se llama a las casas privadas elegantes en la isla San Luis.

—Usted ya conoce al capitán Marino. —Le dice Berger a Chandonne—. También está presente el oficial Escudero, de mi oficina... es el camarógrafo. Y el agente especial Jay Talley, del departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.

Siento que los ojos de Berger me tocan. Evito mirar. Me abstengo de preguntar

«¿Por qué? ¿Por qué estaba allí Jay?». De pronto se me ocurre que ella es exactamente la clase de mujer a la que él puede sentirse atraído, muy atraído. Saco un pañuelo de papel de un bolsillo del saco y me seco el sudor frío de la frente.

—Imagino que sabe que esto lo estamos grabando en video, y que usted no tiene ninguna objeción de que lo hagamos —dice Berger.

—Sí. —Chandonne le da una pitada al cigarrillo y se quita de la lengua una hebra de tabaco.

—Señor, voy a hacerle algunas preguntas acerca de la muerte de Susan Pless el 5 de diciembre de 1997.

Chandonne no reacciona. Toma su Pepsi, encuentra la pajita con sus labios rosados y desaparejos, mientras Berger pasa a darle la dirección de la víctima en el Upper East Side de Nueva York. Ella le dice que, antes de poder seguir delante, quiere avisarle de sus derechos, aunque ya se los han enumerado sólo Dios sabe cuántas veces. Chandonne escucha. Tal vez es mi imaginación, pero parece estar disfrutándolo. No se lo nota dolorido ni intimidado. Se mantiene callado y atento, sus manos horribles y peludas apoyadas sobre la superficie de la mesa o tocándose las vendas, como para recordarnos lo que nosotros. —Yo— le hicimos.

—Cualquier cosa que usted diga podrá usarse en su contra en un juzgado. —Continúa Berger—. ¿Lo entiende? Sería mejor que usted dijera sí o no en lugar de asentir con la cabeza.

—Lo entiendo —dice él entonces, casi con dulzura.

—Tiene derecho a consultar a un abogado ahora, antes de ser interrogado o de tener a un abogado presente durante cualquier interrogatorio. ¿Lo entiende usted?

—Sí.

—Y si no tiene abogado o no puede costearse uno, se le proporcionará un abogado libre de todo cargo. ¿Lo entiende?

En este momento, Chandonne toma de nuevo su Pepsi. Berger continúa implacablemente asegurándose de que él y todo el mundo sepa que este proceso es legal y justo y que Chandonne está completamente informado al respecto y habla con ella por propia voluntad, libremente, sin ninguna clase de presión.

—Ahora que se le ha informado de sus derechos. —Concluye ella con su introducción obligada—, ¿nos dirá usted la verdad con respecto a lo que sucedió?

—Yo siempre digo la verdad —responde Chandonne en voz baja.

—Sus derechos le han sido leídos frente al oficial Escudero, el capitán Marino y el agente especial Talley. ¿Usted los ha entendido?

—Sí.

—¿Por qué no me dice con sus palabras lo que le sucedió a Susan Pless? —dice Berger.

—Ella era muy agradable —contesta Chandonne, para mi sorpresa—. Lo que

pasó todavía me descompone.

—Sí, apuesto a que sí —murmura sardónicamente Marino en mi sala de reuniones.

Berger enseguida oprime el botón de pausa.

—Capitán. —Le dice con tono de censura—. Nada de comentarios, por favor.

El malhumor de Marino es como un vapor venenoso. Berger maneja el control remoto y en el video ella le pregunta a Chandonne cómo se conocieron él y Susan Pless. Él contesta que se conocieron en un restaurante llamado Lumi que hay en la calle Setenta, entre la Tercera y Lexington.

—¿Qué hacía usted allí? ¿Comía, trabajaba? —Insiste Berger.

—Comía allá solo. Ella entró, también sola. Yo tenía una botella de muy buen vino italiano, un Massolino Barolo de 1993. Ella era muy hermosa.

El Barolo es mi vino preferido. La botella que él menciona es carísima. Chandonne pasa a contar su historia. Estaba comiendo antipasto. —*Crostini di polenta con funghi trifolati e olio rarturato*, dice en perfecto italiano—, cuando advirtió que una hermosísima mujer afroamericana entraba sola en el restaurante. El *maitre* la trató como si fuera una diente habitual y muy importante, y la ubicó en una mesa de un rincón.

—Estaba muy bien vestida —dice Chandonne—. Era obvio que no era una prostituta. —Le pidió al *maitre* que le preguntara si ella quería venir a su mesa y compartir la comida con él, y que ella se mostró «muy dispuesta».

—¿Qué quiere decir con lo de «muy dispuesta»? —Pregunta Berger.

Chandonne se encoge de hombros y toma de nuevo su Pepsi. Esta vez se toma su tiempo chupando de la pajita.

—Creo que quiero otra. —Levanta el vaso y el brazo de manga azul oscura— el brazo de Jay Talley —se lo toma. Chandonne tantea en busca del paquete de cigarrillos y su mano peluda avanza a tientas sobre la mesa.

—¿Qué quiso decir con eso de que Susan estuvo «muy dispuesta»? —Pregunta de nuevo Berger.

—Que no hizo falta insistirle demasiado para que aceptara. Vino a mi mesa y se sentó. Y tuvimos una conversación muy agradable.

Yo no le reconocí la voz.

—¿De qué hablaron? —Le pregunta Berger.

Chandonne se toca los vendajes una vez más y yo imagino a este hombre horroroso con el pelo largo que le cubre todo el cuerpo, sentado en un lugar público, comiendo buena comida, bebiendo un vino fino y eligiendo mujeres. Absurdamente se me ocurre pensar que es posible que Chandonne haya sospechado que Berger me mostraría el video. ¿La comida y el vino italianos es algo que él menciona en mi beneficio? ¿Me está hostigando? ¿Qué sabe acerca de mi persona? Nada, me

respondo. No existe ninguna razón para que él sepa algo de mí. Ahora le está diciendo a Berger que él y Susan Pless hablaron de política y de música durante la cena. Cuando Berger le pregunta si estaba enterado de cómo se ganaba la vida Pless, él responde que ella le dijo que trabajaba para un canal de televisión.

—Yo le dije: «Así que eres famosa», y ella se echó a reír —dice Chandonne.

—¿Alguna vez la había visto por televisión? —Le pregunta Berger.

—Yo no miro mucha televisión. —Lentamente deja escapar humo—. Ahora, desde luego, no miro nada. No puedo ver.

—Sólo conteste la pregunta, señor. Yo no le pregunté cuánta televisión veía sino si alguna vez la vio a Susan Pless por televisión.

Me esfuerzo por reconocer la voz de Chandonne y el miedo me recorre la piel y me empiezan a temblar las manos. Su voz me resulta totalmente desconocida. No se parece nada a la voz que oí del otro lado de la puerta de casa. «Policía. Señora, recibimos un llamado en el que nos informaban que en su propiedad había una persona sospechosa».

—No recuerdo haberla visto por televisión —responde Chandonne.

—¿Qué pasó después? —Le pregunta Berger.

—Comimos. Bebimos el vino y yo le pregunté si le gustaría que fuéramos a alguna parte y bebiéramos un poco de champán.

—¿A alguna parte? ¿Dónde se alojaba usted?

—En el hotel Barbizon, pero no bajo mi verdadero nombre. Yo acababa de llegar de París y hacía pocos días que estaba en Nueva York.

—¿Cuál fue el nombre con que se registró?

—No lo recuerdo.

—¿Cómo pagó el hotel?

—En efectivo.

—¿Y por qué razón había venido a Nueva York?

—Estaba muy asustado.

En mi sala de reuniones, Marino se mueve en su silla y resopla por lo disgustado que está. Una vez más, hace comentarios:

—Agárrense de los asientos, compañeros. Aquí viene lo bueno.

—¿Asustado? —La voz de Berger resuena en la grabación—. ¿De qué tenía miedo?

—De las personas que me persiguen. De su gobierno. De eso se trata todo esto. —Chandonne vuelve a tocarse las vendas, esta vez con una mano y luego con la que sostiene el cigarrillo. El humo dibuja volutas alrededor de su cabeza—. Porque me están usando —me han estado usando— para llegar a mi familia. Debido a los rumores falsos sobre mi familia...

—Un momento. Aguarde un momento. —Lo interrumpe Berger.

Por el raballo del ojo veo que Marino sacude la cabeza con furia. Se echa hacia atrás en su silla y cruza los brazos sobre su gran barriga.

—Se consigue lo que se tiene merecido —farfulla, y sólo puedo suponer que quiere decir que Berger nunca debería de haber entrevistado a Chandonne. Fue un error. Esa grabación lastimará más de lo que ayudara.

—Capitán, por favor. —La Berger real que está en esta habitación le dice a Marino con un tono muy serio, mientras en el video su voz le pregunta a Chandonne —: Señor, ¿quién lo está usando?

—El FBI, Interpol. Quizá hasta la CIA. No lo sé con exactitud.

—Sí, claro —dice Marino sarcásticamente junto a mí—. Él no menciona el ATF porque nadie ha oído hablar del ATF.

El odio que siente hacia Talley, además de lo que le está sucediendo a Lucy en su carrera, se ha metastatizado en un odio de Marino hacia el ATF. Esta vez Berger no dice nada. No le presta atención. En la grabación enfrenta a Chandonne:

—Señor, necesito que entienda lo importante que es ahora que usted diga la verdad. ¿Entiende la importancia que tiene ser absoluta mente veraz conmigo?

—Yo digo la verdad. —Asegura él—. Sé que suena increíble. Parece increíble, pero todo tiene que ver con mi poderosa familia. En Francia todo el mundo los conoce. Ellos viven desde hace años en la isla San Luisfe y se rumorea que están conectados con el crimen organizado, como la Mafia, cosa que no es cierta. De allí surge la confusión. Yo nunca viví con ellos.

—Pero usted forma parte de esta poderosa familia. ¿Es el hijo?

—Sí.

—¿Tiene hermanos y hermanas?

—Tenía un hermano. Thomas.

—¿Tenía?

—Está muerto. Usted lo sabe. Es la razón de que yo esté aquí.

—Me gustaría volver a eso. Pero hablemos ahora de su familia en París. ¿Me está diciendo que usted no vive con su familia y nunca vivió con ella?

—Nunca.

—¿Por qué? ¿Por qué nunca vivió con su familia?

—Ellos nunca me quisieron. Cuando yo era muy chico le pagaron a una pareja sin hijos para que me cuidara, para que nadie se enterara.

—¿Que nadie se enterara de qué cosa?

—De que soy el hijo de *monsieur* Thierry Chandonne.

—¿Por qué no quería su padre que la gente supiera que usted era su hijo?

—¿Usted me mira y me hace esa pregunta? —La furia le hace cerrar con fuerza la boca.

—Sí, se lo estoy preguntando. ¿Por qué no quería su padre que la gente supiera

que usted es su hijo?

—Bueno, está bien. Fingiré que usted no se ha dado cuenta de mi aspecto. Usted es muy bondadosa al simular no advertirlo.—En su voz se cuela cierto desprecio. —Padezco de un grave trastorno médico. Vergüenza, mi familia se avergüenza de mí.

—¿Dónde vive esa pareja? ¿Las personas que usted me dice se hicieron cargo de usted?

—En el Quai de l'Horloge, muy cerca de la Conciergerie.

—¿La cárcel? ¿El lugar donde María Antonieta estuvo presa durante la Revolución Francesa?

—La Conciergerie es muy famosa, desde luego. Un lugar para los turistas. La gente parece tan preocupada por las prisiones, las cámaras de tortura y las decapitaciones. En especial los norteamericanos. Yo nunca lo entendí. Y ustedes me matarán. Los Estados Unidos me matarán sin problemas. Ustedes matan a todo el mundo. Todo forma parte del gran plan, de la conspiración.

—¿En qué parte exactamente del Quai de l'Horloge? Creí que toda esa enorme manzana era el Palais de Justice y la Conciergerie. —Berger pronuncia el francés como alguien que lo habla con fluidez—. Bueno, sí, hay algunos departamentos, por cierto muy caros. ¿Me está diciendo que su hogar adoptivo estaba allí?

—Muy cerca de allí.

—¿Cuál es el nombre de esa pareja?

—Olivier y Christine Chabaud. Lamentablemente, hace muchos años que los dos murieron.

—¿A qué se dedicaban? ¿Cuál era su ocupación?

—Él era un *boucher*. Ella era una *coiffeurcuse*.

—¿Un carnicero y una peluquera? —El tono de Berger sugiere que ella no le cree y está muy segura de que él se está burlando de ella y de todos nosotros. Jean-Baptiste Chandonne es un carnicero y está cubierto de pelo.

—Sí, un carnicero y una peluquera. —Afirma Chandonne.

—¿Alguna vez vio a su familia, los Chandonne, mientras vivía con esas otras personas cerca de la prisión?

—Cada tanto yo me presentaba en la casa. Siempre cuando se hacía de noche para que la gente no me viera.

—¿Para que la gente no lo viera? ¿Por qué no quena que la gente lo viera?

—Es como le dije. —Sacude la ceniza del cigarrillo—. Mi familia no quería que la gente supiera que yo era su hijo. Eso habría tenido consecuencias. Él es muy, muy conocido. En realidad, no puedo culparlo. Así que yo iba tarde por la noche, cuando estaba oscuro y las calles de la isla San Luis estaban desiertas, y a veces ellos me daban dinero o alguna otra cosa.

—¿Lo dejaban entrar en la casa? —Berger está desesperada por ubicarlo en el

interior de la casa de la familia para que las autoridades puedan tener causa probable para una orden de allanamiento. Ya puedo ver que Chandonne es el maestro del juego. Él sabe perfectamente bien por qué ella quiere ubicarlo adentro del increíble *hotel particulier* de los Chandonne en la isla San Luis, una casa que yo vi con mis propios ojos cuando hace poco estuve en París. No habrá una orden de allanamiento en el curso de mi vida.

—Sí. Pero yo no me quedaba mucho tiempo allí y no entraba en todas las habitaciones. —Le dice a Berger mientras ella fuma muy tranquila—. En la casa de mi familia hay muchos cuartos en los que nunca he estado. Sólo conozco la cocina y, déjeme ver, la cocina y las habitaciones de servicio, y justo en el lado de adentro de la puerta. Como ve, en su mayor parte me he cuidado bastante bien.

—Señor, ¿cuándo fue la última vez que visitó la casa de su familia?

—Bueno, no recientemente. Hace por lo menos dos años. En realidad, no lo recuerdo.

—¿No lo recuerda? Si no lo sabe, sólo diga que no lo sabe. No le estoy pidiendo que adivine.

—No lo sé. De lo que estoy seguro es de que no fue recientemente.

Berger acciona el control remoto y la imagen se congela.

—Desde luego, usted se da cuenta de cuál es el juego de Chandonne —me dice—. Primero nos proporciona información que no podemos rastrear. Personas que han muerto. Pago en efectivo en un hotel en el que se registró con un nombre que no recuerda. Y, ahora, ninguna base para una orden de allanamiento para poder registrar la casa de su familia, porque él asegura no haber vivido nunca allí y prácticamente no haber estado en su interior. Y, por cierto, no recientemente. Ninguna causa probable reciente.

—¡Mierda! Ninguna causa probable, punto. —Agrega Marino—. No, a menos que podamos encontrar testigos que lo hayan visto entrar y salir de la casa de su familia.

Berger pone de nuevo en funcionamiento el videocasete. Le está preguntando a Chandonne:

—¿Está usted empleado o lo estuvo alguna vez?

—Bueno, aquí y allá —responde él—. Lo que podía encontrar.

—Sin embargo, podía darse el lujo de alojarse en un buen hotel y comer en un restaurante caro de Nueva York. Y comprar una botella de un buen vino italiano. ¿De dónde sacaba dinero para todo eso?

Chandonne vacila. Bosteza, con lo cual nos ofrece una visión sorprendente de sus dientes grotescos. Pequeños y puntiagudos, están grises y muy separados entre sí.

—Lo siento, estoy muy cansado. No tengo mucha fuerza. —Se vuelve a tocar el vendaje.

Entonces Berger le recuerda que está hablando por propia voluntad. Que nadie lo obliga. Le ofrece parar, pero él dice que seguirá un poco más, tal vez durante algunos minutos.

—He estado en la calle durante gran parte de mi vida, cuando no puedo encontrar trabajo. —Le dice—. En ocasiones pido limosna, pero la mayor parte de las veces encuentro algún trabajo. Lavar platos, barrer. Una vez incluso conduje un *moïo-croües*.

—¿Y qué es eso?

—Un trotín'neí. Una de esas motocicletas verdes que limpian las veredas de París, ya sabe, con una aspiradora que recoge la caca de los perros.

—¿Tiene registro de conductor?

—No.

—¿Entonces cómo conduce un trotín'neí?

—Si el vehículo tiene menos de ciento veinticinco centímetros cúbicos de cilindrada no hace falta tener registro, y las *moto-crottes* sólo avanzan a unos veinte kilómetros por hora.

Nada de eso es cierto. Una vez más, Chandonne se está mofando de nosotros. Marino se mueve en su silla en el interior de mi sala de reuniones.

—Ese tarado tiene una respuesta para todo, ¿no es así?

—¿Alguna otra manera de conseguir dinero? —Le pregunta Berger a Chandonne.

—Bueno, a veces de mujeres.

—¿Y cómo hace para conseguir dinero de las mujeres?

—Las mujeres me lo dan. Reconozco que las mujeres son mi debilidad. Me

encantan las mujeres: su aspecto, su olor, su piel, su sabor.—El que hunde los dientes en las mujeres, las mutila y las asesina, dice todo esto con un tono casi dulce Finge una perfecta inocencia. Ha comenzado a flexionar los dedos de las manos sobre la mesa, como si los tuviera duros; extiende los dedos hacia adentro y hacia afuera, y sus pelos brillan.

—¿Le gusta el sabor de las mujeres? —Berger se está poniendo más agresiva.

—¿Por eso las muerdo?

—Yo no las muerdo.

—¿No mordió a Susan Pless?

—No.

—Señor, estaba cubierta de marcas de mordeduras.

—Yo no lo hice. Ellos lo hicieron. A mí me siguen y ellos son los que matan. Ellos matan a mis amantes.

—¿Ellos?

—Ya se lo dije. Los agentes del gobierno. El FBI, Interpol. Para poder llegar a mi familia.

—Si su familia ha procurado tanto ocultarlo a usted del mundo, entonces ¿cómo es posible que esa gente —el FBI, Interpol, lo que sea— sepa que usted es un Chandonne?

—Deben de haberme visto salir alguna vez de la casa y me siguieron. O quizás alguien se los dijo.

—¿Y usted calcula que hace por lo menos dos años que no va a la casa de su familia? —Berger hace un nuevo intento.

—Por lo menos.

—¿Hace cuánto que usted cree que lo siguen?

—Muchos años. Tal vez cinco. Es difícil saberlo. Son muy astutos.

—¿Y de qué manera usted podría ayudar a esta gente a, y lo cito, *llegar a su familia*? —Le pregunta Berger.

—Si pueden acusarme injustamente de un terrible homicidio, entonces la policía podría entrar en la casa de mi familia. No encontrarían nada. Mi familia es inocente. Es todo política. Mi padre es un hombre políticamente muy poderoso. Fuera de eso, no sé. Sólo puedo hablar de lo que me ha estado sucediendo a mí, a mi vida. Y es una conspiración para traerme a este país, arrestarme y después condenarme a muerte. Porque ustedes, los norteamericanos, matan a la gente aunque sea inocente. Es bien sabido. —Su alegato parece haberlo cansado, como si ese señalamiento lo hubiera agotado.

—Señor, ¿dónde aprendió a hablar inglés? —Le pregunta entonces Berger.

—Lo aprendí solo. Cuando era más joven, mi padre me daba libros cada vez que yo me presentaba en la casa. Yo leo muchos libros.

—¿En inglés?

—Sí. Quería aprender bien inglés. Mi padre habla muchos idiomas porque tiene una empresa internacional de embarques marítimos y comercia con muchos países extranjeros.

—¿Incluyendo este país? ¿Los Estados Unidos?

—Sí.

El brazo de Talley entra de nuevo en el cuadro al poner delante de Chandonne otra Pepsi. Chandonne enseguida se pone la pajita entre los labios y chupa ruidosamente.

—¿Qué clase de libros lee usted? —Continúa Berger.

—Muchos de relatos y otros libros para educarme, porque, verá, tuve que enseñarme a mí mismo. Nunca fui a la escuela.

—¿Dónde están ahora esos libros?

—No sabría decirle. Desaparecieron. Porque a veces no tengo techo o me traslado de un lado a otro. Siempre en movimiento, mirando por encima del hombro por culpa de toda esa gente que me persigue.

—¿Sabe usted algún otro idioma, además del francés y el inglés? —Pregunta Berger.

—Italiano. Y un poco de alemán —dice y eructa.

—¿También ésos los aprendió solo?

—En Paris encuentro periódicos en muchos idiomas y los he aprendido de la misma manera. Verá, a veces he dormido sobre los periódicos. Cuando no tengo refugio.

—Me rompe el corazón. —Marino no puede evitar ese comentario, mientras Berger le dice a Chandonne en el video:

—Volvamos a Susan, a su muerte el 5 de diciembre, hace dos años, en Nueva York. Hábleme de esa noche, la noche en que dice que la conoció en Lumi. ¿Qué pasó exactamente?

Chandonne suspira como si se estuviera cansando cada vez más. Se toca todo el tiempo las vendas y advierto que las manos le tiemblan.

—Necesito comer algo —dice—. Me siento muy, muy débil.

Berger acciona el control remoto y la imagen se congela y se vuelve borrosa.

—Hicimos un intervalo de alrededor de una hora —me dice—. Lo suficiente como para que él comiera algo y descansara.

—Sí, ese tipo sí que conoce bien el sistema —me dice Marino, como si yo no me hubiera dado cuenta—. Y todo el asunto sobre la pareja que lo crio es mentira. Lo que hace es proteger a su familia mafiosa.

Berger me dice:

—Me pregunto si usted conoce el restaurante Lumi.

—No demasiado —respondo.

—Bueno, es interesante. Cuando comenzamos a investigar el homicidio de Susan Pless hace dos años, sabíamos entonces que ella había cenado en Lumi la noche en que la mataron, porque el camarero que la sirvió llamó a la policía en cuanto se enteró de la noticia. El forense encontró incluso en su contenido estomacal rastros de la comida, que indicaban que probablemente había comido varias horas, a lo sumo, antes de su muerte.

—¿Estaba sola en el restaurante? —Pregunto.

—Llegó sola y estuvo con un hombre que también estaba solo, pero que no era para nada un monstruo. Se lo describió como un individuo de hombros anchos, bien vestido y bien parecido. Sin duda alguien para quien el dinero no era problema o, al menos, esa impresión daba.

—¿Sabe qué comida pidió él? —Pregunto.

Berger se pasa los dedos por el pelo. Es la primera vez que la noto insegura. En realidad, lo que me viene en mente es la palabra «asustada».

—El tipo pagó en efectivo, pero el camarero recordó qué les había servido a ella y a su compañero. Él comió polenta con champiñones y bebió una botella de Barolo, exactamente lo que Chandonne describió en el video. Susan comió antipasto de verduras a la parrilla con aceite de oliva y cordero, lo cual, a propósito, coincide con el contenido de su estómago.

—Dios —dice Marino. Es evidente que esta parte es una novedad para él—. ¿Cómo demonios puede ser? Harían falta efectos especiales de Hollywood para convertir a ese horrible mono peludo en un hombre galante y mujeriego.

—A menos que no fuera él —digo—. ¿No podría haber sido su hermano Thomas? ¿Y Jean-Baptiste lo seguía? —De pronto me sorprende. Llamé a ese monstruo por su nombre.

—Una hipótesis muy interesante —dice Berger—. Pero hay un elemento más. El portero del edificio de departamentos de Susan recuerda que ella volvió con un hombre que se ajusta a la descripción del que estaba en el Lumi. Esto fue a eso de la nueve de esa noche. El portero estaba de guardia hasta las siete de la mañana siguiente, de modo que se encontraba allí cuando el hombre se fue a eso de las tres y media de la madrugada. Y, según el informe del forense, a esa hora ya Susan llevaba varias horas muerta. El principal sospechoso siempre fue el desconocido que ella conoció en el restaurante. De hecho, no entiendo cómo pudo haber sido otro que este individuo. Él la mata. Pasa algún tiempo mutilando el cuerpo. Se va a las tres y media y no vuelve a haber rastros de él. Y si no es culpable, ¿por qué no se puso en contacto con la policía cuando se enteró del homicidio? Sólo Dios sabe que la noticia se transmitió por todo el país.

Me produce una extraña sensación darme cuenta de que supe de este caso cuando

sucedió. De pronto recuerdo vagamente detalles que eran parte de historias sensacionalistas por esa época. Es increíble pensar que, cuando me enteré de lo de Susan Pless hace dos años, ni se me pasó por la cabeza la idea de que yo estaría involucrada en su caso, sobre todo de esta manera.

—A menos que no viva aquí o siquiera en este país. —Sugiere Marino.

Berger se encoge de hombros y extiende las manos con las palmas hacia arriba. Yo trato de sumar las pruebas que ella ha presentado y no obtengo una respuesta que empiece siquiera a tener sentido.

—Si ella cenó entre las siete y las nueve de la noche, su comida debería haberse digerido por completo a eso de las once. —Señalo—. Suponiendo que el forense está en lo cierto en su hora estimada de la muerte, si ella murió varias horas antes de que su cuerpo fuera hallado. —Digamos, a eso de la una o dos de la mañana—, entonces la comida ya debería haber salido del estómago mucho antes que eso.

—La explicación fue el estrés. La mujer estaba asustada y es posible que eso haya alargado su digestión —dice Berger.

—Eso tiene sentido cuando se habla de un desconocido escondido en un ropero que salta y nos ataca cuando llegamos a casa. Pero ella al parecer se sentía muy a gusto con este hombre, como para invitarlo a su departamento —digo—. Y él se sentía lo suficientemente cómodo como para que no le importara que el portero lo viera entrar y, después, salir mucho más tarde. ¿Se hicieron hisopos vaginales?

—Dieron positivo de líquido espermático.

—Este individuo —me refiero a Chandonne—, no suele practicar penetración vaginal, y no existe ninguna prueba de que eyaculara. —Le recuerdo a Berger—. No en los homicidios de París y, por cierto, tampoco en los de aquí. Las víctimas siempre están vestidas de la cintura para abajo. No tienen heridas de la cintura para abajo. Él no parece estar ni remotamente interesado en ellas de la cintura para abajo, salvo los pies. Yo tenía la impresión de que Susan Pless estaba también vestida de la cintura para abajo.

—Bueno, tenía puestos los pantalones del pijama. Pero tenía líquido espermático, lo cual posiblemente sugería una relación sexual consensual, al menos al principio. Por cierto no después, no cuando uno ve lo que él le hizo —responde Berger—. El ADN del semen concuerda con el de Chandonne. Además, tenemos esos pelos largos tan extraños que se parecen muchísimo a los de él. —Asiente hacia el televisor—. Y ustedes le hicieron la prueba a su hermano Thomas, ¿verdad? Y su ADN no era idéntico al de Jean-Baptiste, así que no parece ser Thomas quien dejó en ella ese líquido espermático.

—Los perfiles de ambos ADN son muy parecidos, pero no idénticos. —Coincido con Berger—. Y no deberían serlo a menos que los hermanos fueran gemelos o mellizos idénticos, cosa que obviamente no es así.

—¿Cómo puedes saberlo con certeza? —Marino frunce el entrecejo.

—Si Thomas y Jean-Baptiste fueran mellizos idénticos —explico—, ambos tendrían hipertrichosis congénita, y no sólo uno de ellos.

—¿Entonces cómo lo explica? —me pregunta Berger—. Una coincidencia genética en ambos casos y, sin embargo, las descripciones de los asesinos parecen indicar que no pueden ser la misma persona.

—Si el ADN en el caso de Susan Pless concuerda con el ADN de Jean-Baptiste Chandonne, entonces la única conclusión a que llego es la de que el hombre que salió de su departamento a las tres y media de la mañana no es el hombre que la mató —respondo—. Chandonne la mató. Pero el hombre que la gente vio con ella no era Chandonne.

—De modo que, tal vez, después de todo, el Hombre Lobo las coge de vez en cuando. —Agrega Marino—. O trata de hacerlo y nosotros no lo sabemos porque Por lo general él no deja ningún jugo.

—Y, ¿entonces, qué? —Lo desafía Berger—. ¿Les vuelve a poner los pantalones? ¿Las viste de la cintura para abajo después del hecho?

—Bueno, no es como si habláramos de alguien que hace las cosas de manera normal. Ah, casi olvidaba decirte —dice y me mira—. Una de las enfermeras' alcanzó a verle el bulto. Sin cortes.—Es la jerga de Marino de referirse a un hombre no circuncidado. —Y más pequeño que una salchicha de Viena—. Lo Demuestra manteniendo el pulgar y el índice con una separación de alrededor de dos centímetros y medio. —Con razón esa rala está todo el tiempo de mal humor.

Con un «clic» del control remoto, estoy de vuelta en la sala de entrevistas de paredes de bloques de concreto en el interior del pabellón forense de la Facultad de Medicina de Virginia. Estoy de nuevo frente a Jean-Baptiste Chandonne, quien quiere hacernos creer que, de alguna manera, él es capaz de transformar su horrendo aspecto y convertirse en un hombre elegante y bien parecido cuando tiene ganas de cenar afuera y conseguir una mujer. Imposible. Su torso con su abrigo de pelo inmaduro arremolinado llena la pantalla del televisor cuando lo ayudan a instalarse de nuevo en su silla, y cuando su cabeza entra en el cuadro me sorprende descubrir que le han quitado las vendas y que ahora tiene los ojos cubiertos con anteojos oscuros de plástico para el sol y los tejidos que los rodean están irritados y presentan un color rosado intenso. Sus cejas son largas y unidas, como si alguien hubiera tomado una tira de piel vellosa y se la hubiera pegado encima de los ojos. El mismo pelo desteñido le cubre la frente y las sienes.

Berger y yo estamos en mi sala de reuniones. No son todavía las siete y media y Marino se ha ido por dos razones: lo llamaron con respecto a una posible identificación del cuerpo hallado en una calle de Mosby Court, y Berger lo alentó a que no volviera a reunirse con nosotras. Le dijo que ella necesitaba conversar en privado conmigo. Creo que también fue porque estaba harta de él, y no la culpo. Marino no ha dejado lugar a dudas de que no está nada de acuerdo con la forma en que ella entrevistó a Chandonne y, además, con el hecho de que ella fuera la primera en hacerlo. Parte de todo esto. —No, en realidad todo— son celos. En este planeta no hay ningún investigador que no quisiera entrevistar a este asesino famoso y monstruoso. Sucede que la bestia eligió a la belleza, y eso enfureció a Marino.

Mientras oigo que Berger le recuerda a Chandonne en el video que él entiende cuáles son sus derechos y ha aceptado seguir hablando más con ella, siento que me domina la convicción de que yo soy algo así como un pequeño ser apresado en una telaraña, una telaraña maligna tejida por hilos que parecen rodear la totalidad del globo como líneas de latitud y de longitud. El intento de Chandonne de asesinarme fue incidental para él. Fue una diversión. Si él piensa que yo estoy viendo su entrevista grabada, entonces yo sigo siendo una diversión y nada más. Se me ocurre que si él hubiera tenido éxito en cortarme en pedazos, ya se habría enfocado en algo nuevo y yo no sería más que un breve momento sangriento, un sueño húmedo del pasado en su vida egoísta y detestable.

—Y el detective le trajo algo para comer y beber, ¿no es así? —Le pregunta

Berger a Chandonne—. Sí.

—¿Y qué fue exactamente lo que le trajeron? —Una hamburguesa y una Pepsi—. ¿Y papas fritas?

—Mais oui. Papas fritas. —Parece pensar que esto es divertido—. De modo que le han dado lo que necesitaba, ¿no es así? —Le pregunta Berger—. Sí.

—Y el personal del hospital le quitó las vendas y le dio anteojos especiales para usar. ¿Se siente usted cómodo? —Todavía me duele un poco—. ¿Le dieron algún medicamento para el dolor? —Sí.

—Tylenol, ¿no es así? —Sí, supongo que sí. Dos tabletas.

—Nada más que eso. Nada que pueda interferir con su facultad de pensar. —No, nada—. Los anteojos oscuros están ahora fijos en ella. —Y nadie lo obliga a hablarme o le hizo alguna clase de promesa, ¿no es verdad?— Los hombros de Berger se mueven cuando ella pasa la hoja de lo que supongo es un bloc de papel. — Así es.

—Señor, ¿lo he amenazado o le he prometido algo para obligarlo a hablar conmigo?

Esto continúa a medida que Berger recorre la lista que tiene escrita. Ella se está asegurando de que el eventual abogado de Chandonne no tenga oportunidad de decir que de alguna manera él fue intimidado, molestado, abusado o tratado injustamente. Él permanece sentado muy erguido en su silla, los brazos cruzados en un embrollo de pelo que llega hasta la superficie de la mesa y cuelga en montones repulsivos, como barba de maíz sucia, de debajo de las mangas cortas de su bata hospitalaria. Nada con respecto a la forma en que su anatomía ha sido ensamblada tiene sentido. Me recuerda a viejas películas en las que unos chicos tontos que están en una playa se entierran mutuamente en la arena, se pintan ojos sobre la frente y hacen que el pelo de la cabeza parezca una barba o se ponen anteojos para sol en la nuca o se arrodillan y se ponen zapatos en la rodillas para transformarse en enanos; personas que se convierten a sí mismas en monstruosas caricaturas porque les parece divertido. No hay nada de divertido en Chandonne. Ni siquiera siento lástima por él. Mi furia, como un gran tiburón, avanza muy por debajo de la superficie de mi conducta estoica.

—Volvamos a la noche en que usted dice que conoció a Susan Pless. —Le dice Berger en el video—. En el Lumi, que queda en la esquina de la Siete y Lexington.

—Así es.

—Me estaba diciendo que los dos cenaron juntos y que después usted le preguntó si no le gustaría beber champán con usted en alguna otra parte. Señor, ¿tiene usted conciencia de que la descripción que hicieron del caballero que Susan conoció esa noche y con quien cenó no concuerda para nada con la suya?

—No tengo cómo saberlo.

—Pero sí debe de saber que usted padece de un grave trastorno médico que lo

hace tener un aspecto muy diferente de las demás personas y que, por lo tanto, cuesta imaginar que pudieran confundirlo con alguien que no padece de esa enfermedad. Hipertricosis. ¿No es eso lo que usted tiene?

Noto un parpadeo casi imperceptible de los ojos de Chandonne detrás de los anteojos oscuros. Berger ha tocado un nervio. Los músculos de la cara de Chandonne se tensan y él comienza de nuevo a flexionar los dedos de las manos.

—¿Ése es el nombre del trastorno que usted padece? ¿Sabe cómo se llama? —Le dice Berger.

—Sé lo que es —contesta Chandonne en un tono lleno de tensión.

—¿Y lo ha padecido toda la vida?

Él la mira fijo.

—Por favor, conteste mi pregunta, señor.

—Por supuesto. Es una pregunta estúpida. ¿Qué se piensa? ¿Que aparece de pronto como un resfrío?

—A lo que quiero llegar es que usted no se parece a las demás personas y, por consiguiente, me cuesta mucho imaginar que puedan haberlo confundido con un hombre al que describen como afeitado y sin pelos en la cara. —Berger hace una pausa. Lo está azuzando. Quiere que él pierda el control—. Alguien bien acicalado y con ropa muy cara. —Otra pausa—. ¿No acaba usted de decirme que virtualmente ha vivido como una persona sin techo? ¿Cómo es posible que ese hombre que estaba en el Lumi haya sido usted?

—Yo llevaba puesto un traje negro, camisa y corbata. —Odio. La verdadera naturaleza de Chandonne comienza a brillar a través de su manto sombrío de engaño como una estrella distante y helada. Espero que en cualquier momento se zambulla sobre la mesa y estrangule a Berger o le destroce la cabeza contra la pared antes de que Marino o cualquier otra persona pueda impedirselo. Casi he dejado de respirar. Me recuerdo que Berger está viva y goza de buena salud y se encuentra sentada junto a mí en mi sala de reuniones. Es jueves por la noche. Dentro de cuatro horas harán exactamente cinco días desde que Chandonne entró por la fuerza en mi casa y trató de molerme a golpes con un martillo cincelador.

—He tenido épocas en que mi enfermedad no es tan evidente como ahora. Ha tranquilizado. Su cortesía vuelve.—El estrés me la empeora. Estar sometido a tanto estrés. Por culpa de ellos.

—¿Y quiénes son «ellos»?

—Los agentes norteamericanos que trataron de incriminarme. Cuando me enteré lo que estaba sucediendo, de que me estaban incriminando para que pareciera un asesino, me convertí en fugitivo. Mi salud se deterioro más que nunca y cuanto peor estaba, más debía ocultarme. Yo no siempre he tenido este aspecto. —Sus anteojos oscuros se apartan un poco de la cámara al mirar a Berger—. Cuando conocí a Susan

yo no era así. Podía afeitarme. Podía conseguir trabajos sueltos y arreglarme y hasta tener buen aspecto. Y a veces tenía ropa y dinero porque mi hermano me ayudaba.

Berger detiene el videocasete y me dice:

—¿La parte en que se refiere al estrés puede ser cierta?

—El estrés tiende a hacer que todo sea peor —responde—. Pero este hombre nunca ha tenido buen aspecto, no importa lo que diga.

—Usted se refiere a Thomas. —La voz de Berger vuelve a oírse en la grabación—. Thomas le daba ropa, dinero y, quizá también otras cosas.

—Sí.

—Usted dice que aquella noche en el Lumi usted llevaba puesto un traje negro. ¿Thomas se lo dio?

—Sí. A él le gustaba la ropa fina. Teníamos más o menos el mismo talle.

—Y usted cenó con Susan. Después, ¿qué? ¿Qué sucedió cuando terminaron de comer? ¿Usted pagó la cuenta?

—Por supuesto. Soy un caballero.

—¿A cuánto ascendía la cuenta?

—A doscientos veintiún dólares, sin incluir la propina.

Berger corrobora lo que Chandonne dice mientras observa la pantalla del televisor.

—Y ése fue el monto exacto de la cuenta. El individuo pagó en efectivo y dejó sobre la mesa dos billetes de veinte dólares de propina.

Le pregunto a Berger en qué medida se reveló públicamente el nombre del restaurante, el monto de la cuenta y de la propina.

—¿Esos detalles se dieron en algún momento en las noticias? —Le pregunto.

—No. De modo que, si no era él, ¿cómo demonios sabía a cuánto ascendía la cuenta? —En su voz se filtra frustración.

En el videocasete ella le pregunta a Chandonne cuánto dejó de propina. Él asegura que fueron cuarenta dólares.

—Dos billetes de veinte, creo —dice.

—Y, después, ¿qué? ¿Salieron del restaurante?

—Decidimos tomar una copa en su departamento —contesta.

En este momento Chandonne se muestra muy detallista. Alega haber salido del Lumi con Susan Pless. Hacía mucho frío, pero decidieron caminar porque el departamento de ella estaba a pocas cuerdas del restaurante. Describe la luna y las nubes de una manera casi poética. El cielo tenía como rayas grandes que parecían trazadas con una tiza color azul blanquecino y la luna era llena y estaba parcialmente tapada. La luna llena siempre lo excitaba sexualmente, dice, porque le recuerda un vientre embarazado, nalgas, pechos. En determinado momento las ráfagas de viento azotaban los edificios altos de departamentos y entonces él se quitó la bufanda y se la puso a Susan para mantenerla abrigada. Asegura haber llevado puesto un sobretodo largo y oscuro de cachemira, y yo recuerdo entonces que la jefa de médicos forenses de Francia, la doctora Ruth Stvan, me relató su encuentro con el hombre que creemos era Chandonne.

Visité a la doctora Stvan en el Instituto Médico-Legal hace menos de dos semanas porque Interpol me pidió que revisara con ella los casos ocurridos en París y, durante nuestra charla, me habló de cierta noche en que un hombre se presentó en su casa simulando tener problemas con el automóvil. Le pidió permiso para usar su teléfono, y ella recordaba que él usaba un sobretodo oscuro y largo y parecía ser un caballero. Pero la doctora Stvan dijo algo más cuando estuve con ella. Fue su recuerdo de que el hombre olía a un animal mojado y sucio. Y eso la inquietó mucho. Intuyó algo malo. Igual, ella lo habría dejado entrar o, más probablemente, él habría entrado en su casa por la fuerza si no fuera por un hecho milagroso que ocurrió.

El marido de la doctora Stvan es el chef de un famoso restaurante de París llamado Le Dome. Por casualidad, esa noche estaba en casa, enfermo, y llamó a su esposa desde otra habitación para saber quién estaba en la puerta. El desconocido del abrigo oscuro huyó. Al día siguiente le entregaron a la doctora Stvan una nota: estaba escrita con letras de imprenta sobre un trozo de papel marrón manchado con sangre y firmado *Le Loup-Garou*. Todavía tengo que enfrentar mi negación frente a lo que debería haberme resultado obvio. La doctora Stvan practicó la autopsia de las víctimas francesas de Chandonne, y él después trató de atacarla. Yo hice la autopsia de sus víctimas norteamericanas y no tomé ninguna medida seria para impedir que tratara de atacarme a mí. Un gran denominador común subyace a esta negación, y es el siguiente: la gente tiende a creer que las cosas malas sólo les ocurren a los demás.

—¿Puede describir cómo era el portero? —Berger le pregunta a Chandonne en el video.

—Tenía un bigote finito. Y vestía uniforme —dice Chandonne—. Ella lo llamó Juan.

—Aguarde un minuto —digo.

Berger detiene el videocasete.

—¿Él tenía olor corporal? —Le pregunto—. Cuando estuvo sentada esta mañana en el cuarto con él. —Señalo el televisor—. Cuando lo entrevistó, ¿tenía él...?

—Por supuesto —me interrumpe—. Olía a perro sucio. Una extraña mezcla de pelo mojado y desagradable olor corporal. Me costó no tener arcadas. Supongo que en el hospital no lo bañaron.

Es una idea equivocada el que a la gente automáticamente la bañan en el hospital. Por lo general, sólo se les limpian las heridas, a menos que la persona sea un paciente a largo plazo.

—Cuando se investigó el asesinato de Susan hace dos años, ¿alguien del Lumi mencionó olor corporal? ¿Que el hombre con que ella estaba tenía mal olor? —Pregunto.

—No —contesta Berger—. Para nada. Una vez más, no veo cómo esa persona pudo haber sido Chandonne. Pero, escuche. Todo se vuelve más extraño.

Durante los siguientes diez minutos observo a Chandonne chupar más Pepsis mientras fuma y hace un relato increíble de su supuesta visita al departamento de Susan Pless. Describe el lugar con sorprendentes detalles, desde las alfombras que cubren el piso de madera dura al tapizado floral de los muebles y las falsas lámparas Tiffany. Dice que no lo impresionó el gusto de Susan relativo al arte, que ella tenía muchos posters bastante pedestres de muestras de museos y algunas láminas marinas y con caballos. Dijo que a ella le gustaban los caballos. Que ella le contó que creció entre caballos y los extrañaba terriblemente. Berger tamborilea con los dedos sobre la mesa de mi sala de reuniones cada vez que verifica lo que él dice. Sí, su descripción del interior del departamento de Susan parece indicar que él estuvo allí en algún momento. Sí, Susan creció cerca de caballos.

Sí, sí, a todo.

—Dios mío. —Sacudo la cabeza y siento que el miedo me aprieta el estómago. Tengo miedo de adonde va a parar todo esto. Me resisto a pensar en ello. Pero una parte mía no puede dejar de pensarlo. Chandonne va a decir que yo lo invité a mi casa.

—¿Y ahora qué hora es? —Le pregunta Berger en la grabación—. Usted dijo que Susan abrió una botella de vino blanco. ¿Qué hora era cuando ella hizo eso?

—Quizá las diez o las once. No lo recuerdo. Era un vino excelente.

—¿Cuánto había usted bebido a esa altura?

—Bueno, tal vez media botella de vino en el restaurante. Yo no bebí demasiado del vino que ella me sirvió más tarde. Era un vino barato de California.

—O sea que no estaba borracho.

—Yo nunca me emborracho.

—Pensaba con claridad.

—Por supuesto.

—En su opinión, ¿Susan estaba borracha?

—Quizá sólo un poco. Diría más bien que estaba contenta. De modo que nos sentamos en el sofá del living. Tiene una linda vista hacia el sudoeste. Desde el living se puede ver el cartel rojo del hotel Essex House que está en el parque.

—Todo eso es verdad —me dice Berger y vuelve a tamborilear sobre la mesa—. Y su nivel de alcohol en sangre era de uno punto uno. Se había tomado varias copas —dice y agrega detalles del examen post mortem de Susan Pless.

—¿Después qué sucedió? —Le está preguntando a Chandonne.

—Nos tomamos de la mano. Ella fue poniendo cada uno de mis dedos en su boca, todo muy sexy. Y comenzamos a besarnos.

—¿Sabe qué hora era entonces?

—Yo no tenía motivos para estar mirando mi reloj.

—¿Pero usaba un reloj pulsera?

—Sí.

—¿Todavía lo tiene?

—No. Mi vida empeoró por culpa de ellos. —Escupe la palabra «ellos» y su saliva rocía el aire cada vez que dice esa palabra con un odio que parece genuino—. Yo ya no tenía dinero, así que hace cosa de un año empeñé el reloj.

—¿Ellos? ¿Siempre se refiere a las mismas personas? ¿A los agentes del orden?

—A los agentes federales norteamericanos.

—Volvamos a Susan —dice Berger.

—Yo soy una persona tímida. No sé cuánto detalle quiere que le dé en este punto. —Levanta su Pepsi y sus labios se curvan alrededor de la pajita como si fueran gusanos grisáceos.

No puedo imaginar que alguien pueda querer besar esos labios. No puedo imaginar que alguien quiera tocar a este hombre.

—Quiero que me cuente todo lo que recuerde. —Le dice Berger—. La verdad, señor.

Chandonne baja la Pepsi y yo me estremezco un poco cuando la manga de Talley entra de nuevo en el cuadro. Él le enciende otro Camel a Chandonne. Me pregunto si Chandonne sabe que Talley es un agente federal, que es una de las personas que él dice han estado siguiéndolo y arruinándole la vida.

—Sí, está bien, entonces se lo contaré. No quisiera hacerlo, pero trato de cooperar —dice Chandonne y suelta una bocanada de humo.

—Por favor, continúe. Y deme todos los detalles que recuerde.

—Nos besamos durante un rato y la cosa progresó rápidamente. —No dice nada más.

—¿Qué quiere decir con eso de que «progresó rápidamente»?

Por lo general, es suficiente que alguien diga que tuvo relaciones sexuales y todo queda en eso. Por lo general, el funcionario o abogado que dirige la entrevista o las repreguntas directas no suele considerar relevante pedir detalles explícitos. Pero la violencia sexual ejercida contra Susan y con todas las mujeres que creemos Chandonne asesinó hacen que sea importante conocer los detalles, todos los detalles de lo que puede ser su idea del sexo.

—Preferiría no hablar de eso —dice Chandonne, jugando de nuevo con Berger. Él quiere que se lo suplique.

—¿Por qué? —Le pregunta Berger.

—Yo no hablo de esas cosas, y por cierto no delante de una mujer. —Sería mejor para todos nosotros que usted me considerara una fiscal en lugar de una mujer—. Le dice Berger.

—Yo no puedo hablarle a usted y no pensar que es una mujer —dice él con dulzura. Le sonrío un poco—. Usted es muy bonita. —¿Puede verme?— La veo apenas, no mucho. Pero intuyo que es bonita. Y he oído decir que lo es.

—Señor, le pido que no vuelva a hacer referencias personales de mí. ¿Está claro?

Él la mira fijo y asiente.

—Señor, ¿qué hizo usted exactamente después de ponerse a besar a Susan? ¿A continuación, qué? ¿La tocó, la acarició, la desvistió? ¿Ella lo tocó, lo acarició, lo desvistió? ¿Qué? ¿Recuerda qué usaba ella esa noche?

—Pantalones marrones de cuero. La mejor manera de describirlos es que eran del color del chocolate belga. Eran ajustados, pero no de una manera grosera. Tenía puestas botas, botas de media caña, de cuero marrón. Y un top negro. De mangas largas. —Mira hacia el cielo raso—. Cuello volcado un poco bajo. Un top que se abría entre las piernas.

—Un enterito. —Lo ayuda Berger.

—Sí. Al principio estuve un poco confundido cuando traté de tocarla y no pude sacarle el top.

—Trataba de meterle las manos debajo del top, pero no pudo hacerlo porque era un enterito que se abría entre las piernas.

—Sí, eso es.

—¿Y cuál fue la respuesta de ella cuando usted trató de soltarle el top?

—Se echó a reír de mi confusión y se burló de mí.

—¿Ella se burló de usted?

—Bueno, no de mala manera. Pensó que yo era divertido. Hizo una broma al respecto. Dijo algo de los franceses. Se supone que somos amantes maravillosos,

como sabe.

—Entonces ella sabía que usted era de Francia.

—Pero desde luego —responde Chandonne.

—¿Ella hablaba francés?

—No.

—¿Se lo dijo o usted sólo lo supone?

—Durante la cena le pregunté si hablaba francés.

—De modo que entonces ella se burló de usted por lo del enterito.

—Sí. Lo hizo. Llevó mi mano a sus pantalones y me ayudó a abrir el cierre. Recuerdo que ella estaba excitada y que me sorprendió un poco que le sucediera tan rápido.

—¿Y usted sabe que ella estaba excitada porque...?

—Estaba mojada —dice Chandonne—. Muy mojada. En realidad no me gusta decir todo esto. —Tiene la cara animada. Le encantada decir todo esto—. ¿Realmente es necesario que yo continúe con tantos detalles?

—Por favor, señor. Dígame todo lo que recuerde. —Berger se muestra firme y helada. Chandonne podría estar hablándole acerca de un reloj que desarmó.

—Empiezo a tocarle los pechos y le desprendo el corpiño.

—¿Recuerda cómo era ese corpiño?

—Era negro.

—¿Las luces estaban encendidas?

—No. Pero el corpiño era oscuro, creo que negro. Aunque podría estar equivocado. Pero no era de color claro.

—¿Cómo se lo desprendió?

Chandonne calla un momento y sus anteojos oscuros perforan la lente de la cámara.

—Se lo desprendí en la espalda. —Y hace el movimiento con los dedos.

—¿Lo sea que no se lo desgarró?

—Por supuesto que no.

—Señor, el corpiño de Susan estaba desgarrado en la parte de adelante. Rasgado adelante. Literalmente roto en dos.

—Yo no lo hice. Eso lo debe de haber hecho alguien más después de que yo me fui.

—Está bien. Volvamos al momento en que le saca el corpiño. ¿A esa altura ella tiene los pantalones desprendidos?

—Desprendidos, sí, pero todavía puestos. Yo le levanto el top. Verá, yo soy muy oral. A ella eso le gustó bastante. Era difícil contenerla.

—Por favor, explíqueme qué quiso decir con eso de que era difícil contenerla.

—Ella trató de agarrarme. Me metió las manos entre las piernas, trató de bajarme

los pantalones, y yo no estaba listo. Todavía tenía mucho que hacer.

—¿Mucho que hacer? ¿Qué otra cosa tenía que hacer, señor?

—Yo no estaba listo para que terminara.

—¿Qué quiere decir «para que terminara»? ¿Para que la relación sexual terminara? ¿Para que qué terminara?

«Para que la vida de ella terminara», pienso yo.

—Para que el acto de amor terminara —contesta él.

Odio esto. No puedo soportar oír sus fantasías, sobre todo cuando pienso que él debe de saber que yo las estoy escuchando, que él me expone a mí a ellas tal como expone a Berger, y que Talley está escuchando, sentado allí, observándolo todo. Talley no es demasiado diferente de Chandonne. En el fondo, los dos odian a las mujeres, por mucha lujuria que sientan hacia ellas. Yo no descubrí la verdad sobre Talley hasta que era demasiado tarde, hasta que él estaba en mi cama en mi habitación de hotel en París. Lo imagino junto a Berger en el pequeño cuarto de entrevistas del hospital. Ya casi puedo ver lo que piensa mientras Chandonne nos hace un relato pormenorizado de una noche erótica que probablemente jamás vivió ni una sola vez en toda su existencia.

—Ella tenía un cuerpo hermoso y yo quería disfrutar de él un rato, pero ella se mostró muy insistente. No podía esperar. —Chandonne se regodea con cada palabra—. Así que volvimos al dormitorio. La acosté en la cama, nos quitamos la ropa e hicimos el amor.

—¿Ella se quitó la ropa o usted lo hizo? ¿Además de ayudarla con el cierre del pantalón? —Pregunta ella con un dejo de incredulidad con respecto a la veracidad de lo relatado por Chandonne.

—Yo le quité toda la ropa. Y ella me quitó la mía —dice él.

—¿Hizo ella algún comentario sobre su cuerpo? —Pregunta Berger—. ¿Usted se lo había afeitado todo?

—Sí.

—¿Y ella no se dio cuenta?

—Tenía la piel muy lisa. Ella no lo advirtió. Debe comprender que desde entonces me han pasado muchas cosas por culpa de ellos. —¿Qué fue lo que le sucedió?

—Me han perseguido, acosado y golpeado. Unos hombres me atacaron varios meses después de la noche con Susan. Me golpearon mucho la cara. Me partieron el labio y me aplastaron huesos de la cara, aquí. —Se toca los anteojos indicando sus órbitas—. De chico tuve muchos problemas dentales por mi enfermedad y, como resultado, me hicieron muchos trabajos odontológicos. Tengo coronas en los dientes delanteros para que parezcan más normales.

—¿Esta pareja con la que dijo haber vivido pagó por ese tratamiento dental? —

Mi familia los ayudó con dinero—. ¿Usted se afeitó antes de ir a ver al dentista?

—Me afeitaba las partes que se veían. Como mi cara. Siempre, si salía durante el día. Cuando me apalearon, me rompieron los dientes de adelante, me rompieron las coronas y, con el tiempo, bueno, ya ve cómo me quedaron los dientes. —¿Cuándo ocurrió este ataque?— Yo todavía estaba en Nueva York.

—¿Recibió usted tratamiento médico o informó a la policía de ese ataque? —Le pregunta Berger.

—Eso habría sido imposible. Las autoridades máximas de las fuerzas del orden están, por supuesto, todas juntas en esto. Son ellos quienes me lo hicieron. Yo no podía informar de nada. No recibí ningún tratamiento médico. Me convertí en un nómada, siempre ocultándome. Arruinado.

—¿Cómo se llamaba su dentista?

—Oh, eso fue hace mucho tiempo. Dudo mucho de que todavía esté vivo. Se llamaba Corps. Maurice Corps. Su consultorio estaba en la Rué Cabanis, creo.

Le comento a Berger: —¿Corps como cadáver en inglés, y Cabanis en lugar de cannabis o marihuana?— Sacudo la cabeza en señal de disgusto y asombro.

—De modo que usted y Susan tuvieron relaciones sexuales en el dormitorio de ella —dice Berger—. Por favor, continúe. ¿Cuánto tiempo estuvieron los dos en la cama?

—Diría que hasta las tres de la mañana. Entonces ella me dijo que yo tenía que irme porque necesitaba prepararse para ir al trabajo. Así que me vestí y convinimos en vernos de nuevo esa noche. Arreglamos encontrarnos a las siete en UAbsinthe, un lindo bistró francés que hay en el vecindario.

—Usted dice que se vistió. ¿Y ella? ¿Estaba vestida cuando usted la dejó?

—Tenía puesto un pijama negro de satén. Se lo puso y me besó junto a la puerta.

—¿Entonces usted bajó a la planta baja? ¿Vio a alguien?

—A Juan, el portero. Salí y caminé durante un rato. Encontré un café y entré a desayunar. Estaba hambriento. —Calla un momento—. Nell's, así se llamaba. Está justo enfrente del Lumi.

—¿Recuerda qué comió?

—Tomé un *espresso*.

—¿Estaba hambriento, pero sólo tomó un café? —Berger le hace saber que ella toma en cuenta la palabra «hambriento» y se da cuenta de que él se está burlando de ella, jugando con ella. El hambre de Chandonne no era de desayuno. Disfrutaba de la sensación agradable que le había dejado la violencia, el hecho de destruir carne y sangre, porque acababa de dejar atrás a una mujer que él acababa de morder y de matar a golpes. No importa lo que él diga, eso fue lo que hizo. El muy hijo de puta. El maldito hijo de puta mentiroso.

—Señor, ¿cuándo se enteró usted de que Susan había sido asesinada? —Le

pregunta Berger.

—Esa noche ella no se presentó para la cena.

—Bueno, supongo que no.

—Entonces al día siguiente...

—¿Se refiere al 5 o al 6 de diciembre? —Pregunta Berger, quien ahora apura el ritmo, indicándole así a Chandonne que está harta de sus juegos.

—El 6 —contesta él—. Leí todo lo referente a ella en el periódico, la mañana siguiente a la noche en que debía reunirse conmigo en LAbsinthe. —Ahora simula tristeza—. Quedé helado —dice.

—Es obvio que ella no se presentó en LAbsinthe la noche anterior. Pero ¿me está diciendo que usted sí fue?

—Sí. Tomé una copa de vino en el bar y esperé. Finalmente me fui.

—¿Le mencionó a alguien en el restaurante que estaba esperándola a ella? —Sí. Le pregunté al *maitre* si ella no había pasado por allí y quizá dejado un mensaje para mí. Ellos la conocían por haberla visto por televisión.

Berger lo interroga más sobre el *maitre*, le pregunta su nombre, qué usaba Chandonne esa noche, cuánto pagó por el vino y si lo hizo en efectivo y si, cuando preguntó por Susan, dio su nombre. Por supuesto que no. Ella se pasa cinco minutos en esto. Me menciona que la policía había sido contactada por el bistró, donde les dijeron que un hombre había entrado y comentado que estaba esperando a Susan Pless. Todo fue verificado con mucho cuidado en aquel momento. Todo era cierto. La descripción de la forma en que el hombre estaba vestido es idéntica a la descripción de Chandonne de qué se había puesto esa noche. Ese hombre sí pidió una copa de vino en el bar y preguntó si Susan había estado o dejado un mensaje, y no dio su nombre. Ese hombre también coincidía con la descripción del hombre que había estado en el Lumi con Susan la noche anterior.

—¿Le dijo usted a alguien que había estado con ella la noche en que la asesinaron? —Pregunta Berger en el videocasete.

—No. Cuando supe lo que había pasado, ya no pude decir nada.

—¿Y qué fue lo que supo usted que había sucedido?

—Ellos lo hicieron. Ellos se lo hicieron a ella. Una vez más me incriminaron.

—¿Una vez más?

—Yo tuve mujeres en París antes de todo esto. Y ellos también se lo hicieron a ellas.

—¿Estas mujeres fueron antes de la muerte de Susan?

—Quizás una o dos antes. Después, también algunas. Lo mismo les sucedió a todas porque me estaban siguiendo. Por eso empecé a esconderme cada vez más, y el estrés y las penurias hicieron que mi enfermedad empeorara mucho. Ha sido una pesadilla y yo no he dicho nada. ¿Quién me creería?

—Una buena pregunta —dice Berger con tono cortante—. Porque, ¿sabe una cosa? Tampoco yo le creo, señor. Usted asesinó a Susan, ¿verdad que sí?

—No.

—La violó, ¿no es así, señor?

—No.

—La golpeó y la mordió, ¿no es verdad?

—No. Por eso no le dije nada a nadie. ¿Quién podría creerme? ¿Quién creería que hay gente que trata de destruirme, y todo porque piensan que mi padre es un criminal, un mañoso?

—Usted nunca le dijo a la policía ni a nadie que tal vez fue la última persona en ver a Susan viva, porque usted la asesinó, ¿no es así?

—No se lo dije a nadie. Si lo hubiera hecho, me habrían culpado por su muerte, tal como usted lo está haciendo. Volví a París. Anduve peregrinando. Esperé que ellos me olvidaran, pero no lo hicieron. Usted puede ver que no lo hicieron.

—Señor, ¿sabe usted que Susan estaba cubierta con marcas de mordeduras y que su saliva se encontró en esas marcas, y que las pruebas de ADN en ellas y en el líquido espermático hallado en su vagina concuerdan con su ADN?

Él fija esos anteojos oscuros en Berger.

—¿Sabe lo que es el ADN, no?

—Esperaba que saliera a relucir lo de mi ADN.

—Porque usted la mordió.

—Yo nunca la mordí. Pero soy muy oral. Yo... —Calla.

—¿Usted qué? ¿Qué hizo que pueda explicar el hecho de que su saliva esté en las marcas de mordeduras que usted dice que no le infligió a Susan?

—Soy muy oral —repite—. Chupo y lamo. Todo el cuerpo.

—¿Específicamente dónde? ¿Realmente se refiere a cada centímetro del cuerpo?

—Sí, todo el cuerpo. Yo amo el cuerpo de una mujer. Cada centímetro. Quizá porque yo no tengo... Quizá porque es tan hermoso y la hermosura es algo que yo jamás podré tener para mí. Así que las adoro. A mis mujeres y a su carne.

—Por ejemplo, ¿usted les besa y les lame los pies?

—Sí.

—¿Las plantas de los pies?

—Todo.

—¿Alguna vez mordió los pechos de una mujer?

—No. Susan tenía pechos muy hermosos.

—Pero usted se los chupó, se los lamió.

—Sí, obsesivamente.

—¿Los pechos son importantes para usted?

—Sí, claro. Muy importantes... y lo digo con sinceridad.

—¿Usted busca mujeres con pechos grandes?

—Hay un tipo que me gusta.

—¿Cuál es exactamente su tipo?

—Los pechos plenos. —Se pone las manos en forma de copa sobre el pecho y la tensión sexual brilla en su cara al describir el tipo de mujer que lo excita. Tal vez es mi imaginación, pero sus ojos brillan detrás de los anteojos oscuros—. Pero no gorda. No me gustan las mujeres gordas, no, de ninguna manera. Esbeltas en la cintura y las caderas, pero plenas. —Vuelve a poner las manos en forma de copa, como si estuviera apretando pelotas de voley, y las venas se le hinchan en los brazos y sus músculos se flexionan.

—¿Y Susan era su tipo? —Berger sigue imperturbable.

—En el instante en que la vi en el restaurante, me sentí atraído hacia ella — contesta.

—¿En el Lumi?

—Sí.

—En su cuerpo también se encontraron pelos —dice entonces Berger—. ¿Sabe usted que en el cuerpo de ella había pelos largos y delgados, como los de un bebé, que concuerdan con sus propios pelos insólitamente finos? ¿Cómo puede ser eso si usted se había afeitado? ¿No acaba de decirme que se afeitó todo el cuerpo?

—Ellos plantan cosas para incriminarme. De eso estoy seguro.

—¿Las mismas personas que lo persiguen? —Sí.

—¿Y dónde conseguirían su pelo?

—Hubo una época, en París, hace unos cinco años, en que comencé a tener la sensación de que alguien me seguía —dice—. Sentí que me vigilaban, que me seguían. No tenía idea de por qué. Pero cuando era más joven yo no siempre me afeitaba el cuerpo. Como puede imaginar, me cuesta mucho afeitarme la espalda, en realidad es casi imposible, de modo que a veces pasaban muchos meses y, verás, cuando era más joven era también vergonzoso con las mujeres y rara vez me acercaba a ellas. Así que no pensaba tanto en afeitarme; me escondía debajo de pantalones largos y mangas largas y sólo me afeitaba las manos, el cuello y la cara. —Se toca la mejilla—. Un día volví al departamento donde vivían mis padres adoptivos...

—¿Sus padres adoptivos todavía viven a esta altura? ¿La pareja que usted mencionó? ¿Que vivía cerca de la prisión? —Agrega con un dejo de ironía.

—No. Pero todavía pude seguir viviendo allí un tiempo. No era caro y yo tenía trabajo, trabajos sueltos. Vuelvo a casa y me doy cuenta de que alguien había entrado. Fue raro. No faltaba nada salvo la colcha de mi cama. Pienso, bueno, no está tan mal. Quienquiera haya estado se llevó sólo eso. Después volvió a pasar varias veces más. Ahora me doy cuenta de que eran ellos. Querían mi pelo. Por eso se llevaron los cubrecamas. Porque yo pierdo mucho pelo, ¿sabe? —Se toca la maraña de pelos que

tiene sobre la cabeza—. Si no me afeito siempre se me cae. Y cuanto está muy largo se enreda en todas partes.—Extiende un brazo para mostrarle a Berger y sus pelos largos flotan por el aire.

—¿O sea que usted me está diciendo que no tenía el pelo largo cuando conoció a Susan? ¿Ni siquiera en la espalda?

—De ninguna manera. Si ustedes encontraron pelos largos sobre su cuerpo, entonces fueron puestos allí. ¿Ve lo que quiero decir? De todos modos, acepto que su muerte es culpa mía.

—¿Por qué es culpa suya? —le pregunta Berger a Chandonne—. ¿Por qué dice que la muerte de Susan es culpa suya?

—Porque ellos me siguieron —contesta él—. Tienen que haber llegado justo después de que yo me fui, y entonces le hicieron eso a ella.

—¿Y también lo siguieron a Richmond? ¿Por qué vino aquí?

—Vine por mi hermano.

—Explíqueme eso —responde Berger.

—Me enteré de lo del cadáver en el puerto y estaba convencido de que se trataba de mi hermano Thomas.

—¿Cómo se ganaba la vida su hermano?

—Estaba en el negocio de los embarques marítimos como mi padre. Era unos años mayor que yo. Thomas era bueno conmigo. Yo no lo veía mucho, pero él solía darme su ropa cuando ya no la quería, y también otras cosas, como ya le dije. Y dinero. Sé que la última vez que lo vi, hace alrededor de dos meses en París, estaba asustado porque pensaba que algo malo le iba a pasar.

—¿En qué lugar de París fue ese encuentro con Thomas?

—En Faubourg Saint Antoine. A él le encantaba ir a los lugares donde estaban los artistas jóvenes y los clubes nocturnos, y nos encontramos en un callejón de piedra. Cour des Trois Frères, donde están los artesanos, ya sabe, no muy lejos de Sans Sanz y el Balanjo y, por supuesto, el Bar Américain, donde se puede pagar a las chicas para que le hagan compañía a uno. Me dio dinero y dijo que se iba a Bélgica, a Antwerp, y después a este país. No volví a tener noticias suyas y lo siguiente que supe fue lo del cadáver.

—¿Y dónde se enteró de la noticia?

—Ya le dije que a mis manos llegan muchos periódicos. Yo recojo lo que la gente tira. Y muchos turistas que no hablan francés leen la versión internacional de *USA Today*. Allí había un pequeño artículo sobre el cadáver encontrado aquí, y enseguida supe que era mi hermano. Estaba seguro. Por esa razón vine a Richmond. Tenía que saber.

—¿Cómo llegó aquí?

Chandonne suspira. De nuevo parece fatigado. Se toca la piel inflamada y en carne viva que le rodea la nariz.

—No quiero decirlo —contesta—. ¿Por qué no quiere decirlo? —Tengo miedo de que lo use en mi contra—. Mire, necesito que sea veraz conmigo.

—Yo soy carterista. Le robé la billetera a un hombre que tenía el abrigo colgado de un monumento en Père-Lachaise, el cementerio más famoso de París, donde están enterrados algunos miembros de mi familia. Una *concession á perpétuité* —dice con orgullo—. Era un hombre estúpido. Un norteamericano. Era una billetera grande, como ésas donde la gente guarda el pasaporte y los pasajes de avión. Lamento decirle que he hecho esto muchas veces. Forma parte de vivir en la calle, y yo he vivido cada vez más tiempo en la calle desde que ellos comenzaron a seguirme.

—La misma gente de nuevo. Agentes federales.

—Sí, sí. Agentes, magistrados, todos. Enseguida tomé el avión porque no quería darle al hombre tiempo de hacer la denuncia de que le faltaba la billetera y que después alguien me arrestara en la puerta de embarque del aeropuerto. Era un pasaje de ida y vuelta, en segunda clase, a Nueva York. —¿Usted salió de cuál aeropuerto y cuándo?— Del De Gaulle. Debe de haber sido el jueves último. —¿El 16 de diciembre?

—Sí. Llegué temprano por la mañana y tomé un tren a Richmond. Tenía setecientos dólares que le había robado a aquel hombre. —¿Todavía tiene la billetera y el pasaporte?— No, de ningún modo. Eso sería una estupidez. Los arrojé a la basura.

—¿En la basura de dónde?

—De la estación de ferrocarril en Nueva York. No puedo decirle exactamente dónde. Me subí al tren...

—¿Y durante sus viajes nadie lo miró? ¿Usted no estaba afeitado y nadie lo miró ni reaccionó de ninguna manera?

—Tenía el pelo dentro de una redecilla debajo de un sombrero. Usaba mangas largas y cuello alto. —Vacila un instante—. Hay otra cosa que hago cuando tengo este aspecto, cuando no me he quitado el pelo: uso una máscara. La clase de máscara que la gente se pone sobre la nariz y la boca cuando tiene una alergia severa. Y uso guantes de algodón negro y anteojos oscuros.

—¿Eso es lo que usó en el avión y el tren?

—Sí. Funciona muy bien. La gente se aparta de mí y yo, por ejemplo, tenía toda una fila de asientos para mí. Así que dormí.

—¿Todavía tiene la máscara, el sombrero, los guantes y los anteojos?

Él calla un momento para pensar antes de contestar. Berger le ha arrojado una pelota curva y él vacila.

—Creo que puedo encontrarlos. —Él la esquiva.

—¿Qué hizo cuando llegó a Richmond? —Le pregunta Berger.

—Me bajé del tren.

Ella lo interroga en este punto durante varios minutos. ¿Dónde queda la estación de ferrocarril? ¿Después tomó un taxi? ¿Cómo se movió en la ciudad? ¿Qué creyó

que podía hacer con respecto a su hermano? Las respuestas de Chandonne son lúcidas. Todo lo que describe hace que parezca plausible que él haya estado donde asegura haber estado, como por ejemplo la estación Amtrak en Staples Mili Road y en un taxi azul que lo dejó en un hotel de mala muerte sobre la avenida Chamberlayne, donde pagó veinte dólares por una habitación, usando un nombre falso una vez más y pagando en efectivo. Desde allí, alega haber llamado a mi oficina para obtener información acerca del cuerpo no identificado que dice pertenece a su hermano.

—Pedí hablar con el médico, pero nadie quiso ayudarme. —Le dice a Berger.

—¿Con quién habló? —Le pregunta ella.

—Era una mujer. Tal vez una empleada.

—¿Esa empleada le dijo quién era el médico?

—Sí, un doctor Scarpetta. Entonces pedí hablar con él, y la empleada me dice que Scarpetta es una mujer. Así que digo, muy bien, ¿puedo hablar con ella? Y ella está ocupada. No dejo mi nombre ni mi número, por supuesto, porque debo seguir teniendo cuidado. A lo mejor me están siguiendo de nuevo. ¿Cómo saberlo? Y entonces consigo un periódico y leo todo lo referente a un crimen aquí, una señora a la que mataron en una tienda una semana antes, y estoy impresionado... y asustado. Ellos están aquí.

—¿Las mismas personas? ¿Las que usted dice que lo persiguen?

—Ellos están aquí, ¿no lo entiende? Ellos mataron a mi hermano y sabían que yo vendría a buscarlo.

—Ellos sí que son una maravilla, ¿no es así? Tienen que ser maravillosos para saber que usted vendría a Richmond, Virginia, porque por casualidad leyó un ejemplar descartado de *USA Today* y se enteró de que un cadáver había terminado aquí, y que usted supondría que se trataba del de Thomas, y de que usted robaría un pasaporte y una billetera y tomaría un vuelo hacia aquí.

—Ellos sabrían que yo vendría. Yo amo a mi hermano. Mi hermano es todo lo que tengo en la vida. Es el único que siempre fue bueno conmigo. Y necesito averiguarlo por papá. Pobre papá.

—¿Qué me dice de su madre? ¿A ella no la pondría mal saber que Thomas está muerto?

—Ella siempre está borracha.

—¿Su madre es alcohólica?

—Bebe todo el tiempo.

—¿Todos los días?

—Todos los días, todo el día. Y después se enoja o llora mucho.

—¿Usted no vive con ella y, sin embargo, sabe que ella bebe todos los días y todo el día?

—Thomas me lo contaba. Así ha sido la vida de ella desde que puedo recordar. Siempre me dijeron que era borracha. Las pocas veces que yo iba a la casa, ella estaba borracha. En una oportunidad me dijeron que era posible que yo hubiera contraído mi enfermedad porque ella se emborrachaba mientras estaba embarazada de mí.

Berger me mira.

—¿Es eso posible?

—¿Síndrome alcohólico fetal? —Lo pienso—. No es muy probable. Por lo general puede haber un retardo mental y físico si la madre es una alcohólica crónica, y los cambios cutáneos como la hipertriosis serían el menor de los problemas de la criatura.

—Eso no quiere decir que él no crea que su madre le provocó su enfermedad.

—Sí, sin duda puede creerlo —estoy de acuerdo con ella.—Esto ayuda a entender su odio extremo hacia las mujeres.—Eso, como cualquier otra cosa —contesto.

En el video, Berger hace que Chandonne vuelva al tema de su supuesto llamado a la morgue aquí, en Richmond.

—¿De modo que trató de ponerse en contacto por teléfono con la doctora Scarpetta, pero no pudo? ¿Después, qué?

—Entonces al día siguiente, viernes, por el televisor de mi cuarto del motel oigo que otra mujer ha sido asesinada. Esta vez, una mujer policía. Es una noticia de gran interés periodístico, ya sabe, y yo veo lo que está pasando y, de pronto, las cámaras enfocan un enorme auto negro que se acerca a la escena y dicen que se trata de la médica forense. Es ella, la doctora Scarpetta, así que se me ocurre ir allá enseguida, esperar hasta que esté por irse de la escena y acercarme a ella después. Le diré que necesito hablarle. De modo que tomo un taxi.

Aquí, su notable memoria falla. No recuerda cuál compañía de taxis era, ni siquiera el color del auto, sólo que el conductor era negro. Probablemente el ochenta por ciento de los choferes de taxi de Richmond son negros. Chandonne alega que, mientras lo conducían a la escena. —Y él conoce la dirección porque salió en las noticias— oye otro informativo. Esta vez, se advierte al público que el asesino puede padecer una extraña enfermedad médica que hace que su aspecto sea muy peculiar. Esa descripción de un hipertricotico le cabe a Chandonne. —Ahora lo sé con toda seguridad—. Continúa. —Ellos prepararon la trampa y el mundo cree que yo maté a esas mujeres en Richmond. Así que entro en pánico en el asiento posterior del taxi y trato de pensar qué hacer. Le digo al chofer: «¿Usted conoce a esa mujer de la que hablan? ¿Scarpetta?». Él me contesta que en la ciudad todos la conocen. Le pregunto dónde vive y le digo que soy un turista. Él me lleva a su vecindario pero no entramos porque hay guardias y un portón de entrada. Pero ya sé lo suficiente para encontrarla. Me bajo del taxi a varias cuadras de allí. Estoy decidido a encontrarla antes de que

sea demasiado tarde. —¿Demasiado tarde para qué?— Le pregunta Berger.

—Antes de que maten a alguien más. Tengo que volver más tarde esa misma noche y, de alguna manera, hacer que ella me abra la puerta para poder hablarle.

¿Sabe?, tengo miedo de que ella sea la siguiente víctima. Ellos lo hicieron en París. Allí trataron de asesinar a la médica forense, una mujer. Pero ella tuvo mucha suerte.

—Señor, mantengámonos en el tema de lo que pasó aquí, en Richmond. Dígame qué sucedió a continuación. Es el viernes 17 de diciembre a media mañana, o sea el viernes pasado. ¿Qué hizo usted después de que el taxi lo dejó? ¿Qué hizo el resto del día?

—Vagabundear un poco. Encontré una casa abandonada que daba al río y entré en ella, tanto como para resguardarme del clima.

—¿Sabe dónde está esa casa?

—No puedo decírselo, pero no lejos del vecindario de ella.

—¿Del vecindario de la doctora Scarpetta?

—Sí.

—Usted podría volver a encontrar esa casa, la casa en que se quedó, ¿verdad que sí?

—Está en construcción. Es muy grande. Una mansión en la que en este momento no vive nadie. Sé dónde está. Berger me dice a mí:

—¿La casa en que piensan que se estuvo quedando todo el tiempo que estuvo aquí?

Asiento con la cabeza. Conozco la casa. Pienso en sus pobres dueños y no puedo imaginar que quieran volver a vivir allí nunca. Chandonne dice que él se escondió en la mansión abandonada hasta que oscureció. Varias veces esa noche se aventuró a salir y eludió el portón con el guardia de mi vecindario siguiendo el río y las vías de ferrocarril que hay del otro lado. Asegura haber llamado a mi puerta temprano por la tarde y no haber recibido respuesta. En ese punto, Berger me pregunta a qué hora volví a casa esa noche. Le digo que fue después de las ocho. Después de salir de la oficina había pasado por la ferretería Pleasants. Quería ver herramientas porque me habían dejado perpleja las extrañas heridas que encontré en el cuerpo de Diane Bray y en las transferencias sangrantes que hice al colchón cuando el asesino apoyó la herramienta ensangrentada con que la había golpeado. Fue durante esa recorrida por la ferretería que encontré un martillo cincelador, compré uno y me fui a casa, le digo a Berger. Chandonne sigue asegurando que empezó a tener miedo de venir a verme. Que había muchos autos policiales patrullando el vecindario y que, en determinado momento, cuando vino a mi casa tarde, había dos autos policiales estacionados en el frente. Esto fue porque mi alarma había sonado... cuando Chandonne trató de abrir la puerta de mi garaje para que la policía viniera. Por supuesto, él le dice a Berger que

no fue él quien hizo sonar la alarma. Fueron ellos, tienen que haber sido ellos, dice. Ya es cerca de la medianoche. Nieva mucho. Él se esconde detrás de los árboles que hay cerca de casa y espera a que la policía se vaya. Dice que es su última oportunidad y que tiene que verme. Está convencido de que ellos están en los alrededores y me matarán. Así que se acerca a la puerta del frente y llama.

—¿Con qué golpeó la puerta? —Le pregunta Berger.

—Recuerdo que había un llamador y creo haberlo usado. —Chandonne bebe lo que quedaba de su Pepsi y Marino, en la grabación, le pregunta si quiere otra. Chandonne sacude la cabeza y bosteza. Habla acerca de venir a casa para romperme la cabeza y el muy desgraciado bosteza.

—¿Por qué no tocó el timbre? —Pregunta Berger. Esto es importante. El timbre de mi puerta de calle activa el funcionamiento de una cámara. Si Chandonne hubiera tocado el timbre, yo habría podido verlo en una pantalla de video que tengo en el interior de casa.

—No lo sé —responde él—. Vi el llamador y lo utilicé.

—¿Dijo algo?

—No al principio. Entonces oí que una mujer preguntaba «¿Quién es?».

—¿Y qué contestó usted?

—Le di mi nombre. Dije que tenía información con respecto al cuerpo que ella estaba tratando de identificar y que, por favor, me permitiera hablar con ella.

—¿Le dio su nombre? ¿Se identificó como Jean-Baptiste Chandonne?

—Sí. Le dije que había venido de París y que había estado tratando de comunicarme con ella en su oficina. —Vuelve a bostezar.—Entonces pasa una cosa increíble. —Continúa—. De pronto la puerta se abre y ella está allí. Me dice que pase y, tan pronto lo hago, cierra la puerta detrás de mí y no puedo creer lo que veo. De pronto tiene este martillo y trata de golpearme con él.

—¿De pronto ella tiene un martillo? ¿De dónde lo sacó? ¿Apareció por arte de magia?

—Creo que lo tomó de una mesa que había cerca de la puerta. No lo sé. Todo sucedió tan rápido. Y yo trato de alejarme de ella. Entro en el living y le grito que no siga, y en ese momento pasa esa cosa terrible. Todo fue muy rápido. Sólo recuerdo que yo estaba del otro lado del sofá y que algo voló hacia mi cara. Era un líquido que me quemó los ojos. Nunca sentí algo tan, tan... —Hace un ruido con la nariz—. Tanto dolor. Yo gritaba y trataba de sacármelo de los ojos. Traté de salir de la casa. Sabía que ella me iba a matar y de pronto caí en la cuenta de que ella era uno de ellos. Ellos. Por fin me cazaron. ¡Y yo caminé justo hacia la trampa! Todo el tiempo estaba planeado que ella recibiría el cuerpo de mi hermano porque ella es parte de ellos. Me arrestarían y finalmente ellos tendrían la oportunidad que querían. Finalmente la tendrían.

—¿Y qué era lo que querían? —Le pregunta Berger—. Dígamelo de nuevo, porque me está costando mucho entenderlo y, más todavía, creerle esa parte.

—¡Ellos quieren a mi padre! —dice con la primera voz emocionada que le he oído—. ¡Conseguir a papá! Encontrar una razón para seguirlo, arrestarlo y destruirlo. Hacer que parezca que mi padre tiene un hijo asesino, así pueden llegar a mi familia. ¡Todo esto durante años! Yo soy un Chandonne y, ¡míreme! ¡Míreme! Extiende los brazos en una pose de crucifixión, el pelo flotando de su cuerpo. Lo miro, horrorizada, cuando él se quita los anteojos oscuros y la luz penetra en sus ojos sensibles y quemados. Miro fijo esos ojos rojos, químicamente quemados. No parecen enfocarse y las lágrimas le corren por la cara.

—¡Estoy arruinado! —grita—. ¡Soy feo, estoy ciego y me acusan de crímenes que no cometí! ¡Ustedes, los norteamericanos, quieren ejecutar a un francés! ¡Eso es! ¡Para sentar un ejemplo! —Se oye un chirriar de las sillas contra el piso y Marino y Talley están sobre Chandonne, sujetándolo a su silla—. ¡Yo no maté a nadie! ¡Ella trató de matarme a mí! ¡Miren lo que ella me hizo! Y Berger le dice, con voz calma:

—Hace una hora que estamos en esto. Ahora pararemos. Es suficiente. Cálmese, cálmese.

La imagen oscila y se llena de barras antes de que se vuelva del color azul brillante de una tarde perfecta. Berger apaga la casetera. Yo me quedo sentada, muda y anonadada.

—Detesto decirle esto. —Berger quiebra el sorprendente conjuro que Chandonne ha lanzado contra mi pequeña y privada sala de reuniones.—En el mundo hay algunos idiotas paranoicos y antigubernamentales que van a creerle a este tipo. Confiamos en que ninguno de ellos termine integrando el jurado. Sólo haría falta uno. Jay Talley. —Berger me sobresalta al nombrarlo. Ahora que Chandonne se ha desvanecido de entre nosotros con sólo apuntar el control remoto, esta fiscal de Nueva York no pierde tiempo en enfocar su interés en mi persona. Hemos regresado a una realidad más pequeña: una sala de reuniones con una mesa redonda de madera, bibliotecas de madera y una pantalla de televisión vacía. Carpetas de distintos casos y fotografías truculentas están desplegadas frente a nosotros, olvidadas, ignoradas, porque Chandonne se ha apropiado de todo y de todos durante las últimas dos horas—. ¿Quiere hablar espontáneamente o prefiere que yo le diga lo que sé? —me enfrenta Berger.

—No estoy segura de qué es lo que usted quiere que diga. —Me siento sorprendida, después ofendida y luego nuevamente furiosa cuando pienso en la presencia de Talley en la entrevista a Chandonne. Imagino a Berger hablando con Talley antes y después del interrogatorio a Chandonne, y también durante el descanso que él se tomó para comer algo. Berger ha estado horas con Talley y Marino—. Y, más concretamente. —Agrego—, ¿qué tiene esto que ver con su caso de Nueva

York?

—Doctora Scarpetta.—Ella se echa hacia atrás en su silla y yo tengo la sensación de que he estado en esta habitación con ella durante la mitad de mi vida y estoy retrasada. Llegaré tardísimo a mi reunión con el gobernador. —Por difícil que esto le resulte— dice Berger, —le estoy pidiendo que confíe en mí. ¿Puede hacerlo?

—Ya no sé en quién confiar. —Le contesto con sinceridad.

Sonríe un poco y suspira.

—Muy honesto de su parte. No tiene razones para confiar en mí. Quizá no tiene motivos para confiar en nadie. Pero tampoco tiene ninguna razón real para no confiar en mí como una profesional que lo único que quiere es hacer que Chandonne pague por sus crímenes... si es que asesinó a esas mujeres.

—¿«Si» las mató? —Pregunto.

—Tenemos que probarlo. Y cualquier cosa que pueda averiguar de lo que sucedió aquí, en los casos de Richmond, será invaluable para mí. Se lo prometo. No es mi intención ser voyeur ni violar su privacidad. Pero debo tener el contexto completo. Francamente, necesito saber exactamente a qué me enfrento, y la dificultad radica en que no sé quiénes son todos los personajes ni qué son ni si alguno de ellos puede, de alguna manera, tener algo que ver con mi caso en Nueva York. Por ejemplo, ¿podría la adicción de Diane Bray a las drogas recetadas ser indicativa de otra actividad ilegal posiblemente relacionada con el crimen organizado, con la familia Chandonne? ¿O incluso tener cierta relación con la razón por la que el cuerpo de Thomas Chandonne terminó en Richmond?

—A propósito. —Primero me importa aclarar otro asunto, vale decir, mi credibilidad—. ¿Cómo explica Chandonne el que en mi casa hubiera dos martillos cinceladores? Sí, yo compré uno en la ferretería, como ya le conté. ¿De dónde salió el otro entonces, si él no lo trajo consigo? Y si yo quería matarlo, ¿por qué no usé la pistola? Mi Glock estaba justo sobre la mesa del comedor. Berger vacila y esquiva por completo mis preguntas.

—Si yo no conozco toda la verdad, me será muy difícil seleccionar qué tiene que ver con mi caso y qué no. —Sí, eso lo entiendo.

—¿Podemos empezar con el grado de relación que mantiene usted con Jay?

—Él me llevó en su auto al hospital. —Me doy por vencida. Es obvio que yo no seré la que hace las preguntas en esta situación—. Cuando me fracturé el brazo. Se presentó en casa con la policía, con el ATF, y hablé un momento con él el sábado por la tarde, cuando la policía todavía estaba en casa.

—¿Tiene alguna idea de por qué él consideró necesario venir aquí en avión desde Francia para asistir a la cacería de Chandonne?

—Sólo puedo suponer que es porque está muy familiarizado con el caso. —¿O como una excusa para verla a usted?

—Eso tendría que responderlo él.

—¿Usted lo está viendo?

—No desde el sábado por la tarde, como ya le dije. —¿Por qué no? ¿Considera que la relación ha terminado?— Ni siquiera considero que haya empezado. —Pero usted se acostó con él— dice y levanta una ceja. —De modo que soy culpable de una mala elección.

—Él es apuesto, inteligente. Y joven. Es más probable que algunas personas la acusen de buen gusto. Es soltero. También lo es usted. No es como si usted cometiera adulterio. —Hace una pausa. ¿Estará aludiendo a Benton, al hecho de que yo he sido culpable de adulterio en el pasado?— Jay Talley tiene mucho dinero, ¿no es así? —Golpea su marcador sobre el bloc, una suerte de metrónomo que mide el mal rato que estoy pasando—. Supuestamente lo heredó de su familia. Tendré que verificarlo. Y, a propósito, creo que debe saber que yo conversé con él, con Jay. En extenso.

—Lo único que supongo es que usted habló con todo el mundo. Lo que todavía no entiendo es cómo tuvo tiempo de hacerlo.

—Hubo bastante tiempo en el hospital de la Facultad de Medicina de Virginia.

Me la imagino bebiendo café con Talley. Me parece ver la expresión de su cara, la actitud de él. Me pregunto si se siente atraída hacia Jay.

—Hablé tanto con Talley como con Marino mientras Chandonne tenía sus distintos períodos de descanso. —Sus manos están plegadas sobre un anotador que lleva el logo de su oficina. Ella no ha escrito nada, ni una sola palabra durante todo el tiempo que hace que estamos en esta habitación. La defensa tiene derecho de ver todo lo que está escrito, así que, no escribas nada. Cada tanto hace garabatos. Ya llenó dos hojas con garabatos desde que entró en mi sala de reuniones. De pronto, en mi mente aparece una señal roja de alarma. Berger me está tratando como si yo fuera un testigo. Y yo no debería ser testigo, no en su causa de Nueva York.

—Tengo la impresión de que usted se está preguntando si, de alguna manera, Jay está involucrado... —Comienzo a decir. Berger me interrumpe y se encoge de hombros.

—No hay que dejar nada sin revisar —dice—. ¿Es posible? A esta altura, estoy por creer que cualquier cosa es posible. En qué espléndida posición estaría Talley si estuviera en connivencia con los Chandonne, ¿verdad que sí? Interpol, ah, eso es útil para un cartel criminal. Él la llama a usted, la lleva a Francia, quizá para averiguar qué sabe usted sobre Jean-Baptiste. De pronto, Talley está en Richmond para la cacería de un hombre. —Berger cruza los brazos y de nuevo me lanza una mirada penetrante.—Ese hombre no me gusta. Me sorprende que a usted sí.

—Mire —digo, con un dejo de derrota en la voz—. Jay y yo tuvimos en París una relación que duró, cuando mucho, veinticuatro horas.

—Usted tomó la iniciativa en el aspecto sexual. Esa noche se peleó con él en un restaurante y se fue, furiosa y llena de celos porque él miraba a otra mujer... —¿Qué? —Salto. —¿Él le dijo eso?

Berger me mira en silencio. Su tono no es distinto del que utilizó con Chandonne, un monstruo terrible. Ahora me está entrevistando a mí, una persona terrible. Es así como me siento.

—No tuvo nada que ver con otra mujer —le digo—. ¿Cuál otra mujer? Y, por cierto, no sentí celos. Él se mostró demasiado petulante y para mí fue suficiente.

—Fue en el Café Runts de la rué Favard. Y usted hizo una escena.—Ella continúa

mi historia o, al menos, la versión que Talley le dio de lo sucedido. —Yo no hice ninguna escena. Me puse de pie y me fui, punto—. Desde allí volvió al hotel, tomó un taxi y fue a la isla San Luis, donde vive la familia Chandonne. Se puso a caminar por allí en la oscuridad, observando la mansión de los Chandonne, y después tomó una muestra de agua del Sena.

Lo que ella acaba de decir envía impulsos eléctricos a cada una de mis células y la transpiración cae en gotas heladas debajo de mi blusa. Yo nunca le dije a Jay lo que hice después de abandonar el restaurante. ¿Cómo puede Berger saber todo esto? ¿Cómo lo supo Jay, si él fue quien se lo contó? Marino. ¿Cuánto de todo esto le dijo Marino voluntariamente?

—¿Cuál fue el verdadero propósito que la llevó a encontrar la casa de los Chandonne? ¿Qué pensó que eso podría decirle? —Pregunta Berger.

—Si yo supiera lo que me diría, no necesitaría investigar —contesto—. En cuanto a la muestra de agua, como usted debe de saber por los informes de laboratorio, encontramos diatomeas o algas microscópicas en la ropa del cuerpo no identificado que apareció en el puerto de Richmond... el cuerpo de Thomas. Yo quería obtener una muestra de agua de un lugar cercano a la casa de los Chandonne para comprobar si existía alguna posibilidad de que el mismo tipo de diatomea estuviera presente en ese sector del Sena. Y era así. Las diatomeas del agua concordaban con las que encontré en el interior de la ropa del cadáver, el cadáver de Thomas, y nada de esto importa. Usted no está querellando a Jean-Baptiste por el asesinato de su supuesto hermano, puesto que eso sucedió probablemente en Bélgica. Usted ya lo puso bien en claro. —Pero la muestra de agua es importante—. ¿Por qué?

—Cualquier cosa que haya ocurrido me revela más cosas acerca del acusado y posiblemente conduce al motivo. Lo que es más importante, a la identidad y lo intencional.

Identidad e intencionalidad. Esas palabras rugen en mi mente como un tren. Yo soy abogada y sé lo que esas palabras significan.

—¿Por qué tomó usted la muestra de agua? ¿Es habitual en usted andar por todos lados recogiendo pruebas que no están directamente asociadas con un cadáver? Tomar muestras de agua no es algo que pertenezca a su jurisdicción, en especial en un país extranjero. Para empezar, ¿para qué fue a Francia? ¿No es eso algo un poco fuera de lo común para una médica forense?

—Interpol me llamó. Usted misma lo señaló.

—Más específicamente, el que la llamó fue Jay Talley.

—Él representa a Interpol. Es el enlace del ATF.

—Me estoy preguntando cuál fue la verdadera razón por la que él orquestó su viaje a París. —Hace una pausa para permitir que ese temor helado llegue a mi cerebro. Se me ocurre que Jay puede haberme manipulado por razones que no estoy

segura de poder soportar—. Talley tiene muchas facetas. —Agrega críticamente Berger—. Si Jean-Baptiste fuera juzgado aquí, me temo que sería más probable que Talley fuera utilizado por la defensa que por la acusación. Posiblemente, para desacreditarla a usted como testigo.

El calor me trepa por el cuello. La cara me arde. El miedo me hiere como metralla y me destroza cualquier esperanza que yo pueda haber tenido de que algo como esto no pasaría.

—Permítame preguntarle algo. —Mi furia es total. Es lo único que puedo hacer para serenarme la voz—. ¿Hay algo que usted no sepa sobre mi vida?

—Sí, bastante.

—¿Por qué tengo la sensación de que yo soy la que va a ser acusada, señora Berger?

—No lo sé. ¿Por qué siente eso?

—Estoy tratando de no tomar nada de esto personalmente. Pero le confieso que cada vez me resulta más difícil.

Berger no sonrío. La decisión convierte sus ojos en pedernal y endurece su tono.

—Se va a poner muy personal. Le recomiendo que no lo tome de esa manera. Usted, más que nadie, sabe cómo funcionan estas cosas. La auténtica comisión de un crimen es incidental al verdadero daño que provocan sus efectos. Jean-Baptiste Chandonne no le infligió ni un solo golpe a usted cuando entró por la fuerza en su casa. Es ahora que él empieza a lastimarla. Él la ha herido. La va a herir. Aunque esté preso, le infligirá golpes diariamente. Él ya ha iniciado un proceso letal y cruel: la violación de Kay Scarpetta. Ya comenzó. Lo siento. Es un hecho de la vida que usted conoce demasiado bien.

En silencio le devuelvo la mirada. Tengo la boca seca y mi corazón parece latir fuera de ritmo.

—No es justo, ¿verdad? —dice ella con el dejo filosófico de una fiscal que sabe cómo dismantelar a los seres humanos en forma tan completa como lo hago yo—. Pero, bueno, estoy segura de que a sus pacientes no les gustaría estar desnudos sobre su mesa y bajo su cuchillo, que les explore sus orificios, si ellos lo supieran. Y, sí, hay muchísimo que no sé de su vida. Y, sí, a usted no le va a gustar nada que yo la investigue. Y, sí, usted cooperará conmigo si es la persona que me han dicho que es. Y, sí, maldito sea, desesperadamente necesito su ayuda o este caso se va a la mierda.

—Porque usted va a tratar de incluir todos sus otros malos actos, ¿verdad?

—Me animo a decirlo.

Ella vacila. Sus ojos se demoran en mí y se iluminan por un instante, como si yo acabara de decir algo que la llena de felicidad o, quizá, con un nuevo respeto. Entonces, con la misma rapidez, esos ojos de nuevo me excluyen, y ella dice: —Todavía no estoy segura de lo que voy a hacer.

No le creo. Yo soy la única testigo viva. La única. Ella se propone chuparme a su caso, incluir en el juicio a cada uno de los crímenes de Chandonne, todo magníficamente presentado dentro del pequeño contexto de una pobre mujer que él asesinó en Manhattan hace dos años. Chandonne es inteligente, pero es posible que haya cometido un error fatal en el video. Le dio a Berger las dos armas que ella necesita para hablar de identidad e intencionalidad. Yo puedo identificar a Chandonne. Sé perfectamente bien cuál era su intención cuando se metió en mi casa. Soy la única persona viva que puede contradecir sus mentiras.

—De modo que ahora martillamos mi credibilidad.—Este juego de palabras de mal gusto es deliberado. Ella me está atacando del mismo modo en que lo hizo Chandonne, pero, desde luego, por una razón completamente diferente. No quiere destruirme. Ella quiere asegurarse de que yo no esté destruida.

—¿Por qué se acostó con Jay Talley? —Otra vez con lo mismo.

—Porque él estaba allí, maldita sea. —Le retruco.

Ella estalla en una repentina erupción de risa, carcajadas profundas y roncadas que la hacen echarse hacia atrás en la silla.

Yo no trato de ser cómica. En todo caso, estoy disgustada.

—Ésa es la pura verdad, señora Berger. —Agrego.

—Por favor, llámeme Jaime —dice y suspira.

—No siempre sé las respuestas, incluso para las cosas en que debería saberlas. Como por ejemplo, por qué tuve mi momento con Jay. Pero es algo de lo que me avergüenzo. Hasta hace algunos minutos, me sentía culpable por eso, temerosa de haberlo usado, de haberlo lastimado.

Para esto ella no tuvo respuesta.

—Yo debería haber sabido cómo era él. —Continúo mientras mi indignación se desenvuelve sin tapujos delante de nuestros ojos—. No es mejor persona que esos chicos adolescentes que la otra noche miraban embobados a mi sobrina en el centro comercial. Hormonas ambulantes. De modo que Jay fanfarroneó acerca de lo que había pasado conmigo, estoy segura; se lo contó a todos, incluyendo a usted. Y, permítame agregar... —Callo un momento. Trago. La furia es una bola en mi garganta—. Permítame agregar que algunos de los detalles no son asunto suyo y nunca lo serán. Le pido, señora Berger, por una cuestión de cortesía profesional, que no se meta en lugares en los que no le corresponde.

—Si tan sólo otros lo cumplieran.

A propósito vuelvo a mirar mi reloj. Pero no puedo irme, no antes de hacerle la pregunta más importante.

—¿Usted cree que él me atacó? —Ella sabe que esta vez me refiero a Chandonne.

—¿Hay alguna razón por la que no debería creerlo?

—Como es obvio, mi relato como testigo presencial hace que todo lo demás que

él dijo se transforme en la mentira que es —contesto—. No fueron ellos. No había ellos. Sólo ese maldito hijo de puta que simuló ser policía y me persiguió con un martillo. Me gustaría saber cómo demonios puede explicar eso. ¿Le preguntó usted cómo era que había en mi casa dos martillos cinceladores? Por el recibo de la ferretería yo puedo demostrar que compré sólo uno. —Insisto de nuevo en ese punto. —Entonces, ¿de dónde salió el otro?

—Permítame que, en cambio, le haga una pregunta. —Una vez más, ella evita responder a la mía—. ¿Existe alguna posibilidad de que usted sólo haya dado por sentado que él la atacaba? ¿Que al verlo usted entró en pánico? ¿Está segura de que él tenía un martillo cincelador y que la perseguía para atacarla? La miro fijo.

—¿Que «sólo di por sentado» que él me estaba atacando? ¿Qué posible explicación podía haber por el hecho de que él estuviera dentro de mi casa? —Bueno, usted le abrió la puerta. Hasta ahí lo sabemos, ¿no?— Usted no me está preguntando si él era un huésped invitado, ¿no? —La miro con expresión desafiante y siento pegajoso el interior de mi boca. Me tiemblan las manos. Cuando ella no me contesta, empujo hacia atrás mi silla—. Yo no tengo por qué quedarme aquí sentada oyendo esto. Ha pasado de lo ridículo a lo sublimemente ridículo.

—Doctora Scarpetta, ¿qué sentiría usted si se sugiriera públicamente que usted, de hecho, invitó a Chandonne a su casa y lo atacó? ¿No por alguna razón especial sino porque, quizás, entró en pánico? O peor. Que usted es parte de una conspiración, tal como él lo aseguró en la grabación: usted y Jay Talley. Lo cual también ayuda a explicar por qué usted fue a París y se acostó con Talley y, después, conoció a la doctora Stvan y tomó pruebas de la morgue.

—¿Qué sentiría yo? No se me ocurre qué más decir.

—Usted es la única testigo, la única persona viva que sabe que lo que Chandonne dice son mentiras y más mentiras. Si usted dice la verdad, entonces este caso depende completamente de usted.

—Yo no soy una testigo del caso suyo. —Le recuerdo—. No tuve nada que ver con la investigación del homicidio de Susan Pless.

—Necesito su ayuda. Esto va a insumir mucho tiempo.

—Yo no la ayudaré. No si usted va a poner en tela de juicio mi veracidad o mi estado de ánimo.

—En realidad, yo no pongo nada en tela de juicio, pero la defensa sí lo hará. Y seriamente. Dolorosamente. —Con mucha cautela ella se abre camino por los bordes de una realidad que todavía no ha compartido conmigo. El abogado de la parte contraria. Sospecho que ella ya sabe quién es. Sabe exactamente quién va a terminar lo que Chandonne empezó a dismantelar, la humillación de mi persona para que todo el mundo la vea. Mi corazón late con golpes sordos. Me siento muerta. Mi vida acaba de terminar frente a mis ojos.

—En algún momento necesitaré que venga a Nueva York —está diciendo Berger—. Más vale pronto que más adelante. Y, a propósito, le aconsejo que tenga muchísimo cuidado acerca de con quién habla en este momento. Por ejemplo, no le recomiendo que comente con nadie nada de estos casos sin hablar primero conmigo. —Comienza a recoger sus papeles y libros—. También le aconsejo que no se ponga en contacto con Jay Talley. —Su mirada se cruza con la mía cuando cierra su portafolios—. Lamentablemente, creo que todos vamos a recibir un regalo de Navidad que no nos va a gustar nada. —Nos ponemos de pie y quedamos frente a frente.

—¿Quién? —Me decido y se lo pregunto con voz cansada—. Usted sabe quién va a representarlo a él, ¿no es verdad? Por eso se quedó toda la noche levantada con Chandonne. Usted quería llegar a él antes de que su abogado le cerrara la puerta en las narices.

—Muy cierto —me contesta con un dejo de irritación—. La cuestión es si no habré sido una incauta. —Nos miramos por encima de la superficie lustrada de la mesa—. Me parece demasiada coincidencia que, menos de una hora después de mi entrevista con Chandonne, me entere de que él ya contrató a un abogado. Sospecho que él ya sabía quién iba a ser su abogado y hasta es posible que ya le haya pagado un adelanto. Pero Chandonne y la basura que ha contratado sin duda sabían que este video. —Palmea su portafolios lastimarnos a nosotros y ayudarlo a él.

—Porque o bien los jurados le creen a Chandonne o bien lo consideran paranoico y loco —resumo yo.

Ella asiente.

—Por supuesto. Si todo lo demás falla, alegarán insania. Y nosotras no queremos que el señor Chandonne esté en Kirby, ¿verdad?

Kirby es un famoso hospital psiquiátrico forense de Nueva York. Es allí donde Carrie Grethen fue encarcelada antes de que escapara y asesinara a Benton. Berger acaba de tocar otro punto doloroso de mi historia.

—Entonces usted está enterada de lo de Carrie Grethen. —Le digo, frustrada, cuando salimos de una sala de reuniones que ya nunca me parecerá la misma. También ese lugar se ha convertido en escena de un crimen. La totalidad de mi mundo lo es ya.

—Yo la he investigado a usted bastante —dice Berger casi con tono de disculpa—. Y tiene razón, sé quién va a representar a Chandonne, y no es una buena noticia. De hecho, es pésima. —Se pone su abrigo de visón cuando salimos al pasillo—. ¿Conoce usted al hijo de Marino? Me freno en seco y la miro, atónita.

—No creo que nadie haya conocido nunca a su hijo —respondo—. Vamos, que usted tiene una reunión. Se lo explicaré mientras salimos. —Berger acuna sus libros y carpetas y camina despacio sobre una alfombra silenciosa—. Rocco Marino,

afectuosamente conocido como «Rocky», es un abogado defensor de fama excepcionalmente mala que suele defender a pandilleros y a otra gentuza a quien él le vale la pena sacar en libertad cueste lo que cueste. Es ostentosamente vulgar y le encanta la publicidad. —Me mira—. Pero, más que nada, le encanta herir a la gente. En eso radica su poder.

Apago las luces del pasillo y quedamos un momento en la oscuridad hasta que lleguemos al primer conjunto de puertas de acero inoxidable.

—Me dijeron que hace algunos años, en la Facultad de Derecho. —Continúa ella —, Rocky se cambió el apellido a Caggiano. Supongo que como rechazo final al padre que desprecia.

Vacilo un momento y la enfrento en las sombras. No quiero que ella vea la expresión de mi cara, que detecte que me siento perdida. Siempre supe que Marino odiaba a su hijo. Son muchas las teorías que he barajado sobre el motivo. Tal vez Rocky es gay o drogadicto o sencillamente un perdedor. Lo que está muy claro es que Rocky es algo así como un anatema para su padre, y ahora lo sé. Me impresiona lo amargo de la ironía, lo vergonzoso que es todo. Por Dios.

—¿Rocky «Caggiano» se enteró del caso y se ofreció a defender a Chandonne? —Pregunto.

—Podría ser. También podría ser que las vinculaciones de la familia Chandonne con el crimen organizado lo hayan conducido a su hijo o, demonios, es posible que Rocky ya esté conectado con ellos. Puede ser una combinación de ambas cosas. Pero se parece un poco como arrojar a padre e hijo en el Coliseo.

Parricidio frente al mundo, si bien en forma indirecta. Marino no necesariamente tendrá que prestar testimonio en el juicio de Chandonne en Nueva York, pero podría suceder, dependiendo de cómo se desarrolla todo esto.

Yo sé cómo se desarrollará. Todo está muy claro para mí. Berger vino a Richmond con la intención de insertar estos casos en el de Nueva York. No me sorprendería nada que de alguna manera se ingeniara para incluir también los casos de París.

—Sea como fuere —dice ella—, el caso Chandonne siempre se considerará el caso de Marino. A los policías como él les importa lo que sucede. Y el hecho de que Rocky represente a Chandonne me coloca en una posición desafortunada. Si el caso se juzgara en Richmond, yo me acercaría al juez ex parte y le señalaría que existe un evidente conflicto de intereses. Probablemente él me arrojaría de su despacho y me reprendería. Pero, al menos así, podría conseguir que Su Señoría solicitara un codefensor del equipo legal del acusado para que el hijo no tenga que repreguntarle a su padre.

Oprimo un botón y más puertas de acero se abren.

—Pero eso provocaría una tormenta de protestas. —Continúa Berger—. Y quizás

el tribunal dictaminaría a mi favor o, aunque sólo fuera, yo utilizaría la situación para obtener el favor del jurado y le mostraría las malas personas que son Chandonne y su abogado defensor.

—No importa cómo se desarrolle su caso en Nueva York, Marino no será un testigo controvertido. —Me doy cuenta de adonde quiere ir a parar con esto—. Ni en el homicidio de Susan Pless. De modo que usted no tendrá la suerte de librarse de Rocky.

—Eso es correcto. Ningún conflicto. No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Y Rocky es veneno.

Nuestra conversación continúa en el patio, donde estamos de pie en medio del frío, junto a nuestros autos. La desolación de ese piso de concreto que nos rodea parece un símbolo de las realidades a que ahora me enfrento. La vida se ha vuelto dura e implacable. No hay salida. No puedo imaginar cómo se sentirá Marino cuando averigüe que el monstruo que él ha ayudado a arrestar será defendido por el hijo con el que está enemistado.—Es evidente que Marino no lo sabe —digo.

—Quizá yo me he mostrado remisa al no decírselo todavía —contesta ella—. Pero él ya es una verdadera lata. Pensé esperar un poco y dejar caer esta bomba mañana o pasado mañana. Usted sabe que a él no lo hizo nada feliz que yo entrevistara a Chandonne. —Agrega con un tono triunfal—. Me di cuenta.

—Yo tuve una causa con Rocky hace varios años. —Berger abre la puerta de su auto. Se inclina hacia adentro para encender el motor y la calefacción—. Un rico comerciante de Nueva York es abordado por un chico con un cuchillo. —Se endereza y me enfrenta.—El hombre lucha y logra arrojar al chico al suelo, su cabeza golpea contra el suelo y queda inconsciente, pero no antes de que acuchille al hombre en el pecho. El hombre muere. El chico es hospitalizado por un tiempo, pero se recupera. Rocky trató de convertirlo en un caso de defensa propia, pero por suerte el jurado no cayó en la trampa.

—Estoy segura de que eso hizo que el señor Caggiano se convirtiera en su eterno admirador.

—Lo que no pude evitar fue que defendiera al chico en un juicio civil, en el que pidió la suma de diez millones de dólares por un supuesto daño emocional permanente. La familia del hombre asesinado finalmente aceptó. ¿Por qué? Porque ya no podía soportar más. Hubo mucha mierda en la trastienda: acoso, acontecimientos extraños. Los robaron. Les robaron uno de los autos. El cachorro que tenían fue envenenado. Y siguieron sucediéndoles cosas, y estoy convencida de que todo fue orquestado por Rocky Marino Caggiano. Sólo que no pude probarlo. —Sube a su Mercedes deportivo—. Su modus operandi es muy sencillo. Él saca todo el partido que puede y pone a todo el mundo en el banquillo de los acusados, excepto su defendido. Además, es muy mal perdedor.

Recuerdo que, hace muchos años, Marino me contó que deseaba que Rocky estuviera muerto.

—¿Ésa podría ser parte de su motivación, entonces? —Pregunto—. Venganza. No sólo vengarse de su padre sino también de usted. Y hacerlo públicamente.

—Podría ser —dice Berger desde su automóvil—. Cualquiera sea su motivo, quiero que usted sepa que planeo protestar de todos modos. Sólo que no sé de qué servirá puesto que esto en realidad no constituye una violación ética. Depende del juez. —Toma el cinturón de seguridad y se lo cruza por el pecho—. ¿Cómo piensa usted pasar la Nochebuena, Kay?

De modo que ahora soy Kay. Tengo que pensar un momento. La Nochebuena es mañana.

—Tengo que hacer un seguimiento de estos casos, los de las quemaduras —contesto.

Ella asiente.

—Es importante que regresemos a las escenas de crimen de Chandonne mientras todavía existen.

«Incluyendo mi casa», pienso.

—¿No tendrá un rato libre mañana por la tarde? —Pregunta—. Cualquier tiempo que pueda darme. Yo pienso trabajar incluso en las fiestas, pero no es mi intención arruinar las suyas.

No puedo evitar sonreír frente a ésa ironía. Las fiestas. Sí. Feliz Navidad. Berger me ha dado un regalo y ni siquiera lo sabe. Me ha ayudado a tomar una decisión, una decisión importante, quizá la más importante de mi vida. Voy a renunciar a mi cargo y el gobernador será el primero en saberlo.

—La llamaré cuando termine en el condado de James City. —Le digo a Berger—. Calculo que a eso de las dos de la tarde.

—La pasará a buscar —dice ella.

Son casi las diez cuando doblo de la calle Nueve al Capitol Square, paso frente a la estatua de George Washington montado en su caballo y por el pórtico sur del edificio diseñado por Thomas Jefferson, donde un árbol de más de nueve metros de altura, iluminado y decorado con bolas de cristal, se eleva detrás de gruesas columnas blancas. Recuerdo que la fiesta del gobernador era informal y no una cena y me alivia comprobar que sus invitados ya se han ido. No veo ni un auto en los espacios reservados para legisladores y visitas.

La mansión ejecutiva del siglo XIX es de estuco color amarillo pálido, con adornos y columnas blancas. Según la leyenda, fue salvada por una hilera de personas que se fueron pasando baldes con agua de una fuente lejana cuando los habitantes de Richmond quemaron su propia ciudad hacia fines de la Guerra Civil. En la tradición de las modestas Navidades de Richmond, las velas arden y guirnaldas de flores frescas cuelgan en cada ventana, y festones de plantas de hoja perenne decoran los portones de hierro negro. Yo bajo la ventanilla del auto cuando un capitán de policía se me acerca.

—¿Puedo ayudarla? —Pregunta con recelo.

—Estoy aquí para ver al gobernador Mitchell. —He estado en la mansión varias veces, pero no a esta hora y en un enorme Lincoln—. Soy la doctora Scarpetta y sé que llego un poco tarde. Si es demasiado tarde, lo entenderé. Por favor, dígame al gobernador que lo siento. La cara del policía se ilumina. —No la reconocí en ese auto. ¿Acaso vendió el Mercedes? Si no le importa, aguarde aquí un minuto.

Habla por teléfono en el interior de su garita mientras yo miro el Capitol Square y siento, al mismo tiempo, ambivalencia y tristeza. He perdido esta ciudad y no puedo regresar a ella. Puedo echarle la culpa a Chandonne, pero si quiero ser honesta conmigo misma, ése no es todo el problema. Ha llegado el momento de hacer lo más difícil: cambiar. Lucy me ha inspirado coraje o, quizás, ha hecho que me vea a mí misma por aquello en que me he convertido: una persona atrincherada, estática, institucionalizada. Hace más de una década que soy la jefa de médicos forenses de Virginia. Tengo cerca de cincuenta años. No me gusta mi única hermana. Tengo una madre difícil que no está bien de salud. Lucy se muda a Nueva York. Benton está muerto y yo estoy sola.

—Feliz Navidad, doctora Scarpetta.—El policía del capitolio se acerca a mi ventanilla y baja la voz. En su placa de identificación veo que se llama Renquist. —Sólo quiero decirle que lamento lo que le pasó, pero me alegra lo que le hizo a ese

hijo de puta. Tuvo usted una reacción notablemente rápida.

—Se lo agradezco, oficial Renquist.

—Después del primero de año ya no me verá por aquí. —Continúa—. Me pasaron a investigador policial en ropa de calle.

—Espero que ése sea un buen cambio para usted.

—Sí que lo es, señora.

—Lo extrañaremos.

—Tal vez la vea en algún caso.

Espero que no. Si él me ve en un caso, significa que otra persona ha muerto. Me saluda con la mano y me indica los portones.

—Puede estacionar al frente.

Cambiar. Sí, cambiar. De pronto estoy rodeada de cambios. Dentro de trece meses, también el gobernador Mitchell se retirará, y eso me resulta inquietante. Le tengo aprecio al gobernador. Y me gusta especialmente su esposa Edith. En Virginia, los gobernadores pueden mantenerse en el cargo solamente una vez, y cada cuatro años todo se modifica. Cientos de empleados son trasladados, despedidos y tomados. Los números de teléfono cambian. Las computadoras son formateadas. Las descripciones de los empleos ya no se aplican, aunque los trabajos en sí lo hagan. Los archivos desaparecen o son destruidos. Los menús de la mansión se cambian o se trituran. Lo único que permanece es el personal de la mansión misma. Los mismos prisioneros cuidan el jardín y se ocupan de pequeñas tareas, y las mismas personas cocinan y limpian o, al menos si son rotadas, no es por motivos políticos. Aarón, por ejemplo, ha sido el mayordomo de la casa desde que yo vivo en Virginia. Es un afroamericano alto y apuesto, delgado y elegante con su impecable saco blanco y su corbata moñito negra.

—Aarón, ¿cómo estás? —Le pregunto al entrar en el hall iluminado por una araña de cristal tras otra, por enormes arcadas hasta la parte posterior de la casa. Entre los dos salones de baile está el árbol de Navidad decorado con bolas rojas y luces blancas. Las paredes, los frisos y los adornos han sido restaurados recientemente a su original gris y blanco. Aarón toma mi abrigo. Me dice que está bien y encantado de verme, para lo cual emplea pocas palabras porque domina el arte de ser amable sin mucha bambolla.

Justo después del hall de entrada, a cada lado hay dos salas con alfombras de Bruselas y maravillosas antigüedades. La sala de hombres tiene ribetes grecorromanos y la de las mujeres, un ribete floral. La psicología de estas habitaciones es muy sencilla: permiten que el gobernador reciba invitados sin que realmente entren en la mansión. A la gente se les concede una audiencia junto a la puerta del frente y no se supone que su permanencia sea prolongada. Aarón me guía a través de estos cuartos históricos e impersonales y luego por una escalinata

alfombrada con un diseño federal de estrellas negras contra un fondo de color rojo intenso que conduce a las primeras habitaciones personales de la familia. Emerjo en una salita de pisos de pinotea y sillas y sofás cómodos, donde Edith Mitchell me espera con un traje de casaca y pantalón de seda roja. Percibo en ella un aroma levemente exótico cuando me abraza.

—¿Cuándo vamos a volver a jugar al tenis? —me pregunta secamente y mira mi yeso.

—Es un deporte bastante maldito si uno no lo juega durante un año, tiene un brazo fracturado y de nuevo está en plena lucha contra el cigarrillo —respondo.

Mi referencia al año transcurrido no se le pasa por alto. Quienes me conocen saben que después del asesinato de Benton yo me sumergí en un oscuro vórtice de movimiento frenético y perpetuo. Dejé de ver a mis amistades. No salí ni invité a nadie a casa. Rara vez hice ejercicio. Lo único que sí hice fue trabajar. No vi nada de lo que pasaba cerca de mí. No oí lo que la gente me decía. No sentí nada. La comida no tenía ningún gusto. Rara vez me fijaba en el tiempo. En términos de Anna, me volví sensorialmente desposeída. Y, de alguna manera, a través de todo esto no cometí demasiadas equivocaciones en mis casos. Si algo, me volví incluso más obsesiva con ellos. Pero mi ausencia como ser humano fue perjudicial para la oficina. Yo no fui una buena administradora y eso comenzó a notarse. Y, seguramente, he sido una pésima amiga de todas las personas que conozco.

—¿Cómo estás? —me pregunta con tono bondadoso—. Tan bien como puede esperarse.

—Por favor, toma asiento. Mike está hablando por teléfono —me dice Edith—. Supongo que no habló con suficiente cantidad de gente durante la reunión. —Sonríe y pone los ojos en blanco, como si se refiriera a un muchachito travieso.

En realidad, Edith nunca asumió el papel de primera dama, al menos no en la tradición de Virginia, y aunque es posible que tenga detractores, también se la considera una mujer fuerte y moderna. Es una arqueóloga histórica que no abandonó su carrera cuando su marido entró en funciones y evita los eventos sociales que ella considera frívolos o que le significan perder un tiempo valioso. Sin embargo, ella es la compañera devota de su marido y ha educado a tres hijos, ahora grandes o en la universidad. De cerca de cincuenta años, tiene pelo castaño que usa largo y cepillado hacia atrás. Sus ojos son casi color ámbar y en ellos se reflejan pensamientos y preguntas. Algo la preocupa.

—Yo pensaba hacer un aparte contigo en la fiesta, Kay. Me alegra que llamas y gracias por venir. Sabes que no es costumbre mía meterme en tus casos. —Prosigue —, pero debo decir que me puso muy mal lo que acabo de leer en el periódico: lo del hombre encontrado en ese espantoso motel cerca de Jamestown. Mike y yo estamos muy preocupados, bueno, es obvio, por la conexión con Jamestown.

—Yo no sé nada de una conexión con Jamestown.—Estoy intrigada y lo primero que pienso es que ella posee información que yo no tengo.—Esto no tiene ninguna relación con la excavación arqueológica. No que yo sepa. —Percepciones— dice ella simplemente. —Si no otra cosa. Jamestown es la pasión de Edith Mitchell. Su propia profesión la llevó a ese lugar hace años, y después ella se convirtió en su defensora en su actual posición política. Ha desenterrado objetos y huesos humanos e infatigablemente ha buscado el interés y el apoyo de los medios y de financistas potenciales.

—Paso frente a ese motel cada vez que voy allá porque queda más cerca del centro tomar la ruta Cinco en lugar de la Sesenta y cuatro. —Una sombra le cruza la cara—. Una verdadera pocilga. No me sorprendería nada que algo hubiera sucedido allí. Parece la clase de lugar frecuentado por narcotraficantes y prostitutas. ¿Fuiste a la escena? —Todavía no.

—¿Puedo ofrecerte algo para beber, Kay? Tengo un whisky excelente que traje el mes pasado de Irlanda. Sé que a ti te gusta el whisky irlandés. —Sólo si tú también me acompañas.

Ella toma el teléfono y le pide a Aarón que traiga la botella de Black Bush y tres vasos.

—¿Qué anda pasando estos días en Jamestown? —El aire está saturado de olor a humo de cigarrillos que despierta mi hambre frustrada de cigarrillos.

—Creo que la última vez que estuve aquí fue hace tres o cuatro años. —Le digo.

—Cuando encontramos a RJ —recuerda ella.

—Sí.

—¿Hace tanto tiempo que no estás aquí?

—Sí, creo que fue en el 96.

—Bueno, entonces tienes que venir a ver lo que estamos haciendo. Es sorprendente cómo ha cambiado todo en el fuerte, y los objetos, cientos de miles, como probablemente ya sabrás por las noticias. Hemos estado haciendo estudios isotópicos sobre algunos de los huesos, algo que supongo te debe de resultar interesante, Kay. RJ sigue siendo nuestro mayor misterio. Su perfil isotópico no concordaba con una dieta de maíz ni de trigo, así que no supimos qué sacar en limpio, salvo que tal vez él no era inglés. De modo que enviamos uno de sus dientes a un laboratorio de Inglaterra para que hicieran un examen de ADN.

RJ son las letras que representan Redescubrimiento Jamestown. Es el prefijo que se le dio a cada rasgo descubierto en el lugar de las excavaciones pero, en este caso, Edith se refiere específicamente al rasgo número 102 desenterrado en la capa tercera o C de tierra. RJ102C es una tumba. Se ha transformado en la tumba más celebrada de la excavación porque se cree que el esqueleto que contiene es el de un hombre joven que llegó a Jamestown con John Smith en mayo de 1607 y fue muerto de un

disparo ese otoño. Frente al primer indicio de violencia dentro de la arcilla que hacía las veces de ataúd, Edith y el arqueólogo en jefe me llamaron al lugar donde, juntos, con pinceles les quitamos la tierra a un proyectil de mosquete calibre 60 y un tiro calibre 21 que había fracturado la tibia y la había hecho rotar ciento ochenta grados, de modo que el pie apuntaba hacia atrás. La lesión debería haber roto o seccionado la arteria poplítea detrás de la rodilla, y R], como se lo llama cariñosamente, debería haber muerto desangrado rápidamente.

Desde luego, hubo un gran interés en lo que enseguida se apodó el primer asesinato en los Estados Unidos, una aseveración bastante pretenciosa puesto que no se puede decir con certeza que es un homicidio ni el primero y el Nuevo Mundo no era todavía los Estados Unidos. Con las pruebas forenses sí probamos que a R] le dispararon con un arma europea llamada mosquete de mecha y que, en base a la diseminación del proyectil, el arma fue disparada desde una distancia de aproximadamente cuatro metros y medio. Él no pudo haberse disparado accidentalmente. Se podría deducir que un compañero colono era el culpable, lo cual nos lleva a la noción no tan disparatada de que, por desgracia, el karma de los Estados Unidos parece ser que nos matemos unos a otros.

—Todo se ha trasladado al interior por el invierno. Edith se quita el saco y lo cuelga del respaldo del sillón. —Allí catalogamos los objetos, escribimos nuestros hallazgos, hacemos todas las cosas que no emprendemos cuando estamos trabajando en la excavación. Y, desde luego, conseguir financiación. Esa parte espantosa de la vida que en la actualidad tiende cada vez más a caer sobre mi falda. Esto me recuerda que recibí un llamado telefónico bastante inquietante de uno de nuestros legisladores, quien leyó todo lo referente a la muerte en el motel. Está muy alborotado, lo cual es lamentable, porque terminará haciendo precisamente lo que dice que no quiere hacer, que es atraer la atención sobre lo sucedido.

—¿Convulsionado por qué razón? —Frunzo el entrecejo—. Había muy poca información en el periódico.

Edith se tensa. Quienquiera sea ese legislador, es obvio que ella parece detestarlo.

—Es de la zona de Jamestown —me dice—. Él parece creer que podría tratarse de un crimen pasional, que la víctima era gay.

Suenan pasos en la escalera alfombrada y Aarón aparece con una bandeja, una botella y tres vasos en los que está grabado el sello del estado.

—No hace falta decir que una cosa así podría comprometer gravemente lo que estamos haciendo allá.—Elige con cuidado sus palabras mientras Aarón sirve Black Bush. Se abre una puerta y el gobernador emerge de su oficina privada en medio de humo de cigarro, sin el saco del esmoquin y sin la corbata.

—Kay, lamento haberte hecho esperar —me dice y me abraza—. Hemos tenido problemas. Supongo que Edith ya te ha dado una idea.

—En eso estaba —contestó.

El gobernador Mitchell está visiblemente perturbado. Su esposa se pone de pie para permitir que tengamos una conversación privada y los dos intercambian unas palabras acerca de un llamado que hace falta hacer a una de sus hijas. Después de lo cual Edith me desea buenas noches y se va. El gobernador enciende otro cigarrillo. Es un hombre bien parecido y recio, con el cuerpo fuerte de un jugador de fútbol y pelo tan blanco como las arenas caribeñas.

—Iba a tratar de comunicarme contigo mañana, pero no sabía si no te habrías ido a alguna parte para las fiestas —dice—. Gracias por venir.

El whisky me caldea la garganta con cada trago mientras mantenemos una cortés conversación sobre los planes para Navidad y cómo van las cosas en el Instituto de Ciencia Forense y Medicina de Virginia. Con cada respiración pienso en el detective Stanfield. El muy imbécil. Es evidente que él divulgó información muy secreta sobre el caso y nada menos que a un político encumbrado, su cuñado el representante Dinwiddie. El gobernador es un hombre astuto. Más importante aún, empezó su carrera como fiscal. Sabe que yo estoy furiosa y también el porqué.—El diputado Dinwiddie tiene la costumbre de alborotar el avispero —dice el gobernador y confirma así que se trata de un alborotador. Dinwiddie es un camorrista militante, quien nunca deja que el mundo olvide que su linaje puede rastrearse, si bien de manera muy indirecta, hasta el jefe Powhatan, el padre de Pocahontas.

—El detective hizo mal en decirle algo a Dinwiddie —respondo—, y Dinwiddie estuvo mal en habértelo dicho a ti o a cualquier otra persona. Éste es un caso penal. No se trata del aniversario número cuatrocientos de Jamestown. No se trata de turismo ni de política. Se trata de un hombre al que casi con toda seguridad han torturado y dejado que se quemara en la habitación de un motel.

—De eso no cabe ninguna duda —responde Mitchell—. Pero hay ciertas realidades que tenemos que tomar en cuenta. Un crimen por odio que de alguna manera puede parecer relacionado con Jamestown sería una catástrofe.

—Yo no tengo conciencia de que exista ninguna conexión con Jamestown, más allá del hecho de que la víctima se haya registrado en un motel ubicado en los alrededores de Jamestown que ofrece una promoción especial para comerciantes llamada dieciséis-cero-siete. —Comienzo a sentirme exasperada.

—Con toda la publicidad que ya ha recibido Jamestown, esa sola información es suficiente para hacer que los medios levanten las antenas. —Hace girar el cigarro en las yemas de los dedos y lentamente se lo lleva a los labios—. Se piensa que la

celebración del 2007 podría generar mil millones de dólares de ingresos para el estado. Es nuestra Feria Mundial, Kay. El año que viene Jamestown será conmemorada en una moneda de veinticinco centavos. El lugar de la excavación ha sido visitado por muchísimos equipos de noticias.

Se pone de pie, atiza el fuego y recuerdo los trajes arrugados que usaba tiempo antes y su aspecto atormentado, y su oficina repleta de carpetas y de libros en el Edificio de los Tribunales de Distrito. Hemos actuado juntos en muchas causas, algunas de ellas los hitos más dolorosos de mi historia, las de asesinatos crueles cuyas víctimas me siguen acosando: la de la repartidora de periódicos secuestrada en medio de su recorrido, violada y abandonada a una muerte lenta; la de la anciana muerta a tiros porque sí, mientras colgaba ropa a secar; la cantidad de personas ejecutadas por los hermanos Briley. Mitchell y yo sufrimos frente a muchos actos horribles de violencia, y yo lo extrañé cuando él fue designado para un cargo superior. El éxito separa a los amigos. La política, sobre todo, es muy perjudicial para las relaciones, porque la verdadera naturaleza de la política es recrear a la persona. El Mike Mitchell que yo conocía se ha visto reemplazado por un estadista que ha aprendido a procesar sus ardientes creencias a través de sub-rutinas seguras y meticulosamente calculadas. Él tiene un plan. Tiene uno para mí. —Odio tanto como tú que los medios se pongan frenéticos—. Le digo. Él vuelve a poner el atizador en su soporte de bronce y fuma con su espalda hacia el fuego, su cara enrojecida por el calor. La leña crepita y silba. —¿Qué podemos hacer al respecto, Kay?— Decirle a Dinwiddie que mantenga la boca cerrada. —¿El Señor Titulares?— Su sonrisa es irónica. —¿Que se ha ocupado de señalar en todos los tonos que hay quienes piensan que Jamestown fue el crimen detestable original... contra los aborígenes norteamericanos?

—Bueno, creo que también es bastante horroroso matar, quitar el cuero cabelludo y matar de hambre a la gente. Parecería que siempre ha habido bastante odio por aquí desde los comienzos de los tiempos. No seré yo la que emplee el término «crimen por odio», gobernador. No está en ningún formulario llenado por mí, ni en un casillero existente en un certificado de defunción. Como tú bien sabes, esa etiqueta depende del fiscal, de los investigadores y no del médico forense. —¿Cuál es tu opinión?

Le hablo del segundo cadáver encontrado en Richmond a última hora de esta tarde. Me preocupa la posibilidad de que las dos muertes estén relacionadas. —¿Basándote en qué?— Su cigarro humea en un cenicero. Él se frota la cara y se masajea las sienes como si tuviera dolor de cabeza. —Servidumbre— contesto. —Y quemaduras.

—¿Quemaduras? Pero el primer tipo estuvo en un incendio. ¿Por qué el segundo tiene quemaduras? —Sospecho torturas—. ¿Gay?

—No hay ninguna prueba de ello en la segunda víctima. Pero no podemos descartarlo.

—¿Sabemos quién es o si es de por aquí?

—Hasta el momento, no. Ninguna de las víctimas tiene efectos personales.

—Lo cual sugeriría que alguien involucrado no quiere que sean identificados. O robo. O las dos cosas.

—Posiblemente.

—Háblame más de las quemaduras —dice el gobernador.

Se las describo. Menciono el caso que Berger tenía en Nueva York y la ansiedad del gobernador se vuelve más palpable. En su cara aparece una expresión de furia.

—Esta clase de especulaciones debe quedar en este cuarto —dice—. Lo último que necesitamos es otra conexión Nueva York, Santo Cielo.

—No existe ninguna prueba de una conexión, a menos que alguien haya tomado esa idea de los informativos —respondo—. No puedo decir de manera fehaciente que se haya usado una pistola de calor en estos casos.

—¿No te resulta un poco raro que los homicidios de Chandonne tengan una conexión neoyorquina? De modo que el juicio se realizará allá. ¿Y ahora, de pronto, tenemos dos asesinatos aquí que son similares a otro asesinato de Nueva York?

—Sí, es muy extraño. Gobernador, lo único que puedo decirte con total certeza es que no pienso convertir los informes de autopsia en un elemento clave para abastecer las agendas políticas de otras personas. Lo que sí haré, como siempre, es ceñirme a los hechos y evitar las especulaciones. Te sugiero que pensemos en términos de manejar las cosas en lugar de suprimirlas.

—Maldición. Se va a desatar un infierno —farfulla él en medio de una nube de humo.—¿Y tu caso? ¿El hombre lobo francés, como algunas personas lo llaman? —Mitchell finalmente llega a ese punto—. ¿Qué va a hacerte a ti todo eso? —Vuelve a tomar asiento y me mira intencionadamente.

Yo bebo mi whisky y me pregunto cómo decírselo. En realidad, no hay ninguna manera agradable de hacerlo.

—¿Qué me hará a mí? —digo y sonrío con pesar.

—Tiene que ser algo espantoso. Me alegra que hayas apresado a ese hijo de puta. —Los ojos se me llenan de lágrimas y él enseguida aparta la vista. Mitchell es de nuevo el fiscal. Nos sentimos cómodos. Somos viejos colegas, viejos amigos. Estoy conmovida, muy conmovida y, al mismo tiempo, deprimida. El pasado es el pasado. Mitchell es el gobernador. Lo más probable es que muy pronto termine en Washington. Yo soy la jefa de médicos forenses de Virginia y él es mi jefe. Estoy a punto de decirle que tengo que renunciar a mi cargo de jefa.

—No creo que sea en mejor interés del estado el que yo continúe sirviendo en mi cargo. —Ya está. Lo dije.

Él se queda mirándome.

—Por supuesto, te presentaré esto de manera más formal, por escrito. Pero lo he

decidido. Renuncio a partir del 1 de enero. Desde luego, me quedaré durante todo el tiempo que me necesitas mientras buscas a mi reemplazante. —Me pregunto si él esperaba esto. A lo mejor lo que siente es alivio. O quizás está enojado.

—No es propio de ti darte por vencida, Kay —dice él—. Eso es algo que nunca has sido. No permitas que esos imbéciles te corran, maldito seas.

—Yo no abandono mi profesión. Sólo cambio los límites. Nadie me corre.

—Sí, claro, los límites. —Comenta el gobernador, se echa hacia atrás contra los almohadones y me observa—. Parecería que estás por convertirte en una mercenaria.

—Por favor. —Los dos compartimos el mismo desprecio por los expertos cuya elección acerca de a cuál parte representar se basa en el dinero, no en la justicia.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Vuelve a encender su cigarro y pierde la vista en el vacío, pensando ya en un nuevo plan. Me parece ver cómo le funciona la mente.

—Me pondré a trabajar en forma privada —digo—. Pero nunca seré una mercenaria. De hecho, lo primero que tengo que hacer no me permitirá ganar ni un centavo, Mike. El caso. Nueva York. Tengo que dar una mano y eso tomará mucho de mi tiempo.

—Está bien. Entonces la cuestión es sencilla. Tú te pones a trabajar en forma privada y el estado será tu primer cliente. Te contrataremos como jefa interina hasta que haya una solución mejor para Virginia. Espero que tus honorarios sean razonables. —Añade con tono de chanza.

Eso no es para nada lo que yo esperaba escuchar.

—Pareces sorprendida. —Comenta.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—Quizá Buford Righter te lo podría explicar. —Comienzo a decir y de nuevo siento que mi indignación crece—. Tenemos a dos mujeres horrendamente asesinadas en esta ciudad y, no importa qué, a mí no me parece bien que su homicida esté ahora en Nueva York. No puedo evitarlo, Mike. Tengo la sensación de que es mi culpa, de que he comprometido los casos de aquí porque Chandonne vino a atacarme. Creo que me he convertido en un estorbo.

—Ah, Buford. —Comenta Mitchell—. Bueno, es un tipo bastante bueno, pero un abogado estatal lamentable, Kay. Y no creo que permitir que en Nueva York tengan la primera oportunidad de juzgar a Chandonne sea tan mala idea en vista de las circunstancias. —Sus palabras tienen el peso de muchas consideraciones y sospecho que la menor de ellas no es la manera en que los europeos reaccionarían si Virginia ejecutara a un francés nativo, y Virginia es conocida por la cantidad de personas a quienes condenamos a muerte todos los años. Yo le practico la autopsia a cada una de ellas. Conozco demasiado bien las estadísticas—. Ni siquiera yo sabría bien como manejar este caso. —Añade Mitchell después de una pausa.

Tengo la sensación de que el cielo está por desplomarse. Los secretos chisporrotean como electricidad estática, pero no tiene sentido que yo me meta. Es imposible obligar al gobernador Mitchell a transmitirme una información que no está dispuesto a darme.

—Trata de no tomarte esto en forma demasiado personal. —Yo sonrío un poco. La sensación ominosa se refuerza. Él seguirá apoyándome, como si me quisiera dar a entender que hay razones por las que no debería hacerlo.

—Edith, mis hijos, el personal, todos me dicen lo mismo —dice—. Y yo sigo tomándomelo todo personalmente. Sólo que no lo confieso.

—¿Entonces tú no tuviste nada que ver con Berger y con este bastante sorprendente cambio de tribunal, por así decirlo? —Pregunto.

Él hace rodar su cigarro para dejar caer parte de la ceniza, suelta una bocanada de humo y trata de ganar tiempo. Sí tuvo que ver con ello. Estoy convencida de que tuvo todo que ver con ello.

—Ella es realmente excelente, Kay. —Su no-respuesta es toda una respuesta.

Lo acepto. Resisto la tentación de tratar de sonsacarle toda la verdad y sólo le pregunto exactamente cómo es que la conoce.

—Bueno, sabes que los dos estudiamos derecho en la Universidad de Virginia —dice—. Entonces, cuando yo era fiscal general, tuve un caso. Deberías recordarlo puesto que tuvo que ver con tu oficina. La mujer de sociedad neoyorquina que sacó una impresionante póliza de seguro de vida de su marido un mes antes de asesinarlo en un hotel Fairfax. Ella trató de hacerlo pasar por un suicidio.

Lo recuerdo demasiado bien. Más adelante nos mencionó a mi oficina y a mí en un juicio, acusándonos, entre otras cosas, de pertenecer al crimen organizado por supuestamente haber actuado en connivencia con la compañía de seguros para falsificar los registros para que a ella no se le pagara ningún dinero por la denuncia.

—Berger se vio involucrada porque resultó que, algunos años antes, el primer marido de la mujer había muerto en circunstancias sospechosas en Nueva York —dice Mitchell—. Parece que se trataba de un hombre mayor, frágil y se ahogó en la bañera apenas un mes después de que su esposa hubiera sacado una enorme póliza de seguro de vida para él. El forense encontró moretones que podrían haber indicado una lucha y dejó el caso pendiente durante mucho tiempo con la esperanza de que en la investigación surgiera alguna prueba concluyente, pero no fue así. En la oficina del fiscal de distrito no lograron tener pruebas suficientes. Entonces la mujer querelló también al médico forense por difamación, coacción emocional y disparates así. Mantuve muchas conversaciones con las personas de aquí, sobre todo con Bob Morgenthau, el fiscal de distrito, pero también con Jaime, comparando notas.

—Supongo que me estoy preguntando si los federales no tratarán de enfurecer a Chandonne y caer así sobre el cartel de su familia. Hacemos un trato —digo—. Y,

después, ¿qué?

—Creo que puedes contar con eso —es la respuesta solemne de Mitchell.

—De modo que es eso. —Ahora lo sé—. ¿A él se le garantiza que no le darán pena de muerte? Ése es el trato.

—Morgenthau no tiene precisamente fama de dar un veredicto de pena de muerte —dice él—. Pero yo sí. Yo soy un viejo pájaro bien recio.

El gobernador acaba de darme una pista acerca de las negociaciones que han tenido lugar. Los federales comienzan a trabajar sobre Chandonne. A cambio, Chandonne es juzgado en Nueva York, donde se le asegura que no lo condenarán a muerte. No importa qué sucede, al gobernador Mitchell no le pasará nada. Ya no es su problema. Ya no es problema de Virginia. Nosotros no provocaremos un incidente internacional por haber clavado una aguja hipodérmica en el brazo de Chandonne.

—Es una lástima —resumo yo—. No es que yo crea en la pena capital, Mike, pero es una lástima que la política se haya metido tanto en esto. Yo acabo de escuchar varias horas de las mentiras de Chandonne. Él no va a ayudar a nadie a detener a su familia. Jamás. Y te diré algo más: si él termina en Kirby o en Bellevue, de alguna manera escapará. Y volverá a matar. Así que, por un lado, me alegra que el caso tenga un fiscal excelente y no a Righter. Righter es un cobarde. Pero, por otro lado, lamento que hayamos perdido el control sobre Chandonne.

Mitchell se inclina hacia adelante y pone las manos sobre las rodillas, una señal evidente de que nuestra conversación ha llegado a su fin. Él ya no seguirá hablando del tema conmigo.

—Qué agradable que hayas venido, Kay —dice. Y me sostiene la mirada. Es su manera de decirme: «No hagas preguntas».

Aarón me acompaña a bajar por la escalera y me dedica una sonrisa leve al abrir la puerta del frente. El guardia me saluda cuando yo transpongo los portones con el auto. Hay una sensación de cierre, de terminación al avanzar por la Capitol Square y ver que la mansión va desapareciendo en el espejo retrovisor. He dejado algo. Acabo de dejar atrás mi vida, tal como la conozco, y de descubrir un dejo de desconfianza en un hombre al que siempre admiré tanto. No, no creo que Mitchell haya hecho algo malo, pero sé que no fue sincero conmigo, no del todo. Él es directamente responsable del hecho de que Chandonne deje nuestra jurisdicción, y la razón es la política, no la justicia. Lo percibo. Estoy segura de ello. Mike Mitchell ya no es el fiscal: es el gobernador. ¿Por qué me sorprende? ¿Qué demonios esperaba?

El centro de la ciudad me resulta hostil y desconocido cuando avanzo por la calle Ocho camino a la autopista. Observo los rostros de las personas que pasan en auto y me maravilla el que virtualmente ninguna de ellas esté presente en el momento que viven. Conducen y miran por el espejo retrovisor y buscan algo en el asiento de al lado o sintonizan la radio o hablan por teléfono o con sus pasajeros. No advierten la presencia de la desconocida que las observa. Veo las caras con tanta claridad que puedo determinar si son lindas o bonitas o tienen cicatrices de acné o buenas dentaduras. Me doy cuenta de que, al menos, una gran diferencia entre los asesinos y sus víctimas es que los asesinos están presentes. Viven por completo en el momento presente, observan lo que los rodea y tienen plena conciencia de cada detalle y de la medida en que pueden beneficiarlos o perjudicarlos. Observan a los extraños. Se fijan en una cara y deciden seguir a esa persona a su casa. Me pregunto si es así como los dos hombres jóvenes, mis pacientes más recientes, fueron seleccionados. Me pregunto a qué clase de depredadores me enfrento aquí. Me pregunto cuál es la verdadera agenda del gobernador para haberme querido ver esta noche y por qué él y la primera dama me interrogaron acerca del caso del condado de James City. Algo está pasando. Algo malo.

Marco el número del teléfono de casa y descubro que tengo siete llamados. Tres son de Lucy. Ella no me dice lo que quiere, sólo que está tratando de ponerse en contacto conmigo. Intento con su celular y, cuando contesta, percibo tensión. Intuyo que no está sola.

—¿Todo bien? —Pregunto. Ella vacila.

—Tía Kay, me gustaría llevarte a Teun. —¿McGovern está en Richmond?— Pregunto, sorprendida. —Podemos estar en lo de Anna en unos quince minutos— me

dice Lucy. Recibo una serie de señales veloces y fuertes. No puedo identificar qué es lo que me golpea el subconsciente y que trata de hacer que yo reconozca una verdad muy importante. ¿Qué es, por Dios? Me siento tan inquieta que estoy nerviosa y confundida. Un automovilista que avanza detrás me toca la bocina y yo me sobresalto. Jadeo. Me doy cuenta de que la luz del semáforo ahora es verde. La luna está incompleta y cubierta de nubes, el río James es una llanura de oscuridad debajo del puente Huguenot cuando ingreso en el sector sur de la ciudad. Estaciono frente a la casa de Anna, detrás del Suburban de Lucy, y enseguida la puerta del frente se abre. Parece que Lucy y McGovern llegaron apenas minutos antes que yo. Las dos y Anna están en el foyer debajo de la reluciente araña de cristal. La mirada de McGovern se cruza con la mía y ella me lanza una sonrisa tranquilizadora como para decirme que estaré bien. Se ha cortado el pelo bien corto y es todavía una mujer atractiva, esbelta y con aspecto de muchachito con sus calzas negras y su saco largo de cuero. Nos abrazamos y recuerdo entonces que ella es una mujer firme y responsable, pero bondadosa. Me alegro de verla, me alegro muchísimo.

—Pasa, pasa —dice Anna—. Casi Feliz Nochebuena. ¡Qué divertido! —Pero su expresión no tiene nada de divertida. Está ojerosa y su mirada está cargada de preocupación y de fatiga. Me pesca mirándola y trata de sonreír. Todas enfilamos al mismo tiempo hacia la cocina. Anna pregunta acerca de bebidas y bocadillos. ¿Todos hemos comido algo? ¿Lucy y McGovern quieren quedarse a pasar la noche? Nadie debería pasar la Nochebuena en un hotel... sería un pecado. Anna sigue hablando y sus manos no están muy firmes cuando saca botellas de una alacena y pone en línea whiskys y licores. Las señales suenan ahora con tanta rapidez que casi no oigo lo que los demás dicen. Hasta que, de pronto, el momento de reconocimiento atruena en mi psiquis. La verdad me recorre como una corriente eléctrica mientras Anna me sirve un whisky.

Le dije a Berger que no tengo secretos oscuros. Lo que quise decir era que siempre he sido muy introvertida. No le cuento a la gente cosas que podrían ser usadas en mi contra. Por naturaleza, soy cautelosa. Pero últimamente he hablado mucho con Anna. Hemos pasado horas explorando los pliegues más recónditos de mi vida. Le he contado cosas que no estoy muy segura de haber sabido, y jamás le pagué por esas sesiones. O sea que lo que dije no está protegido por el secreto profesional que existe entre médico y paciente. Rocky Caggiano podría citar a declarar a Anna y, al mirarla ahora, doy por sentado que eso es lo que ha ocurrido. Le tomo el vaso con whisky mientras nos sostenemos la mirada.

—Algo pasó. —Le digo.

Ella aparta la vista. Yo desarrollo mentalmente el guión. Berger recibirá la citación. Es ridículo. Caggiano me está acosando, sencillamente trata de intimidarme, y no lo logrará. Al demonio con él. Lo tengo todo pensado y resuelto, así de rápido,

porque soy una profesional en esquivar cualquier verdad que impacta directamente en mi yo interior, mi bienestar, mis sentimientos.

—Cuéntame, Anna —digo.

El silencio llena la cocina. Lucy y McGovern han dejado de hablar. Lucy se me acerca y me abraza.

—Estamos aquí para ti —dice.

—Ya lo creo que sí —dice McGovern y levanta los pulgares.

Los intentos de todas de tranquilizarme me dejan con horribles presentimientos cuando ellas se van al living. Anna me mira y es la primera vez que advierto señales de lágrimas en mi estoica amiga austríaca.

—He hecho algo terrible, Kay. —Carraspea y llena otro vaso con hielo del congelador. Se le cae un cubito al piso y se desliza hasta la parte de atrás del tacho de basura.—Ese asistente del sheriff. No podía creerlo cuando esta mañana sonó el timbre de casa. Y de pronto tengo delante al asistente con una citación. Hacerme esto en mi casa ya es algo suficientemente malo. Las citaciones por lo general se dirigen a mi consultorio. No es algo fuera de lo común porque, como sabes, cada tanto me piden que sea un testigo experto. No puedo creer que él me haya hecho esto. Yo confiaba en él.

Dudas. Estremecimientos de negación. La primera bocanada de miedo llega a mi sistema nervioso.

—¿Quién te hizo esto? —Pregunto—. ¿Rocky?

—¿Quién? —Parece perpleja.

—Oh, Dios —murmuro—. Dios mío. —Me recuesto contra la mesada. Esto no es acerca de Chandonne. No puede ser. Si Caggiano no le envió una citación a Anna, entonces eso deja solamente otra posibilidad, y no es Berger. Por supuesto, la fiscalía no tendría ninguna razón para hablar con Anna. Pienso en el extraño llamado telefónico de mi banco, en el mensaje de la AT&T y en la conducta de Righter y la expresión de su cara cuando el sábado por la noche me vio en la pickup de Marino. Pienso en la repentina necesidad de verme del gobernador, en su actitud evasiva, incluso en el pésimo estado de ánimo de Marino y la manera en que me ha estado eludiendo, y en la súbita pérdida de pelo de Jack y su miedo de convertirse en el jefe. Todo cae en su lugar y forma un compuesto increíble. Estoy en problemas. Dios Santo, estoy en problemas muy serios. Mis manos comienzan a temblar.

Anna da vueltas, tartamudea, mezcla palabras, como si involuntariamente hubiera recurrido a lo que aprendió primero en la vida, que no es precisamente el inglés. Se esfuerza. Me confirma lo que ahora me veo obligada a sospechar. Anna ha sido citada por un jurado especial de acusación. Un jurado especial de acusación de Richmond me está investigando para comprobar si existen suficientes pruebas para acusarme del homicidio de Diane Bray. Anna dice que ha sido usada. Que la hicieron caer en una

trampa.

—¿Quién lo hizo? ¿Righter? ¿Buford está detrás de esto? —Pregunto. Anna asiente.

—Nunca se lo perdonaré. Se lo dije. —Promete.

Vamos al living, donde tomo un teléfono inalámbrico que hay sobre un elegante soporte de madera de tejo.

—Anna, sabes que no tienes por qué decirme todo esto. —Marco el número de Marino. Me obligo a mostrarme notablemente calma.—Estoy segura de que a Buford no le parecerá bien. Así que a lo mejor no deberías hablar conmigo sobre el tema.

—No me importa qué debería o no debería hacer. En el momento en que recibí la citación, Buford me llamó y me explicó qué necesitaba de mí. Y yo enseguida llamé a Lucy. —Anna sigue hablando con un inglés entrecortado y mira fijo a McGovern. Me parece que Anna no tiene la menor idea de quién es McGovern ni qué hace ella en su casa.

—¿A qué hora vino el asistente a tu casa con la citación? —Le pregunto a Anna. El número de Marino lo responde un contestador automático—. Maldición —farfullo. Le dejaré un mensaje de que me llame, que es urgente.

—A eso de las diez de esta mañana —me responde Anna.

—Interesante —digo—. Más o menos a la misma hora en que Chandonne fue llevado desde aquí a Nueva York. Y, después, el servicio fúnebre de Bray y el momento en que conocí a Berger.

—¿Qué saca usted en limpio de todo esto? —McGovern escucha atentamente todo con su mirada astuta y experimentada fija en mí. Ella era una de las mejor dotadas investigadoras de incendios del ATF antes de ser ascendida a supervisora, precisamente por las mismas personas que con el tiempo la obligarían a dejar su trabajo.

—No estoy segura —contesto—. Salvo que a Berger le interesaba mucho ver quién asistía al servicio de Bray. Ahora me pregunto si quería ver si yo iría, y si eso indicaría que ella sabe que estoy siendo investigada y me está verificando por su cuenta. —Suena la campanilla del teléfono de Anna—. residencia Zenner —contesto.

—¿Qué sucede? —Pregunta Marino a los gritos por encima del sonido de su televisor.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar —respondo.

Por el tono de mi voz él enseguida se da cuenta de que no debe hacer preguntas sino subirse a su pickup y venir aquí enseguida.

—Llegó la hora de la verdad. Basta de juegos y de secretos. —Le digo.

Lo esperamos frente al fuego del living de Anna, donde un árbol está cubierto de luces blancas y guirnaldas y decorado con animales de cristal y frutas de madera, y regalos a los pies. En silencio repaso cada una de las palabras que le he dicho a Anna

y trato de recordar lo que seguramente ella dirá cuando Righter le pregunte sobre mí frente a los jurados que han sido elegidos y han prometido decidir si yo debería ser acusada de asesinato en un juicio. Mi corazón está estrujado por los dedos helados del miedo cerval, a pesar de lo cual sueno razonable cuando hablo. Exteriormente estoy tranquila mientras Anna entra en detalles acerca de cómo le tendieron una trampa. Todo empezó cuando Righter se puso en contacto con ella el martes 14 de diciembre. Anna pasa como quince minutos explicando que Righter la llamó «como amigo», como «un amigo preocupado». La gente estaba hablando de mí. Y él oía «cosas» que sintió la necesidad de verificar, y sabía que Anna y yo éramos muy amigas.

—Esto no tiene sentido —dice Lucy—. Diane Bray ni siquiera había sido asesinada todavía. ¿Por qué Righter habló con Anna tan temprano?

—No lo entiendo —dice McGovern—. Algo huele muy mal.

Ella y Lucy están sentadas en el piso, frente a la chimenea. Yo estoy en mi habitual mecedora y Anna está sentada muy rígida sobre la otomana.

—Cuando Righter llamó el 14, ¿qué te dijo exactamente? —Le pregunto a Anna—. ¿Cómo sacó el tema?

Ella me mira a los ojos.

—Habló de lo mucho que le preocupaba tu salud mental. Eso fue lo primero que dijo.

Yo asiento. No me ofende. Aunque es verdad que anduve bastante mal después del asesinato de Benton, nunca he padecido una enfermedad mental. Tengo plena certeza de mi cordura y de mi habilidad para razonar y pensar. Sólo he sido culpable de escaparle al dolor.

—Sé que no manejé bien la muerte de Benton —reconozco.

—¿Cómo se puede manejar «bien» una cosa así? —Pregunta Lucy.

—No, no. Buford no se refería a eso —dice Anna—. No me llamó para saber cómo manejaste tu duelo, Kay. Quería saber qué relación tenías tú con Diane Bray.

—¿Qué relación? —Enseguida me pregunto si Bray habrá llamado a Righter. Sería una trampa más que ella me preparó.

—Yo apenas si la conocía.

La mirada de Anna está fija en la mía y las sombras del fuego de los leños oscila sobre su cara. De nuevo me impresiona lo vieja que parece, como si hubiera envejecido diez años en un día.

—Tuviste una serie de enfrentamientos con ella. Me lo dijiste —responde ella.

—Instigados por ella —me apresuro a aclarar—. Nosotros no teníamos una relación personal. Ni siquiera una relación de tipo social.

—Me parece que, cuando uno libra una guerra contra alguien, eso es personal. Incluso las personas que se odian mutuamente tienen una relación personal, si entiendes lo que quiero decir. Y no cabe ninguna duda de que ella se había vuelto

muy personal contigo, Kay. Echaba a correr rumores. Mentía con respecto a ti. Creó una columna médica falsa en Internet que parecía escrita por ti y en la que te ponías en ridículo y te metías en problemas con el secretario de Seguridad Pública, incluso con el gobernador.

—Yo acabo de estar con el gobernador. No creo tener ningún problema con él. —Digo esto y al mismo tiempo me resulta curioso. Si Mitchell sabe que estoy siendo investigada por un jurado especial de acusación, y sé que tiene que saberlo, entonces ¿por qué no aceptó mi renuncia y agradeció a Dios verse librado de mí y de mi complicada vida?

—Ella también puso en peligro la carrera de Marino porque él es tu compinche.

Lo único que se me ocurre pensar es que a Marino no le gustaría nada ser considerado mi compinche. Casualmente, en ese momento suena la chicharra del intercomunicador, que anuncia que Marino está junto al portón del frente.

—En otras palabras, saboté tu carrera —dice Anna y se pone de pie—. ¿No es así? ¿No es eso lo que acabas de decirme? —Oprime un botón de una consola que hay en la pared, de pronto llena de energía. La furia termina con su depresión—. ¿Sí? ¿Quién es? —dice en el micrófono.

—Yo, preciosa. —Los sonidos groseros de Marino y de su pickup llenan el living.

—Si vuelve a llamarme «preciosa» lo mataré —dice Anna y levanta los dos brazos.

Se dirige a la puerta y un momento después Marino entra en el living. Salió de su casa tan apurado que no se molestó en ponerse un abrigo; sólo lleva puesto un conjunto gris de gimnasia y zapatillas. Queda helado cuando ve a McGovern sentada junto al fuego, mirándolo desde su posición al estilo indio en el piso.

—Casi no puedo creerlo —dice Marino—. Miren lo que entró el gato.

—Qué bueno verte, Marino —contesta McGovern.

—¿Alguien puede decirme qué está pasando? —Acerca un sillón a la chimenea, se sienta y observa una cara después de otra para tratar de comprender la situación y después se hace el tonto, como si no supiera nada todavía. Yo estoy convencida de que sí lo sabe. Sí, claro, ahora es evidente por qué se ha estado portando de manera tan rara.

Entramos en tema. Anna sigue relatando lo que ocurrió en los días previos a la llegada de Jaime Berger a Richmond. Berger sigue dominando la escena, como si estuviera entre nosotros. Yo no confío en ella. Y, al mismo tiempo, tengo la sensación de que es posible que mi vida esté en sus manos. Trato de recordar dónde estaba yo el 14 de diciembre y retrocedo a partir de hoy, 23 de diciembre, hasta que termino en aquel martes. Yo estaba en Lyon, Francia, en las oficinas centrales de Interpol, donde conocí a Jay Talley. Repaso mentalmente ese encuentro y nos veo a los dos solos frente a una mesa en la cafetería de Interpol. Marino enseguida le cobró antipatía a

Jay y se fue. Durante el almuerzo le hablé a Jay de Diane Bray, de mis problemas con ella y de que estaba haciendo todo lo posible por perseguir a Marino, incluyendo hacerlo volver a tener que usar uniforme y trabajar en el turno noche. ¿Cómo fue que Jay la llamó? «Un desecho tóxico en ropa ajustada». Al parecer los dos tuvieron algunos encontronazos cuando ella estaba en la policía de D.C. ya él lo asignaron a la central del ATF Jay parecía saber todo lo referente a ella. ¿Puede ser una coincidencia que el mismo día en que yo hablé con él sobre Diane, Righter llamó a Anna y la interrogó acerca de mi relación con Bray e hizo implicaciones sobre mi salud mental? —Yo no iba a contarte esto—. Continúa Anna con voz tensa. —No debería decírtelo, pero ahora que es obvio que me van a usar en tu contra...

—¿Qué quiere decir con eso de «ser usada en contra de ella»? —Pregunta Marino.

—Originalmente, yo confiaba en poder guiarte, en ayudarte a mitigar todas esas implicaciones acerca de tu salud mental —me dice Anna—. Yo no opinaba nada así. Y si hubiera tenido alguna duda, y quizás había una pequeñísima duda porque hacía tanto tiempo que no te veía, entonces quería hablar contigo de todas formas, por lo preocupada que estaba. Tú eres mi amiga. Buford me aseguró que cualquier cosa que yo pudiera encontrar no era algo que él planeara usar. Se suponía que nuestras conversaciones eran privadas, las tuyas y las mías. Él no dijo nada, absolutamente nada, acerca de acusarte.

—¿Righter? —Salta Marino—. ¿Él le pidió que fuera una soplona asquerosa? Anna niega con la cabeza. —Una guía—. Vuelve a usar esa palabra.

—No me extraña. El tipo es un perdedor. —La furia de Marino explota—. Él necesitaba saber si Kay era mentalmente estable. Se entiende que él tuviera que saberlo si ella iba a ser su testigo estrella. ¡Yo siempre pensé que esto tenía que ver con el hecho de que fueras un testigo estrella, no una sospechosa! —Sospechosa un cuerno— dice Marino con aspecto ceñudo. Ahora ya no disimula. Sabe exactamente lo que está pasando.

—Marino, sé que se supone que no debes decirme que estoy siendo investigada por un jurado especial de acusación por el asesinato de Diane Bray. —Le digo, muy tranquila—. Pero, por curiosidad, ¿cuánto hace que lo sabes? Por ejemplo, cuando la noche del sábado me acompañaste a salir de casa ya lo sabías, ¿verdad que sí? Por eso me vigilaste como un halcón en el interior de mi propia casa. ¿Para que yo no hiciera nada raro como librarme de pruebas o sólo Dios sabe qué? ¿Por eso no me dejaste conducir mi auto? ¿Porque ustedes necesitaban ver si en él no había pruebas, quizá sangre de Diane Bray? ¿Fibras? ¿Pelo? ¿Algo que me ubicaría en su casa la noche en que la asesinaron? —Mi tono es frío, pero virulento.

—¡Por el amor de Dios! —Explota Marino—. Sé que tú no hiciste nada. Righter es un imbécil de porquería y se lo dije. Se lo he estado diciendo todos los días. ¿Qué

le hiciste a él, eh? ¿Me quieres decir por qué demonios te hace esto? —¿Sabes qué? — digo y lo miro fijo. —No quiero oír ni una sola vez más que todo es culpa mía. Yo no le hice nada a Righter. No sé por qué se le puso en la cabeza hacer esta barbaridad, a menos que haya sido Jay el que le metió ideas. —Y supongo que eso tampoco es culpa tuya. Me refiero a acostarte con él—. Jay no hace esto porque me acosté con él. —Le retruco—. Si hace algo, es porque sólo lo hice una vez.

McGovern frunce el entrecejo, recostada contra la chimenea. Dice:—El querido Jay. El Señor Limpito, chico bonito. Es curioso, pero nunca me cayó bien.

—Le dije a Buford que decididamente no eres una enferma mental —dice Anna, aprieta la mandíbula y me mira fijo—. Él quería saber si yo pensaba que eras suficientemente competente como para asistirlo, si opinaba que eras estable. Ves, mintió. Se suponía que esto era con respecto a que lo asistiéramos en el juicio a Chandonne. Nunca lo imaginé. No puedo creer que Buford se haya escurrido de debajo de una piedra y me haya citado a declarar. —Se pone una mano en el pecho, como si su corazón le molestara, y por un momento cierra los ojos.

—¿Te sientes bien, Anna?

Ella sacude la cabeza.

—Nunca volveré a sentirme bien. Nunca debería haber hablado contigo, Kay, si hubiera pensado que una cosa así sucedería.

—¿La grabó usted, tomó notas? —Pregunta McGovern—. Por supuesto que no.

—Bien.

—Pero si me preguntan... —empieza a decir ella.

—Lo entiendo —respondo—. Anna, lo entiendo. Lo hecho, hecho está.—Es ahora cuando le tengo que hablar a Marino de las otras noticias. Ya que estamos con temas terribles, más vale que lo oiga todo. —Tu hijo, Rocky—. Pronuncio su nombre y nada más. Quizá lo que trato es de ver si Marino también sabe esto.

Él se petrifica.

—¿Qué pasa con él?

—Parece que va a representar a Chandonne —contesto.

La cara de Marino se oscurece y adquiere un color rojo intenso. Por un momento, nadie habla. Él no lo sabe. Entonces Marino dice, con un tono monocorde y duro:

—Muy propio de él hacer una cosa así. Lo más probable es que también tenga algo que ver con lo que te está pasando a ti, si ello fuera posible. Es curioso, pero de alguna manera me pregunté si él habría tenido que ver con el hecho de que Chandonne terminara aquí.

—¿Por qué te preguntaste eso? —Le pregunta McGovern, sorprendida.

—Porque es un pandillero, por eso. Seguro que conoce al Gran Papá Chandonne allá en París y nada le gustaría más que causarme problemas aquí.

—Creo que es hora de que hables de Rocky. —Le digo.

—¿Hay *bourbon* en esta casa? —Le pregunta Marino a Anna.

Ella se pone de pie y sale del living. —Tía Kay, ya no puedes quedarte más aquí —me dice Lucy en voz baja y apremiante.

—Usted no puede hablar más con ella, Kay. —Agrega McGovern.

Yo no contesto. Desde luego, tienen razón. Ahora, encima de todo, he perdido a mi amiga.

—¿Y? ¿Le dijiste algo a ella? —me pregunta Marino con un tono acusador que ya me resulta muy conocido.

—Le dije que el mundo estaba mejor sin Diane Bray —respondo—. En otras palabras, básicamente le dije que me alegra que esté muerta.

—Lo mismo opinan todos los que la conocieron —dice Marino—. Y yo tendría todo gusto en decírselo a ese maldito jurado especial de acusación.

—Bueno no es un comentario beneficioso, pero tampoco significa que asesinó a alguien —me dice McGovern.

—Sí, es verdad que no es beneficioso —murmura Marino—. Maldición, espero que Anna no le diga a Righter que te alegras de que a Bray la liquidaran —me dice.

—Esto es tan absurdo —es mi respuesta.

—Bueno —dice Marino—, sí y no, Doc.

—Tú no eres quién para hablarme de esto —le digo—. No te coloques en una mala posición, Marino.

—A la mierda —dice él—. Sé que tú no mataste a esa hija de puta. Pero tienes que mirarlo desde el otro lado. Tuviste problemas con ella. Ella trató de hacer que te echaran. Desde que Benton murió te has estado portando un poco rara, o al menos eso es lo que la gente ha estado diciendo, ¿correcto? Tuviste un enfrentamiento con Bray en un estacionamiento. La teoría es que sentías celos de esa nueva policía tan importante. Ella te hacía quedar mal y se quejaba de ti. Así que la mataste y arreglaste las cosas para que pareciera que lo hizo el mismo tipo que liquidó a Kim Luong. Y, ¿quién mejor que tú para hacerlo? ¿Quién era más capaz de un asesinato perfecto que tú? Y tenías acceso a todas las pruebas. Pudiste haberla matado a golpes y plantado pelos del hombre lobo en su cuerpo, incluso haber cambiado las muestras de ADN. Y tampoco te favoreció el que tomaras esas pruebas de la morgue de París y las trajeras aquí. O que tomaras esas muestras de agua. Lamento decirte que Righter cree que estás chiflada. Y debo añadir que él no te tiene nada de simpatía ni te la tuvo nunca porque tiene las pelotas de una soprano y no le gustan las mujeres fuertes. Si quieres que te diga la verdad, tampoco le cae bien Anna. Lo de la Berger es algo así como la mejor venganza. Él realmente la odia. Silencio.

—Me pregunto si me van a citar a mí —dice Lucy.

—Righter piensa que tú también estás chiflada. —Le dice Marino a mi sobrina—. Es lo único en lo que coincidimos.

—¿Existe alguna posibilidad de que Rocky haya estado envuelto con la familia Chandonne? —McGovern mira a Marino—. ¿En el pasado, me refiero? ¿Fue en serio que dijo que se lo preguntaba?

—Mmmm. —Bufa Marino—. Rocky ha estado involucrado con delincuentes la mayor parte de su maldita vida. Pero ¿conozco yo los detalles de qué hace con su tiempo, día por día, mes por mes? No. Sinceramente no podría jurarlo. Sólo sé qué es él. La escoria de la Tierra. Nació mal. De mala semilla. En lo que a mí concierne, él no es mi hijo.

—Bueno, pues resulta que sí es tu hijo. —Le digo.

—No para mí. Él salió al lado equivocado de mi familia. —Insiste Marino—. En Nueva Jersey teníamos buenos Marinos y malos Marinos. Yo tenía un tío pandillero y otro tío policía. Dos hermanos tan diferentes como el día y la noche. Hasta que, cuando yo cumplí catorce años, tío Louie hizo liquidar a mi otro tío, o sea el policía, también llamado Pete. A mí me pusieron este nombre en honor de tío Pete. Lo mataron de un disparo cuando estaba en el jardín delantero de su casa levantando el diario. Nunca pudimos probar que tío Louie lo hizo, pero en la familia todos estaban convencidos de que el culpable era él. Y yo todavía lo creo. —¿Dónde está ahora tu tío Louie?— Pregunta Lucy en el momento en que Anna vuelve con la bebida de Marino.

—Oí decir que murió hace un par de años. Yo no me veía con él. Nunca tuve nada que ver con él. —Toma el vaso que le entrega Anna—. Pero Rocky es su imagen perfecta. Hasta se parecía físicamente a él en su adolescencia, y desde que nació fue una mierda, un mal bicho. ¿Por qué creen que tomó el apellido Caggiano? Porque ése es el apellido de soltera de mi madre, y Rocky sabía que me enfurecería que él denigrara el apellido de mi madre. No me pidan que lo explique, porque Doris y yo hicimos todo lo que pudimos por ese chico. Hasta tratamos de enviarlo a la escuela militar, lo cual fue un error. Al final a él le gustó, le gustó tener que hacerles cosas desagradables a los otros chicos. Nadie le levantó nunca la mano, ni siquiera cuando era chiquito. Él era grandote como yo y tan maldito que los otros chicos no se animaban siquiera a tocarle un pelo.

—Esto no está bien —murmura Anna mientras vuelve a sentarse en la otomana.

—¿Qué motivo tiene Rocky para tomar este caso? —Sé lo que dijo Berger, pero

quiero oír la opinión de Marino—. ¿Para fastidiarte?

—Él conseguirá toda la atención. Un caso así creará un circo. —Marino no quiere decir lo obvio, que es posible que Rocky quiera humillar a su padre, derrotarlo.

—¿Él lo odia? —Le pregunta McGovern.

Marino vuelve a bufar y su pager comienza a vibrar.

—¿Qué fue lo que, con el tiempo, le pasó a él? —Pregunto—. Lo enviaste a una escuela militar, ¿y después?

—Le pegué una patada en el trasero. Le dije que si no podía obedecer las reglas de la casa, no podía seguir viviendo bajo mi techo. Esto fue después de su primer año en el colegio militar. ¿Sabes qué hizo el muy degenerado? —Marino lee el display de su pager y se pone de pie—. Se muda a Jersey con tío Louie, el de la mafia. Y después tiene el descaro de volver aquí para estudiar en la Facultad de Derecho del William and Mary. De modo que, sí, es un vivillo de porquería.

—¿Se recibió de abogado en Virginia? —Pregunto.

—Sí, y practica derecho en todas partes. Hace diecisiete años que no veo a Rocky. Anna, ¿le importa si hago un llamado? No quisiera usar el teléfono celular en este caso. —Me mira y sale del living.—Es Stanfield.

—¿Qué pasó con la identificación acerca de la cual te llamó más temprano? —Pregunto.

—Espero que se trate de eso —dice Marino—. Algo realmente extraño, si es verdad.

Mientras él habla por teléfono, Anna desaparece del living. Supuse que iba al baño, pero como no vuelve imagino cómo se siente. En muchos sentidos, yo estoy más preocupada por ella que por mí. Sé lo suficiente de su vida como para apreciar su enorme vulnerabilidad y darme cuenta de los puntos yermos y heridos de su panorama emocional.

—Esto no es justo.—Empiezo a perder mi compostura. —No es justo para nadie—. Todo lo que se ha acumulado en mí se desbarajusta y empieza a deslizarse hacia abajo. —¿Alguien me puede decir, por favor, cómo fue que esto sucedió? ¿Habré hecho algo malo en una vida anterior? No me merezco esto. Ninguno de nosotros lo merece.

Lucy y McGovern me escuchan ventilar mi bronca. Ellas parecen tener sus propias ideas y planes, pero no están dispuestas a decírmelos en este momento. —Bueno, digan algo— les digo. —Vamos, desembuchen. —Digo esto sobre todo en beneficio de mi sobrina—. Mi vida está arruinada. Yo no he manejado nada como debería. Lo siento. —Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos.—En este momento quiero un cigarrillo. ¿Alguien tiene uno? —Marino sí tiene, pero está hablando por teléfono en la cocina y maldito si voy a ir allá a interrumpirlo por un cigarrillo, como si necesitara imperiosamente uno—. ¿Saben? Lo que más me duele

es ser acusada precisamente de lo que estoy en contra. Yo no hago abuso de poder, maldito sea. Jamás asesinaría a alguien a sangre fría. —Sigo hablando sin parar—. Detesto la muerte. Detesto matar. Detesto todo lo que veo cada maldito día. ¿Y ahora el mundo piensa que yo hice algo así? ¿Un jurado especial de acusación piensa que yo puedo haberlo hecho? —Dejo la pregunta flotando. Ni Lucy ni McGovern responden.

Marino habla fuerte. Su voz es musculosa y grandota como él y tiende a empujar más que a guiar, a enfrentar más que ponerse a la par.

—¿Seguro que es la novia de él? —dice por teléfono. Supongo que habla con el detective Stanfield—. Más que su amiga. Dime cómo es que lo sabes con certeza. ¿Sí?, sí. Mmm. ¿Qué? ¿Que si yo lo entiendo? Mierda, no. No lo entiendo. Para mí no tiene sentido, Stanfield. —Marino se pasea por la cocina mientras habla. Está a punto de cortar la cabeza a Stanfield...— ¿Sabes qué les digo a las personas como tú, Stanfield? —Salta Marino—. Les digo que se salgan de mi camino. No me importa un carajo quién es tu maldito cuñado, ¿entendiste? Por mí, que se vaya a la mierda.—Es obvio que Stanfield trata de meter una o dos palabras, pero Marino no lo deja.

—Caramba —murmura McGovern y eso hace que mi atención vuelva a centrarse en el living, en mis propios problemas—. ¿Él es el investigador de esos dos hombres que probablemente fueron torturados y asesinados? ¿Con quién está hablando Marino? —Pregunta McGovern.

Le lanzo una mirada extraña mientras una sensación incluso más extraña me recorre el cuerpo.

—¿Cómo sabes lo de que dos hombres fueron asesinados? —Busco una respuesta que me falta. McGovern ha estado en Nueva York. Yo no siquiera le practiqué una autopsia al segundo Fulano de Tal. ¿Por qué, de pronto, todo el mundo parece saberlo todo? Pienso en Jaime Berger. Pienso en el gobernador Mitchell y el diputado Dinwiddie y en Anna. Un fuerte olor a miedo parece contaminar el aire como el olor del cuerpo de Chandonne, e imagino estar oliéndolo de nuevo y mi sistema nervioso central tiene una reacción involuntaria. Comienzo a temblar como si hubiera bebido una cafetera de café o media docena de esos *espressos* cubanos muy azucarados llamados «coladas». Me doy cuenta de que estoy más asustada de lo que he estado en mi vida y empiezo a pensar lo impensable: tal vez Chandonne estaba ofreciendo un atisbo de verdad cuando insistió en su alegato aparentemente absurdo de que es la víctima de una inmensa conspiración política. Me siento paranoica, y con razón. Trato de razonar conmigo misma. Después de todo, estoy siendo investigada por el homicidio de una mujer policía corrupta que probablemente estaba involucrada con el crimen organizado. De pronto caigo en la cuenta de que Lucy me está hablando. Se levantó de su lugar junto a la chimenea y acerca una silla a la mía. Se sienta, se

inclina hacia mí y me toca el brazo, como si tratara de despertarme—. ¿Tía Kay? ¿Me estás escuchando?

Me concentro en ella. Marino le dice a Stanfield por teléfono que se reunirán por la mañana. Parece una amenaza.

—Él y yo nos reunimos en Phils para tomar una cerveza. —Mira hacia la cocina y yo recuerdo que Marino me contó, esta mañana tarde, que él y Lucy se iban a reunir esta tarde porque ella tenía noticias para él—. Sabemos acerca del tipo del motel. — Ahora se refiere a McGovern, quien sigue sentada muy quieta cerca del fuego, me mira y espera a ver cuál será mi reacción cuando Lucy me cuente el resto—. Teun ha estado aquí desde el sábado —dice entonces Lucy—. Cuando te llamó desde el Jefferson, ¿recuerdas?, Teun estaba conmigo. Le pedí a ella que viniera aquí enseguida.

—Oh —es lo único que se me ocurre decir—. Bueno, me parece bien. Me afligía que estuvieras sola en un hotel. —Las lágrimas inundan mis ojos. Se supone que yo soy fuerte. Soy la persona que siempre ha rescatado a mi sobrina de los peligros que casi siempre ella se busca. Siempre he sido la portadora de la antorcha que la guía por el camino correcto. La ayudé con sus estudios terciarios. Le compré libros, su primera computadora, la envié a todos los cursos especiales a los que ella quería asistir, en cualquier parte del país. La llevé a Londres conmigo un verano. He enfrentado a cualquiera que tratara de interferir a Lucy, incluyendo su madre, quien siempre recompensó todo mi esfuerzo con insultos y maltrato—. Se supone que debes respetarme. —Le digo a mi sobrina y me seco las lágrimas con la palma de la mano—. ¿Cómo puedes hacerlo ahora? Ella se pone de pie de nuevo y me mira.

—Eso es absurdo —dice con voz sentida, y ahora Marino vuelve al living con otro *bourbon* en la mano—. Esto no es acerca de no respetarte —dice Lucy—. Por Dios. Nadie en esta habitación tiene menos respeto hacia ti, tía Kay. Pero necesitas ayuda. Por una vez, tienes que dejar que otras personas te ayuden. No puedes enfrentar esto sola, así que me parece que deberías reducir un poco tu orgullo y dejar que te ayudemos, ¿sabes? Yo no soy virgen. He sido agente del FBI y del ATF y soy muy rica. Podría ser agente del lugar que se me antojara. —Sus palabras se inflaman delante de mis ojos. Le importa que la pongan en licencia administrativa; vaya si le importa—. Y ahora yo soy mi propia agente y hago las cosas a mí manera. —Sigue diciendo.

—Yo renuncié esta noche. —Le digo y en la habitación se hace un silencio estupefacto.

—¿Qué dijiste? —me pregunta Marino, de pie frente a la chimenea, bebiendo—. ¿Que hiciste qué?

—Se lo dije al gobernador —contesto y una inexplicable calma comienza a inundarme. Me hace sentir bien pensar que hice algo en lugar de dejar que los demás

me hicieran cosas. Quizá dejar mi trabajo me haga menos víctima, si es que finalmente me animo a pesar de que soy una víctima. Supongo que sí lo soy y que la única forma de salir de esa situación es terminar lo que Chandonne empezó: poner fin a mi vida, tal como yo la conocía, y empezar de nuevo. Qué Pensamiento tan extraño y sorprendente. Les hablo a McGovern, Marino y Lucy de mi conversación con Mike Mitchell.

—Un momento. —Marino está sentado cerca de la chimenea. Ya es cerca de la medianoche y Anna está tan callada que por un momento pensé que a lo mejor se había ido a acostar—. ¿Esto significa que ya no puedes trabajar en casos? —me pregunta Marino.

—De ninguna manera —contesto—. Seguiré siendo la jefa hasta que el gobernador decida lo contrario. —Nadie me pregunta qué planeo hacer con el resto de mi vida. Realmente no vale la pena preocuparse de un futuro distante cuando el presente es todavía una conjetura. Agradezco que no me lo hayan preguntado y lo más probable es que esté mandando mis señales habituales de que no quiero que lo hagan. La gente intuye cuándo debe permanecer en silencio o, si no es así, yo desvío su interés y ellos ni se dan cuenta de que acabo de manipularlos hacia no tratar de sonsacarme información que prefiero mantener para mí. Me he convertido en una experta de esta clase de maniobras desde que era muy joven y no quería que mis compañeras de colegio me hicieran preguntas sobre si mi padre estaba enfermo, no se curaría nunca o qué se siente cuando el padre de uno muere. Yo estaba condicionada para no decir nada de esas cosas y también para no preguntar. Los últimos tres años de la vida de mi padre, toda mi familia la pasó en una evitación total en este sentido, y eso se aplicaba especialmente a él también. Mi padre se parecía mucho a Marino, siendo los dos italianos machistas que parecen dar por sentado que su cuerpo nunca los abandonará, no importa lo enfermos o en mal estado físico que se encuentren. Imagino a mi padre como Lucy, Marino y McGovern hablan de lo que planean hacer y ya están haciendo para ayudarme, incluyendo verificaciones de antecedentes y todas las cosas que Último Intento tiene para ofrecerme.

En realidad, no estoy escuchándolos. Sus voces podrían muy bien ser la conversación de un par de cuervos mientras yo recuerdo el pasto de Miami en mi infancia, los enormes fardos puestos a secar y el árbol de lima que había en el jardín pequeño de casa. Mi padre me enseñó cómo partir cocos sobre el sendero de entrada con un martillo y un destornillador, y yo me pasaba gran parte del tiempo abriéndolos y sacando esa carne blanca y dulce de esa corteza dura y peluda, y él se divertía mucho observando mi trabajo obsesivo. El interior del coco iba enseguida a la heladera blanca, y nadie, ni siquiera yo, lo comía. Durante los domingos sofocantes de verano, mi padre sorprendía a Dorothy y a mí cada tanto trayendo a casa dos enormes barras de hielo de su almacén que estaba bastante cerca. Teníamos una pileta

pequeña e inflable que llenábamos de agua con la manguera, y mi hermana y yo nos sentábamos sobre el hielo y nos congelábamos el trasero mientras el sol nos chamuscaba. No hacíamos más que saltar a la pileta y salir de ella, y después volver a instalarnos en nuestros tronos congelados mientras mi padre se reía de nosotras a través de la ventana del living, se reía a carcajadas y pegaba golpecitos en el vidrio al compás de la música de Fats Waller que sonaba a todo volumen en el equipo de alta fidelidad.

Mi padre era un buen hombre. Cuando se sentía bien era generoso, atento, divertido y con gran sentido del humor. Cuando no estaba consumido por el cáncer era buen mozo, de estatura mediana, rubio y de hombros anchos. Su nombre completo era Kay Marcellus Scarpetta III, y él insistía en que su primer hijo llevara ese nombre, que ha estado en mi familia desde Verona. No importó que yo, una nena, fuera la primera en llegar. Kay es uno de esos nombres que es posible ponerle a pequeños de cualquiera de los dos sexos, pero mi madre siempre me llamó Katie. En parte, según ella, porque la confundía mucho tener dos Kays en la casa. Más adelante, cuando eso ya no sucedía porque yo era la única Kay que quedaba, ella igual siguió llamándome Katie, como una manera de negarse a aceptar la muerte de mi padre, superarla, y todavía no la ha superado. Ella no lo deja ir. Mi padre murió hace más de treinta años, cuando yo tenía doce, y mi madre nunca salió con otro hombre. Todavía usa su alianza matrimonial. Todavía me llama Katie.

Lucy y McGovern repasan sus planes hasta pasada la medianoche. Se han dado por vencidos en tratar de incluirme en sus conversaciones y creo que ni siquiera se dan cuenta de que yo me he sumergido mentalmente en los viejos tiempos, la vista fija en el fuego, y me masajeo la mano izquierda tiesa y rígida y meto un dedo debajo del yeso para rascarme mi piel hambrienta de aire. Por último, Marino bosteza como un oso y se pone de pie. El *bourbon* le ha quitado un poco de equilibrio, tiene un terrible olor a cigarrillos y me mira con una ternura que yo llamaría amor si estuviera dispuesta a aceptar sus verdaderos sentimientos hacia mí.

—Llévame a mi pickup, Doc.—Es una manera de pedir una tregua entre nosotros. Marino no es un bruto. Se siente mal por la forma en que me ha tratado desde que yo casi fui asesinada, y nunca me ha visto tan distante y extrañamente callada.

La noche está fría y silenciosa y las estrellas se esconden con timidez detrás de nubes etéreas. Desde el sendero de Anna veo el resplandor de sus muchas velas en las ventanas y recuerdo entonces que mañana es Nochebuena, la última Nochebuena del siglo XX. El ruido a llaves perturba el silencio cuando Marino va a abrir su pickup y vacila antes de abrir la puerta del conductor.

—Tenemos mucho que hacer. Nos veremos temprano en la morgue.—Esto no es lo que en realidad quiere decir. Levanta la vista, observa el cielo y suspira. —Mierda, Doc. Mira, lo sé desde hace un tiempo, ¿sí? A esta altura ya tú te lo habías imaginado.

Supe en qué estaba el hijo de puta de Righter y tuve que dejar que las cosas siguieran su curso.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —No se lo pregunto con tono acusador sino simplemente por curiosidad.

Él se encoge de hombros.

—Me alegro de que Anna fuera la primera en sacarlo a relucir. Sé que tú no mataste a Diane Bray, por el amor de Dios. Pero, si quieres que te diga la verdad, no te culparía si lo hubieras hecho. Era la mayor hija de puta que conozco. Para mí, si le hubieras matado, sería en defensa propia.

—Bueno, pero no habría sido —digo y lo pienso con mucha seriedad—. No habría sido, Marino. Y yo no la maté. —Miré con atención la forma grandota de su cuerpo en el resplandor de las luces navideñas de los árboles—. ¿En ningún momento habrás pensado que...? —No termino la pregunta. Tal vez en realidad no quiero saber su respuesta.

—Mierda, últimamente ya ni sé qué pienso —dice—. Es la verdad. Pero ¿qué voy a hacer, Doc?

—¿Hacer? ¿Con respecto a qué? —No entiendo qué quiere decir.

Él se encoge de hombros y se aturulla. No puedo creerlo; Marino está a punto de llorar.

—Si tú te vas. —Su voz aumenta de volumen, él carraspea y busca su paquete de Lucky Strike. Rodea mi mano con sus manazas y enciende un cigarrillo para mí, y su piel es áspera contra la mía y el vello de la parte de atrás de sus muñecas susurra contra mi mentón. Él fuma, la vista perdida en el vacío, desconsolado—. ¿Entonces, qué? ¿Yo tengo que bajar a la maldita morgue y ya no te encuentro allí? Mierda, yo no bajaría a ese agujero maloliente tantas veces como lo hago si tú no estuvieras allí, Doc. Eres la única maldita cosa que le da sentido a ese lugar, y te lo digo en serio.

Lo abrazo. Apenas si le llego al pecho y su voluminoso vientre separa los latidos de nuestros corazones. Él ha levantado sus propias barreras en su vida y yo estoy abrumada por una inmensa compasión y necesidad de él. Le palmeo el ancho pecho y le digo:

—Hemos estado juntos mucho tiempo, Marino. Todavía no te has librado de mí.

Los dientes tienen sus propias historias. Los hábitos dentales de las personas revelan más acerca de ellas que las joyas o la ropa a medida y pueden identificarlas con exclusión de todas las demás, siempre y cuando se tengan registros premortem para comparar. Los dientes me hablan de la higiene de las personas. Me susurran secretos con respecto al abuso de drogas, ingestión temprana de antibióticos en la infancia, enfermedades, lesiones y la importancia que tenía para esa persona su aspecto físico. Ellos confiesan si el dentista era un atorrante y le cobraba a la compañía de seguros por trabajos que nunca realizaba. Por otra parte, me dicen también si el dentista era competente.

Marino se reúne conmigo en la morgue a la mañana siguiente, antes del amanecer. Tiene en la mano los registros dentales de un hombre de veintidós años del condado de James City que ayer salió a correr cerca del campus de William & Mary y nunca regresó a su casa. Su nombre es Mitch Barbosa. William & Mary queda a pocos kilómetros del motel Fort James, y cuando Marino habló anoche con Stanfield y recibió esta última información, lo primero que pensé fue «Qué extraño». Rocky Caggiano, el hijo abogado de Marino, estudió en William & Mary. La vida ofrece otra coincidencia extraña.

Son las siete menos cuarto cuando saco el cuerpo de la sala de rayos X y empujo la camilla hacia la sala de autopsias. Una vez más, reina un silencio absoluto. Es vísperas de Navidad y todas las oficinas estatales se encuentran cerradas. Marino está ataviado para asistirme y yo no espero que ninguna otra persona viva. —Salvo el dentista forense— se presente aquí en este momento. La tarea de Marino será ayudarme a desvestir a ese cuerpo rígido y poco cooperador y colocarlo sobre la mesa de autopsias. Nunca le permitiría que me asistiera en los procedimientos médicos, aunque, desde luego, él nunca se ofreció a hacerlo. No se lo he pedido jamás y tampoco lo haré porque su forma de asesinar los términos médicos latinos es increíble.

—Sosténlo del otro lado. —Le indico a Marino—. Bien. Así.

Marino aferra los dos lados de la cabeza del hombre muerto y trata de no moverla mientras yo trabajo con un cincel delgado en un costado de la boca, y lo deslizo entre los molares para abrirle la mandíbula. El acero raspa contra el esmalte. Tengo mucho cuidado de no cortar los labios, pero es inevitable que desportille la superficie de los dientes de atrás.

—Es una suerte que la gente esté muerta cuando tú les haces esto —dice Marino

—. Apuesto que te alegrarás cuando vuelvas a tener dos manos.

—No me lo recuerdes.—Estoy tan harta del yeso que he pensado en la posibilidad de cortármelo con una sierra Stryker.

Las mandíbulas del muerto ceden y se abren y yo enciendo la lámpara quirúrgica y lleno el interior de la boca con luz blanca. En su lengua hay fibras y yo las tomo. Marino me ayuda a romper el rigor mortis de los brazos para que podamos sacarle el saco y la camisa y, después, los zapatos y las medias y, por último, los pantalones de gimnasia y los shorts. Lo reviso y no encuentro ninguna prueba de lesión en su ano, nada que sugiera actividad homosexual. El pager de Marino suena. Es Stanfield de nuevo. Marino no ha dicho ni una palabra sobre Rocky esta mañana, pero el espectro de su hijo sobrevuela entre nosotros. Rocky está en el aire, y el efecto que esto tiene sobre su padre es sutil pero profundo. Marino irradia una angustia tan pesada e impotente como el calor corporal. Yo debería sentirme preocupada por lo que Rocky me tiene preparado, pero sólo puedo pensar en lo que le sucederá a Marino.

Ahora que mi paciente está desnudo delante de mí, tengo el cuadro completo de quién era él físicamente. Tiene una estatura de un metro setenta y uno, peso de sesenta y dos kilos y medio; piernas musculosas, pero poco desarrollo muscular en la parte superior del cuerpo, algo natural en un corredor. No tiene tatuajes, está circuncidado y, basándome en sus uñas bien cuidadas de las manos y los pies y su cara afeitada, es obvio que cuidaba mucho su aspecto. Hasta el momento, no encuentro ninguna prueba de lesión externa, y los rayos X no revelan la existencia de proyectiles ni fracturas. Tiene viejas cicatrices en las rodillas y en el codo izquierdo, pero nada nuevo salvo las abrasiones por haber estado atado y amordazado. «¿Qué te sucedió? ¿Por qué moriste?». Pero él permanece callado. Sólo Marino habla fuerte para disimular lo perturbado que está. El piensa que Stanfield es un estúpido y lo trata como tal. La actitud de Marino es más impaciente e insultante que de costumbre.

—Sí, bueno, sí que estaría bueno que lo supiéramos —grita Marino con sarcasmo en el teléfono de pared—. Para la muerte no hay días feriados. —Agrega un momento después—. Tú avisa que voy y ellos me dejarán entrar. —Después—: Sí, sí, sí. Es la época. Y, Stanfield, mantén la boca cerrada, ¿sí? ¿Entendiste? Si llego a leer de nuevo algo acerca de esto en un maldito periódico... ¿En serio? Bueno, quizá no leíste todavía el periódico de Richmond. Te juro que corlaré el artículo del ejemplar de esta mañana para dártelo. Toda esta mierda sobre Jamestown. Un comentario más y te hago bolsa. Nunca me viste hacerlo y no querrás verlo.

Marino se pone un nuevo par de guantes y vuelve junto a la camilla y la bata le golpea contra las piernas.

—Bueno, las cosas se ponen cada vez más raras, Doc. Suponiendo que este individuo es el jogger desaparecido, parece que nos enfrentamos a un tipo común y corriente: no tiene antecedentes, no tuvo problemas. Vivía en un departamento con

una amiga que lo identificó por una fotografía. Al parecer es con ella con quien Stanfield habló anoche tarde, pero esta mañana, hasta el momento no contesta el teléfono.—En su cara aparece una expresión perdida, porque no está seguro de cuánto me ha contado ya.

—Pongámoslo sobre la mesa —digo.

Pongo la camilla paralela a la mesa de autopsias. Marino lo toma de los pies, yo de un brazo y los dos tiramos. El cuerpo golpea contra el acero y de la nariz le brota un hilo de sangre. Abro el agua que tamborilea en la pileta de acero y las radiografías del hombre muerto brillan en los negatoscopios que hay en la pared y muestran huesos perfectamente prístinos y un cráneo visto desde distintos ángulos y el cierre automático del saco del conjunto deportivo que desciende a cada lado de las costillas. Suena la chicharra del patio en el momento en que yo desplazo el escalpelo de hombro a hombro y, después, hacia abajo en dirección a la pelvis, haciendo un pequeño desvío alrededor del ombligo. En el circuito cerrado de televisión observo la imagen del doctor Sam Terry y con el codo oprimo un botón para abrir la puerta del patio. Él es uno de nuestros odontólogos o dentistas forenses, que tiene la mala suerte de estar de guardia en vísperas de Navidad.

—Pienso que deberíamos ir a verla mientras estamos en la zona. —Prosigue Marino—. Tengo su dirección, la de la novia. La del departamento donde viven. —Mira el cuerpo—. O, mejor dicho, vivían.

—¿Y te parece que Stanfield es capaz de mantener la boca cerrada? —Desplazo hacia atrás los tejidos con varios cortes de escalpelo y con torpeza sostengo fórceps con las yemas de los dedos enguantados de mi mano izquierda enyesada.

—Sí. El dice que se reunirá con nosotros en el motel, donde no estuvieron muy corteses porque no hicieron más que quejarse de que es vísperas de Navidad y no quieren llamar más la atención porque todo esto ya los ha perjudicado demasiado. Recibieron como diez cancelaciones de reservas por parte de gente que vio la noticia en los informativos. En mi opinión, puras mentiras. Lo más probable es que la mayor parte de la gente que se aloja en esa pocilga no sabe ni le importa lo que sucede por aquí.

El Doctor Terry entra con su maletín negro de médico en la mano y una bata quirúrgica flamante sin atar en la parte de atrás, y se acerca a la mesada. Es nuestro odontólogo más joven y más nuevo y mide casi dos metros diez de estatura. Se dice que podría haber hecho carrera en la NBA, pero quiso continuar su educación. Lo cierto es. —Y él mismo se lo dirá a quien se lo pregunte— que fue un mediocre jugador en la Universidad de Virginia, que los únicos tiros buenos que ha hecho fue con armas de fuego, que la única devolución suya excelente es con las mujeres y que estudió odontología sólo porque no pudo entrar en la Facultad de Medicina. Terry desesperadamente quería ser patólogo forense. Lo que hace, básicamente como

voluntario, es lo más cerca de esa meta a que llegará.

—Gracias, gracias. —Le digo cuando él comienza a arreglar sus papeles en una tablilla con sujetador.—Eres muy bondadoso por venir a ayudarnos esta mañana, Sam.

Él sonríe, después mira a Marino y dice con su exagerado acento de Nueva Jersey:

—¿Cómo estás, Marino?

—¿Alguna vez viste al Hombre de la Bolsa robarse la Navidad? Porque si no es así, quédate un rato conmigo. Hoy tengo ganas de robarles los juguetes a los chicos y de pegarles un chirlo en la cola a sus mamas antes de treparme a las chimeneas.

—No se te ocurra subirte a ninguna chimenea. Seguro que te quedarías atascado.

—Tú, en cambio, podrías quedar con la cabeza afuera de la chimenea e igual apoyar los pies en el hogar. ¿Sigues creciendo?

—No tanto como tú. ¿Cuánto estás pesando? —Terry ojea los registros dentales que Marino trajo—. Bueno, esto no llevará mucho tiempo. Tiene el segundo premolar maxilar rotado hacia la derecha, la superficie distal lingual. Y... muchos arreglos. Lo cual indica que este individuo —dice y levanta los registros— y el de ustedes son una y la misma persona.

—¿Qué te pareció que los Rams derrotaran a Louisville? —grita Marino por sobre el tamborileo del agua que corre en la pileta.

—¿Estuviste allí?

—No, y tú tampoco, Terry, y justamente por eso ganaron.

—Es probable.

Tomo un cuchillo quirúrgico del carrito y en ese momento suena la campanilla del teléfono.

—Sam, ¿te importa contestar? —Pregunto.

Él trota hacia el rincón, levanta el tubo y anuncia:

—Morgue. —Yo corto por la articulación costochondral y extirpo el triángulo formado por el esternón y las costillas paraesternales.

—Un momento. —Le dice Terry a quienquiera está en el otro extremo de la línea—. ¿Doctora Scarpetta? ¿Puede usted hablar con Benton Wesley?

La sala se convierte en un vacío que se chupa toda la luz y todo el sonido. Yo quedo helada, estupefacta, con el cuchillo quirúrgico apoyado en mi mano derecha enguantada y ensangrentada.

—¿Qué demonios? —Salta Marino. Corre hacia Terry y le quita el tubo—. ¿Quién carajo habla? —grita en el micrófono—. Mierda. —Cuelga. Como es obvio, la otra persona también colgó. Terry parece confundido. No tiene la menor idea de lo que acaba de suceder. No hace mucho que me conoce. No tiene por qué saber nada acerca de Benton a menos que alguien se lo haya contado, y al parecer nadie lo hizo.

—¿Qué te dijo exactamente esa persona? —Le pregunta Marino.

—Espero no haber hecho algo malo.

—No, no. —Le digo cuando encuentro mi voz—. Nada de eso. —Lo tranquilizo.

—Vaya tipo —contesta—. Lo único que dijo fue que quería hablar con usted y aseguró llamarse Benton Wesley.

Marino toma de nuevo el teléfono y maldice como loco al comprobar que no tiene identificador de llamadas. Pero en la morgue nunca se dio que necesitáramos un identificador de llamadas. Oprime varios botones y escucha. Escribe un número y lo marca.

—Sí. ¿Quién habla? —Pregunta a quienquiera haya contestado—. ¿Dónde? Está bien. ¿Vio a alguien usar este teléfono hace un minuto? Sí, ése es el que me habla. Ajá. Sí, bueno, no te creo, imbécil. —Y cuelga con furia.

—¿Te parece que es la misma persona que acaba de llamar? —Le pregunta Terry, confundido—. ¿Qué hiciste? ¿Marcar asterisco sesenta y nueve?

—Es un teléfono público. En la estación de servicio Texaco en el peaje Midlothian. Supuestamente. No sé si es la misma persona que llamó antes. ¿Cómo era su voz? —Pregunta Marino y le clava la mirada a Terry.

—Parecía joven. Creo. No lo sé. ¿Quién es Benton Wesley?

—Está muerto. —Busco el escalpelo, apoyo la punta en una tabla de corte, le pongo una hoja nueva y dejo caer la vieja en un contenedor plástico rojo intenso para residuos biológicos peligrosos.—Era un amigo mío, un amigo muy cercano.

—El que llamó era una alimaña con un mal chiste. ¿Cómo puede haber conseguido el número de aquí? —Marino está muy disgustado. Está furioso. Quiere encontrar al que llamó y pegarle una buena paliza. Y de pronto piensa que el sinvergüenza de su hijo puede estar detrás de todo esto. Lo leo en los ojos de Marino. Está pensando en Rocky.

—En la guía telefónica —digo. Comienzo a cortar vasos sanguíneos, a seccionar las carótidas muy abajo, en el apex y siguiendo hacia abajo en dirección a las arterias ilíacas y las venas de la pelvis.

—No puedo creer que en la guía figure como «morgue». —Marino vuelve a su vieja rutina. Me está culpando a mí.

—Creo que figura bajo información fúnebre. —Corto el delgado músculo chato del diafragma, aflojo el bloque de órganos y lo libero de la columna vertebral. Los pulmones, el hígado, el corazón, los riñones y el bazo brillan con tonalidades distintas de rojo cuando apoyo el bloque sobre la tabla de corte y le lavo la sangre con un chorro suave de agua fría de la manguera. Advierto hemorragias petequiales, zonas oscuras de sangrado no mayores que pinchazos de un alfiler diseminados sobre el corazón y los pulmones. Asocio esto con personas que han tenido dificultad para respirar durante o poco antes del momento de su muerte.

Terry toma su maletín negro y lo apoya sobre el carrito quirúrgico. Saca un espejo dental y lo introduce en la boca del hombre muerto. Trabajamos en silencio, un poco agobiados por el peso de lo que acaba de suceder. Tomo un cuchillo más grande y corto secciones de órganos y a través del corazón. Las arterias coronarias están abiertas y despejadas, el ventrículo izquierdo de un centímetro de ancho, las válvulas normales. Fuera de algunos depósitos grasos en la aorta, el corazón y los vasos sanguíneos son sanos. Lo único malo es lo obvio: dejó de funcionar. Por alguna razón, el corazón del hombre se detuvo. Mire por donde mire, no encuentro ninguna explicación para ello.

—Como dije, esto es sencillo —dice Terry mientras hace anotaciones en un gráfico. Su voz es nerviosa. Sin duda desearía no haber contestado el teléfono.

—¿Es nuestro hombre? —Le pregunto.

—Seguro que sí.

Las arterias carótidas yacen como vías sobre el cuello. Entre ellas están la lengua y los músculos del cuello, que yo aparto para poder examinarlas mejor en la tabla de corte. No hay hemorragias en los tejidos profundos. El pequeño y frágil hueso hioideo en forma de U está intacto. Este hombre no fue estrangulado. Cuando desplazo hacia atrás su cuero cabelludo no encuentro contusiones ni fracturas ocultas debajo. Enchufó una sierra Stryker en el riel con cables que cuelga del techo y me doy cuenta de que necesito más que una mano. Terry me ayuda a sostener la cabeza mientras yo empujo la hoja semicircular que vibra a través del cráneo. En el aire vuela polvo óseo y la calota se levanta con un suave sonido de succión y deja al descubierto las circunvoluciones del cerebro. A primera vista, no hay allí ningún problema. Las tajadas brillan como ágatas cremosas con bordes grises encrespados cuando yo las enjuago sobre la tabla de corte. Guardaré el cerebro y el corazón para estudios especiales posteriores: para ello, los introduzco en formalina para enviarlos a la Facultad de Medicina de Virginia.

Esta mañana, mi diagnóstico es de exclusión. Como no hallé ninguna causa obvia ni patológica de muerte, sólo me queda una que se basa en susurros. Las diminutas hemorragias en el corazón y los pulmones y las quemaduras y abrasiones por las ataduras sugieren que Mitch Barbosa murió de una arritmia inducida por el estrés. También postulo que en determinado momento contuvo la respiración o sus vías aéreas se vieron obstruidas... o, por alguna razón, su respiración se vio comprometida hasta el punto de que estuvo parcialmente asfixiado. Tal vez la culpa es de la mordaza, que pudo haberse mojado con la saliva. Cualquiera sea la verdad, el cuadro que obtengo es sencillo y horrible y exige una demostración. Terry y Marino me vendrán bien para ello.

Primero corto varios largos del hilo grueso que solemos usar para suturar las incisiones en Y. Le pido a Marino que se levante las mangas de su bata quirúrgica y

extienda las manos. Ato un segmento de hilo alrededor de una muñeca y otro trozo alrededor de la otra, no demasiado ajustados. Le digo que sostenga los brazos levantados y le indico a Terry que tome los extremos sueltos de hilo y tire hacia arriba. Terry es lo suficientemente alto como para hacerlo sin necesidad de subirse a una silla o a un banquito. Las ataduras enseguida se hunden en la parte de abajo de las muñecas de Marino y quedan anguladas hacia arriba hacia los nudos. Intentamos esto en diferentes posiciones, con variaciones de los brazos juntos y abiertos estilo crucifixión. Por supuesto, los pies de Marino permanecen bien apoyados en el piso. En ningún momento los mueve o los deja colgados.

—El peso de un cuerpo sobre los brazos estirados interfiere con la exhalación — explico—. Es posible inhalar pero resulta difícil exhalar porque los músculos intercostales están comprometidos. A lo largo de un rato prolongado, esto llevaría a la asfixia. Si a eso se suman el shock del dolor por la tortura, y el miedo y el pánico, es bastante probable que se sufra arritmia.

—¿Y qué me dices de hemorragia nasal? —Marino extiende las muñecas y yo examino las marcas que el hilo le ha dejado en la piel. Están anguladas de manera similar a las que tiene el hombre muerto.

—Presión intracraneana incrementada —digo—. En una situación en que se contiene la respiración, es posible que sangre la nariz. En ausencia de lesiones, es una buena conjetura.

—Mi pregunta es si alguien tuvo intención de matarlo —dice Terry.

—La mayoría de las personas no se toman el trabajo de atar a alguien y torturarlo y después dejarlo ir para que lo cuente todo —contesto—. Dejaré pendiente la causa y la manera por ahora, hasta que veamos qué nos dicen los de toxicología. —Miro fijo a Marino—. Pero creo que lo mejor será que trates esto como un homicidio, y muy espantoso por cierto.

Hablamos de esto más tarde en la mañana mientras nos dirigimos en el auto al condado de James City. Marino quería llevar su pickup y yo le sugerí que siguiéramos la ruta 5 al este a lo largo del río, a través del condado de Charles City, donde las plantaciones del siglo XVIII se abren en abanico desde el costado del camino en vastos campos que conducen a las imponentes mansiones de ladrillo y edificios anexos de Sherwood Forest, Westover, Berkeley, Shirley y Belle Air. A la vista no hay ningún ómnibus de turismo ni camiones de transporte de troncos ni obras de vialidad, y las tiendas de campaña están cerradas. Es víspera de Navidad. El sol brilla a través de interminables arcos de viejos árboles, las sombras motean el camino. No parece que algo atroz pudiera suceder aquí, hasta que llegamos al Motel y Camping Fort James. Un poco alejado de la ruta 5 y escondido entre los bosques, es una mezcla de cabañas, trailers y edificios herrumbrados y con la pintura descascarada, que me recuerda Hogan's Alley de la Academia del FBI: fachadas

construidas con materiales baratos, donde personas sombrías están a punto de ser objeto de una redada por parte de las fuerzas del orden.

La oficina de alquileres se encuentra en una pequeña casa de madera rodeada de pinos enclenques cuyas hojas han cubierto el techo y la tierra circundante en manchones marrones. Máquinas expendedoras de gaseosas y de fabricación de hielo brillan por entre arbustos demasiado crecidos. Una serie de bicicletas para niños yacen rodeadas de hojas, y viejos sube y bajas y hamacas no resultan nada confiables. Una perra de raza incierta y una historia de mala crianza se levanta con sus patas viejas y nos mira desde el porche de techo inclinado.

—Creí que Stanfield se reuniría aquí con nosotros —digo y abro la portezuela del auto.

—Vaya uno a entenderlo. —Marino se apea de la pickup y pasea la vista por el lugar.

Un velo de humo brota de la chimenea y se mueve casi horizontalmente con el viento y del otro lado de una ventana alcanzo a ver el parpadeo de luces de Navidad. Siento que nos miran. Una cortina se mueve y oímos el leve sonido de un televisor en el fondo de la casa mientras aguardamos en el porche y la perra me olisquea una mano y me la lame. Marino anuncia nuestra llegada con un golpe de puño sobre la puerta y finalmente grita:

—¿Hay alguien en casa? ¡Eh! —Y sigue dando golpes de puño—. ¡Policía!

—Ya voy, ya voy —dice la voz impaciente de una mujer y una cara dura y cansada llena el espacio de la puerta que se entreabre, pero sin soltar la cadena contra ladrones.

—¿Usted es la señora Kiffin? —Le pregunta Marino.

—¿Quién es usted? —Le pregunta ella a su vez.

—El capitán Marino, del Departamento de Policía de Richmond. Y ésta es la doctora Scarpetta.

—¿Para qué se trajo una médica? —Con el entrecejo fruncido ella me mira desde la sombra de la hendidura de la puerta. Se oyen pasos y una criatura nos espía y sonrío.

—Zack, vuelve adentro. —Brazos desnudos y pequeños, y manos con uñas sucias rodean la rodilla de su madre. Ella lo suelta.

—¡Vamos, adentro! —El chiquito se aparta y desaparece.

—Vamos a necesitar que usted nos muestre la habitación donde se inició el incendio. —Le dice Marino—. El detective Stanfield, del condado de James City, ya debería estar aquí. ¿Por casualidad no lo vio?

—Ningún policía ha estado aquí esta mañana.—Ella cierra la puerta y se oye un sonido metálico cuando suelta la cadena contra ladrones. Entonces la puerta se abre de nuevo, esta vez por completo, y la mujer sale al porche empujando los brazos

dentro de las mangas de una chaqueta escocesa roja de leñador, con un llavero en la mano. Grita hacia el interior de la casa: —¡Quédense todos adentro! Zack, ¡no se te ocurra tocar la masa para los bizcochos! Enseguida vuelvo—. Cierra la puerta. —Nunca vi a nadie a quien le gustaran tanto los bizcochos como ese chico—. Nos dice mientras bajamos por los escalones. —A veces compro la masa ya preparada y, un día, pesqué a Zack comiéndose una, con el papel tirado hacia abajo como si fuera una banana. Cuando lo pesqué ya se había comido la mitad. Le dije: «¿Sabes qué hay ahí adentro? Huevos crudos, eso es lo que hay».

Bev Kiffin probablemente no tiene más de cuarenta y cinco años, y su belleza es tan áspera y chillona como los cafés para camioneros y los bares donde se sirve comida tarde por la noche. Tiene el pelo teñido de rubio y es tan crespo como el de un caniche; sus hoyuelos son profundos y su figura, madura y camino de convertirla en una matrona. Tiene un aspecto defensivo y obstinado que yo asocio con las personas acostumbradas a ser menoscabadas y a estar en problemas. Yo también la llamaría astuta y evasiva. Casi estoy dispuesta a desconfiar de cada palabra que pronuncie.

—Yo no quiero problemas aquí. —Nos dice—. Como si ya no tuviera bastante, sobre todo en esta época del año —dice mientras camina—. Todas esas personas que vienen mañana, tarde y noche para espiar y tomar fotografías.

—¿Cuáles personas? —Le pregunta Marino.

—Gente en auto, que se detiene en el camino y mira. Algunas personas incluso se bajan del auto y caminan por los alrededores. Anoche me desperté cuando alguien pasó en el auto. Eran las dos de la madrugada.

Marino enciende un cigarrillo. Seguimos a Kiffin por la sombra de los pinos sobre un sendero lleno de maleza y de nieve derretida y pasamos frente a remolques viejos que parecen barcos ya no navegables. Cerca de una mesa para picnic hay un conjunto de pertenencias personales que, a primera vista, parecen basura de un campamento que alguien no limpió. Pero entonces veo una inesperada y extraña colección de juguetes, muñecas, libros en rústica, sábanas, dos almohadas, una manta, un cochecito doble para bebés... todo húmedo y sucio, no porque no valga nada o haya sido arrojado allí deliberadamente sino porque inadvertidamente ha sido expuesto a los elementos. Diseminados por todas partes hay envoltorios plásticos que enseguida relaciono con los fragmentos que encontré adheridos a la espalda quemada de la primera víctima. Los fragmentos son blancos, azules y anaranjado intenso, y están cortados en tiras angostas, como si quien lo hizo tuviera el hábito nervioso de convertir todo en trozos.

—Parece que alguien se fue de prisa. —Comenta Marino.

Kiffin me observa.

—¿Tal vez se fueron sin pagar la cuenta? —Pregunta Marino.

—Oh, no.—Ella parece apurada por seguir hacia el pequeño motel deslucido que aparece más adelante entre los árboles.

—Pagaron adelantado como todos los demás. Una familia con dos pequeños que se alojaban en una carpa y, de pronto, se fueron de aquí. No sé por qué dejaron todo eso. Algunas cosas, como el cochecito de bebé, son bastante lindas. Pero, es claro, después nevó encima de todo.

Una ráfaga de viento desparrama varios trozos de papel como confeti. Me acerco y toco una almohada con un pie y la doy vuelta. Un olor intenso y desagradable asciende hasta mi nariz cuando me pongo en cuclillas para examinarla mejor. Adherido a la parte de abajo de la almohada hay pelo, pelo largo y claro, muy fino, que no tiene pigmentación. El corazón me golpea como el repentino e inesperado golpe de un timbal. Muevo los trozos cortados con un dedo. El material plastificado es flexible pero duro, de modo que no se rompe con facilidad a menos que uno empiece a hacerlo en un borde plegado, allí donde el envoltorio fue sellado con calor. Algunos de los fragmentos son grandes y fácilmente reconocibles como pertenecientes a una marca de caramelos. Hasta me es posible leer la dirección en Internet de los chocolates Hershey's. Más pelo sobre la manta: vello púbico corto y oscuro. Y varios más de los largos y descoloridos.

—Caramelos PayDay. —Le digo a Marino. Miro a Kiffin cuando abro mi bolso—. ¿Conoce a alguien de por aquí que coma muchos caramelos PayDay y arroje los envoltorios?

—Bueno, eso no proviene de mi casa. —Como si la hubiéramos acusado, o quizás el culpable es Zack y su debilidad por los dulces.

Yo no llevo mi estuche de aluminio para escenas del crimen allí donde no hay cuerpo, pero siempre tengo un equipo de emergencia en mi bolso, una conservadora de frío que contiene, entre otras cosas, guantes descartables, bolsas para pruebas, hisopos, un pequeño frasco de agua destilada y equipos para residuos de disparos de armas de fuego. Le quito la tapa a uno de estos equipos, que no es más que un pequeño tubo transparente de plástico con una punta adhesiva que utilizo para recoger tres pelos de la almohada y dos de la manta. Sello el tubo y los pelos dentro de una pequeña bolsa transparente de plástico para pruebas.

—¿No le importa decirme para qué hace eso? —me pregunta Kiffin.

—Creo que pondré toda esta basura en una bolsa y me la llevaré a los laboratorios. —De pronto Marino se muestra controlado, tan calmo como un jugador de póquer. Sabe cómo manejar a Kiffin y ahora es preciso hacerlo porque él también sabe que las personas hipertrícóticas tienen pelo fino, no pigmentado, rudimentario como el de un bebé. Sólo que el pelo de los bebés no tienen quince o más centímetros de largo, como el pelo que Chandonne dejó en sus escenas del crimen. Es posible que Jean-Baptiste Chandonne haya estado en este campamento—. ¿Usted maneja esto

sola? —Le pregunta Marino a Kiffin.

—Sí, bastante sola.

—¿Cuándo se fue la familia que estaba en la carpa? No estamos en un clima como para dormir en carpa.

—Estaban aquí justo antes de que empezara a nevar. A fines de la semana pasada.

—¿Sabe por qué se fueron tan deprisa? —Marino sigue sondeándola con suavidad.

—No supe nada de ellos, ni una palabra.

—Vamos a tener que examinar mejor todo lo que dejaron atrás.

Kiffin se sopla las manos desnudas para calentárselas un poco, se abraza y gira para quedar de espaldas al viento. Mira hacia su casa y casi se la puede ver pensando qué clase de problemas les tiene reservada esta vez la vida a ella y a su familia. Marino me hace señas de que lo siga.

—Aguarde aquí. —Le dice a Kiffin—. Enseguida volvemos. Tengo que buscar algo en mi pickup. No toque nada, por favor.

Ella nos observa alejarnos. Marino y yo hablamos en voz baja. Horas antes de que Chandonne se presentara en la puerta de mi casa, Marino había salido con un equipo para buscarlo, y ellos descubrieron dónde se ocultaba en Richmond: en una mansión que estaba siendo remodelada sobre el río James, muy cerca de mi vecindario. Puesto que Chandonne rara vez salía durante el día, suponemos que sus idas y venidas no fueron detectadas mientras estaba escondido en la casa y se servía lo que encontraba allí. Hasta este momento, jamás se nos ocurrió a ninguno de nosotros que Chandonne podía haberse quedado en algún otro lugar.

—¿Piensas que asustó a quienquiera estaba en la carpa para poder usarla él? —Marino abre la puerta de su vehículo y busca en la parte posterior de la cabina donde yo sé que tiene una escopeta—. Porque tengo que decirte algo, Doc. Algo que advertimos cuando entramos en esa casa que da al James fue envoltorios de comida basura por todas partes. Y muchos papelitos de esos que sirven para envolver caramelos. —Toma una caja roja para herramientas y cierra la puerta de la pickup—. Como si el tipo tuviera debilidad por los dulces.

—¿Recuerdas qué clase de comida basura? —recuerdo todas las Pepsis que Chandonne bebió cuando Berger lo entrevistaba.

—Barras de chocolate y no sé si caramelos de la misma marca que los del campamento. Pero sí caramelos. Y cacahuetes. Esas pequeñas bolsitas con cacahuetes y, ahora que lo pienso, las envolturas estaban todas rotas.

—Por Dios —murmuro, de pronto petrificada—. Me pregunto si él tendrá un bajo nivel de azúcar en sangre. —Trato de mostrarme clínica, de recuperar mi equilibrio interior, pero el miedo vuelve como una bandada de murciélagos.

—¿Qué demonios hacía ese tipo aquí? —dice Marino y todo el tiempo mira hacia

donde está Kiffin a lo lejos, para asegurarse de que ella no toque nada de un lugar que ahora se ha convertido en parte de una escena del crimen—. ¿Y cómo demonios llegó aquí? A lo mejor sí tenía un automóvil.

—¿Había algún vehículo en la casa en que se escondía? —Pregunto mientras Kiffin nos observa volver, una figura solitaria en tela escocesa roja, con bocanadas de aliento que parecen humo.

—Los dueños de esa mansión no tenían allí ningún auto mientras la obra se realizaba —me dice Marino con una voz que Kiffin no puede oír—. Tal vez él robó un auto y lo tuvo estacionado en alguna parte en que no se viera demasiado. Yo había dado por sentado que esa alimaña ni siquiera sabía manejar, puesto que por lo general vivía en el sótano de la casa de su familia en París.

—Sí. Más conjeturas —murmuro y recuerdo que Chandonne aseguró que solía conducir una de esas motocicletas verdes para limpiar las veredas de París, algo que en aquel momento me resultó dudoso, pero ya no. Estamos de vuelta junto a la mesa para picnics y Marino apoya allí la caja de herramientas y la abre. Saca un par de guantes de trabajo y se los pone; después abre con un sacudón varias bolsas para basura bien fuertes y yo se las sostengo abiertas. Llenamos tres bolsas y él abre una cuarta y envuelve trozos de plástico negro alrededor del cochecito para bebés y después los sujeta con cinta adhesiva para embalar. Mientras lo hace, le explica a Kiffin que es posible que alguien haya asustado a la familia que estaba en la carpa. Sugiere que tal vez un desconocido reclamó este lugar como suyo, aunque sólo fuera por una noche. ¿En algún momento tuvo ella la sensación de algo fuera de lo común, incluyendo un vehículo desconocido en esa zona, antes del último sábado?— Él pregunta todo esto como si jamás se le hubiera cruzado por la cabeza la posibilidad de que ella opacara la verdad.

Sabemos, desde luego, que Chandonne no podría haber estado aquí después del sábado, porque se encuentra en custodia desde ese día. Kiffin no nos sirve de ayuda. Dice que no notó nada fuera de lo común, salvo que una mañana, bien temprano, ella salió en busca de leña para el fuego y advirtió que la carpa había desaparecido, pero que las pertenencias de la familia seguía estando aquí o, al menos, parte de ellas. No puede jurarlo, pero cuanto más la aguijonea Marino, más está convencida ella de que vio que la carpa había desaparecido alrededor de las ocho de la mañana del viernes último. Chandonne asesinó a Diane Bray el jueves por la noche. ¿Huyó entonces después a esconderse en el condado de James City? Lo imagino apareciéndose en la carpa, ocupada por una pareja y sus pequeños hijos. Una sola mirada y resulta comprensible que ellos hayan corrido a su automóvil y huido a toda velocidad sin tomarse el trabajo de empacar sus cosas.

Llevamos las bolsas de basura a la pickup de Marino y las ponemos en la parte de atrás. Una vez más Kiffin aguarda nuestro regreso, las manos en los bolsillos de su

chaqueta, su cara sonrosada por el frío. El motel está justo adelante a través de una serie de pinos: una pequeña estructura blanca con forma de caja, de dos plantas, con puertas pintadas del color de las siemprevivas. Detrás del motel hay más bosques y, después, un arroyo ancho que nace del río James.

—¿Cuántas personas tiene aquí alojadas ahora? —Le pregunta Marino a la mujer que maneja esta espantosa trampa para turistas.

—¿En este momento? Quizá trece personas, dependiendo de si alguien más se ha ido ya. Muchas personas sencillamente se van, dejan la llave en la habitación y yo no sé que se han ido hasta que entro a hacer la limpieza. Mire, dejé mis cigarrillos en la casa. —Le dice a Marino, pero sin mirarlo—. ¿Le importaría darme uno?

Marino apoya su caja de herramientas en el sendero. Sacude un cigarrillo del paquete y se lo enciende. El labio superior de la mujer se frunce como papel crepé cuando le da una pitada, inhala hondo y después suelta el humo por un costado de la boca. Mi desesperación por el tabaco aumenta. Mi codo fracturado se queja del frío. No puedo dejar de pensar en la familia de la carpa y el terror que deben de haber sentido... si es verdad que Chandonne se presentó aquí y esa familia existe. Si él vino directamente aquí después de asesinar a Bray, ¿qué fue de su ropa? Tenía que estar cubierta de sangre. ¿Salió de la casa de Bray y vino aquí empapado en sangre, asustó tanto a esos desconocidos como para hacerlos huir de la carpa, y nadie llamó a la policía ni le dijo una palabra a otra persona?

—¿Cuántas personas se alojaban aquí anteanoche, cuando se inició el incendio? —Marino recoge su caja de herramientas y de nuevo comenzamos a caminar.

—Sé cuántos se registraron. —La mujer se muestra imprecisa—. Pero no sé cuántos seguían aquí. Once personas se habían registrado, incluyéndolo a él.

—¿Incluyendo al hombre que murió en el incendio? —Es mi turno de hacer preguntas.

Kiffin me mira.

—Sí, así es.

—Hábleme del momento en que él se registró. —Le dice Marino mientras caminamos, nos detenemos un momento para mirar en todas direcciones y después seguimos caminando—. ¿Lo vio llegar en el auto como acabamos de hacer nosotros? Me parece que los automóviles suelen estacionar justo frente a su casa. Ella se pone a negar con la cabeza.

—No, señor. No vi ningún auto. Oí que llamaban a la puerta y yo la abrí. Le dije que fuera a la oficina de al lado, que yo me reuniría allí con él. Era un hombre bien parecido y bien vestido, no con el aspecto de los clientes que suelo tener, eso es evidente.

—¿Él le dijo cómo se llamaba? —Le pregunta Marino.

—Pagó en efectivo.

—¿De modo que si alguien paga en efectivo, entonces usted no les hace escribir nada en el registro?

—Pueden hacerlo si lo desean. Pero no están obligados. Tengo un libro de registro donde se pueden anotar los datos y del que después yo desprendo el recibo. Pero él dijo que no necesitaba recibo.

—¿Tenía alguna clase de acento?

—No parecía ser de esta zona.

—¿Puede ubicar de dónde parecía oriundo? ¿Del norte? ¿Podría ser extranjero? —Marino continúa y volvemos a detenemos debajo de los pinos.

Ella mira en todas direcciones, piensa y fuma mientras la seguimos por un sendero barroso que conduce al estacionamiento del motel.

—No del sur. —Decide—. Tampoco parecía de un país extranjero. Pero, bueno, no habló mucho. Dijo lo imprescindible. Yo tuve la sensación de que estaba apurado y un poco nervioso, y no era precisamente conversador.

—Esto parece completamente fabricado. El tono de voz de Kiffin incluso cambia.

—¿Alguien se aloja en estos remolques? —Pregunta entonces Marino.

—Yo los alquilo. En esta época la gente no viene con su propio remolque. No es época de campamento.

—¿Alguien alquila uno ahora?

—No. Nadie.

Enfrente del motel, una silla con el tapizado roto está colocada junto a una máquina expendedora de Coca Cola y un teléfono público. En el estacionamiento hay varios autos de fabricación norteamericana y nada nuevos. Un Granada, un LTD, un Firebird. No hay señales de sus dueños.

—¿A qué clase de personas suele recibir en esta época del año? —Pregunto.

—A una mezcla. —Kiffin sigue caminando cuando cruzamos el estacionamiento y nos dirigimos al ala sur del edificio.

Veo asfalto mojado.

—Parejas que no se llevan bien. Eso pasa mucho en esta época del año. Personas que fastidian y después una o la otra se va o es echada y necesita un lugar para quedarse. O personas que conducen el auto a lo largo de grandes distancias para visitar a la familia y necesitan un lugar para pasar la noche. O, cuando el río crece, como pasó hace un par de meses, algunas personas vienen porque yo permito que traigan sus mascotas. Y, también, turistas.

—¿Personas que vienen a ver Williamsburg o Jamestown? —Pregunto.

—Sí, bastantes personas para ver Jamestown. Ese lugar se ha hecho bastante famoso desde que comenzaron a desenterrar las tumbas. La gente es rara.

La habitación diecisiete está en el primer nivel de la punta. La cinta amarilla de escena del crimen cruza la puerta. La ubicación es remota, en el borde mismo de un bosque cerrado que oculta el motel de la ruta 5.

Estoy especialmente interesada en cualquier vegetación o resto que pueda haber en el asfalto directamente frente a la habitación, donde los que acudieron al rescate pudieron haber arrastrado el cuerpo. Advierto suciedad y trozos de hojas secas y colillas de cigarrillos. Me pregunto si el fragmento de envoltura de caramelo que encontré adherido a la espalda del hombre muerto provino del interior de la habitación o de aquí afuera, en el estacionamiento. Si provino del interior del cuarto, eso podría significar que el asesino lo entró o podría significar que el asesino caminó por el camping abandonado o cerca de él en un momento dado anterior al homicidio, a menos que ese trozo de papel haya estado un tiempo en el interior del cuarto, quizá llevado por la misma Kiffin cuando entró a hacer la limpieza después de que el último huésped se retiró. Las pruebas son engañosas. Siempre hay que tomar en cuenta su origen y no sacar conclusiones basadas en el lugar en que terminó. Por ejemplo, las fibras que hay en un cuerpo pueden haber sido transferidas por el asesino, quien las recogió de una alfombra en que originalmente fueron depositadas por alguien que las entró en una casa después de que otro individuo las dejó en la butaca de un automóvil.

—¿Él pidió un cuarto en particular? —Le pregunto a Kiffin mientras ella revisa las llaves que tiene en una argolla.

—Dijo que quería algo privado. La diecisiete no tenía a nadie a ninguno de los lados ni arriba, por eso se la di. ¿Qué le pasó en el brazo?

—Me resbalé en el hielo.

—Qué lástima. ¿Y tendrá que usar eso mucho tiempo?

—No mucho más.

—¿Le parece que el hombre estaba acompañado? —Le pregunta Marino.

—Yo no vi a nadie más. —Habla sucintamente con Marino, pero tiene una actitud más amistosa conmigo. Siento que me mira frecuentemente y tengo la sensación de que ha visto mi fotografía en los periódicos o por televisión—. ¿Qué clase de médica dijo usted que era? —me pregunta.

—Soy médica forense.

—Ah. —Se le ilumina la cara—. Como Quincy. Me encantaba ese programa. ¿Recuerda ese personaje que podía decirlo todo acerca de una persona con solo mirar

un hueso? —Gira la llave en la cerradura, abre la puerta y el aire se vuelve acre con el hedor sucio del incendio—. Me pareció algo realmente sorprendente. Raza, sexo, incluso cómo se ganaba la vida y qué estatura tenía, y exactamente cuándo y cómo murió, todo a partir de un hueso pequeño. —La puerta se abre de par en par y muestra una escena que es tan oscura y sucia como una mina de carbón—. No tiene idea de lo caro que esto me va a costar —dice cuando pasamos junto a ella y entramos—. El seguro no me cubre una cosa así. Nunca lo hace. Malditas compañías de seguros.

—Le voy a pedir que nos espere afuera. —Le dice Marino a Kiffin.

La única luz que hay es la que se filtra por la puerta abierta y logro divisar la forma de la cama de dos plazas. En el centro de ella hay un cráter donde el colchón se quemó hasta el elástico de resortes. Marino enciende una linterna y un haz largo de luz se mueve por la habitación, empezando por el ropero, justo donde yo estoy parada, cerca de la puerta. Dos perchas de alambre dobladas se balancean de una varilla de madera. El cuarto de baño está a la izquierda de la puerta y, contra la pared opuesta a la cama hay una cómoda. Hay algo sobre la cómoda: un libro. Está abierto. Marino se acerca para iluminar sus páginas.

—Es una Biblia —dice.

La luz se mueve hacia el extremo más alejado del cuarto, donde hay dos sillas y una pequeña mesa frente a una ventana, y una puerta trasera. Marino abre las cortinas y una luz solar débil entra en la habitación. El único daño que alcanzo a ver por el incendio es la cama, que ardió y produjo una gran cantidad de humo denso. Todo el interior del cuarto está cubierto por hollín, y esto es un regalo inesperado para una forense.

—Todo lo que hay en la habitación está cubierto de hollín —me maravillo en voz alta.

—¿Eh? —Marino va iluminando el cuarto mientras yo saco mi teléfono celular. No veo ninguna prueba de que Stanfield haya tratado de buscar huellas latentes aquí, y no lo culpo. Casi todos los investigadores darían por sentado que el intenso hollín y el humo obliterarían las huellas dactilares, y existe un antiguo método de laboratorio con humo, que se utiliza en objetos no porosos como metales pulidos, que tienden a tener un efecto teflón cuando se le salpican polvos. Las huellas latentes se transfieren de hecho a un objeto porque las superficies de fricción en rebordes de dedos y palmas tienen en ellas residuos oleosos. Son estos residuos los que terminan en alguna superficie: el pomo de una puerta, una copa, el vidrio de una ventana. El calor ablanda los residuos y entonces el humo y el hollín se adhieren a ellos. Cuando la temperatura se enfría, los residuos se fijan y se vuelven firmes y es posible cepillar con suavidad el hollín como se hace con el polvo. Antes del proceso de ahumado con Super Glue y las fuentes alternativas de iluminación, no era infrecuente obtener huellas quemando trozos de madera de pino embreados, alcanfor y magnesio. Es muy

posible que debajo de la pátina de hollín exista en esta habitación una galaxia de huellas dactilares latentes que ya han sido procesadas para nosotros.

Llamo a su casa a Neils Vander, el jefe de la sección huellas dactilares; le explico la situación, y él dice que se reunirá con nosotros en el motel dentro de dos horas. Marino parece sumido en otras preocupaciones: su atención está fija en un punto por encima de la cama, hacia el que dirige el haz de la linterna.

—Dios Santo —murmura—. Doc, ¿quieres mirar esto? —Ilumina dos pitones llenos de hollín atornillados en el cielo raso a una distancia el uno del otro de aproximadamente un metro—. ¡Eh! —Le grita a Kiffin a través de la puerta. Ella espía hacia adentro y mira en dirección a la zona iluminada por el haz de la linterna.

—¿Tiene alguna idea de por qué están esos pitones en el cielo raso? —Le pregunta.

En la cara de la mujer aparece una expresión extraña y creo que su voz sube una nota, como cuando se muestra evasiva.

—Es la primera vez que los veo. Me pregunto cómo sucedió eso. —Declara—. ¿Cuándo fue la última vez que entró en este cuarto? —Le pregunta Marino—. Un par de días antes de que él se registrara, cuando lo limpié después de la partida de la última persona, quiero decir, la última persona antes de él. —¿Los pitones no estaban aquí entonces?— Si estaban, yo no los vi.

—Señora Kiffin, por favor quédese afuera por si tenemos más preguntas que hacerle.

Marino y yo nos ponemos guantes. Él extiende sus dedos, y la goma se estira y cruje. La ventana que hay junto a la puerta de atrás da a una piscina que está llena de agua sucia. Frente a la cama hay un pequeño televisor Zenith sobre un pedestal, con una nota adherida sobre la pantalla que recuerda a los huéspedes que deben apagar el televisor antes de salir. La habitación es casi idéntica a como la describió Stanfield, pero él no mencionó la Biblia abierta sobre la cómoda ni que a la derecha de la cama, cerca del piso, hay un tomacorriente y dos cables no enchufados tirados sobre la alfombra que hay al lado, uno que va a la lámpara que está sobre la mesa de noche y, el otro, al radio-reloj. El radio-reloj es antiguo; no es digital. Cuando se lo desenchufó, las manecillas se detuvieron en las tres doce de la tarde. Marino le pide a Kiffin que vuelva a entrar en el cuarto. —¿A qué hora dice que se registró el hombre? —Pregunta. —Bueno, a eso de las tres.—Está junto a la puerta y mira fijo el reloj. —Parece que, en cuanto entró, desenchufó el reloj y la lámpara, ¿no? Eso es bien raro, a menos que quisiera enchufar alguna otra cosa y necesitara liberar el enchufe. Algunos de estos hombres de negocios llevan siempre una computadora laptop—. ¿Usted notó que traía una? —Pregunta Marino y la mira—. No vi que tuviera nada, fuera de lo que parecía la llave de un auto y una billetera.

—Usted no comentó nada acerca de una billetera. ¿Vio una billetera?

—Sí. La sacó para pagarme. Por lo que recuerdo, era de cuero negro. Parecía cara, como todo lo que él usaba. Podría haber sido de cuero de cocodrilo o de algo así. —Agrega a su historia.

—¿Cuánto efectivo le pagó y con qué billetes?

—Un billete de cien dólares y cuatro de veinte. Me dijo que me guardara el cambio. El total era de ciento sesenta dólares y setenta céntimos.

—Sí, claro. El dieciséis-cero-siete especial —dice Marino con tono monocorde. A él no le cae bien Kiffin. Y, por cierto, no le cree nada, pero no lo dice y juega con ella como si fuera una partida de naipes. Si yo no lo conociera tan bien, creo que hasta podría engañarme a mí.

—¿Tiene aquí una escalera? —Pregunta Marino a continuación.

Ella vacila un instante.

—Bueno, supongo que sí. —Vuelve a desaparecer y deja la puerta abierta de par en par.

Marino se agacha para observar más de cerca el enchufe y los cables desenchufados.

—¿Crees que enchufaron aquí la pistola de calor? —reflexiona en voz alta.

—Es posible. Siempre y cuando estuviéramos hablando de una pistola de calor. —Le recuerdo.

—Yo las he usado para descongelar las cañerías y para eliminar el hielo de los escalones de entrada de casa. Funciona maravillosamente bien. —Ahora mira debajo de la cama con la linterna—. Pero nunca tuve un caso en el que se utilizaba con otra persona. Por Dios. El tipo debe de haber estado muy bien amordazado para que nadie oyera nada. Me pregunto por qué habrá desenchufado los dos cables, el de la lámpara y el del reloj.

—¿Quizá para que no funcionara el interruptor automático de corriente?

—En un lugar como éste, sí, puede ser. El voltaje de una pistola de calor es probablemente igual que al de un secador de pelo. Y lo más probable es que un secador de pelo haría apagar todas las luces en un lugar como éste.

Me acerco a la cómoda y observo la Biblia. Está abierta entre los capítulos seis y siete del Eclesiastés, y las páginas están tiznadas, no así el lugar de la cómoda que está debajo de la Biblia, lo cual indica que ésta era la posición de la Biblia cuando el fuego se inició. La pregunta es si la Biblia estaba abierta así antes de que la víctima se registrara o, incluso, si pertenecía a este cuarto. Mi mirada recorre algunas líneas y se detiene en el primer versículo del capítulo siete. Más vale el *buen nombre que un buen perfume y el día de la muerte, más que el de nacimiento*. Se lo leo a Marino y le digo que esta parte del Eclesiastés tiene que ver con la vanidad.

—Pega bastante con todo esto raro que está pasando, ¿no? —Comenta él y de pronto se oye ruido de rasguños sobre aluminio y Kiffin regresa. Marino le toma una

escalera torcida y salpicada de pintura y le abre las patas. Sube los peldaños ilumina los pitones con la linterna—. Maldición, creo que necesito nuevos anteojos. No veo nada —dice mientras yo le sujeto la escalera.

—¿Quieres que mire yo? —me ofrezco.

—Como quieras —contesta y baja.

Yo tomo una pequeña lupa de mi bolso y subo. Él me pasa la linterna y yo examino los pitones. No veo ninguna fibra. Si hay alguna, no tendremos la suerte de recogerlas aquí. El problema es cómo preservar un tipo de prueba sin arruinar otra, y existen tres tipos posibles de pruebas que podrían estar asociadas con los pitones: huellas dactilares, fibras y marcas de herramientas. Si desempolvamos para sacar el hollín y buscar huellas latentes, podríamos perder fibras que podrían pertenecer a la ligadura que puede haber sido enhebrada por los pitones, que no es posible destornillar sin correr el riesgo de agregar nuevas marcas de herramientas, suponiendo que utilizemos una herramienta como pinzas. El peligro mayor es inadvertidamente erradicar cualquier huella posible. De hecho, las condiciones y la iluminación son tan malas que en realidad no deberíamos examinar nada aquí. Se me ocurre algo:

—Por favor, alcánzame un par de bolsas. —Le digo a Marino— y cinta adhesiva.

Él me alcanza dos pequeñas bolsas plásticas transparentes. Deslizo una sobre cada pitón y con mucho cuidado pego cinta alrededor de la parte superior de cada bolsa, procurando no tocar ninguna parte del pitón o del cielo raso. Bajo en el momento en que Marino abre su caja de herramientas.

—Detesto hacerle esto. —Le dice a Kiffin, quien revolotea del otro lado de la puerta, las manos metidas en los bolsillos, tratando de no sentir tanto frío—. Pero voy a tener que cortar parte del cielo raso.

—Como si eso hiciera alguna diferencia a esta altura —dice ella con tono resignado, ¿o será indiferencia?—. Hágalo nomás. —Agrega.

Todavía me pregunto por qué razón el fuego se consumió sin producir llamas. Eso me intriga mucho. Le pregunto a Kiffin qué clase de ropa de cama y de colchón había sobre la cama.

—Bueno, eran verdes. —De eso parece estar bien segura—. El acolchado era verde oscuro, de un color parecido al de las puertas. Pero no sabemos qué le pasó a la ropa. Las sábanas eran blancas.

—¿Tiene idea de qué tela eran? —Pregunto.

—Estoy bastante segura de que la ropa de cama era de poliéster.

El poliéster es un material tan combustible que trato de recordar no usar nunca materiales sintéticos cuando tomo un avión. Si llegamos a hacer un aterrizaje forzoso y estalla un incendio, lo último que quiero junto a mi piel es el poliéster. Sería más o menos lo mismo que ducharme con nafta. Si sobre la cama había un acolchado de

poliéster cuando se inició el incendio, lo más probable es que toda la habitación hubiera ardiendo en llamas, y muy rápido.

—¿Dónde compró los colchones? —Le pregunto.

Ella vacila. No quiere decírmelo.

—Bueno —finalmente decide decir lo que yo creo es la verdad—, los nuevos son terriblemente caros, así que cuando puedo los compro de segunda.

—¿Dónde los compra?

—Bueno, son de esa cárcel que cerraron hace algunos años en Richmond —responde.

—¿En la calle Spring?

—Así es. Pero, mire, yo nunca compré algo sobre lo que yo misma no dormiría. —Defiende su elección—. Les compré los más nuevos.

Esto podría explicar por qué el colchón sólo humeó y en ningún momento ardió con llamas. En los hospitales y las cárceles, los colchones se suelen someter a un fuerte tratamiento con retardadores de llamas. Esto también sugiere que quienquiera inició el incendio no habría tenido ninguna razón para saber que trataba de quemar un colchón sometido a un tratamiento especial con retardadores de llamas. Y, desde luego, el sentido común dice que esa persona no se quedaría en el sitio suficiente tiempo como para saber que el fuego se apagó por sí solo.

—Señora Kiffin —digo—, ¿hay una Biblia en cada habitación?

—Sí, es la única cosa que los clientes no se roban.—Elude mi pregunta y adquiere una vez más un tono de voz lleno de recelo.

—¿Sabe usted por qué ésta se encontraba abierta en el Eclesiastés?

—Yo no me lo paso abriéndolas. Me limito a dejarlas sobre la cómoda. No, yo no la abrí. —Vacila un momento y después anuncia:—Ese hombre debe de haber sido asesinado porque de lo contrario nadie se tomaría todo este trabajo.

—Tenemos que tomar en cuenta todas las posibilidades. —Comenta Marino mientras vuelve a subir por la escalera con una pequeña sierra que suele resultarnos útil en escenas como ésta porque tiene los dientes endurecidos y no están angulados. Puede cortar elementos in situ, en el lugar, como molduras, zócalos, caños o, en este caso, viguetas.

—Los negocios han estado bien difíciles —dice la señora Kiffin—. Yo estoy sola para atenderlo porque mi marido está siempre viajando.

—¿A qué se dedica su marido? —Pregunto.

—Es camionero de Overland Transfer.

Marino comienza a despegar las placas de fibrocemento del cielo raso que rodean a aquellas donde están colocados los pilones.

—Supongo que no es mucho el tiempo que pasa aquí —digo.

El labio inferior de la mujer tiembla de forma casi imperceptible y sus ojos brillan

de pena.

—Yo no necesito un homicidio aquí. Dios, eso me va a perjudicar mucho.

—Doc, ¿le importa iluminar esto un poco? —Marino no responde a la repentina necesidad de afecto de Kiffin.

—Los asesinatos dañan a mucha gente.—Enfoco la linterna en el cielo raso y con el brazo sano vuelvo a sostener la escalera.—Esto es un hecho lamentable e injusto, señora Kiffin.

Marino comienza a serrucho y el aserrín cae al suelo.

—Nunca se murió nadie acá —gimotea ella un poco más—. Creo que a este lugar ya no puede pasarle algo peor.

—Bueno. —Marino se mofa un poco de ella por encima del ruido que hace al serrucho—, tal vez consiga muchos clientes gracias a la publicidad de este asunto.

Ella lo fulmina con la mirada.

—Más vale que esa gente se mantenga bien lejos de aquí.

De las fotografías que Stanford me mostró reconozco el sector de la pared en que estaba apoyado el cuerpo y tengo una idea general acerca de dónde se encontró la ropa. Imagino a la víctima desnuda sobre la cama, los brazos levantados por la soga enhebrada por los pitones. Él puede haber estado arrodillado o incluso sentado y sólo parcialmente tironeado hacia arriba. Pero la posición de crucifixión y la mordaza le impedirían respirar. El hombre jadea, lucha por respirar, su corazón palpita con furia por el pánico y el dolor al ver que alguien enchufa la pistola de calor y oye salir el aire de ella aunque el interruptor esté cerrado. Nunca he entendido el deseo humano de torturar. Conozco su dinámica, sé que tiene que ver con el control, con la forma más definitiva de abuso del poder. Pero no puedo entender que eso produzca satisfacción, represente una reivindicación y, por cierto, no un placer sexual derivado de provocarle dolor a otro ser viviente.

Mi sistema nervioso central se alborota, el pulso me golpea con fuerza. Transpiro debajo de mi abrigo, aunque dentro de la habitación hace suficiente frío como para que veamos nuestro aliento.

—Señora Kiffin —digo mientras Marino sigue serruchando— ¿cinco días... un negocio especial? ¿En esta época del año? —Callo un momento y la confusión le bailotea por la cara. Ella no está dentro de mi mente, no ve lo que yo veo. No puede empezar siquiera a imaginar el horror que estoy reconstruyendo mientras permanezco allí, de pie, en el interior de este motel barato con sus colchones de segunda mano de las prisiones—. ¿Por qué se habrá registrado por cinco días la semana de Navidad? —quiero saber—. ¿Dijo algo que podría haberle dado a usted una pista de por qué estaba aquí, qué hacía, de dónde procedía? ¿Aparte de su comentario de que no parecía de aquí?

—No se lo pregunté. —Observa trabajar a Marino—. Tal vez debería haberlo

hecho. Algunas personas hablan mucho y le cuentan a una más de lo que una quiere saber. Algunas no quieren que nadie meta la nariz en sus negocios.

—¿Qué sensación tuvo con respecto a él? —Sigo acicateándola.

—Bueno, al Señor Peanut no le cayó nada bien.

—¿Quién demonios es el Señor Peanut? —dice Marino al bajar por la escalera una placa del cielo raso que está sujeta por un pitón a una sección de diez centímetros de vigueta.

—Nuestra perra. Ustedes seguramente la vieron al llegar. Sé que es un nombre un poco raro para una hembra que ha tenido infinidad de cachorros, pero Zack fue la que la bautizó. Señor Peanut no hizo más que ladrar cuando ese hombre se presentó en la puerta. No quería acercarse a él y el pelo se le paró en el lomo.

—¿No sería que su perra se puso a ladrar porque había alguien más en los alrededores? ¿Alguien que usted no alcanzó a ver? —Sugiero.

—Podría ser.

Una segunda placa del cielo raso cae y la escalera se sacude cuando Marino desciende. Él se acerca a su caja de herramientas en busca de un rollo de papel para freezer y cinta para pruebas y se pone a envolver las placas del cielo raso en paquetes prolijos mientras yo entro en el cuarto de baño y lo ilumino. Todo es blanco y la superficie de la repisa tiene quemaduras amarillas, sin duda de huéspedes que dejan allí sus cigarrillos mientras se afeitan o se maquillan o se peinan. Veo una cosa más que a Stanfield se le pasó por alto: un único trozo de hilo dental que cuelga en el interior del inodoro. Está sujeto en el borde de la taza y sostenido debajo del asiento. Con una mano enguantada lo tomo. Tiene unos treinta centímetros de largo y una parte está mojada por el agua del inodoro, y la parte del medio tiene un color rojo pálido, como si alguien se lo hubiera pasado por los dientes y le hubieran sangrado las encías. Precisamente porque este último hallazgo no está bien seco, no lo sello en una bolsa de plástico; lo pongo en un cuadrado de papel para freezer que doblo y meto en un sobre de joyero. Probablemente tendremos un ADN. La pregunta es: ¿de quién?

Marino y yo volvemos a la pickup a la una y media, y Señor Peanut sale corriendo de la casa cuando Kiffin abre la puerta del frente para volver a entrar en la casa. La perra nos sigue ladrando, incluso cuando arranca el vehículo. Por el espejo retrovisor veo que Kiffin le grita al animal:

—¡Ven aquí enseguida! —Y golpea las manos—. ¡Ven ahora mismo!

—¿Algún idiota se tomó tiempo para pasarse hilo dental mientras torturaba al individuo? O, más probablemente, esa cosa cuelga del inodoro desde la última Navidad.

Ahora Señor Peanut está justo al lado de mi portezuela mientras la pickup se sacude por el camino no pavimentado que, por los bosques, conduce a la ruta 5.

—¡Ven aquí enseguida! —grita Kiffin, baja los peldaños y golpea las manos.

—Maldita perra. —Se queja Marino.

—¡Frena! —Tengo miedo de que le pasemos por encima al pobre animal.

Marino clava los frenos y el vehículo pega un salto hacia adelante y se detiene. Señor Peanut sigue ladrando y saltando, y su cabeza aparece y desaparece de mi ventanilla.

—¿Qué demonios...? —Estoy sorprendidísima. La perra casi no nos prestó atención cuando hace algunas horas llegamos al motel.

—¡Vuelve aquí! —Kiffin se acerca en busca de la perra. Detrás de ella, una criatura aparece junto a la puerta de la casa, no el chiquillo que vimos más temprano sino alguien del alto de Kiffin.

Me bajo de la pickup y Señor Peanut comienza a mover la cola. Me mete hocico en la mano. El pobre animal está sucio y tiene mal olor. La tomo por el collar y la arrastro hacia su familia, pero ella no quiere alejarse de la pickup.

—Vamos —le digo—. Te llevaré a tu casa antes de que te atropellemos.

Kiffin se acerca, lívida, y golpea a la perra en la cabeza. Señor Peanut aúlla como una oveja lastimada, baja la cola y retrocede.

—Pórtate bien, ¿me has oído? —dice Kiffin y revolea un dedo hacia el animal—. ¡Vete a casa!

Señor Peanut se esconde detrás de mí.

—¡Vete!

La perra se sienta en la tierra detrás de mí y aprieta el cuerpo contra mis piernas. La persona que yo vi junto a la puerta ha desaparecido, pero Zack ha emergido al porche. Viste jeans y camiseta que le quedan demasiado grandes.

—Ven aquí, Peanut. —Le canta y chasquea los dedos. Parece tan asustado como la perra.

—¡Zack! ¡No me obligues a repetirle que entres en la casa! —Le grita su madre.

Crueldad. Tan pronto nos vayamos, a la perra le pegarán una paliza. Y quizá también al chiquillo. Bev Kiffin es una mujer frustrada y descontrolada. La vida la ha hecho sentirse indefensa y, debajo de la piel, está llena de dolor y de furia por lo injusto que es todo. O quizá es sencillamente una mala persona, y tal vez la pobre Señor Peanut corre detrás de la pickup de Marino porque quiere que nos la llevemos con nosotros, que la salvemos. Esa fantasía se me cruza por la cabeza.

—Señora Kiffin. —Le digo con voz calma y cargada de autoridad, esa voz fría que reservo para las veces en que me propongo asustar a alguien—, no vuelva a tocar a Señor Peanut a menos que lo haga con suavidad. Yo tengo algo con las personas que castigan a los animales.

Su cara se ensombrece y se llena de furia. Yo fijo la vista en el centro de sus pupilas.

Ella retrocede unos pasos, se da media vuelta y echa a andar hacia la casa. Señor Peanut sigue sentada, mirándome.

—Tú, vete a casa. —Le digo y siento que se me parte el corazón—. Vete, querida. Necesitas volver a casa.

Zack baja del porche y corre hacia nosotros. Toma a la perra del collar, se sienta y la rasca entre las orejas y le habla.

—Sé buena, no hagas enojar a mamá. Por favor, Señor Peanut —dice y me mira a mí—. A ella no le gusta que ustedes se lleven su cochecito de bebé.

Esto me sobresalta, pero no dejo que se note. Me pongo en cuclillas, al nivel de Zack, y acaricio a Señor Peanut, mientras trato de bloquear su olor fuerte que me recuerda una vez más a Chandonne. Siento náuseas y la boca se me llena de saliva.

—¿El cochecito de bebé es de ella? —Le pregunto a Zack.

—Cuando ella tiene cachorros, yo los llevo a dar una vuelta en el cochecito —me responde Zack.

—¿Entonces por qué estaba allá, junto a la mesa para picnics, Zack? —Pregunto—. Pensé que algunos acampantes lo habían dejado allí.

Él sacude la cabeza sin dejar de acariciar a Señor Peanut.

—Ajá. Es el cochecito de Señor Peanut, ¿no es así, Señor Peanut? Tengo que irme. —Se pone de pie y mira furtivamente hacia la puerta abierta de la casa.

—Te diré lo que haremos. —Yo también me levanto—. Sólo necesitamos echarle un vistazo al cochecito de Señor Peanut, pero después te prometo que lo traeré de vuelta.

—Está bien. —Arrastra a la perra, mitad corriendo, mitad tirándola del collar. Yo me quedo mirándolos entrar en la casa y cerrar la puerta. Permanezco de pie en medio del camino de tierra, a la sombra de los pinos, las manos en los bolsillos, observando, porque no me cabe ninguna duda de que Bev Kiffin también me observa. En la calle esto se llama darse importancia, hacer conocer la propia presencia. Mi trabajo no ha terminado aquí. Volveré.

Enfilamos hacia el este sobre la ruta 5 y estoy atenta a la hora. Aunque pudiera conjurar el helicóptero de Lucy, jamás lograría estar de vuelta en casa de Anna a las dos. Saco la billetera y encuentro la tarjeta en que Berger me anotó sus números de teléfono. Nadie contesta en su hotel y le dejo el mensaje de que me busque a las seis de la tarde. Marino está callado cuando vuelvo a meter mi teléfono celular en el bolso. Tiene la vista fija en el camino y su vehículo retumba el avanzar por esa ruta angosta y zigzagueante. Marino está procesando lo que acabo de decirle acerca del cochecito para bebés. Desde luego, Bev Kiffin nos mintió.

—Todo lo de allá afuera, bueno, bueno... —dice él por último y sacude la cabeza—. Qué sensación espeluznante. Como si hubiera ojos que observaban todo lo que hacíamos. Como si ese lugar tuviera una vida propia de la que nadie sabe nada.

—Ella sabe —digo—. Ella sabe algo. Eso es evidente, Marino. Quiso dejar bien en claro que el cochecito de bebé había sido dejado por las personas que abandonaron el camping. Ella lo dijo espontáneamente. Quería que nosotros lo pensáramos. ¿Por qué?

—Esas personas no existen, las que se supone que se alojaban en esa carpa. Si los pelos resultan ser los de Chandonne, entonces no tendré más remedio que pensar que ella le permitió quedarse allí, y que por eso se puso tan nerviosa.

La sola idea de Chandonne presentándose en la oficina del motel y solicitándole a ella un lugar para pasar la noche me supera. No me lo puedo imaginar. Le Loup-Garou, como él se llama a sí mismo, no correría semejante riesgo. Su modus operandi, tal como lo conocemos, no era presentarse en la puerta de nadie a menos que tuviera la intención de asesinar y torturar a esa persona. Al menos, tal como lo conocemos. «Tal como lo conocemos», pienso todo el tiempo. Lo cierto es que sabemos incluso menos que hace dos semanas.

—Tenemos que empezar de cero. —Le digo a Marino—. Hemos definido a alguien sin información y, ahora, ¿qué? Cometimos la equivocación de trazar un perfil psicológico de él y de creer después en nuestra proyección. Pues bien, hay dimensiones de Chandonne que se nos han pasado completamente por alto, y aunque él esté preso, no lo está.

Marino saca sus cigarrillos.

—¿Entiendes lo que estoy diciendo? —Prosigo—. En nuestra arrogancia, hemos decidido cómo es él. Nos basamos en pruebas científicas y terminamos con lo que, en realidad, es una conjetura. Una caricatura. Él no es un hombre lobo: es un ser

humano, y por malévolo que sea, tiene muchas facetas y ahora las estamos descubriendo. Demonios, eso fue obvio en la grabación en video. ¿Por qué somos tan duros de mollera? No quiero que Vander vaya solo a ese motel.

—Tienes razón —dice Marino y toma el teléfono—. Yo iré al motel con él y tú puedes llevarte mi pickup a Richmond.

—Había alguien junto a la puerta —digo—. ¿Lo viste? Era una persona grandota.

—Mmm —murmura él—. Yo no vi a nadie. Sólo al chiquillo, ¿cómo era que se llamaba? Zack. Y la perra.

—Yo vi a alguien más. —Insisto.

—Lo verificaré. ¿Tienes el número de Vander?

Se lo doy y él lo llama. Vander ya se encuentra en camino y su esposa le da a Marino el número de teléfono de su celular. Yo observo por la ventanilla urbanizaciones residenciales arboladas con enormes casas coloniales ubicadas lejos de las calles. A través de los árboles brillan elegantes decoraciones navideñas.

—Sí, allá hay algo muy raro. —Le dice Marino a Vander por el teléfono celular—. Así que yo seré tu guardaespaldas. —Termina la comunicación y por un momento nos quedamos callados. La noche anterior parece llenar el espacio entre los dos en el vehículo.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —Le pregunto finalmente a Marino una vez más, no muy satisfecha con lo que él me dijo en el sendero de entrada de Anna cuando, después de medianoche, lo acompañé a su pickup—. ¿Exactamente cuándo te dijo Righter que él propiciaba un jurado especial de acusación y qué razón te dio?

—Todavía no habías terminado su maldita autopsia. —Marino enciende un cigarrillo—. Bray todavía estaba en tu mesa, para ser exacto. Righter me llama por teléfono y me dice que no quiere que practiques la autopsia, y entonces yo le digo: «¿Qué quieres que haga? ¿Entrar en la morgue y ordenarle que suelte el escalpelo y levante las manos?». El muy imbécil. —Marino suelta humo mientras mi consternación se pliega y adquiere una forma fantasmal en mi cerebro—. Por eso tampoco te pidió permiso para husmear alrededor de tu casa. —Agrega Marino.

La parte del curioso, al menos, ya me la había imaginado.

—Él quería ver si los policías habían encontrado algo. —Hace una pausa para sacudir la ceniza de su cigarrillo—. Como un martillo cincelador. En especial uno que quizá tuviera en él la sangre de Bray.

—El que usó para tratar de atacarme puede muy bien tener la sangre de Bray —respondo con tono razonable y calmo mientras la ansiedad me invade.

—El problema es que el martillo con la sangre de Bray fue encontrado en tu casa —me recuerda Marino.

—Desde luego que sí. Él lo trajo a casa para poder usarlo contra mí.

—Y sí, tiene la sangre de Bray encima. —Sigue hablando Marino—. Ellos ya

hicieron el estudio de ADN. Nunca vi que los laboratorios trabajaran con tanta rapidez como en estos días, y ya puedes imaginarte por qué. El gobernador tiene el ojo puesto en todo lo que sucede... por si su jefa de médicos forenses resulta ser una asesina chiflada. —Le da una pitada al cigarrillo y me mira—. Y, otra cosa, Doc. No sé si Berger te mencionó esto, pero el martillo cincelador que compraste en la ferretería... bueno, no fue encontrado.

—¿Qué? —Pregunto, primero con incredulidad y después con furia.

—Así que el único que estaba en tu casa era el que tenía la sangre de Bray. En tu casa encontraron un solo martillo. Y tiene la sangre de Bray. —Lo deja bien en claro, aunque con bastante reticencia.

—Tú sabes por qué compré ese martillo —respondo, como si mi discusión fuera con él—. Quería ver si coincidía con las marcas de sus heridas. Y estaba decididamente en mi casa. Si no estaba allí cuando ustedes lo revisaron todo, entonces o no buscaron bien o alguien se lo llevó.

—¿Recuerdas dónde estaba la última vez que lo viste?

—Lo usé en la cocina sobre el pollo para ver qué aspecto tenían las lesiones y, también, qué clase de patrón dejaba el mango en espiral si le ponía algo encima y lo apretaba contra un papel.

—Sí, encontramos el pollo golpeado en el tacho de basura. Y una funda de almohada con manchas de salsa para parrillada como si encima hubieras hecho girar el mango del martillo. —A Marino, ese experimento no le resulta raro. Él sabe que yo me embarco en una cantidad de investigaciones nada comunes cuando trato de descubrir qué le pasó a alguien—. Pero ningún martillo cincelador. Eso no lo encontramos. Con o sin salsa para parrillada. —Prosigue Marino—. De modo que me pregunto si el tarado de Talley no se lo habrá robado. Quizá deberías hacer que Lucy y Teun le tiraran encima la organización secreta de ambas para ver qué descubren, ¿qué te parece? La primera investigación importante de Último Intento. Para empezar, me gustaría investigar los créditos de ese hijo de puta para ver de dónde saca todo su dinero.

Yo miro todo el tiempo el reloj, controlando el tiempo de nuestro viaje. La subdivisión donde vivía Mitch Barbosa queda a diez minutos del Motel Fort James. Las casas de madera color gris oscuro son nuevas y no hay vegetación, sólo tierra mezclada con pasto joven y seco entreverado con nieve. Reconozco autos policiales sin marcas en el terreno cuando entramos, tres Ford Crown Victoria y un Chevrolet Lumina estacionados en fila. Ni a Marino ni a mí se nos pasa por alto el hecho de que dos de esos vehículos tienen chapas de Washington D.C.

—Mierda —dice Marino—. Huelo a federales. Caramba, caramba —me dice cuando estacionamos—, esto no es nada bueno.

Advierdo un detalle curioso mientras Marino y yo seguimos el sendero de ladrillos

hacia la casa donde vivía Barbosa con su supuesta novia. A través de una ventana del piso superior veo una caña de pescar recostada contra el vidrio y no sé por qué me resulta fuera de lugar, salvo que ésta no es época de pesca, tal como tampoco lo es para acampar. Una vez más pienso en las personas misteriosas. —Si no míticas— que huyeron del camping dejando atrás muchas de sus posesiones. Recuerdo la mentira de Bev Kiffin y tengo la sensación de que me estoy internando más en un espacio aéreo peligroso, en el que hay fuerzas que no puedo ver ni entender moviéndose a una velocidad increíble. Marino y yo esperamos en la puerta del frente de la casa D, y él vuelve a tocar el timbre.

El detective Stanfield abre la puerta y nos saluda distraídamente mientras mira en todas direcciones. La tensión que existe entre él y Marino es como un muro entre ellos.

—Lamento no haber podido llegar al motel. —Anuncia fríamente y se hace a un lado para permitirnos entrar—. Algo sucedió. Ya lo verán en un minuto. —Promete. Lleva puestos pantalones de corderoy gris y un suéter grueso de lana, y tampoco a mí me mira a los ojos. No estoy segura de si es porque sabe qué opino yo con respecto a haberle filtrado información a su cuñado, el diputado Dinwiddie, o si se debe a alguna otra razón. De pronto se me ocurre que es posible que él sepa que estoy siendo investigada por homicidio. Trato de no pensar en esa realidad. No sirve de nada preocuparse ahora—. Todos están arriba —dice, y nosotros lo seguimos al piso superior—. ¿Quiénes son todos? —Pregunta Marino.

Nuestros pies golpean suavemente sobre el camino de la escalera. Stanfield sigue subiendo. No gira la cabeza ni se detiene cuando contesta:—El ATF y el FBI.

Advierto que en la pared de la izquierda de la escalera hay una serie de fotografías enmarcadas y me tomo un momento para observarlas con atención. Reconozco a Mitch Barbosa sonriendo con personas de aspecto achispado en un bar y con la cabeza afuera de la cabina de un camión. En una fotografía, está tomando sol en una playa tropical, tal vez Hawai. Levanta una copa y brinda con la persona que está detrás de la cámara. Varias otras tomas son con una mujer bonita, y me pregunto si será la novia con la que vive. A mitad de camino hay un descanso y la ventana contra la que está apoyada la caña de pescar.

Me detengo y una sensación extraña me recorre la piel cuando examino, pero sin tocarla, una caña de fibra de vidrio marca Shakespeare y un reel marca Shimano. Un anzuelo y varias plomadas están sujetos a la línea de pescar y, sobre la alfombra, junto al mango de la caña, hay una pequeña caja plástica azul con anzuelos. Cerca, como apoyadas allí por alguien que entró en la casa, hay dos botellas vacías de cerveza Rolling Rock, un paquete nuevo de cigarros Tiparillo y algo de cambio. Marino gira la cabeza para ver qué estoy haciendo. Me reúno con él en el tope de la escalera y emergemos en un living profusamente iluminado que está atractivamente

decorado con muebles modernos sueltos y alfombras indias.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste de pesca? —Le pregunto a Marino—. No en agua dulce —contesta—. No por aquí cerca últimamente.

—Exactamente. —Me freno en seco al caer en la cuenta de que conozco a una de las tres personas que se encuentran de pie cerca del ventanal panorámico del living. El corazón me pega un brinco cuando esa conocida cabeza de pelo oscuro gira hacia mí y de pronto me encuentro frente a Jay Talley. Él no sonríe, y su mirada es tan filosa como si sus ojos fueran puntas de flechas. Marino hace un ruido apenas audible que es como el gruñido de un animal pequeño y primitivo. Es su manera de hacerme saber que Jay es la última persona que él desea ver. Otro hombre de traje y corbata es joven y parece hispano, y cuando apoya su taza de café en una mesa, su saco se abre y revela una pistolera de sobaco con un arma de calibre largo.

La tercera persona es una mujer. No tiene el aspecto destruido ni confundido de alguien cuyo amante acaba de ser asesinado. Está alterada, sí, pero sus emociones están bien contenidas debajo de la superficie y reconozco el brillo de sus ojos y la furia con que aprieta la mandíbula. He visto esa expresión en Lucy, en Marino y en otras personas que se sienten más que desconsoladas cuando algo malo le sucede a una persona que aman. Policías. Los policías se sienten ofendidos y adoptan una actitud de «ojo por ojo» cuando algo le sucede a uno de los suyos. Enseguida sospecho que la novia de Mitch Barbosa pertenece a las fuerzas del orden, probablemente de manera encubierta. En cuestión de minutos, la escena ha cambiado de manera radical.

—Éste es Bunk Pruett, del FBI. —Stanfield se encarga de las presentaciones—. Jay Talley, del ATF. —Jay me estrecha la mano como si no nos conociéramos—. Y Jilison McIntyre.—El apretón de manos de la mujer es frío pero firme. —La señora McIntyre es del ATF.

Encontramos sillas y las disponemos para que todos podamos mirarnos y hablar. La atmósfera es tensa y llena de furia. Reconozco ese estado de ánimo; lo he visto tantas veces cuando matan a un policía. Ahora que Stanfield ha preparado el escenario, se oculta tras una cortina de silencio hosco. Bunk Pruett toma el mando de la situación; típico del FBI.

—Doctora Scarpetta, capitán Marino. —Comienza a decir Pruett—. En primer lugar, quiero dejar algo bien en claro. Ésta es una situación muy, muy delicada. Para ser sincero, detesto tener que decir algo acerca de lo que está sucediendo, pero ustedes deben saber a qué se enfrentan. —Aprieta la mandíbula—. Mitch Barbosa es —era— un agente encubierto del FBI, que participaba de una importante investigación aquí, en esta zona, que ahora, desde luego, tendremos que dismantelar, al menos en cierta medida.

—Drogas y armas de fuego —dice Jay, y nos mira a Marino y a mí.

—¿Interpol está involucrada? —No entiendo por qué Jay Talley se encuentra aquí. Hace menos de dos semanas él estaba trabajando en Francia.

—Bueno, tú deberías saberlo —dice Jay con un dejo de sarcasmo, o quizá yo me lo imagino—. El caso no identificado acerca del cual te pusiste en contacto con Interpol, el del ese individuo que murió en el motel... Bueno, tenemos una idea de quién podría ser. De modo que, sí, Interpol está involucrada. Y, ahora, nosotros. Ya lo creo que sí.

—Yo no estaba enterado de que habíamos recibido una respuesta de Interpol. —Marino es apenas cortés con Jay—. ¿De modo que dices que el tipo del motel es, quizás, una especie de fugitivo internacional?

—Sí —responde Jay—. Rosso Matos, de veintiocho años, nativo de Colombia, América del Sur. Fue visto por última vez en Los Ángeles. También conocido como el Gato por ser tan sigiloso cuando entra y sale de lugares, asesinando. Ésa es su especialidad: matar. Es un asesino a sueldo. Matos tiene fama de tener una debilidad especial por la ropa cara, los automóviles... y los muchachitos. Supongo que debería hablar de él en pasado. —Jay calla un momento. Nadie responde, fuera de mirarlo—. Lo que ninguno de nosotros entiende es qué hacía aquí, en Virginia. —Agrega Jay.

—¿Cómo es exactamente la operación aquí? —Le pregunta Marino a Jilison McIntyre.

—Empezó hace cuatro meses con un individuo que avanzaba a toda velocidad por la ruta 5, a pocos kilómetros de aquí. Un policía de James City. —Mira a Stanfield—. Después ingresa el número de la chapa en la computadora y averigua que es un criminal convicto. Además, el policía ve el mango de un arma larga que se asoma por debajo de una manta en el asiento de atrás, y que resulta ser una MAK-90 con el número de serie limado. Nuestros laboratorios de Rockville lograron recuperar el número de serie y rastrear el arma a un cargamento procedente de la China con destino al puerto de Richmond. Como saben, la MAK-90 es una copia barata del rifle de asalto AK-47, que en las calles cuesta entre mil y dos mil dólares. A los pandilleros les encanta la MAK de fabricación china, que por lo general viene en embarques con destino a los puertos locales de Richmond, Norfolk, en cajones marcados con precisión. Otras MAK son contrabandeadas del Asia junto con la heroína, en toda clase de cajas marcadas con cualquier cosa, desde artículos electrónicos a alfombras orientales.

Con un tono de voz formal que sólo cada tanto revela la tensión a que está sometida, McIntyre describe una red de contrabando que, además de los sectores portuarios, involucra la compañía de camiones del condado de James City donde Barbosa actuaba de manera encubierta como chofer y ella lo hacía, también de manera encubierta, como su novia. Él le consiguió empleo en las oficinas de la compañía, donde los conocimientos de embarque y las facturas eran falsificadas para ocultar una operación muy lucrativa que también incluye cigarrillos en ruta de Virginia a Nueva York y otros destinos del nordeste. Algunas armas son vendidas por intermedio de un traficante de armas de este sector, pero muchas de ellas terminan siendo ventas anónimas en ferias de armas, y todos sabemos cuántas de esas ferias se realizan en Virginia —dice McIntyre.

—¿Cómo se llama la compañía de transportes de carga? —Pregunta Marino—. Overland.

Marino me mira enseguida y se pasa los dedos por su cabellera rala. —Dios—. Les dice a todos. —Es la compañía en la que trabaja el marido de Bev Kiffin. Dios Santo.

—La dueña y administradora del Motel Fort James. —Les explica Stanfield a los otros.

—Overland es una compañía grande y no todos están involucrados en actividades ilegales. —Pruett se apresura a mostrarse objetivo.—Eso es lo que hace que esto sea tan difícil. La compañía y la mayor parte de las personas que trabajan en ella tienen actividades legítimas, de modo que se podría detener sus camiones durante todo el día y no encontrar nunca nada comprometedor en ninguno de ellos. Y luego, otro día, un cargamento de productos de papel, televisores, lo que sea, sale y dentro de los cajones hay rifles de asalto y drogas.

—¿Cree que alguien levantó la perdiz con respecto a Mitch. —Le pregunta Marino a Pruet— y los tipos malos decidieron liquidarlo?

—Si fuera así, ¿por qué también Matos está muerto? —Es Jay el que lo dice—. Y parece que Matos murió primero, ¿no? —Me mira.

—Lo encontraron muerto en circunstancias bien extrañas, en un motel a la vera del camino. Entonces, al día siguiente, arrojan el cuerpo de Mitch en Richmond. Además, Matos tiene el tamaño de un gorila. No veo qué interés podría tener aquí. Y, aunque alguien hubiera denunciado a Mitch, no se manda a liquidarlo a un hombre como Matos. En general se lo reserva para las presas grandes en las organizaciones criminales poderosas, tipos difíciles de conseguir porque están rodeados de sus propios guardaespaldas armados.

—¿Para quién trabaja Matos? —Pregunta Marino—. ¿Sabemos eso?

—Para el que le pague —replica Pruet.

—Está por todas partes. —Agrega Jay—: América del Sur, Europa, este país.

No está asociado con ninguna red ni cartel sino que trabaja por su cuenta. Si uno quiere liquidar a alguien, contrata a Matos.

—Entonces alguien lo contrató para que viniera aquí —digo.

—Tenemos que dar eso por sentado —dice Jay—. No creo que él estuviera en la zona para verificar Jamestown o las decoraciones navideñas de Williamsburg.

—También sabemos que no mató a Mitch Barbosa. —Añade Marino—. Matos ya estaba muerto y en la mesa de autopsias de la Doc antes de que Mitch saliera a correr.

Hay cabezas que asienten en la habitación. Stanfield se está arrancando un padrastro. Parece perdido en el espacio, sumamente incómodo. Todo el tiempo se seca el sudor de la frente y después se seca los dedos en el pantalón. Marino le pide a Jilison McIntyre que nos diga exactamente qué pasó.

—A Mitch le gusta salir a correr al mediodía, antes del almuerzo. —Comienza—. Ese día salía cerca del mediodía y no regresó. Esto pasó ayer. Yo salí en el auto a buscarlo a eso de las dos de la tarde y como todavía no tenía noticias, llamé a la policía y, desde luego, a nuestra gente, el ATF y el FBI. Una serie de agentes vinieron y comenzaron también a buscarlo. Nada. Sabemos que fue visto cerca de la Facultad de Derecho.

—¿Marshall-Wythe? —Pregunto y tomo notas.

—Sí, correcto, en William and Mary. Por lo general, Mitch tomaba la misma ruta, desde aquí a lo largo de la ruta 5, después por la calle Francis hasta South Henry, y después de vuelta. Ese trayecto solía llevarle alrededor de una hora.

—¿Recuerda qué usaba y qué podía llevar consigo? —Le pregunto.

—Conjunto deportivo rojo y chaleco. Usaba un chaleco sobre su conjunto deportivo. Un chaleco gris marca North Face. Y su riñonera. No iba nunca a ninguna parte sin su riñonera.

—¿Llevaba una pistola adentro? —Pregunta Marino.

Ella asiente y traga fuerte con expresión estoica.

—Pistola, dinero, teléfono celular, llaves de casa.

—No tenía puesta la chaqueta cuando encontraron su cuerpo. —Le informa Marino—. Ni la riñonera. Descríbame la llave.

—Llaves. —Lo corrige ella—. Tiene la llave de aquí, de la casa, y la llave del auto en un aro de acero.

—¿Qué aspecto tiene la llave de la casa? —Pregunto y siento que Jay me mira fijo.

—Es sólo una llave de bronce. Una llave de tipo común.

—Él tenía una llave de acero inoxidable en el bolsillo de los shorts —digo—. En ella están escritos los números dos-tres-tres con marcador indeleble.

La agente McIntyre frunce el entrecejo. No sabe nada sobre eso.

—Bueno, eso sí que es extraño. No tengo idea de a qué pertenece esa llave —

contesta.

—Así que tenemos que suponer que lo llevaron a alguna parte —dice Marino—. Lo ataron, lo amordazaron, lo torturaron y después lo llevaron en auto a Richmond y lo arrojaron en la calle, en uno de nuestros proyectos más bellos, Mosby Court.

—¿La zona de fuerte tráfico de drogas? —Le pregunta Pruett.

—Sí, claro. Estos proyectos tienen que ver con el desarrollo económico. Armas y drogas. —Marino conoce bien su zona—. Pero la otra cosa linda acerca de lugares como Mosby Court es que la gente nunca ve nada. Si uno quiere arrojar allí un cadáver, no importa si en ese mismo lugar hay como cincuenta personas paradas; enseguida desarrollan una ceguera transitoria y amnesia.

—Alguien familiarizado con Richmond, entonces. —Finalmente Stanfield da su opinión.

McIntyre tiene los ojos abiertos de par en par y una expresión sorprendida en el rostro.

—Ignoraba lo de la tortura —me dice. Su actitud profesional se desmorona como un árbol a punto de desplomarse.

Describo las quemaduras de Barbosa y entro a detallar las quemaduras que también tenía Matos. Hablo de las pruebas de ataduras y mordazas y, después, Marino habla de los pitones que había en el cielo raso del motel. Todos los presentes imaginan el cuadro. Cada uno puede imaginar lo que les hicieron a estos dos hombres. Nos vemos obligados a sospechar que la misma persona o personas están involucradas en esas muertes. Pero esto no nos dice quién ni por qué. No sabemos adonde llevaron a Barbosa, pero yo tengo cierta idea al respecto.

—Cuando vuelvas allá con Vander. —Le digo a Marino—, creo que deberías revisar las otras habitaciones para ver si alguna otra tiene también pitones en el cielo raso.

—Así lo haré. Igual tengo que volver allá —dice y consulta su reloj.

—¿Hoy mismo? —Le pregunta Jay.

—Sí.

—¿Tiene usted alguna razón para pensar que Mitch fue drogado como el primer individuo? —me pregunta Pruett.

—No encontré ninguna marca de agujas —respondo—. Pero ya veremos lo que aparece en los resultados de los exámenes de tóxicos.

—Dios —murmura McIntyre.

—¿Y los dos tenían los pantalones mojados? —dice Stanfield—. ¿Eso no ocurre cuando la gente muere? ¿Que pierden el control de la vejiga y se mojan en los pantalones? En otras palabras, ¿no es algo natural?

—No puedo decir que la pérdida de orina sea algo raro. Pero el primer hombre, Matos, se quitó la ropa. Estaba desnudo. Parecería que se mojó los pantalones y

después se desnudó.

—De modo que eso fue antes de que lo quemaran —dice Stanfield.

—Supongo que sí. No fue quemado a través de la ropa —contesto—. Es muy posible que las dos víctimas hayan perdido el control de la vejiga debido al miedo, al pánico. Cuando uno se asusta mucho, se moja en los pantalones.

—Dios —repite McIntyre.

—Y cuando se ve que algún imbécil atornilla pitones en el cielo raso y enchufa una pistola de calor, eso es más que suficiente para provocar un miedo terrible. —Marino ilustra la situación en detalle—. Uno sabe perfectamente bien lo que le va a suceder.

—¡Dios! —exclama McIntyre—. ¿A qué demonios nos enfrentamos? —Sus ojos parecen lanzar llamaradas de furia. Silencio.

—¿Por qué demonios habría alguien de hacerle algo así a Mitch? Y, ojo, no era que él no tuviera cuidado, que estuviera dispuesto a subirse al auto de otra persona o incluso de acercarse a algún desconocido que tratara de detenerlo en el camino.

Stanfield dice:

—Me hace pensar en Vietnam, en la forma en que les hacían cosas a los prisioneros de guerra, los torturaban y los hacían hablar.

Hacer hablar a alguien puede, por cierto, ser una razón para la tortura. Respondo a lo que Stanfield acaba de decir:

—Pero produce también una oleada de poder. Algunas personas se dedican a torturar porque eso los excita.

—¿Usted cree que eso se aplica a estos casos? —me pregunta Pruett.

—No tengo cómo saberlo. —Le pregunto entonces a McIntyre—: Vi una caña de pescar cuando subía por la escalera.

La reacción de ella es de confusión. Pero después entiende a qué me refiero.

—Sí, claro. A Mitch le gusta pescar.

—¿Por esta zona?

—En un arroyo que hay cerca del College Landing Park. Miro a Marino. Ese arroyo en particular se encuentra en un extremo del sector boscoso del camping del Motel Fort James.

—¿Alguna vez Mitch le mencionó el motel que está allá junto a ese arroyo? —Le pregunta Marino.

—Yo sólo sé que le gustaba pescar allí.

—¿Él conocía a la mujer que maneja el motel? ¿Bev Kiffin? ¿Y su marido? ¿O quizá ustedes dos lo conocen puesto que él trabaja en Overland? —Le pregunta Marino a McIntyre.

—Bueno, sé que Mitch solía conversar con los hijos de esa mujer. Ella tiene dos muchachitos y a veces ellos estaban allá pescando cuando Mitch también lo hacía. Él

decía que les tenía un poco de lástima porque el padre de los chicos nunca estaba con ellos. Pero no conozco a nadie de apellido Kiffin en la compañía de transportes, y yo les llevo los libros.

—¿Puede verificarlo? —Pregunta Jay.

—A lo mejor el apellido de él es diferente del de ella.

—Sí.

Ella asiente.

—¿Recuerda cuándo fue la última vez que Mitch fue a pescar allá? —Le pregunta Marino.

—Justo antes de que empezara a nevar —contesta ella—. Hasta ese momento el clima era muy bueno.

—En el descanso vi también un poco de cambio, dos botellas de cerveza y algunos cigarros —digo—. Al lado de la caña de pescar.

—¿Está segura de que él no fue a pescar allá desde que nevó? —Marino pesca lo que estoy pensando.

La expresión de los ojos de la mujer indica que no está segura. Yo me pregunto cuánto sabe en realidad acerca de su novio, el agente encubierto.

—¿En ese motel se realiza alguna actividad ilegal de la que usted y Mitch estén enterados? —Le pregunta Marino.

McIntyre sacude la cabeza.

—Él nunca me mencionó nada de eso. Su única conexión con ese lugar era la pesca y mostrarse agradable con los dos muchachitos, si es que llegaba a verlos.

—¿Sólo si se aparecían allí cuando él estaba pescando? —Marino sigue insistiendo—. ¿Tiene alguna razón para pensar que tal vez Mitch se acercó alguna vez a la casa para saludarlos?

Ella vacila.

—¿Mitch era un tipo generoso?

—Oh, sí —dice ella—. Muy generoso. Es posible que se hubiera acercado a la casa, yo no lo sé. Él les tiene cariño a los chicos. Les tenía cariño. —De nuevo se desmorona y, al mismo tiempo, hierve de rabia.

—¿Cómo se presentaba él a la gente de los alrededores? ¿Decía que era un chofer de camión? ¿Qué comentaba con respecto a usted? ¿Se suponía que usted era una mujer de carrera? En realidad, ustedes dos no eran novios. Eso era parte de la fachada, ¿no es así? —Marino se propone algo. Está inclinado hacia adelante, los brazos alrededor de las rodillas, y mira fijo a Jilison McIntyre. Cuando se pone así, suele disparar preguntas con tanta rapidez que con frecuencia la gente no tiene tiempo de contestárselas. Entonces las personas se confunden y dicen cosas que después lamentan. Es precisamente eso lo que ella hace en este momento.

—Mire, yo no soy sospechosa. —Salta ella—. Y no sé adonde quiere ir a parar

usted en lo relativo a nuestra relación. Era profesional. Pero no se puede evitar estar cerca de una persona cuando se vive en la misma casa y se tiene que actuar como si tuviéramos algo que ver, hacer que las demás personas creyeran que teníamos algo.

—Pero ustedes no tenían una relación afectiva —dice Marino—. O, al menos él no estaba con usted. Ustedes dos realizaban una tarea, ¿verdad? O sea que, si él quería prestarle atención a una mujer solitaria con dos lindos hijos, podía hacerlo. —Marino se echa hacia atrás en su silla. En el cuarto reina tanto silencio que parece zumbar.—El problema es que Mitch no debería haber hecho eso. Era peligroso y directamente estúpido a la luz de su situación. ¿Él era uno de esos tipos a los que les cuesta mantener los pantalones puestos?

Ella no le contesta y las lágrimas brotan de sus ojos.

—¿Saben una cosa? —Marino pasea la vista por la habitación—. Bien podría ser que Mitch estuviera envuelto en algo que no tiene nada que ver con la operación encubierta de aquí. El lugar equivocado, el momento equivocado. Pescó algo que no era lo que buscaba.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde se encontraba Mitch a las tres de la tarde del miércoles, cuando Matos se registró en el motel y el fuego comenzó? —Stanfield comienza a colocar las piezas en su lugar—. ¿Estaba aquí o en alguna otra parte?

—No, no estaba aquí —dice ella con voz casi inaudible y se seca los ojos con un pañuelo de papel—. Se había ido. No sé adonde.

Marino pone cara de disgusto. No hace falta que diga nada. Se supone que los compañeros de una operación encubierta deben saber siempre dónde está el otro, y si la agente McIntyre no siempre sabía dónde estaba el agente especial Barbosa, entonces él estaba metido en algo que quizá no tenía nada que ver con la investigación de ambos.

—Sé que usted no quiere ni siquiera pensarlo, Jilison. —Continúa Marino en un tono menos agresivo—, pero Mitch fue torturado y asesinado, ¿sí? Quiero decir, el tipo estaba muerto de miedo. Literalmente. Lo que le estaban haciendo era algo tan terrible que tuvo un infarto. Y se mojó los pantalones. Lo llevaron a alguna parte, lo ataron, lo amordazaron y le pusieron una llave en el bolsillo. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Estaba metido en algo que nosotros deberíamos saber, Jilison? ¿Él pescaba algo más que róbalos allá en el arroyo, junto al camping?

Ahora las lágrimas surcan las mejillas de McIntyre. Se las seca con el pañuelo de papel y se suena la nariz.

—Le gustaba beber y andar con mujeres —dice—. ¿Está bien? —¿Alguna vez él salió por la noche para ir de taberna en taberna y esa clase de cosas?— Le pregunta Pruett. Ella asiente.

—Era parte de su fachada. Usted lo vio... —Enseguida me mira—. Usted lo vio. El pelo teñido, el aro, todo lo demás. Mitch desempeñaba el papel de, bueno, cíc un

tipo juerguista al que le gustaban las mujeres. Nunca simuló ser, bueno, fiel conmigo, con su supuesta novia. Era parte de su papel. Pero también, él era así. Sí, a mí me preocupaba, ¿está bien? Pero Mitch era así. Era un buen agente. No creo que hiciera nada deshonesto, si eso es lo que me preguntan. Pero tampoco me contaba todo lo que hacía. Por ejemplo, si descubrió algo en el camping, podría haber comenzado a husmear por allí. Es posible que lo hiciera. —Sin decírselo a usted—. Confirma Marino. Ella vuelve a asentir.

—Y yo también había salido a hacer mis cosas. No es como si yo hubiera estado cada minuto esperándolo. Yo estaba trabajando en la oficina de Overland, medio día. Así que no siempre sabíamos dónde estaba el otro a cada hora de cada día.

—Le diré una cosa. —Decide Marino—. Mitch dio con algo. Y me estoy preguntando si no estaría en el motel más o menos a la hora en que se presentó Matos, y es posible que Mitch haya tenido la mala suerte de estar por allí durante la actividad desplegada por Matos, sea lo que fuere. Tal vez las cosas son así de simples. Alguien cree que él vio algo, supo algo, entonces se apodera de él y le aplica el tratamiento. Nadie lo discute. De hecho, la teoría de Marino es la única que, hasta el momento, tiene algún sentido.

—Lo cual nos lleva de vuelta a lo que Matos hacía aquí. —Comenta Pruett.

Miro a Stanfield, quien no está atento a la conversación. Está pálido y muy nervioso. Me mira y enseguida aparta la vista. Varias veces se moja los labios y tose.

—Detective Stanfield —me siento obligada a decirle frente a todos—. Por el amor de Dios, no le cuente nada de esto a su cuñado.—En sus ojos brilla la furia. Lo he humillado y no me importa. —Por favor—. Agregó.

—¿Quiere saber la verdad? —me contesta, muy enojado—. Yo no quiero tener nada que ver con esto. —Lentamente se pone de pie, pasea la vista por la habitación y parpadea—. No sé de qué se trata esto, pero no quiero tener nada que ver. Ustedes, los federales, ya están metidos hasta la verija, así que pueden quedarse con todo. Yo me abro. —Asiente—. Sí, oyeron bien, me abro.

Para nuestra sorpresa, el detective Stanfield se desploma. Cae tan fuerte que toda la habitación se sacude. Yo me pongo de pie de un salto. Gracias a Dios, respira. Su pulso enloqueció, pero no sufre un paro cardíaco ni nada que ponga en peligro su vida. Sencillamente se desmayó. Le reviso la cabeza para asegurarme de que no se lesionó. Está bien. Recupera el conocimiento. Marino y yo lo ayudamos a ponerse de pie y lo trasladamos al sofá. Lo hago acostarse y le pongo varios almohadones debajo de la nuca. Más que nada, se siente muy avergonzado.

—Detective Stanfield, ¿es usted diabético? —Le pregunto—. ¿Sufre algún trastorno cardíaco?

—Si tan sólo me consiguiera una Coca Cola o algo, me vendría muy bien —dice con voz débil.

Yo me paro y me dirijo a la cocina.

—Veré qué puedo hacer —digo, como si viviera allí. De la heladera saco jugo de naranja. Encuentro manteca de maní en un gabinete y tomo una buena cucharada. Cuando miro las toallas de papel advierto junto al horno un frasco con receta médica. En la etiqueta figura el nombre de Mitch Barbosa. Tomaba el antidepresivo Prozac. Cuando vuelvo al living le digo algo de esto a McIntyre y ella nos dice que Barbosa comenzó a tomar Prozac siete meses antes porque sufría de ansiedad y depresión, que él pensaba se debía a la actividad encubierta y al estrés, agrega ella.

—Muy interesante —es todo lo que se le ocurre decir a Marino—. ¿Usted dijo que iba a volver al motel cuando se fuera de aquí? —Le pregunta Jay a Marino.

—Sí. Vander irá a ver si tenemos suerte con las huellas. —¿Huellas?— murmura Stanfield desde su lecho de enfermo.

—Por Dios, Stanfield. —Salta Marino, exasperado—. ¿No te enseñan nada en la escuela de detectives? ¿O conseguiste adelantar varios grados gracias a tu maldito cuñado?

—Si quiere saber la verdad, es un maldito cuñado. —Lo dice con voz tan lastimera y con tanto candor que todos se echan a reír. Stanfield se anima un poco y se incorpora más contra los almohadones—. Y usted tiene razón —dice y me mira—. Yo no debería haberle dicho nada sobre este caso. Y no le diré nada más, ni una palabra, porque para él todo es politiquería. No fui yo el que empezó con este asunto de Jamestown, para que lo sepa.

Pruett frunce el entrecejo.

—¿Qué cosa de Jamestown?

—Bueno, ya sabe, todas esas excavaciones y la gran celebración que el estado planea realizar. Bueno, lo cierto es que Dinwiddie no tiene más sangre india que yo. Todas esas mentiras acerca de ser descendiente del jefe Powhatan... pura basura.— En los ojos de Stanfield aparece un intenso resentimiento. Lo más probable es que deteste a su cuñado.

—Mitch tiene sangre india —dice McIntyre con tono sombrío—. Es mitad nativo norteamericano.

—Bueno, por amor de Dios, esperemos que los periódicos no lo averigüen. —Le murmura Marino a Stanfield, sin creer en ningún momento que Stanfield va a mantener la boca cerrada—. Tenemos un homosexual y, ahora, un indio. Caramba, caramba. —Marino sacude la cabeza—. Debemos mantener esto fuera de la política, fuera de circulación, y lo digo en serio. —Mira fijo a Stanfield y, después, a Jay—. Porque, ¿saben qué? No podemos hablar de lo que realmente pensamos que está sucediendo, ¿no es verdad? Acerca de la gran operación encubierta. Acerca de que Mitch era un agente encubierto del FBI. Y que, tal vez en cierta forma indirecta, Chandonne está envuelto en la mierda que está sucediendo aquí. De modo que si la

gente se interesa por esta basura de los crímenes por odio, ¿cómo hacemos para dar vuelta eso si no podemos decir la verdad?

—No estoy de acuerdo. —Le dice Jay—. No estoy preparado para decir cuál es la esencia de estos crímenes. No estoy preparado para aceptar, por ejemplo, que Matos y, ahora, Barbosa no están relacionados con el tráfico de armas. Creo que, sin lugar a dudas, los dos asesinatos están conectados.

Nadie disiente. El modus operandi es demasiado similar para que las muertes no estén relacionadas y no hayan sido cometidas por la misma persona o personas.

—Tampoco estoy preparado para pasar por alto la idea de que son crímenes movidos por odio. —Continúa Jay—. Un gay. Un nativo norteamericano. —Se encoge de hombros—. La tortura es una acción movida por el odio. ¿Los cuerpos tenían alguna lesión en los genitales? —Pregunta y me mira.

—No. —Le sostengo la mirada. Es raro pensar que tuvimos relaciones íntimas, mirar sus labios carnosos y sus manos armoniosas y recordar su roce. Cuando caminábamos por las calles de París, la gente se volvía para mirarlo.

—Mmmm —dice él—. Eso me parece interesante y quizás importante. Desde luego, yo no soy psiquiatra forense, pero me parece que en los crímenes por odio, los asesinos rara vez lesionan los genitales de sus víctimas.

Marino le lanza una mirada increíble y su boca se abre con una expresión de desdén.

—Porque lo que solemos tener son tipos racistas y homofóbicos, que a lo último que van a acercarse es a los genitales del individuo. —Agrega Jay.

—Bueno, si realmente quiere andarse con rodeos. —Le dice Marino con tono ácido—, entonces relacionémoslo con Chandonne. Él tampoco les hizo nada a los genitales de sus víctimas. Mierda, ni siquiera les sacó las bombachas; sólo las mató a golpes y les mordió las caras y los pechos. Lo único que les hizo a la parte de abajo fue sacarles los zapatos y las medias y morderles los pies. ¿Y, por qué? El tipo les tiene miedo a los genitales femeninos porque los suyos son tan deformados como el resto de su persona. —Marino mira la cara de las personas que lo rodean.

—Una buena cosa de que ese hijo de puta esté entre rejas es que tenemos que averiguar cómo es el resto de su cuerpo. ¿De acuerdo? Y, ¿a que no adivinan qué? No tiene pito. O, digamos, que lo que tiene no podría llamarse pito. Ahora Stanfield está sentado muy derecho en el sofá, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—Iré con usted al motel. —Le dice Jay a Marino. Marino se levanta y mira por la ventana—. Me pregunto dónde estará el maldito de Vander —dice. Consigue a Vander por el teléfono celular y algunos minutos después vamos al estacionamiento para reunimos con él. Jay camina junto a mí. Percibo su necesidad de hablar conmigo, de llegar a un consenso de alguna manera. Así, él es como el estereotipo de una mujer. Él quiere hablar, arreglarlo todo, cerrar nuestra relación o reavivarla para

que de nuevo pueda hacerse el difícil. Yo, en cambio, no quiero nada de eso.

—Kay, ¿puedo hablar contigo un minuto? —me dice en el estacionamiento. Me detengo y lo miro mientras me abotono el abrigo. Veo que Marino mira hacia nosotros al sacar las bolsas de basura y el cochecito de bebé de la parte de atrás de la pickup y cargar todo en el auto de Vander.

—Sé que esto es algo embarazoso, pero ¿existe alguna manera de que podamos hacer que sea más fácil? Sobre todo considerando que tenemos que trabajar juntos —dice Jay.

—Me parece, Jay, que deberías haberlo pensado antes de contarle cada detalle a Jaime Berger —contesto.

—No lo hice en contra de ti. —Su mirada es intensa—. De acuerdo.

—Me hizo preguntas, lo cual es comprensible. Ella no hace más que cumplir con su tarea.

Yo no le creo. Ése es el problema fundamental que tengo con Jay Talley. No confío en él y desearía no haberlo hecho nunca.

—Bueno, eso sí que es curioso. —Comento—. Porque parece que la gente empezó a hacer preguntas sobre mí incluso antes de que Diane Bray fuera asesinada. En realidad, las preguntas comenzaron más o menos por la época en que yo estaba contigo en Francia.

La expresión de Jay se vuelve sombría y la furia se filtra antes de que él tenga tiempo de ocultarla.

—Estás paranoica, Kay —dice.

—Tienes razón —contesto—. Tienes muchísima razón, Jay.

Yo nunca había conducido la pickup Dodge Ram Quad de Marino y, si las circunstancias no fueran tan difíciles, lo más probable es que la situación me resultaría cómica. No soy una persona grandota: mi estatura es de apenas un metro sesenta y cinco, soy delgada y en mí no hay nada fuera de lo común ni extremo. Supongo que me visto como una jefa o una abogada, por lo general con un traje de falda y saco o pantalones de franela y un blazer, a menos que esté trabajado en una escena del crimen. Uso mi pelo rubio corto y prolijamente peinado, poco maquillaje y, además de mi anillo de sello y mi reloj pulsera, no suelo ponerme alhajas. No tengo ningún tatuaje en el cuerpo, y no tengo el aspecto de alguien que le gusta conducir un vehículo monstruoso tipo macho, azul oscuro con cromados, faldones en los guardabarros, escáner y enormes antenas conectadas con el CB y dos radiotransmisores.

Para regresar a Richmond tomo la 64 Oeste porque es un camino más rápido y le presto mucha atención a la conducción porque me resulta difícil manejar un vehículo de este tamaño con un solo brazo. Nunca pasé una víspera de Navidad de esta manera y me siento cada vez más deprimida. Por lo general, a esta altura ya tengo bien provistos la heladera y el freezer, y tengo preparadas salsas y sopas y la casa, decorada. Me siento como una persona sin techo y ajena mientras conduzco la pickup de Marino por la interestatal, y se me ocurre que no sé dónde dormiré esta noche. Supongo que en casa de Anna, pero me espanta la frialdad que existe entre nosotras. Ni siquiera la vi esta mañana, y una espantosa sensación de soledad me embarga y parece empujarme hacia abajo en el asiento. Marco el número del pager de Lucy.

—Tengo que mudarme de vuelta a casa mañana. —Le digo por teléfono—. Quizá deberías quedarte en el hotel con Teun y conmigo. —Sugiere ella—. ¿Qué tal si Teun y tú se quedan en casa? —Me resulta tan difícil expresar una necesidad, y realmente las necesito. Es verdad. Por muchas razones—. ¿Cuándo quieres que estemos allí? —Quiero que pasemos juntas la mañana de Navidad.

—Bien temprano. —Lucy jamás se ha quedado en la cama más allá de las seis la mañana de Navidad.

—Estaré levantada y entonces iremos a casa. —Le digo. Diciembre 24. Los días se han vuelto cortos y pasaré un rato antes de que la luz coloree las horas y queme mi bajón y mi ansiedad. Ya es oscuro cuando llego al centro de Richmond y, al detener el vehículo frente a la casa de Anna a las seis y cinco, encuentro a Berger esperándome en su Mercedes SUV, cuyos faros perforan la noche. El auto de Anna ha desaparecido.

Ella no está en casa. No sé por qué esto me inquieta tanto, a menos que sospeche que, de alguna manera, esté enterada de que Berger se va a reunir conmigo y decida no estar aquí. El hecho de pensar en esa posibilidad me recuerda que Anna ha hablado con gente y algún día pueden obligarla a revelar lo que yo le he dicho durante las horas en que me sentí más vulnerable en su casa. Berger se apea cuando yo abro la puerta de la pickup, y si la sorprende el vehículo que conduzco, no da señales de ello.

—¿Necesita algo del interior de la casa antes de que nos vayamos? —Pregunta.

—Déme un minuto —le digo—. ¿La doctora Zenner estaba aquí cuando usted llegó?

Siento que ella se tensa un poco. —Llegué aquí unos minutos antes que usted.

Evasión, pienso cuando subo por los peldaños de adelante. Abro la puerta con mi llave y desactivo la alarma contra ladrones. El foyer está a oscuras y la gran araña y las luces del árbol de Navidad están apagadas. Le escribo una nota a Anna y le agradezco su amistad y su hospitalidad. Tengo que volver a mi casa mañana y sé que ella entenderá el motivo. Más que nada, quiero que sepa que no estoy enojada con ella, que me doy cuenta de que es tan víctima de las circunstancias como yo. Y digo «circunstancias» porque ya no estoy segura de quién apunta una pistola a la cabeza de Anna y le ordena que divulgue confidencias que yo le he hecho. Rocky Caggiano puede ser el siguiente de la lista, a menos que yo sea encausada. Si eso llegara a suceder, yo ya no seré un factor en el juicio de Chandonne. Dejo la nota en la cama Biedermeier inmaculadamente tendida de Anna. Después subo al auto de Berger y comienzo a hablarle de mi día en el condado de James City, del camping y los pelos largos y descoloridos. Ella me escucha con atención mientras conduce el auto sabiendo adonde va, como si hubiera vivido toda la vida en Richmond.

—¿Podemos probar que los pelos son de Chandonne? —finalmente me pregunta—. Suponiendo que, como de costumbre, no haya ratees. Y no las había en las que se encontraron en las escenas del crimen, ¿verdad? Sus escenas del crimen. El de Luong y el de Bray.

—No, ninguna raíz —digo, irritada por la referencia a «mis» escenas del crimen. Yo no soy mis escenas del crimen; protesto en silencio—. A él se le cayeron esos pelos, así que no hay raíces. —Le digo a Berger—. Pero podemos obtener un ADN mitocondrial del resto del pelo. De modo que, sí, definitivamente podemos saber si los pelos del camping son de Chandonne.

—Por favor, explíquese —dice ella—. Yo no soy experta en ADN mitocondrial. Ni siquiera experta en cabello, en especial de la clase que él tiene.

El tema del ADN es difícil. Explicar la vida humana a nivel molecular le dice a la gente mucho más de lo que puede o quiere saber. A los policías y los fiscales les encanta lo que el ADN puede hacer. Detestan hablar de ese tema científicamente. Pocos de ellos lo entienden. El viejo chiste es que la mayoría de las personas no

pueden ni siquiera deletrear el ADN. Explico que el ADN nuclear es lo que obtenemos cuando están presentes células con núcleos, como sucede con la sangre, los tejidos, el semen o las raíces capilares. EL ADN nuclear se hereda por partes iguales de ambos progenitores, de modo que si tenemos el ADN nuclear de alguien, en cierto sentido lo tenemos todo sobre él, y podemos comparar su perfil de ADN con cualquier otra muestra biológica que esa misma persona ha dejado, digamos, en otra escena del crimen.

—¿Podemos comparar sólo los pelos del camping con los pelos que él dejó en las escenas del crimen? —Pregunta Berger.

—No exitosamente —contesto—. En este caso, el examen microscópico de las características no nos dirá mucho porque los pelos no están pigmentados. Lo más que podremos decir es que sus morfologías son similares o coincidentes.

—Nada demasiado concluyente para un jurado. —Piensa ella en voz alta.

—No, para nada.

—Si nosotros no hacemos una comparación con microscopio, la defensa sacará eso a relucir —dice Berger—. Dirá: «¿Por qué no lo hicieron?».

—Bueno, podemos comparar microscópicamente los pelos, si usted quiere.

—Los que estaban en el cuerpo de Susan Pless y los de sus casos.

—Si usted quiere —repito.

—Explíqueme lo de las otras partes del pelo que no son las raíces. ¿Cómo trabaja con ellas el ADN?

Le digo que el ADN mitocondrial se encuentra en las paredes de las células y no en los núcleos, lo cual significa que el ADN mitocondrial es el ADN antropológico del pelo, las uñas, los dientes y el hueso. Le digo que el ADN mitocondrial está en las moléculas que constituyen nuestra argamasa. Su utilidad limitada radica en que el ADN mitocondrial es heredado sólo a través del linaje de la mujer. Utilizo para ello la analogía de un huevo: piense que el ADN mitocondrial es la clara del huevo, y el ADN nuclear, la yema. Es imposible comparar uno con otro. Pero si se toma el ADN de la sangre, entonces tenemos el huevo entero y podemos comparar mitocondrial con mitocondrial... clara de huevo con clara de huevo. Tenemos sangre porque tenemos a Chandonne. Hubo que tomarle muestras de sangre mientras estaba en el hospital. Tenemos su perfil de ADN completo y podemos comparar el ADN mitocondrial de pelos desconocidos con el ADN mitocondrial de su muestra de sangre.

Berger escucha sin interrumpirme. Ha digerido lo que le estoy diciendo y parece entender. Como de costumbre, no toma notas. Pregunta:

—¿Él dejó pelo en su casa?

—No estoy segura de qué encontró la policía.

—Por la gran cantidad cíe pelo que se le cae, se me ocurre que tiene que haber dejado pelo en su casa o, por cierto, en la nieve de su jardín cuando se retorció por

allí.

—Sí, a mí también se me ocurre que sí.

—He estado leyendo acerca de los hombres lobo. —Berger salta al tema siguiente—. Al parecer, hubo personas que realmente creían ser hombres lobo o probaron toda clase de cosas bizarras para convertirse en hombres lobo. Hechicería, magia negra, adoración satánica, morder, beber sangre. ¿Usted cree que es posible que Chandonne realmente se crea un *loup-garou*? ¿Un hombre lobo? ¿Y quizá hasta desea serlo?

—Por lo tanto no sería culpable debido a insania —respondo y es algo que desde el principio supe que sería su defensa.

—A comienzos del 1600 había una condesa húngara, Elizabeth Bathory-Nadasdy, también conocida como la Condesa Sangrienta. —Continúa Berger—. Supuestamente ella torturó y asesinó a alrededor de seiscientas mujeres jóvenes. Se bañaba en la sangre de ellas, convencida de que eso la mantendría joven y preservaría su belleza. ¿Está familiarizada con el caso?

—Vagamente.

—Se dice que esta condesa tenía mujeres jóvenes en la mazmorra, las engordaba, las desangraba y se bañaba en esa sangre y luego obligaba a otras mujeres prisioneras a lamerle toda la sangre del cuerpo. Supuestamente, porque las toallas le resultaban ásperas para su piel. Se frotaba la sangre sobre la piel, en todo el cuerpo —dice—. Los relatos sobre este hecho han dejado afuera lo obvio. Yo diría que existía un componente sexual. —Agrega secamente—. Asesinados por lujuria. Aunque la persona que mata realmente creyera en los poderes mágicos de la sangre, todo se reduce al poder y al sexo. De eso se trata cuando se es una condesa hermosa o una anomalía genética que creció en la isla San Luis.

Doblamos en Canterbury Road y entramos en el vecindario costoso y arbolado de Windsor Farms, en cuyo borde exterior vivía Diane Bray; su propiedad estaba separada por un muro de la ruidosa autopista que conducía al centro de la ciudad.

—Daría mi brazo derecho por saber qué hay en la biblioteca de los Chandonne —dice Berger—. O, mejor dicho, qué clase de libros ha estado leyendo Chandonne a lo largo de los años... aparte de las historias y demás material erudito que él asegura su padre le daba, bla, bla, bla. Por ejemplo, ¿conocerá la historia de la Condesa Sangrienta? ¿Se frotaba él el cuerpo con sangre con la esperanza de que, mágicamente, lo curara de su trastorno?

—Creemos que se bañaba en el Sena y, después, aquí, en el río James —respondo—. Posiblemente por esa razón. Para ser curado mágicamente.

—Algo con un sabor más bien bíblico.

—Puede ser.

—Es posible que también lea la Biblia —dice ella—. ¿Sufrió él bajo la influencia del asesino serial francés Gilíes Garnier, quien mataba a chicos pequeños, se los

comía y le ladraba a la luna? En Francia hubo muchos supuestos hombres lobo durante la Edad Media. Unas treinta mil personas alegaron que existían, ¿puede creerlo? —Por lo visto, Berger ha estado investigando mucho—. Y también tenemos la otra idea estrafalaria —prosigue—. En el folklore de los hombres lobo se creía que el que era mordido por un hombre lobo, inevitablemente se convertía en uno. ¿Será posible que Chandonne intentara transformar a sus víctimas en hombres lobo? ¿Tal vez para poder encontrar una novia de Frankenstein, una pareja igual a él?

Estas insólitas consideraciones comienzan a formar un compuesto que es mucho más prosaico y pedestre de lo que puede parecer. Berger sencillamente anticipa lo que la defensa hará en su caso, y una táctica obvia es distraer a los jurados de la naturaleza horrenda de los crímenes al centrarlos en la deformidad física de Chandonne, su supuesta enfermedad mental y su franco aspecto grotesco. Si es posible argumentar con éxito que él está convencido de ser una criatura paranormal, un hombre lobo, un monstruo, entonces es sumamente improbable que el jurado lo encuentre culpable y lo sentencie a cadena perpetua. Se me ocurre que algunas personas hasta pueden sentir lástima por él.

—La defensa de la bala de plata. —Berger alude a la superstición de que solamente una bala de plata puede matar a un hombre lobo—. Tenemos una montaña de pruebas, pero también las tenía la fiscalía en el caso de OJ. La bala de plata para la defensa será que Chandonne está loco y es un ser digno de compasión.

La casa de Diane Bray es un edificio blanco estilo Cape Cod con techo a la holandesa y, aunque la policía ha protegido y despejado la escena, esa propiedad ha vuelto a la vida. Ni siquiera Berger puede entrar en ella sin permiso del dueño o, en este caso, de la persona que actúa como custodio. Nos sentamos en el sendero de entrada y aguardamos a Eric Bray, el hermano de la víctima, que se presente con la llave.

—Es posible que usted lo haya visto en el servicio religioso. —Berger me recuerda que Eric Bray era el hombre que transportaba la urna que contenía las cenizas de su hermana—. Dígame cómo consiguió Chandonne que una experimentada mujer policía le abriera la puerta. —La atención de Berger se aleja e los monstruos de la Francia medieval para centrarse en la casa que tenemos delante de los ojos, donde se cometió el asesinato.

—Eso está un poco fuera de los límites de mi campo de acción, señora Berger. Tal vez sería mejor que limitara sus preguntas a los cuerpos de las víctimas y cuáles fueron mis hallazgos.

—En este momento no hay límites, sólo preguntas.

—¿Esto es porque usted supone que tal vez yo nunca estaré en un juzgado 1 menos no en Nueva York porque estoy desacreditada? —Me adelanto y abro la puerta—. De hecho, nadie está más desacreditado de lo que yo lo estoy en este minuto.

Hago una pausa para verla. Cuando Berger no dice nada, la enfrento. —¿Righter no le ha insinuado que es posible que yo no sea de gran utilidad?

¿Que estoy siendo investigada por un jurado de acusación porque a él se le ocurrió la absurda idea de que yo tuve algo que ver con la muerte de Bray?

—He recibido algo más que una insinuación —me contesta muy calma mientras observa la casa de Bray a oscuras—. Marino y yo también hemos hablado del tema.

—Adiós a los procedimientos secretos —digo con ironía.

—Bueno, la regla es que no puede hablarse de nada de lo que sucede en el interior de la sala de un jurado de acusación. Pero todavía no ha pasado nada. Lo único que sucede es que Righter utiliza un jurado especial de acusación para tener acceso a todo lo posible. Con respecto a usted. Sus facturas telefónicas. Sus estados de cuentas bancarias. Lo que la gente dice. Usted sabe cómo funciona esto. Estoy segura de que ha sido testigo en audiencias de jurados de acusación.

Dice todo esto como si fuera sólo rutina. Mi indignación crece y se derrama en palabras.

—¿Sabe?, yo tengo sentimientos —digo—. Quizá, para usted, los autos de acusación por homicidio son cosa de todos los días, pero para mí no lo son. Mi integridad es lo único que tengo que no puedo darme el lujo de perder. Lo es todo para mí, y acusarme justamente a mí de un crimen semejante. ¡Justamente a mí! ¿Pensar siquiera que yo soy capaz de hacer precisamente aquello contra lo que lucho cada minuto de mi vida de vigilia? Jamás. Yo no soy culpable de abuso de poder. Jamás. No lastimo deliberadamente a la gente. Jamás. Y no tomo a la ligera todas estas mentiras, señora Berger. No podía pasarme nada peor. Nada.

—¿Quiere mi recomendación? —Me mira.

—Siempre estoy abierta a las sugerencias.

—Primero, los medios lo van a averiguar. Usted lo sabe. Yo que usted les ganaría de mano y ofrecería una conferencia de prensa. Ya mismo. Usted no ha perdido el apoyo de la gente que tiene poder sobre su vida profesional. Lo cual es un verdadero milagro. Por lo general lo primero que hacen los políticos es tratar de protegerse, pero el gobernador tiene una excelente opinión de usted. No cree que usted haya matado a Diane Bray. Si él hace una declaración en ese sentido, entonces usted debería estar bien, siempre y cuando el jurado especial de acusación no formule un auto de acusación.

—¿Habló algo de esto con el gobernador Mitchell? —Le pregunto.

—Hemos tenido contacto en el pasado. Somos amigos. Trabajamos juntos en un caso cuando él era fiscal general.

—Sí, eso lo sé. —Además, no es lo que le pregunté.

Silencio. Ella mira fijo la casa de Bray. En el interior no hay luces y yo le señalo que el modus operandi de Chandonne era desenroscar la bombilla de luz del porche o

cortar el cable así, cuando su víctima abría la puerta, él estaba oculto en la oscuridad.

—Me gustaría su opinión —dice ella entonces—. Creo que usted tiene una. Es una investigadora muy observadora y experimentada. —Dice esto con firmeza y con cierta irritación—. Usted también sabe lo que Chandonne le hizo... o sea que conoce más que nadie su modus operandi.

Su referencia al ataque de Chandonne contra mí me choca. Aunque sé que Berger no hace más que cumplir con su tarea, me ofende su contundente objetividad. También me desconcierta su actitud evasiva. Me cae mal que ella decida de qué hablaremos, cuándo y durante cuánto tiempo. No puedo evitarlo. Soy humana. Quiero que ella muestre aunque sólo sea un atisbo de compasión hacia mí y hacia lo que he debido soportar.

—Esta mañana alguien llamó a la morgue y se identificó como Benton Wesley —le digo—. ¿Ya tuvo noticias de Rocky Marino Caggiano? ¿Qué trama él? —La furia y el miedo afilan mi voz.

—No tendremos noticias tuyas durante un tiempo —dice ella, como si supiera—. No es su estilo. Pero no me sorprendería que empleara sus viejos trucos. Acoso. Hacer daño. Aterrorizar. Herir en los puntos más dolorosos como una advertencia, si no otra cosa. En mi opinión, usted no tendrá contacto directo con él ni le olerá el pelo hasta más cerca del juicio. Si es que alguna vez llega a verlo. Él es así, un auténtico hijo de puta. Siempre entre bambalinas.

Ni Berger ni yo hablamos por un momento. Ella espera que yo baje la guardia.

—Mi opinión o conjetura, está bien —digo por último—. ¿Eso es lo que quiere? Muy bien.

—Eso es lo que quiero. Usted ocuparía muy bien un segundo puesto. —Una referencia a un segundo fiscal de distrito, que sería su coasesor, su socio durante un juicio. O acaba de hacerme un cumplido o lo dijo con ironía.

—Diane Bray tenía una amiga que venía aquí muy seguido. —Doy mi primer paso del otro lado de los límites. Comienzo a deducir—. La detective Anderson. Estaba obsesionada con Bray. Y, al parecer, Bray la mortificaba mucho. Creo que es posible que Chandonne haya observado a Bray y pensado algo. Observó a Anderson ir y venir. La noche del homicidio, esperó a que Anderson se fuera de la casa de Bray —digo y miro la casa— y enseguida aflojó la luz del porche y después llamó a la puerta. Bray dio por sentado que era Anderson que volvía a seguir con la discusión o para reconciliarse o lo que fuera.

—Porque habían estado peleando. Peleaban mucho. —Berger toma a su cargo el relato.

—Según parece, era una relación turbulenta. —Sigo internándome más en el espacio aéreo restringido. No se supone que entre en esta parte de una investigación, pero sigo adelante—. No era la primera vez que Anderson se iba hecha una furia y

después volvía. —Agrego.

—Usted estuvo presente en la entrevista con Anderson después de que encontraron el cuerpo. —Berger lo sabe. Alguien se lo dijo. Probablemente Marino.

—Sí, así es.

—¿Y la historia de lo que ocurrió esa noche mientras Anderson comía pizza y bebía cerveza en casa de Bray?

—Se pusieron a discutir, esto según Anderson. Así que Anderson se fue muy enojada y muy poco después alguien llama a la puerta. De la misma manera en que siempre lo hacía Anderson. Él imitó la forma en que ella golpeaba, tal como imitó a la policía cuando vino a mi casa.

—Muéstreme. —Berger me mira.

Golpeo sobre la consola que hay entre los asientos del frente. Tres veces y con fuerza.

—¿Ésa es la forma en que Anderson llamaba siempre a la puerta? ¿No utilizaba el timbre? —Pregunta Berger.

—Usted ha estado suficiente tiempo cerca de los policías como para saber que rara vez tocan el timbre. Están acostumbrados a vecindarios donde los timbres no funcionan, si es que existen.

—Es interesante que Anderson no haya vuelto. —Señala—. ¿Y si lo hubiera hecho? ¿Cree que de alguna manera Chandonne sabía que esa noche ella no volvería?

—Yo también me lo he preguntado.

—¿Habría sido quizás algo que él percibió en la conducta de Anderson cuando se fue? O, tal vez, él estaba tan fuera de control que no pudo contenerse. —Conjetura Berger—. O, a lo mejor, su lujuria era más intensa que su miedo de ser interrumpido.

—Tal vez él observó otra cosa importante —digo—. Anderson no tenía llave de la casa de Bray. Bray siempre la dejaba entrar.

—Sí, pero ¿acaso la puerta no estaba con llave cuando Anderson regresó a la mañana siguiente y encontró el cadáver?

—Eso no significa que no estuviera cerrada con llave cuando él estaba adentro atacando a Bray. Él colgó un cartel que decía «cerrado» y cerró con llave el minimercado mientras mataba a Kim Luong.

—Pero no sabemos con seguridad que haya cerrado la puerta con llave después de entrar en la casa de Bray. —Insiste Berger.—Es verdad, no lo sé con certeza.

—Y es posible que él no le haya echado llave. —Berger ya está metida en el tema—. Puede haber logrado entrar y en ese momento se inicia la cacería. Y la puerta queda sin estar cerrada con llave durante todo el tiempo en que él mutila el cuerpo de Bray en el dormitorio.

—Eso indicaría que él estaba fuera de control y tomaba riesgos. —Señalo—. Mmmm. No quiero entrar en lo de «fuera de control». —Berger parece estar

hablando consigo misma.

—Fuera de control no es la misma cosa que insano. —Le recuerdo—. Todas las personas que asesinan, salvo en el caso de defensa propia, están fuera de control. —Ah, *touché*— dice ella y asiente. —De modo que Bray abre la puerta, la luz está apagada y él está en la oscuridad.

—Es lo mismo que le hizo a la doctora Stvan en París. —Le digo a Berger—. Allá hubo mujeres asesinadas con el mismo *modus operandi*, y en varios casos Chandonne dejó notas en las escenas del crimen.

—De allí procede el nombre de *Loup-Garou* —exclama Berger—. Él también escribió ese nombre en una caja en el interior del contenedor de carga en el que se encontró un cuerpo... el cuerpo de su hermano Thomas. Pero, sí —digo—, aparentemente él comenzó a dejar notas y a referirse a sí mismo como un hombre lobo cuando empezó a asesinar allá, en París. Cierta noche él se presentó en la puerta de la doctora Stvan, sin darse cuenta de que el esposo de ella estaba en casa. Él trabaja por la noche como chef, pero en esa ocasión particular estaba en casa, gracias a Dios. La doctora Stvan abre la puerta y, cuando Chandonne oye que su marido la llama desde otra habitación, él huye.

—¿Ella alcanzó a verlo bien?

—No lo creo. —Repito lo que la doctora Stvan me dijo.—Estaba oscuro. Ella tuvo la impresión de que estaba bien vestido, con un abrigo largo y oscuro, una bufanda, las manos en los bolsillos. Habló bien, como un caballero, y dio la excusa de que su auto se había descompuesto y que necesitaba hablar por teléfono. Hasta que se dio cuenta de que ella no estaba sola y huyó a toda velocidad.

—¿Ella recordó alguna otra cosa de él?

—Sí, su olor. Tenía un olor a almizcle, a perro mojado.

Berger hace un ruido extraño al oír ese comentario. Yo me estoy familiarizando con sus sutiles peculiaridades, y cuando un detalle le resulta particularmente extraño o desagradable, se succiona la parte interior de la mejilla y emite un gritito ronco, como el de un ave.

—De modo que Chandonne va en busca de la jefa de médicos forenses allá y, después, hace lo mismo con la de aquí. Usted. —Agrega, para darle más énfasis a sus palabras—. ¿Por qué? —Ha girado un poco en su asiento y ahora tiene un codo apoyado en el volante y me mira.

—¿Por qué? —repito, como si fuera una pregunta que de ninguna manera puedo contestar, como si fuera una pregunta que ella no debería hacerme—. Tal vez alguien debería decírmelo. —De nuevo, siento que mi furia aumenta.

—Premeditación —dice ella—. Las personas insanas no planean sus crímenes con esta clase de deliberación. Elegir a la jefa de médicos forenses de París y, después, a la de aquí. Las dos, mujeres. En los dos casos, las que les practicaron la

autopsia a sus víctimas y, por lo tanto, de una manera perversa, tienen una relación íntima con él. Quizá más íntima con él que con una amante, porque, en cierto sentido, usted ha «mirado». Usted ve dónde él ha tocado y mordido. Usted pone las manos sobre el mismo cuerpo en que él lo hizo. De alguna manera, usted lo vio hacer el amor con estas mujeres, pues ésa es la forma en que Jean-Baptiste Chandonne les hace el amor a las mujeres.

—Un pensamiento repugnante. —Su interpretación psicológica me resulta personalmente ofensiva.

—Un patrón. Un plan. Nada fortuito o accidental. De modo que es importante que entendamos sus patrones, Kay. Y hacerlo sin tener una reacción personal ni sentir repugnancia. —Calla un momento—. Debe mirarlo en forma desapasionada. No puede dejarse llevar por el odio.

—Es difícil no odiar a alguien como él —respondo con sinceridad.

—Y cuando de verdad le tenemos inquina a alguien o lo odiamos, es también difícil brindarles nuestro tiempo y atención, estar interesados en esa persona como si valiera la pena que tratáramos de entenderla. Debemos estar interesadas en Chandonne. Muy interesadas. Necesito que usted se interese más en él de lo que lo ha hecho con cualquier otra persona en toda su vida.

Yo no disiento con lo que Berger dice. Sé que señala una verdad significativa. Pero desesperadamente me resisto a interesarme en Chandonne.

—Yo siempre me he identificado más con la víctima. —Le digo a Berger—. Nunca traté de entrar en el alma y la mente de los tipos que lo hacen.

—Y tampoco ha estado nunca involucrada en un caso como éste. —Agrega—. Nunca fue tampoco sospechosa de un asesinato. Yo puedo ayudarla con este problema. Y necesito que usted me ayude con el mío. Que me ayude a meterme en la mente de Chandonne, en su corazón. Necesito que usted no lo odie.

Permanezco en silencio. No quiero darle a Chandonne más de mí misma de lo que ya se ha llevado. Siento lágrimas de frustración y furia y parpadeo para reprimirlas.

—¿Cómo puede usted ayudarme? —Le pregunto a Berger—. Usted no tiene jurisdicción aquí. Diane Bray no es su caso. Puede incluirla de alguna manera en el juicio por el homicidio de Susan Pless, pero yo me quedaré colgada cuando se trata del jurado especial de acusación de Richmond. Sobre todo si ciertas personas tratan de que parezca que yo la maté, que yo maté a Bray. Que sufro de un trastorno mental. —Respiro hondo y mi corazón se acelera.

—La clave para despejar su nombre es también mi clave —contesta ella—. Susan Pless. ¿Cómo podría usted haber tenido algo que ver con esa muerte? ¿Cómo podría usted haber manipulado esas pruebas?

Ella quiere una respuesta mía, como si yo la tuviera. La sola idea me aturde. Desde luego, yo no tuve nada que ver con el homicidio de Susan Pless.

—Mi pregunta es ésta. —Continúa Berger—. Si el ADN del caso de Susan coincide con sus casos de aquí y, posiblemente, con el ADN de los casos de París, ¿no significa eso que tiene que ser la misma persona la que mató a toda esa gente?

—Supongo que los jurados no tienen que creerlo más allá de una duda razonable. Lo único que necesitan es una causa probable —respondo, interpretando el papel de abogado del diablo en mi propio dilema—. El martillo cincelador con la sangre de Bray en él fue encontrado en mi casa. Y un recibo que prueba que yo compré un martillo cincelador y el martillo cincelador mismo que yo compré han desaparecido. Todo eso me señala como una pistola humeante, ¿no le parece, señora Berger?

Ella me toca el hombro.

—Contésteme esto —dice—. ¿Lo hizo usted?

—No —respondo—. No, no lo hice.

—Bien. Porque no puedo darme el lujo de que usted lo haya hecho —dice—. Yo la necesito. Ellas la necesitan —dice y observa la casa fría y vacía que está del otro lado de nuestro parabrisas, indicando las otras víctimas de Chandonne, las que no sobrevivieron. Ellas me necesitan.—Está bien. —Vuelve a por qué estamos esperando en el camino de entrada de esta casa. Vuelve a Diane Bray—. De modo que él entra por la puerta de calle. No hay señales de lucha y él no la ataca hasta que están camino al otro extremo de la casa, el dormitorio de Bray. No parece que ella haya tratado de escapar o de defenderse de alguna manera. ¿En ningún momento buscó su arma? Ella es una mujer policía. ¿Dónde está su arma?

—Sé que cuando entró por la fuerza en mi casa —digo—, Chandonne trató de arrojarme su saco sobre la cabeza. —Trato de hacer lo que ella quiere. Actúo como si estuviera hablando de otra persona.

—¿Entonces es posible que él le haya arrojado el saco o alguna otra cosa sobre la cabeza como si fuera una red y después la obligó a ir al dormitorio?

—Puede ser. La policía nunca encontró el arma de Bray. No, que yo sepa —contesto.

—Mmmm. Me pregunto qué habrá hecho él con eso —murmura Berger.

Los faros de un auto brillan en el espejo retrovisor y yo giro la cabeza. Una camioneta reduce la marcha frente al camino de entrada.

—También faltaba dinero de su casa. —Añado—. Dos mil quinientos dólares, dinero de la droga que Anderson acababa de llevarle más temprano esa noche. Según ella, Anderson. —La camioneta se detiene detrás de nosotros—. De la venta de medicamentos recetados, si es que Anderson dice la verdad.

—¿Le parece que ella decía la verdad? —Pregunta Berger.

—¿Toda la verdad? No lo sé —contesto—. Así que quizá Chandonne se llevó el dinero y tal vez también el arma de Bray. A menos que Anderson se haya llevado el dinero cuando volvió a la casa la mañana siguiente y encontró el cuerpo. Pero

después de ver lo que estaba sobre la cama de dos plazas, francamente me cuesta imaginar que haya hecho otra cosa que echar a correr a toda velocidad.

—Basándome en las fotografías que usted me mostró, me parece que coincidimos —dice Berger.

Bajamos del auto. No puedo ver lo suficiente a Eric Bray como para reconocerlo, pero la vaga impresión que recibo es la de un hombre atractivo y bien vestido que tiene poca diferencia de edad con su hermana asesinada: debe de rondar los cuarenta. Le entrega a Berger una llave sujeta a una etiqueta.

—En la etiqueta está escrito el código de la alarma —dice él—. Yo esperaré aquí afuera.

—De veras lamento tener que molestarlo. —Berger toma una cámara y un fichero acordeón del asiento de atrás del auto—. Sobre todo en Nochebuena.

—Sé que ustedes tienen que hacer su trabajo —dice él con tono monocorde.

—¿Usted estuvo adentro?

El vacila un momento y mira la casa.

—No, no pude hacerlo. —Su voz sube de tono por la emoción y en su rostro asoman algunas lágrimas. Sacude la cabeza y vuelve a subir a su auto—. No sé cómo cualquiera de nosotros... Bueno. —Carraspea. Nos habla a través de la puerta abierta del auto, que tiene la luz interior encendida—. Cómo vamos a entrar y enfrentarnos a las cosas de ella.—Enfoca su mirada en mí y Berger nos presenta. No tengo ninguna duda de que él ya sabe muy bien quién soy.

—En esta zona hay agencias profesionales de limpieza. —Le digo con delicadeza—. Le sugiero que se ponga en contacto con una y les pida que entren antes de que usted o cualquier otro miembro de la familia lo haga. Por ejemplo, el Service Master. —Yo he pasado por esto muchas veces con familias cuyos seres queridos han tenido una muerte violenta dentro de la residencia. Nadie tendría que sentirse obligado a entrar y enfrentarse a la sangre y el cerebro de un ser amado diseminados por todas partes.

—¿Ellos pueden hacerlo sin que entremos nosotros? —me pregunta él—. Me refiero a los de la limpieza.

—Déjeles la llave. Y, sí, ellos entrarán y se harán cargo de todo sin que ustedes estén presentes —respondo—. Están protegidos por seguros.

—Sí, quiero hacerlo. Después, vamos a vender esta casa. —Le dice a Berger—. Cuando ustedes no la necesiten más.

—Yo le avisaré. —Le contesta ella—. Pero usted, desde luego; tiene derecho de hacer lo que quiera con la propiedad, señor Bray.

—Bueno, no sé quién querrá comprarla después de lo que ha pasado —murmura él.

Ni Berger ni yo comentamos nada. La mayoría de las personas no quieren una

casa donde alguien ha sido asesinado.

—Yo ya hablé con un agente inmobiliario. —Sigue diciendo él con una voz opaca que contradice su furia—. Me dijo que no podían tomarla. Que lo lamentan y todo eso, pero que no quieren representar la propiedad. Realmente no sé qué hacer. —Observa esa casa oscura y sin vida—. ¿Sabe?, no teníamos una relación muy cercana con Diane; nadie de la familia la tenía. Ella no era precisamente «familiar» ni tenía muchos amigos. Diría que más bien era metida para adentro, pendiente de sí misma. Y sé que no debería decirlo, pero es la pura verdad.

—¿Usted la veía con frecuencia? —Le pregunta Berger.

Él niega con la cabeza.

—Supongo que yo era el que más la conocía porque sólo tenemos una diferencia de dos años. Todos sabíamos que ella tenía más dinero de lo que podíamos entender. El Día de Acción de Gracias pasó por casa en su flamante Jaguar rojo. —Sonríe con amargura y vuelve a sacudir la cabeza.—Entonces supe con certeza que estaba metida en algo acerca de lo cual yo no quería saber nada. En realidad, no me sorprende —dice y hace una inspiración profunda—. No me sorprende que haya terminado así.

—¿Sabía usted que estaba involucrada en una cuestión de drogas? —Berger se pasa la carpeta al otro brazo.

Comienzo a sentir frío allí afuera, y la casa a oscuras nos atrae como un agujero negro.

—La policía dijo algunas cosas. Diane nunca hablaba de lo que hacía y, francamente, nosotros tampoco se lo preguntamos. Por lo que sabemos, ella ni siquiera dejó un testamento. Así que ahora también tenemos ese lío. —Nos dice Eric Bray—. Y no sabemos qué hacer con sus cosas. —Nos mira desde el asiento—. Realmente no sé del conductor y la oscuridad no logra ocultar su desdicha, qué hacer.

Todo eso se arremolina alrededor de una muerte violenta. Son tareas difíciles que nadie ve en las películas ni lee en los periódicos: lo que la gente dejó atrás y las preocupaciones y problemas que provocan. Le doy a Eric Bray mi tarjeta y le digo que llame a mi oficina si tiene alguna otra pregunta. Repaso mi rutina habitual de avisarle que el Instituto tiene un folleto, un excelente recurso llamado *Qué hacer cuando la policía se va de la casa*, escrito por Bill Jenkins, cuyo pequeño hijo fue asesinado durante el robo de un restaurante de comidas rápidas hace un par de años. —Ese folleto responderá muchas de sus preguntas. —Agrego—. Lo siento mucho. Una muerte violenta deja atrás muchas víctimas. Ésa es la lamentable realidad.

—Sí, señora, de eso no me cabe duda —dice él—. Y, sí, me gustaría leer cualquier material que tenga. No sé qué esperar, qué hacer con respecto a nada de esto —repite—. Estaré aquí afuera si tienen algunas preguntas. Estaré aquí, dentro del auto.

Cierra la portezuela. Siento una gran opresión en el pecho. Me conmueve su pena,

a pesar de lo cual no puedo sentir lástima por su hermana asesinada. En todo caso, el retrato que él pinta de ella me hace tenerle incluso menos simpatía a Diane. Ella no era ni siquiera decente con los de su propia sangre. Berger no dice nada cuando ascendemos por los peldaños del frente y percibo su interminable escrutinio de mi persona. A ella le interesa cada una de mis reacciones. Se da cuenta de que todavía siento fastidio hacia Diane por lo que ella trató de hacerle a mi vida. No trato de disimularlo. ¿Por qué molestarse a esta altura?

Berger observa la luz del porche, que está apenas iluminado por los faros del auto de Eric Bray. Es apenas un aplique de vidrio, pequeño y con forma de globo, que se supone debe sujetarse al techo con tornillos. La policía encontró el globo de vidrio en el césped, cerca de un boj, adonde al parecer Chandonne lo arrojó. Entonces fue simplemente una cuestión de desenroscar la lamparilla, que «debe de haber estado muy caliente», le digo a Berger.

—Así que supongo que la cubrió con algo para protegerse los dedos. Tal vez utilizó su saco.

—En la lamparilla no hay huellas dactilares —dice ella—. No las de Chandonne, según Marino.—Esto es nuevo para mí.—Pero eso no me sorprende, suponiendo que cubrió la lamparilla para no quemarse los dedos—. Agrega ella.

—¿Y qué me dice del globo?

—Tampoco tiene huellas, no las de él.—Berger inserta la llave en la cerradura—. Pero podría tener las manos cubiertas también cuando desenroscó el globo. Me pregunto cómo llegó a la luz. Está bastante alta.—Abre la puerta y la alarma comienza a sonar—. ¿Le parece que se habrá trepado sobre algo? —Se acerca a la consola de la alarma e ingresa el código.

—Quizá se trepó sobre la baranda.—Sugiero, de pronto convertida en experta de la conducta de Jean-Baptiste Chandonne y muy disgustada con ese papel.

—¿Y en su casa?

—Podría haber hecho eso —respondo—. Subirse por la baranda y sujetarse contra la pared o el techo del porche.

—Tampoco hay huellas en su aplique de luz ni en la lamparilla, por si no lo sabe —me dice—. Al menos, no las de Chandonne.

Se oye el tictac de relojes en el living y yo recuerdo cómo eso me sorprendió la primera vez que entré en la casa de Diane Bray, después de que ella había muerto, y descubrí la colección de relojes perfectamente sincronizados y sus antigüedades inglesas, pero frías.

—Dinero.—Berger se queda parada en el living y observa el sofá, la biblioteca giratoria, el aparador de ébano—. Sí, obvio. Dinero, dinero, dinero. Los policías no viven así.

—Drogas.—Comento.

—Ya lo creo. —La mirada de Berger lo recorre todo—. Las usaba y las traficaba. Sólo que conseguía que otras personas fueran sus mulas. Incluyendo a Anderson. Incluyendo a su ex supervisor de la morgue, que robaba drogas recetadas que usted creía eran arrojadas por la piletta de la morgue. Chuck no sé cómo se llamaba. —Toca los cortinados de damasco dorado y levanta la vista y observa las cenefas—. Telarañas. —Comenta—. Polvo que no apareció solamente durante estos últimos días. Hay otras historias acerca de ella.

—No me cabe duda —contesto—. La venta de drogas recetadas en la calle no puede permitirle pagar todo esto y un Jaguar nuevo.

—Lo cual me lleva a algo que les pregunto a todos los que permanecen quietos el tiempo suficiente para que yo les hable. —Berger sigue caminando hacia la cocina—. ¿Por qué se mudó a Richmond Diane Bray?

Yo no tengo respuesta.

—No por el empleo, no importa lo que ella haya dicho. No por eso. De ninguna manera. —Berger abre la puerta de la heladera. Adentro hay muy pocas cosas. Cereales, mandarinas, mostaza. La fecha de vencimiento de la leche es el día de ayer—. Bastante interesante —dice Berger—. No creo que esta dama estuviera nunca en casa. —Abre una alacena y encuentra latas de sopa Campbell y una caja de galletitas de agua. Y, también, tres frascos de aceitunas gourmet—. ¿Martinis? ¿Ella bebía mucho?

—No la noche en que murió. —Le recuerdo.

—Es verdad. Un nivel de alcohol en sangre de punto-cero-tres. —Berger abre otra alacena y otra más hasta que encuentra dónde guardaba Bray su licor—. Una botella de vodka, una de whisky, dos cabernet argentinos. No el bar de alguien que bebe mucho. Probablemente su figura le importaba demasiado como para arruinársela con alcohol. Al menos las píldoras no engordan. Cuando usted entró en escena, ¿ésa era la primera vez que había estado en su casa... en esta casa? —Pregunta Berger.

—Sí.

—Pero su casa queda a pocas cuadras.

—Yo había visto esta casa de pasada. Desde la calle. Pero no, nunca había estado adentro. No éramos amigas.

—Pero ella quería ser amiga suya.

—Me dijeron que ella quería almorzar conmigo o lo que fuera. Para llegar a conocerme —contesto—. Marino.

—Eso fue lo que me dijo Marino. —Confirmo y ya comienzo a acostumbrarme a sus preguntas.

—¿Cree que tenía un interés sexual en usted? —Berger me pregunta esto con tono muy casual mientras abre la puerta de una alacena. Adentro hay copas y platos—. Hay bastantes indicios de que ella jugaba en los dos lados de la red.

—Me han preguntado eso antes. No tengo idea.

—¿Le habría molestado que fuera así?

—Me habría hecho sentirme incómoda. Probablemente. —Admito.

—¿Ella comía mucho afuera? —Tengo entendido que sí.

Advierto que Berger me hace preguntas que sospecho alguien ya se las ha contestado. Quiere oír lo que yo tengo que decir y comparar mis percepciones contra las de los otros. Parte de lo que ella explora contiene el eco de lo que Anna me preguntó durante nuestras confesiones junto al fuego. Me pregunto si es remotamente posible que Berger haya hablado también con Anna.

—Esto me recuerda a una tienda que es una fachada para algunos negocios ilegales —dice Berger mientras revisa lo que está debajo de la piletta: algunos limpiadores y varias esponjas secas—. No se preocupe. —Parece leerme el pensamiento—. No voy a permitir que nadie le pregunte esta clase de cosas en el juzgado, acerca de su vida sexual o de lo que fuera. Tampoco nada acerca de su vida personal. Me doy cuenta de que no se supone que sea su área de experiencia.

—¿No se supone? —Me parece un comentario extraño.

—El problema es que parte de lo que usted sabe no es de oídas sino conocimientos que usted recibió directamente de ella. Ella sí le dijo. —Berger abre un cajón— que con frecuencia comía afuera sola, se sentaba en la barra de Buckhead's.

—Eso fue lo que me dijo.

—La noche que usted se encontró con ella en la playa de estacionamiento y la enfrentó.

—La noche en que traté de demostrar que ella estaba en connivencia con Chuck, mi asistente en la morgue.

—Y así era.

—Por desgracia, sí, lo era —respondo.

—Y usted la enfrentó.

—Sí, lo hice.

—Bueno, Chuck está entre rejas, donde pertenece. —Berger sale de la cocina—. Y si no es de oídas. —Vuelve al mismo tema—, entonces Rocky Caggiano se lo va a preguntar y yo no puedo objetarlo. O sí puedo, pero no me llevará a ninguna parte. Usted tiene que darse cuenta de ello. Y cómo la hace quedar a usted.

—En este momento lo que más me preocupa es cómo me hace quedar todo frente al jurado especial de acusación. —Le respondo.

Ella se detiene en el pasillo que conduce al dormitorio principal. La puerta está entreabierta, lo cual se suma al aspecto de descuido e indiferencia que reina en este lugar. Berger me mira a los ojos.

—Yo no la conozco personalmente —dice ella—. Ninguna de las personas de ese

jurado especial de acusación la va a conocer personalmente. Es su palabra contra la de una mujer policía asesinada el hecho de que fue ella la que la acosaba a usted y no al revés, y de que usted no tuvo nada que ver con su homicidio. Aunque, en su opinión, el mundo está mejor sin ella.

—¿Eso lo supo por Anna o por Righter? —Le pregunto con amargura.

Ella echa a caminar por el pasillo.

—Muy pronto, doctora Kay Scarpetta, a usted se le va a encallecer la piel —dice—. Ésa será mi misión.

La sangre es vida. Se porta como una criatura viva. Cuando se produce una rotura en el sistema circulatorio, el vaso sanguíneo se contrae de pánico y se achica en un intento de hacer que el flujo de sangre sea menor y se pierda menos sangre por la rotura o el corte. Las plaquetas enseguida se agrupan para tapar el agujero. Existen trece factores coagulantes y, juntos, echan mano de su alquimia para detener la pérdida de sangre. Siempre he pensado que la sangre es de color rojo intenso también por una razón. Es el color de la alarma, de la emergencia, del peligro y del distrés. Si la sangre fuera un fluido transparente como el sudor, podríamos no advertir cuándo estamos heridos o cuándo otra persona lo está. El color bermellón se ufana de la importancia de la sangre y es la sirena que suena cuando la mayor de todas las violaciones ha ocurrido: cuando una persona ha mutilado o matado a otra.

La sangre de Diane Bray llora en gotas, salpicaduras y manchas. Habla acerca de quién le hizo qué y cómo y, en algunos casos, por qué. La severidad de una paliza afecta la velocidad y el volumen de la sangre que vuela por el aire. Las salpicaduras producidas por el revoleo hacia atrás de un arma blanca indica el número de puñaladas que, en este caso, eran por los menos cincuenta y seis. Hasta allí podemos ser precisos, porque algunas salpicaduras de sangre se superponen a otras y tratar de separar las que pueden cubrir otras es como tratar de calcular cuántas veces un martillo golpeó contra un clavo para hundirlo en un árbol. El número de golpes registrados en este cuarto coinciden con lo que el cuerpo de Bray me ha dicho. Pero, una vez más, eran tantas las fracturas que se superpusieron a otras y tan grande la cantidad de huesos aplastados, que también yo perdí la cuenta. Odio. Lujuria y furia increíbles.

No se ha hecho ningún intento de limpiar lo que sucedió en el dormitorio principal, y lo que Berger y yo encontramos marca un contraste profundo con la quietud y aridez del resto de la casa. Primero, hay lo que parece ser una telaraña fosada tejida por los técnicos de la escena del crimen, que han empleado un método llamado «stringing» para descubrir la trayectoria de las gotas de sangre que sencillamente están por todas partes. El objetivo es determinar distancia, velocidad y ángulo; conjurar, por medio de un modelo matemático, la posición exacta del cuerpo de Bray cuando le infligieron cada golpe. Los resultados parecen un extraño diseño de arte moderno, una curiosa geometría fucsia que lleva la mirada a las paredes, el cielo raso, el piso, muebles antiguos y los cuatro espejos ornados donde Bray solía admirar su belleza espectacular y sensual. Los charcos de sangre coagulada en el

suelo están ahora duros y compactos como melaza seca, y la cama de dos plazas donde el cuerpo de Bray fue exhibido de manera tan ruda, parece como si alguien hubiera lanzado latas de pintura negra sobre el colchón desnudo.

Siento la reacción de Berger cuando ella mira la escena. Está callada mientras procesa lo que es terrorífico y realmente incomprensible. Ella se carga con una energía peculiar que sólo las personas, en especial las mujeres, que se ganan la vida luchando contra la violencia pueden entender realmente.

—¿Dónde están las sábanas? —Berger abre el fichero en acordeón—. ¿Se enviaron al laboratorio?

—Nunca las encontramos —contesto y recuerdo el cuarto del motel cerca del camping. También esas sábanas han desaparecido. Recuerdo que Chandonne alega que desaparecieron las sábanas de su departamento de París.

—¿Las sacaron antes o después de que la mataran? —Berger extrae fotografías de un sobre.

—Antes. Eso es obvio por las transferencias de sangre sobre el colchón desnudo. —Entro en la habitación y muevo hilos que señalan acusadoramente el crimen de Chandonne como dedos largos y delgados. Le muestro a Berger las poco frecuentes manchas paralelas sobre el colchón, las rayas de sangre transferidas por la manija en espiral del martillo cincelador cuando Chandonne lo apoyó sobre el colchón durante o después de los golpes. Al principio Berger no ve el dibujo. Observa, los ojos entrecerrados, mientras yo descifro un caos de manchas oscuras que son huellas de manos y manchas allí donde creo que pueden haber estado las rodillas de Chandonne cuando se encontraba a horcajadas sobre el cuerpo de Bray y hacía realidad sus horroríficas fantasías sexuales.

—Esos dibujos no se habrían transferido al colchón si las sábanas hubieran estado puestas en el momento del ataque —explico.

Berger estudia una fotografía de Bray acostada de espaldas, despatarrada en el medio del colchón, con los pantalones de corderoy negro y el cinturón puestos, pero sin zapatos ni medias, desnuda de la cintura para arriba, un reloj pulsera de oro destrozado en la muñeca izquierda. Un anillo de oro en su maltrecha mano derecha se ha clavado hasta el hueso del dedo.

—De modo que, o no había sábanas sobre la cama en ese momento o él las sacó por algún motivo. —Añado.

—Eso es lo que estoy tratando de visualizar. —Berger examina visualmente el colchón—. Él está dentro de la casa. La está empujando por el pasillo, de vuelta a su zona, al dormitorio. No hay señales de lucha, ninguna prueba de que él la haya lastimado hasta que llegan aquí y, de pronto, ¡Bum! Se desata un infierno.

Mi pregunta es ésta: ¿Él llega al dormitorio y entonces dice: «Aguarda un momento, hasta que saco las sábanas»? ¿Se toma tiempo para hacer eso?

—En el momento en que él la acostó sobre la cama, tengo serias dudas de que ella hablara o fuera capaz de correr. Si observa aquí y aquí y aquí y aquí —me refiero a segmentos de cordel unidos a gotas de sangre que empiezan en la entrada del dormitorio—. Salpicaduras de sangre del revoleo hacia atrás del arma que, en este caso, era el martillo cincelador.

Berger sigue la trayectoria del hilo rosado y trata de correlacionar lo que indica con lo que ella está viendo en las fotografías que repasa.

—Dígame la verdad —dice—. ¿Realmente cree en este método de los hilos? Conozco a policías que opinan que no sirve para nada y sólo representa una pérdida de tiempo.

—No si la persona sabe lo que está haciendo y es fiel a la ciencia. —¿Cuál ciencia?

Le explico entonces que la sangre es noventa y uno por ciento agua. Responde a la física de los líquidos y sufre los efectos del movimiento y de la gravedad. Una gota típica de sangre caerá 7,6 centímetros por segundo. El diámetro de la mancha se incrementa a medida que la distancia recorrida por las gotas aumenta. Las gotas de sangre sobre sangre producen una corona de salpicaduras alrededor del charco original. La sangre salpicada produce manchas largas y angostas alrededor de una mancha central y, a medida que se seca, la sangre pasa del bermellón al marrón rojizo y del marrón al negro. Conozco expertos que se han pasado toda la carrera fijando goteros medicinales con sangre a soportes en forma de aro, utilizando plomadas, apretando el gotero y dejando caer gotas o proyectando sangre hacia una variedad de superficies tomadas como blancos, desde una variedad de ángulos y alturas, y caminando sobre charcos y estampando después los pies sobre otras superficies y haciendo toda clase de experimentos. Además, tenemos también la matemática, la geometría de la línea recta y la trigonometría para calcular el punto de origen.

A primera vista, la sangre que hay en el cuarto de Bray es un video de lo que sucedió, pero está en un formato que resulta ilegible a menos que utilicemos la ciencia, la experiencia y un razonamiento deductivo para poder entenderlo. Berger también quiere que yo use mi intuición. Una vez más, quiere que yo supere los límites de mi clínica. Sigo docenas de trozos de hilo que conectan salpicaduras con la pared y el marco de la puerta y convergen en un punto en mitad del aire. Puesto que es imposible sujetar el hilo en el aire, los técnicos de la escena del crimen desplazaron un antiguo perchero que había en el foyer y sujetaron el hilo a una altura de alrededor de un metro cincuenta y dos centímetros de la base para determinar el punto de origen. Le muestro a Berger dónde es probable que estuviera de pie Bray cuando Chandonne le asestó el primer golpe.

—Se encontraba a más de medio metro de la puerta —digo—. ¿Ve esta zona vacía aquí? —Le señalo un espacio en la pared donde no hay sangre, sólo

salpicaduras todo alrededor, como un aura.—El cuerpo de ella o el de Chandonne impidieron que la sangre golpeará contra esa parte de la pared. Ella estaba de pie.

O lo estaba él. Y si Chandonne era el que estaba de pie, podemos suponer que ella también lo estaba, porque es imposible estar parado bien derecho y golpear a alguien tirado en el piso. —Yo me paro bien erguida y se lo muestro—. No a menos que se tengan brazos de casi dos metros de largo. Además, el punto de origen está a más de un metro cincuenta del piso, lo cual indica que es aquí donde los golpes se conectaron con su blanco, el cuerpo de Bray. Más probablemente, su cabeza. —Me acerco unos pasos a la cama—. Ahora ella está derribada.

Señalo manchas y gotas en el piso. Explico que las manchas producidas desde un ángulo de noventa grados son redondas. Si, por ejemplo, una estuviera apoyada en las manos y las rodillas y la sangre goteara derecha hacia abajo en dirección al piso desde la cara, esas gotas serían redondas. Muchas gotas que hay sobre el piso son redondas. Algunas están extendidas o esparcidas y cubren un sector de aproximadamente sesenta centímetros. Durante un tiempo breve, Bray estuvo apoyada en las manos y las rodillas, quizá tratando de alejarse mientras él seguía golpeándola.

—¿Él la pateó? —Pregunta Berger.

—Nada de lo que encontré lo indicaría.—Es una buena pregunta. Las patadas agregarían otra tonalidad a las emociones del crimen.

—Las manos son más personales que los pies. —Comenta Berger—. Ésa ha sido mi experiencia en los crímenes por lujuria. Rara vez veo patadas.

Recorro la habitación y señalo más salpicaduras y gotas antes de acercarme a un charco endurecido de sangre a varios centímetros de la cama.

—Aquí ella se desangró —le digo—. Éste puede ser el lugar donde él le desgarró la blusa y le arrancó el corpiño.

Berger pasa una a una las fotografías hasta encontrar aquélla en que la blusa de satén verde y el corpiño negro de Bray están tirados en el piso, a varios centímetros de la cama.

—Aquí, cerca de la cama, comenzamos a encontrar tejido cerebral. —Yo sigo descifrando los macabros jeroglíficos.

—El coloca el cuerpo de Bray sobre la cama —dice Berger—. O, quizá, la fuerza a acostarse. La pregunta es: ¿ella está todavía consciente cuando él la pone sobre la cama?

—Realmente no lo creo. —Señalo pequeños trozos de tejido ennegrecido adheridos a la cabecera de la cama, las paredes, la lámpara de la mesa de luz, el cielo raso sobre la cama—. Tejidos cerebrales. Ella ya no sabe lo que está sucediendo. Pero esto es sólo una opinión. —Le digo—. ¿Todavía está viva?

—Todavía sangra mucho. —Indico densas zonas negras en el colchón.—Esto no

es una opinión sino un hecho. Ella todavía tiene presión sanguínea, pero es muy poco probable que esté consciente.

—Gracias a Dios. —Berger ha sacado su cámara y comienza a tomar fotografías. Me doy cuenta de que es muy hábil en ese terreno y de que ha recibido una buena formación fotográfica. Sale de la habitación y se pone a disparar al entrar en ella, recreando así lo que yo le fui explicando y que ella captura en la película.

—Le pediré a Escudero que venga a filmarlo en video —me dice.

—La policía lo hizo.

—Ya lo sé —contesta ella mientras el flash destella una y otra vez. A ella no le importa. Berger es una perfeccionista: quiere que las cosas se hagan a su manera—. Me encantaría tenerla a usted en un video explicándomelo todo, pero no puedo hacerlo.

No le está permitido hacerlo, a menos que quiera que el abogado defensor tenga acceso a la misma grabación. Basándome en la ausencia de notas, estoy segura de que no quiere que Rocky Caggiano tenga acceso a una sola palabra —escrita o hablada— que va más allá de lo que figura en mis informes estándar. Su cautela es extrema. Yo estoy tan llena de recelo que me cuesta mucho tomar todo esto en serio. Todavía no he asimilado la idea de que alguien pueda pensar realmente que yo asesiné a la mujer cuya sangre nos rodea y está debajo de nuestros pies.

Berger y yo terminamos con el dormitorio. A continuación exploramos otras zonas de la casa a las que yo presté poca o ninguna atención cuando trabajaba en la escena del crimen. Sí revisé el botiquín del baño principal; siempre lo hago. Todo lo que la gente guarda para aliviar las incomodidades corporales cuenta una historia bastante interesante. Sé que quien sufre de jaquecas o de trastornos mentales tiene una actitud obsesiva con respecto a la salud. Sé, por ejemplo, que el Valium y el Ativan eran los medicamentos preferidos de Bray. Encontré cientos de píldoras que ella había puesto en frascos de Nuprin y de Tylenol PM. También tenía una pequeña cantidad de BuSpar. A Bray le gustaban los sedantes, los calmantes. Berger y yo exploramos un cuarto de huéspedes que hay en el otro extremo del hall. Es una habitación en la que nunca entré y no me sorprende comprobar que nadie vivió en ella. Ni siquiera está amueblada; se encuentra repleta de cajas que, al parecer, Bray nunca abrió.

—¿No tiene la sensación de que Bray no pensaba quedarse aquí mucho tiempo? —Berger comienza a hablarme como si yo fuera parte de su equipo de acusación, su segunda en el juicio—. Porque a mí me pasa. Y nadie acepta un cargo importante en un departamento de policía sin dar por sentado que se quedará en ese lugar durante por lo menos algunos años. Aunque el cargo no sea otra cosa que un peldaño para un ascenso más importante.

Observo el interior del cuarto de baño y noto que no hay papel higiénico ni toallas

de papel, ni siquiera jabón. Pero lo que encuentro en el botiquín me sorprende.

—Ex-Lax. —Anuncio—. Por lo menos una docena de cajas. Berger aparece junto a la puerta.

—¿Qué tal? —dice ella—. Quizá nuestra amiga vanidosa tenía un problema con la comida.

No es raro que las personas que sufren de bulimia tomen laxantes para purgarse después de un atracón. Levanto el asiento del inodoro y encuentro pruebas de vómito que salpicó la parte interior del borde y la taza del inodoro. Es de un color rojizo. Supuestamente, Bray comió pizza antes de morir, y recuerdo que encontré muy pocos contenidos estomacales: rastros de carne picada y vegetales. —Si alguien vomitó después de comer y después murió, digamos una media hora más tarde, ¿cabría esperar que su estómago estuviera completamente vacío?— Berger sigue lo que yo estoy reconstruyendo.

—Todavía habría rastros de comida adheridos al revestimiento del estómago. —Bajo la tapa del inodoro.—El estómago no está totalmente vacío o limpio a menos que la persona haya bebido grandes cantidades de agua y se haya purgado. Como un lavaje o una infusión repetida de agua para lavar un veneno, digamos. —Por mi mente desfila otra parte de la grabación. Ese cuarto era el secreto sucio y vergonzoso de Bray. Está cerrado a la circulación habitual de la casa y nadie sino Bray venía aquí nunca, de modo que no había tener miedo de ser descubierta. Y yo conozco bastante acerca de trastornos y adicciones con la comida como para estar enterada de la necesidad apremiante que tiene la persona de ocultar de los demás su vergonzoso ritual. Bray estaba decidida a que nadie sospechara siquiera que se daba atracones y después se purgaba, y quizá su problema explica por qué tenía tan pocos alimentos en su casa. Quizá los medicamentos la ayudaban a controlar la ansiedad que es parte inevitable de cualquier compulsión.

—Quizás ésta es una de las razones por las que despachó a Anderson tan pronto después de comer. —Conjetura Berger—. Bray quería librarse de la comida y necesitaba privacidad.

—Ésa sería por lo menos una razón —respondo—. La gente con ese problema está tan abrumada por el impulso que tiende a no hacer caso de cualquier otra cosa que pueda estar sucediendo. De modo que, sí, ella podría haber querido estar sola para poder ocuparse de su problema. Y quizás estaba aquí, en este cuarto de baño, cuando Chandonne se presentó.

—Y esto se suma a su vulnerabilidad. —Berger saca fotografías de los Ex-Lax que hay en el botiquín.

—Sí. Sin duda ella se sintió alarmada y paranoica si estaba en medio de su ritual. Y su primer pensamiento tendría que ver con lo que estaba haciendo y no en cualquier peligro inminente.

—Estaba como enajenada. —Berger se inclina y toma una fotografía del inodoro.

—Sí, sumamente trastornada.

—De modo que se apura a terminar lo que estaba haciendo, o sea, vomitar. —Reconstruye Berger—. Sale corriendo de aquí, cierra la puerta y se dirige a la puerta de calle. Da por sentado que la persona que está afuera y golpea tres veces es Anderson. Es muy posible que Bray se sienta inquieta y enojada y quizá hasta ha comenzado a decir algo desagradable al abrir la puerta y... —Berger da un paso atrás hacia el pasillo y aprieta los labios.—Está muerta.

Deja que este guión cuelgue pesadamente en el aire mientras buscamos el lavadero. Ella sabe que yo soy capaz de percibir la confusión y el horror espantoso de abrir la puerta de calle y toparse de pronto con un Chandonne que brota de la oscuridad como un habitante del infierno. Berger abre las puertas de armarios que dan al hall y después encuentra una puerta que conduce al sótano. El sector de lavado se encuentra allá abajo, y siento un extraño desasosiego cuando caminamos en la iluminación dura de bombillas desnudas que cuelgan del techo y que se encienden tirando de cables. Yo tampoco he estado nunca en esta parte de la casa. Nunca vi el Jaguar rojo fuego del que tanto oí hablar. Está absurdamente fuera de lugar en este espacio oscuro, abigarrado y deprimente. El auto es un símbolo evidente del poder que tanto anhelaba y del que tanto alardeaba Bray. Recuerdo lo que Anderson dijo, muy enojada, acerca de que ella era la «mandadera» de Bray. Dudo mucho que Bray llevara ella misma el auto al lavadero.

El garaje del sótano tiene el mismo aspecto que imagino tenía cuando Bray compró la casa: un espacio polvoriento, sombrío y concreto congelado en el tiempo. No hay señal de mejoras. Las herramientas colgadas de un tablero perforado y una cortadora de pasto manual son viejas y están oxidadas. Contra la pared hay neumáticos de repuesto. El lavarropas y la secadora no son nuevos y, aunque estoy segura de que la policía los revisó, no veo señales de ello. Las dos máquinas están cargadas con ropa. Es evidente que la última vez que Bray se dedicó al lavado no se molestó en vaciar después el lavarropas ni la secadora, y la ropa interior, las toallas y los jeans están irremediablemente arrugados y tienen mal olor. Para las medias, más toallas y la ropa de gimnasia que están en el lavarropas nunca se inició el proceso de lavado. Extraigo un buzo Speedo.

—¿Bray pertenecía a un gimnasio? —Pregunto.

—Buena pregunta. Por lo vana y obsesiva que era, sospecho que hacía algo para mantenerse en forma. —Berger mete la mano por entre la ropa que está en el lavarropas y saca un par de bombachas con manchas de sangre en la entrepierna—. Qué tal eso de sacar a relucir la ropa sucia de alguien. —Comenta ella con pesar—. Hasta yo me siento a veces un poco voyeur. De modo que, a lo mejor, ella había tenido hace poco el período. No es que necesariamente eso tuviera algo que ver con

el precio del té en la China.

—Podría haberlo tenido —respondo—. Depende de cuánto afectaba su estado de ánimo. El síndrome premenstrual ciertamente podría haber hecho que empeorara su trastorno alimentario, y los cambios de estado de ánimo no habrían ayudado a su relación tormentosa con Anderson.

—Es sorprendente pensar en las cosas insignificantes y mundanas que pueden conducir a una catástrofe. —Berger deja caer la bombacha de nuevo en el lavarropas—. Tuve un caso, en una oportunidad. Este hombre tiene que orinar y decide parar en la calle Bleecker y aliviar su vejiga en un callejón. No puede ver lo que está haciendo hasta que otro auto pasa por allí e ilumina el callejón justo el tiempo suficiente para que el pobre viejo se dé cuenta de que está orinando sobre un cadáver ensangrentado. El individuo tiene un infarto. Poco después, un policía investiga ese automóvil ilegalmente detenido, va al callejón y encuentra a un hombre hispano muerto con múltiples heridas de arma blanca. Junto a él hay un hombre blanco mayor muerto, con el pene colgando de su bragueta abierta. —Berger se acerca a una pileta, se enjuaga las manos y se las sacude para secárselas—. Llevó un poco de tiempo entender lo que había pasado —dice.

Terminamos con la casa de Bray a las nueve y media y, aunque estoy cansada, me sería imposible pensar siquiera en dormir. Estoy tan excitada y llena de energía que parezco drogada. Tengo la mente tan encendida y despierta como una gran ciudad por la noche, y casi me siento afiebrada. No querría reconocerle nunca a nadie lo mucho que disfruto de trabajar con Berger. A ella no se le pasa nada por alto. Y, además, es mucho lo que se guarda para sí. Me tiene intrigada. He probado el fruto prohibido de desviarme de mis límites burocráticos, y me gusta. Estoy flexionando músculos que rara vez tengo oportunidad de usar porque ella no limita las zonas de mi especialidad, no tiene un sentido muy desarrollado de su territorio y no es una persona insegura. Quizá yo también quiero que ella me respete. Me ha conocido cuando estoy en mi nivel más bajo, cuando estoy acusada. Berger le devuelve la llave de la casa a Ene Bray, quien no nos pregunta nada. Ni siquiera parece sentir curiosidad; lo único que quiere es irse de una buena vez.

—¿Cómo se siente? —me pregunta Berger cuando partimos en el auto—. ¿Todavía con fuerzas?

—Sí, todavía con fuerzas. —Afirmo.

Ella enciende la luz interior del auto y entrecierra los ojos para leer algo escrito en un Post-it y sujeto al tablero. Marca un número en el teléfono del auto y deja que suene por los parlantes. Su propia voz suena cuando ella ingresa un código para ver cuántos mensajes hay en el contestador. Ocho. Entonces toma el auricular para que yo no pueda oírlos. Eso me suena raro. ¿Existe alguna razón para que ella quisiera que yo supiera cuántos mensajes tenía? Durante los siguientes minutos estoy sola con mis pensamientos mientras ella conduce el auto por mi vecindario, el teléfono contra el oído. Escucha rápido todos los mensajes y sospecho que compartimos la misma impaciencia. Si alguien habla demasiado, yo suelo borrar el mensaje antes de que termine. Apuesto a que Berger hace lo mismo. Seguimos por Sulgrave Road hasta el corazón mismo de Windsor Farms, pasando por Virginia House y Agecroft Hall, dos antiguas mansiones Tudor que fueron desmanteladas y puestas en cajones en Inglaterra y después enviadas por barco hacia aquí por habitantes ricos de Richmond en una época en que toda esta parte de la ciudad era un inmensa finca.

Nos aproximamos a la garita del guardia para Lockgreen, mi barrio. Rita sale de la garita y por su expresión enseguida me doy cuenta de que ha visto antes este Mercedes SUV y su conductora.

—Hola. —Le dice Berger—. Traigo a la doctora Scarpetta.

Rita se inclina y su cara brilla junto a la ventanilla abierta. Está contenta de verme.

—Bienvenida —dice con un dejo de alivio—. Supongo que estará de vuelta en su casa para siempre. No me parece bien que no esté aquí. Estos días todo está muy tranquilo.

—Volveré a casa por la mañana.—Experimento ambivalencia, incluso miedo, cuando me oigo decir esas palabras. —Feliz Navidad, Rita. Parece que esta noche estamos trabajando todos.

—Hay que hacer lo que hay que hacer.

La culpa me aprieta el corazón cuando nos alejamos. Ésta será la primera Navidad en que no he recordado de alguna manera a los guardias. Por lo general, preparo pan o le envío comida a quienquiera le toque estar sentado en esa garita estrecha cuando debería estar en casa con la familia. Estoy muy callada. Berger lo nota e intuye que estoy atribulada.

—Es muy importante que me diga lo que siente —dice—. Sé que es algo totalmente contrario a su naturaleza y que viola todas las leyes que usted ha impuesto a su vida. —Seguimos por la calle hacia el río—. Lo entiendo muy bien.

—Un asesinato vuelve egoístas a todos. —Le digo.

—Bromea usted.

—Provoca una furia y un dolor intolerables. —Continúo—. Se piensa sólo en uno mismo. Yo he realizado muchos análisis estadísticos con la base de datos de nuestra computadora, y una vez traté de recuperar el caso de una mujer que fue violada y asesinada. Encontré tres casos con el mismo apellido y descubrí el resto de su familia: un hermano que murió por una sobredosis de drogas algunos años después del asesinato, después el padre, que se suicidó varios años después de eso, la madre que murió en un accidente de auto. En el Instituto iniciamos un estudio muy ambicioso, analizando lo que les ocurre a las personas que quedan. Se divorcian. Se convierten en drogadictas. Se las trata por enfermedades mentales. Pierden su empleo. Se mudan.

—La violencia por cierto envenena las aguas —es la respuesta trillada de Berger.

—Estoy cansada de ser egoísta. Eso es lo que siento —digo—. Es Nochebuena y, ¿qué hice yo por alguien? Ni siquiera por Rita. Aquí está ella, trabajando después de la medianoche, tiene varios empleos porque tiene hijos. Pues bien, odio esto. Él ha matado a tantas personas, y sigue lastimando a la gente. Tenemos dos asesinatos estrafalarios que yo creo que están relacionados. Tortura. Conexiones internacionales. Armas de fuego, drogas. Sábanas que faltan. —Miro a Berger—. ¿Cuándo demonios va a terminar esto?

Ella dobla en el camino de entrada a casa y no simula no saber exactamente cuál es.

—La realidad es que no será suficientemente pronto —contesta.

Al igual que la casa de Bray, la mía está completamente a oscuras. Alguien ha apagado las luces, incluyendo los reflectores que están escondidos entre los árboles o en los aleros y su luz está dirigida al suelo para que no enciendan mi propiedad como una cancha de béisbol y ofenda a mis vecinos. No me siento bienvenida. Temo entrar y toparme con lo que Chandonne y la policía le han hecho a mi mundo privado. Me quedo sentada un momento y miro por la ventanilla mientras se me cae el alma a los pies. Siento furia, dolor. Y me siento tremendamente ofendida.

—¿Qué está sintiendo? —Pregunta Berger mientras contempla mi casa.

—¿Qué siento? —repito—. Algo así como *Plü si prende e peggio si mangia*. — Me bajo del auto y pego un portazo.

Libremente traducido, ese proverbio italiano quiere decir: *cuanto más se paga, peor se come*. Se supone que la vida en la campiña italiana es simple y dulce. Se supone que no es complicada. La mejor comida se prepara con ingredientes frescos y la gente no se levanta apresuradamente de la mesa ni se ocupa de cosas que no son realmente importantes. Para mis vecinos, mi casa es una fortaleza que tiene todos los sistemas de seguridad conocidos por la raza humana. Para mí, lo que hice construir es una *casa colonica*, una pintoresca casa de campo de distintas tonalidades de piedra gris y cremosa, con celosías marrones que me tranquilizan y me hacen pensar en el pueblo de donde provengo. Sólo desearía haber techado mi casa con *coppi*, o tejas curvadas de terracota, en lugar de pizarra, pero no quería tener el lomo rojo de un dragón encima de la piedra rústica. Si no conseguí encontrar materiales antiguos, al menos elegí los que mejor se fusionaban con la tierra.

La esencia de lo que soy está arruinada. La sencilla belleza y seguridad de mi vida está mancillada. Tiemblo interiormente. Mi visión se nubla con lágrimas cuando subo los escalones de adelante y me detengo debajo de la lámpara que Chandonne desenroscó. El aire de la noche es muy frío y las nubes se han tragado a la luna. Da la sensación de que podría nevar de nuevo. Parpadeo y hago varias inspiraciones profundas de aire frío para tratar de calmarme y controlar una emoción abrumadora. Al menos Berger tiene el buen tino de darme un momento de paz. Ella se ha quedado atrás cuando yo inserto mi llave en la cerradura. Entro en el foyer oscuro y helado e ingreso el código de la alarma mientras cobro conciencia de algo que me para los pelos de punta. Enciendo luces y parpadeo al ver la llave Medeco de acero en mi mano y mi pulso se acelera. Esto es una locura. No puede ser. De ninguna manera. Berger transpone silenciosamente la puerta detrás de mí. Mira las paredes de estuco y los cielos rasos abovedados. Los cuadros están torcidos. Las hermosas alfombras persas están arrugadas y sucias. Nada ha recuperado su orden original. Me parece terrible que nadie se haya molestado en limpiar el polvo para impresiones ni el barro de los moldes, pero no es por esto que en mi cara aparece una expresión que atrae la

completa atención de Berger.

—¿Qué sucede? —Pregunta ella, las manos a punto de abrir su lápade de piel.

—Tengo que hacer enseguida un llamado. —Le digo.

No le digo a Berger lo que estoy pensando. No le revelo lo que temo. No le comento que, cuando salí un momento de la casa para hablar en privado por mi teléfono celular, llamé a Marino y le pedí que viniera enseguida a casa.

—¿Todo bien? —me pregunta Berger cuando regreso y cierro la puerta de calle.

No le contesto. Desde luego, todo no está bien.

—¿Por dónde quiere que empecemos? —Le recuerdo que tenemos trabajos que hacer.

Ella quiere que yo reconstruya exactamente lo que sucedió la noche en que Chandonne trató de asesinarme, y nos dirigimos al living. Empiezo con el sofá blanco de algodón que está frente a la chimenea. Yo estaba sentada allí el viernes pasado por la noche, revisando cuentas, con el sonido del televisor bien bajo. Cada tanto aparecía un flash de noticias que advertía al público de la existencia del asesino serial que se hace llamar *Le Loup-Garou*. Se informó de su supuesto trastorno genético, su extrema deformidad y, por lo que recuerdo de esa noche, casi me resulta absurdo imaginar a un muy serio presentador del informativo de un canal local hablar de un hombre que tiene una estatura de alrededor de más de un metro ochenta, dientes raros y el cuerpo cubierto con pelo largos y finos como los de un bebé. Se aconsejaba a la gente que no abriera la puerta si no sabía con seguridad quién estaba afuera.

—A eso de las once. —Le digo a Berger—, puse el canal de la NBC, creo, para ver el último informativo y, un momento después, comenzó a sonar mi alarma contra ladrones. Según el display, la zona del garaje había sido violada, y cuando llamaron del servicio, les dije que era mejor que enviaran a la policía porque yo no tenía idea de por qué había sonado la alarma.

—Así que su garaje tiene un sistema de alarma —repite Berger—. ¿Por qué el garaje? ¿Por qué cree usted que él trató de entrar por allí?

—Para deliberadamente hacer sonar la alarma a fin de que viniera la policía. —Le digo lo que yo creo que pasó—. La policía viene y después se va. Luego él se presenta. Simula ser un policía y yo le abro la puerta. No importa lo que cualquiera diga o lo que oí en el video cuando usted lo entrevistó, él me habló en inglés, en un inglés perfecto. No tenía ningún acento.

—No sonaba como el hombre del video. —Coincide ella.

—No, ciertamente no.

—De modo que usted no reconoció su voz en esa grabación. —No— respondo.

—O sea que usted no pensó que él estuviera tratando de entrar en su casa por el garaje. Cree que él lo hizo con el único propósito de hacer sonar la alarma. —Berger sondea y, como de costumbre, no toma notas.

—Así es. Creo que trataba de hacer exactamente lo que yo dije.

—¿Y cómo supone usted que él sabía que su garaje tenía un sistema de alarma?
—Pregunta Berger—. Es algo bastante fuera de lo común. La mayor parte de las casas no tienen un sistema de alarma en el garaje.

—Yo no sé si lo sabía ni cómo lo supo.

—Podría haber intentado, en cambio, una puerta de atrás, por ejemplo, para asegurarse de que sonaría la alarma, suponiendo que usted la tuviera activada. Y, sinceramente, creo que él sabía que usted la tendría activada. Podemos suponer que él sabe que usted es una mujer prudente a la que le importa mucho la seguridad, sobre todo a la luz de los asesinatos que hubo en la zona.

—No tengo ninguna idea de qué pensaba —digo, lacónicamente.

Berger se pasea por la habitación. Se detiene frente a la chimenea de piedra. Está vacía y oscura y hace que mi casa parezca no vivida y descuidada, como la de Bray. Berger me señala con un dedo.

—Usted sí sabe qué piensa él —dice—. Tal como él intuyó lo que usted piensa y cuáles son sus patrones, usted hizo lo mismo con él. Usted lee todo lo referente a él en las heridas de los cadáveres. Usted se comunicaba con él a través de sus víctimas, a través de las escenas del crimen, a través de todo lo que se enteró en Francia.

Mi sofá blanco italiano tiene manchas rosadas de la formalina. Hay huellas de pisadas sobre un almohadón, probablemente dejadas por mí cuando salté sobre el sofá para escapar de Chandonne. Nunca volveré a sentarme en ese sofá y estoy impaciente porque se lo lleven. Me siento en el borde de un sillón cercano que hace juego con el sofá.

—Debo conocerlo a él para poder desarmarlo en el juzgado. —Berger continúa, y sus ojos reflejan su fuego interior—. Sólo puedo conocerlo a través de usted. Es usted quien debe presentarnos, Kay. Lléveme a él. Preséntemelo. —Se sienta en la chimenea y levanta las manos en un gesto dramático—. ¿Quién es Jean-Baptiste Chandonne? ¿Por qué su garaje? ¿Por qué? ¿Qué tiene de especial su garaje? ¿Qué?

Pienso un momento.

—No tengo idea de qué puede haberle resultado especial a él de mi garaje.

—Está bien. Entonces dígame qué tiene de especial para usted.

—Es allí donde guardo mi ropa para las escenas del crimen. —Trato de imaginarme qué puede tener de especial mi garaje—. Tengo allí un lavarropas y una secadora de tamaño industrial. Jamás entro a mi casa con la ropa de las escenas, así que ese lugar es más o menos mi cuarto de cambio de ropa.

Algo brilla en los ojos de Berger, un reconocimiento, una conexión. Se pone de pie.

—Muéstreme —dice.

Yo enciendo la luz de la cocina cuando pasamos por allí hacia el intermedio que tiene una puerta que conduce al garaje.

—El vestidor de su casa. —Comenta Berger.

Enciendo las luces y se me oprime el corazón al ver que el garaje está vacío. Mi Mercedes ha desaparecido.

—¿Dónde demonios está mi auto? —Pregunto. Reviso los armarios de las paredes y, en especial, el armario ventilado de cedro, los elementos de jardinería, las herramientas y el rincón donde están el lavarropas, la secadora y un enorme piletón de acero—. Nadie dijo nada de llevarse mi auto a alguna parte. —Miro a Berger con expresión acusadora y de pronto me embarga la desconfianza. Pero o ella es una buena actriz o no tiene idea de lo ocurrido. Voy al centro del garaje y miro en todas direcciones, como si pudiera encontrar algo que me diga qué le ocurrió a mi auto. Le digo a Berger que mi sedan Mercedes negro estaba aquí el sábado pasado, el día que me mudé a lo de Anna. Desde entonces no volví a verlo. Tampoco he estado aquí

desde aquel día—. Pero usted sí estuvo. —Agrego—. ¿Mi coche estaba aquí la última vez que vino? ¿Cuántas veces estuvo usted aquí? —Me animo y se lo pregunto.

Ella también se pone a caminar. Se sienta frente a la puerta del garaje y examina los raspones que hay en la tira de goma, allí donde creemos que Chandonne usó algún tipo de herramienta para tratar de abrir la puerta.

—¿Podría usted abrir la puerta, por favor? —Berger está muy seria.

Oprimo un botón que hay en la pared y la puerta se eleva ruidosamente.

—No, su automóvil no estaba aquí cuando yo vine. —Berger se incorpora—. No lo he visto. A la luz de las circunstancias, sospecho que usted sí sabe dónde está. —Agrega.

La noche llena ese enorme espacio vacío y yo me acerco al lugar donde Berger se encuentra parada.

—Probablemente me lo incautaron y lo llevaron al depósito —digo—. Dios Santo.

Ella asiente.

—Llegaremos al fondo de esto. —Gira hacia mí y en sus ojos hay algo que nunca vi antes. Duda. Berger está inquieta. No sé si será algo así como una expresión de deseos de mi parte, pero intuyo que ella se siente mal por mí.

—Y, ahora, ¿qué? —murmuro y observo mi garaje como si no lo hubiera visto antes—. ¿Qué se supone que debo conducir?

—Su alarma sonó a las once de la noche del viernes. —Berger de nuevo tiene una actitud profesional. Una vez más, se muestra firme y práctica. Vuelve a nuestra misión de desandar los pasos de Chandonne—. Llegan los policías. Usted los trae aquí y encuentra que la puerta está abierta unos veinte centímetros.—Es obvio que ella ha visto el informe del intento de entrada ilegal y violenta en propiedad ajena. —Nevaba y usted encontró huellas de pisadas del otro lado de la puerta.—Ella sale y yo la sigo. —Las pisadas estaban cubiertas con nieve en polvo, pero usted alcanzó a ver que rodeaban un costado de la casa y se dirigían a la calle.

Nos quedamos paradas en el camino de entrada en medio de ese aire helado, las dos sin abrigo. Yo levanto la vista y miro el cielo oscuro y algunos copos de nieve rozan mi cara. Nieva de nuevo. El invierno se ha convertido en un hemofílico. Al parecer, no puede parar de precipitarse. Las luces de las casas de mi vecino brillan a través de magnolias y árboles desnudos, y me pregunto cuánta calma y tranquilidad les queda a la gente de Lockgreen. Chandonne también ha mancillado la vida de ellos. No me sorprendería que algunos se mudaran de allí. —¿Recuerda dónde estaban las huellas de pisadas?— Pregunta Berger.

Se lo muestro. Avanzo por el sendero alrededor del costado de la casa y corto camino por el jardín, derecho hacia la calle.

—¿En qué dirección se fue él? —Berger observa la calle oscura y vacía.

—No lo sé —respondo—. La nieve estaba removida y había comenzado a nevar de nuevo. No pudimos saber en qué dirección se fue. Pero yo tampoco me quedé aquí afuera mirando. Supongo que tendrá que preguntárselo a la policía. —Pienso en Marino. Ojalá se apurara y llegara aquí de una vez, y de pronto recuerdo por qué lo llamé. El miedo y la perplejidad me corren por la columna. Paseo la vista por las casas de mis vecinos. He aprendido a leer el lugar donde vivo y puedo saber, por las ventanas iluminadas, por los autos en los caminos de entrada y las entregas de periódicos, cuándo la gente está en casa, cosa que no sucede muy seguido. Así que gran parte de la población de esta zona son jubilados y pasan el invierno en la Florida o disfrutan de los meses calientes de verano junto al agua en alguna parte. Se me ocurre que nunca tuve amigos verdaderos entre los habitantes de mi vecindario, sólo personas que saludan con la mano cuando nos cruzamos en nuestros respectivos autos.

Berger camina de vuelta hacia el garaje, se abraza para mantenerse abrigada y la humedad de su aliento se congela y se convierte en una nubecita blanca. Recuerdo a Lucy cuando era chica y venía a visitarme desde Miami. La única ocasión en que estaba expuesta al frío era cuando se encontraba en Richmond, y formaba un rollo con papel de un anotador y se paraba en el patio simulando fumar, sacudiendo cenizas imaginarias, sin saber que yo la estaba mirando por una ventana.

—Retrocedamos en el tiempo —dice Berger mientras camina—. Al lunes 6 de diciembre. El día en que se encontró ese cadáver dentro de un contenedor en el puerto de Richmond. El cadáver que creemos pertenecía a Thomas Chandonne, supuestamente asesinado por su hermano Jean-Baptiste. Dígame exactamente qué sucedió ese lunes.

—Me avisaron que había un cuerpo. —Comienzo a decir.

—¿Quién se lo avisó?

—Marino. Diez minutos después, Jack Fielding, mi subjefe, llamó. Le dije que yo iría a la escena del crimen.

—Pero no necesitaba ir —me interrumpe—. Usted es la jefa. Tenemos un hediondo cadáver en descomposición en una mañana desusadamente calurosa. Podría haber dejado que ese tal Fielding fuera.

—Es verdad, podría haberlo hecho.

—¿Entonces por qué no lo hizo?

—Era obvio que sería un caso complicado. El barco provenía de Bélgica Y teníamos que barajar la posibilidad de que el cuerpo procediera de Bélgica, lo cual provocaba, además, problemas de orden internacional. Yo suelo tomar los casos difíciles, los que recibirán mucha publicidad.

—¿Porque le gusta la publicidad?

—Porque no me gusta.

Ahora nos encontramos en el interior del garaje y las dos estamos heladas. Cierro la puerta.

—¿Es posible que usted haya tomado este caso porque había tenido una mañana difícil? —Berger se acerca al gran armario de madera de cedro—. ¿Le importa? —Le digo que lo abra nomás y una vez más me maravilla todos los detalles que parece saber con respecto a mí.

Lunes negro. Esa mañana, el senador Frank Lord, presidente de la Comisión del Poder Judicial y un viejo y querido amigo mío, vino a verme. Tenía en su poder una carta que Benton me había escrito. Yo ignoraba por completo la existencia de esa carta. En ningún momento se me ocurrió que, mientras Benton estaba de vacaciones en el lago Michigan, hace algunos años, me había escrito una carta y le había pedido al senador Lord que me la diera si él. —Benton— moría. Recuerdo haber reconocido la escritura cuando el senador Lord me entregó la carta en cuestión. Jamás olvidaré el sacudón que fue para mí. Quedé destruida. Finalmente la pena se apoderó de mí y me embargó el alma, y esto era precisamente lo que Benton quería. Él fue hasta el final un brillante especialista en perfiles psicológicos. Sabía exactamente cómo reaccionaría yo si algo le pasaba, y con la carta me obligaba a salir de la actitud de negación que escondía mi adicción al trabajo.

—¿Cómo sabe usted lo de la carta? —Le pregunto a Berger.

Ella mira el contenido del armario: overoles, botas de goma, botas altas impermeables para vadear, calzoncillos largos, medias, zapatillas.

—Por favor, tenga un poco de paciencia —dice, casi con dulzura—. Por el momento, conteste mis preguntas. Más tarde yo responderé las suyas.

Más tarde no me sirve.

—¿Por qué tiene importancia la carta?

—No estoy segura. Pero digamos que importa para entender su estado de ánimo.

Deja que yo asimile esas palabras. Mi estado de ánimo es la carta de triunfo de Caggiano, si yo llego a terminar en Nueva York. De manera más inmediata, es lo que todo el mundo parece estar cuestionando.

—Demos por sentado que si yo sé algo, el abogado defensor también lo sabe. —Agrega ella.

Yo asiento.

—Usted recibe de pronto esa carta. Nada menos que de Benton. Hace una pausa y en su cara se filtra la emoción. —Sólo le diré que...— Aparta la vista. —Que eso también me habría destrozado a mí, por completo. No sabe cuánto lamento todo lo que ha tenido que pasar—. Me mira a los ojos. ¿Será otra estratagema para hacer que confíe en ella, que colabore con ella? —Un año después de su muerte, Benton le recuerda que probablemente usted no ha elaborado su pérdida. Ha salido huyendo a toda velocidad de la pena.

—Usted no puede haber visto esa carta.—Estoy aturdida e indignada—. Está bajo llave en una caja fuerte. ¿Cómo sabe qué dice la carta?

—Usted se la mostró a otras personas —responde sensatamente.

Con la poca objetividad que me queda, me doy cuenta de que, si Berger todavía no ha hablado con toda la gente que me rodea, incluyendo a Lucy y a Marino, lo hará. Es su deber. Sería muy tonta y negligente si no lo hiciera.—El 6 de diciembre —dice—. Él le escribió la carta el 6 de diciembre de 1966 y le pidió al senador Lord que se la entregara a usted el 6 de diciembre siguiente a su propia muerte. ¿Por qué era esa fecha tan especial para Benton?

Vacilo. —Tiene que encallecer su piel, Kay— me recuerda. —Insensibilizarla.

—No conozco el significado exacto del 6 de diciembre, salvo que, en su carta, Benton mencionó que sabía que la Navidad era una época difícil para mí. — Respondo—. Él quería que la carta me llegara cerca de la Navidad.

—¿La Navidad es difícil para usted?

—¿No lo es para todo el mundo?

Berger permanece en silencio. Después, pregunta:

—¿Cuándo comenzó su relación íntima con él?

—En otoño, hace años.

—Está bien. En otoño, hace años. Entonces inició usted su relación sexual con él. —Lo dice como si yo estuviera evitando la realidad—. Cuando él todavía estaba casado. Cuando empezó su relación con él.

—Así es.

—De acuerdo. El pasado 6 de diciembre usted recibe la carta y, más tarde esa misma mañana, se dirige a una escena del crimen en el puerto de Richmond. Después regresó aquí. Dígame exactamente cuál es su rutina cuando vuelve a casa de una escena del crimen.

—La ropa que usé en la escena está metida en una bolsa doble, en el baúl de mi auto —explico—. Un overol y zapatillas de tenis. —Sigo mirando fijo el espacio vacío donde debería estar mi automóvil.—El overol lo meto en el lavarropas; las zapatillas, en una pileta con agua hirviendo y desinfectante. —Le muestro las zapatillas. Todavía se encuentran estacionadas en el estante donde las dejé para que se secaran, hace más de dos semanas.

—¿Y después?

—Después me desnudo —le digo—. Me quito toda la ropa y la pongo en el lavarropas, lo enciendo y entro en la casa.

—Desnuda.

—Sí. Voy a mi dormitorio, a la ducha, sin detenerme. Es así como me desinfecto si vuelvo directamente a casa de una escena del crimen.

Berger está fascinada. Es obvio que tiene una teoría y, cualquiera sea, lo cierto es

que cada vez me siento más incómoda y expuesta. —Me pregunto— murmura. —Me pregunto si alguien lo sabía.

—¿Si alguien sabía qué? Y, de veras, quisiera entrar, si a usted le parece bien —digo—. Me estoy congelando.

—Si alguien conocía su rutina. —Insiste ella—. Si Chandonne estaba interesado en su garaje a causa de su rutina. Fue más que hacer funcionar la alarma. Tal vez él realmente trataba de entrar. El garaje es el lugar donde usted se quita la ropa de muerte. En este caso, la ropa mancillada por una muerte provocada Por él. Usted estaba desnuda y vulnerable, aunque sólo fuera por un momento.

—Me sigue de vuelta hacia el interior de casa y cierro la puerta detrás de nosotros. —Él podría tener una auténtica fantasía sexual con respecto a eso.

—No veo cómo Chandonne podría saber algo de mi rutina. —Me resisto a esa hipótesis.

—Él no presencié lo que hice ese día.

Ella levanta una ceja y me mira.

—¿Puede decirlo con total seguridad? ¿No existe ninguna posibilidad de que él la haya seguido hasta su casa? Sabemos que estuvo en el puerto en algún momento, porque es así como llegó a Richmond, a bordo del Sirius, donde se había cubierto con un uniforme blanco, se había afeitado las zonas visibles del cuerpo y permanecido la mayor parte del tiempo en la cocina, trabajando como cocinero y permaneciendo solo. ¿No es ésa la teoría? Por cierto, yo no creo lo que él dijo cuando lo entrevisté: que robó un pasaporte y una billetera y tomó un vuelo hacia aquí.

—La teoría es que él llegó al mismo tiempo en que apareció el cuerpo de su hermano —respondo.

—De modo que es probable que Jean-Baptiste se haya quedado en el barco y los haya observado a ustedes merodeando por el puerto cuando el cadáver fue hallado. El mejor espectáculo del mundo. A estos tarados les fascina observarnos trabajar con sus crímenes.

—¿Cómo pudo él haberme seguido? —Vuelvo a ese pensamiento atroz—. ¿Cómo? ¿Acaso tenía un auto?

—A lo mejor, sí —dice ella—. Lo que trato de hacer es barajar la posibilidad de que Chandonne no era el ser solitario y desdichado que por casualidad cayó en su ciudad porque le resultaba conveniente o incluso por casualidad. Ya no estoy segura de cuáles son sus conexiones, y empiezo a preguntarme si tal vez él no formó parte de un plan más grande que tiene que ver con los negocios de su familia. Quizás, incluso con la misma Bray, puesto que está claro que ella estaba involucrada con el submundo del crimen. Y ahora tenemos otros homicidios, y una de las víctimas está obviamente involucrada con el crimen organizado. Un asesino. Y una agente encubierta del FBI que trabaja en un caso de contrabando de armas. Y los pelos del

camping que podrían pertenecer a Chandonne. La suma de todo esto equivale a algo más que un hombre que mató a su hermano, tomó su lugar en un barco con destino a Richmond... todo para salir de París porque su desagradable hábito de asesinar y mutilar mujeres se estaba convirtiendo cada vez más en inconveniente para su poderosa familia delincuente. ¿Entonces él se pone a matar aquí porque no puede controlarse? Pues bien. —Berger se recuesta contra la mesada de la cocina.

—Son demasiadas coincidencias. Y, ¿cómo hizo para llegar al camping si no tenía auto? Suponiendo que esos pelos resulten ser suyos —repite.

Me siento frente a la mesa. No hay ventanas dentro del garaje, pero sí hay ventanas pequeñas en la puerta del garaje. Pienso en la posibilidad de que Chandonne me haya seguido a casa y me haya espiado por la puerta del garaje mientras yo me desvestía y me lavaba. A lo mejor también tuvo ayuda en encontrar la casa abandonada junto al río. Tal vez Berger está en lo cierto. Quizá él no está solo ni nunca lo estuvo. Es casi la medianoche, casi Navidad, y Marino todavía no está aquí y la actitud de Berger me dice que ella podría seguir con esto hasta el amanecer.

—La alarma suena —retoma el tema Berger—. La policía viene y se va. Usted vuelve al living. —Me hace señas de que la siga a esa habitación—. ¿Dónde está sentada?

—En el sofá.

—Correcto. El televisor está encendido, usted revisa las cuentas y, alrededor de la medianoche, ¿sucede qué?

—Alguien llama a la puerta de calle —contesto.

—Describa los golpes.

—Golpes secos y fuertes con algo duro. —Trato de recordar cada detalle—. Como una linterna o un bastón de policía. La forma en que llama a la puerta la policía. Yo me levanto y pregunto quién es. O creo que pregunto. No estoy segura, pero una voz masculina se identifica como un policía. Él dice que un merodeador ha sido visto en mi propiedad y me pregunta si todo está bien.

—Y eso tiene sentido porque sabemos que un merodeador estuvo allí una hora antes, cuando alguien trató de forzar la puerta del garaje.

—Exactamente —digo y asiento—. Desconecto la alarma y abro la puerta, y él está allí. —Agrego, como si estuviera hablando de algo que no es más peligroso que las recorridas que hacen los chicos el día de brujas, amenazando con una jugarreta si no se les da un regalo.

—Muéstreme —dice Berger.

Camino por el living, paso por el comedor y llego al hall de entrada. Abro la puerta y el hecho de recrear una escena que casi me cuesta la vida me provoca una reacción visceral. Me siento descompuesta. Me empiezan a temblar las manos. La luz del porche del frente todavía está apagada porque la policía retiró la bombilla de luz y

el aplique y los entregó a los laboratorios para que los procesaran en busca de huellas dactilares. Nadie los ha reemplazado. Un par de cables desnudos cuelgan del cielo raso del porche. Berger aguarda pacientemente a que yo continúe.

—Él corre hacia adentro —digo—. Y cierra la puerta detrás de él con una patada.

—Cierro la puerta. —Tiene un saco negro y trata de cubrirme la cabeza con él.

—¿Cuándo entró tenía el saco puesto o en la mano? —Puesto. Comenzó a sacárselo en cuanto transpuso la puerta.—Estoy parada, muy quieta. —Y él trató de tocarme.

¿Trató de tocarla? —Berger frunce el entrecejo—. ¿Con el martillo cincelador?

Con la mano. Extendió el brazo y me tocó la mejilla, o trató de tocármela. —¿Y usted se quedó allí parada mientras él lo hacía? ¿Parada e inmóvil?— Todo sucedió tan rápido —digo—. Tan rápido —repito—. No estoy segura. Sólo sé que él intentó hacerlo y se estaba quitando el saco y tratando de arrojármelo sobre la cabeza. Y yo eché a correr.

—¿Qué me dice del martillo cincelador?

—Lo tenía en la mano. Bueno, no estoy segura. O lo sacó en ese momento. Pero sí sé que lo empuñaba cuando me corría hacia el living.

—¿No al principio? ¿No tenía el martillo cincelador en la mano desde el principio? ¿Está segura? —Me presiona en este punto.

Yo trato de recordar, de visualizarlo.

—No, no al principio. —Decido—. Primero él trató de tocarme con la mano. Después, de cubrirme con el saco. Y después sacó el martillo cincelador.

—¿Puede mostrarme lo que hizo usted a continuación? —Pregunta.

—¿Quiere que corra?

—Sí, que corra.

—No fue así —digo—. Yo tendría que sentir la misma descarga de adrenalina, el mismo pánico, para correr así.

—Kay, muéstrame caminando, por favor.

Yo salgo del hall de entrada, paso por el comedor y vuelvo al living. Justo delante de mí está la mesa ratona amarilla Jarrah que yo descubrí en aquella maravillosa tienda de Katonah, Nueva York. ¿Cómo se llamaba? ¿Antípodas? La madera rubia brilla como miel y yo trato de no notar el polvo para huellas que la cubre, o que alguien dejó sobre ella una taza de café de un 7-Eleven.

—El frasco de formalina estaba aquí, en este rincón de la mesa. —Le digo a Berger.

—¿Y estaba allí porque...?

—Por el tatuaje que había en él. El tatuaje que yo había extirpado de la espalda del cuerpo que creemos pertenece a Thomas Chandonne.

—La defensa va a querer saber por qué se llevó piel humana a su casa, Kay.

—Por supuesto. Todo el mundo me lo ha preguntado. —Siento una oleada de fastidio.—El tatuaje es importante y suscitó muchas, muchas preguntas, porque no podíamos darnos cuenta de qué era. No sólo el cuerpo estaba en un estado avanzado de descomposición sino que resultó que era un tatuaje que cubría otro. Y era particularmente crucial que determináramos cuál era el tatuaje original.

—Dos puntos dorados que estaban cubiertos con un búho —dice Berger—. Cada miembro del cartel de Chandonne tiene tatuados dos puntos dorados.

—Eso fue lo que dijo Interpol, sí —digo, y a esta altura ya he aceptado que ella y Jay Talley han pasado mucho tiempo juntos.

—El hermano Thomas estafaba a su familia, tenía su propio negocio paralelo: desviaba barcos, falsificaba conocimientos de embarque, dirigía su propia organización de armas y drogas. Y la teoría es que la familia se enteró. Él cambió su tatuaje y lo convirtió en un búho y comenzó a usar alias porque sabía que la familia lo mataría si llegaba a localizarlo. —Recito lo que se me dijo, lo que Jay me dijo en Lyon.

—Interesante.—Ella se lleva un dedo a los labios y mira en todas direcciones—. Y todo parece indicar que la familia sí lo mató. El otro hijo lo hizo. El frasco con formalina. ¿Por qué se lo trajo a casa? Dígamelo de nuevo.

—Realmente no fue algo deliberado. Fui a un lugar de Petersburg donde se hacen tatuajes para que un experto, un artista del tatuaje, viera el tatuaje que encontré en el cuerpo. De allí me vine directo a casa y dejé el tatuaje aquí, en mi estudio. Fue una situación totalmente casual el que la noche en que él vino aquí...

—Jean-Baptiste Chandonne.

—Sí. La noche en que él vino yo había traído el frasco aquí, al living, y lo observaba mientras hacía otras cosas. Él entró en mi casa por la fuerza y yo eché a correr. De pronto él empuñaba el martillo cincelador y lo levantaba para golpearme. Fue solamente un reflejo movido por el pánico el que yo viera el frasco y lo tomara. Salté por encima del respaldo del sofá, destornillé la tapa y le arrojé la formalina a la cara.

—Un reflejo, porque usted sabe muy bien lo cáustica que es la formalina.

—Es imposible olería todos los días y no saberlo. En mi profesión se acepta que la exposición a formalina es un peligro crónico, y todos nosotros tememos recibir alguna salpicadura —explico, y me doy cuenta de cómo le puede sonar mi relato a un jurado especial de acusación. Inventado. Poco creíble. Grotescamente bizarro.

—¿Alguna vez se le metió en los ojos? —me pregunta Berger—. ¿Alguna vez se salpicó con formalina?

—No, gracias a Dios.

—De modo que se la arrojó a la cara. Después, ¿qué?

—Salí corriendo de la casa. En el camino tomé mi pistola Glock de la mesa del

comedor, donde la había dejado más temprano. Salgo, me resbalo en los peldaños cubiertos de hielo y me fracturo el brazo —digo y le muestro el yeso.

—¿Y qué hace él?

—Salió corriendo detrás de mí.

—¿Enseguida?

—Me parece que sí.

Berger rodea el sofá y se queda parada en el sector de piso de roble francés antiguo donde la formalina ha carcomido el lustre. Sigue las partes más claras de la madera. Al parecer, la formalina salpicó hasta casi la entrada a la cocina. Esto es algo de lo que yo no me di cuenta hasta este momento. Sólo recuerdo sus chillidos, sus aullidos de dolor mientras se llevaba las manos a los ojos. Berger se queda parada junto a la puerta y mira mi cocina. Yo me le acerco y me pregunto qué habrá atraído su atención.

—Tengo que apartarme del tema y decirle que no creo haber visto nunca una cocina como ésta. —Comenta.

La cocina es el corazón de mi casa. Las cacerolas y las sartenes de bronce brillan como oro colgadas de soportes alrededor de la enorme cocina Thirode ubicada en el centro de la habitación y que incluye dos parrillas, una plancha, dos hornallas, un spiedo y una hornalla de gran tamaño para las enormes ollas de sopa que a mí me encanta preparar. Todos los demás artefactos son de acero inoxidable, incluyendo la heladera y el congelador Sub-Zero. Una serie de estantes con especias cubren las paredes y hay una tabla de picar del tamaño de una cama de dos plazas. El piso de roble está desnudo y en un rincón hay un enfriador vertical de vino y una pequeña mesa junto a la ventana, que ofrece una vista distante de un recodo rocoso del río James.

—Industrial —murmura Berger mientras camina por la cocina que, sí, debo reconocer que me llena de orgullo—. Para alguien que viene aquí a trabajar, pero que ama las cosas mejores de la vida. He oído decir que usted es una cocinera excelente.

—Me encanta cocinar —le digo—. Hace que olvide todo lo demás. —¿De dónde consigue su dinero?— me pregunta sin vueltas.

—Soy inteligente en ese aspecto —contesto fríamente, porque nunca me gusta hablar de dinero—. He tenido suerte con las inversiones a lo largo de los años. Mucha suerte.

—Usted es también una excelente mujer de negocios —dice Berger.

—Trato de serlo. Y, bueno, cuando Benton murió me dejó a mí su departamento en Hilton Head. —Callo un minuto—. Lo vendí. Ya no me podía quedar allí. —Otra pausa—. Me dieron seiscientos y pico de mil dólares por él.

—Ajá. ¿Qué es esto? —Señala el sandwichero italiano Milano. Se lo explico.

—Bueno, cuando todo esto haya terminado, alguna vez usted tendrá que cocinar

para mí —dice con tono un poco altanero—. Se rumorea que su especialidad es la cocina italiana.

—Sí. La mayoría de los platos que cocino son italianos. —Y no existe ningún rumor en ese sentido. Berger sabe más de mí que yo misma.

—¿Usted cree que él podría haber venido aquí y tratado de lavarse la cara en la pileta? —Pregunta entonces.

—No tengo idea. Lo único que puedo decirle es que corrí hacia afuera y me caí, y cuando levanté la vista él salía por la puerta tambaleándose, detrás de mí. Bajó los escalones, todavía gritando, y se desplomó al suelo y comenzó a frotarse la cara con nieve.

—Trataba de lavarse la formalina de la cara. Es una sustancia más bien aceitosa, ¿no? ¿Difícil de sacar?

—Sí, no sería fácil —respondo—. Harían falta grandes cantidades de agua tibia. —¿Y usted no le ofreció eso a él? ¿No hizo ningún intento de ayudarlo? Miro a Berger.

—Oh, vamos —le digo—. ¿Qué demonios habría hecho usted? —Mi furia crece—. ¿Se supone que debo hacer de médica después de que el hijo de puta acaba de tratar de hacerme saltar los sesos?

—Se lo preguntarán —me responde Berger con tono formal—. Pero, no. Yo tampoco lo habría ayudado, y esto se lo digo en forma confidencial. De modo que él está en el jardín del frente de su casa.

—Me salteé decirle que cuando corría hacia afuera activé la alarma —recuerdo.

—Usted tomó la formalina, tomó su pistola, activó la alarma. Tuvo una sorprendente presencia de ánimo, ¿no lo cree? —Comenta—. De todas formas, usted y Chandonne están en el jardín del frente. Lucy aparece y usted tiene que convencerla de que no le dispare a él a la cabeza. El ATF y todas las tropas se presentan. Fin de la historia.

—Ojalá fuera el fin de la historia —digo.

—El martillo cincelador. —Berger vuelve a ese punto—. Ahora bien, ¿usted descubrió cuál era el arma porque fue a una ferretería y anduvo mirando hasta encontrar algo que podría haber dejado una marca como las que había en el cuerpo de Bray?

—Yo tenía más elementos de los que usted supone —respondo—. Sabía que a Bray la habían golpeado con algo que tenía dos superficies diferentes. Una, más bien puntiaguda y la otra, más cuadrada. Las zonas golpeadas de su cráneo mostraban muy claramente la forma de lo que la había golpeado. Además, estaba el dibujo que apareció en el colchón, que yo supe había sido hecho cuando él apoyó algo ensangrentado. Que, con toda seguridad, era el arma. Un martillo o una herramienta como un pico de alguna clase, pero no muy común. Usted busque por todas partes.

Pregúntele a la gente.

—Y, después, desde luego, cuando él se presentó en su casa, tenía ese martillo cincelador dentro del abrigo o lo que fuera y trató de golpearla con él. —Dice esto en forma desapasionada y objetiva.

—Sí.

—De modo que hubo dos martillos cinceladores en su casa. El que usted compró en la ferretería después de que Bray fue asesinada, y un segundo martillo, el que Chandonne llevó consigo.

—Sí.—Estoy azorada por lo que ella acaba de decir. —Dios mío— murmuro. —Tiene razón. Yo compré el martillo después de que la asesinaron, no antes.—Estoy tan confundida por lo que ha pasado, por los días, por todo. —¿Qué estoy pensando? La fecha de la factura...— Mi voz se debilita. Recuerdo haber pagado en efectivo en la ferretería. Cinco dólares o algo así. Y estoy bastante segura de que no tengo factura, y siento que la sangre desaparece de mi cara. Berger supo desde siempre lo que yo había olvidado: que yo no había comprado el martillo antes de que a Bray la mataran a golpes, sino al día siguiente. Pero yo no puedo probarlo. A menos que el empleado que me atendió en la ferretería pudiera recuperar el recibo de la caja registradora y jurar que yo soy la que compró el martillo cincelador, no tengo ninguna prueba.

—Y ahora, uno de los dos desapareció. El martillo cincelador que usted compró desapareció —dice Berger y la cabeza me funciona a mil. Le digo que yo no tengo conocimiento de lo que encontró la policía.

—Pero usted estaba allí cuando registraban su casa. ¿No estaba en su casa mientras la policía se encontraba allí? —me pregunta.

—Yo les mostré lo que querían ver. Respondí a sus preguntas. Estuve allí el sábado y me fui temprano esa tarde, pero no puedo decir que haya visto todo lo que hicieron o qué se llevaron, y no habían terminado cuando me fui. Francamente, ni siquiera sé cuánto tiempo se quedaron en mi casa ni cuántas veces estuvieron en ella. —Estoy muy enojada cuando explico todo esto y Berger lo percibe—. Por Dios, yo no tenía un martillo cincelador cuando a Bray la asesinaron. He estado confundida porque lo compré el día en que su cuerpo fue encontrado, no el día en que ella murió. La asesinaron la noche antes y su cuerpo fue hallado al día siguiente. —Ahora me voy por las ramas.

—¿Exactamente para qué se usa un martillo cincelador? —Pregunta Berger a continuación—. Y, a propósito, detesto tener que decírselo, pero no importa cuándo dice usted que compró el martillo cincelador, Kay, subsiste el hecho de que el único que encontraron en su casa tenía la sangre de Bray en él.

—Se emplean en la albañilería. En esta zona hay muchas obras con pizarra y con piedra.

—¿Así que probablemente lo usan los techistas? ¿Y la teoría es que Chandonne encontró un martillo cincelador en la casa en la que entró ilegalmente? ¿La casa en construcción donde se alojaba? —Berger es implacable.

—Sí, creo que la teoría es ésa —contesto.

—Su casa es de piedra y tiene techo de pizarra —dice—. ¿Usted supervisó de cerca la obra de su construcción? Porque parece ser la clase de persona que lo haría. Una perfeccionista.

—Es una tontería no supervisar la construcción de la casa de una.

—Me estoy preguntando si alguna vez llegó a ver un martillo cincelador cuando estaban edificando su casa. ¿Quizás en lugar de la obra o en el cinturón para herramientas de un obrero?

—No que yo recuerde. Pero no puedo estar segura.

—¿Y usted tampoco tenía uno antes de su expedición de compras a la ferretería Pleasants la noche del 17 de diciembre... exactamente hace dos semanas y casi veinticuatro horas después de que Bray fuera asesinada?

—No, no antes de esa noche. No, nunca tuve uno antes, no que tenga conciencia. —Le digo.

—¿Qué hora era cuando compró el martillo cincelador? —Pregunta Berger y en ese momento oigo el rugido del motor de la pickup de Marino que estaciona frente a mi casa.

—A eso de las siete. No lo sé con exactitud. Quizá entre las seis y media y las siete, ese viernes por la noche, la noche del 17 de diciembre —respondo. Ya no pienso con claridad. Berger me está agotando y no puedo imaginar cómo cualquier mentira podría resistir su prolongado escrutinio. El problema es saber qué es mentira y qué no lo es, y no estoy muy convencida de que ella me crea.

—¿Y usted se fue a su casa enseguida después de salir de la ferretería? —Prosigue—. Dígame qué hizo el resto de la noche.

Suena el timbre de la puerta de calle. Miro el visor que hay en la pared del living y veo la cara de Marino en la pantalla de video. Berger acaba de hacer la pregunta. Acaba de testear la alquimia que yo estoy segura usará Righter para arruinarme la vida. Ella quiere conocer mi coartada. Quiere saber dónde estaba yo a la hora exacta en que Bray fue asesinada la noche del jueves 16 de diciembre.

—Yo acababa de llegar de París esa mañana —respondo—. Hice mandados y llegué a casa alrededor de las seis de la tarde. Más tarde, a eso de las diez, fui con el auto al hospital de la Universidad de Virginia para ver cómo estaba Jo, la ex pareja de Lucy, la que fue baleada en el tiroteo en que las dos participaron en Miami. Quería ver si podía ser de alguna ayuda en esa situación, porque los padres dejo interferían. —De nuevo suena el timbre de la puerta de calle—. Y quería saber dónde estaba Lucy, y Jo me dijo que Lucy estaba en un bar de Greenwich Village. —Comienzo a

caminar hacia la puerta. Berger me mira fijo—. En Nueva York. Lucy estaba en Nueva York. Vine a casa y la llamé. Estaba borracha. —Marino vuelve a tocar el timbre y a golpear la puerta—. Así que, para responder a su pregunta, señora Berger, no tengo coartada con respecto a dónde estuve entre las seis y, quizá, las diez y media de la noche del jueves porque estaba o en mi casa o en mi automóvil, sola, completamente sola. Nadie me vio. Nadie habló conmigo. No tengo testigos que corroboren que, entre las siete y media y las diez y media yo no estaba en casa de Diane Bray moliéndola a palos con un maldito martillo cincelador.

Abro la puerta. Siento la mirada de Berger en mi nuca. Por su aspecto, Marino parece a punto de desintegrarse. No me doy cuenta de si está furioso o muerto de miedo. Tal vez las dos cosas.

—¿Qué demonios? —dice, y alternativamente mira a Berger y luego a mí—. ¿Qué cuernos sucede?

—Lamento haberte hecho esperar afuera con este frío. —Le digo a Marino—. Por favor, entra.

Marino tardó tanto en llegar aquí porque antes pasó por la sala de la comisaría donde se guardan los objetos encontrados en las escenas del crimen. Yo le había pedido que me trajera la llave de acero inoxidable que encontré en el bolsillo de los shorts de gimnasia de Mitch Barbosa. Marino nos dice a Berger y a mí que estuvo un buen rato revolviendo las cosas que había en esa habitación pequeña protegida por alambre tejido, donde los estantes están repletos de bolsas con códigos de barra, algunas de las cuales contienen objetos que la policía se llevó de mi casa el sábado pasado.

Yo he estado antes en esa habitación. Me la imagino. Teléfonos celulares suenan desde el interior de esas bolsas. Los pagers también suenan cuando la gente que no sabe lo sucedido trata de comunicarse con personas que están presas o muertas. Hay allí también heladeras cerradas con llave para el almacenamiento de Equipos de Recuperación de Pruebas Físicas y cualquier otra prueba que pueda ser precedera, como por ejemplo el pollo crudo al que le propiné muchos golpes con el martillo cincelador.

—Dígame, ¿por qué se puso a golpear el pollo crudo con el martillo cincelador?

—Berger quiere que le aclare más esta parte de mi relato bien extraño.

—Para ver si las heridas coincidían con las que Bray tenía en el cuerpo — respondo.

—Bueno, el pollo está todavía en la heladera para pruebas —dice Marino—. Tengo que decir que realmente hiciste bolsa a ese pobre pollo.

—Describame en detalle lo que le hizo al pollo —me acicatea, como si yo estuviera en la barra de los testigos.

Los enfrento a ella y a Marino en el hall de entrada de casa y explico que puse pechugas crudas de pollo sobre una tabla de picar y me puse a golpearlas con todas las superficies del martillo cincelador para ver qué dibujo o marca quedaba de las lesiones. Dichas lesiones, tanto del extremo romo como de la punta filosa eran idénticas en configuración y medidas a las que había en el cuerpo de Bray, en particular en las zonas de su cartílago y su cráneo, que son excelentes en cuanto a retener la forma. —O la marca de herramienta— de lo que las ha penetrado. Explico que después extendí una funda de almohada y mojé el mango del cepillo cincelador en salsa para parrillada. Como es natural, Berger me pregunta qué clase de salsa.

Recuerdo que era salsa Smokey Pig que yo había reducido hasta conferirle la consistencia de sangre, y después oprimí el mango cubierto de salsa contra la tela para ver qué aspecto tenía el dibujo transferido. Y obtuve las mismas estrías que

quedaron con sangre en el colchón de Bray. Marino dice que la funda de almohada con las impresiones de la salsa para parrilla fue entregada al laboratorio para las pruebas de ADN. Comento que esto es una pérdida de tiempo. No hacemos esa prueba para los tomates. No trato de hacer un comentario divertido, pero sí me siento lo suficientemente frustrada como para ser un poco sarcástica. Prometo que el único resultado que obtendrá el laboratorio especializado en ADN no será humano. Marino comienza a pasearse por la habitación.

Él dice que estoy perdida, porque el martillo cincelador que yo compré y con el que hice todas esas pruebas ha desaparecido. Él no pudo encontrarlo. Lo buscó por todas partes. Tampoco figura en la lista de pruebas de la computadora. Es evidente que nunca se puso en ese cuarto de la comisaría y tampoco se lo llevaron los técnicos forenses ni figura un recibo de los laboratorios. Se ha hecho humo. Ha desaparecido por completo. Y yo no tengo la factura de compra. Ahora estoy segura de ello.

—Por el teléfono del auto te comenté que lo había comprado. —Le recuerdo.

—Sí —dice él. Recuerda que yo lo llamé desde el auto después de salir de la ferretería, entre las seis y media y las siete. En esa oportunidad le dije que creía que un martillo cincelador era lo que se había usado en Bray. Le dije que acaba de comprar uno. Pero él me señala que eso no quiere decir que yo no compré una herramienta así después del homicidio de Bray para fabricarme una coartada.

—Ya sabes, para que pareciera que no tenías uno o siquiera sabías con qué la habían matado hasta después del hecho.

—¿De qué lado estás? —le digo—. ¿Tú crees en todas esas mentiras que dice Righter? Por Dios. Ya no lo soporto más.

—Esto no tiene que ver con tomar partido —dice Marino mientras Berger nos mira.

Volvemos al asunto en que hay sólo un martillo: el que tiene la sangre de Bray y fue encontrado en casa. Concretamente, en el living de mi casa, sobre la alfombra persa, exactamente cuarenta y cuatro centímetros y medio a la derecha de la mesa ratona Jarrah Wood. El martillo de Chandonne, no el mío, sigo diciendo mientras imagino bolsas baratas de papel marrón con número de comprobante y código de barras que representa a Scarpetta, yo, detrás del alambre tejido, en un estante de ese cuarto para pruebas.

Me recuesto contra la pared de mi hall de entrada y me siento mareada. Es como si estuviera viviendo una experiencia extracorporal, viéndome a mí misma después de que algo terrible y final hubiera sucedido. Mi anulación. Mi destrucción. Estoy tan muerta como las otras personas cuyas pertenencias metidas en bolsas de papel marrón terminan en ese cuarto para pruebas. No estoy muerta, pero quizás es mucho peor ser acusada. Detesto siquiera sugerir el paso siguiente de mi destrucción. Es algo así como una sobrecapacidad de exterminación. —Marino— digo, —prueba esa llave en

mi puerta.

Él vacila y frunce el entrecejo. Después saca la bolsa transparente para pruebas del bolsillo interior de su vieja campera de cuero con el forro desflecado. Una ráfaga de viento helado entra en la casa cuando él abre la puerta de calle y desliza la llave de acero —que entra con toda facilidad— en la cerradura, la hace girar, y el pestillo entra y sale sin ninguna dificultad.

—El número que tiene escrito. —Les digo a Marino y a Berger—. Dos-treinta-tres, es el código de mi alarma contra ladrones.

—¿Qué? —Por una vez, Berger queda sin habla.

Los tres nos dirigimos al living. Esta vez, me siento en la chimenea fría, como Cenicienta. Berger y Marino evitan tomar asiento en el sofá arruinado y se instalan cerca de mí, mirándome y esperando una posible explicación. Sólo encuentro una, y me parece bastante obvia.

—La policía y sólo Dios sabe quién más se han pasado entrando y saliendo de mi casa desde el sábado —digo—. En un cajón de la cocina hay toda clase de llaves: las de mi casa, mi automóvil, mi oficina, muebles-archivo, lo que sea. De modo que no es como si nadie tuviera un fácil acceso a una llave adicional de casa, y ustedes tenían el código de mi alarma contra ladrones, ¿no es así? —Miro a Marino—. Quiero decir, ustedes no dejaban mi casa sin activar la alarma cuando se iban. Y la alarma estaba activada cuando llegamos aquí, hace un rato.

—Necesitamos una lista de todas las personas que estuvieron en el interior de esta casa. —Decide Berger.

—Yo puedo decirle el nombre de los que sé que estuvieron —responde Marino—, pero no estuve aquí cada vez que venía alguno de mis hombres. Así que no puedo decir que tengo la lista completa.

Suspiro y me apoyo contra la chimenea. Empiezo a nombrar a los policías que vi entrar con mis propios ojos, incluyendo a Jay Talley. Incluyendo a Marino.

—Y Righter también estuvo aquí. —Agrego.

—Y yo —dice Berger—. Pero no entré por mi cuenta. No tenía idea de cuál era el código de la alarma.

—¿Quién la hizo pasar? —Pregunto.

Su respuesta es mirar a Marino. Me preocupa que Marino nunca me haya dicho que él fue el guía turístico de Berger. Es irracional que me enfurezca tanto. Después de todo, ¿quién mejor que Marino? ¿En quién confío más que en él? Marino está visiblemente agitado. Se pone de pie y se dirige a la cocina. Lo oigo abrir el cajón donde yo guardaba las llaves y después, abrir la heladera.

—Bueno, yo estaba con usted cuando encontró esa llave en un bolsillo de Mitch Barbosa. —Berger comienza a pensar en voz alta—. Usted no pudo haberla puesto allí, no pudo haber plantado esa prueba. Porque usted no estuvo en la escena. Y no

tocó el cuerpo sino frente a testigos. Quiero decir, Marino y yo estábamos allí cuando usted describió el cierre de la bolsa.

—¿Y Marino?

—El nunca lo habría hecho. —La interrumpo con un movimiento de la mano—. De ninguna manera. Desde luego, él tenía acceso a mi casa, pero no. Y, basándome en su relato de la escena del crimen, él nunca vio el cuerpo de Barbosa. Ya estaba siendo cargado en la ambulancia cuando él llegó a Mosby Court.

—De modo que alguno de los policías de la escena del crimen lo hizo...

—O, más probablemente. —Completo su pensamiento—, pusieron la llave en el bolsillo de Barbosa cuando lo mataron. En la escena del crimen. No en el lugar donde lo arrojaron después.

Marino regresa bebiendo una botella de cerveza Spaten que Lucy debe de haber comprado. Al menos yo no recuerdo haberla comprado. Nada de mi pasado parece pertenecerme ya, y de pronto recuerdo el relato de Anna. Comienzo a entender cómo debe de haberse sentido cuando los nazis ocuparon la casa de su familia. Me doy cuenta de que es posible empujar a la gente más allá de la furia, más allá de las lágrimas, más allá de las protestas, incluso más allá de la tristeza y la pena. Uno termina por hundirse en el pantano sombrío de la aceptación. Lo que es, es. Y lo que fue, pertenece al pasado.

—Yo no puedo seguir viviendo aquí. —Les digo a Berger y a Marino.

—Por fin lo entendiste —me dispara Marino en el tono enojado y agresivo que parece usar como su propia piel en estos días.

—Mira. —Le digo—, no me ladres más, Marino. Todos estamos enojados, frustrados, agotados. Yo no entiendo lo que está pasando, pero es claro que alguien relacionado con nosotros está también involucrado en el asesinato de esas dos víctimas recientes, esos hombres que fueron torturados, y supongo que quienquiera puso mi llave en el cuerpo de Barbosa, lo que quiere es, o bien implicarme en esos crímenes o, quizá más probablemente, enviarme una advertencia.

—Yo creo que es una advertencia —dice Marino.

¿Y dónde está Rocky en estos días?, casi le pregunto.

—Su querido hijo Rocky —dice Berger por mí.

Marino bebe un trago de cerveza y se seca la boca con el dorso de la mano. No responde. Berger consulta su reloj y nos mira.

—Bueno —dice—. Feliz Navidad, supongo.

La casa de Anna está a oscuras cuando entro en ella cerca de las tres de la madrugada. Anna ha dejado encendida una luz en el zaguán y otra en la cocina, cerca de un vaso de cristal y la botella de Glenmorangle, por si llego a necesitar un sedante. A esta hora, declino. Una parte mía desearía que Anna estuviera despierta. Estoy un poco tentada de hacer bastante ruido con la esperanza de que ella se despierte y venga a sentarse conmigo. Me he vuelto curiosamente adicta a nuestras sesiones, aunque ahora se supone que debería desear que nunca hubieran tenido lugar. Me dirijo al ala para huéspedes, me pongo a pensar en la transferencia y me pregunto si será eso lo que estoy experimentando con Anna. O, quizás, es sólo que me siento sola y triste porque es Navidad y estoy totalmente despierta y rendida de cansancio en una casa ajena, después de pasarme el día investigando muertes violentas, incluyendo una que estoy acusada de cometer.

Anna ha dejado una nota en mi cama. Levanto el elegante sobre color crema y, por el peso y el grosor me doy cuenta de que lo que ha escrito es bien largo. Dejo mi ropa hecha una pila en el piso del cuarto de baño e imagino la fealdad que debe de haber quedado adherida a sus telas debido a los lugares donde he estado y lo que he hecho durante las últimas veinte horas. No me doy cuenta hasta que salgo de la ducha que la ropa todavía tiene olor al fuego sucio de la habitación del motel. Ahora las cubro con la toalla y hago un bollo para poder olvidarme de ellas hasta que vayan a la tintorería. Me pongo una de las batas gruesas de Anna para ir a la cama y me siento un poco nerviosa al volver a tomar la carta. La abro y despliego seis hojas gruesas de papel con marcas de agua y el nombre de Anna grabado. Empiezo a leer la carta y me obligo a no hacerlo demasiado deprisa. Anna es una persona lenta y quiere que yo asimile cada palabra, porque ella nunca escribe palabras innecesarias.

Queridísima Kay:

Como hija de la guerra que soy, aprendí que la verdad no es siempre lo correcto o lo bueno o lo mejor. Si los del SS vinieran a tu puerta y te preguntaran si tienes algún judío alojado en tu casa, tú no les dirías la verdad si en ella ocultabas judíos. Cuando los miembros del Totenkopf SS ocuparon la casa de mi familia en Austria, yo no podía decir la verdad con respecto a lo mucho que los odiaba. Cuando el comandante de la SS en Mauthausen venía a mi cama tantas noches y me preguntaba si yo disfrutaba lo que él me hacía, yo no le decía la verdad.

Entonces él hacía bromas horribles y silbaba en mi oído imitando el sonido de los judíos siendo muertos por el gas, y yo me echaba a reír porque estaba muy asustada. A veces él se emborrachaba mucho cuando regresaba del campo de concentración, y en una oportunidad alardeó haber matado a un chico campesino de 12 años cerca de Langenstein durante una redada de la SS. Más tarde supe que eso no era cierto, que el Leitstelle. —El jefe de la Staatpolizei en Linz— era el que le había disparado al muchachito, pero en aquel momento creí lo que se me decía y el miedo que sentí fue indescriptible. Yo también era una chiquilla paisana. Nadie estaba a salvo. (En 1945 ese mismo comandante murió en Gusen y su cuerpo fue exhibido al público durante días. Yo lo vi y lo escupí. Eso sí fue la verdad de lo que sentía, una verdad que no podía revelar antes).

La verdad es, entonces, algo relativo. Tiene que ver con elegir el momento oportuno. Tiene que ver con lo que es seguro hacer. La verdad es el lujo de los privilegiados, de las personas que tienen suficiente comida y no se ven obligadas a esconderse porque son judías. La verdad puede destruir y, por consiguiente, no es siempre prudente o siquiera sensato ser veraz. Algo bien extraño en boca de una psiquiatra, ¿no? Te doy esta lección, Kay, por una razón. Cuando acabes de leer esta carta, debes destruirla y nunca admitir que existió. Te conozco muy bien. Este pequeño secreto te costará mucho. Si te preguntan, no debes decir nada de lo que aquí te escribo.

Mi vida en este país quedaría arruinada si se supiera que mi familia dio alimento y asilo a los SS, pese a no hacerlo de corazón. Era algo para sobrevivir. También creo que sería muy perjudicial para ti el que la gente supiera que tu mejor amiga es una simpatizante de los nazis, porque estoy segura de que así me describirían. Y, qué terrible ser tildada de eso, en especial cuando alguien los odia tanto como yo. Soy judía. Mi padre era un hombre que tenía la facultad de imaginar lo que iba a suceder y plena conciencia de lo que Hitler se proponía hacer. Hacia fines de la década de 1930, mi padre utilizó sus conexiones bancarias y políticas y su riqueza para conseguirnos nuevas identidades. Cambió nuestro apellido a Zenner y nos trasladó de Polonia a Austria cuando yo era demasiado chica para entender muchas cosas.

De modo que podría decirse que, desde que recuerdo, yo he vivido una mentira. Quizás esto te ayude a entender por qué no quiero ser interrogada en un procedimiento legal y por qué lo evitaré si puedo. Así que, Kay, la verdadera razón de esta larga carta no es contarte mi historia. Por fin te hablaré de Benton.

Estoy bastante segura de que no sabes que, durante un tiempo, él fue paciente mío. Hace alrededor de tres años él vino a verme a mi consultorio. Estaba deprimido y tenía muchas dificultades relativas a su trabajo de las que no podía hablar con nadie, ni siquiera contigo. Dijo que a lo largo de su carrera en el FBI había visto lo peor de lo peor, los actos más aberrantes que es posible imaginar. Y, aunque se había

sentido acosado por ellos y sufrido de muchas maneras debido a su exposición a lo que él llamó «el mal», nunca había sentido realmente miedo. Dijo que la mayoría de esas malas personas no estaban interesadas en él. No le deseaban un daño personal y, de hecho, disfrutaban de la atención que él les prestaba cuando los entrevistaba en la cárcel. En cuanto a los muchos casos que él ayudó a resolver a la policía, una vez más, Benton no creía correr ningún peligro personal. Los violadores y asesinos seriales no tenían ningún interés en él.

Pero algunos meses antes de que viniera a verme empezaron a pasarle cosas extrañas. Ojalá lo recordara mejor, Kay, pero eran acontecimientos muy raros. Llamados telefónicos. Gente que cortaba cuando él contestaba y que era imposible rastrear porque eran llamados realizados por satélite (supongo que él se refería a teléfonos celulares). Recibió cartas extrañísimas que hacían referencias terribles a ti. Eran amenazas hechas hacia ti, de nuevo imposibles de rastrear. Para Benton era muy claro que quienquiera escribía esas cartas sabía algo de ustedes dos o de ti personalmente.

Desde luego, él sospechaba mucho de Carrie Grethen. No hacía más que decir: «No hemos oído la última palabra de esa mujer». Pero, en aquel momento, él no veía cómo podía ella hacer esos llamados y enviar esas cartas porque seguía presa en Nueva York, en Kirby.

Resumiré seis meses de conversaciones con Benton diciendo que él tenía la fuerte premonición de que su muerte era inminente. Por consiguiente sentía depresión, ansiedad, paranoia y comenzó a luchar con el alcohol. Dijo que tenía peleas contigo por beber demasiado y que sus problemas estaban haciendo que su relación contigo se deteriorara. Al escuchar algo de lo que tú me dijiste durante nuestras charlas, Kay, me doy cuenta de que su conducta en casa sí cambió. Tal vez ahora entiendas algunas de las razones por las que fue así.

Yo quería recetarle a Benton un antidepresivo suave, pero él no me lo permitió. Le preocupaba todo el tiempo lo que sería de ti y de Lucy si algo llegaba a pasarle. Por esa razón lloraba abiertamente en mi consultorio. Fui yo la que le sugirió que te escribiera la carta que el senador Lord te entregó hace varias semanas. Le dije a Benton: «Imagine que está muerto y tiene una última oportunidad de decirle algo a Kay». Así que lo hizo. Te dijo las palabras que leíste en su carta.

Durante nuestras sesiones yo le sugerí repetidamente que tal vez él sabía más con respecto a quién lo estaba acosando y que quizá la negación le impedía enfrentar la verdad. Él vaciló. Recuerdo muy bien que yo tuve la sensación de que él poseía información que no podía o no quería revelar. Ahora creo saber de qué se trataba. He llegado a la conclusión de que lo que empezó pasándole a Benton hace varios años y lo que te ocurre ahora a ti está relacionado con el hijo mafioso de Marino. Rocky está involucrado con delincuentes muy poderosos y él odia a su padre. Odiaría a cualquier

persona que a su padre le importara. ¿Puede ser una coincidencia que Benton recibiera cartas amenazadoras y fuera asesinado, y que después este horrible asesino, Chandonne, terminara en Richmond y que ahora el terrible hijo de Marino sea el abogado de Chandonne? ¿Acaso este camino tortuoso no llegará, por último, a la espantosa conclusión de que su razón de ser es eliminar a todos los buenos de la vida de Marino?

En mi consultorio, Benton con frecuencia se refería a un archivo *EVI*. En él guardaba todas las cartas extrañas y amenazadoras y otros registros de comunicaciones e incidentes que él había comenzado a recibir. Durante meses no supe qué significaba pero un día le mencioné ese archivo y él me corrigió y dijo que el archivo se llamaba en realidad *UI*. Entonces le pregunté qué querían decir esas letras, y él me contestó que *Último Intento*. Le pregunté qué significaba eso y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sus palabras exactas fueron éstas: «*Último Intento* es donde todos terminaremos, Anna. Es donde yo terminaré».

No puedes imaginar lo que yo sentí cuando Lucy me mencionó que ése era también el nombre de la compañía asesora de investigaciones para la que ella trabaja en Nueva York. Cuando anoche estuve tan trastornada, no era sólo por la citación que había recibido en casa. Lo que ocurrió fue lo siguiente: Recibí la citación. Llamé a Lucy porque pensé que ella debería saber lo que te estaba sucediendo. Ella dijo que su «nuevo jefe» (Teun McGovern) estaba en la ciudad y mencionó *Último Intento*. Quedé estupefacta. Todavía lo estoy y no entiendo qué significa todo esto. ¿Lucy estará enterada de lo del archivo de Benton?

Por otro lado, ¿puede esto ser una coincidencia, Kay? ¿A ella justo se le ocurrió el mismo nombre con que Benton bautizó su archivo secreto? ¿Pueden todas estas conexiones ser coincidencias? Ahora existe algo llamado *Último Intento* y está ubicado en Nueva York y Lucy se mudará a Nueva York y el juicio a Chandonne ha pasado a Nueva York porque él mató hace dos años en Nueva York, y el antiguo compañero asesino de Carrie, Temple Gault, fue matado (por ti) en Nueva York y Marino inició su carrera policial en Nueva York. Y Rocky vive en Nueva York. Permíteme terminar diciéndote que lamento muchísimo la participación que yo pueda tener en hacer que tu situación actual sea peor, aunque puedes estar segura de que no me propongo decir nada que pueda ser tergiversado. Nunca. Soy demasiado vieja para esto. Mañana, el día de Navidad, partiré hacia mi casa de Hilton Head, donde me quedaré hasta que esté bien regresar a Richmond. Hago esto por varias razones. No es mi intención facilitarle las cosas a Buford o a cualquier persona para que me encuentre. Más importante aún, tú necesitas un lugar en el cual quedarte. No vuelvas a tu casa, Kay.

Tu devota amiga.

Leo y releo la carta. Me siento mal cuando imagino a Anna pasando su infancia en la atmósfera venenosa de Mauthausen, sabiendo lo que pasó allá. Siento una profunda pena por el hecho de que, durante toda su vida, haya tenido que escuchar referencias a judíos y malos chistes sobre judíos y sabido más de las atrocidades cometidas contra judíos, todo el tiempo sabiendo que ella es judía. No importa de qué manera lo racionalice ella, lo que su padre hizo estuvo mal y fue una cobardía. Sospecho que él también sabía que Anna estaba siendo violada por el comandante de la SS con quien él bebía y cenaba, y el padre de Anna tampoco hizo nada a ese respecto. Ni una sola cosa.

Caigo en la cuenta de que ya son casi las cinco de la mañana. Siento los párpados pesados y mis nervios destrozados. No tiene sentido tratar de dormir. Me levanto y voy a la cocina para preparar café. Durante un rato me quedo sentada frente a la ventana oscura mirando hacia un río que no puedo ver y pensando en todo lo que Anna me ha revelado. Son tantas las cosas acerca de los últimos años de Benton que ahora cobran sentido. Pienso en los días en que él aseguraba tener un terrible dolor de cabeza por la tensión y yo pensé que él parecía un poco borracho y ahora sospecho que probablemente lo estaba. Cada vez se sentía más deprimido y estaba más distante y frustrado. En cierto modo, entiendo que no me haya dicho lo de las cartas, los llamados telefónicos y el archivo UI. Pero no estoy de acuerdo con él. Él debería habérmelo dicho.

No recuerdo haber tropezado con ese archivo cuando revisaba sus pertenencias después de su muerte. Pero, bueno, es tanto lo que no recuerdo de esa época. Fue como si yo viviera debajo de la tierra, me movía en forma tan pesada y lenta, incapaz de ver dónde iba o dónde había estado. Después de la muerte de Benton, Anna me ayudó a revisar sus efectos personales. Ella le vació los placares y le revisó los cajones mientras yo entraba y salía de las habitaciones como un insecto enloquecido, ayudando en un minuto y despotricando y llorando en el siguiente. Me pregunto si ella encontró ese archivo. Sé que yo debo encontrarlo, si es que todavía existe.

La primera luz de la mañana es una insinuación de azul oscuro mientras yo preparo café para Anna y se lo llevo a su dormitorio. Escucho junto a la puerta para ver si oigo algún indicio de que está despierta. Todo está en silencio. Muy despacio abro la puerta, entro el café y se lo apoyo en la mesa ovalada que hay junto a su cama. A Anna le gustan las luces nocturnas. Toda su suite está iluminada como si fuera una pista de aterrizaje, con luces en cada receptáculo. Cuando me di cuenta de esto, me pareció extraño. Ahora empiezo a entenderlo. Tal vez ella asocia la oscuridad total con estar sola y aterrorizada en su dormitorio, esperando que un nazi borracho y repugnante entre y viole su cuerpo joven. Con razón pasó la vida tratando

a personas dañadas. Ella entiende a la gente lesionada. Anna es tan alumna de sus tragedias pasadas como dijo que yo soy de las mías.

—¿Anna? —Susurro. La veo moverse—. ¿Anna? Soy yo. Te traje café.

Ella se sienta en la cama, sobresaltada y con los ojos entrecerrados, el pelo blanco en la cara y pegoteado en algunas partes de la cabeza.

Feliz Navidad, estoy a punto de decirle, pero en vez le digo «felices fiestas».

—Tantos años celebrando Navidad, mientras secretamente soy judía.—Extiende el brazo en busca del café. —No tengo fama de estar de muy buen humor temprano por la mañana— dice.

Le oprimo la mano y, en la oscuridad, de pronto ella me parece tan vieja y frágil.

—Leí tu carta. No sé bien qué decir, pero no puedo destruirla, y tenemos que hablar sobre ella. —Le digo.

Por un instante Anna calla. Creo descubrir alivio en su silencio. Pero enseguida se encierra de nuevo en sí misma y me despide con la mano, como si por ese mero gesto pudiera borrar toda su historia y lo que me ha contado acerca de mi propia vida. Las luces de la noche arrojan sombras profundas y exageradas en los muebles Biedermeier, las lámparas antiguas y los cuadros al óleo en su enorme y magnífico dormitorio. Los gruesos cortinados de seda están descorridos.

—Probablemente no debería haberte escrito nada de eso —dice ella con firmeza.

—Ojalá me lo hubieras escrito antes, Anna.

Ella bebe un sorbo de café y se levanta el cobertor hasta los hombros.

—Lo que te sucedió de chica no es tu culpa —le digo—. Tu padre hizo sus elecciones, no tú. Él te protegió en un sentido y, al mismo tiempo, no te protegió en absoluto. Tal vez no tuvo opción.

Ella sacude la cabeza.

—Tú no lo sabes. No puedes saberlo.

No estoy dispuesta a discutir eso.

—No hay monstruos con quienes compararlos. Mi familia no tuvo otra opción. Mi padre bebía mucho *schnapps*. La mayor parte del tiempo estaba borracho y ellos se emborrachaban junto con él. Hasta el día de hoy no puedo ni oler el *schnapps*. —Aferra el jarro de café con las dos manos—. Todos se emborrachaban y no importaba. Cuando el Reichsminister Speer y su entorno visitaron las instalaciones en Gusen y Ebensee, vinieron a nuestro schloss, oh sí, a nuestro pequeño y pintoresco castillo. Mis padres ofrecían suntuosos banquetes con músicos de Viena y la mejor comida y el mejor champán, y todo el mundo se emborrachaba. Recuerdo que yo solía esconderme en mi dormitorio por miedo a quién vendría después. Me quedaba toda la noche debajo de la cama y en varias oportunidades oí pisadas en mi cuarto y, una vez, alguien arrancó el cobertor y lanzó una imprecación. Yo me quedé toda la noche debajo de la cama soñando con la música y uno de los hombres jóvenes que extraía

una música tan dulce con su violín. Él me miraba seguido y me hacía ruborizarme. Y, cuando más tarde me escondía debajo de la cama, yo pensaba en él. Nadie capaz de crear tanta belleza podía ser malo. Toda la noche pensaba en él.

—¿En el violinista de Viena? —Pregunté—. ¿Con el que más tarde...?

—No, no. —Anna sacude la cabeza en las sombras.—Esto fue muchos años antes de Rudi. Pero creo que fue entonces cuando me enamoré de Rudi, por adelantado, sin siquiera haberlo conocido. Yo veía los músicos con sus chaqués negros y quedaba hipnotizada por la magia que creaban, y quería que ellos me secuestraran de ese horror. Me imaginaba remontándome con sus notas a un lugar puro. Por un momento, regresaba a la Austria previa al crematorio, cuando la vida era sencilla, la gente era decente y divertida y tenía jardines perfectos y mucho orgullo en sus casas. Los días soleados de primavera colgábamos nuestras colchas de duvet de las ventanas para que fueran purificadas por el aire más dulce que he respirado jamás. Y jugábamos en colinas cubiertas de césped que parecían conducir directamente al cielo, mientras papá cazaba jabalíes en los bosques y mamá cosía y cocinaba. —Calla un momento, y en su cara aparece una expresión de dulce tristeza—. Un cuarteto de cuerdas podía transformar la más espantosa de las noches. Y, después, mi pensamiento mágico me lleva a los brazos de un hombre con un violín, un norteamericano. Y estoy aquí. Aquí estoy. Escapé. Pero, en realidad, nunca he escapado, Kay.

El amanecer comienza a iluminar los cortinados y a volverlos de color miel. Le digo a Anna que me alegro de que esté aquí. Le agradezco por haber hablado con Benton y finalmente decírmelo. En cierto sentido, el cuadro es más completo gracias a lo que ahora entiendo. En otros sentidos, no lo está. No puedo ver con claridad la progresión de estados de ánimo y cambios que precedieron al asesinato de Benton, pero sí sé que, más o menos por la época en que él veía a Anna, Carrie Grethen buscaba un nuevo compañero para reemplazar a Temple Gault. Carrie había trabajado antes en computación. Era una muchacha brillante e increíblemente manipuladora y logró ganar acceso a una computadora en Kirby, el hospital psiquiátrico forense. Fue así como fue tejiendo su telaraña hacia el mundo exterior. Se unió a un nuevo socio: otro asesino psicópata llamado Newton Joyce. Hizo esto por Internet, y él la ayudó a escapar de Kirby.

—Quizás ella también conoció a otra gente por Internet. —Sugiere Anna.

—¿A Rocky, el hijo de Marino? —digo.

—En eso estaba pensando.

—Anna. ¿tienes alguna idea de qué fue del archivo de Benton? ¿El archivo UI, como él lo llamaba?

—Yo jamás lo vi. —Se sienta más derecha, decide que llegó el momento de levantarse y se rodea la cintura con el cobertor. Sus brazos desnudos parecen lastimeramente delgados y arrugados, como si alguien les hubiera dejado salir el aire.

Sus pechos cuelgan sueltos debajo de la seda oscura—. Cuando te ayudé a revisar su ropa y otras pertenencias personales, no vi ningún archivo. Pero no toqué su oficina.

Es tan poco lo que yo recuerdo.

—No. —Aparta las cobijas y baja sus pies al piso—. No lo hice.—Era algo en lo que sentí que no debía meterme. Sus archivos profesionales. —Ahora está levantada y se pone una bata—. Sólo di por sentado que tú te ocuparías de revisar lo de su oficina. —Me mira—. ¿Lo hiciste, no? ¿Qué me dices de su oficina en Quantico? Él ya se había jubilado, de modo que supongo que ya se había llevado todo.

—Sí, su oficina se vació. —Caminamos por el pasillo hacia la cocina—. Los archivos de casos debieron de quedar allí. A diferencia de algunos de sus compatriotas que se retiran del FBI, Benton no pensaba que los casos en que había trabajado le pertenecieran. —Agrego—. Así que me consta que no se llevó de Quantico ningún archivo de casos cuando se retiró. Lo que no sé es si habrá dejado el archivo UI en el FBI. De ser así, nunca lo veré.

—Ése era un archivo suyo. —Señala Anna—. Que le correspondía. Cuando me habló de ese archivo, nunca se refirió a lo que le ocurría a él como relacionado con el FBI. Parecía tomar las amenazas, los llamados, como algo personal, y no creo que haya compartido estas cosas con otros agentes. Si estaba tan paranoico era porque algunas de esas amenazas te involucraban a ti. Llegué a pensar que yo era la única persona a la que él se lo dijo. Lo sé. Muchas veces le dije que, en mi opinión, debería informárselo al FBI.—Ella sacude la cabeza. —Pero él no quería hacerlo— repite.

Vació el filtro de café en el tacho de basura y siento una punzada de antiguo resentimiento. Benton me ocultó tantas cosas.

—Una lástima —respondo—. Tal vez si él se lo hubiera dicho a algunos de los otros agentes, esto no habría sucedido.

—¿Quieres un poco más de café?

Recuerdo entonces que anoche no me acosté.

—Sí, supongo que será lo mejor —respondo.

—Un poco de café vienes. —Decide Anna, abre la heladera y busca entre las bolsas de café—. Puesto que esta mañana tengo nostalgia de Austria. —Lo dice con un dejo de sarcasmo, como si en silencio se estuviera censurando por haber divulgado detalles de su pasado. Pone granos en el molinillo de café y por un momento la cocina se llena de ruido.

—Al final, Benton estaba decepcionado del FBI. —Pienso en voz alta—. Creo que ya no confiaba en las personas que lo rodeaban. Competitividad. Él era el jefe de la unidad y sabía que todos iban a luchar por su cargo tan pronto él mencionara que estaba dispuesto a retirarse. Porque lo conozco, sé que él manejó sus problemas en completo aislamiento, de la misma manera en que trabajaba en sus casos. Benton era un maestro de la discreción. —Barajo todas las posibilidades. ¿Adónde habría

guardado Benton ese archivo? ¿Dónde podría estar? Él tenía su propia habitación en mi casa, donde guardaba sus pertenencias y enchufaba su laptop. Tenía un mueble-archivo. Pero yo había revisado todo eso y nunca vi nada siquiera similar a lo que Anna había descripto.

Entonces se me ocurre otra cosa. Cuando Benton fue asesinado en Filadelfia, estaba registrado en un hotel. A mí me devolvieron varias bolsas con sus efectos personales, incluyendo su maletín, que abrí y revisé tal como la policía lo había hecho. Sé que no vi nada parecido a ese archivo UI, pero si es cierto que Benton sospechaba que Carne Grethen podría haber tenido algo que ver con las notas y los llamados amenazadores que estaba recibiendo, ¿no podría haber llevado consigo ese archivo cuando trabajaba en nuevos casos posiblemente relacionados con ella? ¿No se habría llevado el archivo a Filadelfia?

Me acerco al teléfono y llamo a Marino.

—Feliz Navidad —le digo—. Soy yo.

—¿Qué? —Salta él, medio dormido—. Mierda. ¿Qué hora es?

—Algunos minutos después de las siete.

—¡Las siete! —Gruñe—. Demonios, Papá Noel ni siquiera llegó todavía. ¿Para qué me llamas tan temprano?

—Marino, esto es importante. Cuando la policía revisó los efectos personales que Benton tenía en su habitación del hotel en Filadelfia, ¿tú los revisaste personalmente?

Se oye un gran bostezo y un fuerte soplido.

—Maldición, tengo que dejar de quedarme levantado hasta tan tarde. Los pulmones me están matando, tengo que dejar de fumar. Yo y algunos de los tipos de Wild Turkey estuvimos juntos hasta tarde. —Otro bostezo—. Aguanta un momento. Me estoy despertando. Déjame cambiar de canal. ¿De pronto me deseas Feliz Navidad y a continuación me preguntas algo sobre Filadelfia?

—Así es. Acerca de lo que ustedes encontraron en la habitación de hotel de Benton.

—Sí. Mierda, bueno, sí, yo la revisé.

—¿Te llevaste algo? ¿Cualquier cosa, por ejemplo, que podría estar en su maletín? ¿Un archivo, digamos, que podría haber incluido cartas?

—Sí, él tenía allí un par de archivos. ¿Por qué quieres saberlo?

Comienzo a entusiasmarme. Mis sinapsis empiezan a disparar, me despejan la cabeza y le bombean energía a mis células.

—¿Dónde están ahora esos archivos? —Le pregunto.

—Sí, recuerdo algunas cartas. Pura mierda a la que yo pensé que tendría que prestarle atención. Entonces Lucy hizo estallar a Carrie y a Joyce en el aire y los convirtió en carnada para peces, y se podría decir que eso aclaró el caso. Mierda. Todavía no puedo creer que ella tuviera un AR-quince en el maldito helicóptero y...

—¿Dónde están los archivos? —Le pregunto de nuevo y no puedo evitar la nota de urgencia que aparece en mi voz. El corazón me late con fuerza—. Necesito ver un archivo que Benton llamó archivo UI. UI, como en Último Intento. Tal vez de allí tomó Lucy la idea del nombre.

—Último Intento. Te refieres al lugar donde Lucy va a trabajar... ¿el lugar de McGovern en Nueva York? ¿Qué demonios tiene eso que ver con un archivo en el maletín de Benton?

—Buena pregunta —respondo.

—De acuerdo. Está en alguna parte. Trataré de encontrarlo y te llamaré.

Anna ha regresado a su dormitorio y yo me dedico a pensar en nuestro menú para la festividad mientras espero a que Lucy y McGovern lleguen aquí. Me pongo a sacar alimentos de la heladera mientras mentalmente hago un replay de lo que Lucy me dijo acerca de la nueva compañía de McGovern en Nueva York. Lucy dijo que el nombre Último Intento surgió como una broma. «El lugar adonde uno va cuando ya no queda otro». Y en la carta de Anna, ella comenta que Benton le dijo que Último Intento era el lugar donde él terminaría. Críptico. Acertijos. Benton pensaba que su futuro estaba de alguna manera conectado con lo que él ponía en ese archivo. Entonces me parece que Último Intento es la muerte. ¿Adónde iba a terminar Benton? Iba a terminar muerto. ¿Eso es lo que él quiso decir? ¿Dónde más podía haber terminado?

Hace algunos días le prometí a Anna preparar yo la cena de Navidad si a ella no le importaba que en su cocina hubiera una italiana que ni se acerca a un pavo ni a lo que la gente usa como relleno de los pavos durante esta época. Anna hizo un gran esfuerzo en las compras. Hasta consiguió aceite de oliva prensado en frío y mozzarella fresca de búfalo. Lleno una cacerola grande con agua y vuelvo al dormitorio de Anna para decirle que no puede ir a Hilton Head ni a ninguna otra parte hasta que haya probado la *cucina Scarpetta* con un poco de vino. Mientras ella se cepilla los dientes, le digo que éste es un día para pasarlo en familia. Hasta después de la cena no pensaré siquiera en jurados especiales de acusación, en fiscales o en cualquier otra cosa de ese tenor. ¿Por qué no prepara ella algo austríaco? Al oírlo, Anna casi escupe el dentífrico. «Nunca», dice. Si las dos estuviéramos en la cocina al mismo tiempo, cada una terminaría matando a la otra.

Durante un rato, ese buen humor parece aumentar en la casa de Anna. Lucy y McGovern aparecen a eso de las nueve y los regalos se apilan al pie del árbol de Navidad. Comienzo a mezclar huevos y harina y trabajo el bollo con los dedos sobre una tabla de madera. Cuando la masa tiene la consistencia adecuada, la envuelvo en un plástico y me pongo a buscar la máquina manual para amasar pasta que Anna asegura tener en alguna parte mientras salto de un pensamiento a otro y casi no oigo lo que Lucy y McGovern conversan.

—No es que no pueda volar cuando no hay condiciones de vuelo visual. —Lucy está explicado algo acerca de su nuevo helicóptero que, al parecer, le han entregado en Nueva York—. Hice mi curso de vuelo por instrumentos. Pero no me interesa tener un helicóptero de un solo motor e instrumentos, porque al tener únicamente un motor, voy a querer ver la tierra todo el tiempo. Así que no quiero volar por encima de las nubes en los días malos.

—Suenan peligrosos. —Comenta McGovern.

—No, para nada. Los motores nunca fallan en estas cosas, pero siempre vale la pena tomar en cuenta la peor posibilidad.

Empiezo a trabajar la masa. Es la parte que más me gusta, y siempre evito usar una procesadora de alimentos porque el calor de la mano le confiere a la pasta fresca una textura que no se parece nada a lo que ningún movimiento circular de hojas de acero puede lograr. Entro en ritmo, empujo hacia abajo, pliego la masa, le doy medias vueltas, aprieto fuerte con la almohadilla de la mano mientras, yo también, pienso en las peores posibilidades. ¿Cuál habrá creído Benton que era la peor posibilidad para él? Si pensaba que su metafórico Último Intento era su última chance, ¿cuál habría sido para él la peor posibilidad? En este momento decido que él no se refería a la muerte cuando dijo que terminaría con Último Intento. No. Benton, sobre todo, sabía que había cosas mucho peores que la muerte.

—Le he dado clases cada tanto. Algo así como un curso intensivo. Pero las personas que usan las manos tienen una ventaja. —Le dice Lucy a McGovern, refiriéndose a mí.

«Es allí donde terminaré». Las palabras de Benton siguen resonando en mi mente.

—Bien. Pero hace falta coordinación.

—Es preciso poder usar las dos manos y los dos pies al mismo tiempo. Y, a diferencia de los aviones, que tienen alas fijas, un helicóptero es intrínsecamente inestable.

—Eso es lo que digo. Son peligrosos.

«Es allí donde yo terminaré, Anna».

—No lo son, Teun. Puedes perder un motor a mil pies y bajarlo a tierra. El aire mantiene las palas girando. ¿Alguna vez oíste hablar de autorrotación? Se aterriza en un estacionamiento o en el jardín de alguien. Eso no se puede hacer con un avión.

«¿Qué quisiste decir, Benton? Maldito seas, ¿qué quisiste decir?». Yo amaso y amaso, siempre estirando la bola de masa en la misma dirección, en la de las agujas del reloj, porque lo hago con la mano derecha, eludiendo el yeso.

—Me pareció haberte oído decir que nunca se pierde un motor. Quiero un poco de ponche de leche y huevo. ¿Marino lo está preparando esta mañana con su famosa receta? —dice McGovern.

—Eso es en vísperas de Año Nuevo.

—¿Qué? ¿Es ilegal en Navidad? No sé como hace ella eso.

—Por lo empecinada que es. Así lo hace.

—No bromees. Y nosotros estamos aquí paradas, sin hacer nada.

—Ella no dejará que la ayudes. Nadie toca la masa de Kay. Créeme. Tía Kay, ¿eso no te hace doler el codo?

Mi mirada se enfoca cuando levanto la vista. Estoy amasando con la mano derecha y las yemas de los dedos de la izquierda. Miro el reloj de pared que hay encima de la piletta y compruebo que he perdido toda noción del tiempo y hace casi diez minutos que amaso.

—Caramba, ¿en qué mundo estabas metida? —El buen humor de Lucy se vuelve plomo cuando busca mi cara.

—No dejes que esto te coma viva. Todo saldrá bien.

Ella cree que estoy preocupada por el jurado especial de acusación, cuando, irónicamente, no he pensado para nada en eso durante toda esta mañana.

—Teun y yo te vamos a ayudar, te estamos ayudando. ¿Qué crees que estuvimos haciendo estos últimos días? Tenemos un plan acerca del cual queremos hablar contigo.

—Después del ponche —dice McGovern con una sonrisa bondadosa.

—¿Benton te habló alguna vez del Último Intento? —Finalmente lo digo, casi acusadoramente por la forma en que las miro a las dos y, por sus expresiones de desconcierto comprendo que no entienden de qué hablo.

—¿Te refieres a lo que estamos haciendo ahora? —Lucy frunce el entrecejo—. ¿La oficina en Nueva York? Él no podría haberlo sabido a menos que tú le mencionaras que pensabas tener tu propio negocio.—Esto se lo dice a McGovern.

Yo divido la masa en partes más pequeñas y de nuevo me pongo a amasar.

—Siempre quise trabajar en algo por mi cuenta —contesta McGovern—. Pero jamás le dije nada a Benton en ese sentido. Estuvimos muy ocupados con los casos de aquí, en Pennsylvania.

—¡Ése es el eufemismo del año! —Comenta Lucy con tono sombrío.

—Correcto. —McGovern suspira y sacude la cabeza.

—Si Benton no tenía idea de la compañía privada que ustedes planeaban crear —digo—, entonces ¿es posible que él las haya oído mencionar Último Intento, el concepto acerca del cual ustedes dicen que solían hacer bromas? Estoy tratando de descubrir por qué bautizó a ese archivo con ese nombre.

—¿Cuál archivo? —Pregunta Lucy.

—Marino lo va a traer. —Dejo de amasar una porción de masa y la envuelvo fuertemente en plástico.—Estaba en el maletín de Benton, en Filadelfia. —Les explico lo que Anna me escribió en su carta y Lucy me ayuda a esclarecer al menos un punto. Está bastante segura de que le mencionó a Benton la filosofía de Último

Intento. Parece recordar que ella estaba un día en el auto con él y le preguntaba acerca de los trabajos de asesoramiento privado que había comenzado a hacer ahora que estaba jubilado. Él le dijo que todo iba bien, pero que resultaba difícil manejar la logística de dirigir su propio trabajo, que extrañaba tener una secretaria y alguien que contestara el teléfono y esa clase de cosas. Lucy le respondió que quizá todos deberíamos unirnos y formar nuestra propia compañía. Fue entonces cuando ella empleó el término Último Intento, algo así como «una asociación del todo nuestra», recuerda ella que le dijo a Benton.

Cubro la mesada con repasadores limpios y secos.

—¿Te parece que él pensó que era en serio, que algún día realmente lo harían? — Pregunto.

—Yo le dije que, si alguna vez llegaba a tener suficiente dinero, lo destinaría a dejar de trabajar para el maldito gobierno —contesta Lucy.

—Bien, entonces. —Pongo parte de la masa en la máquina para pastas y la libro en la abertura máxima—. Cualquiera que te conoce pensaría que era sólo cuestión de tiempo que ganaras dinero haciendo lo que fuera. Benton siempre decía que eras demasiado rebelde para durar para siempre en una burocracia. A él no le sorprendería nada lo que te está pasando ahora, Lucy.

—De hecho, era algo que ya te había empezado a pasar desde el principio. —Le señala McGovern a mi sobrina—. Que es la razón por la que no duraste en el FBI.

Lucy no se sintió insultada. Al menos ha aceptado que cometió equivocaciones al principio, la peor de las cuales fue su aventura con Carrie Grethen. Ella ya no culpa al FBI por haber dejado de respaldarla hasta que por último ella renunció. Aplasto un trozo de masa con la palma de la mano y la paso por la máquina.

—Me pregunto si Benton usó el concepto de ustedes como nombre para su misterioso archivo porque de alguna manera sabía que Último Intento. —O sea, nosotros— investigaríamos su caso algún día —digo—. Que «nosotros» estamos donde él terminaría, porque lo que fuera que empezó con esas cartas amenazadoras y todo el resto no iba a parar, ni siquiera con su muerte. —Vuelvo a pasar la masa por la máquina, y otra vez más, hasta que consigo una tira perfecta de masa que pongo sobre el repasador—. Él lo sabía. De alguna manera, lo sabía.

—De alguna manera, él siempre lo sabía todo.—En la cara de Lucy aparece una expresión de profunda tristeza.

Benton está en la cocina. Lo sentimos cuando yo preparo la pasta para la cena de Navidad y hablamos acerca de cómo le funcionaba el cerebro. Era un hombre muy intuitivo. Siempre pensaba mucho más allá del lugar donde estaba. Me lo imagino proyectándose a un futuro después de su muerte y preguntándose cómo reaccionaríamos nosotros a todo, incluyendo a un archivo que tal vez encontremos en su maletín. Benton sabría fehacientemente que, si algo llegara a pasarle. —Y era

evidente que temía que eso sucedería—, entonces yo revisaría su maletín, cosa que hice. Lo que tal vez no habría anticipado era que Marino lo revisaría primero y se llevaría un archivo de cuya existencia yo no sabía nada hasta ahora.

Al mediodía, Anna tiene su automóvil cargado para la playa y las mesadas de su cocina están cubiertas de lasaña. La salsa de tomate se cocina sobre la hornalla. Los quesos reggiano parmesano y asagio están rallados y puestos en boles, y la mozzarella fresca descansa sobre un repasador y entrega parte de su humedad. En la casa flota un olor a ajo y a humo de leña, y las luces de Navidad brillan mientras el humo brota de la chimenea, y cuando Marino llega con su típico barullo y su torpeza, encuentra más felicidad de la que ha visto entre nosotros en mucho tiempo. Viste jeans y camisa de denim, y está cargado de paquetes y de una botella de Virginia Lightning. Veo el borde de una carpeta que se asoma por entre los paquetes que trae en una bolsa y mi corazón se saltea un latido.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! —grita—. ¡Maldita y feliz Navidad! —Es lo que dice habitualmente en estas fiestas, pero su corazón no acompaña a sus palabras. Tengo la sensación de que no pasó las últimas horas solamente buscando el archivo UI. Lo ha leído.

—Necesito un trago. —Anuncia a toda la casa.

En la cocina, enciendo el horno y preparo las lasañas. Mezclo el queso rallado con ricotta y comienzo a poner capas de esa mezcla y de salsa de carne entre la pasta en una asadera profunda. Anna rellena dátiles con queso crema y llena un bowl con nueces saladas, mientras Marino, Lucy y McGovern sirven cerveza y vino o mezclan la poción que quieren, que en el caso de Marino es un Bloody Mary con especias, preparado con su licor destilado ilegalmente.

Está de un extraño humor y camino de emborracharse. El archivo UI es un agujero negro, todavía dentro del bolso de los regalos, irónicamente debajo del árbol de Navidad. Marino sabe lo que hay en ese archivo, pero yo no le pregunto nada. Nadie lo hace. Lucy reúne los ingredientes para unos bizcochos y dos pasteles. — Para lo primero, manteca de maní; para lo segundo, jugo de lima—, como si tuviéramos que alimentar a toda la ciudad. McGovern descorcha un borgoña tinto Chambertin Grand Cru, mientras Anna pone la mesa y el archivo ejerce un intenso y silencioso poder de atracción sobre nosotros. Es como si todos hubiéramos acordado tácitamente hacer un brindis y cenar antes de empezar a hablar de homicidios.

—¿Alguien más quiere un Bloody Mary? —Marino habla muy fuerte y da vueltas en la cocina sin hacer nada útil.—Eh, Doc, ¿qué tal si te preparo un trago? —Abre la heladera y toma un puñado de jugos Spicy Hot V8 y comienza a abrir esas pequeñas latas. Me pregunto cuánto habrá bebido Marino antes de venir aquí y de pronto salta en mí el seguro contra la furia. En primer lugar, me insulta que haya puesto el archivo debajo del árbol, como si ésa fuera su idea de una broma morbosa y de mal gusto. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Que es mi regalo de Navidad? ¿O está tan encallecido que ni siquiera se le cruzó por la cabeza que, cuando nada ceremoniosamente metió el bolso debajo del árbol, todavía tenía el archivo adentro? Me empuja al pasar junto a mí y comienza a oprimir mitades de limón en la juguera eléctrica y después arroja las cascaras en la pileta.

—Bueno, como veo que nadie va a ayudarme, me serviré yo mismo —murmura—. ¡Eh! —grita, como si no estuviéramos todos en la misma habitación que él—. ¿A alguien se le ocurrió comprar rábano picante?

Anna me mira. Un malhumor colectivo empieza a instalarse en nosotros. La cocina parece volverse más oscura y más fría, y mi furia crece. En cualquier momento voy a dispararle a Marino y trato desesperadamente de reprimir ese deseo. Es Navidad, no hago más que decirme. Es Navidad. Marino toma una cuchara larga de madera y hace toda una escena de revolver su jarra con Bloody Mary y agregar

una cantidad impresionante de su licor ilegalmente destilado.

—¡Qué asco! —Lucy sacude la cabeza.

—Al menos usa Grey Goose.

—De ninguna manera pienso beber vodka de Francia. —La cuchara hace ruido cuando él revuelve y después golpea contra el borde de la jarra.

—Vino francés, vodka francesa. Epa, ¿qué fue de las cosas italianas? —Exagera un acento neoyorquino-italiano—. ¿Qué fue del vecindario?

—No hay nada italiano en la mierda que estás preparando. —Le dice Lucy mientras saca una cerveza de la heladera—. Si llegas a beberte todo eso, tía Kay tendrá que llevarte mañana al trabajo con ella. Sólo que tú estarás acostado y dentro de una bolsa.

Marino sirve un vaso de su peligroso brebaje.

—Eso me recuerda. —Le dice, a nadie en particular—. Cuando yo muera, no quiero que ella me corte. —Como si yo no estuviera parada allí—. Trato hecho, entonces. —Sirve otro vaso y, a esta altura, todos hemos interrumpido lo que hacíamos y nos quedamos mirándolo—. Hace diez malditos años que eso ha venido molestándome. —Otro trago—. Maldición, esta bebida es capaz de calentarle a uno los dedos de los pies. No quiero que ella me dé vuelta en una de esas malditas mesas de porquería de la morgue y me corte como si yo fuera un pescado del mercado. Tengo un trato con las chicas de enfrente. —Se refiere a mis empleadas de la oficina de enfrente—. Nada de pasar fotografías mías. No crean que yo no sé lo que sucede allá arriba. No hacen más que comparar el tamaño de los pitos. —Se bebe medio vaso y se seca la boca con el dorso de la mano—. Las he oído hacerlo. Especialmente a Cíela.

Extiende la mano para volver a tomar la jarra, pero yo se la tomo y la detengo y mi furia explota en un ejército de palabras duras.

—Suficiente. ¿Qué mierda te pasa? ¿Cómo te atreves a venir aquí borracho y después seguir tomando? Vete a dormir la mona, Marino. Estoy seguro de que Anna te puede ofrecer una cama. Esta noche no conducirás el auto a ninguna parte y ninguno de nosotros quiere tampoco tenerte cerca.

Él me lanza una mirada desafiante y burlona y vuelve a levantar su vaso. —Al menos soy sincero— dice. —El resto de ustedes pueden simular lo que quieran que éste es un buen día porque es Navidad. Bueno, ¿y qué? Lucy renunció a su trabajo para que no la despidieran porque es homosexual. —No sigas, Marino—. Le advierte Lucy.

—McGovern renunció a su empleo y no sé cuál es su trato. —La señala con un dedo e insinúa que tiene una relación con Lucy—. Anna tiene que irse de su maldita casa porque tú estás aquí y te investigan por homicidio, y ahora dejas tu trabajo. No me resulta nada sorprendente, y veremos si el gobernador te mantiene cerca. Una

consultora privada. Sí. —Farfulla estas palabras y se tambalea en medio de la cocina, con la cara llena de manchas rojas—. Y ahora el que se va soy yo. —Golpea el vaso contra la mesada, sale de la cocina, tropieza con una pared, ladea un cuadro y entra en el living.

—Por Dios —dice McGovern en voz baja y suspira.

—Pedazo de hijo de puta —dice Lucy.

—El archivo —dice Anna mirando a Marino—. Eso es lo que le pasa.

Marino está en coma alcohólico, acostado en el sofá del living. No se mueve, pero sus ronquidos nos dicen que está vivo y que no tiene noticia de lo que sucede en el interior de la casa de Anna. La lasaña está lista y se mantiene caliente en el horno, y en la heladera hay un pastel de lima. A pesar de mis protestas, Anna ha partido en su viaje de ocho horas hacia Hilton Head. Hice todo lo que pude por convencerla de que se quedara aquí, pero ella sentía que debía irse. Es media tarde. Lucy, McGovern y yo estamos sentadas en el comedor desde hace horas, los individuales corridos de su lugar, los regalos todavía sin abrir debajo del árbol, la carpeta con el archivo UI desplegado frente a nosotros.

Benton era meticuloso. Sellaba cada objeto en bolsas de plástico transparente, y las manchas color púrpura en algunas de las cartas y sobres indican que se empleó ninhidrina para procesar huellas dactilares latentes. Los matasellos son de Manhattan, todos con los mismos tres primeros dígitos de un código postal, 100. No es posible saber en cuál sucursal se despacharon las cartas. Lo único que indica el prefijo de tres dígitos indica la ciudad y que la correspondencia no fue procesada por intermedio de una máquina automática de franqueo, casera o comercial, ni en una estación rural. En esos casos, el matasellos sería de cinco dígitos.

En el frente del archivo UI hay un índice que contiene un total de sesenta y tres ítems que van desde la primavera de 1996 (unos seis meses antes de que Benton escribiera la carta que quería que me fuera entregada después de su muerte) al otoño de 1998 (apenas unos días antes de que Carrie Grethen escapara de Kirby). El primer ítem está rotulado prueba instrumental 1, como si fuera una prueba destinada a ser vista por un jurado. Es una carta despachada en Nueva York el 15 de mayo de 1996, no lleva firma y está impresa por computadora en un procesador WordPerfect, con una letra ornamentada y difícil de leer, fuente que Lucy identifica como «Ransom».

Querido Benton:

Soy la presidenta del Club de Admiradoras de los Feos y usted ha sido elegido como miembro honorario. ¿Adivine qué? ¡Los miembros se ponen feos gratis! ¿No lo entusiasma? Ya recibirá más noticias mías.

A esta carta siguieron cinco más, todas a intervalos de menos de una semana entre sí, todas haciendo las mismas referencias al Club de Admiradoras de los Feos y al hecho de que Benton se había convertido en el miembro más reciente. El papel era

común y corriente, la misma fuente Ransom, ninguna firma, el mismo código postal de Nueva York, todas pertenecientes claramente al mismo autor. Y muy astuto, por cierto, hasta que esta persona despachó la sexta carta y cometió una equivocación, una equivocación bastante evidente para el ojo de un investigador, que es la razón por la que me sorprende que al parecer Benton no la haya detectado. En la parte de atrás del sobre blanco hay impresiones de escritura que se advierten cuando inclino el sobre y lo ilumino desde distintos ángulos.

Saco un par de guantes de látex de mi bolso y me los pongo mientras voy a la cocina en busca de una linterna. Anna guarda una sobre la mesada, junto a la tostadora. De vuelta en el comedor, extraigo el sobre de su funda plástica, lo sostengo por un rincón y dirijo el haz de luz de la linterna sobre el papel en forma oblicua. Detecto la hendidura de las palabras *Jefe de la oficina de correos* y enseguida entiendo lo que el autor de esta carta hizo.

—Franklin D. —Descifro más palabras—. ¿Hay en Nueva York una oficina postal Franklin D. Roosevelt? Porque aquí dice, decididamente, N-Y, N-Y.

—Sí, la que está en mi barrio —dice McGovern, los ojos abiertos de par en par. Se me acerca para ver mejor el sobre.

—He tenido casos en que la gente trata de crear coartadas —digo e ilumino el sobre desde distintos ángulos—. Un método evidente y ya muy gastado es que la persona estaba en un lugar diferente y muy alejado en el momento del asesinato y, por consiguiente, no podría haberlo cometido. Una forma sencilla de conseguirlo es hacer que las cartas sean despachadas desde un lugar remoto más o menos a la hora en que sucede el homicidio, demostrando así que la persona en cuestión no puede ser el asesino porque es imposible estar en dos lugares al mismo tiempo.

—Tercera Avenida —dice McGovern—. Es allí donde está la oficina de correos FDR.

—Tenemos parte de la dirección de una calle: una parte está obliterada por la solapa. Nueve-algo. *Ter A-V*, Tercera Avenida. Lo que uno hace es escribir la dirección en el sobre, pegarle la estampilla con el franqueo correspondiente y después meter todo en otro sobre dirigido al jefe de la oficina postal en la que uno quiere que se despache la carta. Entonces el jefe está obligado a despachar la carta por uno, con matasellos de esa ciudad. De modo que lo que la persona hizo fue meter esta carta dentro de otro sobre, y cuando escribió la dirección en ese segundo sobre, en el de abajo quedaron las impresiones de lo que escribió.

También Lucy se acerca y se inclina para ver mejor.

—El vecindario de Susan Pless —dice.

No sólo eso sino que la carta, que de lejos es la más ponzoñosa, lleva la fecha de 5 de diciembre de 1997, el mismo día en que Susan Pless fue asesinada.

Hola, Benton:

¿Cómo estás, futuro muchachito feo? Me estaba preguntando... ¿tienes alguna idea de lo que es mirarse al espejo y querer suicidarse? ¿No? Pronto lo sabrás. Muy, muy pronto. Te voy a trincar como si fueras un pavo de Navidad, y lo mismo va para la jefa que te coges cuando te queda tiempo después de tratar de descubrir a personas como yo y como tú. No puedes imaginarte lo mucho que disfrutaré cuando use mi enorme cuchillo para abrirle las costuras a ella. Quid pro quo, ¿correcto? ¿Cuándo vas a aprender a no meterte en los asuntos de los demás?

Imagino a Benton recibiendo estas cartas asquerosas y enfermas. Lo imagino en su habitación de mi casa, sentado frente al escritorio con la laptop abierta y conectada a una línea de módem, su maletín cerca y una taza de café a su alcance. Sus notas indican que él determinó que la fuente utilizada era la Ransom y que después él completó el significado de esa palabra: «Obtener libertad pagando un precio. Volver a comprar. Borrar un pecado», leo en sus líneas garabateadas. Yo podría haber estado en el pasillo, en mi estudio o en la cocina en el momento en que él leía esta carta y buscaba la palabra Ransom o «Rescate» en el diccionario, y él nunca dijo ni una palabra al respecto. Lucy comenta que Benton no habría querido poner ese peso sobre mis hombros, y que yo no ganaría nada con saberlo. Yo no podría haber hecho nada.

—Cactus, azucenas, tulipanes. —McGovern hojea las páginas del archivo—. De modo que alguien le enviaba a Quantico arreglos florales anónimos.

Me pongo a revisar docenas de tiras con mensajes que sencillamente llevan escrito «cortó la comunicación», la fecha y la hora. Las llamadas fueron hechas a su línea directa en la Unidad de Ciencias de la Conducta, todos rastreados a «fuera de zona» por el identificador de llamadas, lo cual significa que probablemente fueron hechas en un teléfono celular. La única observación de Benton fue «pausas en la línea antes de cortar». McGovern nos informa que los arreglos florales fueron ordenados en una florería de la Avenida Lexington que al parecer Benton verificó, y Lucy llama a la sección guía para averiguar si el florista en cuestión todavía tiene el negocio. Así es.

—Aquí él anota algo sobre un pago. —A mí me cuesta muchísimo ver la letra pequeña y enmarañada de Benton—. Correo. Las órdenes fueron enviadas por correo. En efectivo, aquí puso la palabra «efectivo». De modo que parece que la persona envió efectivo y una orden escrita. —Busco ahora el índice. Como es natural, las pruebas cincuenta y uno a cincuenta y cinco son las órdenes recibidas por el florista. Voy a esas páginas—. Generada por computadora y sin firma. Un pequeño arreglo floral de tulipanes por veinticinco dólares con instrucciones de ser enviado a la dirección de Benton en Quantico. Un pequeño cacto por veinticinco dólares, etcétera, los sobres con matasellos de Nueva York.

—Probablemente la misma cosa —dice Lucy—. Fueron despachadas por intermedio del jefe de correos de Nueva York. La pregunta es: ¿de dónde fueron

despachadas originalmente?

No podemos saber eso sin los sobres exteriores, que sin duda fueron arrojados a la basura tan pronto los empleados del correo los abrieron. Aunque tuviéramos esos sobres, es muy poco probable que el remitente hubiera escrito su dirección. Lo más que podríamos esperar encontrar es un matasellos.

—Supongo que el florista dio por sentado que trataba con algún chiflado al que no le gustan las tarjetas de crédito. —Comenta McGovern—. O que era alguien que estaba teniendo una aventura.

—O un preso. —Desde luego, pienso en Carrie Grethen. Puedo imaginármela enviando cartas desde Kirby. Al introducir las cartas en un segundo sobre dirigido a un jefe de correos, al menos impedía que el personal del hospital viera a quién le estaba escribiendo, fuera a un florista o a Benton directamente. También tiene sentido que haya usado un correo de Nueva York. Ella habría tenido acceso a distintas sucursales a través de la guía telefónica y, en el fondo, yo no creo que a Carrie le preocupara que alguien creyera que la correspondencia se originaba en la misma ciudad en la que ella estaba presa. Ella sencillamente no quería alertar al personal de Kirby y, además, era la persona más manipuladora de la Tierra. Todo lo que hacía tenía su razón de ser. Ella estaba tan ocupada en trazar un perfil psicológico de Benton como él lo estaba con el de ella.

—Si es Carrie. —Comenta McGovern—, entonces cabría preguntarse si de alguna manera ella no habrá tenido contacto con Chandonne o participación en sus homicidios.

—Ella sabría muy bien que el hecho de escribirle una carta a Benton fechada el mismo día del asesinato de Susan, lo haría saltar hasta el techo —digo con furia y me alejo de la mesa—. Benton enseguida haría la conexión.

—Y, además, elegir el correo ubicado en el vecindario de Susan. —Acota Lucy.

Especulamos y tejemos conjeturas hasta última hora de la tarde, cuando decidimos que había llegado el momento de la cena de Navidad. Después de despertar a Marino, le contamos lo que hemos descubierto y seguimos hablando del tema mientras comemos lechuga, cebollas dulces y tomates empapados en vinagre rojo dulce y aceite de oliva prensado en frío. Marino come a cuatro carrillos, como si no lo hubiera hecho en muchos días y se llena la boca de lasaña mientras nosotros seguimos cambiando ideas y especulando y pagaríamos cualquier cosa por saber la respuesta a esta pregunta: si Carrie Grethen era la persona que acosaba a Benton y tenía alguna vinculación con la familia Chandonne, ¿el asesinato de Benton fue algo más que un simple acto de psicopatía? ¿Su muerte fue fruto de un golpe del crimen organizado, disfrazado para que pareciera algo personal, sin sentido y enloquecido, perpetrado por Carrie, quien estaba más que ansiosa de hacerlo realidad?

—En otras palabras —me dice Marino con la boca llena—. ¿La muerte de Benton

fue parecida a lo que te acusan a ti?

Todos quedamos en silencio. Ninguno de nosotros alcanza a entender bien el sentido de esas palabras, pero un momento después, yo sí.

—¿Lo que estás diciendo es que existía un motivo real para matarlo, pero se lo disfrazó para que pareciera un asesinato serial?

Él se encoge de hombros.

—Es lo mismo que tu caso: te acusan de asesinar a Bray y lo disfrazan para que parezca que el hombre lobo lo hizo.

—Tal vez por eso Interpol se molestó tanto —reflexiona Lucy.

Marino se sirve el excelente vino francés que se bebe de un sorbo como si fuera Gatorade.

—Sí, Interpol. A lo mejor Benton quedó enredado de alguna manera con el cartel y...

—Por causa de Chandonne. —Lo interrumpo cuando mi foco se hace más preciso y me parece que estoy en la pista que podría conducirnos a la verdad.

Jaime Berger ha sido nuestra huésped de Navidad no invitada. Ella ha ensombrecido mis pensamientos durante toda la tarde. No puedo dejar de pensar en una de las primeras preguntas que me hizo cuando nos encontramos en mi sala de reuniones. Quería saber si alguien había trazado un perfil psicológico de los crímenes de Chandonne en Richmond. Sacó a relucir ese tema con mucha rapidez y fue evidente que estaba convencida de que obtener perfiles era muy importante. Por cierto, sin duda le habrá encargado a alguien trazar un perfil psicológico del homicidio de Susan Pless y cada vez sospecho más que Benton muy bien puede haber sabido de ese caso.

Me pongo de pie.

—Por favor, que esté en casa. —Le pido a Berger en voz alta y comienzo a desesperarme cuando busco en mi bolso su tarjeta. En ella figura su número particular y lo marco desde la cocina de Anna, donde nadie pueda oír lo que digo. Una parte mía se siente incómoda. También estoy asustada y furiosa. Si me equivoco, pareceré una tonta. Si estoy en lo cierto, entonces ella debería haberse mostrado más abierta conmigo, maldición, maldita sea.

—Hola —contesta una voz de mujer.

—¿Señora Berger? —Pregunto.

—Un momento. —La persona que atendió grita—: ¡Mamá! ¡Es para ti!

En cuanto Berger aparece en línea, le digo:

—¿Qué más no sé acerca de usted? Porque está muy claro que no es mucho lo que sé.

—Oh, Jill. —Sin duda se refiere a la persona que contestó el teléfono.—En realidad, son hijos del primer matrimonio de Greg. Dos adolescentes. Y confieso que

hoy los vendería al primer postor. Demonios, creo que le pagaría a alguien para que se los llevara.

—¡Nada de eso! ¡No lo harías! —dice Jill en segundo plano y se echa a reír.

—Aguarde un momento a que me vaya a un lugar más tranquilo. —Berger sigue hablando mientras camina hacia otro sector de donde vive con un marido y dos hijos que nunca me mencionó, ni siquiera después de todas las horas que pasamos juntos —. ¿Qué sucede, Kay?

—¿Usted conoció a Benton? —Le pregunto sin rodeos.

Silencio.

—¿Segue allí? —Pregunto.

—Sí, estoy aquí —dice ella y su tono es ahora muy serio—. Estoy pensando en la mejor manera de contestar su pregunta.

—¿Por qué no empieza con la verdad? Por una vez.

—Yo siempre le dije la verdad —responde.

—Eso es ridículo. He oído decir que hasta los mejores de ustedes mienten cuando tratan de manipular a alguien. Cuando sugieren el uso de detectores o del suero de la verdad para hacer que la gente confiese, y existe también algo como la mentira por omisión. Necesito saber toda la verdad. Se lo exijo. Por el amor de Dios, ¿Benton tuvo algo que ver con el caso de Susan Pless?

—Sí —contesta Berger—. Decididamente sí, Kay.

—Hábleme, señora Berger. Me he pasado toda la tarde leyendo cartas y otras cosas extrañas que él recibió antes de que lo asesinaran. Fueron procesadas en la oficina de correos ubicada en el vecindario de Susan.

Pausa.

—Yo vi a Benton muchas veces y mi oficina utilizó los servicios que la Unidad de Ciencia de la Conducta tenía para ofrecer. Al menos en aquel entonces. En la actualidad tenemos un psiquiatra forense cuyos servicios usamos ahora, alguien de aquí, de Nueva York. Yo había trabajado con Benton en otros casos a lo largo de los años y en cuanto supe del asesinato de Susan y entré en la escena, lo llamé y le pedí que viniera. Juntos revisamos el departamento de Susan, tal como usted y yo revisamos las escenas del crimen de Richmond.

—¿Alguna vez le comentó que estaba recibiendo correspondencia y llamados telefónicos extraños y otras cosas? ¿Y que posiblemente había una conexión entre quienquiera lo estaba haciendo y quienquiera había asesinado a Susan Pless?

—Entiendo —es todo lo que dice.

—¿Entiende? ¿Qué demonios es lo que entiende?

—Entiendo que usted ya lo sabe —me responde—. Lo que me pregunto es de qué manera.

Le hablo del archivo UI. Le informo que parece que Benton hizo revisar los

documentos en busca de huellas digitales y me pregunto quién hizo eso y dónde, y cuáles fueron los resultados. Ella no tiene idea pero dice que deberíamos pasar cualquier huella latente por el Sistema Automático de Identificación de Huellas Dactilares, conocido como SAIHD.

—En los sobres hay sellos postales. —Le informo—. Él no los quitó y lo habría hecho si quería un análisis de ADN.

Sólo en los años recientes los análisis de ADN se han vuelto suficientemente sofisticados, debido al PCR (reacción en cadena de polimerasa), para que valga la pena analizar la saliva. Y es posible que quienquiera pegó las estampillas en el sobre, lo haya hecho lamiéndolas. No estoy segura de que, en aquella época, Carrie supiera que el hecho de mojar una estampilla con la lengua podía revelarnos su identidad. Yo lo habría sabido. Si Benton me hubiera mostrado esas cartas, yo le habría recomendado que hiciera examinar las estampillas. Es posible que entonces hubiéramos obtenido buenos resultados. A lo mejor él no estaría muerto.

—Por aquella época, muchas personas, incluso las que pertenecían a las fuerzas del orden, no pensaban en cosas así. —Berger sigue hablando de las estampillas postales—. Hoy, parece que lo que todos los policías hacen es seguir a las personas para obtener tazas de café usadas, toallas sudadas, pañuelos de papel y colillas de cigarrillo. Sorprendente.

De pronto, por la cabeza se me cruza un pensamiento increíble. Lo que Berger dice me trajo a la memoria un caso ocurrido en Inglaterra, en el que un hombre fue falsamente acusado de robo a causa de una coincidencia en la Base de Datos Nacional de ADN con base en Birmingham. El abogado del individuo solicitó que se le realizara nuevamente un análisis de ADN en las pruebas encontradas en la escena, esta vez empleando diez loci, o locaciones, en lugar de los habituales seis que se habían usado. Los loci, o alelos, son sencillamente locaciones específicas en nuestro mapa genético. Algunos alelos son más comunes que otros, así que, cuanto menos comunes son y cuantas más locaciones se usan, más probabilidades hay de una coincidencia... que en realidad no es literalmente una coincidencia sino, más bien, una probabilidad estadística que hace que sea casi imposible creer que el sospechoso no cometió el crimen. En el caso británico, el supuesto ladrón fue excluido después de que se realizó una nueva prueba con los loci adicionales. Había una probabilidad en treinta y siete millones de una falta de coincidencia, y eso fue precisamente lo que ocurrió.

—Cuando ustedes testearon el ADN del caso de Susan, ¿usaron repeticiones STR? —Le pregunto a Berger.

STR es la nueva tecnología en los perfiles de ADN. Significa que ampliamos el ADN con PCR y observamos una base de pares muy discriminatoria llamada en inglés Short Tandem Repeats. En la actualidad, los requisitos para las bases de datos de ADN

es que se empleen por lo menos trece loci, lo cual hace que sea altamente improbable que haya faltas de coincidencia.

—Sé que los nuestros son laboratorios de avanzada —dice Berger—. Están haciendo PCR desde hace años.

—Es todo PCR a menos que el laboratorio siga haciendo el viejo RFLP, que es muy confiable pero lleva muchísimo tiempo —contesto—. En 1997, era cuestión de cuántos loci se usaban. En los primeros mapeos de una muestra, con frecuencia el laboratorio puede no hacer diez, trece o quince loci. Eso resulta ser costoso. Si sólo se hicieron cuatro loci en el caso de Susan, por ejemplo, podría presentarse una excepción inusual. Estoy dando por sentado que la oficina de médicos forenses todavía tiene la muestra en la heladera.

—¿Qué clase de excepción inusual?

—Si nos enfrentáramos a hermanos, y uno dejó líquido espermático y el otro, pelos y saliva.

—Pero ustedes testearon el ADN de Thomas, ¿no es verdad? ¿Y era similar al de Jean-Baptiste, pero no idéntico? —No puedo creerlo. Berger comienza a agitarse.

—También hicimos eso hace algunos días con trece loci, no cuatro ni seis —contesto—. Doy por sentado que los perfiles tenían muchos de los mismos alelos, pero también algunos diferentes. Cuantas más sondas se utilizan, más diferencias se encuentran. En especial en poblaciones cerradas. Y cuando pensamos en la familia Chandonne, la de ellas es probablemente una población muy cerrada, personas que han vivido en la isla San Luis durante cientos de años, probablemente se casaron con los de su clase. En algunos casos, endogamia, casamientos entre primos, lo cual podría explicar también la deformidad congénita de Jean-Baptiste Chandonne. Cuanto mayor es el número de endogamias, más aumentan las probabilidades de fallas genéticas.

—Tenemos que repetir las pruebas de líquido espermático del caso de Susan. —Decide Berger.

—Los laboratorios de ustedes lo harían de todos modos, puesto que a él lo acusan de homicidio —contesto—. Pero usted podría hacer que le dieran prioridad.

—Dios, esperemos que no resulte ser de otra persona —dice ella—. Sería espantoso que el ADN no coincidiera cuando hacen un nuevo testeo, si la realidad arruinara mi caso.

Ella tiene razón. Eso es lo que sucedería. Hasta a Berger le resultaría muy difícil hacer que un jurado creyera que Chandonne mató a Susan si su ADN no coincide con el ADN del líquido espermático recuperado del cuerpo de Susan.

—Haré que Marino lleve las estampillas y cualquier huella latente a los laboratorios de Richmond —dice ella entonces—. Y, Kay, tengo que pedirle que no lea nada de ese archivo a menos que tenga testigos; no lea más, por favor. Por eso es

mejor que usted no presente personalmente ninguna prueba.

—Lo entiendo. —Otro recordatorio de que estoy bajo sospecha de homicidio.

—Para su propia protección. —Añade ella.

—Señora Berger, si usted sabía todo lo referente a las cartas, a lo que le estaba pasando a Benton, ¿qué pensó cuando lo asesinaron?

—¿Aparte del obvio sacudón y el dolor? Que fue asesinado por quienquiera lo estaba acosando. Sí, fue lo primero que se me cruzó por la mente. Sin embargo, cuando se supo quiénes fueron sus asesinos y, después, esas personas fueron derribadas en un helicóptero, no parecía haber nadie ya a quién perseguir.

—Y si Carrie Grethen escribió esas cartas amenazadoras, ella escribió la peor de todas, parece, el mismo día en que mataron a Susan.

Silencio.

—Creo que debemos pensar que podría haber una conexión.—En este punto me mantengo firme. —Susan puede haber sido la primera víctima de Chandonne en este país, y cuando Benton empezó a husmear alrededor, es posible que se estuviera acercando demasiado a otras cosas que señalan el cartel. Carrie estaba viva y en Nueva York cuando Chandonne vino aquí y asesinó a Susan.

—¿Y quizá Benton también era un blanco? —Berger parece dubitativa.

—Más que quizá —contesto—. Yo conocía a Benton y su forma de pensar. Para empezar, ¿por qué llevaba el archivo UI en su maletín? ¿Por qué lo llevó con él a Filadelfia si no existía una razón para pensar que ese material desagradable y exótico estaba relacionado con lo que Carrie y su cómplice estaban haciendo? Matando gente y cortándoles y arrancándoles las caras. Convirtiéndolas en «personas feas». Y las notas que Benton recibía dejaban bien en claro que a él lo iban a convertir en feo, y es seguro que él...

—Necesito una copia de ese archivo —dice Berger a modo de despedida. Por su tono es evidente que de pronto quiere cortar la comunicación—. Aquí, en casa, tengo una máquina de fax. —Me da el número.

Entro en el estudio de Anna y paso la siguiente media hora fotocopiando todo lo que hay en el archivo UI, porque no puedo insertar documentos plastificados en la máquina de fax. Marino se terminó el borgoña y está de nuevo dormido en el sofá cuando vuelvo al living, donde Lucy y McGovern se encuentran sentadas frente al fuego conversando, inventando guiones que sólo se ponen peor cuanto mayor es la influencia del alcohol. La Navidad se va alejando rápidamente de nosotros. Por último empezamos a abrir los regalos a las diez y media y Marino desempeña el papel de Papá Noel: entrega cajas y cada intento suyo de animarnos recibe una respuesta negativa. A las once suena la campanilla del teléfono de Anna. Es Berger.

—Quid pro quo —es lo primero que dice, refiriéndose a la carta fechada el 5 de diciembre de 1997—. ¿Cuánta gente con mentalidad no legal utiliza ese término? Es

sólo una idea loca, pero me pregunto si no habrá una manera de conseguir el ADN de Rocky Caggiano. Será mejor que levantemos cada piedra y no nos apresuremos tanto en suponer que Carrie escribió esas cartas. Tal vez lo hizo, pero quizá no.

Cuando vuelvo junto a los regalos que están debajo del árbol de Navidad no logro concentrarme. Trato de sonreír y de parecer agradecida, pero no engaño a nadie. Lucy me regala un reloj Breitling de acero inoxidable llamado B52, al tiempo que el regalo de Marino para mí es un cupón con validez para un año de leña para la chimenea que él personalmente me traerá y almacenará. A Lucy le encanta el collar Whirly-Girls que mandé hacer para ella y a Marino le gusta el saco de cuero que Lucy y yo le regalamos. Anna se sentiría muy complacida con un florero de cristal que encontré para ella, pero debe de estar avanzando por alguna parte de la 1-95, desde luego. Todos se apresuran a cumplir con el ritual navideño por las preguntas que flotan pesadamente en el aire. Mientras recogemos los papeles rotos y los moños, le indico por señas a Marino que necesito hablar un momento a solas con él. Nos sentamos en la cocina. Él ha estado sumido en distintos niveles de borrachera durante todo el día y comprendo que probablemente eso se está convirtiendo en algo sistemático. Hay una razón para ello.

—No puedes seguir bebiendo así. —Le digo mientras sirvo un vaso de agua para cada uno de nosotros—. No ayuda nada.

—Nunca sirvió y nunca servirá. —Se frota la cara—. Y da lo mismo cuando yo me siento una mierda. En este momento, todo es una mierda. —Sus ojos hinchados e inyectados en sangre me miran. Marino parece a punto de llorar de nuevo.

—¿Por casualidad no tendrías algo que nos proporcionara el ADN de Rocky? —Se lo pregunto sin preámbulos.

Él se echa hacia atrás como si yo lo hubiera trompeado.

—¿Qué te dijo Berger cuando te llamó? ¿Fue eso? ¿Te llamó por algo con respecto a Rocky?

—Lo único que hace es ir repasando la lista. —Le contesto—. Cualquier persona conectada con nosotros o con Benton que podría estar relacionada con el crimen organizado. Y Rocky es en uno de los que enseguida se piensa. —Paso entonces a contarle lo que Berger me reveló acerca de Benton y el caso de Susan Pless.

—Pero Benton estaba recibiendo todas esas amenazas de porquería antes de que Susan fuera asesinada —dice—. Así que, ¿por qué habría alguien de hacerle la vida imposible si él todavía no se había puesto a husmear por todas partes? ¿Por qué habría Rocky de hacerlo, por ejemplo? Supongo que eso es lo que estás pensando, ¿no? Que tal vez era Rocky el que le mandaba esas cosas.

No tengo respuesta. No lo sé.

—Bueno, supongo que vas a tener que conseguir el ADN de Doris y de mí, porque yo no tengo nada de Rocky. Ni siquiera un pelo. Podrías hacer eso, ¿no? ¿Si tuvieras

el ADN de la madre y del padre, entonces podrías compararlos con algo como saliva?

—Podríamos obtener un linaje y al menos saber que el hijo de ustedes no puede descartarse como contribuyente del ADN de las estampillas.

—Está bien —dice Marino—, si eso es lo que quieres hacer. Puesto que Anna no está, ¿puedo fumar aquí adentro?

—Yo no me animaría —respondo—. ¿Qué me dices de las huellas dactilares de Rocky?

—Olvídalo. Además, no me parece que Benton haya tenido mucha suerte con las huellas. Quiero decir, es evidente que él testeó las cartas en busca de huellas y allí parece terminar todo. Y sé que tú no quieres oír esto, pero tal vez sería bueno que estuvieras segura de cuál es la razón por la que te estás metiendo en todo esto. No te embarques en una caza de brujas porque quieres vengarte del hijo de puta que puede haberle mandado esas cosas a Benton y tal vez tuvo que ver con el hecho de que lo mataran. No vale la pena. Sobre todo si piensas que Carrie lo hizo. Ella está muerta. Deja que se pudra.

—Sí que vale la pena —digo—. Si puedo saber con seguridad quién le envió esas cartas, para mí vale la pena.

—Mmmm. Él dijo que Último Intento era el lugar donde terminaría. Y bueno, parece que fue así —reflexiona Marino—. Nosotros somos Último Intento y estamos trabajando en su caso. ¿No es increíble?

—¿Piensas que él se llevó ese archivo a Filadelfia porque quería asegurarse de que nos llegara a ti o a mí?

—¿Si algo llegaba a pasarle? —Asiento.

—Quizá —dice—. A él le preocupaba la idea de que no estaría mucho tiempo más aquí y quería que nosotros encontráramos ese archivo si algo le pasaba.

Y es también extraño. No es que él diga mucho en ese archivo: es más bien que sabía que otras personas podían verlo y no quería que la persona equivocada viera su contenido. ¿No te parece interesante que en el archivo no figure ningún nombre? Es como si él tuviera sospechosos, pero nunca se los mencionó a nadie.

—Sí, el archivo es bastante críptico. —Coincido con él.

—¿Quién temía Benton que lo viera? ¿Los policías? Porque si algo le ocurría, sabría que los policías le revisarían todo. Y lo hicieron. Los policías de Filadelfia revisaron todo lo que había en su habitación del hotel y después me lo pasaron a mí. Seguro que él se imaginaba que tú verías ese material en algún momento. Y, quizá, también Lucy.

—Creo que la cuestión es que él no podía estar seguro de quién vería el archivo. Así que fue cauteloso, punto. Y Benton tenía fama de ser cauteloso.

—Para no mencionar que estaba ayudando al ATF De modo que puede haber pensado que los del ATF verían el archivo, ¿sí? Lucy es del ATF McGovern es del ATF

y tenía a su cargo el equipo de emergencias que se ocupaba de los fuegos artificiales que Carrie y su ayudante encendían para disfrazar el hecho de que tenían el morboso pasatiempo de cortarles la cara a las personas y arrancárselas, ¿no es así? —Marino entrecierra los ojos—. Talley es del ATF —dice—. Tal vez deberíamos obtener el ADN de ese hijo de puta. Una verdadera lástima. —De nuevo esa mirada suya. Creo que Marino nunca me perdonará que yo me haya acostado con Jay Talley—. Probablemente tú tuviste su maldito ADN. En París. ¿No te habrás quedado con una mancha que a lo mejor te olvidaste de lavar?

—Cállate, Marino —digo en voz baja.

—Tengo síndrome de abstinencia. —Se pone de pie y se acerca al gabinete de licores. Ahora es el momento del bourbon. Se sirve Booker's en un vaso y vuelve a la mesa—. ¿No sería increíble que Talley estuviera metido en todo esto hasta la verija? Tal vez por eso quería llevarte a Interpol. Quería freírte los sesos para averiguar si quizá tú sabías lo que Benton sí sabía. Porque, ¿sabes una cosa? Es posible que cuando Benton empezó a meter la nariz después del asesinato de Susan, Talley pensara que Benton se estaba acercando demasiado a una verdad que él no podía darse el lujo de que nadie supiera.

—¿De qué hablan ustedes dos? —Lucy está en la cocina. Yo no la oí entrar.

—Parece un trabajo a la medida para ti. —Marino la mira con sus ojos hinchados mientras vuelve a llenar su vaso con bourbon—. ¿Por qué tú y Teun no investigan a Talley y descubren la porquería que es? A propósito —esto me lo dice a mí—, por si no lo sabías, él es uno de los tipos que se llevaron a Chandonne en auto a Nueva York. ¿No te parece interesante? Primero presencia la entrevista de Berger. Después pasa seis horas en el auto con él. Bueno, bueno, si lo más probable es que a esta altura ya sean buenos camaradas... si es que no lo eran antes.

Lucy mira por la ventana de la cocina, las manos en los bolsillos del jean, evidentemente disgustada e incómoda con Marino. Él suda y maldice, tiene un equilibrio precario y de pronto está lleno de odio y de rencor y al minuto siguiente se muestra hosco y malhumorado.

—¿Sabes qué es lo que no tolero? —Marino sigue machacando el mismo tema—. No tolero a los malos policías que se salen con la suya porque todos son demasiado cobardes para enfrentarlos. Y nadie quiere tocar a Talley o siquiera intentarlo, porque él habla tantos idiomas y estudió en Harvard y es un nene mimado y muy importante...

—Realmente no sabes lo que dices. —Le dice Lucy a Marino y a esta altura ya McGovern también entra en la cocina.—Estás equivocado. Jay no es intocable y tú no eres la única persona de este planeta que tiene dudas con respecto a él.

—Tengo serias dudas —dice McGovern.

Marino se calla y se apoya contra la mesada.

—Yo puedo decirte lo que sabemos hasta ahora —me dice Lucy. Se muestra un poco renuente y habla con cierta dulzura porque, en realidad, nadie sabe bien qué siento yo con respecto a Jay—. Bueno, detesto tener que decírtelo porque todavía no hay nada definitivo. Pero las cosas no pintan bien hasta el momento.—Me mira como tratando de encontrar una pista.

—Bien —digo—. Adelante, dímelo.

—Sí, soy todo oídos —responde Marino.

—Lo pasé por bastantes bases de datos. No tiene antecedentes criminales ni de juzgados en lo civil, ningún embargo preventivo ni juicios ni nada. No es que esperáramos que estuviera registrado como delincuente sexual o padre que no pasa alimentos a su esposa o desaparecido o buscado en alguna parte. Y no hay pruebas de que el FBI, la CIA o incluso el ATF tenga un legajo sobre él en sus sistemas de registros. Pero cuando hice una búsqueda simple de registros de bienes raíces, sí encontré algo. En primer lugar, tiene un departamento en Nueva York en el que ha permitido que se hospeden ciertos amigos selectos, incluyendo capitostes de las fuerzas del orden. —Nos dice ella a Marino y a mí—. Una propiedad sobre Central Park que cuesta tres millones de dólares y, además, está lleno de antigüedades. Jay ha alardeado que el departamento le pertenece. Pues bien, no es así. Está registrado a nombre de una compañía.

—Es bastante frecuente que las personas adineradas tengan propiedades registradas a nombre de distintas compañías, por razones de privacidad y, también, para proteger diversos bienes de una litigación. —Señalo.

—Ya lo sé. Pero esa compañía no es de Jay —responde Lucy—. No a menos que él sea el dueño de una compañía de fletes aéreos.

—Bastante raro, ¿no? —Añade McGovern—. Considerando todos los embarques en que está involucrada la familia Chandonne. De modo que tal vez existe una conexión. Pero es demasiado pronto para saberlo.

—No me sorprende nada —murmura Marino, pero sus ojos se encienden—. Sí, recuerdo bien cómo se pavoneaba por ser rico y haber estudiado en Harvard y todo eso, ¿no es verdad, Doc? Recuerda que yo me preguntaba por qué de pronto viajábamos en un Learjet y, después, en el Concorde rumbo a Francia. Yo sabía que Interpol no pagaba todo ese lujo.

—Él nunca debería haberse pavoneado por ese departamento. —Comenta Lucy—. Es obvio que tiene el mismo talón de Aquiles que otros imbéciles: el ego.

—Me mira. —Él quería impresionarte, así que te lleva en un avión supersónico y dice que consiguió los pasajes porque eran para miembros de las fuerzas del orden. Y, seguro, sabemos que las líneas aéreas hacen cada tanto cosas así. Pero también estamos rastreando eso para averiguar a nombre de quién se hicieron esas reservas y con qué argumento.

—La pregunta del millón. —Continúa McGovern— es, obviamente, si ese departamento pertenece o no a la familia Chandonne. Y ya se pueden imaginar cuántas capas será preciso atravesar para llegar a ellos.

—Demonios, lo más probable es que sean dueños de todo el maldito edificio —dice Marino—. Y también de la mitad de Manhattan.

—¿Qué me dices de los socios que integran esas sociedades? —Pregunto—. ¿Encontraste algunos nombres interesantes?

—Tenemos algunos nombres, pero todavía no representan nada significativo —contesta Lucy—. Estos casos con mucho papeleo llevan mucho tiempo. Los pasamos por la computadora y después hacemos lo mismo con todo y todos con los que están conectados y así sucesivamente.

—¿Y dónde encajan en esto Mitch Barbosa y Rosso Matos? —Pregunto—. ¿O no tienen algo que ver? Porque alguien tomó una llave de mi casa y la puso en el bolsillo del pantalón de Barbosa. ¿Piensan que lo hizo Jay?

Marino bufa y bebe un sorbo de bourbon.

—Pues él tiene mi voto —dice—. Creo que hizo eso y que también se robó tu martillo cincelador. No se me ocurre que ninguna otra persona pueda haberlo hecho. Conozco a cada uno de los hombres que entraron allí, a tu casa. A menos que lo hiciera Righter, y él es demasiado cobarde y no creo que sea un mal tipo.

No es que la sombra de Jay no se haya cruzado muchas veces antes en nuestros pensamientos. Sabemos que él estuvo en mi casa. Sabemos que me tiene mucho rencor. Todos nos preguntamos muchas cosas con respecto a su carácter, pero si él plantó la llave o la robó de mi casa y se la pasó a alguien más, entonces ello lo implica directamente en el homicidio-tortura de Barbosa y casi seguramente también en el de Matos.

—¿Dónde está Jay en este momento? ¿Alguien lo sabe? —Pregunto y escruto los rostros de todos.

—Bueno, estaba en Nueva York. Eso fue el miércoles. Después lo vimos ayer por la tarde en el condado de James City. Pero no tengo idea de dónde puede estar en este momento —responde Marino.

—Hay otro par de cosas que podrías querer saber —dice Lucy dirigiéndose a mí—. Una en particular es bien extraña, pero confieso que todavía no sé qué significa. Cuando en la computadora hice una búsqueda de créditos encontré dos Jay Talley con diferentes direcciones y diferentes números de seguro social. A un Jay Talley le otorgaron su número de seguro social en Phoenix entre 1960 y 1961. O sea que no podría ser el Jay a que nos referimos a menos que tuviera más de cuarenta años y, ¿qué edad tiene? ¿No es mucho mayor que yo? ¿Tendrá, cuando mucho, poco más de treinta? Al segundo Jay Talley que encontré le otorgaron el número de seguro social entre 1936 y 1937. No hay fecha de nacimiento, pero tendría que haber sido uno de

los primeros que consiguió un número poco después de la Ley de Seguridad Social promulgada en 1935, así que sólo Dios sabe cuántos años tenía ya este Jay Talley en particular cuando le dieron un número. Tendría que tener por lo menos más de setenta, y vaya si se mueve de un lado a otro, usa casillas postales en lugar de direcciones físicas. También compró muchos autos, que a veces cambiaba varias veces por año.

—¿Talley te dijo alguna vez dónde había nacido? —me pregunta Marino.

—Dijo que había pasado casi toda su infancia en París y que, después, su familia se mudó a Los Ángeles —contesto—. Tú también estabas sentado en la cafetería cuando él me lo dijo. En Interpol.

—No existe ningún registro de que Jay Talley haya vivido en Los Ángeles —dice Lucy.

—Y, hablando de Interpol —dice Marino—. ¿No deberían haberlo verificado antes de dejarlo trabajar aquí?

—Obviamente pueden haberlo verificado, pero no a fondo —responde Lucy—. Es un agente del ATF. Se da por sentado que está limpio.

—¿Y qué hay sobre un segundo nombre? —Pregunta Marino—. ¿Conocemos el suyo?

—No tiene un segundo nombre. No hay nada de eso en los archivos personales del ATF. —McGovern sonrío con ironía—. Y tampoco lo tiene el Jay Talley que obtuvo su número de seguro social antes de la Gran Inundación. Eso solamente es bastante insólito. La mayoría de las personas tienen segundos nombres. El legajo de Talley que está en las oficinas centrales dice que nació en París y que vivió allí hasta los seis años. Pero, después de eso, supuestamente se mudó a Nueva York con su padre francés y su madre norteamericana, y no hay ninguna mención de Los Ángeles. En su solicitud para ingresar en el ATF él alega haber estudiado en Harvard, pero al investigar ese hecho descubrimos que no existe ningún registro de que ningún Jay Talley haya asistido nunca a Harvard.

—Dios —exclama Marino—. ¿La gente no verifica nada cuando se presentan esas solicitudes? ¿Sólo le toman a uno la palabra de que estudió en Harvard o es un becario Rhodes o que intervino en las Olimpiadas en la categoría salto con garrocha? ¿Lo contratan a uno, le dan una placa y un arma?

—Bueno, yo voy a darle vía libre a Asuntos Internos para que lo verifiquen más a fondo —dice McGovern—. Tenemos que procurar que nadie ponga sobre aviso a Talley, y es difícil saber quiénes son sus amigos en las oficinas centrales.

Marino levanta los brazos en el aire y se despereza. Su cuello cruje.

—De nuevo tengo hambre —dice.

El cuarto de huéspedes de la casa de Anna da al río y a lo largo de los días he armado algo así como un escritorio provisorio delante de la ventana. Esto requirió una pequeña mesa, que cubrí con una tela para no arañar su terminación satinada, y de la biblioteca saqué prestada una silla giratoria inglesa con tapizado de cuero color verde manzana. Al principio estaba consternada por haberme olvidado mi computadora laptop, pero descubrí un inesperado solaz en acercar la pluma fuente al papel y dejar que mis pensamientos fluyeran a través de mis dedos y quedaran estampados en tinta negra. Mi caligrafía es espantosa, y el concepto de que eso tiene algo que ver con el hecho de ser médica es probablemente cierto. Hay días en que tengo que firmar mi nombre o mis iniciales quinientas veces, y supongo que garabatear descripciones y medidas con las manos cubiertas por guantes ensangrentados también tuvo su participación.

He desarrollado un ritual en la casa de Anna: cada mañana voy a la cocina y me sirvo un café que estaba programado para empezar a filtrarse exactamente a las cinco y media de la mañana. Vuelvo a mi cuarto, cierro la puerta, me siento junto a la ventana y me pongo a escribir frente a un cuadrado de vidrio de total oscuridad. La primera mañana que pasé aquí yo bosquejaba clases que tengo que dar en la escuela de investigación de muertes del Instituto. Pero las fatalidades del transporte, la asfixia y la radiología forense abandonaron mi mente por completo cuando la vida en el río se vio tocada por la primera luz.

Esta mañana contemplé una vez más ese espectáculo. A las seis y media la oscuridad se fue aclarando hasta volverse de color gris carbón y minutos después yo alcanzaba a distinguir las siluetas de los sicómoros y los robles desnudos; luego las llanuras oscuras se transformaron en agua y tierra. La mayoría de las mañanas el río está más caliente que el aire y la bruma cubre la superficie del James. En este momento se parece al río Styx y casi aguardo que un hombre macilento y fantasmal cubierto de harapos pase remando por él a través de velos de bruma. No espero ver animales hasta más cerca de las ocho, y confieso que se han convertido en un gran consuelo para mí. Me he enamorado de los gansos canadienses que se congregan junto al muelle de Auna en medio de un coro de graznidos. Las ardillas se lo pasan subiendo y bajando de los árboles, sus colas curvadas como penachos de humo. Los pájaros revolotean cerca de mi ventana y me miran a los ojos como para averiguar qué estoy espiando. Los ciervos corren por entre bosques invernales desnudos en la otra margen del río y halcones de cola roja descienden en picada.

En raros y privilegiados momentos soy bendecida por águilas calvas. La

envergadura de sus alas es enorme, sus cascos y pantalones blancos las hacen inconfundibles, y siento un gran consuelo porque las águilas vuelan bien alto y en soledad y no parecen tener las mismas agendas que otras aves. Las observo volar en círculos o posarse por un momento en un árbol, no quedarse en un lugar mucho tiempo y desaparecer, dejando que yo me pregunte, al igual que Emerson, si me acaban de enviar una señal. He descubierto que la naturaleza es bondadosa. El resto de las cosas con las que vivo en la actualidad no lo es.

Hoy es lunes 17 de enero y sigo exiliada en casa de Anna, o al menos es eso lo que siento. El tiempo pasa con lentitud, casi parece estancado, como el agua más allá de mi ventana. Las corrientes de mi vida se mueven en una dirección casi imperceptible, y no existe ninguna posibilidad de desviar su inevitable avance. Las fiestas llegaron y se fueron, y me reemplazaron el yeso con vendajes y un entablillado. Conduzco un auto alquilado porque tienen retenido mi Mercedes para futuras investigaciones, en el parque ubicado en la calle Hull y Commerce Road, que no está atendido por la policía veinticuatro horas por día y donde no hay ningún perro guardián. En la víspera de Año Nuevo, alguien rompió el cristal de una ventanilla y robó mi radiotransmisor, la radio AM-FM, el reproductor de CD y sólo Dios sabe qué más. Adiós a la cadena de pruebas, le dije a Marino.

Se han producido novedades en el caso Chandonne. Tal como yo lo sospechaba, cuando el líquido espermático del caso de Susan Pless se testeó originalmente en 1997, sólo se usaron cuatro sondas. La oficina de médicos forenses de Nueva York sigue utilizando todavía cuatro sondas para el primer screening porque se lleva a cabo allí mismo y, por lo tanto, resulta más económico recurrir primero a ellas. La extracción congelada se volvió a testear utilizando quince loci, y el resultado es una no coincidencia. Jean-Baptiste Chandonne no era el donante del líquido espermático, y tampoco lo fue su hermano Thomas. Pero tienen tantos alelos en común, y los perfiles de ADN son tan increíblemente parecidos, que sólo podemos suponer que existe un tercer hermano, y es este tercer hermano el que tuvo relaciones sexuales con Susan. Quedamos estupefactos. Berger no lo puede creer.

—El ADN ha dicho la verdad y nos ha jodido a todos —me dijo Berger por teléfono. Las marcas de mordeduras coinciden con la dentadura de Chandonne, y su saliva y su pelo estaban sobre el cadáver ensangrentado, pero él no tuvo sexo vaginal con Susan Pless justo antes de que ella muriera. Es posible que eso no sea suficiente para un jurado en esta época del ADN. Un gran jurado de Nueva York tendrá que decidir si es suficiente para un auto de acusación, y me sonó increíblemente irónico cuando Berger lo dijo. No parece requerir mucho acusarme a mí de homicidio: solamente un rumor y un supuesto intento y el hecho de que yo realicé algunos experimentos con un martillo cincelador y salsa para parrillada.

Durante semanas esperé la citación. Ayer llegó, y el asistente del sheriff se mostró

tan jovial como siempre cuando se presentó en mi oficina, supongo que sin darse cuenta de que, esta vez, el caso me involucra a mí como acusada y no como testigo experto. Se me pide que me presente en la sala 302 del Edificio de Tribunales John Marshall para testificar frente a un jurado especial de acusación. La audiencia se fija para el martes 1 de febrero a las dos de la tarde.

Algunos minutos después de las siete estoy de pie dentro del vestidor, abriéndome camino entre trajes y blusas para ver qué necesitaré este día. Por Jack Fielding ya sé que tenemos seis casos y dos de los médicos están en tribunales. A las diez tengo una conferencia telefónica con el gobernador Mitchell. Elijo un traje negro de saco y pantalón con pequeñas rayas azules y una blusa azul con puños franceses. Voy a la cocina en busca de otra taza de café y un bol con cereales con un alto nivel proteico que Lucy trajo. No pude menos que reírme cuando prácticamente me rompí los dientes al masticar su regalo sanísimo y crocante. Mi sobrina está decidida a hacer que yo emerja de mi vida malsana como un ave fénix. Enjuago platos, termino de vestirme y voy camino a la puerta de calle cuando empieza a vibrar mi pager. El número de Marino aparece en el display y es seguido por el 911.

Estacionado en el camino de entrada de Anna está el más reciente cambio en mi vida: el auto alquilado. Es un Ford Explorer azul medianoche que tiene olor a cigarrillos viejos y siempre olerá a cigarrillos viejos a menos que yo haga lo que Marino sugirió y ponga un desodorante de ambientes en el tablero. Enchufó el teléfono celular en el encendedor de cigarrillos y lo llamo.

—¿Dónde estás? —Pregunta enseguida.

—Camino a la autopista.—Enciendo la calefacción y los portones de Anna se abren para permitirme salir. Ni siquiera me detengo a tomar el periódico, que Marino me dice después que debo ver, porque es evidente que todavía no lo he leído ya que de lo contrario me habría apresurado a llamarlo.

—Demasiado tarde —le digo—. Ya estoy en Cherokee.—Endurezco mis músculos como una criatura que flexiona los músculos del estómago cuando desafía a alguien a darle un puñetazo en la barriga. —Así que, cuéntamelo. ¿Qué hay en el periódico?— Supongo que lo de la investigación del jurado especial de acusación ya se ha filtrado a la prensa, y tengo razón. Conduzco el auto a lo largo de Cherokee y el nuevo clima invernal sigue disolviéndose en gotitas y charcos y la nieve fangosa resbala con pereza de los techos.

—«Jefa de médicos forenses sospechosa en homicidio macabro». —Marino me lee los titulares de primera plana—. Hay también un retrato tuyo. —Agrega—. Parece ser una de las fotos que esa hija de puta te tomó frente a tu casa. La mujer que resbaló en el hielo, ¿recuerdas? Te muestra subiendo a mi pickup. El vehículo salió muy bien, no así tú...

—Sólo cuéntame qué dice. —Lo interrumpo.

Él lee el artículo mientras yo abrazo las curvas cerradas de Cherokee Road. «Un jurado especial de acusación de Richmond me está investigando en el homicidio de la subjefa de policía Diane Bray», dice el periódico. La noticia se describe como escandalosa y bizarra y tiene furiosos a los integrantes de las fuerzas del orden. Aunque el abogado del estado de Virginia, Buford Righter, se negó a hacer comentarios, fuentes anónimas aseguran que Righter instigó dicha investigación con gran dolor, después de que se presentaron testigos con declaraciones y la policía encontró pruebas que era imposible pasar por alto. Fuentes anónimas adicionales alegan que yo sostuve una acalorada discusión con Bray, quien me consideraba incompetente e indigna de seguir siendo la jefa de médicos forenses de Virginia. Bray trataba de hacerme echar de mi cargo y le confió a gente, antes de su asesinato, que yo la había enfrentado en varias ocasiones y la había intimidado y amenazado. Las fuentes aseguran que existen indicadores que apuntan a la posibilidad de que yo haya hecho las cosas de modo que pareciera que el asesinato de Bray se pareciera al homicidio brutal de Kim Luong, etcétera, etcétera.

Ahora estoy en Huguenot Road, en medio del tráfico de las horas pico. Le digo a Marino que se calle, que ya he oído suficiente.

—Pero todavía sigue bastante —dice.

—De eso estoy segura.

—Deben de haber estado trabajando en esa noticia durante las fiestas porque tienen toda clase de material acerca de ti y de tu pasado. —Oigo el ruido que hace Marino al pasar de página—. Incluso material acerca de Benton y su muerte, y de Lucy. Incluso hay un enorme cuadro con tus datos personales: adonde estudiaste, Cornell, Georgetown, Hopkins. Las fotos de las páginas de adentro son buenas. Hay también una de ti y de mí juntos en una escena del crimen. Oh, mierda, es la escena del crimen de Bray.

—¿Qué dice de Lucy? —Pregunto.

Pero Marino está fascinado con la publicidad, por lo que deben de ser grandes fotografías que nos muestran a él y a mí trabajando juntos.

—Nunca vi nada igual. —Más ruido de páginas—. Y esto sigue y sigue, Doc. Hasta el momento he contado cinco artículos firmados. Deben de haber puesto a trabajar a todo el equipo periodístico sin que nosotros lo supiéramos. Incluso una fotografía aérea de tu casa...

—¿Qué pasa con Lucy? —Pregunto con más fuerza—. ¿Qué dice de Lucy?

—Bueno, maldición, hasta hay una foto tuya con Bray en el estacionamiento de la escena de Luong, en el minimercado. Y por la cara de las dos, parece que cada una quisiera comerse a la otra...

—¡Marino! —Levanto la voz. Es todo lo que puedo hacer para concentrarme en la conducción del auto—. ¡Suficiente!

Pausa. Después:

—Lo siento, Doc. Por Dios, sé que esto es espantoso, pero sólo había tenido tiempo de ver la primera plana antes de conseguirte por teléfono. No tenía idea. Lo siento. Nunca vi nada así, a menos que se trate de la muerte de alguien muy, muy famoso.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No le señalo la ironía de lo que acaba de decir. Tengo la sensación de haber muerto.

—Permíteme que vea lo de Lucy —dice Marino—. Es más o menos lo que cabía esperar. Dice que es tu sobrina pero que siempre fuiste más su madre, que se graduó *cum laude* en la Universidad de Virginia, habla de su accidente automovilístico, dice que es gay, que pilota helicópteros, habla del FBI, del ATF, bla, bla, bla. Y que casi le disparó a Chandonne en el jardín del frente de tu casa. Supongo que ése es el punto más importante. —Marino vuelve a convertirse en una persona irritada. Por mucho que él se muestre hostil con Lucy, no le gusta nada que los demás la censuren—. No dice que ella está de licencia administrativa ni que tú te ocultas en casa de Anna. Al menos hay algo que esos imbéciles no descubrieron.

Me acerco a la calle Cary Oeste.

—¿Dónde estás tú? —Le pregunto.

—En las oficinas centrales. A punto de enfilarse hacia ti —contesta—. Porque tendrás una recepción muy especial. —Se refiere a la prensa—. Pensé que te vendría bien que alguien te acompañara. Además, hay algo que quiero repasar contigo. Y pensé, además, que podríamos intentar un pequeño truco, Doc. Iré primero a tu oficina y dejaré mi pickup. Quiero que tú detengas el auto al frente, en la calle Jackson, en lugar de pegar la vuelta hasta el estacionamiento de atrás, que entres y yo te estacionaré el auto. Hay como treinta reporteros, fotógrafos y gente de televisión acampando en tu estacionamiento, esperando que te presentes.

Al principio estoy de acuerdo con él, pero después lo pienso mejor.

—No —digo—. No estoy dispuesta a entrar en el juego de esconderme o levantar las carpetas o el saco para ocultar mi cara de las cámaras, como si fuera una delincuente o una mañosa. Absolutamente no.

Le digo a Marino que lo veré en mi oficina, pero que estacionaré en el lugar de costumbre y me enfrentaré a los medios. Por lo visto, mi tozudez salió a relucir. Y, además, no veo qué puedo perder haciendo lo de siempre y diciendo la verdad. Y la verdad es que yo no maté a Diane Bray. Jamás se me cruzó por la cabeza hacerlo, aunque confieso que le tenía más antipatía que a nadie que haya conocido en toda mi vida.

En la calle Nueve freno delante de la luz roja de un semáforo y me pongo el saco del traje. Me miro en el espejo retrovisor para comprobar si sigo razonablemente entera. Me retoco un poco los labios y me paso los dedos por el pelo. Enciendo la

radio y me preparo a oír el primer flash informativo. Supongo que las emisoras de radio interrumpirán sus programas con frecuencia para recordarle a todo el mundo que yo represento el primer escándalo del nuevo milenio.

—«... Tengo que decir esto, Jim. Quiero decir, es alguien que podría cometer el crimen perfecto y salir indemne...».

—«Bromeas. Como sabes, yo la entrevisté una vez y...».

Cambio de emisora y después a otra al oír que se burlan de mí y me degradan o me acusan porque alguien filtró a los medios lo que se supone es el procedimiento legal más secreto y sagrado. Me pregunto quién violó su código de silencio y, lo que es aún más triste, varios nombres desfilan por mi mente. No confío en Righter. Pero tengo también otro sospechoso: Jay Talley, y apuesto a que también él fue citado. Trato de calmarme, me dirijo a mi estacionamiento y veo las furgonetas de emisoras de radio y canales de televisión que festonean la calle Cuatro y la cantidad de gente que me espera con cámaras, micrófonos y anotadores.

Ni uno de los reporteros advierte mi Explorer azul oscuro porque no lo esperaban, y en ese momento yo me doy cuenta de que he cometido un grave error táctico. Hace días que manejo un auto alquilado y hasta este momento no se me ocurrió que podrían preguntarme la razón. Giro hacia mi espacio reservado junto a la puerta principal y entonces me ven. La multitud avanza hacia mí como cazadores detrás de una presa grande y yo me obligo a interpretar mi papel. Soy la jefa. Me muestro reservada, aplomada y sin miedo. No he hecho nada malo. Me bajo del auto y me tomo tiempo para recoger mi maletín y una pila de carpetas del asiento de atrás. Me duele el codo debajo de capas y capas de vendas elastizadas y se oye el clic de las cámaras y los micrófonos me apuntan como pistolas que se amartillan y se preparan a disparar.

—¿Doctora Scarpetta? ¿Puede hacernos un comentario sobre...?

—¿Doctora Scarpetta...?

—¿Cuándo se enteró de que un jurado especial de acusación la está investigando?

—¿Dónde está su automóvil?

—¿Puede confirmarnos que básicamente la echaron de su casa y ni siquiera tiene ahora su propio auto?

—¿Renunciará usted?

Los enfrento en la vereda. Permanezco tranquila pero firme mientras espero que se calmen. Cuando se dan cuenta de que yo me propongo contestar sus preguntas, veo expresiones de sorpresa y muy pronto su agresión disminuye. Reconozco muchas caras, pero no recuerdo sus nombres. No estoy segura de haber sabido los nombres de los integrantes de los medios que recogen las noticias desde detrás de las cámaras. Me recuerdo que ellos sencillamente están haciendo su trabajo y que no hay ninguna

razón para que yo me tome esto personalmente. Es así, nada personal. Preguntas groseras, inhumanas, inadecuadas, indiferentes y casi siempre inexactas, pero «no personales».

—No tengo ninguna declaración preparada —empiezo a decir.

—¿Dónde estaba usted la noche que Diane Bray fue asesinada...?

—Por favor. —Los interrumpo—. Al igual que ustedes, yo me he enterado hace poco de que habrá una investigación de un jurado especial de acusación en ese homicidio, y les pido que respeten la reserva absoluta necesaria para ese procedimiento. Por favor, entiendan por qué no soy libre de hablar del tema con ustedes.

—Pero ¿usted...?

—¿No es verdad que usted no conduce su propio auto porque lo tiene secuestrado la policía?

Una andanada de preguntas y de acusaciones desgarran el aire de la mañana como metralla mientras camino hacia mi edificio. No tengo nada más que decir. Yo soy la jefa. Me siento aplomada y tranquila y no tengo miedo. No hice nada malo. Hay un reportero que sí recuerdo porque ¿cómo olvidar a un afroamericano alto, de pelo blanco y facciones que parecen talladas en piedra y que se llama Washington George? Usa un impermeable negro largo y se aprieta contra mí cuando yo lucho por abrir la puerta de vidrio que conduce al interior del edificio.

—¿Puedo preguntarle solamente una cosa? —dice—. ¿No me recuerda? No, ésa no es mi pregunta. —Una sonrisa—. Soy Washington George. Trabajo para AP.

—Sí, lo recuerdo.

—Permítame que la ayude con eso. —Me sostiene la puerta abierta mientras entramos al lobby, donde el guardia de seguridad me mira y ahora conozco el significado de esa mirada. Mi notoriedad se refleja en los ojos de la gente.

—Buenos días, Jeff —digo al pasar por la consola.

Él asiente.

Paso mi tarjeta plástica de identificación por el ojo electrónico y la puerta que da a mi ala del edificio se abre. Washington George sigue conmigo y dice algo sobre cierta información que tiene que cree que yo debo saber, pero no lo estoy escuchando. Una mujer está sentada en mi sector de recepción. Está acurrucada en una silla y parece triste y chiquita entre tanto granito pulido y bloques de vidrio, éste no es un buen lugar para estar. Siempre siento lástima por cualquiera que tiene que estar en mi sector de recepción.

—¿Alguien la atiende? —Le pregunto.

Ella viste una falda negra, zapatos de enfermera y un impermeable oscuro bien ceñido. Abraza su monedero como si alguien pudiera robárselo.

—Sólo estoy esperando —dice con voz ronca.

—¿A quién viene a ver?

—Bueno, no lo sé bien. —Tartamudea y sus ojos nadan en lágrimas. Solloza por dentro y la nariz le chorrea.—Es sobre mi muchacho. ¿Le parece que puedo verlo? No entiendo qué le están haciendo allí. —Le tiembla el mentón y se seca la nariz con el dorso de la mano—. Necesito verlo.

Fielding me dejó hoy un mensaje sobre los casos que tendríamos hoy, y sé que uno de ellos es un muchachito adolescente que supuestamente se ahorcó. ¿Cómo se llamaba? ¿White? Se lo pregunto a la mujer y ella asiente. Me dice que él se llama Benny. Supongo que ella es la señora White y ella vuelve a asentir y me explica que ella y su hijo se cambiaron el apellido a White cuando ella se volvió a casar hace algunos años. Le digo que me acompañe. —Ahora llora a raudales— y que averiguaremos qué está pasando con Benny. Lo que Washington George tiene para decirme tendrá que esperar.

—No creo que usted vaya a querer esperar —me dice él.

—Está bien, está bien. Venga conmigo y hablaremos lo antes que yo pueda. —Se lo digo cuando entramos en mi oficina con otro pase de mi llave identificadora. Cíela está ingresando casos en nuestra computadora y ella enseguida se ruboriza cuando me ve.

—Buen día. —Trata de que su tono sea tan jovial como siempre, pero en sus ojos tiene esa mirada, la mirada que he llegado a odiar y a temer. Sólo puedo imaginar lo que los integrantes de mi equipo se han estado diciendo los unos a los otros esta mañana, y no escapa a mi atención el hecho de que el periódico está plegado sobre el escritorio de Cleta y ella ha tratado de cubrirlo con su suéter. Cleta ha aumentado de peso durante las fiestas y tiene ojeras. Estoy haciendo que todos se sientan mal.

—¿Quién tiene a su cargo a Benny White? —Le pregunto a ella.

—Creo que el doctor Fielding. —Mira a la señora White y se pone de pie en su estación de trabajo—. ¿Puedo tomarle el saco? ¿No quiere un café?

Le pido a Cleta que lleve a la señora White a mi sala de reuniones y le digo a George que me espere en la biblioteca médica. Encuentro a Rose, mi secretaria. Me da tanto alivio verla que olvido mis problemas y ella no me los refleja dándome una mirada secreta, curiosa, incómoda. Rose es solamente Rose. En todo caso, los desastres parecen almidonarla más que nunca. Ella me mira a los ojos y sacude la cabeza.

—Estoy tan disgustada que podría escupir clavos —dice cuando me aparezco junto a su puerta—. Es el galimatías más ridículo que he oído en toda mi vida. —Toma un ejemplar del periódico y lo sacude hacia mí como si yo fuera un perro malo—. No permita que esto la fastidie, doctora Scarpetta. —Como si fuera tan fácil—. Más basura de ese maldito Buford Righter. ¿Por qué no da la cara y se lo dice de frente? —dice y vuelve a sacudir el periódico.

—Rose, ¿Jack está en la morgue? —Pregunto.

—Sí, Dios mío, trabajando en ese pobre chico. —Rose abandona el tema de mi problema y su indignación se convierte en lástima—. Dios Santo, ¿usted lo ha visto?

—Acabo de llegar aquí...

—Parece un chico del coro de una iglesia. Es una hermosa criatura de ojos celestes. Dios mío, si fuera mi hijo...

Interrumpo a Rose y me llevo un dedo a los labios cuando oigo que Cleta se acerca por el pasillo con la pobre madre del muchachito. Muevo los labios y le digo a Rose en silencio: «Es su madre», y ella calla. Su mirada se demora en mis ojos. Esta mañana está inquieta y muy sensible, viste severamente de negro y lleva el pelo peinado bien tirante hacia atrás y sujeto con horquillas.

—Estoy bien. —Le digo.

—Bueno, yo no lo creo. —Se le humedecen los ojos y nerviosamente se concentra en sus papeles.

Jean-Baptiste Chandonne ha diezmado a todos los de mi equipo. Todos los que me conocen y dependen de mí están desanimados y perplejos. Ya no confían del todo en mí y en secreto se angustian por lo que será de sus vidas y sus empleos. Esto me recuerda mi peor momento en el colegio cuando yo tenía doce años; al igual que Lucy, yo era una chiquilla precoz, la primera de mi curso. Mi padre murió el 23 de diciembre de ese año y lo único bueno que puedo rescatar del hecho de que esperara hasta dos días antes de Navidad fue que por lo menos la mayoría de los vecinos estaban en casa, cocinando y poniendo cosas en el horno. En la buena tradición italiana católica, la vida de mi padre fue celebrada con abundancia. Durante varios días, nuestra casa estuvo llena de risas, lágrimas, comida, bebidas y canto.

Cuando volví al colegio después de Año Nuevo, fui todavía más severa con respecto a mis conquistas y exploraciones cerebrales. Sacar un sobresaliente en las pruebas ya no me alcanzaba. Necesitaba desesperadamente llamar la atención, agradar, y les pedía a las monjas que me asignaran proyectos especiales, lo que fuera. Tiempo después solía quedarme alrededor de la escuela parroquial toda la tarde, sacudiendo borradores de pizarrón contra la escalinata del colegio, ayudando a las maestras a clasificar pruebas, ayudando a llenar carteleras de anuncios. Adquirí mucha pericia con las tijeras y las abrochaduras. Cuando hacía falta cortar letras del alfabeto o números y armar con ellas palabras, frases, calendarios, las monjas siempre recurrían a mí.

Martha era una compañera mía en la clase de matemática que se sentaba delante de mí y jamás hablaba. Pero giraba mucho la cabeza para mirarme, con frialdad pero con curiosidad, tratando siempre de espiar la calificación escrita en rojo y rodeada con un círculo encima de mis tareas para el hogar y mis pruebas, con la esperanza de haber recibido una nota mejor que la mía. Cierta día, después de una prueba

particularmente difícil de álgebra, advertí que la actitud de la hermana Teresa hacia mí era muy fría. Esperó hasta que yo terminara de limpiar los borradores de los pizarrones, sentada afuera en los escalones de estuco y creando nubes de tiza en medio del sol del invierno tropical y levantara la vista. Allí está ella en su hábito, con la imponente de una gigantesca ave antártica con un crucifijo colgando del cuello. Alguien me había acusado de copiarme en la prueba de álgebra y, aunque la hermana Teresa no dijo quién le había dicho esa mentira, a mí no me cupo ninguna duda de que la culpable era Martha. La única forma que encontré de demostrar mi inocencia fue someterme de nuevo a la prueba y lograr así otra nota sobresaliente.

Después de eso, la hermana Teresa me vigilaba siempre de cerca. Y nunca me animaba a levantar la vista de lo que estaba escribiendo en mi pupitre. Pasaron varios días. Yo estaba vaciando los papeleros y las dos estábamos solas en el aula. Entonces ella me dijo que yo debía pedirle constantemente a Dios que me mantuviera libre de pecado. Que debía agradecer a nuestro Padre Celestial por los grandes dones que había recibido y rogarle que me mantuviera siempre honesta, porque yo era tan inteligente que podía permitirme cualquier cosa. Dios lo sabe todo, me dijo la hermana Teresa. Dijo que yo no podía engañar a Dios. Protesté y le dije que era honesta y no trataba de engañar a Dios y que ella podía preguntárselo a Dios. Y me eché a llorar. «Yo no soy tramposa», dije en medio de sollozos. «Quiero a mi papá».

Cuando estaba en Johns Hopkins en mi primer año de la facultad de medicina, le escribí a la hermana Teresa una carta en la que le recordaba ese incidente injusto y doloroso y le reiteraba mi inocencia, todavía molesta y furiosa por haber sido acusada falsamente y porque las monjas no me defendieron y, después, nunca parecieron del todo seguras de mí.

Ahora, de pie en la oficina de Rose, más de veinte años más tarde, pienso en lo que Jaime Berger dijo el día que nos conocimos. Prometió que lo doloroso sólo acababa de empezar. Desde luego, no se equivocaba.

—Hoy, antes de que todos se vayan. —Le digo a mi secretaria—, me gustaría hablarles. Te pido que pases la voz, Rose. Veremos cómo va el día y encontraremos un momento para que lo haga. Ahora voy a ver a Benny White. Por favor, procura que su madre esté bien. Dentro de un rato vendré a hablar con ella.

Enfilo por el pasillo, paso por la sala de descanso y encuentro a Washington George en la biblioteca médica.

—Sólo tengo un minuto. —Le digo, un poco aturdida.

Él está revisando los libros de un estante, con un anotador al costado como una pistola que podría usar.

—Oí un rumor —dice—. Si a usted le consta que es verdad, tal vez podría verificarlo. Si no lo sabe, bueno, quizá debería enterarse. Buford Righter no va a ser el fiscal en su audiencia frente al jurado especial de acusación.

—Yo no sé nada de eso —respondo, ocultando la indignación que siempre siento cuando los de la prensa se enteran de detalles antes que yo—. Pero hemos trabajado juntos en muchas causas. —Agrego—. No esperaba que quisiera enfrentar esto él mismo.

—Supongo que sí, y lo que tengo entendido es que se ha designado un fiscal especial. A eso quiero llegar. ¿Usted lo sabe? —Trata de leer la respuesta en mi cara.

—No. —Yo también trato de leerle la cara con la esperanza de poder anticipar algo y poder así esquivar el golpe.

—¿Nadie le informó que Jaime Berger ha sido designada su acusadora, doctora Scarpetta? —Me mira a los ojos—. Por lo que entiendo, ésa es una de las razones por las que vino a la ciudad. Usted ha estado repasando con ella los casos de Luong y Bray y todo eso, pero sé de buena fuente que es una trampa. Supongo que usted diría que ella ha estado trabajando de manera encubierta. Righter lo preparó todo antes de que Chandonne supuestamente se presentara en su casa. Tengo entendido que Berger ha estado en el cuadro desde hace semanas.

Lo único que se me ocurre decir es:

—¿Supuestamente? —No puedo creerlo.

—Bueno —dice Washington George—, por su reacción, imagino que usted no tenía noticias de todo esto.

—Supongo que usted no puede decirme quién es su fuente confiable —respondo.

—No. —Sonríe un poco, con cierta timidez—. ¿De modo que usted no puede confirmármelo?

—Desde luego que no —contesto mientras trato de recuperarme.

—Mire, yo voy a seguir escarbando, pero quiero que sepa que usted me gusta y que siempre ha sido agradable conmigo. —Sigue hablando, pero yo casi no lo oigo. Sólo puedo pensar en Berger pasando horas conmigo en la oscuridad, en su auto, en mi casa, en casa de Bray, y todo el tiempo ella hacía anotaciones mentales para usarlas en contra de mí en la audiencia del jurado especial de acusación. Dios, con razón parece saber tanto de mi vida. Lo más probable es que haya revisado mis registros telefónicos, mis estados de cuenta bancarios, mis informes de crédito y entrevistado a todas las personas que me conocen.

—Washington. —Le digo—, me espera la madre de un pobre muchacho que acaba de morir, y no puedo quedarme aquí y seguir hablando con usted. —Me voy. No me importa si me considera grosera.

Corto camino por el cuarto de baño para damas y en el sector para cambiarse de ropa me pongo un guardapolvo y deslizo fundas de papel sobre mis zapatos. La sala de autopsias está llena de sonidos y cada mesa está ocupada por los infortunados. Jack Fielding está salpicado con sangre. Ya ha abierto el cuerpo del hijo de la señora White y está insertando una jeringa con aguja calibre catorce en la aorta para extraer

sangre. Jack me lanza una mirada frenética y llena de furia cuando me acerco a su mesa. Las noticias de la mañana le cubren la cara.

—Más tarde. —Le digo y levanto una mano antes de que él pueda preguntarme nada—. La madre de este chico está en mi oficina —digo y señalo el cuerpo.

—Mierda —dice Fielding—. Mierda es lo único que puedo decir de este mundo de porquería.

—Ella quiere ver a su hijo. —Tomo un trapo de una bolsa que hay sobre una camilla y limpio la cara de rasgos delicadamente lindos del muchacho. Su pelo es del color del heno y, con excepción de su cara arrebatada, su piel es como leche rosada. Tiene pelusa sobre el labio superior y los primeros indicios de vello púbico; sus hormonas recién comienzan a alborotarse preparándolo para una vida adulta que no está destinado a tener. En otros sentidos, su cuerpo fuerte y joven no exhibe ninguna señal de violencia, ninguna huella de que podía haber tenido alguna razón en el mundo para no vivir. Los suicidas pueden representar un gran desafío. Al contrario de lo que la gente cree, estas personas rara vez dejan una nota. Por lo general no siempre hablan de lo que sienten en vida y, en ocasiones, tampoco sus cuerpos muertos tienen mucho que decir.

—Maldición —murmura Jack.

—¿Qué sabemos acerca de esto? —Le pregunto.

—Sólo que empezó a portarse de una manera rara en la escuela más o menos por Navidad. —Jack toma la manguera y le enjuaga la cavidad torácica hasta que brilla como el interior de un tulipán—. Su padre murió de cáncer de pulmón hace algunos años.—El agua cachetea.—Ese maldito Stanfield, por el amor de Dios. Tres malditos casos suyos en cuatro semanas de porquería. —Jack enjuaga el bloque de órganos, que brilla en distintas tonalidades intensas sobre la tabla de corte, aguardando su violación definitiva—. No hace más que aparecer por aquí como una maldita moneda falsa. —Jack toma un cuchillo quirúrgico grande del carrito—. De modo que este chico va ayer a misa, vuelve a su casa y se ahorca en los bosques.

Cuantas más palabrotas usa Jack Fielding, más trastornado está. Y ahora está muy trastornado.

—¿Qué pasa con Stanfield? —Pregunto—. Creí que iba a renunciar.

—Ojalá lo hiciera. Ese tipo es un idiota. Llama acerca de este caso y, ¿a qué no sabes qué más? Al parecer, va a la escena. El chico cuelga de un árbol y Stanfield corta la soga.

Tengo la sensación de que sé lo que viene a continuación.

—Cortó la soga a través del nudo.

No me equivocaba.

—Esperemos que primero haya tomado fotografías.

—Están allá —dice él y con la cabeza indica el mostrador del otro extremo de la

sala.

Voy a ver las fotografías. Son espantosas. Al parecer, Benny ni siquiera pasó por su casa para cambiarse de ropa cuando volvió de la iglesia, sino que fue derecho a los bosques, arrojó una soga de nylon sobre la rama de un árbol, hizo un lazo en un extremo y enhebró el otro extremo por él. Después hizo otro lazo con un nudo corredizo y se lo pasó por la cabeza. En las fotografías, está vestido con un traje azul Marino y una camisa blanca. En el suelo hay una corbata a rayas rojas y azules de las que se enganchan atrás, que o bien fue desplazada por la soga o él se la quitó antes. Está de rodillas, con los brazos colgando a los costados, la cabeza inclinada hacia abajo, una posición típica de los suicidios de este tipo. No he tenido muchos casos en que la gente esté totalmente suspendida, con los pies colgando en el aire. El asunto es poner suficiente compresión en los vasos sanguíneos del cuello para que la sangre insuficientemente oxigenada llegue al cerebro. Hacen falta sólo dos kilos de presión para comprimir las venas yugulares y un poco más del doble para ocluir las carótidas. El peso de la cabeza contra el nudo corredizo es suficiente. La inconsciencia llega rápido. La muerte, en apenas minutos.

—Hagamos lo siguiente. —Le digo a Jack cuando vuelvo junto a él—. Cubrámoslo. Le pondremos encima sábanas plastificadas para que la sangre no se filtre por la tela. Y dejemos que la madre lo vea antes de que hagas nada más con el cuerpo.

Él hace una inspiración profunda y arroja el escalpelo de nuevo en el carrito.

—Iré a hablar con ella y veré qué más puedo averiguar —digo y me alejo—. Avísale a Rose cuando estés listo. Gracias, Jack. —Hago una pausa para mirarlo a los ojos—. ¿Hablabamos más tarde? Nunca tomamos ese café juntos. Nunca ni siquiera nos deseamos mutuamente Feliz Navidad.

Encuentro a la señora White en mi sala de reuniones. Ha dejado de llorar y está deprimida, la mirada fija en la nada, sin pestañear y sin vida. Apenas se enfoca en mí cuando entro y cierro la puerta. Le digo que acabo de ver a Benny y le daré a ella oportunidad de verlo dentro de unos minutos. Los ojos se le llenan de lágrimas de nuevo y quiere saber si su hijo sufrió. Le digo que debe de haber quedado inconsciente bastante rápido. Ella quiere saber si murió porque no podía respirar. Le contesto que todavía no tenemos todas las respuestas, pero que es poco probable que sus vías respiratorias estuviera obstruidas.

Benny puede haber muerto por daño cerebral hipóxico, pero me inclino más a sospechar que la compresión de los vasos sanguíneos produjo una respuesta vasovagal. En otras palabras, el ritmo de su corazón disminuyó y él murió. Cuando le menciono que su hijo estaba arrodillado, ella sugiere que tal vez le estaba pidiendo al Señor que se lo llevara.

—Puede ser —respondo—. Es posible que haya estado orando.

Consuelo a la señora White lo mejor que puedo. Ella me informa que un cazador buscaba un ciervo al que le había disparado más temprano y encontró el cuerpo de Benny, que no podía haber muerto hacía mucho porque desapareció en cuanto salió de la iglesia, a eso de las dos y media, y la policía apareció en su casa a eso de las cinco. Ellos le dijeron que el cazador encontró a Benny más o menos a las dos. De modo que, al menos, él no estuvo allá solo mucho tiempo, dice la mujer sin cesar. Y que fue una suerte que tuviera su Nuevo Testamento en el bolsillo del saco, porque tenía su nombre y dirección en él. Fue así cómo la policía lo identificó y localizó a la familia.

—Señora White. —Le digo—, ¿últimamente notó que a Benny le pasaba algo? ¿Por ejemplo, en la iglesia, ayer por la mañana? ¿Le sucedió algo que usted sepa?

—Bueno, ha estado muy irritable. —Ahora está más tranquila. Habla de Benny como si su hijo estuviera esperándola en el sector de recepción.—El mes que viene cumplirá doce años, y ya sabe usted cómo son los chicos a esa edad.

—¿Qué quiere decir con eso de «irritable»?

—Que solía encerrarse en su cuarto, cerrar la puerta con llave y escuchar música con los auriculares puestos. Y cada tanto se pone insolente conmigo, y no solía ser así. Confieso que me preocupaba. —La voz se le quiebra. Parpadea, como si de pronto recordara dónde está y por qué razón—. No entiendo por qué tenía que hacer algo así. —Las lágrimas le brotan a borbotones de los ojos—. Sé que, en la iglesia, algunos chicos le han hecho pasar muy malos ratos. Se burlan mucho él y lo llaman «lindo».

—¿Alguno se burló de él ayer? —Pregunto.

—Podría muy bien ser. Todos van juntos a la Escuela Dominical. Y ha habido muchos rumores, ya sabe, acerca de esos asesinatos en la zona. —Hace una nueva pausa. No quiere seguir avanzando por un camino que la lleva a un tema que le resulta desconocido y aberrante.

—¿Los dos hombres asesinados justo antes de Navidad?

—Ajá. Los que dicen que estaban malditos, porque no es así como se crearon los Estados Unidos, ya sabe. Con gente que hacía esas cosas.

—¿Malditos? ¿Quién dice que estaban malditos?

—Eso dicen los rumores. Se habla mucho. —Continúa y respira hondo—. Con Jamestown tan cerca. Siempre hubo relatos de gente que veía los fantasmas de John Smith y Pocahontas y todo el resto. De pronto estos hombres son asesinados cerca de allí, cerca de la isla Jamestown, y se empieza a hablar de que ellos eran, bueno, ya sabe, «anormales», que es la razón por la que alguien los mató, supongo. O, al menos, eso fue lo que oí decir.

—¿Usted y Benny hablaron de esto? —El corazón me pesa cada vez más.

—Sí, algo. Quiero decir, todo el mundo habla de esos hombres que fueron

torturados, asesinados y quemados. Desde entonces, la gente cierra más que antes las puertas de su casa con llave. Debo reconocer que asusta. De modo que Benny y yo hemos hablado del tema, sí. Si quiere que le diga la verdad, él se puso más irritable desde que eso pasó. Así que quizás eso fue lo que lo afectó. —Silencio. Mira fijamente la superficie de la mesa. No puede decidir qué tiempo de verbo usar cuando habla de su hijo muerto.—Eso y que los otros chicos lo llamen «lindo». Benny detestaba eso, y no lo culpo. Yo siempre le digo: «Espera a crecer y ser más apuesto que los demás. Entonces las chicas harán cola para estar contigo. Eso les enseñará a los chicos a respetarte». —Sonríe un poco y se echa a llorar de nuevo—. Él es muy sensible con eso. Y ya sabe lo crueles que pueden ser los chicos con sus bromas.

—¿Será posible que ayer los chicos se hayan burlado mucho de él en la iglesia? —La voy guiando—. ¿Le parece que tal vez los chicos hicieron algún comentario sobre los así llamados «crímenes por odio», acerca de los gays y, quizá, dado a entender que...?

—Bueno. —Suelta ella—. Bueno, sí. Acerca de las maldiciones contra las personas que son «anormales» y malas. La Biblia lo dice con toda claridad: «Dios los entregó a su propia lujuria». —Cita ella.

—¿Existe alguna posibilidad de que Benny haya estado preocupado por su sexualidad, señora White? —Se lo pregunto con dulzura, pero también con firmeza. —Es algo bastante normal cuando los chicos entran en la adolescencia. Tienen gran confusión con respecto a su identidad sexual y esa clase de cosas. En especial en la actualidad. El mundo es un lugar complicado, mucho más complicado de lo que solía ser. —Suena la campanilla del teléfono—. Discúlpeme un instante.

Es Jack y me dice que Benny está listo para que su madre lo vea.

—Y Marino está aquí y la busca. Dice que tiene información importante para usted.

—Dile dónde estoy. —Y corto la comunicación.

—Benny me preguntó si a esos hombres les hicieron esas cosas tan espantosas porque eran... Utilizó la palabra «raros» —dice la señora White—. Yo le contesté que muy bien podría haber sido un castigo de Dios.

—¿Cómo reaccionó él? —Le pregunto.

—No recuerdo que dijera nada.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Hace alrededor de tres semanas. Justo después de que hallaron el segundo cuerpo y en todos los periódicos se decía que eran crímenes por odio.

Me pregunto si Stanfield tiene alguna idea del gran daño que ha causado filtrándole a su maldito cuñado detalles de la investigación. La señora White sigue parloteando nerviosamente mientras el espanto crece en ella con cada paso que damos por el corredor. La acompaño hasta el frente de la oficina y transponemos una

puerta que nos conduce al pequeño cuarto de observación. En su interior hay un sofá y una mesa. De las paredes cuelga un cuadro con un paisaje sereno de la campiña inglesa. Frente al sector con asientos hay una pared de vidrio que está cubierta por una cortina. Del otro lado se encuentra la cámara refrigeradora.

—¿Por qué no toma asiento y se pone cómoda? —Le digo a la señora White y le toco el hombro.

Ella está tensa, asustada, la vista fija en la cortina azul. Se sienta en el borde del sofá, las manos entrelazadas con fuerza sobre la falda. Abro la cortina y Benny está envuelto en azul, una sábana azul sujeta debajo de su barbilla para ocultar la marca de la soga. Su pelo mojado está peinado hacia atrás y tiene los ojos cerrados. Su madre está inmóvil en el borde del sofá. Ni siquiera parece respirar. Mira fijo a su hijo, sin entender. Frunce el entrecejo.

—¿Por qué tiene la cara tan colorada? —Pregunta, y su tono es casi acusador.

—La soga impidió que la sangre volviera a su corazón. —Le explico—. Por eso tiene la cara congestionada.

Ella se pone de pie y se acerca a la ventana.

—Oh, mi bebé. —Susurra—. Mi dulce hijito. Ahora estás en el cielo. En los brazos de Jesús en el Paraíso. Mire, tiene el pelo todo mojado, como si acabaran de bautizarlo. Ustedes deben de haberlo bañado. Lo único que quiero es saber que no sufrió.

Yo no puedo decirle eso. Lo imagino cuando se ajustó el nudo corredizo alrededor del cuello; la terrible presión que sintió en la cabeza debe de haberlo asustado mucho. Él acababa de iniciar el proceso de terminar con su vida, y estaba despierto y lo suficientemente alerta como para saber lo que sucedería. Sí, sufrió.

—No durante mucho tiempo —es lo que digo—. No sufrió mucho tiempo, señora White.

Ella se cubre la cara con las manos y llora. Yo corro la cortina y la acompaño afuera.

—¿Qué le harán ahora? —me pregunta mientras, muy tiesa, me sigue.

—Terminaremos de observarlo y haremos algunos estudios, sólo para averiguar si hay algo más que debemos saber.

Ella asiente.

—¿No quiere sentarse un momento? ¿Puedo ofrecerle algo?

—No, no. Seguiré mi camino.

—Lamento mucho lo de su hijo, señora White. No sabe cuánto lo lamento. Si tiene alguna pregunta, no vacile en llamarme. Si yo no estoy disponible en ese momento, alguien de aquí la ayudará. Las cosas no le resultarán fáciles, y le esperan momentos difíciles. Así que, por favor, llame si podemos hacer algo por usted.

Ella se detiene en el pasillo y me toma la mano. Me mira con intensidad a los

ojos.

—¿Está segura de que alguien no le hizo esto? ¿Cómo sabemos fehacientemente que él mismo se lo hizo?

—Por el momento, nada nos hace pensar que esto es obra de otra persona. —Le aseguro—. Pero investigaremos todas las posibilidades. Todavía no hemos terminado con él. Algunos de esos estudios llevarán semanas.

—¡Pero ustedes no lo mantendrán aquí varias semanas!

—No. Dentro de algunas horas estará listo para que se lo lleven. La funeraria puede venir a buscarlo.

Estamos en la oficina del frente y yo traspongo la puerta con la señora White hacia el lobby. Ella vacila, como si no estuviera segura de qué hacer a continuación.

—Gracias —dice—. Ha sido usted muy bondadosa.

No es nada frecuente que me agradezcan. Mis pensamientos me pesan mucho cuando vuelvo a mi oficina y casi tropiezo con Marino antes de notar su presencia. Él me aguarda junto a la puerta, tiene varios papeles en la mano y su cara irradia entusiasmo.

—No vas a creer esto —dice.

—En este momento, me parece que puedo creer cualquier cosa. —Le contesto y casi me desplomo en el gran sillón de cuero que hay del otro lado de mi escritorio abarrotado de cosas. Suspiro. Supongo que Marino ha venido a decirme que Jaime Berger es la acusadora especial.

—Si es acerca de Berger, ya estoy enterada —digo—. Un periodista de AP me informó que ella ha sido nombrada para querellarme. Todavía no he decidido si es algo bueno o malo. Demonios, ni siquiera puedo decidir si me importa.

En la cara de Marino aparece una expresión de perplejidad.

—¿En serio? ¿Cómo va a hacerlo? ¿Pertenece a la Asociación de Abogados de Richmond?

—No es necesario —contesto—. Puede actuar *pro hac vice*.—Esa frase significa «por esta ocasión particular», y paso a explicarle que, a pedido de un jurado especial, el tribunal puede permitir que un abogado de otro estado participe en una causa, incluso si esa persona no tiene licencia para practicar el derecho en Virginia.

—¿Y Righter? —Pregunta Marino—. ¿Qué hará mientras tanto?

—Alguien de la oficina del procurador del estado tendrá que trabajar con ella. En mi opinión, él será el segundo de Berger y dejará en manos de ella el interrogatorio.

—Se han producido novedades en el caso del Motel Fort James —dice Marino—. Vander ha estado trabajando como loco en las huellas que obtuvo en el interior del cuarto y no vas a poder creerlo —repite—. Adivina las huellas de quién aparecieron. Las de Diane Bray. Y no bromeo. Una huella latente perfecta en el interruptor de luz, no bien se entra en el cuarto: una maldita huella latente de Bray. Desde luego,

tenemos también las huellas del tipo muerto, pero ninguna otra excepto las de Bev Kiffin, como cabría esperar. Las huellas de ella están en la Biblia, por ejemplo, pero no las de él, no las de Matos. Y eso es también bastante interesante. Todo parece indicar que Kiffin puede haber sido la que abrió la Biblia en un libro en especial.

—El Eclesiastés. —Le recuerdo.

—Sí. En las páginas abiertas, una huella latente de Kiffin. Y, recuerda, ella dijo que no abrió la Biblia, así que volví a preguntárselo por teléfono y ella sigue diciendo que no la abrió. Así que comienzo a tener sospechas con respecto a cuál es su participación, en especial ahora que sabemos que Bray estuvo en esa misma habitación antes de que al tipo lo mataran allí adentro. ¿Qué hacía Bray en ese motel? ¿Quieres decírmelo?

—Quizá la llevó allí su tráfico de drogas —contesto—. No se me ocurre otra razón. Por cierto, ese motel no es precisamente el lugar donde cabría esperar que ella se alojara.

—Bingo. —Marino me apunta con el dedo como si fuera una pistola—. Y el marido de Kiffin supuestamente trabaja para la misma compañía de transporte que Barbosa, ¿no es así? Aunque todavía no encontramos ningún registro de que alguien llamado Kiffin conduzca un camión o lo que sea... ni siquiera podemos rastrearlo en absoluto, lo cual debo reconocer que es bien extraño. Y sabemos que Overland es una compañía que está metida en el contrabando de drogas y de armas. A lo mejor tendría más sentido si resulta que Chandonne es la persona que dejó esos pelos en el camping. Quizá estamos hablando del cartel de su familia, ¿verdad que sí? Tal vez eso es lo que lo trajo a Richmond para empezar... el negocio de la familia. Y mientras estaba en la zona, no pudo controlar su hábito de liquidar mujeres a golpes.

—Eso también podría contribuir a explicar qué hacía allí Matos. —Acoto.

—Claro. Quizás él y Juan el Bautista eran compañeros. O tal vez alguien de la familia envió a Matos a Virginia para espialo y sacarlo del juego para que no siguiera cantando nada sobre el negocio de la familia.

Las posibilidades son infinitas.

—Lo que nada de esto explica es por qué Matos fue asesinado y quién lo hizo. O por qué fue asesinado Barbosa. —Señalo.

—No, pero creo que nos estamos acercando —dice Marino—. Y tengo una picazón y opino que si la rascamos un poco podríamos encontrar a Talley. Quién le dice, a lo mejor es el eslabón que falta en esta cadena.

—Bueno, al parecer él conoció a Bray en Washington —digo—. Y ha estado viviendo en la misma ciudad en que está el cuartel central de Chandonne.

—Y siempre se las ingenia para estar en escena cuando Juan el Bautista también lo está. —Añade Marino—. Y me parece que el otro día vi al muy imbécil. Yo estaba en la pickup, detenido frente a la luz roja de un semáforo y de pronto veo una

imponente motocicleta Honda en el carril de al lado. Al principio no lo reconocí porque tenía puesto un casco y el visor tonalizado le tapaba la cara, pero miraba fijo mi vehículo. Estoy bastante seguro de que era Talley, quien enseguida apartó la vista. Tarado de mierda.

Rose se comunica conmigo para avisarme que el gobernador me llama para nuestra conferencia telefónica de las diez. Le hago señas a Marino de que cierre la puerta de la oficina mientras espero a Mitchell en línea. La realidad asoma de nuevo. Tengo la sensación de que sé exactamente lo que está pensando el gobernador.

—¿Kay? —La voz de Mike Mitchell es sombría—. Lamento mucho lo que hoy salió en el periódico.

—Yo tampoco estoy muy feliz. —Le digo.

—Yo te apoyo y te apoyaré siempre —dice él, quizá para tranquilizarme y prepararme para lo que me va a decir a continuación, que no puede ser nada bueno. Yo no respondo. Sospecho que también sabe lo de Berger y probablemente tuvo algo que ver con que a ella la nombraran acusadora especial. Yo no saco el tema. No tiene sentido.—En vista de tus actuales circunstancias. —Continúa él— opino que sería mejor que abandonaras tus tareas hasta que este asunto se resuelva. Y, Kay, no es porque yo crea una palabra de lo publicado.—Esto no es precisamente lo mismo que decir que él cree que yo soy inocente. —Pero, hasta que las cosas se calmen, creo que sería poco prudente que siguieras dirigiendo el sistema de médicos forenses del estado.

—¿Me estás despidiendo, Mike? —Le pregunto a boca de jarro.

—No, no. —Se apresura a decir, y su tono es más suave—. Esperemos a que termine la audiencia del jurado especial de acusación y veamos después qué pasa. Yo tampoco he renunciado a ti ni a tu idea de convertirte en consultora privada. Pasemos primero por todo esto —repite.

—Por supuesto, haré lo que tú digas. —Le contesto con el debido respeto—. Pero debo decir que no creo que sea en el mejor interés del estado que yo me retire de los casos actuales que todavía necesitan mi atención.

—Kay, eso no es posible.—Es un político. —Sólo hablamos de dos semanas, suponiendo que tu audiencia salga bien.

—Cielo Santo —respondo—. Tiene que salir bien.

—Estoy seguro de que sí.

Corto la comunicación y miro a Marino.

—Bueno, no hay más que hablar. —Me pongo a arrojar cosas en mi maletín.— Espero que no cambien las cerraduras en cuanto transponga esa puerta.

—Realmente, ¿qué podía hacer él? Si lo piensas, Doc, ¿qué otra cosa podía hacer? —Marino se ha resignado a lo inevitable.

—Lo que me gustaría saber es quién demonios se lo filtró a los medios. —Cerré

mi maletín y le eché llave—. ¿A ti te citaron, Marino? —Le pregunto sin vueltas—. Nada es confidencial. Será mejor que me lo digas.

—Sabías que me citarían. —Tiene una expresión apenada en el rostro—. No dejes que los hijos de puta te ganen, Doc. No te des por vencida.

Yo tomo mi maletín y abro la puerta de la oficina.

—Lo último que liaría sería darme por vencida. De hecho, tengo mucho que hacer.

La cara de él parece preguntar: ¿qué? El gobernador acaba de ordenarme que no haga nada.

—Mike es un buen tipo —dice Marino—. Pero no lo presiones. No le des ninguna razón para que te eche. ¿Por qué no te vas a alguna parte por unos días? Tal vez ir a visitar a Lucy en Nueva York. ¿No fue ella a Nueva York? ¿Ella y Teun? Mándate a mudar de aquí hasta la audiencia. Desearía que lo hicieras para no tener que preocuparme por ti cada minuto. Tampoco me gusta que estés sola en casa de Anna.

Hago una inspiración profunda y trato de reprimir mi furia y mi dolor. Marino tiene razón. No tiene sentido mandar a la mierda al gobernador y empeorar las cosas. Pero ahora, encima de lodo, me siento echada de la ciudad, y no tengo noticias de Anna y eso también me molesta. Estoy al borde del llanto y me niego a llorar en mi oficina. Desvío la vista de Marino, pero él advierte lo que siento.

—Epa —dice—, tienes todo el derecho de no sentirte bien. Todo esto apesta, Doc.

Cruzo el pasillo y corto camino por el cuarto de baño de damas para llegar a la morgue. La Turca está cosiendo a Benny White y Jack está sentado frente al mostrador ocupándose del papeleo. Acercó una silla a mi subjefe y extraigo varios pelos de su bata quirúrgica.

—Tienes que dejar de perder pelo. —Le digo para ocultar mi fastidio—. Quiero que me digas por qué se te cae tanto el pelo.—Es algo que hace semanas quiero preguntarle. Como de costumbre, han pasado tantas cosas y Jack y yo no hemos hablado.

—Lo único que tiene que hacer es leer el periódico —dice y apoya su lapicera—. Eso le dirá por qué se me cae el pelo. —Su mirada es pesada.

Yo asiento cuando entiendo lo que quiere decir. Es lo que espero. Hace mucho que Jack sabe que estoy en problemas serios. Tal vez Richter se ha puesto en contacto con él hace semanas y ha comenzado a sonsacarle cosas, tal como hizo con Anna. Le pregunto a Jack si es así, y él lo reconoce. Dice que está destrozado, que odia la política y la administración y que no quiere mi cargo ni nunca lo querrá.

—Usted me hace quedar bien —dice—. Siempre lo hizo, doctora Scarpetta. Es posible que ellos crean que yo debo ser nombrado jefe. ¿Entonces qué hago? No lo sé. —Se pasa los dedos por el pelo y se queda con algunos en la mano—. Ojalá todo

pudiera volver a ser normal.

—Créeme, también yo lo deseo —digo y en ese momento suena la campanilla del teléfono y contesta la Turca.

—Eso me recuerda —dice Jack—. Estamos recibiendo llamados muy extraños aquí. ¿Ya se lo dije?

—Yo estaba aquí cuando recibimos uno —contesto—. Alguien que aseguraba ser Benton.

—¡Qué enfermo! —dice, con repugnancia.

—Sé solamente ése. —Agrego.

—¿Doctora Scarpetta? —me llama la Turca—. ¿Puede tomar este llamado? Es Paul.

Me acerco al teléfono.

—¿Cómo estás, Paul? —Le pregunto a Paul Monty, el director de todos los laboratorios forenses del estado.

—En primer lugar, quiero que sepa que todos en este maldito edificio estamos de su lado, Kay —dice—. Leí todas esas sandeces y prácticamente tuve que escupir el café que estaba tomando. Y estamos trabajando a lodo trapo. —Con esto se refiere al testeado de pruebas. Supuestamente tiene que haber un orden igualitario en el tratamiento de las pruebas: debe ser apropiado, ninguna víctima debe ser más importante que otra ni se debe adelantar a nadie al principio de la lista. Pero existe también un código tácito, igual que en los tiroteos de la policía. Cada uno cuida de lo suyo. Eso es un hecho—. Tengo algunos resultados interesantes de las pruebas que quería pasarle a usted personalmente. —Continúa Paul Monty—. Los pelos del camping, los que usted sospecha que pertenecen a Chandonne. Pues bien, el ADN concuerda. Lo que es más interesante aún es que una comparación de las fibras muestra que las fibras de las sábanas de algodón del camping coinciden con las fibras recogidas del colchón del dormitorio de Diane Bray.

El cuadro comienza a tomar forma. Chandonne se llevó las sábanas de Diane Bray después de asesinarla y huyó al camping. Quizá durmió sobre ellas. O tal vez sencillamente se deshizo de ellas. Pero, sea como fuere, podemos decididamente ubicar a Chandonne en el Motel Fort James. Paul no tiene nada más que informarme por el momento.

—¿Qué puedes decirme del hilo dental que encontré en el baño? —Le pregunto a Paul—. ¿En el cuarto en que asesinaron a Matos?

—En eso no hay coincidencia. El ADN no es de Chandonne ni de Bray ni de ninguno de los sospechosos habituales —me dice—. ¿Quizá de algún huésped anterior del motel? Podría no tener relación alguna.

Vuelvo al mostrador donde Jack continúa con su relato de los llamados extraños. Me dice que hubo siete.

—Por casualidad yo contesté uno y la persona, un tipo, preguntó por usted, dijo que era Benton y después colgó. —Informa Jack—. La Turca contestó el segundo. El individuo dice que le comunique a usted que él llamó y que llegará una hora tarde para la cena, se identifica como Benton y cuelga. De modo que sume eso a la mezcla. Con razón me estoy quedando pelado.

—¿Por qué no me lo dijeron? —Distraídamente tomo una fotografía Polaroid del cuerpo de Benny White en la camilla antes de que lo desnudaran.

—Porque pensamos que ya le estaban sucediendo suficientes cosas desagradables. Yo debería habérselo dicho. Estuve mal.

La visión de ese muchachito vestido con su mejor ropa dominguera, dentro de una bolsa para cadáveres y encima de una camilla de acero es tan incongruente. Siento una profunda lástima cuando veo que sus pantalones son un poco cortos y las medias son de distinto color: una azul y la otra negra. Me siento peor.

—¿Encontraste en él algo fuera de lo común? —Ya he hablado bastante de mis problemas; de hecho, no me parecen tan importantes cuando miro las fotografías de Benny y pienso en su madre en la sala de observación.

—Sí, una cosa me intrigó —dice Jack—. Lo que me dijeron fue que él volvió a su casa de la iglesia, pero nunca entró en la casa. Se bajó del auto y enfiló hacia el galpón, diciendo que enseguida entraría a la casa, que iba a buscar su cortaplumas. Que debe de estar en su caja con anzuelos y olvidó sacarlo cuando el otro día regresó a casa de pescar. En otras palabras, nunca llegó a cenar ese domingo. Pero este pequeño tenía el estómago lleno.

—¿Pudiste descubrir qué había comido? —Pregunto.

—Sí. Para empezar, rosetas de maíz. Y parece que también hotdogs. Así que llamé a su casa y hablé con su padrastro. Le pregunté si Benny había comido algo en la iglesia y él me contestó que no. El padrastro no tenía idea de dónde provenía esa comida —contesta Jack.

—Eso es muy extraño. —Comento—. ¿De modo que regresa a casa de la iglesia y va al bosque a ahorcarse, pero en el camino se detiene en algún lugar para comer rosetas de maíz y un hotdog? —Me pongo de pie—. Algo no calza en ese cuadro.

—Si no fuera por el contenido gástrico, yo diría que es directamente un suicidio. —Jack permanece sentado y me mira—. Podría matar a Stanfield por haber cortado la soga a través del nudo. El muy idiota.

—Quizá deberíamos echar un vistazo al lugar donde Benny se ahorcó. —Decido—. Ir a la escena.

—Ellos viven en una granja del condado de James City —dice Jack—. Justo sobre el río y, al parecer, los bosques donde se ahorcó están cerca del borde del campo a menos de un kilómetro y medio de la casa.

—Vayamos allá —le digo—. Tal vez Lucy acepte llevarnos.

Desde el hangar de Nueva York al HeloAir en Richmond es un vuelo de dos horas, y Lucy se sintió más que feliz de poder lucir el nuevo helicóptero de su compañía. El plan es simple. Ella nos recogerá a Jack y a mí y aterrizará en la granja, de donde los tres iremos a revisar el lugar donde Benny White supuestamente se mató. También quiero ver su cuarto. Después dejaremos a Jack en Richmond y yo regresaré a Nueva York con Lucy, donde me quedaré hasta la audiencia del jurado especial de acusación. Todo esto está planeado para mañana por la mañana, y el detective Stanfield no tiene ningún interés en reunirse con nosotros en la escena.

—¿Para qué? —Son las primeras palabras que salen de su boca—. ¿Para qué quieren ir allá?

Estuve a punto de mencionarle que el contenido gástrico no tiene ningún sentido y casi le pregunto a Stanfield si no observó nada que le resultara sospechoso o le llamara la atención. Pero me reprimo. Algo me impide hacerlo.

—Por favor, indíqueme cómo llegar a la casa de los White. —Le digo.

Él describe el lugar donde vive la familia de Benny White, muy cerca de la ruta 5. Dice que no puedo equivocarme porque en la intersección hay un pequeño almacén y es allí donde debo doblar a la izquierda. Me proporciona marcas que no me servirán para nada en el aire. Por último logro sacarle que la granja está a menos de un kilómetro y medio del ferry, cerca de Jamestown, y es entonces cuando me doy cuenta por primera vez de que la granja de Benny White está muy cerca del motel y camping Fort James.

—Sí, claro —dice Stanfield cuando le hablo de ésa cercanía—. Él estaba en la misma zona que los otros. Eso era lo que lo tenía tan trastornado, según su madre.

—¿A qué distancia queda la granja del motel? —Pregunto.

—Está justo cruzando el arroyo. Pero no es gran cosa como granja.

—Detective Stanfield, ¿existe alguna posibilidad de que Benny conociera a los dos hijos de Bev Kiffin? Tengo entendido que a Benny le gustaba pescar. —De pronto, mentalmente veo la caña de pescar apoyada contra la ventana que hay junto a la escalera en la casa de Mitch Barbosa.

—Ahora bien, conozco la historia de que supuestamente fue a buscar su cortaplumas de su caja de anzuelos, pero no creo que eso haya sido lo que hizo. Creo que sólo quería una excusa para alejarse de todos —responde Stanfield.

—¿Sabemos de dónde sacó la soga? —Pregunto y hago a un lado sus desagradables conjeturas.

—Su padrastro dice que en el galpón hay toda clase de sogas —contesta Stanfield—. Bueno, en el galpón guardan toda clase de cosas inservibles. Le pregunté qué había adentro y él respondió que basura. ¿Sabe?, tengo la corazonada de que Benny puede haber tropezado allá afuera con Barbosa, ya sabe, pescando, y sabemos lo bueno que era Barbosa con los chicos. Eso sin duda ayudaría a explicar lo sucedido.

Y su mamá dijo que el chico había estado teniendo pesadillas y estaba muy trastornado con los asesinatos. Que estaba muerto de miedo, fueron las palabras exactas de ella. Lo que ustedes deben hacer ahora es dirigirse directamente al arroyo. En el borde del terreno verán el galpón y, un poco más allá a la izquierda, los bosques. Hay un sendero con el pasto un poco crecido y es allí donde el chico se ahorcó, a unos quince metros por el sendero donde hay un mirador para cazadores de ciervos. Imposible perderse. Yo no me trepé al mirador para cortar la soga sino que corté el extremo que estaba alrededor del cuello del chico. Así que debe de estar todavía allí. La soga debería seguir en ese lugar.

Me abstengo de demostrar mi total reprobación con respecto a la forma de trabajar de Stanfield. No le hago más preguntas ni le sugiero que debería hacer exactamente lo que amenazó con hacer: renunciar. Llamo a la señora White para comunicarle nuestros planes. Su voz suena pequeña y herida. Está como atontada y no parece comprender que queremos aterrizar un helicóptero en su granja.

—Necesitamos un claro. Un terreno nivelado, un sector donde no haya cables telefónicos ni demasiados árboles. —Le explico.

—Pero nosotros no tenemos pista de aterrizaje —dice varias veces.

Por último, pone a su marido al teléfono. Su nombre es Marcus. Él me dice que tienen un campo de soja entre la casa y la ruta 5, y que también hay un silo pintado de verde oscuro. En toda esa zona no hay ningún otro silo, ni uno pintado de verde, añade. Él no tiene inconveniente de que aterricemos en su campo. El resto de mi día es largo. Trabajo en la oficina y reúno a mi gente antes de que regresen a su casa. Les explico lo que está sucediendo en mi vida y aseguro a cada uno de que su empleo no está en peligro. También dejo bien en claro que yo no he hecho nada malo y que confíen en que mi nombre será aclarado. No les digo que he renunciado. Ya han padecido demasiados temblores y no necesitan un terremoto. No empaco cosas en mi oficina ni me voy con algo más que mi maletín, como si todo estuviera bien y yo volviera a verlos por la mañana, como de costumbre.

Ahora son las nueve de la noche. Estoy sentada en la cocina de Anna, mordisqueando una tajada de queso cheddar y bebiendo una copa de vino tinto; trato de sentirme tranquila y de no ensombrecer mis pensamientos. Me resulta casi imposible tragar alimentos sólidos. He perdido peso, pero no sé cuánto. No tengo apetito y he desarrollado la desagradable rutina de salir cada tanto para fumar. Cada media hora trato de comunicarme con Marino, pero sin éxito. Y sigo pensando en el archivo UI. Prácticamente no ha abandonado mi mente desde que lo vi el día de Navidad. Suena la campanilla del teléfono cerca de la medianoche y doy por sentado que es Marino, que finalmente devuelve mi llamado.

—Scarpetta —respondo.

—Soy Jaime. —Por la línea telefónica resuena la voz distintiva y confiada de

Berger.

La sorpresa me deja un momento muda. Pero entonces recuerdo. Berger no parece tener ningún problema en hablar con personas que ella se propone enviar a la cárcel, no importa qué hora es.

—He estado hablando con Marino —dice—. De modo que sé que usted conoce mi situación. O supongo que debería decir «nuestra» situación. Creo que, en realidad, usted debería sentirse bien al respecto. Yo no voy a decirle qué hacer, Kay, pero permítame decirle sólo esto: háblele al jurado de la misma manera en que lo hizo conmigo. Y trate de no preocuparse.

—Creo que estoy más allá de toda preocupación —respondo.

—La llamo más que nada para pasarle cierta información. Recibimos el ADN de las estampillas, las estampillas de las cartas que había en el archivo UI —me informa, como si de nuevo estuviera en mi mente. De modo que, ahora, los laboratorios de Richmond tratan directamente con ella—. Parece que Diane Bray estaba en todo el mapa, Kay. Al menos ella lamió esas estampillas, y supongo que escribió también las cartas y fue lo suficientemente viva como para no dejar en ellas sus huellas. Las huellas que había en varias de las cartas son de Sentón, probablemente de cuando él las abrió antes de darse cuenta de lo que eran. Se me ocurre que él sabía que eran sus huellas. No sé por qué no hizo una nota en tal sentido. Me pregunto si Benton nunca le mencionó a Bray. ¿Existe alguna razón para pensar que se conocían?

—Yo no recuerdo que la haya mencionado —contesto. Mis pensamientos están bloqueados. No puedo creer lo que Berger acaba de decir.

—Bueno, ciertamente él podía haberla conocido. —Continúa Berger—. Ella estaba en D.C. Él estaba a algunos kilómetros de allí por el camino a Quantico. No lo sé. Pero me sorprende que ella le enviara ese material a él, y me pregunto si quería que las cartas fueran despachadas de Nueva York para que él creyera que se las mandaba Carne Grethen.

—Y sabemos que él si lo sospechó. —Le recuerdo.

—Además, debemos preguntarnos si Bray posiblemente. —Y sólo posiblemente —tuvo algo que ver con la muerte de Benton. —Berger agrega el toque final.

Se me cruza por la mente la sospecha de que, una vez más, Berger me está poniendo a prueba. ¿Qué espera? ¿Que yo salte con un comentario incriminatorio, como «Qué suerte. Bray recibió lo que se merecía»? Al mismo tiempo, no lo sé. Quizá la que habla es mi paranoia y no la realidad. Tal vez Berger simplemente dice lo que se le pasa por la mente, nada más.

—Supongo que Bray nunca le mencionó a Benton —dice Berger.

—No que yo recuerde —respondo—. No recuerdo que jamás Bray haya dicho una sola palabra acerca de Benton.

—Lo que no entiendo. —Prosigue Berger— es esta cosa de Chandonne. Si

pensamos que Jean-Baptiste Chandonne conocía a Bray. —Por aquello de que estaban juntos en el negocio—, ¿entonces por qué la mató? ¿Y de la forma en que la mató? Eso me parece que no encaja en el cuadro. No se ajusta a ningún perfil. ¿Qué opina usted?

—Creo que usted debería leerme mis derechos antes de preguntarme qué opino acerca del asesinato de Bray —es lo que le digo—. O, quizá, guardarse sus preguntas para la audiencia.

—Usted no ha sido arrestada —contesta ella, y yo no puedo creerlo. Incluso oigo una sonrisa en su tono. Mi respuesta le pareció divertida—. Usted no necesita que le recite sus derechos. —Se pone seria—. Yo no estoy jugando con usted, Kay. Le estoy pidiendo ayuda. Debería alegrarse de que sea yo y no Righter la persona que entrevistará a los testigos en ese recinto.

—Lo que lamento es que alguien tenga que estar en esa sala. Nadie debería estar. No por mi culpa. —Le digo.

—Pues bien, hay dos piezas clave que tenemos que entender.—Es impermeable y tiene algo más que decirme.—El líquido espermático seminal hallado en el caso de Susan Pless no es de Chandonne. Y ahora tenemos esta información reciente con respecto a Diane Bray. Es nada más que una corazonada, pero no creo que Chandonne conociera a Diane Bray. No personalmente. No en absoluto. Creo que todas sus víctimas son personas que él conocía solamente de lejos. Él las observaba, las seguía y fantaseaba con ellas. Y, de paso, ésa era también la opinión de Benton cuando trazó el perfil del caso de Susan.

—¿Opinaba él que la persona que la asesinó también dejó su semen? —Pregunto.

—Él nunca pensó que hubiera más de una persona involucrada. —Admite Berger—. Hasta los casos suyos en Richmond, todavía buscábamos a ese individuo bien parecido y bien vestido que cenó con ella en el Lumi. Por cierto que no buscábamos alguien con un trastorno genético que se autoproclamaba hombre lobo, no en aquel entonces.

Como si se supusiera que yo debería dormir bien después de todo esto. No lo hago. Entro y salgo de cierto estado adormilado y cada tanto tomo el reloj para ver que hora es. Las horas avanzan en forma imperceptible y pesada, como los res. Sueño que estoy en mi casa y tengo un cachorro, una adorable labrador manila con orejas largas y pesadas y enormes patas y la cara más dulce me recuerda a los animales de peluche en FAO Schwarz esa maravillosa tienda de juguetes de Nueva York donde yo solía comprar sorpresas para Lucy cuando ella era chiquita. En mi sueño, esta ficción dolorida que retejo en mi estado de semiconciencia, juego con la cachorrita, le hago cosquillas y ella me lame mientras mueve furiosamente la cola. Entonces de alguna

manera estoy entrando de nuevo en mi casa, y todo está oscuro y helado y no veo que haya nadie allí, ninguna vida, pero sí un silencio absoluto. Llamo a la cachorrita —no recuerdo su nombre— y frenéticamente la busco en cada habitación. Despierto en el cuarto de huéspedes de Anna, llorando a gritos.

La mañana llega y la bruma se desplaza como humo mientras nosotros volamos bajo por encima de los árboles. Lucy y yo estamos solas en su nuevo helicóptero, porque Jack despertó con dolores y escalofríos. Se quedó en su casa, y sospecho que esa enfermedad fue autoinducida. Creo que lo que tiene es resaca, y temo que la insuperable tensión que yo he creado en la oficina lo ha alentado a contraer malos hábitos. Él estaba perfectamente satisfecho con su vida. Ahora, todo ha cambiado.

El Bell 407 es negro con rayas luminosas. Tiene el mismo olor que un auto nuevo y se mueve con la lisura y la fuerza de la seda pesada cuando volamos hacia el este a ochocientos pies de la tierra. Yo estoy muy atareada con el mapa que tengo sobre las rodillas y trato de hacer coincidir las líneas de alta tensión, los caminos y las vías de ferrocarril con lo que pasamos por encima. No es que no sepamos exactamente dónde estamos, porque el helicóptero de Lucy tiene suficiente equipo de navegación como para pilotear el Concorde. Pero cuando yo me siento como ahora, tiendo a obsesionarme con una tarea, con cualquier tarea. —Dos antenas cerca de la una en punto— digo y se lo muestro en el mapa. —Quinientos treinta pies sobre el nivel del mar. No debería representar un problema, pero todavía no las veo.

—Yo estoy mirando —dice ella.

Las antenas estarán bien debajo del horizonte, lo cual significa que no serán un peligro aunque nos acerquemos bastante a ellas. Pero yo les tengo una fobia especial a las obstrucciones, y cada vez hay más en este mundo de constante comunicación. El control de tráfico aéreo de Richmond nos informa que el servicio de radar concluye y que podemos comunicarnos por VFR. Cambio la frecuencia a mil doscientos en el radiofaro de respuesta y comienzo a divisar las antenas varios kilómetros más adelante. No tienen estroboscopios de alta intensidad y sólo son fantasmales líneas rectas trazadas con lápiz en medio de una bruma densa y gris. Se las señalo a Lucy.

—Las tengo —contesta Lucy—. Detesto esas cosas. —Opera los instrumentos hacia la derecha y vira bien hacia el norte de ellas porque no quiere tener nada que ver con los vientos de alambre, porque los pesados cables de acero de las antenas son como francotiradores emboscados. Son los primeros en abatir un helicóptero.

—¿El gobernador se pondrá furioso si se entera de que estás haciendo esto? —La pregunta de Lucy suena en mis auriculares.

—Él me dijo que me tomara vacaciones de la oficina —contesto—. Y eso hago, estoy fuera de la oficina.

—De manera que vendrás conmigo a Nueva York —dice—. Puedes quedarte en

mi departamento. De veras me alegra que dejes el trabajo, que no sigas siendo jefa y que estés por tu cuenta. ¿Puede ser que termines en Nueva York, trabajando con Teun y conmigo?

Yo no quiero ofenderla. No le digo que no me alegro. Quiero estar aquí, quiero estar en mi casa y seguir trabajando como de costumbre, y eso nunca será posible. Me siento una fugitiva y se lo digo a mi sobrina, cuya atención está centrada en el exterior de la cabina; su mirada jamás se aparta de lo que está haciendo. Hablar con alguien que pilota un helicóptero es como charlar por teléfono. La persona en realidad no nos ve. No hay gestos ni roces. El sol adquiere más fuerza y la bruma se debilita cuanto más hacia el este avanzamos. Debajo de nosotros, los arroyos brillan como entrañas de la tierra y el río James tiene un resplandor blanco parecido al de la nieve. Descendemos y reducimos la velocidad, y pasamos sobre Susan Constant, Godspeed y Discovery, las réplicas en tamaño real de los barcos que transportaron a ciento cuatro hombres y muchachos a Virginia en 1607. A lo lejos alcanzo a distinguir el obelisco que asoma por entre los árboles de la isla Jamestown, donde los arqueólogos crean el primer asentamiento inglés de los Estados Unidos a partir de los muertos. Un transbordador cruza lentamente automóviles por el agua hacia Surry.

—Veo un silo verde en las nueve en punto. —Comenta Lucy—. ¿Te parece que será ése?

Sigo su mirada hacia una pequeña granja que se extiende hasta un arroyo. Sobre el otro lado de esa angosta y barrosa corriente de agua, los techos y las viejas casas rodantes asoman por entre gruesos pinos y se convierten en el Motel y Camping Fort James. Lucy vuela en círculos sobre la granja a quinientos pies de altura para asegurarse de que no hay ningún peligro como cables eléctricos. Estudia la zona y parece satisfecha al desacelerar y reducir la velocidad a sesenta nudos. Empezamos nuestro acercamiento a un claro que hay entre los bosques y la pequeña casa de ladrillos donde Benny White pasó sus cortos doce años. Lucy aterriza el helicóptero con suavidad y se asegura de que esté nivelado. La señora White sale de la casa. Nos mira y se protege los ojos del sol con una mano; y, después, un hombre alto de traje se para junto a ella. Permanece en el porche mientras Lucy repasa el apagado de motores durante dos minutos. Al bajar del helicóptero y caminar hacia la casa, me doy cuenta de que los padres de Benny se han vestido para nosotras con su mejor ropa. Tienen el aspecto de haber regresado recién de la iglesia.

—Jamás pensé que algo así podría aterrizar en mi granja.—El señor White observa el helicóptero con una expresión seria en la cara.

—Por favor, pasen —dice la señora White—. ¿Puedo ofrecerles café o alguna otra cosa?

Conversamos acerca del vuelo, de trivialidades, y la ansiedad flota pesadamente en el ambiente. Los White saben que estoy aquí porque debo investigar el lugar para

averiguar qué le pasó realmente al hijo de ambos. Ellos parecen creer que Lucy es parte de la investigación y se dirigen a nosotras dos cada vez que hablan. La casa está muy ordenada y agradablemente amueblada con sillones grandes y cómodos, alfombras trenzadas y lámparas de bronce. El piso es de pino; las paredes de madera están encaladas y de ellas cuelgan acuarelas con escenas de la Guerra Civil. Junto a la chimenea del living hay estantes que están repletos de balas de cañón, balas cónicas para rifles, un juego portátil de utensilios de campaña con su estuche, frascos antiguos y toda clase de objetos que probablemente son de la Guerra Civil. Cuando el señor White adviene mi interés, me explica que es un coleccionista. Es un buscador de tesoros y revisa toda la zona con un detector de metales cuando no está ocupado en la oficina. Es contador. Su granja no está activa, pero ha pertenecido a la familia durante más de cien años, nos dice a Lucy y a mí. —Supongo que soy un fanático de la historia—. Continúa. —He encontrado hasta botones de la Guerra de la Independencia. Nunca se sabe lo que se va a encontrar por estos alrededores.

Ahora estamos en la cocina y la señora White le da a Lucy un vaso de agua. —¿Y Benny?— Pregunto. —¿A él le interesaba buscar tesoros? —Sí, claro que sí— contesta su madre. —Siempre tenía la esperanza de encontrar un tesoro real, como el oro.—Ella ha empezado a aceptar la muerte de su hijo y habla de él en pasado.

—Ya sabe, la antigua leyenda de que los confederados escondían todo ese oro que nunca se encontró. Bueno, Benny creía que él iba a encontrarlo —dice el señor White y tiene en la mano un vaso de agua, como si no supiera qué hacer con él. Lo apoya en la mesada sin beber ni una gota—. Le encantaba estar afuera. Con frecuencia pensé que era una lástima que ya no trabajáramos la granja, porque creo que a Benny le habría gustado mucho hacerlo.

—En especial, todo lo referente a animales. —Agrega la señora White—. Ese chico amaba los animales más que nadie que yo haya conocido jamás. Era tan bondadoso y compasivo —dice y se le llenan los ojos de lágrimas—. Si un pájaro golpeaba contra la ventana, él salía corriendo de la casa para tratar de encontrarlo y después volvía histérico porque el pobrecito tenía el cuello roto, que es lo que por lo general sucede.

El padrastro de Benny mira por la ventana con una expresión triste en la cara. La madre del chiquillo permanece en silencio. Sin duda lucha por recuperar la compostura.

—Benny comió algo antes de morir —les digo—. Creo que el doctor Fielding les habrá hecho preguntas sobre ese tema para ver si era posible que le hubieran dado algo de comer en la iglesia.

El señor White niega con la cabeza sin dejar de mirar hacia afuera.

—No, señora. En la iglesia no sirven comida, salvo la cena de los miércoles. Si Benny había comido algo, no tengo idea de dónde fue.

—Él no comió aquí. —Añade enfáticamente la señora White—. Yo preparé estofado de carne para la cena y, bueno, él no cenó aquí. El estofado era uno de sus platos favoritos.

—Tenía rosetas de maíz y hotdogs en el estómago —digo—. Parece que los comió poco antes de morir. —Me aseguro de que entiendan lo extraño que es esto y lo importante que es encontrar una explicación.

Los dos parecen desconcertados. En sus ojos aparece una mezcla de fascinación y confusión. Dicen que no tienen la menor idea de dónde pudo conseguir Benny esa comida basura, como ellos la llaman. Lucy les pregunta por los vecinos, si no es posible que Benny hubiera pasado por la casa de alguien antes de ir al bosque. Una vez más, no lo imaginan haciendo una cosa así, no a la hora de la cena; y los vecinos son en su mayoría personas grandes que nunca le darían a Benny una comida o incluso un bocadillo sin llamar primero a sus padres para preguntarles si están de acuerdo.

—Nunca le arruinarían la cena sin preguntarnos. —La señora White está segura de ello.

—¿Le importa si yo veo su dormitorio? —Pregunto—. A veces entiendo más a un paciente si veo dónde pasaba su tiempo privado.

Los White parecen dudar un poco.

—Bueno, supongo que está bien. —Decide el padrastro.

Nos llevan por un pasillo hacia la parte de atrás de la casa y, en el camino pasamos por un dormitorio que hay a la izquierda y que parece el cuarto de una niña, con cortinas color rosa pálido y un acolchado rosado. En las paredes hay posters de caballos y la señora White explica que ése es el dormitorio de Lori, la hermana menor de Benny, que en este momento está en Williamsburg, en casa de su abuela. Ella todavía no fue al colegio y no lo hará hasta después del funeral, que se celebrará mañana. Aunque no lo dicen, me parece entender que no creían que fuera una buena idea que la criatura estuviera aquí cuando la médica forense descendiera del cielo y comenzara a hacer preguntas acerca de la muerte violenta de su hermano.

El cuarto de Benny es un verdadero zoológico de animales de peluche: dragones, osos, pájaros, ardillas, todos peludos y dulces y muchos de ellos cómicos. Hay docenas. Sus padres y Lucy permanecen junto a la puerta mientras yo entro y me detengo un momento en el centro de la habitación, mirando en todas direcciones y dejando que ese entorno me hable. Sujetos a las paredes hay dibujos coloridos hechos con marcador, una vez más de animales, que exhiben imaginación y gran talento. Benny era todo un artista. El señor White me dice desde la puerta que a Benny le encantaba llevar su cuaderno de dibujo a todas partes y dibujar árboles, pájaros, lo que viera. Además, siempre hacía dibujos para regalarle a la gente. El señor White sigue hablando mientras su esposa llora en silencio y las lágrimas surcan su cara.

Miro un dibujo que hay en la pared a la derecha de la cómoda. Ese diseño colorido e imaginativo muestra a un hombre en un bote pequeño. Usa un sombrero de ala ancha y está pescando, su caña curvada como si en ese momento tuviera la suerte de que un pez picara la carnada. Benny ha dibujado un sol radiante y unas pocas nubes y, en segundo plano, en la costa, hay un edificio cuadrado con muchas ventanas y puertas.

—¿Éste es el arroyo que hay detrás de la granja de ustedes? —Pregunto—. Así es —responde el señor White y rodea a su mujer con un brazo—. Está bien, querida. —Le dice todo el tiempo y traga fuerte, como si también él estuviera a punto de llorar.

—¿A Benny le gustaba pescar? —Pregunta Lucy desde el pasillo—. Me lo pregunto porque a las personas que aman mucho a los animales no les gusta pescar. O, de lo contrario, dejan ir siempre a su presa.

—Un punto interesante —digo—. ¿Puedo mirar adentro del ropero? —Les pregunto a los White.

—Adelante, no hay problema —dice el señor White sin dudar—. No. A Benny no le gustaba pescar nada. Lo cierto es que sólo le gustaba salir en el bote o encontrar un lugar en la orilla. La mayor parte del tiempo se quedaba allí sentado, dibujando.

—Entonces éste debe de ser usted, señor White —digo y miro hacia el dibujo del hombre en el bote.

—No, creo que debe de ser su papá —contesta el señor White con cierta melancolía—. Su padre solía salir en el bote con él. Lo cierto es que yo no salgo en el bote. —Hace una pausa—. Bueno, no sé nadar, así que siento desasosiego cuando estoy en el agua.

—Benny era un poco tímido con respecto a sus dibujos —dice la señora White con voz temblorosa—. Creo que le gustaba llevar siempre su caña de pescar porque, ya sabe, creía que lo hacía parecer igual a los otros chicos. No creo que se molestara siquiera en llevar carnada. No lo imagino matando siquiera a una lombriz, y mucho menos un pez.

—Pan —dice el señor White—. Se llevaba pan como si fuera a preparar con él unas bolitas. Yo solía decirle que si usaba pan como carnada no iba a conseguir nada muy grande.

Reviso trajes, pantalones y camisas en las perchas, y zapatos alineados en el piso del ropero. La ropa es conservadora y da la impresión de haber sido elegida por sus padres. Apoyado en el fondo del ropero hay una pistola Daisy BB y el señor White dice que con esa arma Benny disparaba contra blancos y latas vacías. No, nunca la usaba con pájaros o cosas así. Desde luego que no. Ni siquiera se animaba a pescar, fue algo que sus padres repitieron.

Sobre el pupitre hay una pila de textos de colegio y una caja de marcadores. Sobre ésta hay un cuaderno de dibujo y les pregunto a sus padres si lo han hojeado.

Ellos contestan que no. Les pregunto si me permiten hacerlo y asienten. Me paro junto al pupitre. No me siento ni de ninguna manera me pongo cómoda en la habitación de su hijo. Muestro respeto por el cuaderno y vuelvo las páginas con cuidado, observando los meticulosos dibujos al lápiz. El primero es un caballo en un prado y es sorprendentemente bueno. El siguiente son varios bosquejos de un halcón sentado en las ramas de un árbol desnudo, con agua en segundo plano. Benny dibujó una cerca vieja y rota. Dibujó también varias escenas nevadas. El cuaderno está lleno hasta la mitad, y todos los dibujos muestran coherencia entre sí, hasta que llego a los últimos. Entonces el ambiente y el tema cambian decididamente. Hay una escena nocturna en un cementerio, una luna llena detrás de árboles desnudos que ilumina con suavidad lápidas torcidas. El siguiente es una mano, una mano musculosa cerrada en un puño y, por último, encuentro un perro. Es una perra gorda y doméstica que muestra los dientes, tiene los pelos del cuello parados y está agazapada, como si la estuvieran amenazando.

Miro a los White.

—¿Benny les habló alguna vez de la perra de los Kiffin? —Les pregunto—. ¿Una perra llamada Señor Peanut?

En la cara del padrastro aparece una expresión extraña y los ojos se le llenan de lágrimas. Suspira.

—Lori es alérgica —dice, como si eso contestara mi pregunta—. Benny siempre se quejaba de la forma en que trataban a ese animal —dice la señora White—. Él quería que nosotros tuviéramos a Peanut. Amaba a esa perra y dijo que le parecía que los Kiffin se la darían, pero nosotros no podíamos tenerla.

—A causa de Lori. —Conjeturo.

—Además, era un animal viejo. —Agrega el señor White—. ¿Era? —Pregunto.

—Bueno, es muy triste —dice ella—. Justo después de Navidad, Señor Peanut no parecía sentirse bien. Benny dijo que el pobre animal temblaba y se lamía mucho, ya sabe, como si estuviera dolorido. Entonces, hace alrededor de una semana, debe de haberse alejado para morir. Ya sabe cómo hacen eso los animales. Benny iba todos los días a buscar a Señor Peanut. A mí se me rompía el corazón. Ese chico sí que amaba a esa perra. —Añade la señora White—. Creo que ésa es la razón por la que se iba allá, para jugar con Señor Peanut. Y buscó a la perra por todas partes.

—¿Fue entonces cuando su conducta comenzó a cambiar? —Sugiero—. ¿Después de la desaparición de Señor Peanut?

—Sí, más o menos por esa época —responde el señor White, y ninguno de los dos padres de Benny parecen soportar poner los pies en el cuarto de su hijo. Se cuelgan del marco de la puerta como si sostuvieran así las paredes—. ¿No creerá usted que hizo algo así a causa de un perro, verdad que no? —Lo pregunta con tono casi lastimero.

Unos quince minutos más tarde Lucy y yo enfilamos juntas hacia los bosques y dejamos en la casa a los padres de Benny. Ellos no han estado en el mirador para cazadores de ciervos donde Benny se ahorcó. El señor White me dijo que estaba enterado de la existencia del mirador y lo había visto muchas veces cuando salía con su detector de metales, pero ni él ni su esposa se animan a ir ahora por allí. Les pregunté si pensaban que otras personas conocían el lugar donde Benny había muerto —me preocupa la posibilidad de que el lugar hubiera sido pisoteado por curiosos—, pero ellos no creen que la gente sepa exactamente dónde se encontró el cadáver de Benny. No, a menos que el detective se lo hubiera revelado a los de los alrededores, añade la señora White.

El terreno donde aterrizamos estaba entre la casa y el arroyo, una media hectárea árida que no parecía haber sido arada en muchos años. Hacia el este hay kilómetros de bosques, el silo estaba casi en la otra orilla y se elevaba, oxidado y oscuro como un faro cansado y grueso que parece mirar al Motel y Camping Fort James, del otro lado del agua. Al imaginar a Benny de visita en casa de los Kiffin, me pregunto cómo llegó allí. No hay ningún puente sobre el arroyo, que tiene un ancho de alrededor de treinta metros y ningún desagadero. Lucy y yo seguimos el sendero a través de los bosques y escudriñamos con mucha atención todo lo que nos rodea. Hay una línea de pescar enredada en los árboles cerca del agua y veo también algunas viejas cápsulas servidas y latas de gaseosas. No hemos caminado más de cinco minutos cuando llegamos al mirador para cazadores de ciervos. Parece una casa sobre un árbol, pero decapitada, que alguien construyó con gran apuro con peldaños clavados al tronco. Una soga amarilla de nylon cortada cuelga de una rama transversal y se balancea con la leve brisa fría que sopla desde el agua y susurra entre los árboles.

Nos detenemos y permanecemos calladas mientras observamos los alrededores. No veo basura de ninguna clase: ni bolsas ni envases de rosetas de maíz ni ninguna otra señal de que Benny hubiera comido allí. Me acerco más a la soga. Stanfield la cortó a alrededor de un metro veinte del suelo y, puesto que Lucy es más atlética que yo, le sugiero que trepe hasta el mirador y saque la soga como es debido. Así, al menos, podremos echar un vistazo al nudo del otro extremo. Pero, primero, tomo fotografías. Probamos los peldaños clavados en el tronco del árbol, y parecen suficientemente firmes. Lucy está envuelta en una campera gruesa con relleno de duvet que no parece retrasar su ascenso y, cuando llega a la plataforma, primero pisa fuerte y tira de los tablones para asegurarse de que la sostendrán.

—Esto parece bastante resistente —me dice.

Le arrojo un rollo de cinta adhesiva para pruebas y ella busca sus herramientas. Una cosa buena de los agentes del ATF es que ellos llevan siempre su propio estuche de herramientas, que incluye hojas filosas, destornilladores, pinzas y tijeras. Esto se remonta a la necesidad de contar con ellas en escenas de incendios, básicamente para

poder arrancar clavos de las suelas de la botas reforzadas con acero. Los agentes de ARE se ensucian mucho. Pisan en toda clase de suelos peligrosos. Lucy corta la sogá por encima del nudo y vuelve a unir los extremos con la cinta adhesiva.

—Es sólo un nudo de rizo doble —dice y deja caer la sogá y la cinta—. Un buen nudo de Boy Scout, con las puntas quemadas. Quienquiera cortó la punta, la quemó para que no se deshilara.

Eso me sorprende un poco. Me parece raro que alguien se moleste con ese detalle si estuviera cortando sogá para poder ahorcarse con ella.

—Es algo atípico. —Le comento a Lucy cuando baja del árbol—. Creo que me atreveré a subir para echar un vistazo.

—Ten cuidado, tía Kay. Hay algunos clavos oxidados que sobresalen. Y mucha atención con las astillas —dice.

Me pregunto si Benny habría adoptado esa vieja plataforma como su fuerte. Me aferró con fuerza a un peldaño después de otro e inicio el ascenso, agradecida de tener pantalones caqui y botas hasta el tobillo. En el mirador hay un banco para que el cazador pueda sentarse cuando espera la aparición de un ciervo. Pruebo la resistencia del banco y quedo satisfecha, así que me siento. Benny era apenas unos tres centímetros más alto que yo, así que ahora tengo más o menos el mismo ángulo de visión que él, suponiendo que él subiera al mirador. Pero estoy convencida de que sí solía hacerlo. Alguien ha subido aquí. De lo contrario, el piso de la plataforma estaría cubierto de hojas secas, y no lo está.

—¿Te fijaste lo prolijo que está todo aquí? —Le grito a Lucy.

—Lo más probable es que todavía lo usen los cazadores —contesta ella.

—¿Qué cazador se va a tomar el trabajo de barrer las hojas secas a las cinco de la mañana? —Desde esta posición ventajosa tengo una buena vista del agua y alcanzo también a ver la parte de atrás del motel y su viscosa piscina. El humo se eleva en espirales de la chimenea de la casa de los Kiffin. Imagino a Benny sentado aquí espionando la vida mientras dibujaba y, quizá, escapando así de la tristeza que debe de haber sentido desde la muerte de su padre. Lo imagino demasiado bien al recordar mi propia vida de joven. El mirador para cazadores de ciervos sería el lugar perfecto para un muchachito solitario y creativo. A poca distancia, más adelante, en la orilla del agua, hay un roble muy alto con el tronco cubierto de kuzdu, como si fueran escupidas. Imagino un halcón sentado en una de sus ramas—. Creo que es posible que él haya dibujado aquel árbol. —Le digo a Lucy—. Y de aquí tenía una vista perfecta del camping.

—Me pregunto si habrá visto algo —dice Lucy.

—No bromees —contesto—. Y alguien podría estar mirándolo a él. —Agrego—. En esta época del año, con los árboles desprovistos de hojas, él podría haber sido visible aquí arriba. En especial si alguien tenía binoculares y también motivos para

mirar en esta dirección. —Incluso mientras lo digo, se me ocurre que alguien podría estar mirándonos a nosotras en este mismo momento, un escalofrío me roza la piel y bajo del árbol—. Tienes tu arma en esa riñonera, ¿no? —Le pregunto a Lucy cuando mis pies se apoyan en el suelo—. Me gustaría seguir este sendero y ver adonde nos conduce.

Recojo la soga, la enrolló y la pongo en una bolsa plástica que después meto en un bolsillo del saco. La cinta adhesiva de pruebas va en mi bolso. Lucy y yo echamos a andar por el sendero. Encontramos más cápsulas servidas e incluso una flecha. Cuanto más nos internamos en el bosque, más se curva el sendero alrededor del arroyo, y el único ruido que se oye es el de los árboles que se quejan cuando el viento sopla con fuerza y el crujido seco de las ramas que se quiebran debajo de nuestros pies. Quiero ver si el sendero nos llevará hasta el otro lado del arroyo, y así es. Hasta el Motel Fort James es una caminata de apenas quince minutos, y terminamos en los bosques que hay entre el motel y la ruta 5. Benny podría haber venido aquí caminando después de la iglesia. Hay media docena de autos en el estacionamiento, algunos alquilados, y una imponente motocicleta Honda está cerca de la máquina expendedora de Coca Cola.

Lucy y yo avanzamos hacia la casa de los Kiffin. Señalo el camping donde encontramos las sábanas y el cochecito para bebé y experimento una mezcla de furia y de tristeza al pensar en Señor Peanut. No creo para nada en la historia de que, supuestamente, el animal se alejó para morir. Me preocupa la idea de que Bev Kiffin le haya hecho algo cruel, que quizá la haya envenenado, y me propongo preguntarle qué sucedió, junto con una serie de otras preguntas. No me importa cuál será la reacción de Bev Kiffin. Después de hoy, estaré fuera de servicio, suspendida de lo que es mi profesión. No puedo saber con certeza si alguna vez volveré a practicar medicina forense. Es posible que me echen y que quede marcada de por vida. Demonios, si hasta es posible que termine en la cárcel. Siento que alguien nos mira mientras subimos por los escalones del porche delantero de los Kiffin.

—Qué lugar tétrico —dice Lucy en voz muy baja.

Una cara nos espía desde detrás de las cortinas y después desaparece cuando el hijo mayor de Bev Kiffin me pesca mirándolo. Toco el timbre y el muchachito abre la puerta, el mismo que yo vi cuando estuve allí antes. Es grandote y corpulento y tiene una cara de expresión cruel salpicada con acné. No tengo idea de cuál es su edad, pero calculo que quizá doce, incluso catorce años.

—Usted es la señora que estuvo aquí el otro día —me dice con mirada severa.

—Así es —contesto—. ¿Puedes decirle a tu mamá que la doctora Scarpetta está aquí y necesita hablar un momento con ella?

Él sonríe como si conociera un secreto despreciable que cree que es divertido. Reprime una sonrisa.

—En este momento no se encuentra aquí. Está ocupada. —Su mirada se vuelve más dura y se dirige hacia el motel.

—¿Cómo te llamas? —Le pregunta Lucy.

—Sonny.

—Sonny, ¿qué fue de Señor Peanut? —Pregunto, como al pasar.

—Esa perra tonta —responde él—. Lo único que nos imaginamos es que alguien se haya robado a esa perra vieja e inservible. En primer lugar, no tenía una actitud amistosa con los desconocidos. En todo caso, lo que se podía esperar era que un auto la atropellara.

—¿Ah, sí? Qué pena. —Le dice Lucy a Sonny—. ¿Qué te hace pensar que alguien se la robó?

De pronto, Sonny se siente pescado. En sus ojos aparece una expresión insulsa y comienza a decir una sarta de mentiras y a interrumpirse todo el tiempo.

—Bueno, un auto vino aquí por la noche. Yo lo oí, ya sabe, y una puerta se cerró y ella se puso a ladrar. Y después desapareció. Zack está tristísimo.

—¿Exactamente cuándo desapareció? —Pregunto.

—Qué sé yo. —Se encoge de hombros—. La semana pasada.

—Bueno, también Benny estaba muy apenado. —Comento y quedo pendiente de su reacción.

De nuevo esa mirada helada en sus ojos.

—En la escuela los chicos lo llamaban marica. Y eso era, un marica. Por eso se mató. Todo el mundo lo dice —responde Sonny con sorprendente insensibilidad.

—Creí que ustedes dos eran amigos. —Lucy se está poniendo agresiva con él.

—Él me tenía harto —es la respuesta de Sonny—. Venía todo el tiempo aquí a jugar con la maldita perra. No era mi amigo. Era amigo de Zack y de Señor Peanut. Yo no me mezcló con maricas.

Se oye el rugido de una motocicleta. La cara de Zack asoma por la ventana, a la derecha del frente de la casa, y está llorando.

—¿Benny vino aquí el domingo pasado? —Le pregunto directamente a Sonny—. ¿Después de la iglesia? Digamos, entre las doce y media y la una. ¿Comió hotdogs contigo?

Una vez más, Sonny es pescado. No esperaba el detalle de los hotdogs y ahora está en aprietos. Su curiosidad es mayor que su falta de veracidad y dice:

—¿Cómo sabe que comimos hotdogs? —Frunce el entrecejo cuando la motocicleta que vimos hace un momento ruge y se sacude por el sendero de tierra que une el motel con la casa de los Kiffin. Quienquiera la monta enfila directamente hacia nosotros, con campera de cuero rojo y negro, su cara oscurecida por un casco oscuro con visor tonalizado. Sin embargo, hay algo familiar en esa persona. De pronto lo descubro y quedo atónita: Jay Talley detiene la moto y se baja de ella revoleando una

pierna por encima del enorme asiento.

—Sonny, entra en la casa. —Le ordena Jay—. Ahora. —Lo dice con frialdad y familiaridad, como si conociera muy bien al chiquillo.

Sonny entra en la casa y la puerta se cierra. Zack ha desaparecido de la ventana. Jay se quita el casco.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunta Lucy, y a la distancia veo que Bev Kiffin camina hacia nosotros con una escopeta en la mano. Viene del motel, de donde sólo puedo suponer que estuvo con Jay. Una serie de banderas rojas de peligro surgen en mi cabeza y ni Lucy ni yo hacemos la conexión suficientemente rápido. Jay abre el cierre de su gruesa campera de cuero y casi enseguida tiene un arma en la mano: una pistola negra que sostiene a un costado del cuerpo.

—Dios —dice Lucy—. Por el amor de Dios, Jay.

—Realmente desearía que ustedes no hubieran venido aquí —me dice con voz fría y serena—. Realmente desearía que no lo hubieran hecho. —Con la pistola indica el motel—. Vengan. Vamos a tener una pequeña charla.

Debo correr, pero no hay ningún lugar hacia el cual huir. Si yo echo a correr él podría dispararle a Lucy. Podría dispararme por la espalda. Él levanta la pistola y la apunta hacia el pecho de Lucy mientras le suelta la riñonera. Justamente él sabe bien qué hay adentro. Me torna el bolso y me palpa el cuerpo, asegurándose de explorarlo también íntimamente, para humillarme, para colocarme en mi lugar, para disfrutar de la furia que aparece en la cara de Lucy cuando ella se ve obligada a mirar.

—No lo hagas. —Le digo a él en voz baja—. Jay, detente ya. Él sonríe y una sombría furia destella en una cara que podría ser griega. O italiana. O francesa. Bev Kiffin llega junto a nosotros y entrecierra los ojos cuando me ve. Usa la misma campera roja de leñador que llevaba puesta la otra semana, y tiene el pelo alborotado como si acabara de levantarse de la cama.

—Bueno, bueno —dice—. Por lo visto, algunas personas no reciben el mensaje de que no son bienvenidas, ¿no es así? —Mira a Jay y su mirada se demora en él.

Sin que me lo digan sé que acaban de acostarse juntos y cada palabra que Jay me ha dicho alguna vez se convierte en falsedad. Ahora entiendo por qué la agente Jilison McIntyre se sorprendió cuando yo dije que el marido de Bev Kiffin trabajaba de camionero para Overland. McIntyre era una agente encubierta. Ella llevaba la contabilidad de la compañía. Sin duda sabría si había allí un empleado de apellido Kiffin. La única conexión a esa compañía de transportes llena de delincuentes es la misma Bev Kiffin, y el contrabando de armas y de drogas que realizan está conectado con el cartel Chandonne. Respuestas. Ahora las tengo, y ya es demasiado tarde.

Lucy camina muy cerca de mí; su cara, una expresión pétreo. No exhibe ninguna reacción cuando nos conducen a punta de pistola junto a algunas casas rodantes herrumbradas que yo sospecho están desocupadas por una razón.

—Drogas de laboratorio. —Le digo a Jay—. ¿También aquí fabrican drogas ilegales? ¿O quizás usan esas casas rodantes para almacenar rifles de asalto y otras cosas que terminan en las calles y matan gente?

—Kay, cállate —dice en voz baja—. Bev, ocúpate de ella. —Indica a Lucy—. Encuéntrale una habitación agradable y asegúrate de que esté cómoda.

Kiffin sonrío apenas. Toca la pantorrilla de Lucy con la escopeta. Ahora estamos en el motel; veo autos estacionados y ninguna señal de otros seres humanos. Pienso en Benton. El corazón me golpea en el pecho cuando caigo en la cuenta de lo que va a suceder. Bonnie y Clyde. Solíamos referirnos a Carrie Grethen y a Newton Joyce como Bonnie y Clyde. La pareja asesina. Y todo el tiempo estábamos tan seguros de que ellos eran los responsables de la muerte de Benton. Sin embargo, nunca supimos fehacientemente con quién se iba a reunir Benton aquella tarde en Filadelfia. ¿Por qué fue solo y no nos dijo nada a ninguno de nosotros? Él era demasiado inteligente como para hacer una cosa así. Jamás habría aceptado reunirse con Carrie Grethen o Newton Joyce o incluso un desconocido con información, porque jamás habría confiado en un desconocido con supuesta información, cuando estaba en una ciudad tratando de rastrear a una asesina serial astuta y malévola como Carrie. Me detengo en el estacionamiento mientras Kiffin abre una puerta y aguarda a que Lucy camine delante de ella y entre en uno de esos cuartos. La habitación 14. Lucy no gira la cabeza para mirarme y la puerta se cierra detrás de ella y Kiffin.

—Tú mataste a Benton, ¿no es así, Jay? —Lo digo como un hecho.

Él apoya una mano en mi espalda sin dejar de apuntarme con la pistola y me roza cuando se detiene detrás de mí y me dice que abra la puerta. Entramos en la habitación 15, la misma que Kiffin me mostró cuando yo quería ver qué clase de colchón y de sábanas usaba en esa pocilga.

—Tú y Bray. —Le digo a Jay—. Por eso ella envió las cartas desde Nueva York, para que pareciera que eran de Carrie, para que Benton supusiera que estaban escritas desde Kirby, el lugar donde ella estaba prisionera.

Jay cierra la puerta y mueve la pistola casi con fatiga, como si yo fuera aburrida y él no estuviera disfrutando esto.

—Siéntate.

Miro el cielo raso en busca de pitones. Me pregunto dónde está la pistola de calor y si formará parte de mi destino. Sigo parada donde estoy, cerca de la cómoda con la Biblia, que no está abierta en ningún capítulo especial sobre la vanidad ni ninguna otra cosa por el estilo.

—Sólo quiero saber si me acosté con la persona que mató a Benton. —Lo digo mirando a Jay a los ojos—. ¿Me vas a matar? Adelante. Pero ya lo hiciste cuando lo mataste a él. Así que supongo que puedes matarme dos veces, Jay.—Es extraño, pero no siento miedo, sólo resignación. Mi dolor, mi angustia es acerca de mi sobrina, y

espero oír el estruendo de una escopeta del otro lado de la pared. —¿No puedes dejarla a ella fuera de esto?— Pregunto de todos modos, y Jay sabe que me refiero a Lucy.

—Yo no maté a Benton —dice, y tiene el rostro lívido de las personas que avanzan y matan de un disparo al presidente. Pálido, sin expresión: un zombie—. Fueron Carrie y el imbécil de su amigo. Yo hice el llamado.

—¿El llamado?

—Lo llamé para pedirle que nos reuniéramos. No fue demasiado difícil. Yo soy un agente. —Disfruta al recordármelo—. A partir de allí, Carrie manejó todo. Carrie y ese chiflado pandillero con el que se juntó.

—De modo que tú le tendiste una trampa —digo, simplemente—. Y probablemente también ayudaste a Carrie a huir.

—No necesitó demasiada ayuda. Sólo un poco —contesta él con una voz sin inflexiones—. Era como muchas personas en este negocio. Se vuelven adictas y se arruinan un cerebro ya arruinado. Ella comenzó a fabricarse sus propias drogas. Hace años. Si ustedes no hubieran solucionado ese problema, lo habríamos hecho nosotros. Estaba al final de su utilidad.

—¿O sea que estás involucrado en el negocio familiar, Jay? —digo y mi mirada se clava en la suya. Tiene la pistola a un lado del cuerpo y se recuesta contra la puerta. No me tiene nada de miedo. Yo soy como la cuerda de un arco con una tensión excesiva, a punto de estallar, esperando, atenta a cualquier ruido proveniente del cuarto contiguo—. Todas esas mujeres asesinadas, ¿con cuántas te acostaste primero? Como, por ejemplo, Susan Pless. —Sacudo la cabeza.

—Sólo quiero saber si ayudaste a Chandonne o si él le siguió y se sirvió de lo que tú dejaste atrás.

Los ojos de Jay se enfocan más en mí. He estado cerca de la verdad.

—¿Sabes? Tú eres demasiado joven para ser Jay Talley, quienquiera haya sido —digo a continuación—. Jay Talley, sin un segundo nombre. Y no estudiaste en Harvard y dudo mucho de que hayas vivido alguna vez en Los Ángeles, por lo menos no de chico. Él es tu hermano, ¿verdad, Jay? Ese ser horriblemente deforme que se llama a sí mismo hombre lobo. Él es tu hermano, y tu ADN es casi tan idéntico al suyo en un estudio de rutina que ustedes dos podrían ser mellizos idénticos. ¿Sabías que tu ADN es igual al suyo en un estudio de rutina? En un nivel de cuatro sondas, ustedes dos son exactamente iguales.

En su cara destella la furia. El vanidoso y hermoso Jay no querría pensar nunca que su ADN era incluso parecido al de alguien tan feo y repugnante como Jean-Baptiste Chandonne.

—Y el cadáver en el contenedor de carga. El que ayudaste a que creyéramos que era Thomas, el hermano. Su ADN tenía también muchos puntos en común, pero no

tantos como los tuyos, los tuyos a partir del semen que dejaste en el cuerpo de Susan Pless antes de que la golpearan brutalmente y la mataran. ¿Quién era Thomas? ¿Un pariente? ¿No un hermano? ¿Qué? ¿Un primo? ¿También a él lo mataste? ¿Tú lo ahogaste en Antwerp o eso lo hizo Jean-Baptiste? Y después me convenciste de que fuera a Interpol, no porque necesitaras mi ayuda en el caso sino porque querías averiguar qué sabía yo. Querías estar seguro de que yo ignoraba que Benton seguramente comenzaba a descubrir que tú eras un Chandonne —digo, y Jay no reacciona—. Lo más probable es que tú seas el cerebro del negocio de tu padre y por esa razón ingresaste en una organización de fuerzas del orden, para trabajar de manera encubierta y convertirte en un espía. Sólo Dios sabe cuántos negocios has hecho desviar, porque sabías qué estaban haciendo los tipos buenos y después les trabajabas en contra a sus espaldas. —Sacudo la cabeza—. Deja ir a Lucy —le digo—. Haré lo que quieras, pero suéltala a ella.

—No puedo. —Ni siquiera discute lo que acabo de decirle.

Jay mira hacia la pared, como si pudiera ver a través de ella. Me doy cuenta de que se pregunta qué está sucediendo en el otro cuarto, por qué hay tanto silencio. Mis nervios se tensan más todavía. «Por favor, Dios. Por favor. Por lo menos, que sea rápido. No permitas que ella sufra».

Jay cierra la puerta con llave y coloca la cadena contra ladrones.

—Quítate la ropa —dice, sin usar más mi nombre. Es más fácil matar a alguien a quien se ha despersonalizado—. No te preocupes. —Añade—. No voy a hacer nada. Sólo necesito que parezca que estoy haciendo otra cosa.

Miro hacia el cielo raso. Él sabe lo que estoy pensando. Está pálido y transpira cuando abre un cajón de la cómoda y saca varios pitones y una pistola de calor, una pistola roja de calor.

—¿Por qué? —Le pregunto—. ¿Por qué ellos? —Me refiero a los dos hombres que ahora sé que Jay asesinó.

—Lo que vas a hacer ahora es atornillar estos pitones en el cielo raso —me dice Jay—. Allá, en la viga. Ahora súbete a la cama, hazlo y no intentes nada raro.

Él pone los pitones sobre la cama y me hace señas de que los tome y haga lo que me ordena.

—Todo tiene que ver con lo que se vuelve necesario cuando la gente se mete en algo que no debería. —Toma un trapo y una soga del cajón.

Yo me quedo parada donde estoy, mirándolo. Los pitones brillan como peltre sobre la cama.

—Matos vino aquí para encontrar a Jean-Baptiste y me costó bastante convencerlo de que me dijera exactamente qué pensaba hacer y quién le había dado esa orden, que no era lo que tú piensas. —Jay se saca la campera de cuero y la cuelga en el respaldo de una silla—. No la familia sino un teniente primero que no quiere

que Jean-Baptiste abra la boca y arruine algo bueno para muchas personas. Una cosa acerca de la familia...

—Tu familia, Jay. —Le recuerdo que es su familia y que yo sé cuál es su verdadero nombre.

—Sí. —Me mira fijo—. A la mierda, sí, mi familia. Cada uno cuida la espalda del otro. No importa lo que uno haga, la familia es la familia. Jean-Baptiste es una cagada, quiero decir, cualquiera que lo mire puede darse cuenta de eso, y entender que él tiene su problema.

Yo no digo nada.

—Desde luego que nosotros no lo aprobamos. —Prosigue Jay como si hablara de una criatura que se dedica a romper a disparos los faroles de la calle o a beber demasiada cerveza—. Pero es de mi propia sangre, y uno no toca a los de su sangre.

—Alguien tocó a Thomas —respondo, todavía sin tomar los pitones ni subirme a la cama. No pienso ayudarlo a que me torture.

—¿Quieres saber la verdad? Eso fue un accidente. Thomas no sabía nadar. Se enredó en una soga y cayó del muelle, o algo así —me dice Jay—. Yo no estaba allí. Se ahogó. Jean-Baptiste quería llevar su cuerpo lejos del astillero, lejos de lo que pasaba allí, y no quería que lo identificaran.

—Mentira —contesto—. Lo siento, pero Jean-Baptiste dejó una nota con el cadáver. *Bon Voyage Le Loup-Garou*. ¿Eso es lo que se hace cuando no se quiere atraer la atención sobre algo? No lo creo. Será mejor que revises el relato de tu hermano. Es posible que tu familia se ocupe de la familia. Quizá Jean-Baptiste es una excepción. Todo parece indicar que él no cuida en absoluto a su familia.

—Thomas era un primo. —Como si eso hiciera que la muerte fuera menos grave—. Súbete a la cama y haz lo que te digo. —Jay indica los pitones y comienza a enojarse mucho.

—No. —Me niego—. Haz lo que vas a hacer, Jay. —Y todo el tiempo repito su nombre. Yo lo conozco. No permitiré que me haga esto a mí sin que yo pronuncie su nombre y lo mire a los ojos—. No voy a ayudarte a matarme, Jay.

Se oye un golpe en la habitación de al lado, como si algo se hubiera caído al piso y, después, una explosión, y se me aprieta el corazón. Las lágrimas me ahogan y me llenan los ojos. Jay hace una mueca y después su rostro vuelve a ser impassible.

—Siéntate —me dice. Cuando yo no lo obedezco, él se me acerca y me arroja sobre la cama. Y yo grito. Grito por Lucy.

—Maldito hijo de puta —exclamo—. ¿También mataste a ese chico? ¿Te llevaste a Benny y lo ahorcaste, una criatura de doce años?

—Él no debería haber venido aquí. Mitch no debería haberlo hecho. Yo conocía a Mitch. Él me vio. No había nada que yo pudiera hacer. —Jay se para junto a mí, como si no estuviera seguro de qué hacer a continuación.

—Entonces tú mataste al chico. —Me seco los ojos con el dorso de las dos manos.

En los ojos de Jay brilla la confusión. Tiene un problema con el muchachito. El resto de nosotros no le molesta, pero el chiquillo sí.

—¿Cómo pudiste estar allí y verlo ahorcarse? ¿Una criatura? ¿Un chiquillo con su traje de domingo?

Jay lleva atrás su mano y me abofetea. Sucede tan rápido que al principio ni siquiera lo siento. Mi boca y mi nariz quedan insensibles y después comienzan a pincharme, y algo húmedo gotea. La sangre cae sobre mi falda. Dejo que gotee mientras tiemblo y miro a Jay. Ahora le resulta más fácil. Él ha iniciado el proceso. Me empuja hacia la cama y se pone a horcadas sobre mi cuerpo, sujeta mis brazos con sus rodillas y mi codo fracturado en proceso de curación grita de dolor cuando él me lleva las manos por encima de la cabeza y trata de atarlos con la soga. Todo el tiempo refunfuña sobre Diane Bray. Ahora se burla de mí y me dice que ella conocía a Benton. ¿Acaso Benton no me dijo nunca que Bray se sentía muy atraída hacia él? Y si Benton se hubiera mostrado un poco más amable con Bray, entonces a lo mejor ella lo habría dejado tranquilo. Quizás ella me habría dejado tranquila a mí. La cabeza me explota y me cuesta entender.

¿Creía yo que Benton sólo tenía una aventura conmigo? ¿Era yo tan estúpida como para pensar que Benton podía serle infiel a su esposa pero nunca a mí? ¿Acaso soy tan estúpida? Jay se levanta y va en busca de la pistola de calor. Lo que hace la gente es lo que la gente hace, dice. Benton tuvo algo con Bray en D.C., y después la largó, y lo hizo bastante rápido, para darle crédito, y ella no iba a dejar pasar eso. No Diane Bray. Jay trata de amordazarme y yo no hago más que mover la cabeza de lado a lado. Me sangra la nariz. Pronto no podré respirar. Bray jodió a Benton de lo lindo, ya lo creo, y ésta es en parte la razón por la que quería mudarse a Richmond: para estar segura de arruinarme también la vida a mí.

—Vaya precio para pagar por acostarse con alguien unas pocas veces. —Jay se levanta de nuevo de la cama. Suda y tiene la cara pálida.

Lucho por respirar por la nariz y el corazón me martilla como una ametralladora y todo mi cuerpo entra en pánico. Trato de obligarme a serenarme. Hiperventilar sólo me dificultará obtener aire. Pánico. Trato de inhalar, la sangre me gotea en la parte de atrás de la garganta y toso y tengo arcadas y el corazón me explota contra las costillas como puños cerrados que tratan de derribar una puerta. Golpes, golpes y más golpes y el cuarto se vuelve veteado y yo no puedo moverme.

Dos semanas más tarde

Quienes se han reunido en mi honor son personas comunes y corrientes. Permanecen sentadas en silencio, incluso con reverencia, casi conmovidas. Es imposible que no hayan oído todo lo que se ha dicho en los informativos. Sería necesario vivir en una región alejada del África para no saber lo que ha sucedido en las últimas semanas, en especial lo que pasó en el condado de James City en el pozo negro de una trampa turística que resultó ser el centro de una monstruosa tempestad de corrupción y de maldad.

Todo parecía tan silencioso en ese camping ruinoso y con pasto excesivamente crecido. No puedo imaginar cuántas personas se han quedado allí en carpas o en el motel sin tener la menor idea de lo que sucedía alrededor de ellas. Como un huracán que sopla hacia el mar, esas fuerzas se alejaron. Por lo que sabemos, Bev Kiffin no está muerta. Tampoco lo está Jay Talley. Irónicamente, ahora se lo considera código rojo en Interpol: las mismas personas con las que antes trabajaba, ahora lo persiguen con la furia de integrantes de la prensa en un juzgado repleto de gente. También Kiffin es código rojo. La conjetura es que Jay y Kiffin han huido de los Estados Unidos y se ocultan en alguna parte del extranjero.

Jaime Berger se encuentra de pie delante de mí. Yo estoy en la barra de los testigos y me enfrento a un jurado de tres mujeres y cinco hombres. Dos son blancos; cinco, afroamericanos y uno, asiático. Las razas de todas las víctimas de Chandonne están representadas, aunque no se trató de algo deliberado de parte de nadie, estoy segura. Pero me parece justo y me alegro. Las puertas de vidrio del juzgado se han cubierto con papel marrón para evitar que los curiosos y los medios puedan ver lo que sucede adentro. Los jurados, los testigos y yo entramos en tribunales por una rampa subterránea, por el mismo camino por el que se escolta a los prisioneros hacia su juicio. La reserva flota helada en el aire, y los jurados me miran fijo como si yo fuera un fantasma. Mi cara ostenta el color amarillo verdoso de viejos moretones, tengo el brazo izquierdo enyesado de nuevo y todavía tengo peladuras de sogas alrededor de las muñecas. Estoy viva sólo porque Lucy por casualidad usaba una protección corporal. Yo no lo sabía. Cuando me recogió en el helicóptero, tenía un chaleco antibalas debajo de su campera acolchada.

Berger me pregunta acerca de la noche en que Diane Bray fue asesinada. Es como

si yo fuera una casa en la que en cada habitación se oye una música diferente. Yo respondo sus preguntas y, al mismo tiempo, pienso otras cosas, veo otras imágenes y oigo sonidos en diferentes partes de mi psiquis. De alguna manera puedo concentrarme en mi testimonio. Se menciona la copia del pago de la factura en efectivo cuando compré el martillo cincelador. Después Berger lee el último informe del laboratorio que se entregó en el juzgado como materia de registro, igual que lo fue el protocolo de la autopsia, el de lexicología y todos los demás informes. Berger le describe al jurado el martillo cincelador y me pide que explique la manera en que las superficies del martillo se correlacionan con las horribles heridas sobre el cuerpo de Bray.

Esto continúa durante un rato y observo las caras de las personas que están allí para juzgarme. Sus expresiones van desde la pasividad hasta la intriga y el horror. Una mujer se siente visiblemente mal cuando paso a describir las marcas que el martillo dejó en el cráneo y un globo ocular que estaba virtualmente extraído de la órbita y colgaba hacia afuera. Berger señala que, según el informe de laboratorio, el martillo cincelador que la policía se llevó de casa estaba un poco oxidado. Me pregunta si el que yo compré en la ferretería después del asesinato de Bray tenía herrumbre. Le contesto que no.

—¿Podría una herramienta como ésta oxidarse en apenas unas semanas? —me pregunta—. En su opinión, doctora Scarpetta, ¿podría la sangre que había sobre el martillo cincelador ser la causa del estado en que se encuentra el que se tomó de su casa, el que usted dice que Chandonne trajo con él cuando la atacó?

—En mi opinión, no —respondo, sabiendo que esa respuesta redundará en mi beneficio. Pero no importa, yo igual contestaría la verdad aunque me perjudicara.— En realidad, la policía debería, como rutina, asegurarse de que el martillo está seco antes de meterlo en una bolsa para pruebas. —Agrego.

—Y los científicos que recibieron el martillo cincelador para examinarlo dicen que estaba herrumbrado, ¿no es así? Quiero decir, estoy leyendo bien el informe de laboratorio, ¿verdad? —En su cara aparece una leve sonrisa. Usa un traje negro con rayas finitas celestes y se pasea con pasitos conos mientras trabaja en la causa.

—Yo no sé qué dicen los laboratorios —contesto—. No he visto esos informes.

—Por supuesto que no. Hace unos diez días que usted no está en su cargo. Y este informe llegó apenas anteayer. —Observa la fecha dactilografiada—. Pero sí dice que el martillo cincelador que tiene la sangre de Bray estaba oxidado. Parecía viejo, y tengo entendido que el empleado de la ferretería Pleasants asegura que el martillo que usted compró la noche del 17 de diciembre, casi veinticuatro horas después del asesinato de Bray, por cierto no parecía viejo. En realidad era flamante. ¿Correcto?

Una vez más, desde la barra le recuerdo a Berger que tampoco puedo confirmar lo que dijo el empleado de la ferretería, mientras los jurados asimilan cada palabra, cada

gesto. Yo he sido excluida de todos los testimonios de los testigos. Berger sencillamente me hace preguntas que yo no puedo contestar para poder decirles a los jurados lo que ella quiere que sepan. Lo que es traicionero y maravilloso de cualquier procedimiento de un jurado de acusación es que el abogado de la defensa no está presente y tampoco hay un juez... nadie que pueda objetar las preguntas de Berger. Ella puede preguntarme cualquier cosa, y lo hace, porque en uno de los casos poco comunes en este planeta, un acusador trata de demostrar que el acusado es inocente.

Berger me pregunta a qué hora llegué a casa desde París y salí a comprar provisiones. Menciona que esa noche fui al hospital a visitar ajo, y la conversación telefónica que tuve más tarde con Lucy. La ventana se estrecha. Se vuelve cada vez más reducida y cerrada. ¿Qué tiempo tuve para correr a la casa de Bray, matarla a golpes, plantar pruebas y poner en escena el crimen? ¿Y por qué habría de tomarme el trabajo de comprar un martillo cincelador casi veinticuatro horas después del hecho, a menos que fuera con el propósito que he asegurado desde el primer momento: para realizar pruebas con él? Ella deja flotando estas preguntas mientras Buford Righter permanece sentado en la mesa de la parte acusadora y estudia notas escritas en un bloc. Él evita mirarme todo lo posible.

Le respondo a Berger punto por punto. Cada vez me resulta más difícil hablar. La parte interior de mi boca se escorió con la mordaza y, después, las heridas se ulceraron. No he tenido la boca lastimada desde que era chica y había olvidado lo dolorosas que son esas heridas. Cuando al hablar mi lengua ulcerada toca los dientes, parece que yo tuviera dificultades del habla. Me siento débil y destrozada. Me late el brazo izquierdo, enyesado de nuevo porque el codo se me volvió a fracturar cuando Jay me levantó los brazos por encima de la cabeza y me los ató a la cabecera de la cama.

—Advierto que tiene dificultad para hablar. —Berger hace una pausa para señalar esto—. Doctora Scarpetta, sé que esto no tiene nada que ver con el tema. —Nada es ajeno al tema para Jaime Berger. Ella tiene una razón para cada respiración suya, para cada paso que da, para cada expresión de su cara; todo, absolutamente todo—. Pero ¿podemos hacer una digresión por un momento? —Deja de pasearse y se encoge de hombros mientras muestra las palmas de las manos—. Creo que resultaría instructivo que le relatara al jurado lo que le sucedió la semana pasada. Sé que el jurado se debe de estar preguntando por qué tiene esos moretones y le cuesta hablar.

Mete las manos en los bolsillos del pantalón y pacientemente me alienta para que cuente mi historia. Yo me disculpo por no ser en este momento el cuchillo más afilado del cajón y los miembros del jurado se sonríen. Les hablo de Benny y en sus caras se dibuja la tristeza. Los ojos de un hombre se llenan de lágrimas cuando describo los dibujos del chiquillo que me condujeron al mirador para cazadores de ciervos, donde creo que Benny pasó gran parte de su tiempo observando el mundo y

registrándolo en imágenes en su cuaderno.

Expreso mis temores de que el pequeño Benny haya sido objeto de actividades delictivas. El contenido de su estómago, señalo, no podía explicarse con lo que sabíamos de las últimas horas de su vida.

—Y, a veces, los pedófilos, o sea las personas que someten a los niños a abusos deshonestos, seducen a los chicos con caramelos, comida, algo que les resulte atractivo. Usted ha tenido casos como éste, ¿verdad, doctora Scarpetta? —me pregunta Berger.

—Sí —contesto—. Lamentablemente.

—¿Puede darnos un ejemplo de un caso en que un pequeño fue seducido por comida o dulces?

—Hace algunos años recibimos el cuerpo de un chico de ocho años. —Presento un caso de mi experiencia personal—. La autopsia determinó que se había asfixiado cuando el perpetrador obligó al chiquillo, este pequeño de apenas ocho años, a realizarle sexo oral. Recuperé goma de mascar del estómago del pequeño, un trozo bastante grande de goma de mascar. Resultó que un vecino adulto le había regalado al chiquillo cuatro trozos de goma de mascar y, finalmente, ese hombre confesó ser el autor de la muerte del muchachito.

—De modo que usted tenía buenos motivos, basándose en su experiencia de muchos años, para preocuparse cuando encontraron rosetas de maíz y hotdogs en el estómago de Benny White —dice Berger.

—Es verdad. Estaba muy preocupada —respondo.

—Por favor continúe, doctora Scarpetta —dice Berger—. ¿Qué pasó cuando usted abandonó el mirador y siguió el sendero a través del bosque?

Una mujer sentada en el palco de los jurados, la segunda desde la izquierda, me recuerda a mi madre. Está muy excedida en peso, debe de tener por lo menos cerca de setenta años y usa un vestido negro anticuado con un estampado de enormes flores rojas. No me quita los ojos de encima y yo le sonrío. Parece una mujer bondadosa y muy sensata y me alegra muchísimo que mi madre no esté aquí, que se encuentre en Miami. No creo que ella tenga idea de lo que le está pasando a mi vida. Yo no se lo he contado. Mi madre no anda bien de salud y no necesita tener otra preocupación. Cada tanto yo miro de nuevo a la jurado del vestido floreado cuando describo lo que sucedió en el Motel Fort James.

Berger me pide que ofrezca información sobre los antecedentes de Jay Talley, cómo nos conocimos e intimamos en París. Entretejidos en las incitaciones y conclusiones de Berger están los acontecimientos aparentemente inexplicables que tuvieron lugar después de que Chandonne me atacó: la desaparición del martillo cincelador que yo había comprado con fines investigativos; la llave de mi casa encontrada en el bolsillo de Mitch Barbosa, un agente encubierto del FBI que fue

torturado y asesinado y a quien yo ni siquiera conocía. Berger me pregunta si Jay estuvo alguna vez dentro de mi casa y, desde luego, la respuesta es afirmativa. De modo que él tenía acceso a una llave y al código de la alarma contra ladrones. Y también tenía acceso a las pruebas. Sí, lo confirmo.

¿Y a Talley le interesaba incriminarme y confundir todo lo relativo a la culpa de su hermano, verdad que sí? —Berger vuelve a dejar de pasearse y me mira fijo. Yo no estoy segura de poder contestar esa pregunta. Ella me formula otra. Cuando él me atacó en el motel y me amordazó, yo le arañé los brazos, ¿no es así?

—Sé que luché con él —respondo—. Y cuando todo terminó, yo tenía sangre debajo de las uñas. Y también piel.

—¿Pero no era su piel, no? ¿Por casualidad no se rascó durante la lucha?

—No.

Ella vuelve a su mesa y entre los papeles busca el informe del análisis de laboratorio. Buford Righter parece haberse convertido en estatua; está sentado muy rígido y muy tenso. El estudio de ADN realizado en lo que yo tenía debajo de las uñas de los dedos de las manos no coincide con mi propio ADN, pero sí con el ADN de la persona que eyaculó dentro de la vagina de Susan Pless.

—Y esa persona es Jay Talley —dice Berger, asiente y comienza a pasearse nuevamente—. De modo que tenemos a un funcionario de una fuerza del orden que tuvo relaciones sexuales con una mujer justo antes de que fuera brutalmente asesinada. El ADN de este hombre también se parece tanto al ADN de Jean-Baptiste Chandonne, que llegamos a la conclusión de que, casi con toda seguridad, es un hermano de Jean-Baptiste Chandonne.—Ella avanza varios pasos, con un dedo sobre los labios. —Sabemos que el verdadero nombre de Jay Talley no es Jay Talley. Ese hombre es una mentira viviente. ¿Él la golpeó, doctora Scarpetta?

—Sí. Me abofeteó.

—¿La ató a la cama y, al parecer, se proponía torturarla con una pistola de calor?

—Ésa fue mi impresión.

—¿Él le ordenó que se desvistiera, la ató y la amordazó y era evidente que iba a matarla?

—Sí. Puso muy en claro que iba a matarme.

—¿Por qué no lo hizo, doctora Scarpetta? —Berger lo dice como si no me creyera. Pero es pura actuación. Ella me cree y yo sé que me cree.

Miro a la jurado que me recuerda a mi madre. Le explico que me costó muchísimo respirar después de que Jay me ató y me amordazó. Yo estaba entrando en pánico y empecé a hiperventilar, lo cual significa —explico— que hacía inhalaciones rápidas y superficiales y no conseguía obtener suficiente oxígeno. Me sangraba la nariz y la tenía muy hinchada y la mordaza me impedía respirar por la boca. Perdí el conocimiento y, cuando volví en mí, Lucy estaba en la habitación. Me habían

desatado y sacado la mordaza y Jay Talley y Bev Kiffin no estaban.

—Bueno, ya hemos oído el testimonio de Lucy —dice Berger mientras se acerca al palco de los jurados—. Así que, por su testimonio, sabemos lo que ocurrió después de que usted perdió el conocimiento. ¿Qué le dijo ella cuando usted se recobró, doctora Scarpetta? —En un juicio, que yo dijera lo que Lucy me dijo constituiría un testimonio de oídas. Una vez más, Berger puede salirse con la suya en prácticamente todo en este procedimiento privado y especial.

—Me dijo que ella tenía puesto un chaleco antibalas —contesto—. Lucy dijo que habían intercambiado varias palabras...

—Lucy con Bev Kiffin. —Aclara Berger.

—Sí. Lucy dijo que ella estaba contra la pared y que Bev Kiffin la apuntaba con la escopeta. Y le disparó y el chaleco antibalas de Lucy absorbió el disparo y, aunque estaba muy magullada, estaba bien. Entonces le quitó la escopeta a la señora Kiffin y salió corriendo del cuarto.

—Porque, en ese momento, su mayor preocupación era usted. Lucy no se quedó en la habitación para someter a Bev Kiffin porque usted era su prioridad uno.

—Así es. Me dijo que entonces comenzó a patear puertas. No sabía en cuál habitación estaba yo, así que se puso a correr por la parte de atrás del motel porque en ese sector había ventanas que daban a la piscina. Encontró el cuarto donde estaba yo, me vio tirada sobre la cama, rompió el vidrio de la ventana con la culata de la escopeta y entró. Jay había desaparecido. Al parecer, él y Bev Kiffin salieron por el frente, subieron en la motocicleta y huyeron. Lucy dice que ella recuerda haber oído el motor de una motocicleta mientras trataba de revivirme.

—¿Desde entonces, ha sabido algo de Jay Talley? —Berger hace una pausa para mirarme a los ojos.

—No —respondo y, por primera vez en este largo día, comienzo a sentir furia.

—¿Y de Bev Kiffin? ¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar?

—No, ni idea.

—De modo que son fugitivos. Ella deja atrás dos hijos. Y un perro... el perro de la familia. Una perrita que tanto quería Benny White. Quizá incluso la razón por la que él se acercó al motel después de la iglesia. Corríjame si la memoria me falla. Pero ¿acaso Sonny Kiffin, el hijo, no dijo algo acerca de burlarse de Benny? ¿Algo con respecto a que Benny fue a la casa de los Kiffin enseguida después de la iglesia para averiguar si habían encontrado a Señor Peanut? ¿Que el animal, y cito sus palabras: «había ido a darse un chapuzón y si Benny se acercaba podría ver a Señor Peanut»? ¿Sonny no le dijo todo esto al detective Marino después de que Jay Talley y Bev Kiffin trataron de matarla a usted y a su sobrina y, después, escaparon?

—No sé de primera mano qué le dijo Sonny a Pete Marino —respondo. No precisamente lo que Berger quiere en realidad que le conteste. Lo que ella quiere es

que el jurado oiga la pregunta. Los ojos se me nublan cuando pienso en esa perra vieja y lastimera y en lo que sé con certeza que le ocurrió.

—La perra no había ido a darse un chapuzón... al menos, no voluntariamente, ¿no es así, doctora Scarpetta? ¿Lucy y usted no encontraron a Señor Peanut mientras aguardaban en el camping a que llegara la policía? —Continúa Berger.

—Sí —digo, y se me llenan los ojos de lágrimas.

Señor Peanut estaba detrás del motel, en el fondo de la piscina. Tenía ladrillos atados a las patas de atrás. La jurado del vestido con flores estampadas se echa a llorar. Otra mujer del jurado queda boquiabierta y se pone una mano sobre los ojos. Miradas de indignación e incluso de odio pasan de una cara a la otra y Berger deja que el momento, ese momento penoso y terrible, siga flotando en la sala. La de Señor Peanut es una imagen cruel, vivida e intolerable que se despliega imaginariamente en la sala, y Berger se niega a quitarla. Silencio.

—¿Cómo pudo alguien hacer una cosa así? —exclama la jurado del vestido floreado, quien cierra ruidosamente su cartera y se seca los ojos—. ¡Qué gente malvada!

—Son hijos de puta, eso es lo que son.

—Gracias a Dios. Es evidente que el Señor la estaba protegiendo. De eso no cabe duda. —Un jurado sacude la cabeza y dirige a mí ese comentario.

Berger avanza tres pasos y recorre con la mirada al jurado. Después, me mira durante un momento prolongado.

—Gracias, doctora Scarpetta —dice en voz baja—. Es evidente que allá afuera hay personas malvadas y terribles —dice para beneficio del jurado—. Gracias por pasar este tiempo con nosotros cuando todos sabemos de su dolor y por lo que ha tenido que pasar. Sí, por un verdadero infierno —dice y vuelve a mirar al jurado.

Todos asienten.

—Sí, un verdadero infierno —me dice la jurado del vestido floreado, como si yo no lo supiera—. Ya lo creo que pasó por un infierno. ¿Puedo hacerle una pregunta? Podemos preguntar, ¿no es así?

—Por favor, adelante —contesta Berger.

—Sé lo que yo pienso —dice la jurado del vestido floreado, siempre dirigiéndose a mí—. Pero ¿sabe una cosa? Se lo diré. Por la forma en que me criaron, si una no decía la verdad le daban una buena paliza en el trasero, y bien fuerte por cierto.— Echa hacia adelante el mentón como muestra de una indignación virtuosa. —Nunca oí hablar de gente que hiciera las cosas de las que se habló aquí. Me parece que nunca voy a poder volver a dormir por las noches. Y lo digo en serio.

—Sí, me doy cuenta —contesto.

—De modo que no me voy a andar con rodeos. —Me mira fijo y con los brazos

rodea con fuerza su enorme cartera gris—. ¿Lo hizo usted? ¿Mató a esa mujer policía?

—No, señora —respondo con mayor firmeza de la que recuerdo—. No lo hice.

Aguardamos una reacción. Todos están muy callados, nadie habla, no hay más preguntas. Los jurados ya están convencidos. Berger se acerca a su mesa y recoge sus papeles. Los endereza y empareja los bordes golpeándolos contra la superficie de la mesa. Deja que el ambiente se serene antes de levantar la vista. Mira a cada uno de los jurados y después me mira a mí.

—No tengo más preguntas —dice—, señoras y señores. —Se acerca al palco de los jurados y se apoya en la barandilla como si espicara el interior de una enorme embarcación, y lo es, realmente. La señora del vestido floreado y sus colegas son mi pasaje para salir de aguas peligrosas.

—Soy una profesional que siempre busca la verdad. —Berger se describe con palabras que jamás oí que un fiscal utilizara—. Mi misión es buscar la verdad y respetarla. Por eso se me pidió que viniera aquí a Richmond: para poner de manifiesto la verdad absoluta y cierta. Ahora bien, todos ustedes han oído decir que la justicia es ciega. —Aguarda un momento y acusa recibo de los movimientos de cabeza afirmativos—. Pues bien, la justicia es ciega en el sentido de que siempre debe ser independiente, imparcial y equitativa para con todas las personas. Pero —dice y hace un recorrido visual por las caras de todos los jurados—, no somos ciegos frente a la verdad, ¿no? Hemos visto lo que ha sucedido en esta sala. Me doy cuenta de que ustedes entienden lo que ha ocurrido en esta sala y no son ciegos. Habría que ser ciego para no ver lo que es tan obvio. Esta mujer. —Vuelve a mirarme y me señala—, la doctora Scarpetta, no se merece más preguntas nuestras, dudas, sondeos dolorosos. En conciencia, yo no puedo permitirlo.

Berger hace una pausa. Los jurados están como petrificados y casi no parpadean cuando la miran.

—Señoras y señores, gracias por brindarnos su decencia, su tiempo, su deseo de hacer lo correcto. Ahora pueden regresar a su trabajo, a su hogar, a su familia. Ahora quedan en libertad. La causa queda desestimada. Tengan ustedes buenos días.

La señora del vestido floreado sonrío y suspira. Los jurados comienzan a aplaudir. Buford Righter se mira las manos, que tiene entrelazadas debajo de la mesa. Yo me pongo de pie y la sala gira frente a mis ojos cuando abro la puerta vaivén y abandono la barra de los testigos.

Minutos después.

Tengo la sensación de estar emergiendo de un apagón parcial y evito el contacto visual con los reporteros y otras personas que aguardan del otro lado de la puerta de vidrio cubierta con papel marrón que me ocultó del mundo exterior y ahora me devuelve a él.

Berger me acompaña a la sala cercana y pequeña para testigos, y Marino, Lucy y Anna se ponen enseguida de pie, después de estar aguardando con una mezcla de susto y excitación. Intuyen lo que ha sucedido y yo sencillamente asiento y logro decir:

—Bueno, está todo bien. Lo de Berger fue magistral. —Finalmente decido llamar a Berger por su primer nombre y tutearla, mientras vagamente mi mente registra el hecho de que, aunque he estado infinidad de veces en esta salita para testigos a lo largo de la última década, esperando para explicarles una muerte a los jurados, jamás imaginé que algún día estaría en este juzgado para explicarme a mí misma.

Lucy me abraza, me alza y yo hago una mueca por mi brazo herido y, al mismo tiempo, me echo a reír. Abrazo a Anna. Abrazo a Marino. Berger aguarda junto a la puerta y, por una vez, no se inmiscuye. La abrazo también a ella, quien comienza a meter carpetas y anotadores en su maletín y se pone el abrigo.

—Me voy. —Anuncia, de nuevo muy formal, pero yo detecto su alegría. Maldición, está orgullosa de sí misma y tiene por qué estarlo.

—No sé cómo agradecerte. —Le digo, con el corazón rebosante de gratitud y respeto—. Ni siquiera sé qué decir, Jaime.

—Amén —exclama Lucy. Mi sobrina usa un traje negro y tiene el aspecto de una atractiva abogada o médica o lo que sea que quiere parecer. Por la forma en que mira a Berger comprendo que Lucy reconoce lo atractiva e imponente que es esa mujer. Lucy no deja de mirarla y de felicitarla. Mi sobrina es una persona muy efusiva. De hecho, le está coqueteando. Lucy trata de seducir a mi fiscal especial.

—Tengo que volver a Nueva York —me dice Berger—. ¿Recuerdas la causa importante que tengo allá? —Me recuerda secamente el caso de Susan Pless—. Bueno, ahora, a trabajar. ¿Cuándo podrías estar allá para que podamos repasar juntas la causa de Susan? —Y Berger lo dice muy en serio, creo.

—Ve —dice Marino en su traje arrugado color azul Marino, con el que usa una corbata roja que es demasiado corta. En su cara noto tristeza—. Ve a Nueva York, Doc. Ve ahora. Sin duda no querrás quedarte aquí por un tiempo. Aguarda a que el revuelo se serene.

Yo no contesto, pero él tiene razón. Por el momento estoy casi sin habla.

—¿Le gustan los helicópteros? —Le pregunta Lucy a Berger.

—Nadie podrá nunca meterme en esa cosa. —Acota Anna—. No existe ninguna ley de la física que justifique que una de esas cosas sea capaz de volar. Ni una.

—Sí, claro. Y tampoco hay ninguna ley de la física que explique por qué los abejorros vuelan —contesta Lucy de buen humor—. Esos bichos gordos con alas minúsculas. Brrrrrrr: Imita el vuelo de un abejorro moviendo como loca los dos brazos.

—Mierda. ¿De nuevo estás tomando drogas? —Marino pone los ojos en blanco.

Lucy me rodea con un brazo y juntas salimos de la sala para testigos. A esta altura ya Berger está junto a la puerta del ascensor, sola, con el maletín debajo del brazo. La flecha hacia abajo está encendida junto al botón de llamada y las puertas se abren. Mira casi con lástima a la gente que baja del ascensor y llega para su día del juicio o para mirar cómo alguien pasa por ese infierno. Berger sostiene la puerta abierta para Marino, Lucy, Anna y yo. Los reporteros están al acecho, pero ni se molestan en tratar de acercarse a mí porque con movimientos de la cabeza dejo bien en claro que no tengo nada que comentar y que por favor me dejen en paz. La prensa no sabe lo que acaba de suceder en el procedimiento del jurado de acusación. El mundo no lo sabe. A los periodistas no les estaba permitido entrar en la sala del juzgado, aunque es evidente que saben que yo debía comparecer hoy. La noticia se había filtrado. Habrá más indiscreciones, de eso estoy segura. No me importa, pero me doy cuenta de que Marino tiene el buen tino de sugerirme que salga de la ciudad, al menos por un tiempo. Mi estado de ánimo decae lentamente mientras el ascensor desciende. Con una sacudida nos detenemos en la planta baja. Enfrento la realidad y tomo una decisión.

—Iré. —Le digo a Jaime Berger en voz baja cuando salimos del ascensor—. Tomemos el helicóptero y vayamos a Nueva York. Para mí será un honor ayudarte en lo que esté a mi alcance. Ahora me toca a mí, señora Berger.

Berger se detiene un momento en ese lobby ruidoso y lleno de gente y se pasa el maletín gordo y zaparrastroso al otro brazo. Una de las manijas de cuero se ha desprendido. Se topa con mi mirada.

—Jaime —me recuerda—. Te veré en tribunales, Kay —dice.